Papelmaché

Los Quimera

Moisés Muñiz



Los Quimera

Los Quimera

Moisés Muñiz

© 2018, Moisés Muñiz

© Los Quimera

© De esta edición:

Editorial Papelmaché S.R.L.

C/ Aníbal García No. 69,

Tenares, provincia Hermanas Mirabal, República Dominicana.

Teléfono: 809 587 7698

Correo electrónico: epapelmache@gmail.com

Web: http://epapelmache.wix.com/papelmache

Primera edición, Tenares: febrero de 2018

© Diseño: Quibian Castillo

© Imagen de cubierta: Javier Celado

Impresión: Editora Búho, S.R.L.

ISBN: 978-9945-9099-3-7

Impreso en República Dominicana

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en

todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de

información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico,

electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopias, o cualquier otro, sin el

permiso previo por escrito de la editorial.

"El sueño devora la existencia: es lo que tiene de bueno".

François-René de Chateaubriand.

Dedicatoria

A mi esposa, a mi amante, a mi mejor amiga, a mi alma geme la, a ti, Carolina, por ser todas ellas.

P a r t e I

13

CAPÍTULO 1

Gabriel encuentra el manuscrito

Salvador Quimera abandona su patria

La enfermera entró a la sala de recién nacidos, me cargó y me dio a beber un poco de leche con un tranquilizante. Cuando dormí, me sacó de la cuna y en mi lugar puso un muñeco con el pijama, el gorro y el distintivo que correspondía. Luego me metió en una funda de ropas sucias, me montó en el carro de conserjería y bajó en el ascensor hasta el área de lavandería. Allí, un hombre vestido con el uniforme de mantenimiento la esperaba, ella le entregó la funda con la "mercancía", recibió un sobre con dinero y salió con el carro vacío.

Han pasado casi veintiséis años y como si Dios se hubiera acordado de mí, hace dos meses conocí una persona que cambió mi vida. Nos encontramos por casualidad. "Mágicamente", diría ella.

Para entonces estaba viviendo mi quinta vida. Había dejado

la universidad donde obtuve una beca para una licenciatura en letras, carrera que realmente comencé a estudiar porque entendía que era lo que más se acercaba a lo que siempre quise hacer, que es el oficio de escribir.

Desde muy pequeño sentí esa pasión, esa necesidad de plasmar en el papel lo que veía, lo que sentía. Nunca me identifiqué con las carreras tradicionales que se ofrecían en la época, esas que son predeterminadas para los triunfadores, para aquellos que quieren escalar, subir, adquirir estatus, profesiones como ingeniería, medicina, derecho, incluso arquitectura, profesiones honorables, dignas.

En el caso mío, quizá con el lado izquierdo del cerebro más desarrollado que el derecho, todo se reducía a la noble tarea de imitar o expresar lo físico o lo invisible a través de la escritura,

con el solo objeto de crear, digamos, una obra. Cine, música, pintura, fotografía, eso también me llamaba la atención. Toda actividad o producto realizado por el ser humano con la finalidad estética, ahí me encontraba yo.

No pocas veces me imaginé como un escritor consagrado, dedicando horas, días, encerrado en mi estudio confeccionando una gran obra literaria. Ese era mi sueño. Pero sueño al fin, cuando despertaba lo veía distante, ajeno; muchas veces ni lo recordaba.

Lo cierto es que desde pequeño, ya fuera en la calle o en

algún orfanato, en la casa de algún padre adoptivo o en el reformatorio para jóvenes, siempre, siempre sentí la ineludible necesidad de leer pero sobre todo de escribir. A pesar de la crítica, el reproche, la censura, aún la desesperanza, siempre busqué la manera de expresar lo que tenía dentro a través de la literatura. En los libros conocí el mundo, hombres y mujeres ejemplares, familias perfectas, sueños encontrados. En la escritura encontré la felicidad abandonada, a mí mismo… a mis padres perdidos. Fue por eso que decidí estudiar letras en la universidad.
Pero como dije anteriormente, para esa época en que encontré a esa singular persona, y muy a pesar de que en mi ser bullía como nunca la necesidad de escribir lo que fuera, quizá por lo monótono y arcaico del sistema de educación, quizá porque había entendido que para contar lo que quería contar al mundo no tenía que escuchar teorizar a un catedrático energúmeno sobre la historia del arte, quizá por la desazón, había perdido por completo la fe en los estudios, abandonando la universidad y dedicándome por completo a la contemplación del espíritu humano a través del sexo, las drogas y el rock and roll. ¡Ah! Eso, y a la búsqueda intensa y sin descanso de mis padres biológicos. Así comencé a vivir mi quinta vida. Entonces apareció ella.
En ese momento investigaba ciertas pistas sobre el paradero de mis padres, como en muchas ocasiones, sin ningún resultado. Me sentía deprimido, exhausto es la palabra. No creía que fuera a encontrarlos, no creía siquiera que estuvieran vivos, no creía en

nada. Estaba completamente desesperanzado y perdido. No voy a hablarles de esa persona en este momento, ya tendrán el chance de conocerla más adelante, de lo que sí les tengo que hablar es del manuscrito, porque de él depende toda la historia que voy a narrar a continuación.

15

No tenía ni principio ni final. No había continuidad de los hechos. Ni siquiera fechas. No era una historia por sí sola. Más bien parecía un diario. Una nota de apuntes. Otras veces parecía un poema. Otras un cuento. Por momentos una agenda. Pero eso no era todo. La gran cantidad de palabras contenidas en el grueso fajo de papeles estaban entremezcladas sin aparente sentido con garabatos, tachones y dibujos de guerreros, barcos, sirenas, monstruos, espirales, nubes, árboles, molinos gigantes, sables, peces, corazones, imágenes borrosas que parecían sueños y flores, muchas flores. Cerca de trescientas cincuenta páginas escritas con una caligrafía apretada y pequeña, que algunas veces era ininteligible y parecía dudar, y otras, limpia y resuelta, como si mostrara un conocimiento total de los secretos universales, todo cuidadosamente amarrado con un cordón de piel y guardado dentro de un hermoso bolso tejido que lucía una flor de girasol en el centro.

El manuscrito lo era todo para ella, era la historia de su vida y la de su familia y ahora había sido heredado por mí repentinamente, así como se heredan las grandes fortunas de un

pariente lejano que no se conoce y que uno no espera. Recuerdo como ahora esa sonrisa universal sobre su rostro centenario cuando dijo aquella frase: "…vuelve a visitarme, tengo algo que creo puede servirte para aquella historia que quieres contar." Fue la última vez que la vi.

Me había pasado toda la vida buscando respuestas sin ningún resultado y ahora, aproximadamente dos meses atrás, de buenas a primeras parecía que las había encontrado. Una a una, sin excepción.

Cuando leí el manuscrito sentí como si hubiera leído mi propia vida, en otros tiempos, en otras almas, en otros cuerpos. La historia de mi vida y la del manuscrito eran una sola. Eran dos historias en una. Una estaba guardada en ese hermoso bolso tejido con la flor de girasol en el centro, y la otra la tenía yo guardada en mi cabeza. Inmediatamente lo leí entendí que no me pertenecía solo a mí sino al mundo entero. Que lo que se decía ahí no tenía que ver solamente con ella o con su familia, que lo que estaba escrito en esa inmensa pila de papeles era también la historia de todos nosotros.

Entonces una fuerza irrefrenable me compelió a escribir y de esa manera comencé a narrar su historia y la mía de la mejor

forma que pude. Y la magia de la que tanto ella me habló y en la que yo no creía para nada, comenzó a actuar indefectiblemente hasta las últimas páginas de este libro.

Me llamo Gabriel, yo mismo me bauticé con ese nombre.
Nací en el año mil novecientos sesenta y nueve y pertenezco a una generación perdida en el tiempo que tiene la anónima denominación de Generación X.

***

Cuando Salvador Quimera abandonó su patria y vino a esta tierra, lo hizo por la visible insinuación de su segundo pelo. En esos días sentía cómo el torrente de energía que bullía como una hoguera en el centro de su pecho, simplemente se agotaba. Una mañana, luego de su acostumbrada gárgara de miel de abeja y sábila, que según él lo preparaba "para lo dulce y lo amargo de la vida", notó que su segundo pelo, el que le había salido a los doce años, después de que manoseara su incipiente pene viendo a una de sus primas lavando la ropa en el río, y que para su sorpresa le había producido un placer inigualable, llevándolo al punto de orinar blanco, ese mismo pelo que había nacido junto con su libido y crecía paralelamente con su miembro, el mismo que lo había convertido en un hombre corpulento como su padre, de un momento a otro, había cambiado de dirección enroscándose como un resorte. En ese momento supo que debía abandonar su patria. Eran los finales del mil ochocientos.

Salvador Quimera venía de una familia de clase media de una de las productivas colonias del Caribe, que tras cientos de años de colonización se habían incorporado a la lucha por la independencia. Una de esas tantas familias laboriosas y

emprendedoras, de hombres y mujeres aguerridos que vertieron en más de una ocasión la sangre de sus sueños en busca de la libertad merecida. La familia de Salvador era una de esas. A excepción de una sola cosa. Tanto hombres como mujeres eran lampiños por naturaleza. No tenían un solo vello en el cuerpo. Eran seres imberbes de arriba abajo, exceptuando los pelos de la cabeza, las cejas y cuatro pelos en el lado izquierdo del pecho de tres centímetros de largo que crecían hacia arriba como desafiando la gravedad. Las mujeres, a diferencia de los hombres, los tenían en el vientre, justo debajo del ombligo y eran más pequeños.

Esa marca de nacimiento era el sello real de la familia. No se sabe desde cuándo; de hecho, no se sabe si el apellido vino primero que el dilema de los pelos o viceversa, ya que no existe ningún dato genealógico que establezca el origen del apellido Quimera. Se sabe que es único y pertenece a una sola familia. Algunos investigadores de la onomástica han querido establecer una remota conexión con la cultura precolombina, otros lo relacionan con la antroponimia aramea; no pocos escritores, incluso, consideran que el apellido encierra una profunda carga poética. Los Quimera, sin embargo, creen que este apellido es como cualquier otro y no le dan más importancia que la que podría tener un apellido Pérez, López o Buendía. Cada pelo crecía junto con la etapa que estuvieran viviendo,

así, cuando nacían tenían el primero, a los doce años el segundo, al tener el primer hijo o hija el tercero y cerca de la muerte el cuarto.

Cuando nacía un niño o una niña, lo primero que se hacía, antes de dar la nalgada si no salía llorando, e incluso antes de cortar el cordón umbilical, era buscar ese primer pelo para poder asentarlo como nuevo miembro de la casta. Este peculiar estigma era connatural a cada uno y actuaba como un talismán familiar, dibujando las líneas de sus vidas y guiándolos inefablemente por el camino prescrito de sus propósitos. Por eso, desde el momento del nacimiento y durante todas sus vidas, sentían la mirada inquisidora de estas proféticas filigranas, que los incitaba continuamente a recorrer caminos en busca de algo que todavía no sabían qué era, pero que encontrarían. Este precepto superior azuzaba constantemente su interior haciéndoles saltar cuando los demás caminaban, hablar cuando los demás callaban, pelear cuando los otros se entregaban, tener esperanza cuando nadie la tenía, pero sobre todo, soñar en un mundo donde era imposible hacerlo. Por eso, para la gran mayoría, los Quimera eran unos soñadores. Y en verdad, esta gente no descansaba hasta lograr los objetivos trazados por esa brújula onírica, que les decía cuando seguir o cuando parar, aunque eso significara romper los límites de la realidad de los demás y creer en algo superior.

Esta necesidad inconsciente no tenía que ver con algo en específico, tenía que ver con todo. En esta realidad no existían

los posibles o los imposibles. Tampoco la resignación. Ni siquiera era cuestión de ser o no ser. Sus acciones bien podían implicar el destino de una hormiguita como a todo un pueblo, la construcción

de un bohío o la reingeniería de una nación completa. Sin embargo, esta virtud no era consciente, simplemente fluía en ellos sin dirección, guiándolos por el instinto, según lo ameritara la situación y los deseos.

Los pelos en cuestión, después que salían nunca se caían, a menos que algo grande o inesperado sucediera, entonces se retorcían como el rabo de un puerco, y si el evento o lo que fuera que los desviara del camino trazado para cada uno por el oráculo familiar, en ese determinado momento no se enmendaba, se caía para siempre y la desazón y el infortunio se cernía como una maldición infinita del que fuera el descarriado hasta sus sucesores.

Aunque eran lampiños por naturaleza, la estirpe de los Quimera se identificó desde siempre con el pensamiento liberador de los bigotudos. Estos luchaban por su soberanía, tratando de derribar una cultura hegemónica que representaba una traba para el desarrollo de la isla y el mundo. Los Quimera, por su parte, vivían en una lucha personal contra la mediocridad, tratando de abrir los caminos para la libertad de pensamiento y el desarrollo. Con el tiempo se unirían al grito de guerra de estos tupidos revolucionarios, y levantarían el machete en una guerra de diez años, encarnando una lucha que marcaría el

comienzo de la liberación de una de las últimas propiedades del reinado español en América. El eco de este grito de libertos y hacendados, resonaría por oriente y occidente y se alzaría en miles de Abdala, que blandirían fieros sus cimitarras hasta ver esparcidas sus propias entrañas.

En esta contienda se fraguaría aún más el espíritu insurrecto de los Quimera. Sus cuartos pelos anunciarían momentos finales, y caerían padres, hijos y hermanos. Pero los que sobrevivían a la lucha, sentían poderosos, la fuerza liberadora de su pecho imberbe, que los agitaba valientes en los campos hostiles, convirtiéndolos en sagaces líderes de la carga del machete. Uno de ellos llegó a inmortalizar la figura de los guerrilleros libertadores, realizando épicas acciones que eran consideradas sobrenaturales, impregnando así de misticismo el ideal independentista, y que luego le daría la fama de invencible.

Desiderio Quimera era alto y robusto como una ceiba, tenía ojos verde cólera y una potente voz de trueno que paralizaba a cualquier hombre, quizá por eso decían que cuando hablaba era capaz de convertir en piedra a los hombres. Pertenecía a la

Caballería Mayor al mando del ejército libertador. Este regimiento estaba compuesto por pequeños manípulos que actuaban por separado y estaban entrenados para actuar con extraordinaria rapidez al toque del clarín, desordenando los cuadros defensivos de las filas españolas, para luego unirse en un solo cuerpo que

terminaba de rematar a los confundidos enemigos. Desiderio Quimera era jefe de uno de esos grupos y se destacó por ser hombre rudo y temerario. "El invencible, el que no sangra", como se le conocía, tuvo más de ciento cincuenta heridas de balas y armas blancas, dormía parado una hora al día y nunca sintió dolor. Además, no se le conoció una mujer durante la guerra, porque "el amor no era para guerrilleros". Respecto a este tema decía a sus soldados, "el único enemigo al que temo en la guerra es al amor".

En una ocasión que le hicieran prisionero, protagonizó una singular escena de la lucha independentista. El oficial del regimiento, un petulante coronel español que había decidido acabar con las leyendas que se tejieran alrededor de este subversivo guerrillero, organizó una operación secreta compuesta por sus mejores hombres para hacerlo preso, llevarlo al campamento y delante de todos humillarlo y desmitificar su honra.

Cuando los soldados trajeron al resonado enemigo, su expresión no pudo disimular el nudo que se le formó en la garganta, al ver frente a él una impávida pared de casi siete pies, empañetada de puro músculo, que olía a sangre y honor.

Al verlo amarrado entre sus oficiales y soldados, que todavía no se sobreponían de haberlo visto luchar como una fiera con una veintena de hombres antes de su captura, y que después de saber quién era, sentían hacia él una empatía casi reverencial, se acercó altivo, cara a cara con su enemigo, impecable en su

uniforme de rayadillo, leopoldina y gorra teresiana, y apretando el sable contra su brazo, le dijo:

—Entonces este es el famoso Desiderio, "El invencible, el que no sangra". ¿Dicen que usted es más bravo que el sol del caribe?

Y mirando a sus soldados, que observaban tiesos el encuentro de su pigmeo jefe con este titán, dejó rodar el filo del arma, dividiendo la carne en dos, mientras veía el rostro inmutable del guerrillero.

20

—Yo lo veo como a otro revolucionario de la mierda más que va a morir en pocos minutos.

Pero cuando vio que la herida no botó ni un ápice de sangre, se paralizó por completo al comprobar la ausencia de miedo, dolor y toda condición propia de un ser humano normal y justo cuando iba a levantar el sable para probar en el cuello, "El invencible, el que no sangra", lo miró con ojos de fuego, se le acercó aún más a la cara y le dijo:

—El que va a morir es usted y todos los que se opongan a la libertad de este pueblo. ¡Váyase al carajo!

En un acto de rapidez y fuerza descomunal, Desiderio le dio un cabezazo en la frente al coronel con su desmesurado cráneo, que le partió las vértebras del cuello, matándolo al instante. Luego se viró hacia los casi mil soldados con el pecho hinchado de coraje, y con los mismos ojos verde cólera que años antes

había petrificado a todo un escuadrón que le había hecho una emboscada y estaba presto a dispararle, encasquillando sus fusiles, de esa misma manera, con una línea de sudor que bajaba de su frente y hervía sobre su piel brasa, miró primero a los segundos oficiales y luego al resto del sorprendido regimiento diciéndoles:
—¿Quién quiere vivir?
Muchos de estos hombres iniciarían un movimiento de deserción dentro de las filas españolas que engrosarían las del ejército independentista, y tiempo después se convertirían en sus más fieles combatientes.
En los últimos años de la guerra, a pesar de su promesa, no pudo resistirse a las embestidas del amor y contrajo matrimonio con la hija de un hacendado español llamada Eleonor. A partir de este momento sintió por siempre el dolor de las heridas del corazón, y un día, sus numerosas heridas de guerra comenzaron a sangrar y no se detuvieron hasta quedar vacío, con una sonrisa disecada en sus labios, preso del amor de su amada. De esta unión nacería el único heredero de la libertad por la que tanto luchó. Un niño llamado Salvador Quimera.
Los Quimera participarían de muchas victorias y derrotas que allanarían el terreno para la posterior independencia. Pero el rudo choque de las armas templadas no sería suficiente para aniquilar el imperio. El valor de los caudillos sería avasallado por la avidez de poder de otro nuevo señorío. Estos, bajo el repetido subterfugio histórico de ayudar a la independencia, opacarían

el fulgor de las armas blancas y con sus acorazados blindados cegarían el ideal de estos mártires, adjudicándose el mérito de desalojar a los ibéricos colonizadores, solo para dar paso a sus ansias absolutistas y a un nuevo ciclo de opresión, que se cerniría sobre el incipiente país como la sombra de un muerto por los años venideros.

***

Salvador Quimera conservaba el temperamento férreo y la altura descomunal de su padre, pero su sangre, que ahora era una mezcla de dulzura y arrojo, se había aguado y corría ligera en tiempos menos convulsionados. Por eso sus ojos a veces eran verde turquesa, otras, verde esperanza y en muy raras ocasiones, verde cólera como los de su padre.

Sus intereses no giraban en torno a trincheras y asaltos heroicos, en cambio respondían a una curiosidad enfermiza por descubrir el porqué de las cosas. Desde pequeño escudriñaba y desarmaba las armas de su padre, quien, en los pocos momentos de lucidez de su romántica enfermedad, le animaba a continuar en tan emblemática práctica. Pero así lo hacía también con la máquina de coser de su madre, y con la rueda de las carretas y hasta con los eventos naturales. Su mente volaba cuando veía una recién inventada bicicleta recorriendo las calles de su imaginación o con los primeros vehículos de motor que comenzaban a traer los hacendados.

La realidad que vivía su país había carcomido no solo el espíritu de Los Quimera, sino el de todos los guerrilleros que, como su padre, habían soñado con una patria libre. No había lugar para caudillos heroicos, y mucho menos para él, que sí sangraba y sentía la necesidad de experimentar nuevas sensaciones, de recorrer caminos en busca de algo que todavía no sabía que era, pero que encontraría. En el caso de Salvador, el desengaño era aún mayor: Su padre había muerto.

Antes de morir Desiderio lo llamó a su lecho de muerte, cuando Salvador apenas tenía dieciocho años, y le entregó el sable que había heredado a la fuerza del coronel español.

—Hijo mío, este mundo, tal como lo vemos, el mundo que vivimos todos los días, aunque lo veamos lleno de un realismo crudo, también está lleno de fantasía, y sobre todo de magia.

22

Nunca permitas que te convenzan de lo contrario. Recuerda esto que te voy a decir: Nunca, pero nunca, dejes de soñar…

Salvador Quimera sentía una insoportable picazón en su pecho, en el lugar de su segundo pelo, y sabía que, aunque no podía rectificar el camino a seguir de su adorable tierra, debía enderezar su vida. La opción más cerca que tenía era una vecina isla del caribe que ya había librado su guerra de independencia y vivía en un ambiente de relativa estabilidad, suficiente para sus fines.

Al igual que el suyo, este país había sufrido el doloroso parto

de la libertad y había dado a luz un nuevo Estado que abría sus puertas al progreso, forjando hombres de coraje en el fragor de la lucha, que luego se integrarían valerosamente a la de su país. Uno de ellos llegaría a ser general del ejército y junto a los Quimera y todos los que como ellos se dieron a la causa, pelearían hasta morir para lograr la autonomía de su nación hermana. ¿Por qué no devolver el favor entonces? Era lo menos que podía hacer para retribuir la obra de su padre y todos sus compatriotas. Y qué mejor lugar que este pedazo de tierra boyante en desarrollo y nuevas ideas.

Dejar algo de su pellejo, o algo de su ingenio en las manos de este pueblo, parecía ser un proyecto más ambicioso que quedarse en su país, después de tantos años de heroísmo, en una tierra yerma de sueños, cansada, sin la sangre espesa de su padre, a ver como el nuevo reinado le chupaba lo poco que quedaba dentro de sus corazones.

Salvador Quimera intentó en vano convencer a su madre para que lo siguiera, pero no logró moverla de su encierro y de la ilusión de ver a su patria libre. Tampoco podía abandonarla.

Los próximos años Salvador se entregó al trabajo con la misma pasión con que su padre se entregó a las armas. Aprendió. Casi no comía ni dormía. Como su padre, solo dormía una hora, y parado. Durante este tiempo Salvador aprendió todos los oficios de la época. Así se hizo albañil, ebanista y experto en las últimas técnicas de siembra y cosecha de los principales productos

agrícolas de su país. Su curiosidad voraz lo hizo investigar la mecánica de los motores de vapor que recién llegaban a la isla y la hidráulica de las bombas de agua. A sus veintitantos años, Salvador se había convertido en un hombre polifacético capaz de desempeñar cualquier labor, sin importar si se trataba de labrar con sus propias manos la tierra, de construir una casa o de

reinventar alguna máquina para hacer más efectiva la siembra. Pero para esa edad, su segundo pelo todavía estaba retorcido.

Un día, al llegar de uno de sus múltiples trabajos, encontró las maletas hechas en la puerta de la casa. Su madre, sentada en la mecedora de la terraza, lo esperaba para darle el último adiós. En principio, Salvador no quiso aceptar la discreta proposición de su madre; luego, tuvo que reconocer que su tierra le había cortado las alas a él y a muchos como él y que era el momento de desplegarlas y volar.

Salvador no poseía grandes pertenencias. Todo lo que ganaba lo reinvertía en inventos de todos tipos y sobre todo en ahorrar para el futuro de su madre. Así pues, Salvador recogió sus apuntes, un poco de dinero que su madre le obligó a llevarse, el sable que había heredado de su padre y sus sueños, y se embarcó rumbo a la sazonada isla de la que tanto había oído hablar.

Su madre sabía que no volvería, pero así es el amor de las madres.

***

No tengo palabras para describirlo.
Quizá piensas que no me di cuenta cuando me separé de ti, cuando el destino me arrancó de tus brazos cefalópodos. Que volví el rostro hacia el mar para olvidar tu belleza y no verte nunca más. Que me acostumbré al canto de las olas para desoír tu canción de cuna. Que me desterré para siempre en el olvido para no sentir tus tiernas caricias. Que me perdí.
¡Qué equivocada estás!
No fue mi culpa, el día que me separé de ti... aunque no puedo dejar de sentirme culpable.
Daría lo que fuera por devolver el tiempo a ese día en que nos arrancaron, cuando comenzaba a conocerte y a mirar tu sonrisa y a interpretar tus ojos. Pero el destino, maldito el destino... no quiso.
Y así dicen que el destino no existe, y que no cambia nuestras vidas, y que no dirige los actos en este amargo drama de la vida. Los que dicen eso son unos mentirosos; el destino sí existe y por él estoy muerto, por él soy huérfano de tu amor, por él te lloro todos los días.
Y no descansaré hasta encontrarte y estar a tu lado.
25
CAPÍTULO 2
Gabriel escapa del orfanato y encuentra a Bucanero
Salvador Quimera llega a Loma de la Bestia
Dos semanas después había llegado a Loma de la Bestia, un

paraje casi desconocido, enclavado en una preciosa comarca de la costa norte del país vecino. Desde que atracó en la pequeña embarcación de vapor, sus ojos verde esperanza se imantaron con la naturaleza de esa singular montaña verde que resaltaba entre la cordillera septentrional por su anacrónica forma de piedra sideral. Y guiado por una certera premonición, que le animó a cambiar la desilusión de los últimos años de la vida de su padre, de su pueblo, de su vida, pensó, "aquí si nos vamos a enderezar". Salvador no tenía ningún plan ni sabía dónde ir. Fue suficiente la respuesta de "ese es un lugar yermo y maldito, los que viven ahí son los olvidados de Dios", cuando le preguntó a un marino señalándole el lugar desde donde emergía, como un último reducto de la humanidad, Loma de la Bestia. "Perfecto", pensó Salvador, "aquí es donde voy a sembrar mis sueños". Cuando Salvador Quimera llegó a esta desolada comunidad causó gran impresión entre sus habitantes, que no estaban acostumbrados a recibir gente nueva menos con tan inusuales características. Mientras caminaba, los lugareños salían de sus casas y dejaban lo que hacían para verlo, murmurando sus dimensiones y comparándolo con personajes de cuentos míticos. A medida que se adentraba en los caminos, veía las casuchas de tablas de palma sin pintar y sus techos de cana y yagua que, cuando llovía, colaban el agua del café, los conucos sin cosecha, las cocinas apagadas, y a los hombres, las mujeres y los niños parados como tristes fantasmas, los ojos sin brillo, con unas

ojeras que parecían abarcar todo su cuerpo.

26

Pero la sordidez que les embargaba era aún más grande dentro de sus almas. Vivían vacíos de esperanzas. A pesar de sus infelicidades, pudo ver en sus caras la alegría del enfermo visitado y recordó el rostro de su propio pueblo; a diferencia de aquel, este por lo menos gozaba de una relativa libertad.

La hospitalidad de esta gente le brotaba del alma. Los hombres le saludaban con ese acompasado ademán de manos que solo se usa en el campo; las mujeres, más tímidas, lo miraban de reojo y comentaban entre sí, y los niños se alborotaban a su lado como si se tratara de la llegada de un circo.

Uno de los hombres que vio le llamó la atención. Este no parecía ni asombrado ni feliz, por el contrario, le pareció contrariado por su llegada. Sus ojos de ajíes picantes lo miraban con desdén y lo siguieron hasta que se perdió en el camino. Luego sabría de quien se trataba.

En poco tiempo estaba convidado a tomar café en la casa del patriarca de la incipiente sociedad, don Baldemiro, rodeado por cincuenta curiosos más que se preguntaban el objeto de su visita. Después del espeso y oscuro café colado en un colador de tela de macario, una especie de paño de algodón que se sacaba de los sacos de harina, y que después de lavada y secada se cocía en forma de media en donde se colaba el café recién molido y batido en agua caliente, Salvador Quimera le explicó al anciano

de dónde venía y le confió su interés de invertir lo poco que tenía en alguna porción de tierra. Este le invitó a pasar la noche en su casa y quedó de mostrarle una parcela que nunca se había atrevido a trabajar, y que, a su juicio, era inservible.

—No creo que haya una tierra más mala que esa —le confesó don Baldermiro a su huésped.

—Caminar por el camino trazado, solo conduce a donde otros fueron —le contestó Salvador sin miedo al pesimismo de su anfitrión.

Aquella noche, bajo el canto arrullador de los grillos, recordó a su padre, y no pudo evitar sentirse culpable ante la cómoda sensación de ser completamente libre.

Durante toda la noche, soñó que caía en un hoyo sin fin y que luego un chorro de agua cristalina lo disparaba a la velocidad de la luz hacia las nubes.

A la mañana siguiente, a pocos kilómetros del centro del caserío, se encontró con una propiedad solitaria, impenetrable,

un bosque de guazábaras, robles y grandes peñascos, incapaz de trabajarse por ningún hombre con pelos en el pecho.

—Justo lo que andaba buscando —le dijo al anciano.

Don Baldemiro lo miró incrédulo:

—Bueno, si usted la quiere yo se la vendo, pero para mí que usted está soñando despierto.

Salvador le sonrió pensando en las últimas palabras de su

padre antes de morir. Pactaron el precio y ese día se cerró el primer negocio en Loma de la Bestia en los últimos cuarenta años.

Salvador no lo volvió a ver hasta su entierro, justo dos semanas después. Antes de morir, don Baldemiro hizo redactar un documento de herencia de un solo párrafo, donde le dejaba a "El Salvador" un caballo que nadie había podido montar y repartía a su mujer y sus hijos lo poco que tenía en propiedades, más el dinero del negocio de la finca que se le vendió al hombre, que según él mismo diría pocas horas antes de morirse, "será el nuevo jefe de la comarca, el que traerá alegría y prosperidad a todos nosotros".

***

El caballo que le dejó, era de proporciones increíbles. Pardo como la tierra, brioso y sus ojos parecían dos brasas encendidas. La gente del pueblo decía que era un cruce de una yegua pura sangre y el diablo. Desde que nació nadie pudo ponerle la mano encima y nunca salió del corral de cambrón y guazábara que le habría hecho su amo para contener su ímpetu. Don Baldemiro no lo había sacrificado porque estaba esperando a que llegara su dueño algún día.

Cuando esta bestia galopaba, los cascos de sus patas retumbaban y hacían que temblaran los cogollos de las matas y cayeran los mangos y los aguacates al suelo trepidante.

Al ver a Salvador Quimera por primera vez, se pasó tres

días enteros dando patadas a la cerca hasta que le sangraron las pezuñas. Sus relinches parecían gritos del demonio, y al resoplar levantaba una nube de polvo que olía a azufre. Durante esos tres días la gente huyó a los alrededores con la piel erizada. Todos, menos Salvador Quimera.

28

La lucha entre estos dos titanes duró más de tres semanas. Hombre y animal se disputaban por el título del más tozudo. Acostumbrados al pleito, la gente se unió al espectáculo y todos los días en la tarde se daba cita alrededor del corral, para ver al empecinado Salvador Quimera tratando de domar al animal. En esas semanas nacieron las apuestas en Loma de la Bestia. Primero sembró un tronco grueso de caoba en medio de la cuadra. Luego se pasó dos días tratando de tirarle la soga al cuello, hasta que al tercero lo logró, y gracias a su tamaño y fuerza pudo dominar al animal y amarrarlo al guía. Hacerlo caminar alrededor del tronco no fue fácil. A pesar de los estruendosos sonidos del fuete que hiciera Salvador Quimera para tales fines, el animal se sembraba en el suelo polvoriento y no se movía por horas. No fue por obra del domador que lo hiciera, sino del espíritu santo, como dijeran las rezadoras del pueblo, ya que una mañana, luego de su acostumbrada gárgara de miel de abeja y sábila, Salvador Quimera lo encontró dando vueltas alrededor del tronco acompasadamente. En este momento las apuestas iban a favor del hombre.

Los días siguientes fueron inútiles intentos por montar a la fiera. Todos los días en la mañana, el caballo esperaba al jinete en la puerta de la cerca, parado como un general, para medir con prepotencia sus fuerzas. Después de un tiempo parecía disfrutar de su arrogancia y de las risotadas que provocaba en el público, que ahora apostaba a él.

Sus movimientos eran calculados. A veces esperaba que el jinete se le acercara, lo acariciara, le agarrara la crin de fuego para subirse al lomo y justo cuando estaba casi encima, pegaba un extraordinario brinco, arqueando el cuerpo y tirando por un costado al paciente hombre. Otras veces lo dejaba montar, y entonces no se movía ni hacia adelante ni hacia atrás, hasta que, cansado de darle con las botas en la panza, el hombre decidía bajar.

Las apuestas estaban a favor del caballo, cuando Salvador Quimera, que nunca quiso hacerse respetar por la fuerza, y mucho menos haciendo daño al animal, decidió cambiar de estrategia. Un día, por pura coincidencia, descubrió que al caballo le fascinaba la guayaba cuando uno de los niños del pueblo le lanzara una al corral. Entonces dejó de darle hierba y comenzó a alimentarlo con lo único capaz de amansar su naturaleza montaraz. Nunca

comió delante del amo, por orgullo. Cuando Salvador Quimera intentaba darle las guayabas con las manos, daba media vuelta y se marchaba. Pero al tercer día sin comer, no aguantó la tortura

y decidió probar de la mano de su dueño. Se acercó nervioso y desconfiado, tomó una de las guayabas y la devoró con rabia. Se alejó, esperó orgulloso un par de horas más, viendo al amo que le ofrecía las deliciosas frutas y de vez en cuando se comía una para darle envidia, y luego fue por otra, y otra y otra, hasta que se comió el saco completo. Después de la hartura quedó con el estómago templado como una tambora, empachado del dulce cebo. El jinete, viendo que el ahíto animal no representaba peligro, se acercó lentamente, tomó las riendas y se subió de un salto al lomo del anestesiado caballo. En medio del silencio los hombres miraban atónitos el hecho y los que habían apostado al caballo sentían gran desilusión ante el avance del hombre. De repente, el caballo, que no aguantaba más el atiborramiento de las guayabas, se tumbó en el suelo y cayó rendido hasta el otro día en la tarde. Salvador Quimera, que quedó con los pies en el suelo y las riendas en la mano, echó un coño que se oyó en el pueblo entero y se marchó fastidiado. Nadie se atrevió a reír esta vez.

Al otro día fue lo mismo, pero sin hartar al animal. En esta ocasión hizo que el animal le siguiese detrás de una guayaba que llevaba en la mano. Caminaron el corral entero y dieron varias vueltas alrededor del tronco, luego el hombre se detuvo, y mientras le daba la guayaba se subió al lomo del caballo; este, al degustar el apetitoso manjar, le permitió la confianza hasta terminar el bocado, para luego lanzar de nuevo al jinete en una

de las más dolorosas caídas desde que empezara la doma. Luego de la tregua que durara una semana, el hombre decidió amarrarse las riendas a la cintura y lo sacó del corral dándole guayabas. El animal decidió seguirlo con las riendas montadas en la paciencia imperturbable del hombre, caminando detrás de su nuevo dueño, como estudiándolo, sin permitirle montarlo. Día a día se seguían mutuamente, caminando siameses en un tipo de arreglo combinado, haciendo sus actividades y hasta sus necesidades sin separarse ni un segundo. Salvador Quimera no abandonó las tareas de limpieza en la finca mientras el animal pastaba sereno y tranquilo a su lado. Un día, justo a las tres semanas de que empezaran a debatirse en este duelo, el hombre

jadeaba del cansancio luego de dar los toques finales a un pequeño bohío que decidiera construir en al área donde estaba haciendo las labores de limpieza. El caballo lo siguió todavía atado a su cintura hasta la sombra de un roble, donde lo vio tumbarse con la piel desnuda sancochada por el calor, las manos desolladas por el uso del machete y los pies ampollados por las interminables horas de trabajo. Entonces, recordando la hartura de guayabas que le diera su paciente nuevo dueño, por primera vez sus rusientes ojos se apagaron, y en un acto de solemne solidaridad lo empujó con el hocico por la espalda, luego le mordió la camisa acercándolo a él, se inclinó bajando sus dos patas delanteras y como dándole las gracias, le permitió remontar su encumbrado

lomo para compartir la primera de las muchas caminatas que harían juntos. A partir de este momento serían uno.
Veterano, como le llamaría Salvador Quimera, cargaría más que un mulo, araría más que un buey y llegaría incluso a salvarle la vida en más de una ocasión. Una de ellas lo hizo cuando cruzaban una trocha al borde de un derricadero. El impetuoso corcel, a pesar de los intentos de su amo por dominarlo, se pararía de repente en dos patas, relinchando como si hubiese visto un demonio, y reculando, lo salvaría de una repentina avalancha de rocas y escombros que segundos después arrasaría con todo en el camino.
La gente decía que el espíritu de don Baldemiro se había montado en el caballo, pero Salvador Quimera, que reconocía en los ojos del animal el destellante fulgor de una mirada que convertía en piedra a los hombres, sabía que era su padre que le había seguido y le cuidaba celosamente bajo la crin de este formidable semental. Su instinto.
***
Esto me recuerda a mi perro. Allá por los años setenta. En ese tiempo había escapado del orfanato y deambulaba por las calles de la ciudad capital como una veleta. Todo un rebelde. Pero con causa. ¿Cuál? Mi libertad.
Limpiaba zapatos, vendía botellas vacías (aunque las de ron y cerveza prefería encontrarlas con algo dentro para vaciarlas en mi boca), limpiaba cristales de vehículos en los semáforos, hacía

mandados, y cuando no tenía ganas de trabajar, simplemente soñaba. La vida en la calle era dura, pero lo fue aún más cuando conocí a Charly y sufrí en carne propia el yugo de su reinado callejero.

En esa ocasión acababa de escapar del orfanato, un lugar se suponía que albergaba a los niños sin familia, abandonados por padres que no los querían, o como en muchos casos, hijos de padres delincuentes que cumplían condena por algún delito; en fin, niños pobres y desamparados que necesitaban un hogar. Ese era el concepto inicial de aquella institución "de bien social". Se suponía. Ya que, en otras ocasiones, como veremos más adelante, la misión altruista para lo que fue concebida nunca se materializó.

No cabe duda de que todos los niños cumplían con el requisito de ser huérfanos y de necesitar un hogar, pero eso no evitaba que muchos de ellos también fueran pequeños ladrones, drogadictos y criminales. Muchachos con el "todo incluido", como les llamaban las trabajadoras sociales, y que de alguna manera transmitían sus conflictos internos y sus frustraciones a los demás. De manera que, aquellos que no lo eran, finalmente terminaban siendo lo mismo o peor.

Ahí fui yo a parar cuando los padres que me "adoptaron" tuvieron su propio hijo y decidieron devolverme; como si fuera un juego viejo y caduco que no sirve, así por así, decidieron

devolverme. La razón: alguna irrisoria justificación de tipo económica. La promesa: una familia rica vendría pronto a adoptarme.

Pero esa familia nunca llegó. Luego me enteraría en ese orfanato que estos padres no me habían adoptado, sino que me habían encargado a un traficante de niños porque no podían concebir uno propio. Es decir, mi estatus legal había cambiado ligeramente de niño adoptado, a niño robado. Excelente.

A pesar de eso, inmerso como estaba en aquel universo "mágico y virtuoso", no tenía tiempo de preocuparme por cosas tan "triviales" en este infierno infantil. Tenía temas más importantes en mi agenda para prestar mi atención, temas como, por ejemplo, mi sobrevivencia.

Pasaron años en el orfanato y nadie llegó. No sé por qué. A fin de cuentas, era un chiquillo normal. Comía cuando tenía que comer, jugaba cuando tenía que jugar, dormía cuando debía

y soñaba, soñaba en demasía. No se podían quejar de mí. Era un chico adoptado (o robado) perfecto. Llegué a pensar que nadie me adoptó por el nombre, imagínense, mis padres postizos tuvieron la brillante idea de llamarme Placento, creo haciendo alusión al órgano femenino, a la fertilidad o a su incapacidad para concebir, qué se yo; pero después me di cuenta que a ninguno de los otros niños los adoptaban tampoco. Era un mal de todos. Como no tenía papeles legales todavía, decidí cambiar el

fatídico destino que me esperaba con este apelativo y me hice llamar Gabriel, siempre me había gustado, y tener el nombre de uno de los ángeles más poderosos de Dios, no era mala idea.
En el orfanato no tenía esperanzas. Por eso me escapé a las calles. Fue la mejor decisión en ese momento, pero justo cuando pensaba que tenía mi vida callejera controlada, apareció Charly. Suerte que años más tarde encontré a mi perro.
Su nombre era Bucanero. Lo encontré tirado en un rincón oscuro de la ciudad colonial, con una pata rota y gimiendo de dolor. Era una mezcla de pastor alemán con oso (por lo menos) y tenía una mancha blanca en el pecho y en la punta de la cola. Cuando llegué hasta él levantó la cabeza y movió el rabo. Nunca voy a olvidarlo. Sus ojos se enternecieron de tal forma que pensé que era mi padre, mi hijo o mi hermano.
A partir de ese día fuimos inseparables. Bucanero se convirtió en mi mejor amigo, en mi guardián, en mi familia. De alguna manera pude sobrevivir todos esos años en las calles. Los muchachos mayores que yo comenzaron a respetarme y con el tiempo me convertí en el líder de todos ellos en la parte sur de la ciudad.
Pero, para lograr eso, primero tuve que librar una batalla campal con Charly.
***
Luego de hacer el improvisado bohío de pequeños troncos, ramas y canas para guarecerse de la lluvia de mayo y esos terribles

mosquitos, Salvador Quimera siguió limpiando los alrededores de un terreno en la parte más alta de la propiedad, chapeando con el sable español todos los broques y arbustos que impidieran la entrada a aquel inhóspito terreno. Gracias a la virtud que

había heredado de su padre, duró catorce días durmiendo una hora por noche, comiendo trozos de plátanos silvestres y huevos de gallina, hasta que acondicionó toda el área de lo que sería la casa paterna de los Quimera en la Loma de la Bestia.

Cortó dos inmensos robles centenarios de veinticinco metros cada uno, y con su paciencia imperturbable los labró y convirtió en las dos columnas de lo que sería el portón de la entrada a la propiedad. Después que cavó dos hoyos de dos metros y medio de profundidad por uno y medio de ancho cada uno para enterrar los troncos, a pesar de la descomunal fuerza de su caballo Veterano y de él mismo, y a pesar de los amplios conocimientos de construcción, albañilería, mecánica y todo cuanto pudo embeber su curioso cerebro durante su vida, se pasó tres días más sentado en uno de ellos, elucubrando la manera de trasladarlos, sin éxito, hasta que decidió contratar diez hombres, dos bueyes, una carreta y dos mujeres, para llevar a cabo la obra.

Luego de haber sembrado los postes, con la baja de uno de los animales que no aguantó el arrastre de la inmensa carga al levantarlos y la pérdida de la mano izquierda de uno de sus hombres, que en lo adelante sería su mano derecha, Salvador

Quimera suspendió el trabajo, se pasó tres días caminando la propiedad, y luego de mirar detenidamente los postes otro día completo, dio la orden para que cortaran dos nuevos troncos, ya que sacar aquellos de los hoyos resultaba más difícil, marcó el lugar correcto de los nuevos y enseguida consiguió otro buey para comenzar la obra.

Sus colaboradores no entendían nada, pero no había ningún trabajo que hacer y el solo hecho de ver a este talludo desconocido, hablando solo, los entretenía.

Los curiosos que llegaban por montones a la propiedad, iban a constatar los rumores de los que ya habían sido testigos de la capacidad de trabajo de este hombrón y sus ideas. Algunos se escondían detrás de los árboles y arbustos para acecharlo, mientras otros le llevaban agua y comida como pretexto para estar a su lado. Todos sentían la irremediable necesidad de ver sus avances en la finca, de ver cómo se construía, por fin, el futuro promisorio que nunca llegaba, no porque estuvieran condenados al presente, sino porque el limbo de desesperanza en que vivían varados, no les permitía mirar más allá de la triste realidad que los consumía. Pero con la llegada de este hombre sin presente ni pasado, todos habían levantado sus ojos vacíos y miraban con ansias un paso más allá del hoy.

34

A veces los mirones se quedaban dormidos incapaces de seguir el ritmo de trabajo de este ser que casi no dormía, ocasión

que aprovechaba Salvador Quimera, que se daba cuenta del más mínimo movimiento de los brecheros, para entablar algún tipo de conversación.

—Y ustedes vinieron a ayudarme o a dormir —les dijo una de esas noches a un grupo de cinco hombres que lo espiaban cerca de la medianoche y quedaron rendidos bajo el amparo de un roble.

Pero no era solo la curiosidad que los hacía acercarse a este hombre, sino el hambre de trabajo. Así que, seguidos de la determinación ciega de Derecho, como le llamaría su patrón al hombre que perdió la mano izquierda, que de ahora en adelante lo seguiría como su sombra, comenzaron a sumarse más y más voluntarios y se dieron al trabajo como si nunca hubieran trabajado.

Derecho casi no hablaba, pero con su tozudez lo decía todo. Salvador Quimera no había notado esta cualidad con tanta claridad, hasta después del día que él perdiera su mano izquierda. Estaban levantando uno de los inmensos troncos para colocarlos encima de unos más pequeños que servirían de mecanismo de rodamiento para moverlos. Veinte hombres junto con el caballo y los bueyes, halaban una especie de grúa con sogas que levantaba uno de los extremos, mientras que Derecho y otros cinco dirigían el movimiento del tronco en el aire para posicionarlo sobre los otros. Derecho estaba agarrando una de sus puntas para alinearlo hacia el suelo, cuando la soga se rompió

y dejó caer la enorme columna encima de su mano izquierda aplastándola contra los otros maderos. Ni siquiera en ese momento habló. Se armó un intenso alboroto y algunos cayeron desmayados al ver la mano aplastada, otros intentaban amarrar de nuevo el tronco para poder moverlo, mientras Salvador Quimera, junto con otros hombres trataban de levantarlo para poder liberar su mano. En medio del agudo dolor, Derecho se dio cuenta de que los esfuerzos no llevaban a nada, y si no hacía algo al respecto, pronto desmayaría y se desangraría hasta la muerte. Con el último aliento de fuerza que le quedaba, desenvainó el machete que cargaba en la cintura y de un solo tajo se cortó la mano.

35

A partir de ese momento todos lo conocerían por "Derecho".
Este incidente no varió su pétrea conducta. Todo lo contrario.
Se dedicó aún más a los proyectos que fuera desarrollando su jefe, y poco a poco se iría convirtiendo en su hombre de confianza. Su capacidad de trabajo solo se podía comparar con la de Quimera. Ninguno de los dos dormía más de una hora, comían una sola vez al día y nunca se quejaban. A falta de su mano izquierda desarrolló un poderoso brazo derecho, que lo destacaría en el trabajo y lo haría más eficiente y rápido que los demás. Este brazo derecho le haría ganar muchas apuestas a la hora de echar pulsos con todos los hombres del pueblo, llegando incluso a vencer a cinco hombres juntos.

Después de su jefe, al que nunca se atrevió a retar, Derecho sería por muchos años el hombre más fuerte del pueblo. Hasta que nació el primer hijo de Salvador Quimera.

Después de algunos contratiempos producto de su exigencia y perfeccionismo, los troncos quedaron en su sitio, y con cinco palos de cola más pequeños terminó los dos portones, para los cuales tuvo que hacer catorce bisagras de hierro forjado para poder montarlas, una aldaba que medía cerca de cuatro pies, y un candado de cobre más grande que la cabeza de un becerro, dando como resultado una opulenta estructura rígida que sobresalía por encima de la espesa cama de árboles en la que dormía aquel pueblo. Hicieron falta diez hombres más, el caballo Veterano, dos bueyes, y una palanca ideada y manipulada por el mismo Salvador Quimera, para abrir las puertas por primera y última vez, para nunca jamás cerrarlas, de lo que sería en lo adelante la entrada al progreso y la vuelta a la vida de una comunidad que estaba muerta de sueños.

Allí nació la primera generación de hombres y mujeres lampiños de la estirpe de los Quimera en este país.

CAPÍTULO 3

Antero

Charly Mataperros

Antero era chiquito y revejido, la nariz grande para husmear y la boca fina y ponzoñosa. De tanto fruncir el ceño se le habían

hecho tres grandes zanjas por encima de la frente, que no dejaban que el poco sudor que producía le goteara verticalmente como a todos, sino que hacía que le resbalara por los costados de sus ojos hasta sus mejillas, así, cuando trabajaba o tenía miedo parecía que lloraba.

Cuando todavía sus padres vivían, la existencia de Antero era como la de cualquier otro en la loma, simple y llana. Todo llegaba a tiempo y nunca faltaba nada, sin llegar a la abundancia. En esos días la comunidad vivía calma y sin mayores preocupaciones.

Un período de gracia en donde la madre naturaleza no cobraba ningún interés por los beneficios que les dejaba. En ese remanso llovía cuando era necesario, hacía sol lo suficiente para que las cosechas se alimentaran de él, las plagas, los pájaros y los hurones vivían en un ecosistema perfecto, alimentándose unos de otros sin representar peligro alguno para las siembras. Los animales de corral parían cuando debían hacerlo, las vacas daban un promedio justo de leche todos los días, y la tierra daba lo necesario para alimentar a todos en el pueblo y vender algo en la ciudad. La loma tenía casi cincuenta años en este estilo y parecía que iba a seguir así para siempre. Antero, como los otros niños, vivía cómodamente en un arreglo perfecto con sus padres para pasar el tiempo jugando y disfrutando del trabajo de ellos, sin muchas expectativas de lo que trajera el futuro, pues por la carencia de ambiciones, nadie pensaba en ello. Antero no se preocupaba por nada, ni siquiera por su físico retrasado

que contrastaba visiblemente con el de los demás niños. En los juegos casi siempre perdía o llegaba de último, pero como ganar o llegar no era importante para ninguno de ellos, porque como los adultos, los niños tampoco ambicionaban nada, su insuficiencia física pasaba desapercibida. Así vivió Antero su infancia hasta aquel funesto día de verano.

Los habitantes de la loma estaban preocupados, hacía un mes justo que no llovía y el sol evaporaba la poca agua almacenada en los estanques y las toyas de las fincas. Los padres de Antero y los demás del pueblo se desollaban los pies buscando agua del arroyo en la falda de la loma. Hasta los niños conocieron por primera vez el rostro del trabajo, primero de juego y luego de verdad, uniéndose a ellos en lo que parecía ser el primer estado de emergencia que experimentara la comunidad en muchos años. Ahora todos habían alargado el cuello, mirando preocupados por encima del presente, el mañana. Pero cada día que pasaba traía cosas peores. Después de la sequía, vinieron los insectos, luego la hambruna de los animales de corral y por último la peste.

El día en que Antero vio por última vez a sus padres, les tocó a ellos sacrificar el único toro que les quedaba para repartir la carne entre los más necesitados. De su modesto haber solo quedaban dos famélicas vacas con las costillas a flor de piel, un chivo, cinco gallinas, dos o tres matas de plátano y algunos víveres sembrados en el conuco de la parte atrás de la casa, ya que la finca entera se

había perdido.
Esa noche, su madre preparó un té para ella y su padre, que sufrían de calentura desde hacía días y antes de acostarse le dijo algo que martillaría su conciencia por el resto de su vida. En la madrugada, extrañado por no verlos sentados en la mesa como de costumbre, tomando el primer café del día, Antero entró en la lúgubre y sofocante habitación de sus padres, sacudiéndose de la nariz el halo de muerte que saturaba el aire para poder respirar y los encontró inertes como dos momias, agarrados de la mano en su cama, con los ojos abiertos de par en par mirando hacia arriba como si esperaran algo del cielo. Ellos serían las primeras víctimas de la peste de fiebre que azotaría todo el pueblo.
Cuando ellos murieron, Antero tenía doce años y al ser hijo único, sin ningún otro familiar que lo adoptara, quedó a merced de las demás mujeres del pueblo que a duras penas podían mantener a los suyos con lo poco que quedaba. Pero Antero no

aceptó ayuda. Durante los años venideros sobrevivió cosechando algunos que otros víveres y frutas del conuco y tomando agua de leche de la esquelética herencia bovina que recibió. Nunca salió más allá de la cerca que guardaba la casa de tablas de palma y yagua hasta que cumplió los dieciocho años.
A pesar de la crisis que azotaba a todos, Antero fue siempre tema de agenda en las reuniones que se hacían en la casa de don Baldemiro. Preocupados por el destino de este muchacho,

algunos votaban por sacarlo de la casa a la fuerza y adoptarlo y otros por llevarlo a la milicia para que no se descarriara, pero siempre ganaba la sensatez de don Baldemiro.

—Dejen a ese muchacho tranquilo, que mucho ha pasado ya con la muerte de sus padres. Además, él no le está haciendo daño a nadie. Yo pienso que esa misma situación lo va a convertir en un hombre hecho y derecho. Bien reza el refrán que dice que "la necesidad tiene cara de hereje", y él simplemente está sobreviviendo con la mejor cara que puede poner a sus penas.

En muchas ocasiones la gente del pueblo pensaba que había muerto o que se había marchado; se acercaban a su casa llamándolo por el portalito cerrado con un viejo candado fundido por el óxido, y entonces él ladraba desde adentro que lo dejaran en paz. Pero en realidad Antero no estaba vivo. El Antero que había nacido en aquel pueblo, con aquella gente y su vida simple y sin ambiciones, había muerto el mismo día que sus padres. El niño único que jugaba feliz sin importarle nada de lo que ocurría a su alrededor, mimado por el cuidado excesivo de su madre, había desaparecido y en su lugar había reencarnado en su asimétrico y enjuto cuerpo un ser inhumano que se repetía constantemente como un mantra universal las últimas palabras que le dijera su madre la noche antes de morir.

A partir del día en que sus padres se marcharan agarrados de la mano, el Antero que todos conocerían sería el mismo que, de esa misma manera, los llevaría de la mano junto a su nuevo

destino. Fue tan así, que luego de cumplir mayoría de edad, Antero formalizó esta percepción, saliendo una vez cada nueve días de su guarida, vestido de negro con un sombrero de capa hecho por él mismo de plumas de chinchilín, a deambular por las calles con el rostro hacia el suelo, como recordándole a todos que también estaban muertos, que todo el pueblo estaba muerto y él era el único capaz de velarlos cada nueve días.

40

Así que con el tiempo todos se acostumbraron a estar muertos y cada nueve días esperaban las bendiciones del más muerto de todos. En principio lo miraban desde sus puertas, con miedo a aceptar la oscura realidad, pero después se convirtió en una costumbre parte de la vida misma y entonces lo esperaban vestidos de luto para unirse a su cortejo fúnebre, caminando en silencio y con las caras al suelo para no ver ni para adelante ni para atrás, velándose a ellos mismos. Al terminar la ceremonia fúnebre las mujeres y los niños se iban a sus casas y los hombres al campo desolado, todo volvía a la triste normalidad y Antero no volvía hasta dentro de nueve días más. Esto les daba tiempo a todos para recobrar el aliento de los vivos y dedicarse a sobrevivir en este mundo de los muertos.

***

Cuando Salvador Quimera entró por primera vez a Loma de la Bestia, Antero se postró como una gárgola en el saliente de la ladera del camino que daba entrada al pueblo, siguiendo con sus

ojos de ajíes picantes lo que, según él, sería el principio del final. Esa noche, mientras don Baldemiro y Salvador se conocían y planeaban la visita a su finca, Antero adelantó su cruzada por el pueblo y habló por primera vez en los últimos dieciocho años en su recorrido, alertando a todo el pueblo sobre la amenaza de un misterioso visitante que había llegado y que según él traía la muerte encima. Pero esta vez no tuvo tantos seguidores. La mayoría de los hombres se habían internado en la casa de don Baldermiro para curiosear en torno a las conversaciones del anciano y su nuevo huésped, y las mujeres se habían unido a doña Casilda, su esposa, para ayudarla a preparar comida para los invitados y de paso enterarse de los últimos detalles de parte de la anfitriona. Antero no tuvo más remedio que marcharse a su casa para hacer lo mismo al otro día y al otro día y así durante más de una semana, sofocando a todos en el pueblo con su letanía, sin aparente resultado.

La gente de la loma parecía haber cambiado de intereses y ahora se despertaba ansiosa cada día en busca de la nueva atracción que había llegado. Pero Antero no se daba por vencido fácilmente, no en vano se había desterrado de la realidad de las

cosas, absteniéndose de lo mundano, pero también de cualquier expresión elevada del espíritu, en pleno celibato de los deseos y las ambiciones que hacen sucumbir a los hombres comunes, convertido en un asceta, caminando solitario en un camino sin

paradero, vacío y sin esperanza ninguna, un camino que años después, recordando las últimas palabras de su madre antes de morir, él entendería y defendería con uñas y dientes ante el mundo.

La campaña de Antero en contra de Salvador no tenía fundamento para muchos, pero para él, que no concebía la posibilidad de algo promisorio en su vida, ni en el mundo, era simplemente un paso más en su camino. Salvador se había atrevido a pisar las hordas de su imperio moribundo y tenía que ser expulsado cuanto antes.

Luego de la construcción del portón sucedieron los trabajos de limpieza de la finca. En estos trabajos participaron los hombres contratados por Salvador Quimera y muchos más que se iban sumando por inercia. Primero fueron cinco, después ocho, luego quince, más tarde veinte, y finalmente casi todo el pueblo. Los que no participaban de esta tarea, se hartaban de trabajo llevando a cabo sus propios proyectos. Unos acondicionaban sus conucos, otros las fincas para su ganado, otros arreglaban los locales de sus comercios olvidados, los más precavidos construían nuevos negocios para cuando se vendiera algo, y algunos, simplemente, se conformaban con pintar y disponer el orden en sus casas. Era imposible resistirse a la tentación de formar parte de algo. El ímpetu de este hombre les había abofeteado la cara, trayéndolos de nuevo a la realidad, una realidad donde todo era posible y donde la fantasía era parte de la vida misma. Una realidad donde

se podía soñar. Todos lo habían sentido así, menos Antero. Él se había sumergido aún más en sus elucubraciones fatídicas y sentía que perdía la batalla contra el mal.

Ahora se había dedicado a husmear en los trabajos que Salvador hacía en la propiedad, vigilándolo constantemente escondido desde algún lugar. A veces le pasaban días martirizándose con la evolución del proyecto, sin comer, ni dormir, viendo cómo la gente se unía a su rival en la mejora de la finca. Luego retornaba envuelto en descuido y calamidad a su hogar y se encerraba por días.

Salvador Quimera nunca lo percibió como una amenaza, más bien le provocaba cierta lástima. Muchas veces lo distinguía entre los matorrales y se hacía el distraído. Salvador tenía cosas más importantes que hacer que prestarle atención a un lunático que no hacía daño. Antero por su parte, veía a Salvador como el causante de todas las desgracias, como el principal objetivo de su guerra santa y actuaba según el mandato de lo que su retorcida mente le dictaba en ese momento.

Antero ya era parte del entusiasta itinerario de la finca.

Cuando no llegaba por alguna razón (quizá por estar elucubrando alguna otra táctica macabra) su ausencia se notaba como la de cualquiera de los trabajadores. Pero cuando asistía regularmente a su trabajo, caminaba entre ellos como si fuera el otro capataz de la obra, silente y desconfiado, criticando cada movimiento

de troncos o cada chapeo, "sigan soñando que yo les voy a hacer un cuento", o simplemente esperando el momento para su arremetida del día, entonces se mezclaba entre los trabajadores y trataba de persuadirlos de que estaban errados y de que ese no era el camino. Cuando veía que Salvador se acercaba salía despavorido como si hubiera visto al diablo.

— Yo ya les he dicho que este va a ser su entierro. Ese hombre trajo la maldición a este pueblo. Y eso que ya estábamos jodidos. Dejen todo eso y vuelvan conmigo al pueblo, a la realidad. Hay que sacarlo de aquí. Después no digan que yo no les dije.

—Antero, el que se murió hace muchos años fuiste tú. Vete a hacer lo tuyo y déjanos a nosotros hacer lo nuestro. De todas formas, no nos vamos a joder más de lo que estamos. ¿No es verdad?

Así le contestó Moreno aquella tarde, uno de los hijos de don Baldemiro que desde hacía días trabajaba en la propiedad. Antero desapareció del lugar mirando de reojo a todos. Luego se le vio sermoneando con los niños debajo del flamboyán del centro del pueblo. En su horroroso discurso, él trataba de explicarles el nefasto destino que les esperaba a todos y cómo ese proceso se había acelerado con la presencia de ese extraño en su pueblo. Aquellas palabras, o aquella condena de muerte, chocaban de frente con la tierna mirada de los infantes, ahora convertida en puro espanto que, conteniendo las lágrimas como si estuvieran dentro de un dique a punto de romperse, parecían

caer irremediablemente en las cábalas del malévolo Antero.

43

Varias mujeres, encabezadas por doña Casilda, se dirigieron hacia él arrebatándoles a los niños de sus palabras y le prohibieron que los viera más.

—Ya está bueno Antero, deja a nuestros niños en paz y vete a hacer lo tuyo. Aquí nadie quiere escuchar tus oscuras profecías y mucho menos seguirte en tus malditas procesiones. Aquí ya nadie está de luto. Si quieres seguir tu vida entera vestido de tragedia, allá tú, pero a nosotros déjanos vivir. Ponte a trabajar en algo, vete a la finca a ayudar a los hombres y dale la mano a ese tal Salvador que nos ha devuelto la fe en el porvenir, en vez de estar hablando disparates. Y si no, ¡lárgate de aquí, engendro!

Antero se quedó viendo fijamente a doña Casilda sin pronunciar una sola palabra, que todavía temblaba luego de descargar toda su rabia y su desengaño en aquellas áridas palabras contra él. Entonces la brisa de cuaresma le levantó el saco negro (que nunca perdía su negrura) por detrás de su espalda como si fuera a volar, convirtiéndolo en una especie demoníaca de ave de rapiña, su rostro se ensombreció y su mirada ígnea las paralizó por un instante, incluyendo a la osada doña Casilda, como si estuvieran frente al mismo amo de los avernos, al borde de un abismo sombrío sin fin del que no se puede salir nunca, y abriendo su boca de pico, de la que se resbalaba un fino hilo de saliva arsénica, pronunció las últimas palabras que le dijera su

madre antes de morir; su credo:
—"El fin se acerca". Después no digan que no les dije —incorporándose de las raíces del flamboyán y marchándose casi levitando sobre el suelo polvoriento. Esa fue la última vez que lo vieron en Loma de la Bestia.
Al otro día todos se reunieron en un claro de la finca, donde Salvador Quimera observaba el último legado de Antero bajo su impasible mirada. Unas palabras de fuego se dibujaban en el espeso pasto de Pangola: "Salvador o Salvado".
***
Charly "mataperros", así le decían porque tenía un peculiar "cariño" con estos animalitos:
Charly era el jefe de todos los niños callejeros de la parte sur de la capital. Lo conocí cuando me escapé del orfanato, me topé con él en uno de nuestros restaurantes preferidos para almorzar,

el supermercado de un chino llamado Chin Won, al que todos nosotros le decíamos Chin Gon; por supuesto esta variación de su nombre estuvo a cargo de Charly. Había que verle la cara al infeliz cuando le gritábamos "Chin Gon no chinga, Chin Gon no chinga, Chin Gon no chinga", los buches pasaban de amarillo guineo a rojo tomate en fracciones de segundos y los ojos se le querían poner redondos del tiro. El asunto es que cuando salíamos del supermercado con las manos llenas de dulces y galletas, perseguidos por el chino con un machete en una mano y

un cuchillo de deshuesar carne en la otra, Charly y yo chocamos en la puerta de salida y toda la "compra" se desparramó por el suelo junto con nosotros, que tuvimos que hacer gala de nuestra juventud y experiencia en el asunto para evitar que los filosos instrumentos del chino cumplieran su cometido y nos convirtieran en Chop Suey para la cena. Ya a un par de cuadras del supermercado, a salvo del ataque de Shao Lin, donde las palabras de Chin Gon se oían solo como un reguero de latas cayendo por una escalera distante, Charly y yo nos detuvimos exhaustos, agarrándonos las rodillas y aspirando todo el aire de los alrededores. No pasaron ni diez segundos cuando tenía a Charly encima de mi agarrándome por el cuello y apuntándome con el puño en la cara: "Y quién diablos eres tú".
"Gabriel", dije yo casi asfixiándome. "Por tu culpa me quedé sin comer hoy, hijo de la gran puta", me contestó él, mientras apretaba con más fuerza. Entonces experimenté de nuevo la fuerza de los nudillos de un chico mayor que yo, como otras tantas veces en el orfanato, atravesando mis muecas y abriéndose paso entre mi inocente epidermis para romper uno a uno los vasos capilares en los alrededores de mi ojo izquierdo y provocar de inmediato un bochornoso moretón. En realidad no era para menos. Y no porque Charly fuera dos o tres años mayor que yo, sino porque Charly era uno de esos chicos flacos y fibrosos, a los que se les ve las venas en los brazos y en los puños, y todos nosotros sabemos que los golpes de esos chicos son los que más

duelen.

"A partir de ahora Gabrielín (como me bautizó desde ese día) vas a ser mi cocinero personal; me vas a buscar el monchi todos los días, sin mancar, y si no aparece para los dos te quedas sin comer. Digo, sino quieres volver a saborear mis puños".

45

Ese fue el inicio de nuestra "amistad"... y de mi calvario. Pero no los voy a cansar con la triste historia de un niño huérfano (dos veces) perdido en las oscuras y violentas calles citadinas de un país del tercer mundo. Con ese viejo cliché de que dichas calles albergaban desde delincuentes, prostitutas, traficantes de niños, hasta políticos y millonarios que compraban el amor (o el odio) de criaturas infelices como mis amigos y yo. Niños que en menos de dos o tres meses se convertían en hombres y mujeres preparados para afrontar las exigencias del submundo en el que vivían. Un submundo donde el pensum de la mayoría de "universidades" era rico y extenso, de manera que los muchachos podían escoger entre los más variados cursos técnicos de Ratería o Ladronzuelismo, así como carreras completas de Robo Juvenil a Mano Armada, Prostitución y/o Pornografía Infantil, Introducción al Tráfico de Drogas, Tráfico de Armas, Sicariato, Robo de Vehículos Caros y, por supuesto, la que tomaban solo los más audaces, Ingeniería del Crimen Organizado. Aquellos que sobresalían en sus respectivas carreras eran seleccionados para el doctorado; así podíamos encontrar Doctores en Corrupción

Política, Terrorismo, Biología de las Nuevas Drogas Ilegales, Antropología de la Tortura, etc. Estos centros de altos estudios no admitía a cualquier alumno, para ingresar en él se tenía que pasar un riguroso examen de admisión que iba desde robar a una anciana o violar a una niña, hasta asesinar a una persona escogida al azar, realizado en un ambiente de extrema vigilancia, que incluía la supervisión enfermiza de uno o varios maestros especializados en la materia, que evaluaban la eficacia de los métodos utilizados, la rapidez y por supuesto la integridad del alumno a la hora de llevar a cabo su examen individual. Muchas veces los alumnos no comenzaban si siquiera el difícil examen cuando se daban por vencidos y decidían abandonar la admisión al centro. Pero era demasiado tarde. Ya no había vuelta atrás. Cuando eso sucedía, el alumno era escogido por un panel de ocho o diez profesores de extremos métodos de enseñanza y entonces era sometido a una prueba extraordinaria de emergencia donde era golpeado brutalmente hasta quedar convencido de volver a tomar su examen de admisión. Si acaso sobrevivía. Ese fue mi caso.

46

Después de esta tutoría, decidí entonces robar a una anciana y despojarla de su sombrilla y su arruinada cartera. Mis notas no fueron sobresalientes, ya que no la golpeé, pero por lo menos pasé el examen e ingresé, en contra de mi voluntad, rasando a la prestigiada academia.

Nunca llegué a ser un estudiante meritorio. De hecho, no pasé de las materias introductoras del "colegio universitario". Pensé en cambiar de "universidad", pero en esos tiempos no había más de cinco o seis instituciones de prestigio como la mía (además de que se penalizaba con la muerte la deserción), así que decidí mantenerme por obligación en esta hasta terminar algún curso técnico para tomar mi propio camino. Además, tengo que recordar que contaba con el apoyo de su máxima autoridad, el rector Charly "Mataperros", que todavía me honraba con el título de "chef personal de su eminencia". Charly reconocía mi falta de talento para convertirme en un gran líder (bandido) como él, pero como yo era el más joven de todos, mantenía la esperanza de que eso cambiara. Lo que en realidad me salvó y me mantuvo en el círculo del poder, fue mi capacidad innata para los asuntos de inteligencia. Y eso Charly también lo sabía. Yo era el único que sabía leer y escribir (por lo menos eso saqué del orfanato, cuando solo y sin esperanza me volqué al autoaprendizaje y a la lectura voraz de novelas y cuentos en la biblioteca olvidada de aquella cárcel de niños). Así que las tareas de inteligencia fueron delegadas en mí. Poco a poco me fui encargando de manejar las finanzas de la institución, de organizar la agenda de trabajo de Charly (situación que agradaba sobremanera al "mataperros" porque además de hacer eficiente su tiempo, alimentaba secretamente el anhelo de que yo pudiera algún día escribir sus memorias y hacerlo inmortal. No se imaginaba él en ese tiempo

el papel que ocuparía realmente en mis escritos futuros), incluso serví como "diplomático" cuando se agriaban las relaciones entre nuestra institución y las otras, que ambicionaban como nosotros el dominio total de la ciudad.

Gracias a mis imprescindibles dones viví en este mundo sin participar activamente dentro de él. De manera que mis aptitudes innatas a la erudición verdadera, aunque iban en contra de los preceptos fundamentales de la institución, me habían salvado el pellejo y me habían dotado de un transitorio escape de aquella cruel realidad. Gracias a esto no tuve que delinquir en actos

mayores, limitándome solo al consumo esporádico de alguna droga alucinógena que me transportara a otro mundo, lejos de la vorágine delictiva en la que habitaba. Así que de vez en cuando, más por encajar en el grupo, compartía desinteresadamente la aspiración de cemento, o cuando aparecía, un par de patadas de marihuana. Pero nunca me hice adicto. Aquello era para mí simplemente un escape, no un modus vivendi como lo era para los demás. Además, había visto el mal que las drogas habían causado en muchos de mis compañeros y en la gente de las calles, y no quería que eso me ocurriera a mí. Sabía que todo aquello era pasajero y que necesitaría de todos mis sentidos para lo que me deparaba el futuro. ¿Qué? Todavía no lo sabía. Y de eso, estaban conscientes los muchachos, incluyendo a Charly. Por eso todos me respetaban. Reconocían que no era igual que ellos.

Era algo así como una flor en medio del desierto, (la metáfora aquí quizá debiera ser, como el mar en medio de un cactus). Muchos no sobrevivieron a esa vida y tampoco a Charly. Pero gracias a él me gradué del título más importante de la vida: el de la calle. Él era el mayor exponente de ese mundo en que no quería caer. Y gracias a él aprendí lo que no quería ser.
Pero como dije, no los voy a aburrir con los pormenores de este mundo dantesco en que me desarrollé.
***
Los hijos de don Baldemiro, que se habían unido al trabajo de la finca, habían visto trabajar a este hombre y no dejaban de asombrarse por su tenacidad e increíble ambición. Fue tanta la admiración que convencieron a su madre de que le diera parte del dinero de la herencia, con la seguridad de que se multiplicaría a razón de cien por uno. Uno de esos días llevaron a su madre para hablar con el hombre que no descansaba ni para dormir. Luego de verlo trabajar como a Dios en el primer día de la creación, le pidió un momento a solas y le propuso que invirtiera el dinero en sus proyectos de la mejor manera que él entendiera. Casilda, una mujer templada por los años de entrega abnegada a su familia y a su pueblo, que había soportado como una viga de amarre todo el peso que caía sobre los hombros del jerarca de un pueblo muerto, le lloró en su pecho hasta que las lágrimas

le ahogaron los latidos del corazón a su Salvador y le aguó aún

más su sangre ya diluida. Invadido por la melancolía de hijo desterrado y enfrentando la contradicción de quitarle lo único que le quedaba a esta familia, finalmente aceptó la oferta, con la condición de hacerlos socios en la mitad de los beneficios que obtuviera de la finca en lo adelante.

—Ya me lo decía mi Baldemiro antes de morir, que usted iba a traer la alegría y la prosperidad a este pueblo. Gracias a Dios y a la Virgencita que usted nos encontró.

Salvador Quimera también lloró al recordar a su madre, y no pudo contener las ganas de volver a su patria y entregarse a sus brazos.

¿Cómo habría sobrevivido su madre a la intervención de los norteamericanos?

¿Se habría agriado su sangre dulce?

¿Se sentiría sola?

¿Cuál sería el destino de su adorada tierra?

¿Seguiría yerma como el cuerpo de su padre?

Pero Salvador Quimera, aunque sangraba por las heridas del cuerpo, había heredado la cualidad de no sangrar por las heridas del alma, por más grandes que fueran sus heridas, y a sus ojos no se atrevieron a asomarse las lágrimas.

A partir de este momento no descansaría hasta ver una sonrisa dibujada en la cara de doña Casilda.

Para ese entonces ya había organizado cerca de doscientos hombres para los trabajos de limpieza y mejora de la colonia.

Estos hombres le habían caído como hormigas a la tierra desde que Salvador empezara su acondicionamiento.
Nadie los había llamado, ellos solos llegaban, aturdidos por la melodía "Hameliana" de este artista del trabajo que los embelesaba con sus métodos y su ingenio. Se conformaban con un plato de comida al día, trabajando al tetero del sol sin pedir nada a cambio y gozaban por el simple hecho de servir para un propósito, ya que en muchos años no habían sentido el impulso de hacer grandes obras, sobre todo, porque con este proyecto no solo se llenaban de esperanza la barriga, sino el corazón.
El cacao se había convertido en uno de los principales productos de exportación. Las proyecciones para el futuro eran prometedoras y Salvador Quimera lo sabía porque lo había oído en el puerto cuando llegó por primera vez al país. Por otro lado

sabía que la propiedad que había comprado, llana en su mayor parte, con una ligera inclinación que servía como drenaje y rica en árboles de sombra como el roble, la caoba, el mamey y el almácigo, era perfecta para siembras de este tipo.
Salvador Quimera bajó montado en su caballo Veterano a San Felipe, la productiva ciudad marítima situada a lo largo del borde atlántico, conocida por sus playas de arenas blancas y el gran Monte Isabel, que según palabras del propio Padre de las Casas en los escritos que hiciera refiriéndose a ella, "está a tres o cuatro tiros de ballesta de la costa y cautivaba a los descubridores

por su verde cúspide cubierta de nubes tornasoladas del precioso tono metálico de la plata". Allá en el puerto investigó con los propietarios de las principales compañías exportadoras los diferentes tipos de semillas que se cosechaban, las condiciones idóneas del terreno y la manera de cultivarlas. Visitó las principales fincas de la zona para conocer a fondo las características del cultivo, trabajó en ellas, se untó el sabor a cacao de las mejores semillas y las mejores tierras y en poco tiempo se había vuelto un hombre ducho en los asuntos de la siembra de este valioso rubro, que tanto en Europa como Norteamérica era considerado como una exquisitez.

Aprendió que por ser una planta perenne, las condiciones térmicas y de humedad debían ser ideales para el cultivo, y que tanto en la época de floración, brotamiento y cosecha, estaban estrechamente relacionadas con el clima. Observó que esta planta crecía mejor en zonas que estuvieran muy por encima del nivel del mar, donde no hubiera mucho calor y prevaleciera una temperatura fresca con mucha humedad.

Pero lo que más destacó, según sus anotaciones, las cuales llevaba en una pequeña libreta que envolvía en hojas de cacao para pasar desapercibido, era la mano de obra. Sin mano de obra no podía darse un buen mantenimiento y a falta de limpieza y chapeo, el tronco del cacao acumulaba humedad en exceso y ello daba origen a la aparición de hongos y bacterias que dañaban la cosecha. Él sabía que eso no era ningún problema, porque

los hombres, las mujeres y hasta los niños de Loma de la Bestia, estaban con las bocas abiertas como pichones de cigua, esperando con avidez llenarse el buche con trabajo.
Fue en uno de estos viajes que también descubrió el amor.
Ese día de sol veraniego sus ojos se cuajaron como los de los

pescados recién sacados del mar que colgaban en las mesas del mercado, cuando vieron la esbelta figura anacarada de ojos azules que cruzó a su lado, montada de lado en su caballo, con dos grandes árganas llenas de flores que se confundían con ella. Elodia era hija de una familia de compatriotas de su lejana tierra, que vivían cerca del pueblo y comerciaban sus productos en el puerto. Su padre Pancho, y ella, visitaban el mercado una vez por semana para vender su mercancía a los comerciantes que negociaban los artículos de la zona a otras islas y a la parte sur del país. No pasó mucho tiempo para que Salvador Quimera los conociera y entablara una sólida amistad con Pancho, que serviría de mucho en sus investigaciones sobre la siembra del cacao y también en sus ocultas pretensiones de cortejar a su hija. El tiempo fue pasando y así como Pancho fue entregando su confianza a su nuevo amigo de negocios, así mismo fue Elodia entregando su virginidad a su nuevo amante en aquellos días de venta en el puerto, en algunas de las muchas playas perdidas de la costa dorada. Pero las olas no dieron para apagar sus deseos de estar juntos para siempre y una tarde de esas Salvador y Elodia se

fueron a la Loma y no volvieron.

***

Desde que tengo uso de razón, quizá desde que estuve en el vientre de mi madre, he soñado constantemente con una sirena. La he visualizado de diferentes formas, como una niña, como una hermosa mujer desnuda, a veces con su cola acorazonada, otras, simplemente con piernas llenas de escamas, la he soñado como un hipocampo gigante con una gran crin negra que se mueve independiente a su cuerpo, he soñado con una niña desnuda que juega conmigo en una playa paradisíaca. En ese sueño corremos, saltamos, dibujamos peces en la arena y cuando su cuerpo toca las cristalinas aguas del mar, se llena de escamas y sus piernas se transforman en una gran aleta, entonces ella se sumerge por un tiempo que en el sueño parecen horas y luego sale a la superficie con una corona de algas y perlas en torno a su cabeza que ahora luce una copiosa cabellera negra. Desde allí me llama mudamente con sus manos y yo acudo a ella, nos abrazamos y luego nos internamos en las profundidades hasta

llegar a su reino. Otras veces sueño que estoy solo en la sala de cirugías de un hospital, la luz del quirófano me ciega la vista, no siento mis piernas y cuando levanto la cabeza para ver mis extremidades, veo que la sábana que me cubre está llena de sangre. Entonces la quito violentamente y me percato lleno de horror que las han cortado de tajo, trato de gritar pero no tengo

voz, intento moverme pero no puedo, luego una enfermera de incomparable belleza, totalmente desnuda, excepto por el gorro blanco que le cubre la abundante cabellera negra que le llega hasta la cintura, entra en la sala, me toma de las manos, me acaricia la cabeza y me besa apasionadamente. Mientras lo hace, el espacio que nos rodea comienza a llenarse de agua y de mis caderas nace una gran cola de pez, al mismo tiempo mi cuerpo se va llenando de escamas y mi pelo crece desmesuradamente. Para cuando estamos totalmente sumergidos en la cálida y salada agua que ahora inunda la estancia, ella se ha convertido en el ser más hermoso que mis ojos jamás han visto, su cola se mueve junto a la mía y de su melena iridiscente emanan todos los colores de la Aurora Boreal. Entonces escapamos por la puerta hacia el infinito océano.

En otro sueño estoy en una inmensa sala abovedada, solo, en medio de aquel anfiteatro, sentado en el centro de las filas de asientos de piedra y una mujer desnuda, extremadamente alta y hermosa, canta para mí. Su voz es celestial, ni siquiera en los sueños de mi sueño he escuchado un sonido tan maravilloso, una mezcla de pájaro y agua, de tierra y sol, de sal y madera, al escucharla mi ser se inunda de una placidez cálida y comienzo a flotar hasta que llego a ella, entonces ella me toma suavemente por el mentón, me dice "tú eres mi mar", y me besa.

Son tantos los sueños con sirenas que podría escribir un interminable diario onírico de tantas páginas como noches he

dormido en mi vida. Pero el sueño de anoche fue diferente. Hubiese sido similar a los demás, sublime pero parecido a todos los demás, a no ser por ese detalle. De alguna manera, la humedad del mar de aquella fantasmagórica narcosis, que siempre la había sentido en mi cuerpo astral, en la piel de mis sueños, hasta el punto de enervar mis poros, en esta ocasión traspasó las fronteras surreales de Morfeo, sintetizándose, materializándose en el mundo real, específicamente en el área del pijama que cubría mis genitales.

52

Estaba buceando en un profundo y azul oscuro océano, llevaba un libro de notas de esos en los que se puede escribir debajo del agua. Un rayo de luz penetró en la masa líquida y me señaló lo que parecía una gigante concha de cristal que descansaba en el borde de un farallón de corales. Al hacer contacto con el rayo de luz, sentí como una fuerza invisible comenzó a halarme hacia el objeto, actuando como un ascensor inmaterial que me llevaba indefectiblemente a lo que parecía ser mi destino. Mientras más me acercaba, una sensación de calidez y serenidad saturaba todo mi cuerpo. A pesar del resplandor que casi cegaba mi vista, algunos metros antes pude notar que una figura humana yacía dentro del cofre marino. En efecto, una hermosa mujer parecía dormitar en la recámara de agua formada por la concha, sobre una cama de algas verdes, mientras cientos de perlas y corales rojos la rodeaban, dando la sensación de estar frente a la verdadera

bella durmiente de los siete mares. Su belleza era sin par, toda ella, empezando por la negra cabellera que parecía levitar a su alrededor colmando todo el espacio del traslúcido habitáculo, su singular rostro que parecía hecho de una mezcla de nácar y ámbar, los labios carnosos que permanecían entreabiertos como esperando que alguien los besara, un angulado mentón que reposaba sobre su espigado cuello, hasta sus senos puntiagudos como estalagmitas, su vientre liso y su ombligo casi imperceptible; sus delicadas piernas de bailarina unidas por una hilera de algas rosadas en los tobillos y su pubis, que aunque no se veía por completo gracias a una concha más pequeña que lo guardaba celosamente, dejaba entrever la casta inocencia que ostentaba el extraordinario ser que yacía frente a mis ojos.

Comencé a hiperventilar, y viendo en el reloj que casi no me quedaba oxígeno en el tanque, decidí controlar la emoción, o el miedo, o la euforia, para no consumir más de la cuenta del preciado gas. Palpé suavemente el cristal hasta llegar a la división de la concha y sin mucho esfuerzo la misma cedió suavemente hasta abrirse por completo. Me quité los guantes y, apartando el pelo de su rostro, la acaricié en los labios. Un deseo irrefrenable me obligó a besarla. Retiré la válvula de mi boca, me acerqué poco a poco a su cara, el corazón casi reventando mi pecho, mirándola fijamente como haciendo conciencia de los detalles de su rostro inmaculado, de la belleza de su cuerpo, de sus senos, y la besé. El tiempo parecía no transcurrir mientras

acariciaba sus labios con los míos, auscultando con mi lengua cada centímetro de ellos como si fuera el bocado más irresistible y preciado. Ya no tenía necesidad de oxígeno en mi sangre, un ardor en el pecho me hacía respirar el agua y evaporarla en mis pulmones, mientras el frenesí en toda su expresión sacudía mi cuerpo haciendo que experimentara un placer vívido, nunca antes soñado. Fue cuando sentí su lengua rozar con la mía. Entonces abrió los ojos marrones como dos perlas de miel y me abrazó con fruición hasta que nos fundimos el uno y el otro en éxtasis total. Allí, en las profundidades de aquel azul oscuro, revolcándonos sobre el lecho de algas en la concha de cristal, lo hicimos como dos delfines en calor, como si aquel acto de amor fuese el primero de todos los tiempos. Al penetrarla, su aguda y melodiosa voz de acordes sostenidos brotó de sus labios como un coro de ángeles, esparciéndose por todo el océano como un virus de lujuria. Luego de días, o años o siglos, que duró ese instante en el que copulábamos salvajemente, un tono agudo manó de su boca abierta hacia la superficie haciendo vibrar toda la masa de agua a nuestro alrededor, los peces, los corales, el plancton, y provocando al mismo tiempo que mi cuerpo se estremeciera en un clímax jamás experimentado por ningún ente varón en la tierra, y mucho menos en las profundidades de los mares.
Al abrir sus ojos, ella estaba convertida en una hermosa sirena. Y yo, al abrir los míos, todavía hiperventilaba en medio de un

charco de sudor sobre las sábanas, arrebatadamente excitado, evidentemente confuso por el líquido pastoso que había mojado el pantalón de mi pijama.

Este fue el primero de mis sueños húmedos con la sirena.

CAPÍTULO 4

Salvador Quimera construye el pozo

Gabriel se corona jefe supremo del clan

Luego de terminar con sus estudios, con el pecho inflado de conocimientos y el corazón repleto de amor, compró del productor más grande de la zona, las plantas madres de las semillas y varas yemeras que utilizaría para comenzar la siembra. Cada planta madre que escogió y que plantaría en el vivero custodiado por cinco perros, tres gatos y un puerco, que también habían comprendido la trascendencia del proyecto para la comunidad y que se habían sembrado en el pequeño santuario de semillas para cuidar las plantas de los malos espíritus, esas mismas plantas madres, que no daban ni cincuenta frutos con su anterior propietario, llegarían a producir más de trescientos frutos sanos por cosecha.

Al mismo tiempo que se ocupaba de mimar sus infantes en el semillero, Salvador Quimera había organizado a los hombres y mujeres del pueblo en la preparación final del terreno para la siembra de las semillas y en poco tiempo habían convertido aquel muro vegetal, en un fértil piso de hojas y ramas picadas.

El hormiguero se organizó en cinco grupos de trabajo.
Los hombres con experiencia en la tumba y el raleo, dejando solamente las plantas que pudieran servir como sombra temporal y permanente. Las mujeres en el chapeo, para eliminar la maleza del bosque y así, asegurar la ventilación de los troncos y el follaje del cacao. Los muchachos ya casi hombres, se dedicaron al picacheo, cortando en pequeños trozos los troncos, las ramas y malezas para favorecer los trabajos de allanamiento del terreno. Los hombres jóvenes se encargaron del chunteo, movilizando los troncos y ramas grandes para abrir camino al último grupo,

que estaba presidido por el mismo Salvador Quimera. Este se encargó personalmente del alineamiento, trazo y apertura de los hoyos, actividad de mucha importancia, que debía realizarse por alguien con criterio, para determinar la dirección de las plantaciones y así protegerla de la erosión y la pérdida de suelo. Un grupo que no respondía a nadie, que actuaba silente y con autonomía propia, fue el de las cuarenta y cuatro vírgenes del lugar, que, junto a Elodia, aunque ya no era virgen, pero las instruía en el arte de la castidad preconcebida, fecundaron el suelo vehementemente hasta que sus vientres comenzaron a parir.
Este casto abono lo preparaban en una ceremonia secreta, a las doce de la noche de cada domingo, en una pila que resguardaban con tiras de sus refajos entrelazados, colocándolas a su alrededor

en círculo. La prolífica pila era una mezcla de estiércol fresco de vaca, cáscaras de huevo de gallina, tres cuartas partes de tierra de bosque virgen, azúcar rubia, leche de yuca, harina de huesos del último muerto, que en este caso sería de don Baldemiro, pseudotallo de plátano y jugo de caña. Después de amasarla bien, la cubrían con pencas de yagua para que no entrara el aire amargo de los años de la penuria, la dejaban descansar por siete días, y cuando el aire estaba dulce, la destapaban, y en una danza nocturna llena de plegarias y ofrendas de amor, mojaban los embriones con este suero entrañable y ovulaban mata por mata hasta que despuntaba el alba.

En poco tiempo, Salvador Quimera tenía sembrado cerca de mil tareas, con más de cien matas por cada una, que producían cerca de diez mil quintales del mejor cacao que conociera la región. Salvador tenía sus amarres en el puerto y ya había cerrado contrato con algunos marinos mercantes que comercializaban el alimento de los dioses con España, Francia e Italia. Este suculento producto, vendido a casi mitad del precio del oro en el mercado europeo, sería una fortuna invaluable.

La comunidad de La Loma de la Bestia había renacido y se había transformado en una sociedad de gente trabajadora y llena de sueños. Pero, no todo era color de cacao. Dos años después de la primera cosecha llegó una sequía que duró un año, los campos se secaron y con ellos las mazorcas, que se engurruñaban en las ramas y se secaban como pasas esperando al menos el rocío de la

mañana, que nunca llegaba.

57

Salvador Quimera se pasó veintiún días subido en la hamaca que había hecho amarrar en lo más alto de los primeros troncos de roble que sembró para las puertas, un lugar que usaba como retiro al final del día para pensar, y desde donde podía divisar el verdor de la espesa vegetación montañosa hacia el sureste y la grandiosidad de las aguas azules del océano atlántico hacia el norte. Aquí se pasó días y noches buscando el agua en las nubes. Pero no sería allí donde la encontraría. A la tercera semana, bajó encorvado y desnutrido, y con los ojos llenos de brillo le mostró a Elodia los planos de lo que sería el único pozo de agua en toda la zona, un pozo, que con los años, muchos asegurarían que llegaba hasta el otro lado del mundo.

El pozo estuvo listo en seis meses. La tierra que se sacó de la interminable cueva, esculpió una cumbre de abono que sirvió para alimentar la plantación por cinco años. Y de las piedras se construyó la primera calle de Loma de la Bestia, un camino empedrado que daba la vuelta a toda la comunidad, formando curiosos meandros y terminando en un romántico mirador que sirvió de escondite a los nuevos amores.

Luego de terminado el pozo, Salvador Quimera dio inicio a la segunda fase del proyecto, un sistema de acueducto que se alimentaba de éste, impulsado por un molino de viento que situó en lo más alto de la loma.

La trémula sociedad, que ahora disfrutaba sus andanzas en los caminos empedrados del desarrollo y había esperado por años un milagro para ver su tierra florecer, veía con beneplácito las bondades del abono que había regado Salvador Quimera. Un abono que hacía crecer los sueños y las esperanzas. Así, una vez más, la sociedad de Loma de la Bestia se unió con fervor a la causa, entregándose de cuerpo entero al trabajo de este inconcebible proyecto. Hombres, mujeres y niños salían diariamente de sus casas a soñar en la tierra y en poco tiempo vieron cómo sus esfuerzos y la determinación de este cazador de sueños, daban forma a la goliática estructura que irrigaría sus fantasías y los mantendría vivos por los años venideros.

La torre, el cuerpo de las aspas y la veleta las fabricó de tabla de palma. Para forrar las aspas utilizó lona de la que usaban los pescadores en sus velas. La biela, el eje principal y la bomba de pistón los hizo de hierro fundido de un antiguo vagón de caña de azúcar que se había volcado y estaba abandonado en las proximidades del Ingenio Costa Brava, así como el engranaje que giraba con el viento.

Luego de seis meses de armar, desarmar, subir, bajar, y una que otra “pavita” en la hamaca del cielo, obtuvo una estructura de doce metros de altura y una rueda giratoria de cuatro metros de diámetro, que al mover sus ligeras aspas casi quería salir volando y levantar con ella a todo el pueblo. Este coloso bombeaba la

asombrosa cantidad de veinte galones de agua por segundo y la depositaba en un tanque de almacenamiento que la hacía bajar por gravedad a través de una tubería principal soterrada en medio de la callejuela, que servía de agua pura y cristalina a todos los habitantes de Loma de la Bestia. Otra tubería se dividía en decenas de arterias que recorrían la finca de cacao y los conucos, regando todo el campo cuando había sequía. El cacao crecía ahora sano y vigoroso en unas mazorcas gigantes que obligaba a los agricultores a sostener las matas con grandes horquetas para que no reptaran por el suelo como arañas.

El agua pura del pozo actuaba como un afrodisíaco en las raíces de las plantas y hacía que se reprodujeran sin rubor. El abono de las cuarenta y cuatro vírgenes fecundaba sus vientres y los frutos ahora explotaban por la cantidad de granos de cacao que contenían, cayendo sobre los techos de las casas y sobre las calles y sobre la gente, por cientos, produciendo unos estruendos que se oían en toda la comarca y anunciaban la recogida de la cosecha.

Se había cumplido el rezo de los niños que cantaba, "ojalá que llueva cacao en el campo".

***

Aunque me encontraba relativamente cómodo en aquella cofradía de delincuentes, "apoyado" por las altas esferas del estado caótico del gobierno adolescente, me sentía vacío y solo. Para ese tiempo contaba con solo diez años pero me sentía cansado

como un anciano de cien. Desde que salí de la casa de mis padres de mentira me había convertido en un prófugo, no solo de la justicia, sino de mí mismo. Estaba huyendo permanentemente de todo. De mi pasado, de los adultos, de mi nombre (Placento, ¡qué brillante!), de los muchachos más grandes que yo, de los más pequeños (porque no quería enseñarles lo que yo había aprendido hasta ahora), de Charly, de la policía, de la calle, de

mi futuro. Vivía el día a día sin pensar más allá de mi brazo extendido cuando pedía el peso en las esquinas. Sobrevivía. Desde muy pequeño buscaba la manera de sobrevivir. Así lo hice aquella vez que me caí en la piscina de la casa de mis padres postizos y permanecí cerca de quince minutos flotando boca arriba hasta que llegó ella con una copa en la mano y varias en la cabeza y me sacó. Tenía un año. Ahora estaba haciendo lo mismo. Flotaba en el denso océano de la perdición y sobrevivía. Pero como siempre, me sentía vacío y solo. Y digo "como siempre" porque así me he sentido desde que tengo uso de razón. Es más desde antes. Para ser exacto, después del segundo día en que mi madre verdadera me trajo al mundo.

Así me sentía cuando fui "adoptado". A pesar de que tenía "una madre", "un padre", "un apellido", "una familia", "educación", una casa, juguetes, seguridad material, ante todo, me sentía que no tenía nada. Que nada de eso me pertenecía. Que no pertenecía a ellos.

Y ahora, en la calle, me pasaba igual. A pesar de que formaba parte de la corte de un pequeño reinado de malhechores y gozaba de los privilegios de cualquiera de sus nobles, sentía que no tenía nada. Que nada de eso me pertenecía. Que no pertenecía a ese mundo. ¿Cómo lo sabía? No sabría explicarlo. Pero dentro mí se agitaba una fuerza cósmica, como la que experimentan las estrellas antes de colapsar y me sentía aplastado por la densidad de un destino que me era incierto, que sabía que existía, pero que no había encontrado todavía. Charly lo sabía mejor que todos, mejor que yo, por eso no me soltaba, por eso me tenía subyugado bajo su mando y su mundo.

***

Salvador Quimera, movido por un pragmatismo enfermizo, que no dejaba de ser romántico, y obligado por una conciencia superior que lo obligaba a servir a los demás, nunca pensó que este humilde gesto de creación filantrópica cambiaría para siempre la comunidad que le había acogido en sus brazos.

A partir de este momento, el tiempo en la pequeña comarca se partiría en dos. Antes del molino y después del molino. En el tiempo de ahora, las horas que antes duraban años, durarían

minutos, y los minutos, segundos, y la gente comenzaría a perder arrugas y años y a ponerse más joven. Después del molino, la gente escarbaría tiempo del tiempo, porque este pasaba muy rápido y no daba para vivir tan buenos momentos. Después del molino,

Loma de la Bestia se convertiría en un bullicioso y productivo paraje que no paraba de trabajar. El pueblo se llenó de curiosos que irían a constatar la historia de un gigante que lanzaba agua desde su estómago. Con ellos vinieron comerciantes, pequeños ganaderos, agricultores y hombres diestros en los más variados oficios de la época.

La casa de los Quimera sería ahora una entidad pública, visitada por decenas de personas que a diario buscaban asesoría en algún tipo de negocio, en conflictos amorosos o simplemente para tomar el café. Esta casa albergaba a muchos de los forasteros que llegaban por primera vez al pueblo y necesitaban lo básico para asentarse y comenzar a ser productivos. Así que la casa paterna, que años antes era un bohío con dos habitaciones y una pequeña salita, se había mejorado y ahora tenía cinco, dos cocinas y una terraza de cuatro metros de ancho que le daba la vuelta por todo el frente y miraba hacia el mar. Salvador Quimera había consolidado una buena posición económica luego que se iniciara en la siembra de cacao. Había dividido la finca en dos. Una parte, junto con algunas colonias que alquiló y terminó comprando, la había dedicado a la agricultura; la otra, a la mejora de ganado, actividad que realizaba por el simple hecho de ver a los animales mover sus mandíbulas de un lado para otro para triturar el pasto, acción que según él le calmaba la mente. El dinero nunca fue importante. Para él era simplemente un medio que lo acercaba a sus fines. Siempre decía que la ambición

desmedida por el dinero era una consecuencia del egoísmo en el que estaba sumida la sociedad, razón por la cual se había alejado del verdadero sentido de la vida. También decía que el dinero salía de la madre tierra y que, como sus hijos, todos teníamos derecho a disfrutarlo. A veces decía que no era más que una ilusión, que todas las cosas materiales existían a partir de la importancia que le diéramos. Según su pensamiento, la idea de un mundo perfecto no aceptaba la existencia del dinero y mucho menos de la propiedad privada. Su idea de un solo gobierno en el mundo, hacía que se rompieran las fronteras entre ricos y pobres, poderosos y oprimidos, blancos y negros, una nación en

donde todos compartieran equitativamente los bienes y riquezas. Por supuesto, él sabía que en el mundo real esto era una utopía y de hacerse realidad exigía procesos revolucionarios dolorosos que nos consumían y nos traían de vuelta al principio. Esto lo había vivido en carne propia en su país y lo recordaba cada vez que se cortaba y veía la sangre espesa de su padre que salía a borbotones de sus venas. Por eso aceptaba las condiciones de usar el dinero y disfrutaba sobre todo de la transmutación alquímica que podía hacerse con él para convertirlo en cosas útiles y compartirlas.
Así pues, esta pequeña pero sólida economía le proporcionaba una vida holgada y de servicio a la comunidad que los investía, de una nobleza pura y de un rancio abolengo que pareció existir siempre.

Elodia, por su parte, como matrona de la incipiente sociedad, se solidarizaba día a día con las necesidades de sus compueblanos y no reparaba en gastos a la hora de servir a sus huéspedes, deleitándolos con una atrayente gastronomía condimentada con pétalos de flores que en poco tiempo la haría famosa y atraería más y más convictos a esta cárcel voluntaria de sueños encontrados. Sobria como un cofre de nácar, guardaba con llave cada victoria, cada proeza, cada sonrisa en sus adentros, hermética y dulce a la vez, dosificando la naturaleza de los nuevos acontecimientos, como para que no se fuera a escapar la esencia de los buenos augurios. Sus brazos cefalópodos alcanzaban para todo y estaban en todo al mismo tiempo, dando la vuelta a la comunidad entera, igual que el olor de su cocina, entrando y saliendo de los conucos, llegando hasta los comercios y acariciando los corazones. Nadie quedaba sin su arrullo. Al mismo tiempo, su cuello de jirafa ilustre y su espalda de piedra lisa, soportaban el peso de los sueños de su Salvador y lo aupaba en sus afanes. Su vientre caldeaba las ansias de procrear, materializándose en un tipo de néctar que brotaba envuelto en sudor erótico de entre sus poros y chorreaba por su piel blanca, cayendo en goterones al suelo que luego ascendían en un sensual vapor sinuoso que se les metía por debajo de las faldas a todas las demás mujeres del pueblo y las enloquecía. Pero ella nunca se lo daría a demostrar a Salvador y esperaría como lo había hecho toda su vida, desde que su padre le hizo creer que era una princesa del mar que había

nacido de una concha gigante y que solo un príncipe de los mares podría desposarla.

62

Y así como el gran portón de la propiedad se abrió para nunca más cerrarse, así se abrirían las puertas de la fecundidad en la casa de los Quimera y en las de todo el pueblo.

***

Después de dos años y medio bajo la opresión de Charly encontré a Bucanero. Ese fue uno de los momentos más felices de mi vida infantil. Para esos días Charly se había ensañado más que nunca conmigo. Quizá me había convertido para él en su rival, quizá se sentía amenazado por mí, quizá sentía que me le escurría lentamente de sus manos, quizá lo hacía por puro placer, no sé, pero por alguna razón había comenzado a menospreciarme, o mejor aún, a odiarme. Todo lo que hacía estaba mal. Nada lo contentaba, ni siquiera cuando veía el estado de resultados de los negocios cerrando muy por encima de las expectativas. Aunque todo ello se debiera en gran parte a mí, a la reingeniería que había aplicado a la institución, nada le importaba.

—¿Qué haces, sentado, leyendo esa porquería Gabrielín? — me decía cuando me encontraba estudiando mis libros de texto. Sí, yo era el único que estudiaba en la escuela pública.

Hasta ahora Charly lo había permitido por puro interés. Sabía que como cerebro de la organización tenía que alimentar mi intelecto, y aunque personalmente no le gustaba, me permitía

hacerlo con la salvedad de que ningún otro me siguiera los pasos. Era algo así como Tom Hagen, el hijo putativo de Vitto, que se había graduado de abogado en Harvard y manejaba los asuntos legales de la familia Corleone.

Pero ahora las cosas habían cambiado. Charly no me soportaba. No soportaba que me desarrollara. No se soportaba ni a sí mismo. Charly se había convertido en una bomba de tiempo. Y esa bomba tenía que explotar.

Ese día me encontraba repasando para uno de los exámenes de español. Charly se abalanzó sobre mí como una fiera, me rompió todos los libros, los echó a la fogata que encendíamos de noche y entonces me dio la golpiza más grande que recuerdo de toda mi vida.

—Yo-te-voy-a-en-se-ñar-lo-que-ne-ce-si-tas-sa-ber.

63

Y en medio de un sermón cantado al compás de los golpes se desquitó conmigo todas sus frustraciones, todos sus desengaños y todo el escepticismo frente a la vida que le había tocado. Si él no podía vivir como el resto de los muchachos privilegiados del mundo, yo tampoco.

No sé si por los golpes o la destrucción de mis libros, pero no me costó caer en la realidad de que había perdido mi influencia en las altas esferas del gobierno y que no contaba ya con la gracia de su máximo exponente, su excelencia, Charly "Mataperros".

Pero como siempre había ocurrido en los peores momentos

de mi vida, justo cuando creía que la luz que venía hacia mí al final del túnel no venía del cielo sino de un tren, el oráculo desmentía mis creencias y me obsequiaba con buenos presagios.
Decidí abandonar a Charly y la institución. Así que algunos días después de la lección de moral y cívica de Charly, en contra de mis miedos, salí de madrugada del castillo de piedras debajo del puente y me perdí en las calles de la gran ciudad. Sabía que Charly no descansaría hasta encontrarme. Él no era de los que se daban por vencido. Pero estaba decidido. Tenía que abandonar todo aquello y trillar mi propio camino si quería vivir mi vida, pero, sobre todo, si quería vivir.
Dormía en los bancos de los parques, debajo de zaguanes, encima de cartones; limpiaba vidrios en los semáforos, cuidaba vehículos en los parqueos, vendía botellas vacías. Con los chelitos que reunía compraba galletas saladas y malta y los mejores días una latita de salchichas; no era un manjar, pero lo consumía de buen agrado porque aquello era fruto de mi trabajo. Después de todo nunca me gustó eso de pedir.
No es que fuera consciente de eso como soy capaz de analizarlo ahora en estas líneas, pero de alguna forma, en esos momentos me sentía a gusto con mi mísera existencia. Así permanecí por varios meses, oculto de Charly como un perro callejero, cuidándome de no poner en juicio la potencial fama de su segundo nombre.
Y fue entonces cuando se cumplieron las premoniciones. Ese día sentí más que nunca cómo se revolvía dentro de mí aquella

fuerza motivadora, cósmica, que experimentaba por momentos en mí ser.
Caminaba por las calles de la ciudad colonial cuando lo vi. Estaba echado, como si estuviera herido o enfermo. Al principio no pude distinguir lo que era, pero me aproximé sin vacilación

y pude apreciar la enorme estructura de pelos negros; no podía ser un oso, porque ni siquiera en el zoológico había de esos, tampoco era un novillo, porque este tenía las orejas paradas. Seguí caminando y entonces lo confirmé: era un perro. Pero no cualquier perro. Era una bestia de algunos cincuenta kilos que parecía sacada de uno de los libros de Narnia de C.S. Lewis. Seguí caminando sin miedo alguno hacia él, como si respondiera a su llamado de auxilio. No podía moverse, pero seguía con sus ojos de mejor amigo todos mis movimientos. Cuando llegué a él, levantó la cabeza, movió el rabo y juro que me sonrió. Nunca voy a olvidarlo. Sus ojos se enternecieron de tal forma que pensé que era mi padre, mi hijo o mi hermano. Ahí estaba él, como esperándome. Tenía una pata rota. Un vehículo quizá, no sé. No creo que alguien en su sano juicio se atreviera a agredir a esta noble bestia. Pero ahí estaba. Solo, como yo. Perdido, como yo. Huérfano, como yo. Ahora éramos dos. Pero nunca más estaríamos solos. Nadie podría lastimarnos. Ni siquiera Charly "mataperros".
Lo bauticé con el nombre de Bucanero por las historias que

había leído sobre estos aguerridos cazadores. No sé por qué, pero de alguna manera relacioné este nombre con el fiero animal que había encontrado. Y a juzgar por lo que ocurrió tiempo después, no me equivoqué.

Con el tiempo y mis cuidados Bucanero sanó y volvió a recuperar todo el brillo y esplendor de un Pastor Alemán joven, saludable y feroz. Nos hicimos los mejores amigos y nadie osó meterse conmigo y, por supuesto, tampoco con Bucanero. Nos dimos a conocer como el muchacho y el perro, o el perro y el muchacho, mientras nos ganábamos la vida en los semáforos del sur de la capital. Ya no me veían como un pequeño ladronzuelo de las calles y a Bucanero tampoco le huían como cuando se acercaba a alguien en busca de algo de comida. Éramos la pareja perfecta y nos habíamos ganado la simpatía de los transeúntes, de los choferes de vehículos públicos y privados, de los oficinistas, de los ejecutivos, de las damas, hasta de los demás muchachos de la calle. Nos habíamos convertido en algo así como celebridades. Tanto Bucanero como yo lo sabíamos y actuábamos como tales sacando partido. Pero aquellos rumores también llegaron a oídos de Charly.

Como sabía que no podía acercarse, desplegó a todos sus muchachos en cada esquina de la ciudad, obligándome a retirarme a otras zonas cada vez más lejos del centro. El problema no era con ellos, así que yo los dejaba trabajar en paz sin ofrecer

resistencia; Bucanero no pensaba lo mismo y en varias ocasiones tuve que contenerlo para que no los descuartizara. Luego supe que hacía trabajar a esos infelices hasta quince y dieciocho horas por día para no dejarme espacio disponible. Una tarde me vio de lejos con mi perro y al comprobar lo que decían de Bucanero echó a correr como si hubiera visto al mismísimo diablo. Charly "mataperros", ¿quién lo diría? Esta especie animal a la que Charly maltrataba y torturaba hasta la muerte, ahora se había convertido en su mayor miedo, en su pesadilla, en su posible verdugo. Meses después los muchachos me contarían que en esos días Charly se levantaba de noche gritando como un loco "¡quítenmelo de encima, coñoooooo!".

El apodo se estaba revirtiendo en su contra.

Con la ofensiva de Charly se hizo cada vez más difícil ganarme la vida. No tenía campo de acción. Los muchachos me dejaban buscármela junto a ellos, pero como eran tantos y tenían que rendir cuentas a Charly en el "cierre contable del día", los clientes no daban para mí. No podía soportarlo más. Ya no era el mismo chiquillo de aquella tarde en el supermercado de Chin Won. Ahora Charly tendría que rendirme cuentas.

Planifiqué el ataque. Como conocía el escondite, me preparé para llegar de improviso y sorprender a Charly en su momento más vulnerable: cuando contaba su botín del día. Así lo hice. Llegué a eso de las nueve, los zafacones ardían como todas las noches para calentar e iluminar; la noche; cuando los primeros muchachos

me vieron, Bucanero se puso en guardia al igual que yo, que iba armado con un bate roto. Pero para mi sorpresa, no hicieron nada. Se quedaron tranquilos, observando con aprobación y complicidad, como si hubieran estado esperándonos. Controlé a Bucanero, sin saber si la actitud de los muchachos era premeditada o no. Continué avanzando entre ellos mientras salían de sus lugares y me seguían. Cuando llegué donde Charly, él estaba absorto en su lucrativa actividad. Entonces levantó la mirada lentamente, como si su cabeza estuviera suspendida por un hilo y alguien la moviera para descubrirme. Quedó estupefacto por unos segundos, como si hubiera visto mi fantasma. Entonces se

incorporó de un salto y se abalanzó sobre mí, sevillana en mano, gritando —¡Ay, pero miren quién está aquí, Gabrielín! Ahora te crees gente, maldito gusano, después que yo te hice. Vamos a ver quién es el que manda aquí. —Los muchachos vieron mi muerte. Pero en medio de la penumbra de la noche y sobre todo de su furia, Charly no vio a mi perro que estaba postrado como un muro detrás de mí. Cuando estaba a dos metros, Bucanero saltó por encima de mi cabeza, lo tumbó y apretó su mandíbula contra el cuello del "mataperros" por unos minutos, mientras le gruñía. Charly no podía ni respirar. El monstruo infernal de sus pesadillas se había hecho realidad y su baba fría y pegajosa le chorreaba por el pescuezo desnudo como prueba irrefutable de que no estaba soñando. Y lo más grave, nadie podría, ni querría

quitárselo de encima.
Entonces se oyó una voz que salió como un trabucazo del grupo:
—¡Muérdelo!
Y luego otra
—¡Cómetelo!
—¡Mátalo como a un perro! – inquirió una más.
—Y ahora, ¿quién es el mataperros?
Y así siguieron otras uniéndose a la primera, constituyéndose en una sola voz de turba que pedía justicia contra el "mataperros".
—¡Mátalo, mátalo, mátalo...!
Agarré a Bucanero por el collar, le susurré en el oído y él fue aflojando las mandíbulas lentamente hasta soltar su cuello, sin quitarle las pesadas patas del pecho y gruñéndole de tal forma que parecía que estaba tronando.
—Este no sirve ni para comida de perros. Lo más que puede darle es una indigestión a mi Bucanero. – Pero los muchachos no querían perder la oportunidad para vengarse de Charly y hacerlo pagar por su maltrato.
—¡Mátalo, hay que matarlo!
—¡De esta no se salva el desgraciado!
—¡Vas a pagar todo lo que nos has hecho!
Los muchachos estaban decididos a tomar la justicia en sus manos. De hecho, ya la tenían llenas de piedras, palos, pedazos de cadena, cuchillos y otras herramientas de trabajo. Pero yo

no podía permitirlo. Algo en mi interior me decía que aquello estaba mal, que Charly no podía morir a manos de aquellos chiquillos esa noche, que él, al igual que todos nosotros, éramos

consecuencia de algo mayor, de algo en lo que no teníamos ni voz ni voto, de algo que se desarrollaba indiferentemente en el mundo de los adultos.

—¡Que nadie dé un paso más, o no respondo!... y tampoco él —dije refiriéndome a mi perro. —No podemos comportarnos como él lo haría. —Y dirigiéndome a Charly le dije: —Este es tu último día como jefe de este clan, ya no nos vas a causar más daño. Te vas a ir para siempre. No te llevas nada contigo, solo la vergüenza, si es que la tienes. Si vuelvo a verte por aquí, o cerca de aquí, no podré salvarte el pellejo.

¡Bucanero, déjalo ir!

Charly se secó las lágrimas (después de todo era un chico), se paró tratando de no rozar un pelo de Bucanero, y mientras se marchaba, me lanzó a la cara lo único que podía, una mirada fulminante llena de odio y rabia. Al caminar, algunos muchachos le lanzaron piedras, palos y frutas podridas. Charly se dio a la huida, y mi perro, que entendía que no podía dejar impune al muchacho, se soltó de mis manos, lo correteó un buen trecho y cuando lo alcanzó le mordió las nalgas y le rompió los pantalones, dejando al desnudo toda la "hombría" y guapeza de nuestro pequeño enemigo bajo la risa de todos los demás. Pero

la burla no fue por las nalgas, sino por la diminuta demostración de virilidad que evidenció Charly cuando sus genitales salieron vergonzosamente al aire, ilustrando de manera muy simple el misterio de su pudor. Ahora todos comprendían por qué Charly nunca se bañaba desnudo en los ríos, o por qué nunca participaba en las competencias de quién lanzara el chorro de orina más lejos o quién pudiera escribir su nombre completo en la acera. "Esos son juegos de muchachitos", decía él. Pero ahora había aflorado la triste realidad de su pudor: lo tenía más chiquito que una vaina de gandul.

Cuando Charly desapareció, los muchachos lanzaron vítores de alegría, tocaron los tambores de la paz con los tanques de basura y cantaron felices por su libertad recién adquirida. Por mi parte, quedé elegido en pleno como jefe supremo del clan. Y todo gracias a Bucanero.

CAPÍTULO 5

El nacimiento de Manrique Quimera

Gabriel conoce a Naomi

Un día, estando don Salvador meditando en la hamaca, sintió una fuerte picazón en el pecho, entonces oyó un grito desgarrador que parecía venir de todas partes y rompía el mutismo natural de las cosas en el campo. Había nacido su primogénito Manrique. Un niño sano, con un solo pelo que brotaba sempiterno de su pechito izquierdo.

Ese día se mataron dos vacas, cinco puercos, cincuenta pollos y se hirvieron veinte racimos de plátano, cinco de rulo, cuarenta libras de yuca, diez de ñame y cinco quintales de arroz. Fue una fiesta en grande. Don Salvador estaba henchido de felicidad, aunque no sabía con certeza si celebraba el nacimiento de su hijo o el de su tercer pelo que se asomaba orondo al lado de los otros dos, ahora completamente derechos.

La gente de la comunidad se unió al festejo y con ellos llegaron músicos, decimeros, cuentistas, bailarines, cocineras, rezadoras, galleros, mancos, ciegos y hasta el párroco de la ciudad. Este había acudido con premura a bendecir al niño, pero sobre todo a confirmar los datos que le había suministrado una de las parteras llamada Clementina, una rolliza morena que estaba en todos lados como el arroz y que siempre mantenía actualizado al sacerdote sobre los aconteceres que se producían en la comarca.

—En los años que tengo haciendo esto padrecito, mire que yo no hablo embustes, no había visto un niño como éste. —respingó Clementina. —Cuando lo saqué del vientre de la madre salió agarrado del cordón umbilical como para que no le quitaran nada, como no lloró le tuve que dar cinco nalgadas, a la sexta abrió los ojos y me clavó una mirada de hombre grande

que me congeló hasta las entrañas. Pero lo más extraño es ese pelo que le sale del pechito, como si se lo hubiera sembrado el mismísimo diablo. Usted me perdona padre, pero ese niño no es

de Dios.
—¡Ah Clementina! déjese de blasfemias, que todos los niños son de Dios —reprendió a tiempo el padrecito con su marcado acento español.
Cuando el padre entró en la habitación y vio a la criatura dormida, pidió silencio, lo observó detenidamente y al ver el pelo que nacía vertical como una rama de piñón, sintió una curiosidad inexplicable que lo obligó a acercarse más, un poco más y un poco más, hasta que estiró su mano y justo cuando lo iba a tocar con uno de sus largos y petisecos dedos, el niño despertó y lo agarró con tal fuerza que el padre, casi muerto del susto, tuvo que halar hacia atrás cayendo encima de una batea de agua limpia destinada para bañar al infante.
Los presentes enmudecieron y para sorpresa de todos y de la misma Clementina, que lo miraba cerca de la puerta en posición de huida, vieron al padre que todavía no se sobreponía del susto, estallar en una carcajada incontenible. En poco tiempo estaban riendo todos, los de adentro y los de afuera, hasta los que llegaban en ese momento a la reunión reían por contagio. Después de media hora de risotadas y alborozos, cuando ya no tenían aire ni para respirar y algunos se revolcaban en el suelo sosteniendo sus barrigas dolientes, invadidos por aquella inexplicable ola de alegría, el padre se reincorporó aún extasiado por los beneficios de aquella terapia, riéndose en tono menor y secándose las lágrimas que caían por los surcos de su rostro cristiano. La comadrona

que todavía reía nerviosamente se acercó a él, le exprimió la sotana enchumbada de agua y luego le balbuceó algo al oído.
El padre retomó su compostura, se alisó el pelo y tomando una bocanada de aire para luego dejarlo salir de golpe, dijo:
—He venido a bendecir a este niño y el bendecido he resultado ser yo —y viendo a don Salvador que lo miraba con lágrimas en los ojos sin saber por qué, aseveró —Esta familia será especial.
La fiesta duró tres días. Cada uno que llegaba traía algo.
El ron agrícola, bebida que se había hecho popular en todo el continente, hecho de jugo de caña y no de melaza, por el colapso en los precios del azúcar a finales del siglo XIX, había añadido

un toque de frenesí a los invitados. Cada uno parecía celebrar su velada personal, e inmersos en un trance de alegría y satisfacción absoluta encarnaban su propio teatro.
En una esquina se podía ver un grupo de rezadoras repasando el rosario una y otra vez, interponiendo un Padrenuestro entre cada diez Avemarías y anunciando "los misterios de la vida de Nuestro Señor", como lo dice Santo Domingo de Guzmán. Así, según le había contado la Virgen Santa, por cada Avemaría le estaban regalando una flor a Ella y por cada Rosario completo una corona de rosas. Ellas no se cansaban de rezar. Con cada oración que pronunciaban el ambiente se glorificaba y se impregnaba con un olor exquisito a rosas que duró dos meses en desaparecer.

Debajo de una enramada se oían las pegajosas notas del acordeón en un Merengue sin igual. El Merengue se había convertido en el ritmo por excelencia de las zonas rurales, específicamente del Cibao. Su música, muy diferente a la Tumba, se bailaba en pareja con un pronunciado movimiento lascivo de caderas que espantaba a la blanca elite intelectual y citadina de la parte urbana, que la asociaba a la cultura negra, cuyas raíces africanas aborrecían. Pero este no era el caso. En esta pista de tierra candente los hombres se tongoneaban al ritmo del tambor y las mujeres, a falda recogida, les seguían, dando vueltas infinitamente en un tipo de ensueño. Las caderas se pegaban sobando las ansias de fecundar sin ningún rubor. Cada roce de la excitada piel conllevaba una mueca de placer que se mezclaba con la música, acorde al ritmo. Bocas en forma de embudo y ojos de azorados si la música era lenta. Movimientos serpentinos y coletazos de melenas si acaso era rápida y atrevida. De vez en cuando formaban un círculo a la mejor pareja de baile, los cuales se esmeraban por lucir sus pasos y destacarse entre el grupo. Nunca faltaba algún que otro harto de ron, que intentara hacer lo mismo solo para caer tendido en el suelo, provocando la risa y el gozo de todos que, al verlo, le convidaban maliciosamente otro trago más.

Los músicos, por su parte, solo descansaban para inclinar el codo y observar el entorno con la mirada ausente del creador. El humo interminable que salía de la hornalla en la cocina

grande, invadía todo el lugar, y salía de la finca recorriendo campos aledaños, penetrando a las casas, a los conucos, a los potreros, hasta a las letrinas, en busca de nuevos invitados.

72

Las mujeres, ahora dirigidas por una matrona con una botella de ron en el buche, repartía órdenes a gritos para que no faltara nada bajo la supervisión general de una doña Casilda rejuvenecida y alegre, que conversaba en voz baja con su marido y de vez en cuando se le podía ver asintiendo mientras le daba vuelta a la inmensa cacerola del sancocho que se cocía sobre la hornalla principal.

No muy lejos podía verse un grupo de hombres en círculo haciendo ademanes típicos de galleros, vitoreando la buena pelea de un par de gallos pura sangre.

Solitario, un hombre viejo con su cachimbo terciado en la boca iba caminando, manos en los bolsillos, rememorando viejos tiempos de gloria. Otros tres, por el contrario, comparten su embriaguez en un abrazo fraternal, mientras caminan tambaleándose acompasadamente de un lado a otro, al igual que los Almendros lo hacen con el viento, recitando en la lengua del campo a sus amores.

No critiquemo ai que cae
en mano e mujei coqueta
ei guto e jei que ratriya
y el amoi ei que defleca...

Cuando la noche ta ocura
e mejoi que naide saiga
culebra que ta en su cueva
e difici de pisaila...

Yo me enamoré de ti
y te pusite a dai querella
y ma aita son la paima
y lo pueico comen de'lla...

La muchacha son paloma
las mujeres son guinea
la vieja son lechuza
y la viuda jicotea...
Luego dijo uno:
Tú dices que sabes mucho
dique que priva en sabei
yo quiero que tú me diga lo pelo que tiene un buey.
73
Y el otro respondió:

Lo pelo que tiene un buey
nadie lo puede contai
yo quiero que tú me diga
si en ei cielo hay platanal.

Y él primero dijo:

Si en ei cielo hay platanai
paguemo por eta encueta
yo quiero que tú me diga
quién fue que subió la cepa.

Y el segundo contestó:

Pues si tú quiere sabei
quién fue que subió la cepa
la cepa allí la subió
la madre naturaleza.

El tercer decimero permaneció callado por largo rato, como dando chance a los otros a que mostraran todo su arsenal de versos rimados, luego, a ritmo embriagado añadió presumido:

Del lao atrá de aquella loma
Se divisa una cañá
Con lagua veide y morá
Que tuei que la ve la toma
Yo me atrebo poi su amoi
Pintaile ei pico y que coma
Ei pintai una paloma
E juna facilidá
Lo de má dificuitá

E pintaile ei pico y que coma

Se lo digo yo, e pintaile ei pico y que coma.

Después del segundo día, luego de supervisar que no faltara nada y que todos estuvieran bien servidos, Salvador Quimera se retiró a la hamaca de sus sueños, y en ella, flotando sobre

la espesa cama verde que arrullaba su fantasía, con la mirada hundida en el horizonte azul, se perdió entre notas de merengue y Avemarías... y soñó.

Soñó que Elodia bailaba bajo un aguacero de flores, en medio de una rondalla hecha por seis niños que cantaban mientras le daban la vuelta a la rueda.

A la rueda, rueda,

de pan y canela,

dame un besito

y vete a la escuela.

En el mes de abril,

acuéstate a dormir,

en la hierbabuena

y en el toronjil.

En el sueño, Elodia destellaba de alegría en su vestido blanco que resplandecía con el sol de primavera, y parecía elevarse del suelo como si fuera un ángel, revoloteando sus cabellos de miel de abeja, entre un remolino de hojas que danzaba junto con ella

al ritmo de la divina música. De su refajo salían decenas de niños y niñas que volaban a su alrededor como querubines y se unían al fecundo canto conformando un coro celestial que se oía en todo el mundo.

Él, miraba extasiado el espectáculo y sentía un regocijo parecido al que sintió en su niñez cuando montó una bicicleta por primera vez.

Luego, una sombra parecida a la de un pájaro prehistórico cubría todo el lugar y lo dejaba en tinieblas, incluyéndolo a él, que quedaba solo, sin Elodia, sin niños y sin alma.

***

Bien, me había convertido en el líder de todos los muchachos callejeros de la parte sur de la capital. Mi reinado no duró mucho, pero logré lo imposible. "Lograr", palabra desconocida para mí desde que fui robado del seno de mi madre (que como dije antes lo supe en el maldito orfanato ese cuando una de las mujeres que nos cuidaban perdió la paciencia y me gritó: "hazme el favor de no joder tanto, para no venderte de nuevo al traficante de muchachos que te vendió a esa familia)".

Pongamos las cosas claras. Hasta ese momento mi vida era una tragedia. La felicidad no duraba. Cuando no estaba triste, estaba huyendo, si no estaba huyendo me sentía solo, si no estaba solo me sentía vacío y cuando nada de esto ocurría en mi miserable existencia, lo único que hacía era soñar. Soñaba con

encontrar a mis padres verdaderos, soñaba con que mi padre me cargaba en sus brazos y me lanzaba al aire, soñaba con mi madre acariciándome el pelo y diciéndome palabras dulces al oído antes de dormir, soñaba con ser un niño normal como los demás, soñaba con tener un apellido, soñaba con ser feliz. En resumidas cuentas, esa había sido mi vida. Podrán comprender entonces que la palabra "lograr" significaba mucho para mí en ese momento en que había "logrado" gobernar la nación de los muchachos.

Con la sorpresiva elección para el cargo de "jefe supremo", mis sueños se trasladaron momentáneamente hacia el bienestar y la felicidad de todos mis compañeros. Tenía que hacer algo para que no siguieran inmersos en aquella vida de caos y destrucción en la que vivían. Tenía que buscar el modo para que mis compañeros salieran de ese atolladero y al menos tuvieran la oportunidad de integrarse al mundo de afuera. Tenía que crear una verdadera nación de niños y niñas (porque hasta ahora las niñas no eran permitidas) dispuestos a formar parte de la sociedad como entes productivos.

Lo que hice, lo hice por instinto, o más bien guiado por esa fuerza interna de la que he hablado antes y que me inducía a buscar incansablemente algo que todavía no sabía qué era, pero que encontraría en algún momento.

Lo primero fue establecer por ley la asistencia de todos los miembros integrantes de la nación a la escuela. Los que no

cumplieran con este mandato serían exiliados. Pero los niños estaban sedientos por la educación, así que la mayoría aprobó por unanimidad el proyecto y solo unos cuantos, los que no tenían remedio, se fueron al exilio, posiblemente a reencontrarse con su antiguo líder. Lo segundo que implementé fue el cese de acciones delictivas y de delincuencia en general, en lugar de esto, trabajaríamos en cualquier actividad que nos permitiera ganar lo suficiente para mantenernos y mejorar nuestras condiciones de vida. Con el tiempo, y luego de devolver alguna que otra cartera a su dueño, algunos comenzaron a limpiar vidrios en las calles

por primera vez, otros a limpiar zapatos, otros se dedicaron a las manualidades y las vendían en las calles, los de más talento se volcaron hacia las artes y representaban pequeñas obras teatrales en los parques o hacían música con los tanques de basura y güiras de latas de aceite verde; unos se hicieron ayudantes de ebanistas o albañiles y los más audaces se dedicaron a los deportes (actividad que no dejaba mucho en el momento pero que prometía ser muy lucrativa a largo plazo, como lo demostró uno de ellos que llegó a grandes ligas en el béisbol, Moisés, creo que se llamaba).

La tercera ley que implementé fue la de acoger a niñas desamparadas. Al principio fue un poco difícil, pero luego logré acomodarlas lejos de los más "inquietos" y destinar un espacio solo para ellas. Ayudaban en la limpieza, la cocina y en todo aquello que debieron hacer nuestras madres. Excepto algunas

que se dedicaron por completo a los estudios y llegaron a ser mejores que muchos de los niños. Una de ellas fue mi primer amor.

En poco tiempo, aquellos niños huérfanos de esperanzas habían salido de ese triste mundo de limosnas y se habían encontrado con la luz, que no necesariamente era la luz de un tren al final del túnel.

Todo aquello pareció coincidir con la llegada del amor a mi vida. Hasta entonces esa palabra era totalmente desconocida para mí. No tenía tiempo para eso. Pero ella quiso lo contrario. Tres años mayor que yo, era una muchacha morena como el ébano, delgada pero voluptuosa, con senos más grandes que lo común para su edad y unas caderas de contrabajo que hacían juego perfecto con sus nalgas. Su nombre era Naomi. Debo recordar que era uno de los más jóvenes del grupo. Pero eso no impidió que ella se fijara en mí y me levantara de la tumba de la inocencia para ayudarme a penetrar al mundanismo precoz.

La primera vez que lo hizo estábamos pasando inventario a los pocos libros de texto que habíamos conseguido con el "plan de asistencia" de la Secretaría de Educación para los niños pobres. Los libros no daban para todos, así que algunos asistían a la escuela pública en el horario de la mañana y los otros en el de la noche, de esa manera podíamos intercambiar los libros y nadie se quedaba sin sus lecciones.

—¿Alguna vez lo has hecho Gabriel? —Me preguntó a la luz

de la fogata de los tanques.
77
—¿Hacer qué? —le contesté aparentemente concentrado en los libros.
—Tú sabes...
—No sé a qué te refieres. —Ahora no tenía libros en mis manos sino mi corazón a punto de explotar.
—¿Que si no has hecho el amor?, no te hagas el pendejo.
—Deja de hablar tonterías y vamos a terminar esto.
Ella dejó todo y me escudriñó hasta lo más recóndito de mis deseos. Yo no podía levantar la mirada porque sentía un peso increíble, el peso de mis doce años sin haber tocado a una muchacha, sin embargo, podía sentir sus ojos recorriendo cada parte de mi rostro para deducir la verdad.
—¡Ay coño, tú eres virgen! —dictaminó ella sin pudor. Yo no pude hacer más nada que quedarme callado y llevar algunos libros al cuartucho debajo del puente donde guardábamos las cosas de valor. Ella me siguió.
—Entonces el jefe es virgen. ¡Ay si los demás supieran!
Y cómo va a ser que en todo este tiempo en las calles no has conocido a alguien que quisiera hacerlo contigo. Yo creo que tú eres el único virgen en este lugar. Un hombrón y todavía no has parqueado el carrito ja, ja, ja...
—¡Es más sí, soy virgen y qué! No me ha dado la gana de estar con nadie. Gran cosa que me he perdido. —le dije ahogado

de vergüenza.
—¡Yo sabía! Desde que te vi, me di cuenta. —Y luego, con una ternura insoportablemente sensual, me tomó de las manos y las puso en su pecho: —No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. Pero te digo algo, te has perdido de algo muy bueno. Eso lo averigüé algunas noches después en el mismo cuarto oscuro, con la misma voracidad con que lo había deseado. Gracias a ella me terminé de criar.
***
La comunidad de Loma de la Bestia estaba henchida de felicidad. La gente no paraba de trabajar y de reír. Sus rostros, que antes estaban teñidos de gris con ojos que no se veían detrás de sus cuencas y languidecían ante la pena y la tristeza, ahora

comenzaban a llenarse de color, esperanza y felicidad. Sus caras tenían dibujada una sonrisa, como si alguna mano divina la hubiera esculpido. Ya nadie lloraba.
Los hombres comenzaron a trabajar sus tierras, a desarrollar ideas que les diera Salvador Quimera o simplemente a trabajar en sus propios proyectos. Los pocos niños que habitaban la comunidad, que antes parecían ancianos acabados por la desilusión, jugaban como nunca en medio de esta fiesta de prosperidad y gozaban por primera vez de su infancia.
Luego que Elodia dio a luz a su primer varón, las mujeres fueron atacadas por una fiebre erótica que disparó su libido hasta

el cielo. Un calor libertino se apoderó de ellas y el agua fresca del pozo no fue suficiente para refrescarlas.
Su desenfreno fue tal, que cerca del atardecer, salían con las blusas desabotonadas, sacudiéndose las faldas, dejando entrever la carne estremecida de pasión, pidiendo a la virgen santa que apagara el fuego que las consumía por dentro.
Muchas veces bajaban al río y sumergían sus cuerpos ardientes, aglutinándose en un baño lujurioso que hacía que el agua hirviera y se evaporara, formando una nube blanca de frenético deseo en torno a ellas. Cuando eso ocurría, el olor de su sexo se esparcía por todo el pueblo y sus feromonas asfixiaban a los hombres que dejaban el trabajo y todo cuanto hubiera de por medio y salían como perros sabuesos, olfateando la esencia, hasta que el perfume de sus parejas los llevaba al lecho y entonces ocurría el evento.
La noche caía de repente y la luna salía antes de tiempo para alumbrar a todo el pueblo. Los hombres y las mujeres se enfrascaban en una lucha carnal de delirio sexual que ahogaba el crepúsculo. Era una silenciosa batalla impúdica que parecía vengar todos los años de infertilidad, todos los años de privación y todos los años de amargura. Durante toda la noche, la inmensa cama verde de la loma temblaba con los gemidos estentóreos que se expandían por el suelo y subían por los troncos de los árboles hasta sus meollos, contagiando de la fiebre a todos los seres vivos que tocaba, incluyendo a los pájaros que dormían en sus copas,

que caían presos del frenesí, entrelazándose en juegos de amor hasta caer extasiados en el lecho de las hojas secas en el suelo. El día siguiente a esta noche de juergas los hombres dormían de corrido hasta la noche, y las mujeres salían en bandadas a

las calles empedradas, no caminando, sino flotando en el aire con sus cuerpos desvirgados, atiborrados de placer, celebrando el triunfo de la fecundación.

Las barrigas preñarían de niños todos los rincones de Loma de la Bestia y así, durante un tiempo, estos relevos serían los protagonistas de la historia de un pueblo que no se atrevía a parir ideas. Cada mes vendría la conocida partera a sacar los frutos y el Padre de la comarca tendría que hacerse de cuatro nuevos monaguillos para fabricar el agua bendita que no daba para tantos nacimientos.

Cada mes sonarían las tamboras, se compondrían nuevas décimas, el ron ahogaría los deseos mientras el ritmo de merengue haría contonear las caderas en una danza candente que atizaría aún más las ansias de procrear. Y el humo de las cocinas saldría de las hornallas serpenteando por el aire buscando más invitados. Por los próximos años no se sabría si las fiestas serían el resultado de los nacimientos o al revés. Las nuevas semillas se esparcirían por la fecunda tierra de la Loma, saliendo como por arte de magia debajo de cualquier enagua y sus voces chiquitas correrían por las callejuelas empedradas, untando de una lozanía única el

ambiente.
Niños de toda índole se sumarían a la nueva campaña de juegos interminables y así como los adultos se habían entregado al trabajo, así lo harían ellos con la diversión, en una entrega sin descanso al solaz.
En medio de esta fiesta de vientres nacieron los otros cinco hijos de Salvador Quimera y Elodia. Así nació Luis, luego Ángel, después Américo, Anunciada y por último Telma. La penúltima, Anunciada, murió de mal de ojo, que según Elodia lo causó una de las mujeres de la loma que estaba cortejando a su esposo.
—Esa es una de las maldiciones más poderosas que existen, porque los ojos están ligados a los riñones y el hígado, y aquí es donde se acumulan todas las emociones. Esa maldita mujer, le pasó la rabia y el desamor a la muchacha y se me hubiera llevado a la otra si no le hubiera dado los baños de limpieza.
Los ingredientes de los baños eran dos cucharadas de canela en polvo, siete claveles deshojados, un chorro de agua de rosas, tres pellizcos de jengibre, dos dientes de ajo sin pelar y con un corte en el medio, un vaso de agua de colonia, preferiblemente de Bay Rum, y siete puñados de sal gruesa, todo junto en una

tina para meterse hasta el cuello durante una semana, o dos, dependiendo de la fuerza del mal de ojo. En el caso de las hijas de Elodia fueron dos meses.
Años después, esa misma mujer le arrancaría el amor del

pecho a un hombre, y esta vez Elodia no podría hacer nada para impedirlo.

Mariana era más negra que el carbón, con mirada de víbora y voz de ultratumba. Según ella, Salvador Quimera era su alma gemela. Esta mujer, bien conocida por sus artes en la magia negra, en realidad era bokor del Vudú Negro. Como bruja de esta taumatúrgica religión había ganado fama en sus ritos y "trabajos", así que mucha gente acudía a ella cuando necesitaba curarse de alguna enfermedad, tener éxito en los negocios o quizá conquistar el amor anhelado. Pero no todos eran bienvenidos, solo los elegidos podían acercarse a ella.

Su casa estaba del otro lado de la loma y era su altar. Allí vivía ermitaña, protegida por un muerto viviente que merodeaba los predios incansablemente. Este caminaba noche por noche, con los ojos más abiertos que una lechuza, guardando a la madama de los malos espíritus o cualquier conjura en su contra.

La rivalidad entre Elodia y Mariana era callada y secreta.

Una lucha titánica entre dos almas voraces de amor. Una blanca y otra negra, se disputaban el derecho de propiedad del único varón.

Una noche de luna llena, Mariana se había visto cerca de la finca con un vestido de muselina blanco, volando sobre los techos de las casas. Su altar no había dejado de echar humo y en él se cocía el conjuro que desterraría a un hombre para siempre.

Al lado del pilón blanco lleno de agua, ardía una vela roja

en forma de falo. Seis huevos, símbolos de la matriz cósmica, acompañaban frascos de diferentes colores. En el centro, un cuchillo ensangrentado descansaba sobre una vasija con un mechón de pelo de Salvador Quimera junto a la limadura de sus uñas envuelto en un pañuelo rojo sangre. Encima del altar, con un triángulo en el medio, la bandera Vudú lo miraba todo. Mariana danzaba en el piso de tierra con una gallina degollada en sus manos, adorando a Dambalá, contorsionándose como una serpiente presa de un desenfreno indescriptible que la hacía temblar como un tambor, mientras proclamaba: "espíritus superiores, con el fuego denme el poder de despertar el amor y la pasión del ser elegido: Salvador Quimera". Trasmutada por

completo, invocaba a Maitresse Erzulie, la loa del amor y la pasión, representada por una voluptuosa mulata de pelo largo, pálida y seductora, que llevaba muchas pulseras y anillos de oro, plata y collares de perlas. Mientras Mariana traqueteaba sus amuletos y regurgitaba rezos y conjuros desde sus entrañas, en la harina esparcida por el suelo, símbolos y figuras se dibujaban por sí solos y el fuego de la hoguera crecía más y más. En poco tiempo dejó de ser ella y Maitresse Erzulie, montada ahora en su cuerpo hablaba en lenguas extrañas con los ojos virados hacia arriba. El cuerpo poseído de Mariana tomó el pañuelo rojo, lo arrojó al fuego y profirió el último conjuro en creole para luego caer tumbada en el suelo, convertida en Mariana de nuevo,

repitiendo el nombre de Salvador Quimera hacia atrás hasta que quedó dormida.

Esa noche Elodia sintió una brisa caliente por debajo del refajo, sudó frío y cayó desmayada.

Ella nunca quiso aceptar que la desaparición de su esposo fuera obra de la víbora de Mariana. Eso era demasiado. Sin embargo, recuerda el día exacto en que Salvador Quimera salió de la casa con el rostro pálido, la mirada ausente y vacío de amor. Ni siquiera su caballo, que arrancó de tajo un almácigo del que estaba amarrado, arrastrándolo durante semanas, pudo encontrarlo. Tampoco Derecho, que casi pierde la única mano que le quedaba sacando agua del pozo, porque en su desesperación pensaba que su "jefe" se había caído en él.

Algunos incrédulos creyeron que su desaparición era obra de Antero. Sin embargo, los más cercanos a la familia parecían conocer la verdadera razón. Ellos sabían que lo había hechizado un amarre de amor inquebrantable.

Elodia no. Ella pensaba que volvería y lo esperó por muchos años de su viaje a la tierra natal, sentada en la galería de los recuerdos, en la mecedora de caoba centenaria que le hiciera Salvador.

***

Con la misteriosa desaparición de Salvador Quimera, el colosal molino, sin el cuidado y el mantenimiento de su creador, comenzó a bombear un líquido melcochoso y putrefacto que se

esparció a través de la tubería principal como una peste silente, enfermando a todo aquel que la probase.
A falta del agua pura y el abono de las cuarenta y cuatro vírgenes, que ya no eran vírgenes y lloraban lágrimas de pena, las matas de cacao comenzaron a secarse y sus frutos se engurruñaron enclaustrando las semillas para siempre.
Ya no llovería más cacao en el campo.
La tierra se agrietó y muchas cabezas de ganado desaparecieron bajo el suelo estéril buscando agua.
Así también comenzaron a secarse los rostros de las gentes y la falta de trabajo les devolvió la mirada vacía de antaño. Sus sonrisas perennes desaparecieron haciendo caer los labios bajo la gravedad de la inopia, en una mueca que los hacía parecer tristes payasos en un circo quebrado.
Poco a poco el desánimo y la zozobra irían carcomiendo el alma de sus habitantes hasta dejarlos vacíos de esperanzas y llenos de desamor. Los niños no volvieron a jugar.
En medio de esta pobreza del alma que había vuelto a inundar sus corazones, todos aquellos que habían renacido de la inerte muerte de los sueños, se revolcaban en el pozo infinito de sus ansias, reprimiendo con la tierra agreste los recuerdos de ese tiempo perdido lleno de dicha y alegría.
Ahora vivían varados en un limbo, triste, gris y lleno de melancolía, incapaces de evocar por un segundo aquella vida

pasada, como si hubiese ocurrido miles de años atrás, en otra era de la historia humana, y no quedaran vestigios algunos que probaran su existencia. Este limbo era como un castigo por soñar y no permitía recordar lo vivido.

Así pasaron casi veinte años sin que nadie hablara de la causa de esta desolación. Ninguno mencionaba la misteriosa desaparición, y mucho menos el nombre de Salvador Quimera. La única que dijo algo fue Clementina, la conocida partera y cizañera del pueblo.

Ese día, en uno de los últimos rezos que hicieran las mujeres en una tímida ceremonia cerca de la casa de los Quimera, Clementina se entusiasmó demasiado con la oración y en medio de un trance profético mencionó sin darse cuenta la palabra prohibida.

—Ay Virgencita de la Altagracia, Antero tenía razón, devuélvenos la dicha y sálvanos de esta maldición que nos ha caído antes que nos convierta en muertos vivientes.

Las mujeres que estaban a su lado enmudecieron y corrieron persignándose a sus casas para huir de la boca de chivo de Clementina y sus conjuros. Esa noche bastó para correr el rumor. El fin que había vaticinado Antero había llegado. Después de veinte años la maldición se había cumplido y la única manera de salvarse de caer convertidos en muertos vivientes era abandonando el hogar.

Los próximos días, en este mágico, pero inclemente paraje, serían los últimos de esta pobre gente marcada por la desgracia. La noticia corrió por las tuberías del antiguo acueducto con la rapidez contagiosa con que los rumores convierten la vida en desgracia. A partir de esa noche, el pueblo se convirtió en un hormiguero de gentes huyendo del ineluctable destino.

Los que todavía tenían algunos animales demacrados caminado por ahí, los recogieron; los que tenían tierras sembradas de cacao, recogieron las pocas mazorcas que todavía no se habían secado; los que tenían algún conuco, tomaron los pocos frutos y víveres que podían llevar y el resto lo amontonaron en una pila en el centro del pueblo para repartirlo entre los menos afortunados; los que tenían comercios, solo tuvieron que cerrar sus puertas porque ya no quedaba nada que vender. Las cuarenta y cuatro vírgenes, que ya habían entregado su castidad en algunas de esas noches de frenesí, cuando su pudor todavía era uno de los mejores abonos, y las demás mujeres del pueblo, recogieron sus refajos y a sus niños, que no tenían nada que recoger. En poco tiempo quedó todo el pueblo recogido. Las casas, comercios y conucos vacíos de la abundancia, quedaron ensartados en los caminos de una desolada callejuela empedrada que llevaba a un gigante que había exhalado su último soplo de vida mucho tiempo atrás. Y así comenzó el funesto peregrinaje.

Diariamente pasaban decenas frente a la casa paterna de los Quimera para despedirse con un lastimoso adiós que les salía de

lo más profundo de su alma. Diariamente marchaban en una procesión lúgubre que parecía ser su propio entierro. Diariamente, este cortejo fúnebre pasaba cabizbajo y pesaroso frente a Elodia y sus cinco hijos, que los esperaban como únicos dolientes de la pérdida, en la gran terraza que una vez fuera la antesala de tantos nacimientos y celebraciones, despidiéndose por última vez de la familia que les había abierto las puertas de su corazón para nunca más cerrarlas, acunándolos durante tanto tiempo y devolviéndoles el hábito perdido de soñar.

84

Los últimos en abandonar Loma de la Bestia fueron doña Casilda y sus hijos. La otrora matrona de la comarca se había solidarizado en la pena de su socia y amiga Elodia y juntas vieron la decadencia de su reinado, de su gente, de sus hombres, de sus esposos. ¿Y la herencia? No había qué reclamar. Este era el legado que todos habían heredado y ni doña Casilda ni sus hijos se sentían con derecho a reclamar el dinero prestado a Salvador; tampoco sus beneficios, porque se habían invertido centavo a centavo en el pozo, en el molino, en el mantenimiento de ambos, en la finca, en el ganado, en las mejoras de las casas de ambas familias, en los trabajos de remozamiento y remodelación del pueblo, en donaciones, en fin, se había invertido todo. Como el acuerdo era repartirse equitativamente los beneficios que salieran del proyecto, tuvieron que dividirse la carga de las penas mitad a mitad entre las dos familias.

Esto no evitó que cuando se despedían, doña Casilda dejara caer sus penas en el hombro de Elodia, en un abrazo interminable que abarcó los hijos de ambas y causó un llanto que parecía venir del mismo corazón de la loma.

—El culpable de todo esto no ha sido nuestro Salvador. El culpable de esta perdición fue Antero. Ese malnacido fue el que maldijo a este pueblo para siempre —fueron las últimas palabras de doña Casilda al oído de Elodia antes que ella y sus hijos, que no levantaron la cabeza ni un solo instante, condujeran las dos tristes carretas lejos del camino empedrado de Loma de la Bestia.

Elodia intentó en vano junto a Derecho, que se había vuelto medio loco después que desapareciera su patrón y había perdido casi toda la fuerza de su única mano, en salvar algo de la siembra de cacao y el ganado.

Los exuberantes campos de cacao se habían convertido en bloques impenetrables y las pocas vacas que quedaban estaban tan flacas que no se mojaban con la escasa lluvia. Sola, sin la fuerza de Salvador a su lado y con un ramillete de Quimeras, a Elodia le fue imposible encarar el destino de aquella tierra perdida y se derrumbó de nuevo en la antigua mecedora de la terraza sin saber qué hacer.

Al verla echada a morir, sus hijos mayores, que habían visto el desenlace de los últimos años, independientes a todo el proceso, como actores secundarios que nunca participan de la acción del drama, se ocuparon de buscar lo necesario para sobrevivir

los meses siguientes. Así pasó casi un año, hasta que un día, estando Manrique recogiendo algunos víveres de los conucos que habían sobrevivido a la sequía junto con Luis, el segundo de los hermanos, sintió antes que nadie una extraña picazón en su pecho. Entonces salió corriendo por todo el campo, seguido de Luis y Ángel que acababa de llegar al lugar de trabajo y se unía a la carrera sin saber porque, y después de perseguirlo por casi media hora tratando de alcanzarlo, se detuvieron para ver como éste se subía como un mono araña por uno de los primeros postes que hiciera sembrar su padre cuando llegó a la Loma, hasta llegar a la cúspide donde cayó exhausto en la vieja hamaca.

—¿Se habrá vuelto loco como Derecho? —comentó Luis.

Luego de unos instantes que no oyeran nada de su hermano, Luis decidió subir para ver lo que ocurría. Cuando llegó al tope de los troncos, encontró a Manrique boca abajo llorando.

—¿Qué le pasa hermano? —le dijo preocupado por la repentina actitud.

A lo que éste respondió:

—Se me retorció el segundo pelo.

Sus hermanos sabían lo que significaba esta sentencia del destino común.

CAPÍTULO 6

Charly Mataperros regresa

La mudanza de los Quimera a San Felipe

El mundo de los muchachos callejeros era otro. Aquellos incontenibles demonios eran ahora mansos corderitos que apostaban por el trabajo, la educación y hasta la moral. Claro que había sus excepciones, los incorregibles, los que no iban a la escuela ni hacían algún tipo de trabajo para contribuir a la manutención de todos, esos vivían de los demás, pero por lo menos habían abandonado la delincuencia y reducido el consumo de drogas. En general, la comunidad había florecido y mucho más con la activa participación de las muchachas en todos los aspectos de nuestras vidas. Era un tipo de gobierno universal regido por las indiscutibles leyes de la naturaleza: la evolución, el amor, la armonía y la paz. Lo había logrado. Por primera vez me sentía realizado, pleno. Aunque no por completo. Dentro de mí seguía agitándose esa fuerza conspiradora que doblegaba cruelmente mi gozo momentáneo y me reprochaba, me recordaba que el trabajo no había terminado, que mi búsqueda recién había empezado, que aquel no era mi destino final, que debía encontrarlo. También me decía que debía encontrar mis orígenes, que debía saber quién era. Y eso era evidente a cada instante.

—¿Dónde están tus padres Gabriel? – me preguntó Naomi una noche bajo la luz del fuego en los tanques de basura. Acabábamos de hacer el amor.

—No lo sé.

—Los míos murieron en un accidente.
—Lo siento mucho.

—Ni siquiera los recuerdo. Es más, ni me hacen falta. Era muy pequeña cuando eso ocurrió... ¿Y los tuyos, los conociste?
—No.
—¿Y dónde te criaron?
—En un orfanato.
—¿Y cómo llegaste ahí?
—Tú como que preguntas mucho.
—Vamos, dímelo a mí, a tu Naomi.
—Bueno, según una desgraciada del orfanato, fui robado de mis padres verdaderos y entregado en adopción a una pareja de idiotas que no podían tener hijos.
—¿Y por qué no estás con ellos?
—¿Me vas a dejar terminar? ...parece que se sometieron a algún tratamiento porque la mujer salió embarazada y tuvieron un hijo. Después de eso no me podían ni ver y un día me prepararon mi maletica y me llevaron de regreso al orfanato. Recuerdo como ahora las papeletas de mil que le entregaron a la directora dizque para que me cuidara. Luego los vi partir sin decir adiós, ni siquiera voltearon la cabeza. Duré tres días llorando. Ni con los golpes de las nanas me callé. Eso sí, esa fue la última vez que lloré hasta ahora.
—Lo siento mucho, ¿y no has sabido nada de tus padres?

—No. Todavía. Pero el día que me escapé del orfanato hice una promesa de encontrarlos, aunque tenga que dejar el pellejo en esa búsqueda, voy a encontrar a mis padres verdaderos, a mi sangre. Eso te lo juro, Naomi.

—Te lo creo amigo y sé que lo vas a lograr, pero mientras tanto, que bueno qué estás aquí; tú y yo vamos a estar juntos para siempre, ¿verdad?

Nunca le contesté esa pregunta a Naomi.

Así pasaron varios años. Las cosas en la nación iban bien, cada quién en lo suyo. Algunos de los que sobresalieron en los estudios obtuvieron becas en colegios privados (yo no quise aceptarla para no enfrentar las tentaciones de la vida de los ricos), y los que adelantaron en los trabajos de la calle terminaron con negocios propios que prometían buenos beneficios. Otros se separaron y formaron también sus gobiernos, pero siempre bajo los preceptos inculcados por nuestra administración.

El amor no me tocó solo a mí. Aunque no fue mi caso, algunos mayores que yo se comprometieron y terminaron como parejas formando familias formales. Los más pequeños, los hijos del nuevo gobierno universal, de esos no me tenía que preocupar. Por mi parte, tenía a mi perro, un amor pasajero y una nación que gobernar. No me sentía del todo completo, algo faltaba en mi pecho, pero por ahora estaba bien. Cada vez mis sueños se me revelaban menos escabrosos, menos oscuros, más luminosos.

Pero a diferencia de otros momentos de mi vida, aquel destello momentáneo de gozo que experimentaba, aquella explosión de luz que sentía en mi ser y me cegaba, esta vez, era en realidad la luz del tren al final del túnel.

Charly mataperros no iba a quedarse como un mojón solitario en la carretera de los perdedores. Él y un grupo de sus secuaces nos esperaron a mí y a Bucanero mientras hacíamos nuestra caminata nocturna. Desde hacía años salíamos a dar un paseo de noche por las calles de la ciudad colonial y terminábamos en el malecón sentados frente al mar. Ese era nuestro momento, y mi perro lo disfrutaba tanto o más que yo. Bucanero estuvo nervioso todo ese día y justo momentos antes de la emboscada se detuvo y no quiso avanzar más, llegando incluso a halarme por el pantalón. Era una noche tormentosa.

—¿Qué te pasa Bucanero? ¡Vamos, vamos que va a llover!

Hubiera querido hablarme y decirme lo que sentía, pero de su boca no salió más que su nervioso y vano ladrido. ¡Si hubiera podido descifrar su mirada, lo que hablaba desesperadamente con sus nobles ojos marrones!

Bucanero no descansó en su esfuerzo por detenerme, pero ya era tarde. Una lluvia de piedras de todas las formas y tamaños que venían de distintas direcciones, cayeron incesantemente sobre nosotros, sin piedad. Todo fue tan rápido que no tuvimos chance de cubrirnos y pronto caímos al suelo. Bucanero se echó sobre mí y aguantó estoicamente la mayoría de los impactos.

Este es el final, pensé. Adiós a los muchachos, adiós a la nación, adiós a Naomi, adiós a mi perro. No podré conocer a mis padres, fue lo último que pasó por mi mente.
No tuve chance de ver a los atacantes en ningún momento, solo al final, antes de perder el sentido, cuando pude ver entre sombras una silueta desenfadada y malévola que reía con su boca torcida y gritaba algo así como "muere maldito como un perro".
90
***
Manrique Quimera, al igual que sus hermanos, nunca había salido de los predios que circundaban la pequeña comarca de Loma de la Bestia. Su realidad se limitaba a los cercos de la propiedad paterna, en un mundo perfecto que no conocía la infelicidad. Dentro de las paredes de este castillo de ensueño, se educó, aprendió los diferentes oficios que tesoneramente les enseñara su padre, copiando su sentido altruista de ayudar a los demás y de compartir. Aprendió de las bondades de su madre, que le instruyó en el amor, la compasión y sobre todo en la grandeza de "nuestro padre creador". Manrique Quimera no era tan alto como los demás hermanos y su padre, que sobrepasaban los siete pies; él solo llegaba a los seis pies diez pulgadas, sin embargo, era bien conocido en la comunidad por su descomunal fuerza, capaz de derribar a dos toros por los cuernos, uno con cada mano; y por supuesto, de tumbarle el pulso a Derecho. Esta característica le hizo ganarse el respeto

de todos, le terció la oportunidad de codearse con los mayores y de mezclarse en las labores, aprendiendo sus oficios y realizando tareas destinadas para hombres. Aquí tuvo sus mejores amigos y conoció el maravilloso y misterioso mundo de la sexualidad. Era un reinado mágico en el que todo era posible y donde él y su familia acariciaban el privilegio del favor popular. Así pues, su infancia y luego su adolescencia transcurrió plácidamente, sin tragedias ni grandes eventos, en medio de la bonanza y la alegría de un pueblo que vivía la realidad de los Quimera.

Luego que Luis bajara de los postes, Manrique quedó rendido en la hamaca donde su padre acostumbraba soñar y nuevamente soñó. Estaba en una casa grande rodeada de grandes árboles frutales desde donde podía ver el mar. Luego se veía cabalgando sobre el inmenso lomo de Veterano, que galopaba a gran velocidad dando zancadas tan grandes que podían cruzar ríos y cañadas. En el camino rescataba a una bella muchacha de ojos marrones de las fauces de un ogro color cobrizo y los ojos ceniza, librando una batalla a muerte que duró dos días con sus dos noches. Luego se veía con ella montando a pelo en su caballo para escapar juntos a la tierra del paraíso.

Pero mientras Manrique soñaba con su pecho encogido, los hermanos, que comprendían la naturaleza congénita de este tipo de premoniciones y no querían esperar a que se les retorciera más la vida, preparaban los pormenores del viaje para mudarse a

casa de los padres de Elodia, que conmovidos por la situación de su hija y sus nietos, habían olvidado los resquemores pasados y se habían brindado para ayudarlos en la difícil situación que los consumía al igual que se consumían las mazorcas de cacao.
Desde aquel oscuro día en que Salvador lo deshonrara llevándose a su hija, Pancho la había borrado para siempre de su memoria y no reconocía su nombre. El despecho fue tan grande que no volvió a hablarle y tampoco permitió que su esposo y ella pisaran un solo mosaico de su casa. Sus nietos nunca conocieron a los abuelos, ya que Salvador decía que "su familia era un solo cuerpo, y donde iba uno tenían que ir los otros". Así pasaron los años tratándose como el agua y el aceite, hasta que Mina tuvo que plantarse en medio de la gran cosecha de flores que tanto cuidaba Pancho y amenazarlo machete en mano de cortarlas una a una, sino acogía de nuevo a su flor marchita, que no dejaba de mecerse en los avatares de la soledad y la tristeza y se estaba muriendo en vida. "¡Tú tampoco fuiste un santo... y está bueno ya!".
Pero en el fondo, el orgullo de Pancho era mayor que su desamor. Durante todos estos años había forrado de una falsa capa de rencor los verdaderos sentimientos de devoción por su hija preferida. La flor de las flores. Aquella que sobresalía entre los brotes de su cosecha cuando todas las mañanas ella salía a regarlas, o como cuando emergía entre las árganas multicolores que llevaba a los lados de su corcel blanco los días que iban a

venderlas al puerto, y él gozaba viendo a los hombres caer desmayados ante su presencia sin atreverse siquiera a mirarla para no ajarla. Así mismo, la recuerda el día que conoció al único desgraciado que se atrevió a posar su mirada en ella y no hizo nada. Por eso no podía perdonarse el haberla perdido. Por eso se había desbocado en la siembra de los codiciados retoños hasta llegar a plantar flores en tarros en cualquier rincón de la casa a falta de tierra para cosecharlas. Así que cuando vio a Mina sobre los surcos del sembradío, cayó de rodillas y lloró por todos los años que había sufrido sin el arrullo de su aroma a su lado y abrió sus brazos para recibirla.

92

El día de la mudanza de los Quimera a San Felipe, la tierra tembló abriendo una grieta que rompió medio a medio el camino empedrado del pueblo con todo y sus meandros, extendiéndose hasta el colosal molino, al cual inclinó en dirección al norte, cruzando medio a medio el pozo infinito hasta chocar con uno de los primeros postes de roble que sembrara Salvador Quimera. Esta fue la última señal de partida. Todos abandonaron en muda marcha la tierra que los viera parir, con Elodia sentada en su mecedora encima de una carreta que iba delante, sin mirar atrás. Todos menos Manrique.

Luego de la desaparición de Salvador Quimera, el caballo Veterano había estado deambulando por las calles sin paradero, comiendo guayabas silvestres sin que nadie se atreviera a tocarlo.

El pobre animal se había quedado huérfano del único hombre capaz de entender su dulce espíritu y solo aceptaba a Manrique. Pero ni siquiera él había podido disuadir el impenetrable carácter del animal que se echaba por horas bajo los postes de roble, sin mover un músculo, sin pestañear, como tratando de adivinar en su impenetrable instinto, la razón de aquel misterio.

Luego del temblor, Veterano desapareció por dos días hasta que Manrique lo encontró tratando de abrir los grandes portones que hiciera Salvador Quimera y que se habían cerrado con el movimiento oscilatorio del sismo. Veterano empujaba los macizos farallones hasta que la sangre le brotó de una herida en su cabeza y atizó aún más su crin de candela. Al verlo, Manrique sintió una gran compasión y se unió a él en una lucha desenfrenada por abrir las puertas, como queriendo traer de vuelta los años de progreso. Pero ni siquiera la fuerza de estos dos titanes pudo moverlos.

Así transcurrieron sus últimos días en la loma, entre el inútil esfuerzo de abrir los portones y la triste recolección de frutas y algunos que otros víveres para alimentarse. Cuando no hacían ninguna de estas dos cosas, a veces por el cansancio, otras por simple aflicción, se echaban debajo del molino y se acurrucaban entre ambos temblando de frío, a pesar de que el abrasante calor del verano había secado prácticamente el río y resquebrajado el suelo.

Dos meses después, se marcharon sin más. Manrique no

recogió nada, excepto el sable que su abuelo había heredado del coronel español y luego heredó Salvador. Desde que su padre

desapareció él se encargó de limpiarlo, de pulirlo y de amolarlo. Exhaustos y desesperanzados, se marcharon dejando cerradas para siempre la que una vez fue la puerta al progreso de la desolada comunidad de Loma de la Bestia y bajando por gravedad la calle empedrada, partida en dos, siguieron por inercia la suerte de su nuevo destino.

***

Hoy nadé con un cardumen de sirenas en el medio del atlántico, una de ellas me tomó de la mano y me sumergió en un banco de corales alrededor de un cayo de arena perdido en el azul. Allá bailaron una danza submarina y rozaron sus colas voluptuosas por mi cara mientras cantaban en el mismo lenguaje que Ulises escuchó siglos atrás. Hice el amor con decenas de ellas, me dormí sobre sus pechos desnudos y luego nos abismamos aún más en las profundidades de su mundo de escamas. Me enamoré de todas. Y ellas de mí. Pero solo una me obsequió con una de las perlas que se deslizaba por sus mejillas. Sus ojos lacrimosos me rogaban que me quedara y yo acepté.

De todas formas, el viento sopla tan suavemente en estas tierras como en las de arriba.

***

Cuando Manrique Quimera salió por primera vez de Loma

de la Bestia, en busca de algo que todavía no sabía que era, pero que encontraría, se sintió sobrecogido al descubrir la realidad del mundo de afuera.

Al llegar al municipio cabecera de San Felipe montado en su caballo Veterano, se encontró con una hermosa ciudad costera, repleta de gente y cosas extrañas, que cambió la visión que hasta ahora había tenido de la vida.

Entró por el puerto de San Felipe, un bullicioso centro de comercio marítimo que olía a pescado salado, café y vegetales podridos. Este puerto parecía flotar en medio del humo incesante que desprendían los barcos de vapor que comercializaban los productos de la zona norte hacia el lado sur del país. Al ver a

estos dragones de acero, Manrique Quimera recordó las historias de su padre, donde le hablaba de grandes ciudades con casas gigantes que flotaban en el mar y carruajes que corrían sin caballos. Su curiosidad era más grande que su sorpresa y mientras trataba de dominar al bravo Veterano, que a cada paso resoplaba de nerviosismo y no daba señales de estar a gusto en medio de esta vorágine, analizaba críticamente las partes del magnífico aparato anclado en el muelle, tratando de explicarse a sí mismo su funcionamiento, sin poder entender cómo aquella mole podía mantenerse a flote.

Ese día el mar estaba calmo y reflejaba el azul transparente de un cielo despejado. A medida que avanzaba a su lado, la embarcación

fue desvelando poco a poco aquella masa infinita de agua que acariciaba la costa, mostrándole de cerca lo que durante toda su vida fue una inmensa mancha azul en el horizonte, lo único que podía ver desde su nido en la loma. Manrique no pudo disimular su asombro, detuvo repentinamente a Veterano y se quedó como un mástil en medio de la angosta carretera que conducía al mar. Los coches tirados por caballos lo serpenteaban y sus conductores lo provocaban con todo tipo de insultos, con esos que se usan para ofender a los que vienen del campo, y Veterano que no entendía nada de esto, ni le interesaba, permanecía quieto solo por respeto y por la tremenda presión que le hacía Manrique con el freno. Pero él no los oía, ni los sentía, porque todos sus sentidos estaban enfocados en la vista de aquel gigantesco pozo de azules degradados que no se movía y parecía estar disecado. A Manrique se le hacía difícil comprender tanta grandeza y hasta llegó a pensar que no era agua, sino un desierto, y que podía caminar sobre él. Allí quedó varado como uno de los buques atracados en el puerto, inmerso en un mar de reflexiones sobre el origen de toda esa agua, que por un momento lo alejaron de su realidad.

Fueron los bocinazos de los vehículos de motor que lo sacaron de su abstracción, cuando Veterano se paró en dos patas y casi lo hace caer. Entonces vio aquellos carros que transportaban personas y cargas de todo tipo, sin la necesidad de usar caballos o mulas para moverlos. Notó que el humo que salía por detrás era

más oscuro que el de los barcos a vapor y olía diferente. Buscó por todos lados la cuerda que los halaba e incluso llegó a darles la vuelta a algunos pensando que encontraría algún animal de carga empujándolo, pero para su sorpresa estos artefactos caminaban solos y tenían vida propia.

95

Manrique volvió su mirada al mar y decidió seguir la calle hasta la orilla. Avanzó como un niño perdido en un mundo de fantasías, observando cada detalle de la gran ciudad hasta que llegó a una pequeña playa de arenas blancas. Amarró a Veterano a una de las matas de uvas peinadas en dirección al viento, se quitó los zapatos y caminó sobre la tibia alfombra de corales molidos. Poco a poco se fue acercando a la orilla que no dejaba de manar agua. Cuando el líquido azulado mojó sus pies se sintió irremediablemente tranquilo, como cuando su madre lo mecía en sus brazos y al ver el horizonte sintió el vértigo de la inmensidad y no pudo evitar pensar en su padre y fundir sus lágrimas con el infinito. Se quitó la ropa y se hundió en el mar, nadando en el pozo de sus recuerdos. Se embebió de la energía de los océanos.

Luego de aquel baño salado, recuperado de tantas horas de viaje, Manrique continuó su camino hacia la casa de los abuelos. La información visual que bombardeaba sus sentidos le robaba la atención y a cada instante descubría algo nuevo y fantástico. Todo parecía obedecer a un orden histórico que nadie osaba

romper.

Las casas, comercios y edificaciones gubernamentales se alzaban en filas perfectas a los lados de las calles y estaban hechas de un material diferente al que había visto. Sus dimensiones eran extraordinarias, sobre todo hacia arriba y lucían toda clase de detalles, incluyendo ventanas de vidrio y grandes portones de madera y metal que soportaban un objeto tintineante en el medio, que luego supo que servía para anunciarse cuando se llegaba a una casa. Grandes postes unidos por interminables cables de acero encendían de noche y alumbraban toda la ciudad. Observó que la gente caminaba de prisa, con una premura que no conocía y que, a pesar de su gentil costumbre de saludar a todos, casi nadie le correspondía el gesto y seguían inmersos en una cavilación constante que parecía ser un mal congénito. Manrique Quimera caminaba ausente de toda premura, observando tímidamente el espectáculo. A unas calles de allí, un mercado de provisiones y mercancía variada le atrajo por la cantidad de personas que se aglomeraba en sus alrededores. Cuando llegaron hasta donde estaba, un hervidero de clientes y vendedores luchaba por hacer su compra o venta del día. No podía entender el sentido de urgencia que veía en la cara de

esos hombres y mujeres que se entregaban al trabajo como por obligación y se debatían entre sí, como si fuese el último día de sus vidas. Se le hacía imposible descodificar esa mirada desconfiada

y llena de malicia que le dirigían cuando se acercaba a ellos, para preguntar cortésmente sobre algo o simplemente admirar el trabajo de algún artesano. Pero sobre todo, no asimilaba el hecho de que en medio de tanta abundancia, hubiera hombres harapientos tirados por el suelo y algún que otro enfermo o minusválido mendigando por algo de comida.

Cansado de recorrer tantos kilómetros con la carga encima y sin probar bocado alguno desde el día anterior, Manrique decidió comprar algo de comida para él y su caballo con algunas de las monedas que guardaba en sus bolsillos desde hacía mucho tiempo, como recuerdo de los buenos años junto a su padre.

De inmediato, notó la avaricia de los comerciantes que se peleaban entre sí para lograr que este ingenuo forastero gastara lo poco que tenía. Manrique Quimera, que no entendía la verdadera intención de estos comerciantes, en principio aprobó con beneplácito la actitud sintiéndose a gusto con la sorpresiva hospitalidad, luego que se dejara convencer de comprar algo más que comida, comenzó a sentirse incómodo y a interpretar el lenguaje de aquellos rapaces usureros que intentaban meterle por ojo y nariz el mercado entero.

Mientras comían, Manrique Quimera preguntó a uno de los indigentes que había convidado, la razón de su situación.

—No entiendo cómo ustedes, rodeados de tanta riqueza y de gente sana que puede ayudarlos y hasta darles trabajo, viven en esta penuria arrastrándose por el suelo y pidiendo para comer.

El mendigo, que comía con una voracidad insaciable, lo miró con su único ojo mientras eructaba un gas que parecía tener toda una vida dando vueltas en su estómago por salir, y hedía a odio, desamor y resignación, mezclados con cerveza caliente, aguacate y huevo, diciéndole:

—Antes, todos éramos iguales. Cuando yo tenía mis dos ojos veía las cosas parejas y trabajaba como cualquiera de estos pendejos del mercado. Pero cuando comenzaron a llegar esas malditas humeadoras flotantes y los carros sin bestias, las cosas comenzaron a cambiar. Eso se llama disque desarrollo, pero yo creo que es el diablo que nos está volviendo locos con ese humo que sube directo del mismísimo infierno. Esto se jodió. ¡Deme más comida, coño, que tengo hambre!

97

Luego de comer, Manrique Quimera le preguntó si conocía a un comerciante llamado Pancho Romero que vendía flores y otros productos en el muelle y que tenía una propiedad en las afueras del centro del pueblo. Después de dos o tres "allá", uno que otro "allí" y un par de "a la vera de", Manrique dio las gracias a su "nuevo amigo" y siguió su camino.

Cuando recorrían una de las solitarias calles del pueblo, ahora en penumbra, Manrique notó que alguien yacía tendido en el medio del camino. Al ver que no se movía, bajó de su caballo y cuando estaba cerca se dio cuenta de que era un hombre boca abajo. Se acercó aún más y justo cuando iba a

tocarlo, el hombre se viró repentinamente y le colocó una navaja cerca de su cara obligándolo a despojarse de todo lo de valor. En pocos segundos otro bandido se acercó por detrás de él e hizo lo mismo con un machete en sus manos. Manrique Quimera en principio medio turbado, no entendía bien lo que le decían los bandidos, pero cuando uno de éstos le acercó el arma blanca a su garganta, comprendió la gravedad de la situación y decepcionado del encuentro con esta sociedad tan diferente a la que había conocido hasta ahora, le dio parte del dinero que cargaba encima y le pidió que los dejasen en paz. En ese momento uno de los bandidos intentó montar a Veterano sin saber a lo que se enfrentaba. El caballo no espero a que tomara las riendas y le atinó un golpe con una de las patas delanteras que lo lanzó de bruces al piso sin sentido. Al ver a su compañero en el suelo, el otro ladrón se abalanzó sobre el caballo con el machete en las manos para degollarlo. Cuando Manrique se dio cuenta de las intenciones del delincuente, vio pasar frente a los ojos del alma toda su vida en unos instantes, desde que era niño y jugaba a ser grande, pasando por los días de alegría interminable de las fiestas de su casa, y su padre riendo con los compadres mientras les demostraba orondo la fuerza de buey de su primer hijo, hasta llegar a la imagen de su madre sentada en la mecedora esperando a que su amado volviera. Entonces, se transformó en una mole de poder ilimitado, saltó hacia el hombre, agarró rápidamente el brazo antes de que cayera sobre el cuello de Veterano y se lo

rompió como si se tratara de una ramita seca; luego le puso su propio machete en la garganta y mirando con ojos de fuego al compañero que ya había recobrado el sentido, le dijo fríamente, como si por fin encontrara los culpables de la tragedia de su familia y su pueblo, "si te mueves lo degüello como a un puerco

y después vas tú". Este se quedó estupefacto ante la rapidez y fortaleza de aquella bestia humana, soltó el cuchillo y salió corriendo. Manrique Quimera empujó al adolorido delincuente, le instó a que se fuera y volvió en sí abrazando a su caballo.
—Parece que esta ciudad también está maldita. ¡Malditas sean las maldiciones!
***
A pesar del recibimiento poco amigable que la ciudad de San Felipe le había preparado, Manrique todavía se sentía admirado por los secretos que encerraba y sobre todo por ese pedazo de cielo azul que la bañaba constantemente por arriba y por abajo. Esta pequeña ciudad le parecía una perla en el Atlántico.
Siguió la confusa dirección que le habían indicado, maravillándose ante cualquier detalle de la ciudad y en poco tiempo llegó a la casa del ensanche donde Pancho y Mina habían acogido a su dolida familia.
Desde su llegada al país, Pancho se había dedicado al cultivo de todo tipo de frutas, víveres y sobre todo de flores. Nacido y criado en España, desde niño, Pancho se había instruido en

los más innovadores métodos de cosecha, muchos de los cuales fueron utilizados por Salvador Quimera a su llegada a la Loma y que desde la época de la colonización fueron enseñados a los criollos de las islas del Caribe.

A diferencia de la gran empresa que iniciara Salvador con grandes extensiones de tierra virgen para sembrar, y con la variante de las sequías que azotaban toda la Loma, comenzando por las fincas de los Quimera y terminando con ellas, que llegaban justo cuando más se necesitaba el agua como enviadas por la divina providencia para redimir los pecados de sus habitantes y condenarlos al fracaso, obligando a Salvador a pensar en el pozo, el molino y todo lo demás, el proyecto de Pancho era una colonia en miniatura. Dentro de su humilde saber campesino, Pancho había desarrollado casi científicamente un ecosistema perfecto de estrechos surcos de tierra negra, que albergaban desde mangos, cajuiles y guineos hasta yautía, yuca, plátano y muchas, pero muchas flores. De alguna manera se las había ingeniado para que estas líneas de tierra, que no se parecían en nada a las

que empleaban los agricultores de la zona para sus siembras, sirvieran para que las raíces absorbieran lo necesario y sus plantas crecieran saludables con frutos de un tamaño asombroso y de una calidad única. A esta técnica se le sumaba una complicada red de canales que irrigaban todo el campo de agua fresca que bajaba desde dos aljibes que nunca se secaban y eran tan grandes que

los muchachos del barrio lo usaban a escondidas como piscina cuando Pancho salía a vender sus productos al puerto.
La propiedad era un hermoso alto de ciento cincuenta tareas, desde donde se podía divisar el mar en todo su esplendor. Detrás tenía la imponente y majestuosa montaña Isabel, una ventana prehistórica natural, nido de cotorras, guineas silvestres y puercos cimarrones, que bañaba con sus frescas brisas de selva tropical los alrededores de toda la casa, como si las corrientes puras de aire bajaran directamente por ductos de yagua situados estratégicamente en sus pendientes. Así mismo ocurría con la neblina que se chorreaba entre sus costados en la mañana, e inundaba la casa con un olor a tierra húmeda y madera preciosa que hacía que quien la respirase se colocara en trance de inmediato, y pasara de la realidad de Pancho y Mina a un sueño. Desde cualquier punto de la propiedad se sentía la innegable fuerza motivadora de esas casas construidas en armonía total con la naturaleza, ya fuera por el norte, donde la vista se bañaba sin querer con las tibias aguas del Océano Atlántico, o bien por el sur, donde una cortina verde de naturaleza viva desvelaba todas las mañanas a Isabel, recordándonos qué tan minúsculos y frágiles somos, qué tan grande es la madre tierra y al mismo tiempo cuánto nos cuida. En el centro habitaba una gran casa de dos plantas de estilo victoriano, que tenía ocho habitaciones y una terraza de cinco metros de ancho en el frente, donde Pancho esperó por muchos años sentado en la silla de guano a su amada

princesa de nácar. En la parte delantera de la casa, almendras, cajuiles, grosellas, y tamarindos impregnaban el entorno de un intenso aroma de frutas que levantaba la nariz de todo el que pasaba por el frente, incluyendo a Manrique cuando llegó desde la loma. Aunque Manrique estaba acostumbrado a la riqueza y exuberancia del campo, le llamó la atención el orden natural de las cosas en esta pequeña muestra de finca, en donde no se desperdiciaba un centímetro de tierra y todo se aprovechaba,

hasta las malas cosechas. De igual manera quedó maravillado al ver la delicada casa de madera y colores brillantes que denotaban alegría y prosperidad y hubiera creído que estaba despertando de un largo sueño y que todo lo ocurrido durante los últimos cinco años había sido solo una pesadilla, sino se hubiera topado de frente con Elodia en la gran terraza de la casa, anquilosada en la mecedora que le hiciera su amado. Cuando Elodia lo vio acercarse a la casa por el camino de pinos, con el porte de un Quimera pura sangre montado en el caballo Veterano, dejó de mecerse en la tristeza y vio por última vez a su Salvador. El grito de Elodia se oyó en el puerto, según dijo Pancho que estaba en su acostumbrada labor comercial y su llanto no paró hasta que Manrique logró despegársela casi al amanecer, después del abrazo fetal que le había dado, secando por completo la tierra donde cayeron las lágrimas y dejando un claro en donde no creció ni la mala hierba.

La aparición de Manrique marcó el final del destierro
emocional que Elodia se había auto infringido durante años,
abandonó la mecedora y en su lugar asumió con honra el trono
que desde su nacimiento había sido predestinado para ella.
***

Se recorta Isabel en mi espalda

Y tú ahí, montaña

Recortada en mi memoria

Sangrando mi tobillo

Cuando subo tus peldaños

Arrebatado, la loca ilusión

De que puedo culminarte

Me fractura las rodillas

Me deja sin aire

Rompe en dos las sórdidas muletas con que intento

tu ascenso

El asombro del atardecer me persigue

Mientras tu pezón se corona de nubes de plomo y ocre

Qué puedes decir Isabel

Montaña de mujer

Si es lo único que aspiro,

Escalarte

Sigue postrada ahí

Como si no existiera

Que algún día

A pesar de que duermes encumbrada en tu propia

grandeza

Te conquistaré

Y mojaré con las olas que nunca has bebido

El penacho del verde cielo que yo adoro

CAPÍTULO 7

Gabriel llega al hogar de doña Nieves

La casa del ensanche

Cuando desperté estaba en una habitación de la clínica de la localidad. Había pasado dos semanas en coma por los golpes de las piedras, en específico por uno que afectó la parte baja de mi cerebro y me produjo una conmoción. Con el golpe perdí la memoria. No recordaba nada de mi vida pasada. Al abrir los ojos encontré a una señora de algunos setenta años, con el pelo blanco, la piel negra y arrugada y los ojos más dulces que jamás me habían visto.

Doña Nieves, era directora de un orfanato que acogía a los niños y niñas sin padres de toda la ciudad capital y les brindaba una vida digna, con educación, comida, pero sobre todo, amor. Ella había acudido a la clínica por solicitud de una de las enfermeras, que al igual que doña Nieves era otra santa y

me atendió, completamente ajena a la abrumadora cotidianidad que hace que los pacientes se conviertan en cosas que hay que reparar, cuidándome como si fuera su propio hijo y dedicándose a mí por completo. Pues gracias al cuidado de esas dos santas, a las caricias de la enfermera, a las oraciones de doña Nieves, me recuperé de mis traumas y en menos de un mes me habían dado de alta. Como no recordaba nada acepté sumisamente marcharme con doña Nieves a su orfanato. De igual manera, la amnesia me impidió notar, sentir, extrañar la ausencia de mi adorado perro. Y para evitarme más sufrimiento nadie quiso hablarme de él y mucho menos contarme el trágico final que había sufrido aquella noche.

Bucanero se había echado sobre mí para que las piedras no siguieran impactando sobre mi cuerpo desfallecido, así permaneció, casi muerto, y cuando Charly y sus secuaces se

acercaron a ver si aún vivía, Bucanero, en un último intento de protegerme, levantó ágilmente su cabeza y le mordió la cara al sorprendido Charly que se había aproximado demasiado, haciéndole perder un ojo al instante. Esa fue su última mordida, ya que los demás lo terminaron de matar a puros garrotazos. Charly terminó en la misma clínica que yo, sin su ojo. Luego, a él se lo llevaron a un correccional para menores del que algún día se fugaría y a mí al hogar de doña Nieves. Así quedó todo. No más calles, no más peleas, no más miedo, no más responsabilidad

por los demás muchachos, no más Naomi, no más Bucanero. No más nada. No sabía de dónde venía, pero tampoco hacia dónde iba. Estaba en el mismo lugar de siempre, ni delante ni detrás, justo ahí, en la x, en ese lugar donde siempre flotaba buscando algo que todavía no sabía que era pero que encontraría.

Este comienzo fue más fácil que en otras ocasiones. No tenía memoria, así que no tenía parámetros para comparar mi situación actual con otra. No había penas, ni amarguras, tampoco momentos de felicidad o dicha que pudiera recordar. Era como una esponja seca que nunca estuvo en el mar esperando a ser llenada con alguna húmeda experiencia, con algún dato que me permitiera construir un pasado que justificara mi presente. Y los dulces ojos de doña Nieves fue la carga inicial de materia prima para mi alma seca y vacía. En ellos comencé a experimentar lo que era la bondad y el amor incondicional, de eso me llené por muchos años más. Así que sin nada que recordar, sin nada que lamentar y bajo la santa tutela de doña Nieves, que nunca me contó sobre mi vida pasada por temor a que me perdiera de nuevo, comencé mi cuarta vida.

Cuando llegué al hogar de doña Nieves me sentí cómodo y ligero. No me era extraño, por el contrario, sentía que de alguna manera pertenecía a ese lugar. Quizá por la ausencia de recuerdos o porque realmente nunca los tuve, pero desde mi llegada sentí que era mi hogar, el que tuve desde que nací.

La casa era una gran edificación de dos plantas donada por

una de las familias adineradas de la ciudad para un convento. Luego de muchos años la orden de monjas, a la cual pertenecía doña Nieves, se trasladó a otra mansión y la casa fue traspasada al incipiente orfanato de esta luchadora que ya no tenía espacio en su propia casa para cuidar a los niños desamparados de las calles.
105
Esta casa había sido construida en el corazón mismo de la ciudad capital a mediados del mil novecientos. Tenía doce habitaciones, ocho baños y un patio de seiscientos metros cuadrados desde donde podía verse el azul del imponente mar Caribe. Desde las habitaciones superiores se observaban algunos de los románticos edificios de la ciudad colonial.
Su construcción era robusta y maciza, pero guardaba ese fresco diseño de los años cincuenta con grandes ventanales y terrazas. Su interior estaba adornado con austeros muebles que permitían el máximo aprovechamiento de los espacios, sin dejar de proveer un ambiente cálido y hogareño a todos los que la habitaban. Algunos de esos muebles se habían heredado de la humilde colección de las monjas, otros de la caridad de muchos colaboradores del centro y los no menos, se habían traído de la casa misma de doña Nieves.
Todo aquello me llamaba mucho la atención; la majestuosidad de la casa, el indefectible orden de las cosas, lo austero pero elegante y de excelente calidad de esos muebles de madera de caoba criolla, pero sobre todo el aroma a limpio de la casa que

se mezclaba con las javillas, los lirios y los laureles del barrio, que hacían de aquel lugar una morada detenida en el tiempo, un hogar donde se respiraba el antaño olor de la familia unida, de los valores morales, del trabajo, donde se saboreaba el imperturbable gusto de la cotidianidad, de la vida organizada y de la armonía total, como el de los abuelos que nunca había tenido.
De esa manera, y sin previo aviso, vine a parar a este cálido remanso donde todos eran amados y las cosas transcurrían sin premura.
Nada mejor que esto para empezar de nuevo.
***
La casa de Pancho y Mina volvería a brillar como en los tiempos en que Elodia y su padre bajaban al puerto a vender flores y todos se admiraban al verla pasar.
Hasta su padre, que no le había vuelto a hablar, la miró con los ojos melancólicos del pasado y volvió a encontrarse con ella. Un encuentro tierno y cálido que pareció borrar de su corazón toda la amargura y aflicción de aquel inesperado infortunio.

Pancho no había vuelto a vender una sola flor en el puerto después que Salvador Quimera se la llevara. Luego de aquella traición se había volcado a la vida del servicio social, como buscando redimir la falta de su hija y de una manera u otra su altruismo había calado en el corazón de gente importante que lo veía como ejemplo de honradez e integridad. Las personalidades

más influyentes del gobierno municipal lo habían catalogado como uno de los hombres más dignos de la sociedad San Felipeña. Pero detrás de todo eso, era la silenciosa represión de aquel oscuro recuerdo que lo carcomía por dentro y se le brotaba en dotes filantrópicos que sin él querer a todos admiraba.
Pasó muchos años sin saber de Elodia, pero su empecinamiento sería pronto sustituido por un paternal y casi enfermizo amor hacia ella que le devolvería el sosiego. La princesa del mar que había nacido de una concha gigante había vuelto, y esta vez no había ningún príncipe de los mares que pudiera desposarla.
De esta manera volvieron a cortarse las flores y se ensillaron los mejores caballos para hacer los viajes al puerto; nuevamente, Pancho vería orondo cómo los hombres y mujeres del pueblo se quedaban viéndola al pasar, no solo por el brillo de su piel de nácar ante el reflejo del sol de verano, sino por la solemnidad con que se paseaba sobre su corcel esta humilde vendedora de flores con su padre, y Pancho vería también cómo restablecería su honor familiar que creía irremediablemente perdido.
Con Pancho dedicado a su flor de nácar y a todas las demás, Luis y Ángel tuvieron que encargarse poco a poco de los demás productos y del cuidado general de la colonia. Para ellos no fue difícil porque desde siempre habían mostrado interés en los trabajos de la finca de su padre, y a diferencia de Manrique, que realizaba trabajos "especiales" por su fortaleza, ellos eran duchos en todas las labores del campo y sabían cómo poner

a producir las cosas. En ese sentido eran una copia fiel de Salvador Quimera. En el caso de Ángel, él había descubierto una propiedad en el dinero que le hacía brillar los ojos de una manera muy particular. Para Ángel, el dinero representaba autoridad y poder. Esta determinación para poner a producir las cosas como un fin y no como un medio lo convirtió en uno de los hombres más ricos del pueblo, llegando a tener el almacén de provisiones más importante de toda la región norte del país.

Luis, igualmente dotado, pudo obtener tanto o más provecho, pero manejó sus intereses sin ninguna ambición, atendiendo los particularmente novedosos llamados de su sensibilidad espiritual. Para Luis, al igual que su padre, la riqueza era simplemente un medio. Su curiosidad por el origen del mundo lo llevó a concentrarse en su interior y buscar respuestas sobre el porqué de la existencia. Esta búsqueda casi lo lleva a ser cura, si no hubiese sido por la atinada aparición del amor en su vida. Luis casó y tuvo tres hijos, una hembra y dos varones, pero nunca abandonó su práctica y con el tiempo se convirtió en un filósofo de la vida, en algo así como un gurú campesino al que muchos acudían para contestarse sus preguntas sobre Dios, el principio y el final, el amor, o sobre la pelea de algún gallo, los celos o cuándo iba a llover. Años después, uno de los hijos de Manrique agradecería a Luis por haberlo introducido a las verdades de la vida y a su futura iluminación.

Américo, el menor en edad, porque en tamaño les llevaba casi una cabeza, se dedicó a arreglar cosas. Tal como lo hiciera su padre en los años mozos, su curiosidad y su sentido práctico para hacer que todo funcionara le sirvió de mucho, haciéndolo un maestro de la mecánica de todo cuanto el hombre ideara. Primero, maravillado con el milagro de la luz, empezó con el rudimentario sistema eléctrico que alumbraba la casa, desarmando sus interruptores y bombillas. Luego con las bombas de irrigación que Pancho tenía diseminadas por todo el campo, rebobinando sus masas cuando se fundían con simples alambres y mucha paciencia. Nada escapaba a su curiosidad e ingenio. Un día se detuvo el único abanico que había en la casa, el que estaba en la gran sala del medio y frente a la demanda de todos para que lo devolviera a la vida, porque no aguantaban el calor de ese insoportable verano, lo desarmó por completo, descubriendo casualmente un método de enfriamiento con hélices que no permitía que los motores de las bombas de agua se sobrecalentaran. Américo no se detuvo ahí. Cada artefacto que pasaba por sus manos tocaba el intelecto devorador y lo hacía activar. Llegó incluso a reparar la transmisión de un automóvil Ford que tenía un vecino de don Pancho y desde hacía meses no funcionaba. Su fama en reparar cosas se extendió por el barrio y luego por toda la ciudad, resolviendo problemas de toda índole, ya fueran mecánicos, hidráulicos o eléctricos. Pero fue gracias a su hermana Telma que encontró la verdadera pasión en su vida.

Telma se había volcado como nunca en la búsqueda del conocimiento. A falta de Manrique, su hermano preferido, que había regresado ausente de cualquier meta o proyecto alguno que ameritara su participación intelectual, se dedicó a leer y a escribir como si se fuesen a acabar los libros y la tinta. Desde que llegó a casa de Pancho y Mina hizo amistad de letras con el consumado escritor y ensayista Américo Lugo, quien era íntimo amigo de ellos desde que este decidiera establecer su domicilio en San Felipe y se quedara como huésped provisional en la casa de los Romero por recomendación de un amigo común.
Ya con su propia vivienda cerca del centro del pueblo, Américo Lugo, tocayo del menor de los varones de Elodia, del que decía era un genio inventor escondido tras la pinta de un simple campesino, seguía frecuentando la casa porque lo inspiraba y le calmaba el torbellino de ideas que revoloteaban en su cabeza constantemente, llevándolo a un estado de contemplación ideal para poder escribir. Américo Lugo era uno de los principales intelectuales del país y un crítico social de primera línea. En su obra como ensayista, poeta y cuentista y hasta como profesional en la materia del derecho, expresó un fuerte sentimiento patriótico que lo llevó a estar en la palestra de una selecta unión nacional de personajes políticos, civiles y militares que lucharon incansablemente por los derechos de la sociedad y en específico por los derechos como nación independiente frente a los acosos

intervencionistas de las grandes potencias.

Hasta ahora, Telma solo había experimentado la fuerza bruta de la creación intuitiva de su extraordinario cerebro, comiéndose las palabras y las páginas solo por saciarse, sin ningún sentido crítico. Fue don Américo quien le enseñó a pensar y canalizar esa interminable fuente de conocimiento que bullía dentro de ella. Así comenzó a leer tímida pero vorazmente cada uno de los libros que su mentor le llevara cada semana cuando visitaba la familia. Pero la angustia de esperar cinco días para volver a leer, porque nunca pasaba de dos para terminar los que podía traer en sus manos don Américo, acabó por llevarla a casa de él una tarde, donde engulló varios tomos de la biblioteca personal de su nuevo amigo en solo una noche.

Telma siguió visitando la casa de don Américo y continuó ensanchando las fronteras de su saber, leyendo todo tipo de literatura y conociendo así algunos ensayos y obras que la

introdujeron a las verdades de la filosofía, la ciencia y la ficción, poniéndola al tanto de cuanto había ocurrido en el incipiente mundo decimonónico contemporáneo, descubriendo un universo infinito que no conocía y tampoco imaginaba que existía. Así viajó por los océanos a bordo del Pequod y su amigo Ismael viviendo una odisea detrás de una ballena blanca, dio la vuelta al mundo en ochenta días, caminó incansablemente por las grandes planicies de la Mancha junto a un ingenioso caballero

errante y su servidor, lloró y rio con la desolación que produjo en ella Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga, conoció a Madame Bovary que a su vez le mostró el retrato de Dorian Gray, presenció los crímenes de la Rue Morgue, dio saltos dialécticos que la transportaron a tierras desconocidas, vivió el reinado del terror y luego se zambulló en la tempestad, se enamoró del príncipe feliz hasta que finalmente sufrió la metamorfosis que la convirtió en una erudita de las letras y la enseñanza. Una de esas tardes de tertulias literarias, don Américo llegó con un regalo para Telma, una máquina de escribir. Telma no pudo disimular su asombro ante tal invento mecánico capaz de imprimir mágicamente caracteres en el papel con solo el toque de los dedos, lo incorporó de inmediato como una herramienta imprescindible en su trabajo, sobre todo en la redacción de ensayos, cartas y en las interminables correcciones de los manuscritos de don Américo, que la había contratado como asistente personal y ya no le dejaba tiempo para sus propias creaciones. Para Américo (el de Elodia) que no entendía nada de letras, el descubrimiento fue prodigioso. Américo Quimera nunca se preocupó por la enseñanza básica que les transmitió Telma en su niñez a sus hermanos y a otros niños y adultos de la loma. En esos tiempos estaba ensimismado viendo el rutinario paseo de los astros por el cielo en las noches, las gomas de las carretas y alguna que otra bicicleta que llegó al pueblo con los forasteros. Aunque tenía una inteligencia fuera de lo común y su creatividad desbordada caía siempre en gracia

a la hora de resolver problemas, ya fueran mecánicos o hasta de simple lógica, Américo no se interesó por aprender de las letras. Sin embargo, su curiosidad iletrada no escapó a ese novedoso aparato reproductor de palabras y quedó deslumbrado al instante por su grandioso mecanismo, cuando Telma le enseñó a escribir por primera su nombre completo. A partir de ese momento dedicaría su vida al servicio de estos aparatos, su destreza para repararlos, incluso para construirlos, se hizo eco en todo el país.
110
***
Aunque la situación no estaba como en la loma, los hermanos Quimera sentían que las cosas se estaban enderezando. La casa de los abuelos les había devuelto poco a poco el sosiego de los años de felicidad junto a su padre y su madre. Hasta Mina, que se había pasado su vida en los afanes de la vida doméstica y luchando con la depresión de su marido, haciéndose callos en las manos con los que podía guayar la yuca para hacer el casabe, comenzaba a descansar y a dedicarle más tiempo a las cosas triviales. Ahora se le podía ver paseándose rejuvenecida por los pasillos de la casa, tarareando canciones románticas y guiñándole un ojo de vez en cuando a Pancho, que solo veía a través de los de Elodia.
Para Manrique, que había sido el último en llegar a la casa, no era lo mismo. En aquel abrazo que le diera Elodia cuando lo vio llegar después de la mudanza de la loma, recibió toda la amargura de los últimos cinco años de su madre y se sentía devastado, solo

y vacío. Nunca le había hecho tanta falta su padre. Nunca sus palabras o su abrazo. Nunca sus enseñanzas o su sonrisa cuando le tumbaba el pulso a Derecho y él lo aupaba orondo. Nunca sus ideas y sus sueños. Nunca le había dolido tanto su pecho, en el lado izquierdo, ahí donde le había nacido ese maldito pelo que lo había condenado a la desdicha.

—Ya quisiera arrancármelo de raíz, aunque me desprenda de tajo el corazón —le decía a su hermana Telma, cuando esta lo animaba a enderezarse.

Desde que llegó a la casa de los abuelos se la pasaba sentado en las raíces de la inmensa ceiba que daba sombra a todo el frente de la casa; la mirada perdida en el horizonte azulado del Atlántico, buscando el barco perdido de sus sueños. La misma mirada ausente de su Salvador cuando embarcó rumbo a esta isla, abandonando su madre y los sueños. Los sueños ilusos de un pueblo que quería ser libre.

Así se pasaba Manrique los días sentado en las raíces con el pecho retorcido, rumiando el pasado, buscando lo que no había, tratando de encontrar lo que se había terminado. Nadie se atrevía a perturbarlo porque conocían su temperamento irascible en momentos determinados y este era uno de ellos. La única

que podía acercarse a él era su hermana Telma, ya que su madre, aunque gozaba de la autoridad necesaria para hacerlo, no lo hacía porque ahora vivía infinitamente dentro de su concha.

Así pasó varios meses, sentado en sus raíces, peleando con su interior, con su destino, algunas veces con los ojos abiertos a la decepción, otras, cerrados a la dicha, y en otros, cuando recordaba los años de la loma junto a su padre, abiertos al alma, en completa calma, tranquilo, como si estuviera en paz.
Pancho intentó un día hablarle sobre un negocio en el muelle y tuvo que abandonar la idea antes de pronunciar la segunda palabra, cuando la mirada de Manrique chocó en sus ojos bonachones y casi lo convierten a él también en piedra. Durante esos meses Manrique solo se levantaba a dar del cuerpo. Dormía en una hamaca que había instalado entre la ceiba y un Mango y comía sin levantarse de sus raíces la comida que le llevaba Telma puntualmente tres veces al día.
Uno de esos días vio a su abuelo Desiderio caminado alrededor de él, lo reconoció por su mirada de fuego y por el sable español que llevaba en la cintura, pero no le habló. Desiderio siguió visitándolo día tras día, mirando fijamente al ya petrificado Manrique, dándole vueltas sobre sus raíces, sin mediar palabra.
El séptimo día, en una noche clara de luna llena se apareció montado en su caballo, se le acercó tanto que Manrique pudo ver una gota de sudor que bajaba por su frente hirviendo sobre la piel brasa, lo miró al centro de sus ojos y le dijo "el que se huyó, perdió". Manrique amaneció sentado en la gran ceiba, sus demonios internos lo habían dejado tranquilo esa noche y había podido descansar, aunque con los ojos abiertos. Cuando

el sol se asomó entre las ramas del generoso y solidario árbol, se sentía descansado y ligero. Una silueta de forma singular le llamó la atención en el mar. Al aguzar la mirada se dio cuenta de que se trataba de un barco, pero no uno cualquiera, este era un barco de guerra. Se levantó con dificultad por el tiempo que había permanecido sentado en las raíces de la ceiba y lo observó cuidadosamente. Era de proporciones increíbles, con grandes cañones a ambos costados y una gran torre en el centro. Decidió ir a verlo. Cruzó como un espíritu por el medio de la casa sin que nadie lo percibiera, salió a la calle que baja al pueblo y se dirigió al mar. Su caballo Veterano, que lo había acompañado todo el tiempo que estuvo en las raíces de la ceiba intentó seguirlo, pero

no pudo soltarse del amarre que le había hecho Manrique al tronco del árbol. Los ojos del animal lo siguieron con ansiedad como adivinando lo que le esperaba, hasta que desapareció y sus relinchos y pataleos no fueron suficientes para que alguien se diera cuenta de que Manrique había salido. Esta fue la primera y última vez que Manrique desoyó el llamado de su noble amigo.

Al caminar por las calles de San Felipe, Manrique notaba un extraño ambiente y aunque su ánimo no era el mejor de todos para evaluar la situación, podía darse cuenta de que algo no andaba bien. Los hombres y las mujeres caminaban más aprisa de lo normal, los establecimientos estaban abarrotados de compradores nerviosos; en una esquina un grupo de hombres

discutía acaloradamente. Las diligencias y los pocos automóviles estaban atiborrados de cargas y maletas de viaje, en lo que parecía un éxodo masivo de los pobladores de San Felipe hacia otro lugar que él no sabía cuál era ni por qué. Más abajo, cerca de la calle del mar, la presencia de la guardia nacional le daba un toque represivo al paisaje marino y justo en frente vio aquel inmenso acorazado, poderosamente artillado, apuntando a las costas bañadas por el intenso azul del mar de esa mañana de mayo. Un silencio obligado inundaba la calle del mar y hacía resaltar con sonoridad uno que otro "fuera los yanquis". Otra vez, como en los tiempos de su abuelo Desiderio, el país estaba intervenido por los norteamericanos, para "salvaguardar la vida de ciudadanos de su país", en medio de una crisis de gobierno que se debatía entre rojos y azules.

En una esquina, Manrique observó un grupo de gente vestida de negro, agarrados de la mano formando un círculo, rezando o maldiciendo, no podía darse cuenta. En el centro un hombre les hablaba en tono bajo y secreto. Manrique se acercó para averiguar si hablaban sobre lo que estaba ocurriendo en el pueblo. Ya cerca del grupo, el hombrecito que estaba en el centro, se detuvo y lo miró, dio un salto hacia atrás y se puso las manos en la boca como tapándose la lengua de serpiente que quería salírsele por entre los labios. Luego recobró el aliento y la compostura, se abrió paso entre sus seguidores, se detuvo a algunos metros de Manrique, como si se tratara de algún animal feroz, lo miró de arriba abajo,

con ojos suspicaces (o rapaces), resopló por la superlativa nariz de chisme como un perro cuando algo le hiede, y luego, con ademán de señor absoluto, hizo que le abrieran un espacio en el cerrado círculo. Manrique entró sin prestarle mucha atención a

su teatro y permaneció allí ajenamente, a ver qué decía. Este miró hacia arriba, hacia el cielo, luego hacia abajo (hacia la tierra), la señaló y habló con dotes de profeta.

—Mírenla bien, porque es la última vez que la verán debajo de ustedes. Falta poco para que la vean por encima de sus cabezas y sus huellas desaparezcan de la faz de la tierra. La tierra que los vio nacer, se los va a tragar para siempre. Oigan lo que les digo, "el fin se acerca".

Ellos (los gringos) —señalando el acorazado en el mar— no son los culpables, somos nosotros mismos.

El viejo Antero, ahora con más arrugas en la frente que una tayota madura, más encorvado que nunca, con el mismo atuendo de luto y mucho más lleno de amargura, le hablaba a un grupo de zombis que seguían sus palabras con los ojos a media asta, inmersos en una especie de catarsis luctuosa. Aunque no había cambiado su aspecto de sombra de hombre, ahora parecía más lúgubre y acabado. Pero no era la edad que lo hacía verse más viejo, sino su mirada aún más pesimista y vacía de amor.

***

Luego que abandonara su hogar veinte años atrás, cuando

las mujeres del pueblo en boca de doña Casilda le cantaron su ave maría, Antero llegó a San Felipe y se estableció en él desde entonces. Al igual que Manrique, quedó perplejo ante las maravillas de esa ciudad cosmopolita y de igual manera que él, la consideró maldita, más que su hogar. Pero para Antero esto era un buen signo. Allá donde hubiera condena él encajaba a la medida y podía desplegar sus alas a todas sus anchas para anidar en el corazón de todo hombre o mujer que quisiera seguirlo.
San Felipe era para Antero un oasis de perdición como no había conocido, sin grandes enemigos (como en la loma), donde podía reunir su rebaño de nuevo y mostrarles el verdadero camino: el principio del fin.
Los primeros días fueron difíciles. Como el fin justifica los medios, Antero tuvo que mendigar. Realmente nunca pidió, por lo menos literalmente. Su aspecto lo hacía por él. Su cara de hombre muerto y su cuerpo mitigado por la pena, que lo asemejaba a una tortuga centenaria por una repugnante bola

de carne que le había crecido en la espalda y lo hacía caminar jorobado, lo hacía el más verosímil de todos los mendigos. Solo tenía que sentarse en una esquina o pararse al descuido cerca de alguna calle concurrida y la gente, por el simple hecho de verle, le arrojaba un par de monedas. Pero él no las tomaba del suelo hasta que no hubiera una buena cantidad y por supuesto, nadie estuviera cerca para atestiguar su maltrecha dignidad, además

cuando lo hacía dejaba alguna en el suelo para algunos mendigos rémoras que se habían dado cuenta del éxito comercial de la nueva competencia; esto no lo hacía por solidaridad con sus compañeros de labor, sino por orgullo.

Antero nunca se rebajó a pedir a mano tendida, hubiera preferido la muerte. Esta actividad constituía solo un medio para sus verdaderos fines. Un día, sentado en un banco del parque central, haciendo un sombrero de plumas de chinchilín, de los que usaba en la loma, alguien que pasó cerca le ofreció comprárselo por una sustanciosa suma que él fue incapaz de rechazar, llevando a cabo de esa manera su primer negocio negro en San Felipe.

—Recuérdese que el fin se acerca —llegó a decir, ante la mirada inadvertida de su primer cliente cautivo.

Poco tiempo después, cuando Loma de la Bestia comenzó a boyar en abundancia, uno de los nuevos en el pueblo se empecinó con su propiedad y sin mucho esfuerzo lo contactó en San Felipe para proponerle el negocio. Aprovechándose de la plusvalía que había tomado su propiedad, porque en esos días la tierra en la loma se pesaba en oro, Antero le propuso una suma irrisoria pensando que éste no aceptaría. Pero sí aceptó, y con ese dinero empezó su negocio.

En los días en que Manrique llegó a San Felipe, Antero era propietario de una de las funerarias más conocidas del pueblo, su admiración por todo lo muerto de esperanzas lo había llevado

a crear una pequeña empresa que nadie hubiera imaginado que tendría tantos clientes cautivos. Y todo por sus oscuros sentimientos.

Su obcecación por lo negro le había dado la idea de fabricar ataúdes laqueados del mismo color, poniendo de moda un delicado detalle en esa ocasión tan especial de sus clientes. Hasta ese momento los ataúdes que se utilizaban eran de madera cepillada y los que más, pulidos con el color de la madera natural

y sin muchos detalles, al fin y al cabo, como es natural, no se iba a necesitar para nada en este último viaje de los usuarios. Sin embargo, los de la "Funeraria El Destino", como se llamaba el próspero negocio de Antero, eran tan negros como la noche; además vestían de un negro solemne al invitado especial, ya que según el artista de la muerte, no había mejor momento que este para lucir las mejores galas. Pero más que despedir al muerto, Antero le daba la bienvenida a la muerte, preparándole un recibimiento inolvidable para cada ocasión. Eran fiestas mortuorias en donde la gente no sabía si festejaba o lloraba la muerte de sus seres queridos. El negro lo abarcaba todo, empezando por el ataúd; los príncipes negros que engalanaban los lastimosos llantos y ayes, eran encargados especialmente para la ocasión a Pancho. El ataúd se velaba en una recámara completamente oscura iluminada con velas largas de cera negra que ahuyentaban las falsas esperanzas. Nadie podía asistir a los

velorios de la Funeraria El Destino vestido de otro color que no fuera el negro. El blanco estaba prohibido. Antero les decía a sus clientes, que, aparte de ser un color sobrio y elegante para la ocasión, creía que el dominio de los espíritus era la oscuridad y que de esta forma los asistentes al velorio se disfrazaban de fantasmas y no permitían el reconocimiento y la posesión del muerto en cuerpos nuevos. De esta forma el difunto quedaba bien muerto y bien enterrado.

En medio de toda esta parafernalia sombría y carente de luz, Antero se paseaba envanecido entre los dolientes y de vez en cuando le decía a alguno, no en voz baja y al oído como se acostumbraba a dar el pésame, sino como si se tratara del comentario de un profesor a alguno de sus mejores estudiantes: "el fin de todos nosotros está a la vuelta de la esquina y no hay nada que podamos hacer para detenerlo. Así que no te llores a ti mismo".

Los clientes creían que la pasión de Antero en el trabajo provenía de una vocación por el servicio y por la solidaridad con los necesitados, sin darse cuenta que él solo rendía culto a su único dios, el escepticismo.

Estos funerales constituyeron una innovación en las exequias de entonces, ya que los cuerpos se velaban en las casas de los dolientes o en alguna carpa improvisada para tales fines, sin más adornos que las lágrimas y las expresiones de dolor y pena de los

dolientes. Así fue haciéndose de una clientela fiel y selecta que lo apoyaba en todo. Era tal la lealtad de sus clientes que incluso llegaban a reservar hasta con un año de anticipación su mortuorio, incluyendo un majestuoso ataúd del más negro, un arreglo de príncipes negros y un juego de mantelería completamente negro, no importaba que tan sanos o jóvenes fueran, conformes a lo que él llamaba "expectativa de muerte", que según él traía de vuelta a la realidad a los vivos y los preparaba para afrontar el fin de todos.

***

Manrique había llegado en el momento y lugar equivocados. Su fragilidad emocional no le permitía hacer juicios y mucho menos defenderse ante ninguna ofensiva, por menos inteligente que esta fuera. A pesar de que las palabras de su abuelo Desiderio le habían infundido cierto valor para abandonar sus interminables cavilaciones, se sentía débil e incapaz, y los recuerdos de su padre y la felicidad interminable junto a su familia en el desaparecido reinado de la loma, le perseguían constantemente sin permitirle enrumbar sus pensamientos hacia un objetivo específico, como lo habían hecho sus hermanos y hasta su madre, que, aunque vivía ajena de la realidad, había vuelto a la vida. Así lo demostró el día que tuvo que abandonar su casa y rescatar a Veterano que se hallaba perdido en su propio mundo de melancolía; para ese tiempo ya estaba entregado a la pena, vuelto una viruta sin rumbo, un Sansón con la melena cercenada, sin poderes y

sin ganas de vivir. Ese día tuvo que recurrir a la reserva de sus fuerzas, sin cabellera, sin ánimo, casi sin vida, solo con el instinto y la determinación de salvar el único enlace con ese mundo de fantasías que ahora se estaba desmoronando frente a sus ojos, esas riendas que lo unían con su padre.

En San Felipe no fue distinto, aquí también se sentía exhausto y desvalido; ausente de todo ánimo e inmerso en una profunda depresión que no le dejaba sacar la nariz. A pesar de su fuerza, Manrique se había convertido en un niñito perdido en la gran ciudad, incapaz de cuidarse a sí mismo y mucho menos de advertir el peligro frente a él.

Sin darse cuenta, Manrique se encontraba en medio de una procesión con Antero y sus discípulos que marchaba silenciosa hacia un lugar desconocido. Después de abandonar la calle del mar y los tumultos y protestas que se habían generalizado en todo el país a consecuencia de la intervención, subieron por una de las callejuelas perpendiculares en el lado oeste del pueblo y llegaron a la funeraria El Destino. Ese día no había servicio, sin embargo, Antero intuía que en poco tiempo no daría abasto para la cantidad de almas en necesidad de ser veladas. Un oscuro presentimiento le decía que la intervención de los yanquis traería mucho negocio.

El negocio de Antero, que no dejaba de crecer desde que abriera sus puertas, no era ya la principal preocupación de su

dueño. La Funeraria El Destino era una marca registrada para los fines de muerte y contaba con un mercado cautivo que prefería sus servicios personalizados, con proyecciones de seguir creciendo verticalmente y continuar captando otros blancos de público aún más exigentes y tradicionales. El negocio caminaba solo. Antero aprovechó esta plataforma mercadológica, utilizando su oscura influencia y relaciones dependientes del dolor ajeno y comenzó a formar adeptos a sus principios dando forma a una especie de secta secreta que contaba con los más cercanos clientes y allegados. Por fin daba formalidad a sus principios. Por fin le devolvía el favor a su madre cuando le abrió los ojos a la realidad de las cosas con aquellas proféticas palabras. Su exilio no sería en vano.

Esta logia agrupaba a todo tipo de gente de la sociedad sanfelipeña. Primero comenzó con esporádicas reuniones que Antero improvisaba al terminar algún servicio, platicándoles sobre las verdades de la vida y por supuesto la muerte. Luego se celebraban cada domingo de cada final de mes, donde se aprovechaba la ocasión para un brindis de vino de grosellas negras, y algunas oraciones. Y finalmente, cada domingo, a las nueve de la noche, la misa reglamentaria con vestimenta negra y un instructivo sagrado de oraciones litúrgicas que Antero había escrito para cada uno de los participantes y se cantaba como un ave maría gregoriano en medio de una oscura capilla subterránea que se había confeccionado para tales fines debajo de la recámara

del velatorio.

118

Para los tiempos en que Manrique y su familia llegaron a San Felipe, Antero había conformado todo un ministerio que contaba con más de ciento cincuenta adeptos. Solo le faltaba constituirla y darla a conocer públicamente, situación absolutamente imposible por el carácter subversivo que representaba ante los intereses tradicionales y sagrados de la poderosa y dominante religión católica, en específico los concernientes a la resurrección y la divina trinidad, y en general por su contradicción con los cánones que regían la moral de la esperanzada sociedad en la que vivía. Por eso la mantenía al margen de ciertas personalidades, como una secta, secreta y exclusiva, obligándolo a pasar por el cedazo aquellas personas que él consideraba aptas para su membresía.

Luego de una minuciosa investigación y de agotar un extenso manual de selección de adeptos, además de innumerables entrevistas, Antero había conformado su primer pelotón de soldados negros. Así fueron entrando al exclusivo círculo, en una total discreción, profesionales, políticos, amas de casa, padres de familia, adolescentes y hasta mendigos; a uno de ellos, un malhablado tuerto y hediondo, Manrique lo recordaría de su encuentro en el muelle cuando recién llegaba a San Felipe.

Así pues, estos mansos corderos se habían unido al llamado de caos que Antero había lanzado al mundo, entregándose en

cuerpo y alma a una feligresía activa que trabajaba secretamente, socavando con la premeditación ciega de las termitas, con alevosía y acechanza, desde abajo, los cimientos de una sociedad ya malograda.

Esta actividad en la que estaban inmersos desde hacía unos meses los decididos feligreses de la congregación, representaba la culminación del "evangelio" de Antero, su mayor legado, su salvación. Esto era algo así como el llamado evangélico de los cristianos cuando afirman "Arrepiéntete hermano, Cristo viene ya". La trascendencia de esta misión era indiscutible. Y justo en este momento había llegado Manrique sin su instinto y sin su conciencia.

Antero no era el mismo hombre confuso y aislado de antes.

A sus casi sesenta años, Antero había logrado una independencia económica envidiable, que le brindó a su vez un estatus social privilegiado dentro de la sociedad San Felipeña. En ese sentido, el caballero negro (aunque maltrecho y jorobado) era un hombre

con cierta influencia que se dejaba oír y sentir, sobre todo en los asuntos de vida o muerte. Así, a través de los años, se había auto esculpido en un ser atrayente, circunspecto y malévolo, que nunca pasaba desapercibido y que además, lo más importante, manejaba con una agudeza freudiana la psiquis humana, influyendo con sus ojos de ajíes picantes y lengua de víbora venenosa en cualquier persona que se topara, aunque fuera

momentáneamente. Y justo a las fauces de ese ser fue a parar Manrique sin su instinto y su conciencia.

121

CAPÍTULO 8

La funeraria de Antero

Gabriel recobra la memoria

Cuando Manrique llegó a la funeraria, lo hizo de la mano de Antero, que nunca lo soltó desde que abandonaron la calle del mar, llevándolo con la ternura que una perra lleva a su cachorro en la boca cuando lo muda de sitio. Así llegó Manrique, sin objetar nada, sin ninguna resistencia, sin siquiera preguntar hacia dónde iba.

Cuando entraron a la funeraria, bajaron en seguida por una estrecha escalinata de tierra ubicada en uno de los costados de la recámara del velatorio que conducía a la capilla sagrada. Una vez ahí, un grupo de cinco o seis personas abrió los brazos para darle la bienvenida a Antero y su nuevo cordero. Antero lo dejó en las expertas manos de estos lavadores de espíritus, que lo sentaron en una especie de Tótem donde lo acomodaron en dirección al altar, poniéndole un paño negro por encima de los hombros. Antero se puso un hábito rojo que en vez de una cruz tenía un ojo abierto en el centro para mantener la muerte lejos de él. Antero honraba a la muerte y la solemnizaba con la devoción y el respeto obligado que se le concede a un tirano. Por encima del hábito se vistió con la casulla negra para confirmar su fiel compromiso

y su preeminencia por encima de los demás mortales, se quitó los minúsculos zapatos que tenía y se puso unos coturnos negros que lo hacían ver aún más elevado, inasequible, y se dirigió al sagrario de madera también laqueado de negro donde guardaba todos sus mobiliarios litúrgicos; sacó una imitación de acetre y lo colocó encima del altar, luego levantó la custodia con el ojo en el centro, la puso en el suelo y prendió el incensario. Señorialmente, se acercó a Manrique profiriendo unas palabras

que no se entendían y haciendo danzar sobre sus cadenillas el pequeño tizón encendido, lo bañó con un humo amargo y seco por todo el cuerpo que lo dejó más confuso de lo que estaba. Se colocó delante del altar, tomó el acetre y con un hisopo salpicó a Manrique de un agua oscura y pesada, profiriendo las palabras de lugar:

"Destino, ya sabes que el fin se acerca, dame la potestad sobre este hombre para prepararlo en este momento y para siempre"

Manrique había sido bautizado de nuevo.

Después de algunas oraciones, movieron el trono donde acostumbra sentarse Antero en las misas, después del sermón único, mientras los devotos hacen agonizar sus voces con los coros litúrgicos, y desentrañaron un pasadizo de algunos metros que luego se bifurcaba en dos más y esos dos en cuatro. Los túneles estaban apuntalados por palos macizos de piñón en los puntos principales de carga y a veces era difícil caminar entre ellos, sin

embargo, la estructura se veía fuerte y bien equilibrada. Parecía que la había concebido un conocedor del mundo subterráneo.
Al llegar al final de aquella réplica de catacumba, un grupo de hombres y algunas mujeres trabajaban arduamente. Antero llegó con Manrique y sus fieles servidores y luego de escudriñar meticulosamente el reciente tramo del pasadizo, movió la cabeza en señal de aprobación y dijo:
Muy pronto entenderán hijos míos lo que "el destino" nos guarda. Solo los despiertos serán salvos.
En seguida presentó a Manrique como su nuevo discípulo, mostrando sus bíceps y diciendo:
—Aquí les traigo al hijo de un amigo, creo que van a necesitar de su ayuda.
Y entonces, viendo a Manrique con sus ojos de ajíes picantes, le tomó el brazo y poniéndole un pico en sus manos, dijo:
—Hijo mío, sé que caminabas perdido en un sueño sin sentido al igual que tu... como tu alma —vaciló —pero ahora has encontrado el camino. Espero no me decepciones.
Y salió de la cueva militarmente.
Sin que nadie le dijera, Manrique levantó el pico y comenzó a cavar. Su mente estaba vacía y en cada picazo trataba de llenarla con la tierra roja y arcillosa que se acumulaba por montones.
Los demás pudieron notar la cantidad de tierra y rocas que salía de cada movimiento de sus brazos y hasta se sintieron satisfechos

por ese día con la labor que habían hecho, pensando que el novato traía fuerzas nuevas y podría terminar fácilmente la faena. Antes de marcharse a su apartamento, un pequeño estudio que había construido encima de la funeraria, Antero dejó las instrucciones al vigilante para que le preparara una hamaca al nuevo invitado en el área del velatorio. Antero no sabía que la familia Quimera había llegado a la casa de los abuelos, pero se había enterado gozosamente del derrumbe de la vieja loma (un sitio que nunca reconoció como su hogar, quizá solo en pesadillas) y suponía que la aparición de Manrique por esos predios se debía a eso. Por eso quería asegurarse que Manrique no saliera de los recintos de su fortaleza antes de constatar sus presunciones. Manrique representaba, además, la revancha de un viejo conflicto, uno que lo había estampado para siempre en la persona de un Salvador, que a fin de cuentas no había salvado a nadie y que por el contrario le había legado una camada de hombres y mujeres desechos, en especial uno con más fuerza que un toro, que de ahora en adelante podía servirle como su mano derecha en la consecución de sus planes.

De esta manera, Manrique comenzó a asistir a las misas regularmente los domingos en la noche y a dedicarse en cuerpo y alma a la construcción de las catacumbas. Pero siempre bajo tierra, nunca pasó de la puerta de la capilla. Pasarían casi dos meses para que Manrique volviera a ver la luz del día. Sus hermanos de la iglesia, ahora no pensaban en él como un novato

con fuerzas nuevas, sino en una mole devoradora de piedras y tierra, incansable y poderosa. Tuvieron que mandar a hacer un pico especial de acero, incluyendo el mango, porque ninguno de los picos de madera que le traían duraba más de una hora, ni siquiera los que le hacían con el mango de madera de cola, que supuestamente eran irrompibles. Así vieron cómo su fuerza descomunal se abría paso entre la pared rocosa y extendía los dominios oscuros de aquel refugio cataclísmico de Antero. Este lo aupaba en sus logros y lo acercaba cada vez más a su anillo palaciego, haciendo de él el monaguillo perfecto de noche y el obrero más vigoroso de día, uno que al igual que su padre casi no dormía y se entregaba al trabajo como si fuera el último instante de su vida.

Pasaron los días oscuros con sus noches claras y Manrique iba perdiendo la realidad de las cosas. Fue perdiendo el sentido

de la vida en la superficie, de sus alegrías, de sus penas, de sus recuerdos. Ahora estaba inmerso en un mundo, o submundo oscuro que lo hacía creerse útil. Poco a poco fue sustituyendo las imágenes borrosas del pasado, por la realidad de las catacumbas, su familia por los devotos compañeros, sus decepciones y fracasos, por la meta de llegar un poco más lejos, cada día, cada hora, en los túneles de su conciencia, de sus desengaños, con la promesa de vida eterna de Antero. Aunque un poco maltrecho, su otro padre de carne y hueso.

Manrique llegó incluso a sentir que la molestia en su pecho había desaparecido o por lo menos no ardía como cuando salió de la loma o estuvo sentado en las raíces de la ceiba. Casi estaba acostumbrado a esta vida de topo, a su trabajo en los túneles, a las enseñanzas de Antero, a su misión como ayudante personal en las misas, a las oraciones. Al principio no las entendía y tenía que recurrir a la mímica para representarlas y no quedar mal parado. Cuando las aprendió, las repetía maquinalmente sin ningún sentido de lo que hacía, solo para cumplir con el servicio. Luego, sin darse cuenta, comenzó a notar ciertas similitudes entre estas oraciones y las que le había enseñado su madre y en poco tiempo se vio rezándolas con un tipo de fervor tímido, como cuando rezaba un avemaría en la loma, los domingos de misa cristiana, aunque en esos tiempos tampoco comprendía el significado de éstas.

Antero estaba orgulloso de su nuevo cordero. De hecho, no era un cordero; para Antero, Manrique era todo el rebaño, era como si en él reivindicara las luchas perdidas en la loma y volviera a tomar control sobre todos los "salvadores" del mundo. Como no sabía cuándo era de día o de noche, Manrique trabajaba en las catacumbas tanto de día como de noche, excepto los domingos o los otros días o noches, cuando Antero lo sacaba a fuerza de sus palabras a la capilla para continuar su lavado de espíritu. Su vida transcurría en un devenir de picos y piedras, sermones y oraciones sin la más mínima necesidad de la luz. De

vez en cuando subía a dormir un par de horas, como lo hacía su padre, en la hamaca, lo único que ésta, lejos de estar anclada ente dos grandes postes por encima de la espesa cama verde de árboles, allá arriba, muy por encima de la tierra, estaba enterrada en sus recuerdos, en un rincón que Antero le hiciera preparar en la oscura sala del velatorio. Y a diferencia de cuando él o su padre dormían en ella, nunca soñó. A excepción de esa tarde.

125

En una de esas escasas horas que dormía en la hamaca, en la recámara del velatorio, soñó con su caballo Veterano tratando de abrir los portones de la finca de la propiedad de Loma de la Bestia, aquellas que hiciera su padre para nunca más cerrarlas y vio cómo la sangre salía a borbotones por la frente del animal encendiendo aún más su crin de candela, desbordándose por la calle empedrada del pueblo y llegando hasta el pozo, desde donde salía a chorros expelida hacia el cielo para caer convertida en tierra roja. Ese día no quiso trabajar en las catacumbas y Antero, que conocía a Manrique y a los hombres como él y su padre más que a ellos mismos, intuyendo que alguna sombra del pasado le había espantado el ánimo, lo llevó a la preparación del cadáver de un hombre joven que había muerto en uno de los episodios de la guerra de guerrillas que ya se había organizado en contra de los norteamericanos.

***

Luego de la independencia, la sed de poder de los principales

políticos y militares abrumaba la recién creada nación. En menos de veinte años se sucedieron no menos de diez gobiernos, entre legítimos y no legítimos, que jugaban al azar con el destino del pueblo, con la animosidad de un jugador de ajedrez por ganar la copa del caribe, de Latinoamérica, o por qué no, del mundo. Rojos y azules, bolos y coludos, patas prietas y patas blancas se peleaban por el mando en un país inestable que recién se había independizado y formado su primera república. Dictadores, caudillos y jefes militares se alternaban las jugadas maestras, en un juego que había esperado casi cuatrocientos años. Ya era el turno de ellos y no iban a desaprovechar la oportunidad de asestar por lo menos un jaque. ¿Pero a qué o a quién?

Ese muchacho que había muerto y que ahora yacía inerte en la mesa de preparación de la funeraria de Antero, su rostro enmudecido con los ojos mirando hacia arriba como si esperara algo del cielo, era precisamente otro hijo de la incipiente patria libre que defendió hasta el último momento sus ideales. Él fue uno de los que no quisieron barrer las calles y tirar por el suelo su honor... de los que quisieron sacar a pedradas, palos o machetazos a los norteamericanos... de los que no se vistieron

de rojo o azul, con cola o sin cola, con las patas blancas o las patas prietas, pero bien o mal, defendió con sangre de todos los colores el destino de su país y entendió que en este tablero de juegos no se permitían jugadores internacionales porque era un

juego local.
Cuando Antero llevó al confundido Manrique junto al cadáver, éste se paralizó como el muerto y no quiso avanzar. Antero entonces lo tomó del brazo, así como engarzan las damas los brazos de sus caballeros, y acercándolo suavemente a la mesa puso su mano en la del muchacho ensangrentado.
—No te resistas, Manrique, así es la vida. Unos mueren de enfermedades, otros de pena, otros de amor y otros como él, mueren por honor. Pero todos moriremos. Ese es el verdadero sentido de la vida. Lo malo es morirse sin ninguna esperanza.
Manrique, con los ojos más espantados que los del muerto, no pronunció palabra, casi no respiraba para no interrumpir la paz del difunto. Y mientras Antero tomaba un paño blanco y comenzaba a limpiar el cadáver (porque no delegaba esta función en nadie) siguió diciendo:
—Solo aquellos que podamos congeniarnos con la muerte podremos sobrevivirla. Por eso estás aquí. Por eso has llegado a mí. Por eso estás construyendo el futuro de todos nosotros en esos túneles que estás cavando.
La sangre chorreaba por los costados del muchacho y caía en una mezcla rosada con agua en decenas de arroyuelos que fluían por el canal de la meseta de cemento y desembocaban en una gran tinaja que Antero usaba para regar las rosas rojas del jardín de la entrada. Las más rojas del pueblo. Incluso más que las de Pancho. Nunca faltó alguien que cuestionara el origen

de su inconfundible color. En uno de esos velorios concurridos, el descubrimiento salió caro. A una doliente del muerto se le ocurrió cortar una de las rosas para honrarlo, solo para caer desmayada cuando notó que del tallo de la flor no manaba savia blanca y transparente, sino un líquido espeso rojo vivo que no dejaba de salir y chorrearse entre sus manos. Ese día en vez de un velorio hubo dos.

—Ya me has oído decir que el fin se acerca y este cuerpo es otra muestra más de ello. Cada vez estamos más cerca y nadie podrá evitarlo a menos que se congenie con la muerte.

Ahora parecía que el muchacho estaba durmiendo, su piel morena, limpia y suave no mostraba signos de violencia física; ni siquiera por el hoyo simétrico que lucía en el mismo medio del pecho, que parecía otro ombligo abierto a la vida, activo, en medio de la serenidad del resto del cuerpo. Manrique lo miraba y aunque sentía cierta incomodidad frente a él, sentía que lo conocía. No con el conocimiento de cuando se conoce a alguien cercano, como un familiar, un amigo o algo así, éste era un sentimiento diferente; era más bien una afinidad, una relación invisible de antaño con la que compartía los mismos intereses y las mismas desilusiones. Manrique no podía evitar sentirse identificado con el muerto. A veces, cuando desviaba la mirada de él para no reforzar las palabras de Antero, sentía que lo miraban, con la misma agudeza con que su propia imagen

le devolvía la mirada en el espejo, tratando de decirle que lo conocía, que eran iguales, que la vida no tenía sentido, que su mundo de quimeras se había retorcido como el rabo de un puerco. Era como si fueran almas gemelas y sentía el mismo hoyo abierto en su pecho, con el vértigo de un vacío insondable que le carcomía el alma.

Antero nunca necesitó de polvo y algodón para maquillar a sus muertos. Sus dedos petisecos parecían arreglar cualquier desperfecto en los cuerpos con tocarlos, como un Midas de la muerte. Agua, aguja e hilo era todo lo que necesitaba para coser las heridas y dejarlos con una expresión invariablemente infeliz, pero sin dolor.

—Nadie podrá sobrevivir a la muerte sino se acerca a ella y la valora y la ensalza. Por eso estás aquí Manrique. Para cuando llegue ese momento. Solo aquellos que hayamos fraternizado con ella podremos salvarnos del holocausto final, del gran juicio, cuando venga a borrar de la faz de la tierra a todos los que crean estar por encima de su poder.

Mientras Antero decía estas palabras, proseguía con una meticulosidad infinita el proceso de separación final del cuerpo y el alma, con una rigurosidad milimétrica que no escapaba a ningún detalle para dejar al muerto vestido de gala. La muerte hermafrodita, como le llamaba, porque en ella se evidenciaba la comunión perfecta de lo femenino y lo masculino, lo bello y lo feo, el Ying y el Yang.

—El fin se acerca, y cuando llegue, todo aquel que pise el suelo será devuelto a sus profundidades por debajo de él. Solo aquellos que nos hayamos hecho construir una morada en las profundidades terrenales, por debajo de la sucia humanidad, sobreviviremos a la hora final y podremos devolver el tiempo y vivir en el centro mismo del Jardín de las Delicias. En el caso de los muertos, muertos están. Por eso se los preparo a la muerte de la mejor forma, para que por lo menos tengan dignidad a la hora de encontrarse con ella. Ahora ya sabes para que estás aquí, ahora ya sabes que estás cavando el futuro de los nuevos pobladores del mundo, de los que estamos realmente vivos.

Cuando dijo esto, el muerto movió la mano que Manrique todavía sostenía, provocando que éste la soltara de repente y de un salto se hiciera a un lado de la mesa, cayendo en sí nuevamente, con el sobresalto de quien despierta de una pesadilla que se repite todas las noches desde pequeño y no se puede evitar.

—Fue solo un reflejo muscular, de los últimos que le quedan. Quizá le hubiera servido de algo en vida, antes que la bala atravesara su corazón, pero ya no le sirve de nada. No temas, que este está bien muerto.

Pero las palabras de Antero no parecieron calmar a Manrique que miraba nervioso a su alrededor, como si ahora tomara conciencia de que estaba allí.

Entonces salió en paso firme hacia la salida, Antero detrás,

casi suplicando que no abandonara el recinto y cuando éste se le interpuso en el camino, a sabiendas de que su verbo hipnótico no ayudaría para nada en este momento, Manrique lo miró con esa mirada de fuego heredada y le dijo:

—Voy a saber de mi familia.

Cuando salió por la entrada principal, justo por donde había entrado unos meses antes, la luz del día lo deslumbró y casi se cae mareado al piso. Hacía mucho tiempo que no veía la claridad, o que no veía con claridad, y todavía un poco cegado por el resplandor se perdió en el desolado y triste paisaje de las calles de San Felipe, entre los uniformes de marines que se paseaban sin vergüenza con los fusiles máuser y las botas con puntas de acero. Antero sabía que lo había perdido. Así como años antes había perdido a su padre.

129

***

Luego de cuatro años, recobré la memoria. Recién acababa de cumplir los dieciocho.

Gracias al apoyo incondicional de doña Nieves, de sus enseñanzas y de su amor infinito, me convertí en todo un hombre. Por suerte, con la amnesia no perdí los conocimientos que había adquirido tanto en mi educación empírica, como en la escolar. En los años que permanecí en el hogar de doña Nieves estudié en un colegio privado al que entré con una beca completa que ella diligenció y leí como nunca. La lectura me fascinaba, pero

cuando estaba inspirado, cuando las archifamosas musas me visitaban, escribía, escribía sobre cualquier cosa; escribía sobre cosas cotidianas, sobre personas, sobre los chicos del hogar de doña Nieves, sobre mí, sobre la vida, sobre la inmortalidad del cangrejo o sobre topos en la luna, en fin, escribía lo que se me ocurriese y tenía montones de papeles que lo atestiguaban. Lo hacía por reflejo, como si lo hubiese hecho por mucho tiempo (en realidad lo hacía desde que vivía en las calles, o mejor aún, desde que viví en el orfanato, pero yo no lo recordaba) y cuando lo hacía me sentía más libre que nunca.

Durante todos esos años experimenté un extraño bienestar, y digo extraño porque no lo sentía verdaderamente mío, era como si lo que estuviera viviendo le perteneciera a otra persona. Pero de todas formas me sentía relativamente bien y no quería estropearlo. Así que me deje embeber por los cuidados de la santa de doña Nieves, de su cálido hogar, del relajante perfume a madera de caoba centenaria de los muebles, de su orden, de su comida caliente, de sus camas arregladas, de los demás muchachos, de toda mi nueva cuarta vida. De esa manera me dediqué en cuerpo y alma a los estudios, sobresalí en ellos y al terminar el bachillerato obtuve una beca de licenciatura en letras para una de las mejores universidades privadas de la ciudad, que ahora sin prejuicio sobre la clase alta, acepté.

Escogí esta carrera por amor al arte, pero creo que también por la idea de poder escribir sobre la realidad de los niños sin

familia. Ahora que lo recuerdo, soñaba con hacer libros para niños donde la fantasía se hacía realidad y los niños podían volar como los personajes de las historias que leían. En esos sueños recurrentes yo también volaba.

Fue uno de los mejores momentos de mi vida, de la que creía era mi única vida. Por lo menos así lo pensaba. Pero como siempre, algo inesperado cambió mis planes y mi futuro.

Ese sábado me levanté con un irrefrenable deseo de escribir. Me dirigí como un autómata al pequeño escritorio frente a la ventana, tomé un lapicero y comencé a escribir sin pensar. Las palabras me salían sin ningún esfuerzo, escribía como si alguien dentro de mí estuviera dictándome y que yo plasmaba en el papel. Alguien que conocía profundamente pero que no recordaba. Llené varias páginas sin parar, sin levantar la mirada del papel, excepto en algunos momentos cuando mis ojos se perdían en los techos de la catedral de la ciudad colonial que se divisaba por la ventana de mi habitación mientras mi mano derecha seguía escribiendo indefectible el destino de aquella mañana. De repente no más palabras, la voz interior se había callado y mi mano también. Como salido de un trance, hojeé por primera vez lo que había salido de mi estado meditativo y fue cuando sentí un corrientazo en la parte izquierda de mi cabeza. Entonces perdí el sentido.

Las páginas en cuestión, unas cinco o seis, describían a un enorme perro negro y su afán por proteger a un niño que era su

mejor amigo de unos demonios que querían llevárselo al infierno. El nombre del perro estaba escrito al final de la última página. Bucanero.

Luego de cuatro años había recobrado la memoria.

Cuando volví en mí bajo los efluvios del agua de Bay Rum de doña Nieves lo había recordado todo. De hecho, me desperté gritando "cuidado Bucanero" y cubriéndome la cara de algo. Doña Nieves trataba de calmarme diciéndome que todo aquello había sido una pesadilla, pero ya era tarde, ocurrió lo que la pobre doña Nieves siempre temió: que recordara mi última vida. En el momento en que ella intentaba borrar de nuevo mi memoria con su tierna voz y sus caricias por mi frente constreñida, yo había vuelto en el tiempo a la escena final de mi tercera vida, cuando Charly nos había emboscado a mí y a mi perro. Tuvieron que retenerme entre cinco o seis de los muchachos del hogar y dos de los empleados mientras el médico de confianza llegaba y me inyectaba un tranquilizante.

—Ya lo recordé todo. Mi perro, mi Bucanero. ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¡Déjenme salir, tengo que encontrarlo... está herido! ¡Charly "mataperros" nos quiere matar! Te voy a matar. Deja que te encuentre maldito hijo de perra. ¡Suéltenme, déjenme salir, ten-go-que-bus-car-a-mi-Bu-ca-ne...

Cuando los tranquilizantes hicieron efecto me llevaron a la cama y allí lloré hasta que me dormí.

Cinco horas más tarde desperté y a pesar de que doña Nieves

estaba frente a mí pasándome un paño tibio por la frente, el primer rostro que vi fue el de Bucanero. Le retiré bruscamente la mano de mi frente y le pregunté:

—¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

Doña Nieves me miró con una docena de lágrimas represadas en sus ojos, y con aquella ternura y bondad infinita que brotaba de ella siempre, me contestó:

—Porque no quería perderte, Gabriel.

Le exigí que me contara lo que me había sucedido a mí y a mi perro aquella noche y ella me lo confesó todo; lo de la emboscada, lo de mis heridas, lo de la enfermera, la decisión de traerme al hogar con ella...

—¿Y mi perro?

Ella vaciló por unos instantes.

—Mi perro Bucanero, ¿dónde está?

—Tu perro murió esa noche protegiéndote de las piedras que te lanzaron esos muchachos.

Sentí de nuevo esa sensación de soledad y de rabia que hacía mucho no experimentaba y que amainó momentáneamente cuando le pregunté sobre Charly, enterándome de que uno de sus ojos se había podrido en el estómago de Bucanero y que estaba preso en algún correccional de la ciudad.

Luego de la confesión de doña Nieves pasé varios días encerrado en la terraza que miraba al Mar Caribe, la mirada perdida en el pasado, huérfano de nuevo, rumiando una

y otra vez la idea de que no pertenecía a nada ni a nadie, de que estaba solo de nuevo, sin mi perro, sin mis amigos de la calle, sin Naomi, sin identidad. Ahora que conocía mi pasado, ahora que lo recordaba todo, desde mi falsa niñez en casa de los "padres adoptivos", el horrible orfanato, hasta mi vida bajo la tiranía de Charly, los años de mi mandato sobre la nación de los muchachos y muchachas y luego el final donde mi mejor amigo muere defendiéndome, ahora que lo recordaba todo de mi pasado, sentía que había perdido mi presente.

132

***

La gente del pueblo no parecía tener ese acuciante vigor para vivir que mostraban antes de la intervención. Sus ojos lucían apagados y caminaban encogidos como si alguien los estuviera acechando por encima de sus hombros. La expresión independiente y el sentido de la urgencia que antes exhibían los San Felipeños y que llamó la atención a Manrique desde que entró por primera vez por el puerto, había sido sustituida por una máscara de Melpómene y un devenir taciturno que hacía ver al pueblo como un cementerio de muertos vivientes. El rigor mortis del joven en la meseta de preparación de Antero se había pegado con la naturalidad infalible de un bostezo a la cara de muchos de los ciudadanos, sin reparar en color de piel, sexo, edad o clase social. Muchos habían adquirido esa rigidez e inflexibilidad propia del desengaño y la resignación.

Pero muchos más, a los que no se les había pegado la muerte en la cara, aquellos que no se veían, que no se veían ni en las calles, ni en los comercios, ni en las casas comunes, porque estaban conspirando calladamente contra las fuerzas agresoras, trabajaban secretamente para devolver la expresión lozana que siempre había caracterizado a este pueblo.

La actividad comercial que antes se desbordaba en el mercado se había estancado. Los pocos clientes que visitaban la plaza no iban a comprar, iban a observar, como a un museo, las prendas valiosas de una época pasada floreciente que no volvería jamás. Los que se decidían a comprar algo lo hacían con la determinación con que los condenados cumplen sus últimas voluntades, y los vendedores, que dos meses antes se reservaban el derecho de un trato cordial o de un justo regateo, según su ánimo, ahora se peleaban entre ellos para honrar el valor de esos que se atrevían a desafiar la incertidumbre generalizada que se propagaba en el país por el desembarco de una cultura que diluía aún más su ya mezclada sangre de casabe, tambores y coronas, en una última transfusión que los estaba envenenando con cada gota, esos que se atrevían a gastar unas cuantas monedas recién acuñadas que no sabían si volverían a ver.

En el puerto se observaban algunos saltimbanquis haciendo malabares para hacer trueque con los marines. Hasta la bóveda azulada que bañaba constantemente las costas de San Felipe por

arriba y por abajo, se había abierto y dejaba entrever una ventana gris que lo teñía todo con un tono estático, parecido al de la naturaleza cuando presiente una tormenta.

Otra vez sentía Manrique la sensación de afinidad absoluta.

Los recuerdos comenzaban a bullir en su mente y las penas se compaginaban a la perfección con el triste escenario por donde caminaba. A los otros, a los que no se veían a simple vista, no los podía distinguir. Por ahora.

Cuando Manrique llegó a casa de los abuelos, a Antero todavía le resbalaba un hilo de saliva seca por los extremos de los labios, entró por el patio trasero y fue directamente donde estaba su caballo. Veterano permanecía en las raíces de la ceiba. El animal quedó viéndolo fijamente a los ojos y luego le dio la espalda. Manrique se acercó, lo rodeo por el cuello con sus brazos de yunque, con una ternura infinita, y acariciándole el hocico le susurró unas palabras en un lenguaje que solo ellos entendían:

—Perdóname por no haberte escuchado. Es que estaba sordo, aunque todavía no oigo del todo bien. Pero te prometo que nunca más te abandonaré. Y mientras pasaba sus manos por el irregular relieve de sus costillas a flor de piel, constatando el largo ayuno que había experimentado por él, le siguió hablando:

—Que es lo que ha pasado en este pueblo. Será que hemos traído la maldición con nosotros. ¿Cuándo descansaremos de este maldito destino trágico que nos persigue? —Y dejando correr su

dedo índice por entre el surco de su primera y segunda costilla, suspiró— ¿Por qué nos habrás abandonado, papá?
Elodia, que acababa de subir del huerto de las flores, que a falta de clientes (por lo menos hasta que le comenzaran a llegar a Antero) en esos dos últimos meses se habían reproducido sin parar con el mismo furor y fertilidad de los años en la loma, brotando de cualquier rincón e inundando la propiedad con sus colores y su aroma, se aclaró los ojos cuando pareció ver a su hijo al lado de Veterano, y cuando constató su presencia física real, cayó de rodillas y susurró "Gracias por no habértelo llevado también".
Ya en la casa, sentados en el comedor servido con una suculenta y olorosa comida preparada por Elodia, Luis y Ángel le recriminaban a Manrique por no haberlos ayudado en la colonia, Pancho, porque nunca lo acompaño a él y Elodia al

puerto —con tantos marineros propasados con mi hija—, Mina, por no compartir en familia, Américo, porque no había visto ninguno de sus inventos y Elodia, porque no se había llevado siquiera una flor para acordarse de ella. La única que no habló fue Telma. Manrique estaba todavía cegado por la repentina claridad, por el contraste de ese mundo subterráneo y el de arriba, que le recordaba que estaba vivo, por la relativa e inocente cotidianidad en que todavía vivía su familia, por sus rostros tan parecidos a él, por su realismo, por sus reproches, porque ahora

más que nunca se daba cuenta de la falta que le hacían y de cuánto los amaba. Pero todavía estaba muy confundido, cansado y el rigor mortis, que todavía no había tocado a sus abuelos, su madre y sus hermanos porque habían encontrado la manera de enderezarse, le perseguía constantemente. Su paladar ansiaba degustar el sazón de su madre, ese sazón que se le metía por la lengua y recorría todo su cuerpo aguándole aún más su sangre espesa, pero el cansancio no le dejaba; interrumpió de repente la comida y los reproches y dijo con voz de viejo "tengo sueño y estoy muy cansado, me voy a dormir." Se levantó de la mesa, miró con laxitud a su hermana Telma que también lo miraba con pena y angustia, acarició el pelo de su madre y se marchó arrastrando los pies por los tablones de la vieja casona victoriana. Al llegar a la habitación de arriba, en el ático de la casa, la más alta de todas, porque quería estar lo más despegado posible del suelo, se dejó tumbar por un cansancio mudo en la pequeña cama. Manrique se pasó una semana, con sus días y sus noches durmiendo. Esta vez no soñó. Solo descansó.

***

Al séptimo día, un domingo de resurrección, Manrique se levantó, bajó hasta la cocina donde su madre preparaba el café, le dio un beso en la mejilla izquierda, siguió hacia la salida de la casa, abrió la puerta de entrada y arrancó un brazo de la mata de sábila que colgaba de su centro; luego le pidió un poco de miel a su madre, le dio otro beso en la mejilla derecha, salió al patio e

hizo una gárgara de miel de abeja y sábila hasta que agotó casi un litro de la sustancia y no quedó más que un muñón de la amarga planta; aspiró una interminable bocanada de aire y se sentó en

una de las mecedoras de la inmensa galería frente al mar y el cielo que ya no estaban tan azules. Luis y Ángel trabajaban en la colonia. Pancho y Mina recogían flores y Américo trabajaba en una máquina de escribir del capitán del navío todavía atracado frente a la calle del mar. Telma escribía en su habitación rodeada de libros y papeles. Todo parecía estar en orden. Su madre se acercó y colocándole una rosa en las manos le preguntó:

—¿Descansado?

A lo que Manrique le contestó con un suspiro.

—Unjú.

—¿Y dónde tú estabas metido muchacho?

Manrique buscó por todos lados las palabras que sustituyeran el nombre de Antero, pero no pudo evadir contestarle.

—Con un hombre que conocí llamado Antero.

Elodia casi se cae si no es porque Manrique la recoge en el aire y la carga en sus brazos. Elodia luchaba por reincorporarse pero la sorpresa no la dejaba y, luego de unos momentos, abrió la boca como un pichón de cigua, le cortó los ojos y sacudiéndose de su romanticismo forzado, del aroma de las flores y de su concha de mar, se libró a duras penas de los brazos de yunque de su hijo y le dijo:

—¿Pero de qué Antero tú me hablas?
—Del único que yo he conocido, mamá.
—Pero éste no puede ser el mismo. ¿El que tú dices es chiquito y medio jorobado?
—Sí —le contestó Manrique— ¿Por qué?
A Elodia parecía que le faltaba el aire.
—Con los ojos de ajíes picantes y la boca como el pico de una gallina.
—No lo había visto de esa forma, pero sí, se podría decir que sí. ¿Pero no entiendo tu curiosidad?
—¿Que siempre viste de negro?
—Eso sí. Nunca lo vi vestido con otro color, ni siquiera en las misas— respondió Manrique, que luego de la descripción que le hacía su madre y él corroboraba, comenzaba a ver a Antero con otros ojos.
Elodia ya se estaba mareando de nuevo; sentía que las rodillas le flaqueaban y se quería derrumbar allí mismo si no hubiese sido por la nociva curiosidad que le animaba a seguir el interrogatorio. Le parecía que todo el mundo se había puesto boca abajo y volvieran a caerle encima los viejos pesares.

—¡Ay virgen de la Altagracia! ¿y dónde lo conociste?
Manrique, visiblemente incómodo por la inexplicable actitud de su madre, dijo:
—¿Qué es lo que te pasa, mamá, lo conoces?

—Contéstame, muchacho —le dijo en un tono que solo le oía cuando discutía en la loma con su padre y Salvador no podía argumentar nada más porque sabía que era la última palabra.
—No recuerdo bien.
—¿Cómo que no recuerdas?
—No estoy seguro, creo que fue en la calle del mar.
—¿Y con él estuviste todo este tiempo?
Manrique, como haciendo alusión a viejos pecados imposibles de redimirse, miró hacia el suelo.
—Entonces Elodia bajó la guardia, se sentó en otra mecedora y dejó caer sus brazos a los lados con la vista perdida en el oscuro y gris Océano Atlántico.
Manrique, notó que algo no andaba bien, y le dijo:
—Mamá, ¿qué es lo que pasa con ese hombre?
Ella quedó pensativa un rato y luego, como evadiendo la verdad irrevocable de los hechos, escondiendo más hondamente la verdadera razón de la desaparición de su Salvador, dijo:
—Yo no lo conocí bien, pero según dice doña Casilda, él fue el responsable de aquello en la loma.
Manrique no podía dar crédito a sus oídos. Ahora el sorprendido era él. Se incorporó mecánicamente de la mecedora, haciéndola chillar de todas sus coyunturas y mirando hacia el horizonte, que se había oscurecido de forma extraña, como si se hubiera vestido con una de las casullas negras que usara Antero para dar las misas, le dijo en el tono que todos conocían de él

cuando estaba a punto de transformarse en un toro:
—Mamá, explícate.
Elodia vio en sus ojos los de su padre y comprendió que no podría ocultar más ese secreto familiar.
—Cuando Salvador llegó por primera vez a la loma, ese hombre lo maldijo con sus ojos de ajíes picantes y le hizo la vida imposible en el pueblo, tratando de boicotear el proyecto de mejora de la finca que había comprado a don Baldemiro, que en paz descanse. Según me contó doña Casilda, él trató de poner a todos en su contra, diciendo que era un hombre malo, creo que llegó a decir que lo había enviado el mismo diablo y que se los

llevaría a todos con él. Todos los días salía a pregonar el fin del pueblo, culpando a tu padre de la calamidad en que vivían.
Mientras Elodia expulsaba casi involuntariamente las palabras de su boca, compelida por una obligación de madre que no podía eludir, retrotrayendo aquellos recuerdos que había sellado con el silencio como en un psicoanálisis profundo que en parte la deprimía y en parte la liberaba, Manrique por su parte estaba hinchándose como un sapo toro, la sangre se le había acumulado en la cabeza y parecía como si las venas de su cuello fueran a reventar. Elodia continuó sin mirarlo, totalmente abstraída por su testimonio.
—Pero, aunque tu padre llevaba poco tiempo en la comarca, se había ganado a la gente con su trabajo y ellos confiaban en

lo que él estaba haciendo. Antero siguió con sus angustiosas arengas, hasta que un día que sermoneaba a los niños debajo del flamboyán, doña Casilda no aguantó más sus oscuras intrusiones y junto a otras mujeres del pueblo lo echaron para siempre. La mañana que se marchó encontraron unas palabras escritas con fuego en la finca de amapola.

El cielo se oscureció más, al igual que los ojos de Manrique.

—¿Pero qué decían mamá, que decían?

En ese momento llegó Telma, que había escuchado detrás de la puerta de la galería, entró en escena y le preguntó lo mismo.

—¿Que decían las palabras de fuego, mamá?

Elodia no tuvo más remedio que confesar.

—Decían, "Salvador o Salvado".

Veterano, que se había pasado la semana que Manrique dormía comiéndose todo lo que había ayunado, incluyendo un saco de guayabas maduras que Luis le reuniera, relinchó como si hubiera oído, rompió el nudo que había hecho Manrique dos meses atrás, dio dos vueltas alrededor de la ceiba y luego se paró en dos patas frente a la entrada de la galería donde estaban Manrique, su madre y Telma, resoplando como un demonio. Cuando sus dos patas delanteras tocaron el suelo, cayó un rayo que partió una palma en dos y dio inicio al huracán que causaría la mayor vergüenza histórica al poderío militar norteamericano.

CAPÍTULO 1

Gabriel vive comienza a vivir su quinta vida, la del sexo, las drogas y el rock and roll

La llegada de los norteamericanos y la heroica hazaña de Salvador Quimera

Hace más de tres meses que no escribo. Dije anteriormente que la historia que decidí escribir, es decir, la de ellos y la mía en particular, era la misma. Por eso, dije, había decidido contar aquella y esta. Sin embargo, se me hace extremadamente difícil hablar sobre mí. Se me hace más fácil cuando se trata de ellos, cuando tengo que involucrarme en su historia y hacer algunas observaciones personales, críticas o simples deliberaciones. Será por eso que siempre se prefiere hablar de otros que de uno mismo. No sé, pero definitivamente me siento más cómodo recontando aquellas vivencias que las mías. Su época, sus costumbres, sus fracasos, sus logros y sus amores; su lenguaje, su magia, su realismo, todo lo que escribo sobre ellos lo veo reflejado en mí. Es como si la mía no existiese. Como si yo no existiese. Como si aquel mundo rural hiciera un boom dentro mí y se tragara la realidad urbana que me circunda y mi propia naturaleza. Pero tengo que cumplir la promesa y terminar lo que he empezado. Ambas promesas. La de "ellos" y la mía, que he prometido también a los que comenzaron a leer esta historia amalgamada. Además, si bien me identifico con "ellos", tengo que confesar que he vivido o, mejor dicho, no puedo negar que he vivido y que mi

realidad es la de ahora. Y esa realidad es imborrable e innegable. Lo primero que hice fue ir al refugio debajo del puente para reencontrarme con mis viejos amigos de la calle. Cuando llegué al lugar, reconocí cada detalle y me vino a la mente un aluvión de recuerdos que me humedecieron los ojos. Pero estaba vacío.
142
No estaban allí. Pregunté a un indigente que se acercaba y me contestó ofensivo que no sabía de qué le hablaba y que él y sus compañeros eran los dueños del lugar. Me amenazó con un viejo bastón que tenía en sus manos y yo no tuve más remedio que abandonar el antiguo refugio y marcharme con mis recuerdos. Pasé los siguientes días buscando en las calles a ver si encontraba alguno de ellos. Amanecí un par de noches en la calle, pero tuve que reconocer que ya no tenía los dotes para sobrevivir en aquellas circunstancias y regresé a casa de doña Nieves. Allá estaba ella esperándome con el corazón abierto y los brazos batiendo sobre mi espalda, increpándome dulcemente por mi ausencia.
—Pero bueno, mi hijo ¿y cómo usted se me va así nada más, sin decirle nada a nadie? Estos tres días han sido insoportables pensando que le había pasado algo. Si fueras más chiquito te hubiera dado tu buena pela.
—Y qué me dices tú a mí, que me acabo de ausentar de mí mismo por cuatro años —le dije tumbado en uno de los viejos y perfumados sillones de caoba criolla de la sala del primer nivel.

Doña Nieves no contestó. Me metió al baño y me lavó la cabeza una y otra vez, como si fuera el niño que una vez encontró en el hospital, me imagino también, que tratando de borrar de nuevo los recuerdos que recién había adquirido. Luego de obligarme a cenar abundantemente, me sermoneó por otras dos horas más hasta que quedé dormido por dos días y medio.
Durante esas noches soñé que me había encontrado con Naomi en una fiesta y que hicimos el amor una y otra vez en la pista de baile frente a la morbosa mirada de todos, en específico la de un hombre con un solo ojo en el centro de la frente que jugaba con una navaja en sus manos.
Al despertar, pensé que todo aquello había sido un mal sueño, incluyendo lo que había recordado, pero entonces el rostro de Bucanero se me plantó como una premonición en mi cara y caí en la realidad.
Ese cuatrimestre no fui a la universidad. Me la pasé elucubrando sobre lo pasado y escribiendo cuantas cosas me pasaban por la mente. Doña Nieves tuvo que rogar al rector que no me suspendiera la beca, alegando que estaba un poco depresivo y éste aceptó con la condición de que no podía bajar mi nivel académico de 3.8, es decir, A+ para seguir becado.
143
¿Fácil, rector... eh? No fue usted el que se dio cuenta de que su vida como tal no existía y que no era más que un maldito huérfano que había vivido en las calles con un perro que era su

único verdadero amigo y que además lo habían matado a palos y que sus asesinos quizá lo andaban buscando para matarlo también. Fácil para usted pedirme que mantuviera las notas en A+. Mierda para usted.

Volví a clases por la insistencia de doña Nieves, que me instaba a olvidar lo que había recordado y me urgía a construir mi futuro como un hombre de bien. Pero personalmente ya no tenía ningún interés en los estudios. Cuando regresé a la universidad, tenía el pelo por los hombros y una ridícula barba que me daba el aspecto de Robinson Crusoe. Mis amigos notaron la ausencia, no la física, sino la de mi mente y mi espíritu. Trataron sin remedio de motivarme, de apoyarme en lo necesario para retomar el control de mi carrera. Pero ya no me importaba nada.

—Eso de los estudios es pura basura. Yo estoy aquí por mamá Nieves (como le llamaba), por más nada. Lo que yo vaya a ser es cosa mía y no de unas malditas asignaturas o del capricho de algún profesor que no sabe ni escribir un cuento de hadas. Tengo cientos de páginas escritas que hablan por sí solas. Y si el destino lo quiere seré un buen escritor. No como ustedes, que se la pasan repitiendo como monos lo que han creado los "grandes"; ni tampoco como esos críticos que no saben dónde están parados y mucho menos lo que es la vanguardia, lo que es the new age de las letras latinoamericanas.

Sí, estaba loco. Aquel muchacho aplicado, de buenos modales, cooperador en la casa, con grandes méritos en los estudios,

trabajador, que aprendió a tocar guitarra y que además era deportista, porque montaba bicicleta como un loco y practicaba las artes marciales, era todo un rebelde de pelo largo y barba, un importado de Woodstock en plena década de los noventa que le había declarado la guerra al sistema.

Había aceptado olvidar. Pero si bien estaba cumpliendo con el deseo de doña Nieves de olvidarme de mi vida pasada, me propuse también olvidarme de la que había llevado hasta ahora en el remanso de la hermosa casa colonial. Así comencé a vivir mi nueva quinta vida. La del sexo, las drogas y el rock and roll.

***

Al caer el rayo, Luis y Ángel probaban uno de los inventos de regadío de Américo; él estaba en el pueblo en uno de sus trabajos de mecánica. Pancho y Mina preparaban un exuberante arreglo de flores para uno de los selectos clientes y clasificaban las rosas y los claveles para que no se les mezclara con las del muelle y la funeraria. Los cuatro salieron despavoridos con el estruendo, el espanto del caballo y las voces rallando en alaridos de Elodia que intentaba detener a Manrique. Coincidieron en la entrada de la galería, justo cuando Manrique acababa de ensillar a Veterano, que todavía echaba un vapor blanco con olor a azufre por el hocico, y se disponía a montarlo frente a los vanos intentos de una Elodia reconstituida que se asía a sus brazos de yunque como una enredadera de jazmín para que no se desgraciara la vida al

igual que su padre. Ella, como Telma, que no intentó nunca detenerlo, sabía que Manrique había decidido matar a Antero con el sable que su abuelo había heredado del coronel español y que luego había dejado a Salvador, aunque, en medio de su angustia y nerviosismo, le preguntaba paralelamente para qué había acomodado una gruesa y larga soga a los lados de la silla de montar.

El cielo ya no era cielo y el mar ya no era mar, ambos elementos se habían convertido en los detalles de un cuadro dantesco que denotaba el fin o el comienzo de algo grande. Ninguno pudo detener la ira de estos dos colosos que crecía en ellos como la fuerza implacable del huracán que se acercaba a las costas del norte de la isla.

Manrique no habló. Veterano salió de la casa disparado, como una exhalación, y de un salto evadió a Luis y Ángel que se habían interpuesto en su camino. Ambos olían a azufre.

En el Atlántico, el acorazado norteamericano se debatía entre las monstruosas olas que se disputaban el suculento bocado. La nave enviada para "pacificar" el país como refuerzo de las tropas de ocupación, era una fortaleza flotante de más de quinientos pies de longitud, casi veinte mil toneladas a plena carga, que albergaba mil marines, entre ellos cincuenta oficiales de primer mando que se vanagloriaban de su imbatible estructura y el

inmenso poder de fuego y destrucción, un monstruo armado,

literalmente indestructible. La batería principal tenía cuatro rifles de recámara de diez pulgadas calibre cuarenta, y dieciséis fusiles rápidos de seis pulgadas calibre cincuenta. La segunda batería contaba con veintidós cañones de fuego rápido de tres pulgadas calibre cincuenta, dos antiaéreos de tres pulgadas, veinte pistolas automáticas calibre treinta y cuatro tubos de torpedos sumergibles de veintiuna pulgadas, todo eso resguardado bajo una cantidad inimaginable de acero disperso por todo el casco, con un espesor de tres a cuatro pulgadas que revestía la torre principal y sitios estratégicos de la cubierta contra cualquier ataque. Por lo menos así lo pensaban los constructores y el almirante con sus oficiales de mando antes de comprobar en carne y hueso el poder oculto del Océano Atlántico. Pero ahí estaba, igual que en otros tiempos, en otras aguas, en otros países; como en el del abuelo Desiderio. Nueva vez tenían que justificar la inconmensurable inversión en armamento con la supuesta justificación de siempre: to protect American citizens and property...

Manrique comenzaba a sentir una descarga en su pecho comprimido, como si le fueran quitando una pesa de cien libras cada vez que Veterano daba una de las gigantescas zancadas. Así también se sentía su caballo, que parecía volar entre los carros de motor, las gentes desconcertadas y los marines en tierra que corrían a la calle del mar. La montaña Isabel se había cubierto con un gris oscuro mate y de su falda bajaba un aire caliente cargado de las mismas intenciones que llevaba Manrique. Sus

intenciones no eran buenas, pero de alguna forma se sentía renovado, como si le hubieran devuelto su pelaje y la fuerza bovina a cada músculo, a cada tendón, recorriendo todo su cuerpo tensado por la determinación, arrojándolo una vez más a la búsqueda obsesiva de algo que todavía no sabía que era, pero que encontraría. Y por lo menos ahora había dado con ello. Por lo menos ahora había llegado a su destino: la funeraria de Antero.
Cuando llegó a la puerta principal, el vigilante, un viejo que Antero había contratado más porque parecía un muerto que por otra cosa y le daba una buena imagen al negocio, lo había reconocido no obstante la montura y su transfiguración. Cuando vio a Manrique se sacudió el sueño y se acercó para darle la bienvenida al hijo pródigo.

—¿Pero bueno muchacho, y dónde te habías metido? El patrón me ha preguntado mucho por ti.

—El patrón ya no será patrón de nadie porque vengo a matarlo.

Le contestó Manrique mientras contenía a Veterano que quería pisotear al infeliz.

—¡Pero qué dices, muchacho! ¿Tú estás borracho o se te ha subido la mierda a la cabeza? —exclamó el anciano, interponiéndose entre el Destino y Manrique.

—¡No, lo que se me subió fue la razón! y quítese de mi camino si no quiere acompañarlo en su último viaje.

Mientras dijo estas últimas palabras desenvainó el sable y le soltó rienda a Veterano para que avanzara con esa mirada fulminante que convertía a los hombres en piedra. El viejo se hizo a un lado y quedó petrificado hasta que Antero llegó algunas horas más tarde y lo encontró hiperventilando en la misma posición.

Manrique siguió hacia la puerta, montado en Veterano que pareció leerle el pensamiento, porque de inmediato se paró en dos patas y rompió las grandes cerraduras con sus delanteras. Adentro, Manrique se desmontó y notó que estaba tan oscuro como afuera. Desamarró la soga de la silla, subió las escaleras hacia el apartamento de Antero, pero no estaba ahí. Atravesó la sala mortuoria y bajó las escaleras hacia la capilla, tampoco estaba ahí. Entonces descubrió la entrada al pasadizo, penetró en sus entrañas y notó que no había nadie trabajando. Entonces dedujo que Antero se había marchado a la calle del mar con sus seguidores más cercanos para aprovechar el ambiente tormentoso de fondo y hacer lo que mejor hacía. El sediento filo de su sable no tomaría de su sangre esta vez. Por un momento, detuvo su mirada en las paredes que había taladrado con su alma y recorrió en su memoria la sordidez de aquel laberinto triste en el que se había perdido y no encontraba la salida, y le pareció que no era el mismo, que el que se aferraba al pico en ese momento cumpliendo órdenes como un muerto viviente, no era el mismo que ahora empuñaba el sable libertador de su abuelo. Caminó

hacia la primera bifurcación del pasadizo central, se detuvo frente a una de las dos columnas principales que apuntalaban el techo, pasó sus manos sobre una de ellas como acariciando el pasado, le amarró la soga con uno de los nudos que su padre le enseñó a hacer, luego la unió con la otra columna gemela y salió con el resto en las manos desenrollándola mientras atravesaba

la capilla, las escaleras, la sala mortuoria y la recepción donde Veterano le esperaba haciendo brotar chispas de los cascos al chocarlos violentamente con el suelo. Manrique se montó de un salto, amarró el otro extremo de la soga a la silla de montar, le dijo algo en el oído a Veterano, le soltó las riendas y a menos de treinta metros se vio parado fuera de la funeraria, observando la destrucción de lo que pudo haber sido su destino. Las catacumbas sin salida, las oraciones que no se oían, el altar sin cruces, los feligreses ciegos, los cuerpos desmembrados, el llanto de las madres, todo se estaba derrumbando cuando la primera columna de madera colapsó con el empuje de Veterano y aquella obligó a la otra a ceder y éstas al piso de la capilla y el piso de la capilla al de la sala mortuoria y a la sala de preparación y a toda la funeraria.

***

Creo que esa noche comenzó mi afición por el vodka.
Uno de esos días en los que quería explotar con todo y mundo, me largué de la universidad en medio de una clase y caí a uno

de los bares de la ciudad colonial donde acostumbraba tomar una que otra cerveza casual. Mientras observaba los diferentes tipos de bebidas en la atestada y triste tramería, hecha de viejos cuartones de pino, recordé a Chéjov cuando de niño servía vodka en la taberna de su padre Pavel, donde el principal cliente era el mismo déspota progenitor. Chéjov y yo nos parecemos, pensé, luego de ordenar el primer trago de vodka. El bartender, al verme la cara de angustia que puse cuando aceleré de un golpe a través de mi inocente garganta la potente bebida, me insinuó sin mirarme que probara mezclarlo con agua tónica y que si quería añadir un toque diferente le pusiera una rodaja de limón. Le contesté que hiciera lo que le diera la gana, para mis fines lo que importaba no era el tipo de bebida sino su nivel de efectividad para emborrachar a corto plazo. Después del primer trago agradecí secretamente la sugerencia del bartender, que sin quererlo introdujo a mi vida un inseparable compañero de distracciones.

Esa noche comprendí también que el cítrico sabor del vodka tonic con limón, engaña; a pesar de la segunda sugerencia lo bebí

como un jugo de frutas y luego de siete u ocho tragos tuve que retirarme forzosamente del lugar, no sin antes pedirle al dueño del negocio que apuntara la cuenta a mi incipiente crédito.

—Si quieres puedes pagar luego, Gabriel, pero no te aconsejo que te vayas solo en esas condiciones —advirtió el bartender en

el machacado español de gringo aplatanado. La desaliñada barba engulló sus preocupados labios y los desgastados ojos azules, que parecían haberlo visto todo, desde Woodstock hasta Vietnam, e intentaban disuadirme serenamente como diciendo: listen to me young man.

Me encaramé por encima del bar hasta él y mientras dejaba caer torpemente mis adormecidos brazos sobre sus hombros, le estampé un sonoro beso en la mejilla.

—¿Qué puede pasar, que me muera? —le dije al oído.

Me fui dando tumbos por la Arzobispo Meriño y llegué como pude al Malecón, de ahí seguí hasta el rompeolas que está frente al obelisco, me adentré a tientas en la oscura garganta de aquel saliente, alumbrado por una triste luna que parecía no querer crecer más del cuarto creciente en el que se hallaba, caminando sobre las piedras martirizadas por el incesante choque de las olas, piedras que una vez fueron dulcemente redondeadas por el inmutable paso del tiempo y que ahora eran cortadas y machacadas en un anguloso y furibundo golpe por las aguas del Mar Caribe. Esas piedras tan parecidas a mí. Llegué hasta el final del rompeolas como pude, me coloqué en el borde de un último peñasco que se alzaba sobre los demás y zarandeándome de un lado a otro, casi siguiendo el ritmo del bravo mar que se movilizaba frente a mí como si preparara una ofensiva mortal en su guerra contra el hombre, bajé el zíper de mis jeans Levi's 501, saqué mi ebrio y adormecido pene y me meé encima del él.

—¿Quién te crees que eres? ¿Crees que te tengo miedo?
Eres nada, un simple charco salado movido por el viento y la luna. Siempre has creído que tienes algún tipo de poder sobre el hombre, que mueves sus pensamientos e ilusiones, que los inspiras, que has sido incluso el protagonista de sus grandes hazañas, que eres su historia. Eres nada. N-a-d-a. ¡NADA! De hecho, solo sirves para esto, para que nos meemos en ti, me imagino cuanta orina debes guardar en tus entrañas. ¿De miedo? No, eso no es cierto, no es orina proveniente de vejigas miedosas, es orina contaminada, que apesta, orina de gente como yo que

está podrida por dentro, que se orina en ti para demostrar que tú le perteneces, así como lo hacen lo perros cuando quieren marcar su territorio, asimismo, porque eso es lo que realmente eres, un vertedero, un gran depósito de basura donde nosotros los humanos depositamos lo que no sirve ¿mierda? También, sabes que eso es lo que más arrojamos a tus entrañas, toda la mierda del mundo, mojones y más mojones que van directo a tu sucia boca y... ¿que nosotros comemos de ti? es cierto, porque como dueños que somos de todo lo que eres, de todo lo que contienes, tenemos el pleno derecho de comernos hasta los corales... ¿que entonces soy una mierda también? ...es posible, pero soy una mierda que te posee, que se come a otra mierda, la más grande en la cadena alimenticia, es decir: ¡soy una GRAN MIERDA!
En ese momento una ola chocó inesperadamente con la roca

sobre la que me hallaba con el turbado miembro en la mano y, aparte de que me tumbó aparatosamente contra la afilada superficie, casi me ahogo con la cantidad de agua salada que penetró en la boca cuando vociferaba aquella última frase.
Ahí permanecí tendido por largo rato, la mirada perdida en la negrura de la noche, llorando lágrimas más saladas que el salitre que se secaba en mi rostro.
Después de unos minutos, horas o quizá años, me incorporé de nuevo dando traspiés, me arreglé como pude la desaliñada camisa, me subí el zíper y alisándome lo mejor que pude el cabello balbuceé lo siguiente:
—Es cierto que no eres una mierda y que eres en sí fuente de inspiración para la humanidad, desde pintores y poetas hasta guerreros y hombres de ciencia; aquí la mierda somos nosotros, que a pesar de todo lo que nos has dado, te dañamos constantemente. Aquí la mierda soy yo... y a pesar de que no quiero ensuciarte más, hoy quisiera morir ahogado en tu grandeza.
Recuerdo que me aproximé aún más al borde de la roca, sin miedo, todo lo contrario, impávido, envuelto en esa paz que solo se consigue cuando sabes que estás haciendo lo correcto.
Miré hacia abajo unas olas que chocaban aún con más fuerza mi último refugio, empapándome por completo, como queriendo despertarme de aquel sueño maldito, me sonreí, luego levanté estoicamente la mirada hacia el horizonte, repasando cada ola

que se encrespaba frente a mí, miré fijamente un lugar dentro
150
de la inmensa masa de agua salada, un lugar donde creí ver sus ojos azules, y justo cuando iba a dar el último paso de mi quinta vida, la vi.
Estaba flotando en medio del mar embravecido mirándome fijamente. Su pelo se confundía con la noche y revoloteaba alrededor de su hermoso rostro al compás del viento y las olas. A pesar de que solo su cabeza y hombros sobresalían del mar, noté en más de una ocasión cómo uno de sus senos desnudos escalaba el acuoso elemento que la rodeaba y mostraba con honra un simétrico pezón rosado. A pesar de mi estúpida ligereza, ella no desvió un instante su mirada de sal y yo quedé finalmente prendado de esos ojos universales que se me clavaban hasta el alma, sin poder separarme de su hechizo hasta que una imperceptible sonrisa se asomó a sus carnosos labios. En ese momento su gran cola corazonada emergió del agua y como diciendo adiós, se desplazó rutilante de este a oeste para luego hundirse con todo y mirada y sonrisa y senos y escamas hasta el fondo submarino.
Me tambaleé, no sé si por la visión de aquel magnífico ser o por la cantidad de vodka ingerida y casi caigo al mar si otra ola no me empuja hacia atrás.
Lo último que recuerdo de esa noche, o ese día, es el sol inclemente de la mañana en mi salada, adolorida y resacada

cabeza, y el olor a carnada añejada de un pescador que me miraba con sorna mientras aspiraba humo de su cigarrillo y halaba el carrete de su vara de pescar.

—¿Estaba pescando sirenas anoche?

***

Mientras Manrique unía los cabos de su razón para destruir la fortaleza de Antero, la fuerza de la naturaleza hacía zozobrar la de los yanquis, haciendo de su acorazado un mero barquito de papel en medio del embravecido Océano Atlántico. Según cuentan fuentes históricas, ese día amaneció maravilloso, con una ligera brisa fresca soplando desde el noreste —a decir verdad, así lo sintió Manrique, cuando se levantó después de una semana de dormir con la taza de miel y sábila en las manos, mientras respiraba el aire fresco de la montaña Isabel.

151

El acorazado se hallaba fondeado a media milla de tierra, en diecisiete metros de fondo y con solo ciento veintiocho de cadena, lo que indicaba que el capitán no se confiaba de la zona. Un poco después del mediodía (justo cuando Manrique llegaba al Destino) el segundo oficial en mando notó un atípico balance cuando supervisaba el adrizamiento de un chinchorro. El oficial comprobó sus inquietudes cuando echó un vistazo al barómetro y comprobó que marcaba 30.09 pulgadas, 1.019 milibares por encima de lo normal para esta zona en esa temporada. En el momento en que el segundo le comunicó al Capitán sobre sus

observaciones, éste ya había divisado grandes olas en altamar acercándose por el sureste, por lo que ordenó levantar presión de inmediato en las calderas. Veinte minutos más tarde— justo cuando Manrique amarraba la soga a la columna principal que apuntalaba el techo del pasadizo— el acorazado daba bandazos hacia todos lados y las olas rompían en la cubierta de botes enviando enormes cantidades de agua a través de los ventiladores y dificultando la labor de los marinos en la caldera, que para ese momento estaban casi en pleno paleando carbón. Las olas rompían contra el costado de la fortaleza "invencible" acercándola indefectiblemente hacia tierra, en un irrevocable destino que pareció sellarse desde el momento que se acercó a estas playas mostrando su grandeza.

En poco tiempo quedó con la proa a treinta metros de la costa, permaneciendo escorado a babor y balanceándose con cada ola en el rompiente de los arrecifes, hasta quedar inmóvil, casi adrizado, sin poder flotar, preso de sus propias ambiciones. Y allí estaba Manrique, montado en su caballo frente a la funeraria de Antero, ambos oliendo a azufre.

El vigilante seguía petrificado. El viento recio movía la crin de candela del caballo y las nubes grises oscuras de la loma Isabel bañaban de un color silencioso todo el pueblo, sus casas, sus comercios, toda su gente, y de alguna manera esa brisa era esperanzadora.

Los ojos de Manrique no se despegaban de las ruinas del

Destino. Su ira la había convertido en piedras amontonadas una encima de otras sin ningún orden, sin ese orden reverencial y fatídico que Antero había intercalado entre sus bloques de cemento. El segundo rayó lo despertó de su absorción y fue cuando notó que llovía a cántaros y que estaba en medio de una

tormenta. Entonces miró hacia el mar y vio la opulenta nave. Una que ahora estaba encallada y sin Gobierno, como lo estaba el país que ellos mismos habían venido a salvar.

Manrique no pronunció una palabra; Veterano despegó de un brinco de las inmediaciones de la funeraria para caer en dos o tres zancadas a la calle del mar. El espectáculo era deprimente. Los cuerpos de los marines que se habían aventurado al mar luego de la orden de evacuación del Capitán, flotaban sin vida como marionetas entre las gigantescas olas, a veces rubios, otras veces cuando chocaban con los cortantes acantilados, teñidos de rojo. Los San Felipeños acudían por montones a la calle del mar y se apretujaban frente a la nave encallada, pensando que con estirar la mano podían ayudar. Pero aunque parecía que estuvieran cerca, un abismo de olas asesinas los separaba por treinta metros de la salvación de aquellos que habían venido a usurpar su tierra. Sin embargo, ellos no pensaban en eso. Ellos solo veían seres humanos debatiéndose entre la vida y la muerte, incapaces de salvarse a ellos mismos. Por eso habían olvidado lo de la invasión to protect American citizens and property.

Cuando Manrique llegó a la escena, estaban improvisando un andarivel para rescatar a los náufragos. Manrique se abrió paso sin problemas entre la multitud y sin pensarlo dos veces, al igual que sus compatriotas, pidió una atarraya a un pescador que también pensaba que iba a pescar algo a principio del día, se acercó a la costa casi donde las olas chocaban con las filosas rocas, se colocó en posición y lanzó la red cerca del barco justo al lado de un ramillete de marines que se agarraron a la red y rogaron por su vida en un idioma que él nunca había escuchado pero que no tenía que entender a fondo para conocer el significado de aquellas lastimosas palabras.

Frente al asombro de los cientos de personas que minaban la costa, Manrique haló la red con sus bíceps de yunque y pescó cinco marines que levantó por encima de los acantilados trayéndolos a salvo a la "tierra bendita", como diría uno de ellos luego del rescate.

Así lo hizo en varias ocasiones, pescando de a tres, de a cuatro e incluso de a siete marines que les daban las gracias en ese gracioso idioma que no reconocía, en medio de los vítores y aplausos de todos los que como él habían llegado a salvar vidas de los invasores, o mejor dicho de los hombres.

153

En uno de esos esfuerzos, con la red de pesca en la mano, llena de marines, Manrique divisó a poca distancia de donde estaba, un grupo de hombres y mujeres ensombrecidos por sus

atuendos negros que se reunían en círculo en una elevación de tierra por encima de los arrecifes. Era el viejo y acabado Antero con algunos de sus seguidores. Cuando lo vio en el centro pregonando sus desgracias, casi sufre otra erupción que se contuvo al ver la atarraya repleta de marines; mientras le clavaba los ojos verde cólera en su joroba, se sintió algo más tranquilo al contemplar a un Antero más reducido y arqueado de lo normal, completamente ajeno a sus propias ruinas y se regocijó al imaginarse su cara cuando llegara a la fortaleza y la viera destruida. Al volver la mirada, luego de terminar de subir la carga, Antero se había marchado. Lo había salvado el "Destino". Emeterio Sánchez sería otro de los muchos criollos que arriesgarían su vida para salvar a los náufragos. El pescador oriundo del barrio de La Misericordia de la ciudad capital, que estaba casualmente pescando en las aguas del Atlántico, fue el que donó su red a Manrique después de haber salvado unos cuantos marines a puro nado. No fueron pocas las veces que se vio a Emeterio debatiéndose entre las crestas de las olas, haciendo uso de su vasta experiencia en el terreno del agua, de sus años al tetero del sol entre salitre y anzuelos, detrás de los cabezas dorados que luchaban por salvar sus vidas. A veces se perdía entre la violenta marejada salada bajo la mirada atónita y desconcertada de sus compatriotas para luego salir impelido como un delfín a la superficie, tomar una infinita bocanada de aire y continuar braceando. Otras veces se le podía ver cabalgando por encima de

las crestas de las olas como si fuera el mismo Neptuno, agitando su poderoso tridente y ordenando a los mares que calmaran su furia y le permitiera salvar a aquellos hombres. Juntos, el minotauro de Manrique y el Tritón de Emeterio salvaron más vidas que nadie.

De vuelta en la tierra, cuando Emeterio subía exhausto por las rocas, en un momento en que el segundo andarivel que habían hecho los ciudadanos se tambaleaba entre el barco y la costa con más de quince hombres sosteniéndose de él para ser rescatados, Emeterio divisó una quebradura en la soga de uno de los extremos amarrados a una base improvisada en las piedras y alertó a Manrique sobre el grave problema.

—¡Hombre, si se rompe esa soga se van todos pa'l carajo!

Manrique se aproximó al borde de los arrecifes, agarró con fuerza el extremo de la cuerda, dando la orden a uno de los voluntarios que estaba más cerca que cortara la soga con su sable. El hombre no podía creer lo que estaba oyendo.

—Pero usted está loco, si corto la soga el andarivel, usted y los yanquis se van a casa del diablo.

Emeterio, que había visto a Manrique en acción, no dudó de su fuerza, se lanzó sobre Manrique, desenvainó el sable en un santiamén y cortó la soga de tajo. Manrique se resintió al sostener todo el peso de la estructura más el de los hombres, pero se recuperó al instante y aguantó estoicamente hasta que los

quince hombres llegaron hasta él y gatearon por encima de sus hombros hasta llegar a salvo a tierra.

—Usted no ve que ese es un macho de hombre —dijo Emeterio al hombre que no reparaba en su asombro junto a otros muchos que habían sido testigos de la maniobra hercúlea de Manrique.

Así fueron pescando de cinco en cinco, de diez en diez, hasta que lograron salvar a casi toda la tripulación de la nave. El último fue el Capitán, por eso de que "el comandante de una nave es el último que la abandona". En este caso la vergüenza fue mayor que el naufragio y este hombre lamentó por el resto de su vida no hundirse junto al barco y afondarse para siempre en las profundidades del Océano Atlántico, donde no tendría que resistir los debates y cuestionamientos históricos que enjuiciarían el más grande bochorno naval en la historia militar estadounidense.

Luego de la hazaña, un oficial norteamericano que por pura veneración había puesto más atención en la proeza de aquel hombre magnífico con su sable terciado que en la salvación de sus propios hombres, le dio las gracias a Manrique y le propuso formar parte de ellos en la "reconstrucción del país". Manrique lo miró hacia abajo, hacia donde estaban los ojos azules de su interlocutor y mientras limpiaba su sable en el pantalón y lo enfundaba en la vaina le dijo:

—Hice lo que tenía que hacer. Eso no quiere decir que

ustedes sean bienvenidos en este país.
Un guardia criollo que pertenecía a la nueva policía formada por el gobierno provisional de los gringos, avanzó decidido hacia Manrique fusil en mano para hacerlo preso por las hirientes

palabras que acababa de decir a su jefe de ojos azules. Manrique ni se inmutó. El oficial norteamericano detuvo al guardia y lo reprendió delante de todos por su error, diciéndole que se trataba de un verdadero héroe y que ojalá muchos con la gallardía y determinación de este hombre que había salvado a casi toda la tripulación de su barco. Los ojos de Manrique y el guardia chocaron por unos instantes con una fuerza indescriptible, como si fueran dos galaxias.
Manrique no olvidaría nunca esos ojos color ceniza; esos ojos oscuros, inhumanos, llenos de odio y perversidad, que a su vez destellaban avidez de poder y riqueza. Manrique sabía que esa mirada no era la de cualquier hombre, no; de alguna forma había intuido en esos breves instantes que se trataba de la mirada de uno de esos hombres elegidos, de esos que surgen de la nada para ocupar el lugar reservado para ellos en la historia. Y Manrique tenía razón. Así lo comprobaría años después cuando volviera a toparse con él en circunstancias totalmente distintas.
La intervención no terminó con el naufragio. El gobierno estadounidense se recuperó rápidamente del desastre del acorazado y envió más tropas y nuevos buques para terminar de

desarticular el Estado y tomar el control absoluto del país; pero su ruina quedó encallada frente a las costas del Atlántico por muchos años, como recordándole a los invasores que esa tierra era bendita y que no eran bienvenidos.

Manrique y Emeterio no se volvieron a ver, sin embargo, muchos como ellos siguieron luchando por su propia libertad, en el terreno de las guerrillas en contra de un enemigo que habían salvado.

Poco tiempo después, el heroico pescador llevaría a cabo una proeza similar en las aguas del Mar Caribe, cuando otro de los acorazados norteamericanos, un invencible destructor llamado Memphis, corriera la misma suerte frente a la costa sur de la isla. En esta ocasión, Emeterio junto con otros pescadores de la ciudad capital pescarían cientos de pececitos dorados sin recibir nada a cambio. Ni siquiera el reconocimiento público de sus compatriotas.

CAPÍTULO 2

Alas negras, Cannabis Sativa y Gothicaribe

"Los apocalípticos en vivo". Ese fue el primer concierto al que asistí con mis nuevos amigos, un grupo de radicales libres, en el mejor sentido de la palabra, que vestían de negro y de la misma manera tenían una visión del mundo un tanto cataclísmica y satánica (para los puritanos), que proclamaba que nuestro mundo estaba sumido en una falsa adoración de

la apariencia, la mediocridad y los bienes materiales. Estos muchachos se pasaban el día entre la música oscura, The cure, New Order, David Bowie, o The Doors para mencionar algunos de los intérpretes, la marihuana y las interminables discusiones filosóficas sobre la verdadera naturaleza de los seres humanos. No era la primera vez que escuchaba este tipo de música, de hecho, desde que entré becado en el colegio privado comencé a escuchar "música americana", como le decíamos a todo lo que viniera de los Estados Unidos o de cualquier otro país de habla inglesa. Eso era lo que escuchaban los riquitos del colegio, muy diferente a la rebajada música criolla que ninguno de ellos sabía bailar y se consideraba para chopos. Por esos días ya conocía los principales exponentes de la música hard rock de los años sesenta, setenta y ochenta. El pop o new wave me lo encontraba demasiado dulce para mi amarga vida. También escuchaba algo de rock alternativo o del recién salido del horno post punk. Nunca fui fan de ningún grupo en específico y por supuesto tampoco era de esos que gozaba con mostrar erudición en cuanto a nombres de grupos o canciones. La música para mí era como la pista de sonido de una película, le daba un toque de drama a mi vida. Nada más. De esta manera escuchaba lo que me venía en gana en ese determinado momento, desde Jimmy Hendryx, Janis Joplin,

Led Zeppellin, Black Sabbath o Pink Floyd, hasta Iron Maiden, Judas Priest, Gun's and Roses, o Rush. Cuando estaba en una

onda más suave, Metálica, Pearl Jam, Janes Addiction. Si estaba en tranquilidad total, escribiendo o quizá en soledad mode, New Order, The Cure, REM, U2, el indispensable Soda Stereo y muchos grupos más que no voy a mencionar porque no viene al caso. Mi gusto por este tipo de música fue siempre parte de esa parafernalia en la que me desenvolvía, otro elemento más de mi vida, quizá una moda; nunca fue determinante en mi manera de pensar o actuar. Sin embargo, para los carajos con los que me estaba reuniendo ahora, era más que eso. Para estos tipos era su estilo de vida, su filosofía.

Al igual que yo, mis nuevos amigos tenían el pelo largo, pero sin barba; usaban un eterno uniforme luctuoso de camisetas, jeans, botas o tenis negros y accesorios que iban desde correas con calaveras o símbolos mortuorios, hasta tatuajes y piercings de los más variados estilos y diseños que adornaban malévolamente las narices, orejas, ombligos y otras partes más íntimas del cuerpo. Recuerdo a uno que tenía un piercing muy original; en su nariz tenía incrustado un aro de plata del cual pendía una cadenita del mismo metal precioso que le daba la vuelta a su mejilla izquierda y se unía a otro aro en la oreja. En su pecho tenía lo mismo, pero de un pezón a otro y del centro de esta cadena bajaba otra hasta el ombligo donde pendían diez llavecitas de un aro mayor que supuestamente guardaban los diez secretos de su oscuro corazón. Las muchachas vestían de igual manera y utilizaban los mismos accesorios de belleza, pero se maquillaban con un mortecino

negro en la boca y los ojos que las hacían parecer misteriosas sílfides del mundo de los muertos.
Era una hermandad oscura, enigmática y aislada que no permitía el acceso a cualquier mortal que no cumpliera con los requisitos necesarios, o tuviera algún don que lo hiciera merecedor de pertenecer a tan privilegiado círculo.
Esta hermandad de vampiros adoraba la noche y se autodenominaban Góticos. Por supuesto, desde que me vieron, apartado de todo y de todos, rodeado de esa nube gris de resentimiento y rebeldía, más oscuro que todos ellos juntos, con un aura que parecía teñir de negro todo lo que tocaba, me buscaron y yo me dejé buscar. Era justo lo que necesitaba en esta nueva quinta vida que comenzaba a vivir.
159
Esta vida me la había buscado yo y la viviría a mi manera. Nada ni nadie lo impediría y estaba dispuesto a vivirla con pasión y desenfreno por encima de la cabeza de quien fuera, sin tapujos, sin remordimientos y sin recuerdos. Sobre todo, sin recuerdos. Eso era lo que quería mamá Nieves, que olvidara, y eso precisamente era lo que iba a hacer. Me olvidaría hasta de mis sueños. A partir de esta nueva quinta vida no soñaría y si me tocara, soñaría en blanco y negro y nunca a color. Eso estaba decidido. Así como la prueba que tenía que pasar para entrar al grupo de los vampiros. Otra maldita prueba más. Toda mi vida había sido una prueba, una constante prueba para todo. Tuve que

probar que era un bebé sano al nacer y llorar como mal nacido, tuve que probar que era un hijo adoptado, robado perfecto, tuve que probar que era un reo del orfanato obediente y colaborador, tuve que probarme a mí mismo que podía sobrevivir solo en las calles, tuve que probar que era un callejero digno atracando a una anciana, tuve que probar que los golpes no me dolían, tuve que demostrar que podía vencer a los más fuertes, tuve que probar que era el mejor líder, tuve que probar que podía volver a ser un niño bueno, y ahora, justo cuando no quería probar nada, tenía que probar algo más. Pero qué carajo, mierda para todo el mundo, probaría lo que fuera y mucho más si se trataba de auto infligirme algún daño.

La prueba consistía en hacerme alguna marca que me diferenciara de los demás mortales que vivían en la inopia mental del mundo que ellos profesaban. Tenía la opción de hacerme un tatuaje, un piercing, una herida, un corte de pelo radical, hacerme un maquillaje permanente (porque últimamente los muchachos también lo estaban usando), o cualquier loquera que yo decidiera y ellos aceptaran como buena y válida dentro de sus parámetros de sacrificios personales para entrar a la vampiresca sociedad. Elegí lo más doloroso, un tatuaje. Esa noche me fumé el primer tabaco de marihuana desde aquellos incipientes años en las calles y, en compañía de mis nuevos amigos, me tatué dos enormes alas negras en la espalda desde los hombros hasta la cintura. Mis amigos elogiaron la idea y reconocieron que era una

de las más originales en toda la cofradía.
— ¡Mielda men, que malditas alas, loco! pareces el mismísimo señor de la oscuridad resucitado entre nosotros.
—¡Coño, si mano, que ápero ´ta ese tatoo!
160
—Pongan a hervir la vaina esta para celebrar al nuevo hijo de la oscuridad.
Me bautizaron como "el arcángel". Luego del oculto acto lleno de velas negras, dark music y un potente té de hongos silvestres que se recolectaron en una de las fincas aledañas para la ocasión, ingresé sumiso a la secta. Un par de horas más tarde estaba sin darme cuenta en el concierto de Los apocalípticos, uno de los pocos grupos locales, sino el único, que usaba la nueva corriente musical gótica como elemento principal dentro de su reducido repertorio artístico. Unos malditos lunáticos, como todos los que estábamos allí. Esa noche volé con mis dos alas negras y me sentí de nuevo libre, observando todo desde las grandes alturas, viendo lo pequeño que se veían los demás y llegué a un lugar cálido y muy oscuro donde experimenté cierta comodidad, como si estuviera en el vientre de la madre que nunca conocí.
***
Ellos fueron los que me vieron cuando me alcé sobre el piso y abrí los brazos con la cabeza hacia el cielo hablando en un idioma que ellos no pudieron entender. Yo pensaba que aquel vuelo solo se había producido en mi imaginación como consecuencia de

la nota del té de hongos que tenía ya a esas horas, pero según ellos fue tan real como el concierto de Los apocalípticos, como el baile de todos esos noctámbulos que no pararon hasta que los primeros rayos de sol asomaron por la ventana entreabierta del horizonte caribeño y los obligó a marcharse con premura como buenos vampiros, como la noche.

Levité por espacio de unos minutos invocando a las fuerzas oníricas, como un lucumón que recién acaba de hacer conciencia de su naturaleza divina.

—¡Pero, vengan acá, miren a este jevito!

—¡Ay coño, pero es volando que está! ¿Y cómo él puede hacer esa vaina?

—¡Mielda, pero yo tengo que estar bien juqueao para estar viendo esto!

Y mientras se asombraban y no daban crédito a lo que sus ojos tumbados por el alucinógeno veían, yo seguía flotando semidesnudo en medio del círculo creado por ellos (viéndolo

fríamente, lo que había hecho toda mi vida: flotar) con mis dos alas negras abiertas hacia el cielo, hasta que caí al suelo de golpe y perdí el conocimiento.

Desde ese momento las cosas cambiaron radicalmente para mí dentro del grupo. La conclusión: no pudo ser una visión por efecto de los sagrados organismos narcóticos, porque vieron mi ascenso de manera colectiva y no por separado, y que ellos

supieran, no se sabía que eso ocurriera de esa manera, sino de manera individual, como uno de ellos que en una ocasión vio a los Picapiedras en persona cruzando una de las vías más concurridas de la capital en su flamante troncomóvil. Mi ascenso había sido real y no producto de la imaginación. No cabía la menor duda. Era imposible que todos hubieran visto la misma cosa, al mismo tiempo y en el mismo lugar por la nota del té de hongos. Por ende, yo era algún tipo de Dios. Los muchachos decidieron esa noche que yo no había llegado a sus vidas por casualidad, sino por un mandato divino, y que yo, El Arcángel, era nada más y nada menos que Su Enviado.

Como noté que la banda de Los apocalípticos no tenía nada de especial, más bien eran mediocres, propuse a los muchachos, que también eran músicos, formar otra. La bautizamos con el nombre de Arca de Ángeles.

Luis estaba en la batería, Lisa en el bajo, René en la guitarra, Iván en el teclado, y yo como vocalista principal y guitarra secundaria. Los demás muchachos eran parte del staff.

Los meses siguientes nos la pasamos acoplándonos, ensayando canciones de bandas famosas y hasta tocando en la fiesta privada de un fanático del Gótico. Esa noche fue un desastre. Parecíamos un grupo de monos haciendo ruido con los instrumentos de música y los invitados nos lanzaron desde pastelitos, hasta vasos con refrescos y alguna que otra botella que por suerte no impactó en ninguno. Volvimos a nuestro refugio,

frustrados y sin ganas de volver a tocar. Luis se tumbó afligido en el mugriento sofá jugando con los palitos de la batería, Iván se la pasó maldiciendo a todos los de la fiesta y diciendo que "lo que pasa es que esa partida de incultos no sabe lo que es calidad"; René rompió una por una las cuerdas de la guitarra y se puso a discutir frenéticamente con Iván que era culpa nuestra, que no éramos buenos músicos y que no valía la pena que siguiéramos en "esa vaina". Lisa se la pasó llorando desconsolada en un rincón.

162

Tengo que admitir que yo también me sentí un poco afectado, pero esta no fue la primera vez que enfrenté una desilusión en mi vida, de hecho, toda mi vida había sido una gran desilusión. Así que, presenciando este deprimente espectáculo, hice lo que todo ser divino, todo enviado, todo Lucumón escogido para guiar a los perdidos debía hacer: prendí un tabaco de marihuana, lo pasé varias veces a cada uno y levité.

—Esta es una prueba. A partir de ahora tocaremos nuestras propias canciones —dije en tono profético mientras les mostraba mis grandes alas negras y abría mis brazos al cielo.

La primera canción que escribí la ensayamos una semana después. Los muchachos quedaron extasiados con las letras y su mensaje oscuro. La titulé, Negra.

Negra es la creencia
El alma de los hombres
La noche cuando termina

Negra la belleza cuando es frívola

Negra es la libertad que se priva

Negra es la luz

El comienzo y el fin

Negra es la historia

La nada

Negras nuestras raíces

Negra nuestra música

Negra es la magia

Negras son mis intenciones

Cuando te veo desnuda

Mi negra.

Con respecto a doña Nieves y su amoroso hogar hubo algunos cambios. Mis siniestros amigos me albergaron en su apartamento de la zona colonial, una mezcla de piedras superpuestas, muebles descosidos y olor a yerba, con una espectacular vista al mar Caribe que en mi nueva quinta vida me venía mejor que nada. A pesar de los muchos intentos de la santa Nieves por hacerme volver y retornar a mi vida organizada y llena de planes, no lo hice y ella no tuvo más remedio que dejarme volar, haciendo eco de lo que siempre decía, eso de que si amas algo déjalo libre, etc., etc., etc., todo un cliché, pero puesto en su boca, infalible. Permanecí

algún tiempo más en la universidad, pero también la dejé. Ahora

tenía la oportunidad de demostrar lo que verdaderamente podía hacer.

***

La muerte es hermana del sueño. Así les dije al grupo en una noche de ensayo, el azucarado humo del cannabis sativa, seca y cuidadosamente envuelta, envolvía todo el ambiente y lo hacía verse como en cámara lenta. Cada cual estaba tirado cómodamente en posición de éxtasis luego de haber ensayado algunas piezas del "engrosado" repertorio musical disfrutando lo que quedaba de un tabaco de la mejor marihuana de la zona. En medio de esta fiesta de perezosos, cada parpadeo parece durar una generación, las pocas palabras que se escuchan parecen salidas de un tocadiscos de pasta en velocidad lenta, el tiempo parece que no existe; cada quien vive en su propia dimensión y al mismo tiempo en la de los demás, todo es excitación y gozo. Esos momentos eran mis preferidos para intervenir quirúrgicamente la mente de los demás. La muerte es hermana del sueño dije en medio de la escena frisada, tumbado en uno de los descosidos sillones de la terraza cubierta con el roído pergolado. Al cabo de algunos minutos, horas, no sé qué tiempo, Luis respondió:

—Mielda mano, qué frase, ni Nietzsche. Es la reflexión filosófica más compleja que he escuchado en mi vida.

—Sí, —dijo René algún tiempo después —esa es la definición perfecta de la muerte. ¿Qué, sino un sueño? Cuando morimos soñamos y cuando soñamos estamos muriendo.

—No, eso no es lo que quiere decir El Arcángel, lo que quiere decir es que esta vida que estamos viviendo es en realidad la muerte y que los sueños que tenemos son el vínculo inconsciente con ella; ¿qué tú crees de eso Lisa, no es así? —dijo Iván mientras aspiraba suavemente de la colilla que se esfumaba entre sus dedos.
—Ustedes están fumao, lo que eso quiere decir es que la vida es un sueño y que todo lo que creemos vivir no es más que una refracción de nuestro propio yo. Vivimos eternamente en la muerte, lo que significa que la muerte es soñar —Mientras Lisa decía estas palabras se contorneaba al ritmo de The Cure y sus uñas negras escribían una sarta de disparates en el aire.

164

Uno que nunca había visto, que no habló en la noche entera hasta ese momento y que parece que los muchachos conocían bien porque lo invitaron al jameo de esa noche, dijo con una voz que parecía de ultratumba: "para vivir hay que morir".

Así prosiguieron las cábalas sobre el concepto que dejé caer como una ligera llovizna sobre todos mientras yo me escurría satisfecho, riéndome por el efecto que todavía causaba en estos tiempos, en este grupo de radicales, esa frase que leí alguna vez en uno de los cuentos de Oscar Wilde.

Todavía no comprendo por qué hacía aquello. Por agrandar y justificar la figura mítica que habían hecho de mí, por demostrarles que eran inferiores o simplemente para burlarme de ellos. No sé. A fin de cuentas, creo que lo hacía para demostrarme a mí mismo

que no era igual que ellos, que no pertenecía tampoco a aquella parodia sin sentido de pequeños dráculas y que no necesitaba de toda aquella ridícula parafernalia para demostrarle a los demás que la vida es sufrimiento, desdicha y muerte y que mi alma era más dark que la noche.

De todas formas, sabía que entre ellos y los hijitos de papi y mami con los que me gradué en el colegio, y que conocí también en la universidad, (aunque algunos de los oscuros también eran hijos de gente acomodada) había una diferencia abismal. Estos eran más auténticos y veían la vida más parecido a como yo la había vivido. Podría decir que estaba comenzando a sentirme cómodo con ellos.

Tan inmersos estaban en sus discusiones filosóficas que no me vieron cuando saqué mi bicicleta de la terraza y me dispuse a andar erráticamente por las oscuras calles de la ciudad colonial, como lo hacía casi todas las noches.

El arreglo que hicimos para las primeras letras que escribí fue realmente bueno. Logramos esa cadencia decadente que reina en toda corriente gótica y algo más. A esas líricas le siguieron otras igualmente contagiadas por la deliberada oscuridad de la primera y otros arreglos musicales de la misma índole y calidad armónica. Nunca me importó mucho lo del grupo, pero me daba cuenta de que lo estábamos haciendo bien y que algo podía nacer de todo aquello. Aquellos desafinados locos que tocaron canciones de grupos conocidos eran ya un conjunto

perfectamente acoplado en donde la música fluía a través de cada uno como la amistad que los unía. Así pasaron seis meses hasta

que alguien que conocía al dueño de un bar muy concurrido, enclaustrado en el mismo corazón de la ciudad colonial, nos invitó para que tocáramos. El local era uno de cinco o seis bares y restaurantes dispuestos en línea frente a la explanada del magnífico Alcázar de Colón a orillas del río Ozama. El dueño era un viejo norteamericano que como muchos se había enamorado del país y de su gente y terminó viviendo aquí su sueño de retiro. Era de gran estatura, complexión delgada y de poco hablar. Más que un ex veterano de Vietnam parecía un asceta. Al hablar, la desaliñada barba engullía sus finos labios y los desgastados ojos azules, que parecían haberlo visto todo, cuando miraban parecían penetrar hasta el hipotálamo. Aquel bar parecía tele transportado con todo y su psicodélica atmósfera, incluyendo al dueño, directo y en vivo desde la época de los setenta hasta este remanso caribeño. El local, un sublime y liberal destino muy a lo gringo, constaba de tres plantas, la primera era un sótano al que se bajaba por una escalera de espiral que estaba justo detrás del bar, y que solo era usado por los amantes fugaces del amor y por los amantes fumadores de la yerba; en la tercera un pequeño apartamento donde vivía el dueño y en la segunda estaba el bar, un híbrido de mesas de caoba y de metal con calcomanías de todo tipo, garabatos y hasta poemas escritos en la gastada superficie,

la desvencijada pared llena de posters de bandas de rock, una caótica cantina donde las botellas de licor se amontonaban sobre la triste tramería con el típico espejo detrás, donde se reflejaba una butaca giratoria y la prehistórica caja registradora que parecía decir "yo he visto y escuchado todo"; aquí se sentaba señorialmente el dueño, John. En el fondo del local, unos cuatro o cinco pies por encima del suelo, una pequeña tarima donde generalmente tocaban las bandas que John llevaba y en la que, gracias al amigo de John que era amigo de Luis, precisamente esa noche tocaríamos nosotros.

Al principio los muchachos estaban nerviosos, pero después de algunas palabras de su guía, El Arcángel, subimos confiados al pequeño escenario. La primera canción fue: Negra. Claramente un éxito. La gente se volvió loca y se paró de sus sillas siguiendo el pesado ritmo en estado de arrobamiento total. Solo teníamos seis canciones ensayadas y al terminar la última, "Prefiero morir soñando... pero con poca leche", el público, que se había triplicado por la gente que se acercó de los bares contiguos,

estaba enajenadamente agitado. Para nuestra sorpresa pidieron "otra, otra, otra"; los muchachos me miraron sin saber qué hacer, y entonces yo tomé el micrófono de nuevo y dije: "negra es la noche y los vampiros tienen que ir a comer". John nos rescató y les prometió al público que nos volverían a ver el próximo fin de semana. Esa noche John nos contrató indefinidamente no sin

antes hacernos prometer que teníamos que ampliar el repertorio para el próximo concierto.
Desconcertados, atónitos por el éxito, aquella noche los muchachos volvieron a verme volar.
***
La bicicleta la heredé de uno de los muchachos del hogar de doña Nieves que la había heredado a su vez de un niño rico al que su madre le había comprado un carro del año. Mi compañero se había comprado un motor con sus ahorros porque la universidad que lo había becado quedaba muy lejos y como él sabía que me fascinaba la bicicleta me escogió a mí por encima de la crítica y las pataletas de los demás. Era una Peugeot de ruta, amarilla, con gomas aro 26, todos los accesorios marca Shimano y veintiún cambios. Un avión. En ella me transportaba continuamente por las calles de la capital, a toda hora, con o sin tráfico, acompañado todo el tiempo con mi música. Los Walkman nunca me los apeaba de encima, lamentablemente no existían los CD y mucho menos los MP3, pero con mis cintas TDK o Maxwell de sesenta o noventa minutos, tenía tiempo de sobra para llegar donde quería ambientado con la mejor selección de rock gótico, hard rock, glam rock, glam metal, y hasta alguna que otra cosa de pop rock. Con alguna diligencia que hacer o simplemente para dar pedales sin rumbo fijo, salía cuadrúpedamente a disfrutar del placer inmenso que produce la mortal combinación de montar bicicleta y escuchar música,

y digo mortal porque no fue una ni dos veces que la gente me hizo señales en las calles o me sermoneaba en los semáforos para advertirme que no debía montar bicicleta con los audífonos por el nivel de abstracción que eso conllevaba, donde ni siquiera los bocinazos de los vehículos a punto de chocarme podía escuchar. Lo sabía, pero no me importaba. Precisamente eso era lo que

salía a buscar a la calle montado en mi bicicleta. Abstracción total del mundo que me rodeaba. Un anacoreta montado en dos ruedas con ganas de purgarse de todo lo mundano, aunque en mi caso algunos placeres del submundo formara parte todavía de la dieta principal. Pero nada, ahí estaba, viviendo mi quinta vida, las otras en el olvido, tal y como lo quería la santa de doña Nieves y dispuesto a seguir así hasta el final de esta última vida que me había tocado y que pensaba en lo más profundo de mi oscura alma, sería en verdad la última.

Cuando salía de la calle Hostos casi esquina Salomé Ureña, de lo que entendía que era mi nuevo hogar, palabra un tanto noble para este nido de vampiros y que se acomoda más a lo que doña Nieves ofrecía en su cálido y perfumado hogar, en fin, cuando salía montado en mi carruaje alado de dos ruedas me sentía como un pájaro volando libre y alegre luego de una noche de lluvia incesante, mientras se unta de la calidez de los rayos de sol que lo secan del húmedo y solitario frío de la noche. Bajaba derecho por gravedad en la calle Hostos sintiendo la rugosa e irregular

superficie de los adoquines, devolviendo la mirada lúgubre de aquellos edificios coloniales, aspirando el rancio aroma cargado de historia que se le mete a uno por las narices, aunque no respire, dando pedales lenta o violentamente, dependiendo de mi humor y el ritmo de la música en mi walkman, fluyendo, como una pluma sin rumbo y sin mayores pretensiones que la de vivir el momento.

Atravesaba la calle El Conde mirando casi siempre a la derecha, hacia el Parque Independencia, como buscando respuestas a mi condición y a la de todos los jóvenes como yo, en aquellos restos polvorientos enterrados en el olvido del Altar de la Patria, y seguía hacia abajo hasta llegar al parque Duarte, donde echaba una ojeada para ver si veía a alguien conocido en alguno de los colmados que pudiera brindarme una fría y un cigarrillo; quién sabe si algo más. Si no veía a nadie doblaba a la izquierda frente al Convento de los Dominicos, donde experimentaba el mismo sentimiento recurrente de pertenecer a aquella orden de vírgenes frailes y todo aquel mundo misterioso de la religión católica de aquellos tiempos, sin poder evitar la necia idea de haber conocido a Fray Antón de Montesinos o al Padre de las Casas y de haber defendido a nuestros indios del mal nacido de Diego Colón. Cuando pasaba por aquí bajo los efectos de algún

pichón de marihuana, las elucubraciones eran aún mayores y entonces me desmontaba de la bicicleta e imaginaba que vestía

largas túnicas y sandalias y que recorría los pasillos del convento detrás de alguna india en taparrabos.
Mientras me alejaba del lugar ahora transitando por la calle Padre Billini en dirección este, reflexionaba en eso de la iglesia, en el sentido de que para convertirnos en seres espirituales, no tenemos que esclavizarnos a los preceptos de una iglesia; me lo encontraba absurdo, porque entendía que para dedicarse a los asuntos del espíritu no había que estudiar, solo había que recogerse dentro de uno mismo, meditar, meditar mucho, hasta encontrar el verdadero significado de la existencia, la verdad absoluta, Dios; es decir, uno podía estudiar las escrituras pero no la verdad, podía estudiar y explicar los misterios de la iglesia pero no los de Dios, podía incluso estudiar la fe pero no la fuerza interior que mueve a los hombres santos, y en ese mismo tenor, podía estudiar los procedimientos y reglas para la confesión pero no la sensatez de muchos hombres para no cometer el pecado.
En aquellos momentos de "elevación" espiritual me parecía que el ser cura tenía su utilidad, o más bien sus privilegios, como por ejemplo el corretear a vírgenes en taparrabos.
Al llegar a la calle Arzobispo Meriño hacía un giro a la derecha, percatándome ansiosamente, como si estuviera pasando inventario a algún tesoro personal, de que la ventana germinada de estilo gótico isabelino en la fachada de la Casa de Tostado, única en América, todavía estaba ahí y de inmediato hacía un link cerebral con uno de los dueños de esta mansión colonial,

el hijo de Francisco de Tostado, Francisco Tostado de la Peña, recordando algunos versos saltados de lo que fue el primer soneto escrito en América. Lástima que el infeliz muriera literalmente tostado bajo el fuego de una bala de cañón disparada por el pirata Francis Drake en la toma de Santo Domingo del 1586. Luego de constatar que la preciosa mampostería de esta ventana del pasado estaba intacta sobre el gran portal de cantería que se erguía sobre la acera, seguía mi camino por la Meriño hasta Casa de Teatro; allí amarraba mi bicicleta a una de las rejas de las ventanas y entraba a mi otra casa (porque así lo sentíamos todos los escritores, músicos, pintores, actores, bohemios, filósofos y artistas de la capital) para ver si me encontraba con algún concierto en vivo de algún grupo local, alguna exposición de pintura o fotografía,

alguna obra de teatro o, de nuevo, alguien conocido que me hiciera la noche más ligera con alguna fría o un pase de yerba. Casi siempre encontraba algo que ver o escuchar y en medio de aquella ciudadanía bohemia que frecuentaba ese santuario artístico, se me pasaban las horas entre imágenes, notas, versos, lecturas y críticas de todo tipo. Allí me quedaba, levitando con mis dos alas entre todos, como llevado por el viento, escuchando sin escuchar todas las nuevas teorías del arte dramático actual, de la narrativa contemporánea y las nuevas corrientes musicales presentes en los músicos del país, de las voces oficiales de los gurúes andantes de la secular hermandad artística. No me molestaba para nada estar

allí, todo lo contrario, me sentía como un adorno imprescindible de aquella estancia cultural, aletargado en el tiempo, acariciado por el olor a ocre que lo embadurnaba todo, recostado de una pared o embutido en un rincón cualquiera, perteneciendo a la historia. De vez en cuando algún fantasmagórico ser vestido de negro hasta las coyunturas, me reconocía y me alababa por las letras de las canciones de mi grupo y en general por mi estilo y el de los muchachos. Casi siempre góticos que me empalagaban hasta la saciedad con el oscuro discurso sobre la muerte en vida. Les escuchaba ausente, dejando que sus palabras resbalaran por la lisa superficie de mi desinterés, para después de unos minutos sacarle los pies con un oportuno y cínico "gracias hermano", mientras cambiaba de lugar. En esos días no me imaginaba que después del primer concierto del Drake's (no el de la reina Isabel) tocaríamos también semanalmente en Casa de Teatro, convirtiéndonos en uno de los grupos locales más pegados del momento. Pero esa es otra historia.

Después de salir de Casa de Teatro seguía pedaleando hacia la Arzobispo Portes, luego la calle Isabel La Católica, y me vuelven las cábalas en torno a la iglesia, los reyes católicos, la colonización, la matanza de los indios y termino odiando a los españoles y a todo el sistema monárquico como si aquello hubiera ocurrido ayer, hago una vuelta en la Padre Billini de nuevo y entro en la calle Las Damas; me devuelvo hacia el sur y paso frente a la Fortaleza Ozama donde casi siempre entro para

recorrer sistemáticamente sus jardines, sus salones, sus terrazas, sus cámaras ocultas, sus angostos pasadizos y me embadurno de aquella romántica y cruda atmósfera para terminar sentado en alguno de sus rincones escribiendo algún párrafo, algún verso o
170
alguna canción. Me fascinaba pegar mi cara a la húmeda y fresca superficie de las paredes de un metro de espesor, hechas con rocas de coral y cemento de arcilla, yeso, cal, y la sangre de cientos de esclavos indígenas, para escuchar el casi inaudible murmullo que reclamaba a todas las naciones que habían intervenido la isla y hecho ondear sus banderas en lo alto de su torre.

Cuando recorro esta calle casi siempre me encuentro en un estado de ensueño que hace juego con las barrocas fachadas de sus edificios, su neoclasicismo en otras, la belleza de sus arcos romanos diseminados entre patios españoles, y casi siempre me asalta un sentimiento de soledad y la necesidad inminente de abrazar a alguien con senos. Por lo regular paso cerca del reloj de sol y veo la cara que da al sureste si es de mañana o la del suroeste si es de tarde, para saber la hora y determinar más o menos el curso de mi viaje. Parece mentira, pero los pequeños gnómones no mienten y casi siempre dan un valor muy aproximado del tiempo. Pienso en el Rolex y no le encuentro sentido.

En otras ocasiones, cuando salgo de Casa de Teatro y no doblo por Las Damas, sigo derecho por La Isabel La Católica y hago una parada en el Parque Colón para sentarme en alguno de los

bancos y darle de comer a las palomas. Aunque enfrente tengo la inquisidora mirada de La Catedral Santa María La Menor (la primada de América en mentir a sus fieles) y sus catorce capillas laterales, no sucumbo a las reflexiones de tipo místico porque mi atención siempre está centrada en la bola de cañón que quedó empotrada a dieciséis metros de altura sobre el techo de la nave derecha, durante el saqueo del pirata Francis Drake. Entonces me viene a la mente Macondo y el día en que José Arcadio Buendía encontró "el enorme galeón español" en medio de la selva suramericana, que según lo que contaba la historia pertenecía a Francis Drake cuando invadió Riohacha. Me imagino que soy el mismísimo Francis Drake, rodeado de tesoros y bellas mujeres, y me veo correteando por uno de los largos y sombríos pasillos de la catedral rechinando mi sable contra los muros de piedra, detrás de una monja de pelo largo y negro que huye despavorida para no ser violada.

El final de cualquiera de los dos caminos, el de la calle de Las Damas o el de la Isabel la Católica, me lleva siempre directo al repetido destino de todo el recorrido, no importa si es de noche o de día: el Drake's.

171

A todos les resulta natural verme llegar a cualquier hora montado en mi bicicleta Peugeot amarilla. De hecho, nos ven como a una sola persona, como cuando los españoles llegaron a la isla montados en sus caballos y los indios pensaban que era un

solo ser. Ya aquí, me encontraba con alguno de los muchachos, conocidos, fans que me convidaban, de nuevo, alguna fría u otra cosa y otras veces simplemente me retiraba a algún rincón del bar a meditar, como aquella vez que John me encontró al otro día cuando abría en la tarde, sentado en el piso de la tarima elevada sobre las piedras; estaba con las piernas cruzadas, en la misma posición que me dejó la noche anterior, con los ojos entornados hacia el techo y emitiendo un zumbido extraño como una nota de bajo. John se asustó tanto que prefirió dejarme así y esperar a que los muchachos llegaran y comenzáramos a tocar.

—Este muchacho es bien raro —dijo con su acento gringo.

Cuando los muchachos llegaron le dijeron que no se preocupara, que seguramente estaba escribiendo otra canción.

—Pero si no ha escrito una letra – machacó John.

—A Gabriel no le hace falta papel y tinta, todo está en su cabeza —le contestó Lisa, sonriendo.

Efectivamente, esa noche, a la hora en punto, abrí mis ojos, me incorporé sobre mis piernas entumecidas y pedí una cerveza. El sonido estaba listo, les expliqué algunas notas en mi guitarra a los muchachos e improvisamos una canción nueva que volvió locos a todos, incluyendo a John, que no creía que hubiera estado todas esas horas escribiendo en mi mente.

CAPÍTULO 3

Elodia hace que todos se sueñen en un mismo sueño

Arca de Ángeles

Recuerdo aquel día en la loma. Él estaba allá arriba, al lado del molino arreglando la válvula de salida. Cuando me vio se sonrió y en un gesto de entrañable amor me invitó mudamente a que lo acompañara. Recuerdo las venas en sus manos; eran como grandes tuberías, como las que bajaban al centro del pueblo y se dividían en otras más pequeñas para llevar el agua a cada una de las casas. Sus manos se movían como las aspas del molino, grandes y acompasadas, realizaban minuciosamente la labor de mantenimiento, ajustando todo el sistema con una precisión que rayaba en la obsesión, pero al mismo tiempo con un comedimiento absoluto que demostraba su desapego ante lo que hacía. Cada tarea que realizaba era la primera y la última de la lista. Por eso nunca lo vi desesperar ni pelear con el resultado de sus trabajos. Él simplemente hacía lo que tenía que hacer y al final, si no estaba satisfecho con el producto, se alejaba de la situación, quizá a la hamaca, y entonces comenzaba de nuevo.
Así me lo expresó ese día al terminar de ajustar la válvula que parecía un corazón latiendo y dando vida a todo el pueblo, cuando le pregunté cómo había podido inventar tal cosa.
—Hijo, a veces no te das cuenta de lo que has hecho hasta que lo has terminado. Solo el tiempo puede decidir si está bien o no. Otras veces no sabes ni cómo empezar. Pero lo más importante de todo es creer. Cuando crees todo se puede.
En ese momento abrió la válvula a toda su capacidad y se

pudo escuchar la presión del agua correr libremente a través de la tubería principal y segundos después las voces saliendo a tropel de las casas, en franca algarabía.

174

—Tu abuelo Desiderio, me lo decía: "este mundo tal como lo vemos, el mundo que vivimos todos los días, aunque lo veamos lleno de realismo, también está lleno de fantasía y sobre todo de magia". Cuando crees en esa magia —continuó diciendo — trabajas incansablemente y cuando trabajas incansablemente, las ideas te vienen a la mente, las cosas se materializan sin darse cuenta, y cuando esto sucede, vuelves a creer. Sin embargo, solo cuando beneficias a otros, cuando el resultado de tu obra toca el corazón, el estómago o la mente de los demás, solo ahí, en ese preciso momento, es cuando has terminado y puedes sentirte satisfecho de lo creado. Entonces sientes una cosquillita que recorre todo tu cuerpo y en especial en el centro de tu pecho, que te hace sentir feliz y realizado: se ha cerrado el círculo de la vida y tú estás dentro de él.

Él me miró con su sonrisa de piano, me tocó en el hombro y me dijo: —no te preocupes, algún día lo entenderás.

—¿Pero, en qué tengo que creer? —le pregunté incrédulo.

—En tus sueños. Recuerda esto: nunca, pero nunca... dejes de soñar.

—¿Y si no tengo sueños? —proseguí con insistencia.

—Claro que los tienes, todos los tenemos; el problema es

que la gente los olvida, o peor, no cree en ellos. — Y mientras me daba unos golpecitos en el pecho, en el mismo lugar del segundo pelo, y sus ojos me iluminaban con su verde esperanza, me dijo —Además, esa semilla es de calidad y algún día habrá de germinar.

Francamente todavía no lo he entendido. No entiendo por qué se fue, por qué nos dejó solos, por qué nos abandonó en la loma. Todo habría sido tan diferente. Cómo quisiera verte reír con tu carcajada de trueno cuando le tumbaba el pulso a Derecho; cómo quisiera que me llevaras contigo a través de los tupidos y húmedos trillos de la siembra de cacao y me abrieras una de las mazorcas para embarrarme de su dulce contenido, mientras me decías que eso era lo que comían los hombres fuertes y de corazón dulce. ¿Por qué nos abandonaste, papá? Sabes que sin ti no podemos vivir. ¿Cómo nos la vamos a arreglar ahora? ¿Dónde estará ese maldito Antero? Él es el responsable.

***

Aunque se sentía más ligero de pecho, Manrique no podía evadir los pensamientos recurrentes de su viejo roble, Salvador. Veterano parecía duplicar su pensamiento porque caminaba embotado, sin ningún rumbo por las calles de San Felipe. Así siguieron dando vueltas, hacia arriba y hacia abajo, arando sus recuerdos, hasta que llegaron a la entrada de la casa del ensanche. De vuelta en casa de los abuelos, todo transcurría como

siempre: en medio de la eterna desaparición de uno de los Quimera. Elodia estaba consciente de esa condición, y por eso, desde el momento que conoció a Salvador tuvo que aprender a mimetizar sus sentimientos con una ciega pasión que le permitía vivir en el tiempo real de las cosas mientras vivía su realidad. Por eso en este momento se había dedicado al reinado dentro de su concha, cuidando de las flores sin permitir que los pelos retorcidos afectaran su mundo intemporal.

La situación de Telma era diferente. Después de todo era una Quimera. Al igual que Luis, Ángel y Américo, no sintió el insoportable dolor en el centro del alma que había experimentado Manrique después de la desaparición de su padre. Para exorcizarlo, lo que hizo fue sustituir ese incipiente designio de su naturaleza por una vocación que desde temprana edad se había materializado en sus genes y la hacía feliz. Telma no hablaba mucho pero su incontrolable apetito por el saber la había llevado a leer y por ende a escribir apasionadamente. Para este tiempo Telma paría más versos por día que abejas obreras por una reina.

Cuando Manrique llegó a la casa del ensanche, Elodia estaba como una premonición esperando en la mecedora de sus recuerdos. Al ver a Manrique entrando por el portón de la propiedad, quedó en su sitio, rezó un ave María y luego se incorporó para recibirlo con los brazos abiertos y una muestra de sonrisa que había ensayado algunos quince años atrás. Lo abrazó

tiernamente y le dirigió una mirada con una interrogante que lo decía todo.
—¿Y que tú querías que hiciera, mamá? Yo simplemente me dejé guiar por el destino y después tuve que mandarlo a la mierda.

—Pero... entonces... —musitó Elodia, impreso el fatalismo en sus ojos, tratando de concluir la explicación de Manrique.
—No mamá, Antero todavía está vivo. Pero si lo agarro le hubiera enderezado la joroba y lo hubiera puesto más derecho que los mismos marines gringos que pesqué en el naufragio.
—¡Ay, mi hijo! Dios ha querido que perdones a ese infeliz.
—¿Y quién ha dicho que lo perdoné? Tú me dijiste que él fue el responsable de la desaparición de papá.
—Eso lo dijo doña Casilda, ¿Quién sabe si eso es verdad? Yo misma no estoy segura —y mientras dijo esto, un cuervo le pasó volando a una palma de mano de la cabeza revoloteándole el abundante cabello plateado. Entonces, viendo al pájaro que se alejaba, se acomodó el moño con el tallo de una flor que cortó de una maceta cercana, y le dijo ausente:
—Tu padre tuvo que viajar a su tierra, pero algún día volverá. El tal Antero no tiene nada que ver con esto.
Ese día Elodia hizo una de sus más apetecibles recetas, sazonadas con romero y pétalos de rosas. Mientras ella cocinaba sus sueños, aislada de todo, la situación política en el pueblo se

recrudecía aún más. Los grupos políticos y militares de la línea noroeste que luchaban en contra de la intervención, a sabiendas de que las tropas norteamericanas habían tenido numerosas bajas en el bochornoso naufragio del acorazado insignia, pero sobre todo, conscientes de que el desastre había causado más que el hundimiento del barco, un hundimiento moral entre los oficiales de mando y el mismo gobierno de los Estados Unidos, comenzaron a reorganizarse y a desplegar una ofensiva tanto intelectual como militar que comenzó a sentirse en todo el país. Pero los Estados Unidos no replegarían sus fuerzas tan fácilmente y mucho menos tratándose de un enemigo tan reducido como este. Por eso los marines aguardaban pacientemente y sin premura el refuerzo de sus tropas y la llegada de otro buque de guerra, el Memphis, que esta vez atracaría por el puerto de la capital en el sur de la isla.

El aroma de la comida llegó hasta el muelle; muchos curiosos merodearon la propiedad e incluso llegaron a externar algunos saludos desde la entrada en una solidaria muestra degustativa de sus intenciones. Hacia el mediodía la familia se sentó a la mesa como en los viejos tiempos, como la última vez que llegara Manrique de su fugaz encuentro con Antero, a compartir en

familia los últimos detalles de sus vidas. Elodia institucionalizó esta costumbre desde que dio a luz a su primer hijo. A partir de entonces, esta tradición se convirtió en un rito sagrado para los

Quimera que marcó siempre el inicio o el final de algo importante. Elodia intuía el momento exacto en que debía intervenir, y cuando las condiciones estaban dadas, se convertía en una sutil máquina gastronómica de mezclas y sazones, y sus sentidos actuaban independientemente de sus emociones, articulando como por arte de magia el perfecto balance de las comidas y concibiendo platos que levantaban hasta un muerto. Por eso siempre reservaban una silla vacía en la mesa para Salvador.
Al principio esta iniciativa molestó sobremanera a Pancho y Mina, pero con el tiempo se hizo una costumbre y sin darse cuenta, cualquiera de ellos estaba preparando el puesto virtual en la mesa y hasta intercambiando palabras con su ocupante.
—¿Probaste las arepitas de yuca, Salvador? Las hice por ti.
Le decía amorosamente Elodia a su Salvador.
—¿Y cómo está todo por allá? —le preguntaba Luis.
—¡Quiero que me termines de enseñar el funcionamiento del Molino, papá! —Le decía curiosamente Américo.
—¡Que buen mozo estás! —le participaba tímidamente de vez en cuando Telma.
Hasta Pancho llegó a comentarle la suerte que tenía de haberse casado con su hija. El único que no le dirigía la palabra era Manrique, que miraba incesantemente su silla vacía.
El menú para la ocasión fue caldo de gallina vieja al romero, empapado en un afrodisíaco efluvio de rosas, claveles y jazmines que Elodia misma había salido a cortar al jardín luego de una

preselección basada en el diálogo con las flores para pedir su consentimiento. Mientras la gallina esparcía toda su esencia saludable y diluía sus carnes entre el caldo afrodisíaco de los pétalos, Manrique contó a sus hermanos con su acostumbrada dosis de modestia y acompañado de algunos tragos de ron añejo, la hazaña del torneo de pesca deportiva de la calle del mar (que para él no había sido más que un deber), haciendo énfasis en la heroica proeza del pescador Emeterio, quien según él se había llevado todo el mérito del salvamento. Con relación a lo de Antero, se limitó a decir que "eso quedó enterrado en el olvido".
Al terminar la comida, Elodia se despidió como siempre de Salvador diciéndole: —hasta mañana amor.
178
Manrique, aturdido aún por la resaca de los últimos días, confundido por la irrealidad del mundo de los vivos y los muertos, se levantó de repente y dio un manotazo en la mesa vociferando:
—¡Papá está muerto, déjalo ir mamá!
Elodia se paró de la mesa solemnemente; su piel de nácar se transformó en fulgurante rubí y mirando a Manrique con esa mirada que no se podía devolver, le dijo:
—¡Que sea la última vez que le faltes el respeto a tu padre en esta mesa!
Manrique se dio cuenta del error y asintió con su cabeza, de norte a sur, con la característica sumisión que corresponde a un

hijo en falta.
Esa noche, todos soñaron. Los sueños se entremezclaban como si se tratara de uno solo, como si no existiera la propiedad intelectual en los sueños. Todos coexistían como en la vida real manteniendo su propia identidad y cambiando a su antojo la de los otros. Como Américo se acostó más temprano que los demás fue el primero que inició la secuencia soñográfica de los sueños. Él estaba soñando que arreglaba una máquina de escribir gigante y que con cada teclazo que daba afloraba una nota musical. Por otro lado, Ángel soñaba que hacía pilas interminables de monedas de oro y que de alguna manera extraía música de ellas. Telma soñó que escribía canciones. Soñó que las letras le brotaban de una de las líneas de la palma de la mano izquierda y se pegaban al papel en un orden que ni ella misma comprendía, pero que juntas conformaban un grupo de letras de incomparable rima y belleza melódica. Luis soñó que escuchaba un coro celestial que le anunciaba los secretos de la vida y que las voces salían por su boca como si fuera él que las cantara. Elodia soñó que bailaba con Salvador en medio de una nube de pétalos de clavel.
Al principio cada uno soñaba por separado, pero al alcanzar el delta profundo, a la música de Américo se sumó la de Ángel que había hecho una maraca de monedas que se acompasaba a las teclas de su hermano. A este ritmo improvisado se le sumaron las letras de Telma que salían a su vez de la boca de Luis. Después de orquestada la sublime melodía, Elodia y Salvador entraron a

escenario y protagonizaron el baile central.
Pese a que estaban durmiendo en camas diferentes, en habitaciones separadas, todos participaban simultáneamente en

el sueño colectivo; y lo mejor de todo es que estaban conscientes de ese detalle, porque cada vez que entraba uno a escena, los otros se miraban y le daban la bienvenida, de la misma forma en que lo hacen los músicos de una banda de jazz cuando improvisan y alguno de los integrantes hace un buen solo; entonces se producían esas miradas de compinche, de cómplice discreto que consienten y reconocen a los colegas.
Manrique tardó en unirse al convite onírico, pero finalmente soñó que salía con un pescador en una góndola y que pescaban un tiburón blanco inmenso, que luego llevarían al centro del pueblo donde sus hermanos, su padre y su madre bajarían al ritmo de una música celestial para disfrutar de la repartición del continental pescado entre todos los habitantes del pueblo. Entonces el pequeño convite se volvió una celebración multitudinaria del pueblo, donde todos bailaban y comían al ritmo de la música de los Quimera. El tiburón, que cocinó Elodia al vapor y limón era tan grande que dio para que todos comieran ese día, aparte de lo que cada uno se llevó y sirvió como plato principal para toda la familia por una semana completa. Todos los ciudadanos de San Felipe estaban presentes en el sueño, menos los marines norteamericanos. Pero solo los Quimera se sabían en

un mismo sueño; incluso a la mañana siguiente, cuando todavía en trance, con un gesto de mutua complicidad cada uno fue retomando consecutivamente su instrumento cotidiano de la vida real, Américo las máquinas de escribir, Ángel sus negocios, Telma su pluma y papel, Luis sus pensamientos, Elodia su cocina y Manrique sus sueños.

—Anoche sonaba más bonito —dijo Telma a Américo, que probaba una máquina de escribir en su taller, mientras Elodia preparaba una de sus famosas recetas de pescado entero al vapor envuelto en lirios con limón.

***

Manrique y Telma se pasaban las tardes debajo del mango. Telma no se cansaba de leerle a su hermano mientras él, como un monarca analfabeto, escuchaba aquel lenguaje universal capaz de recrear mundos fantásticos, pero al mismo tiempo tan reales como sus propios sueños.

Para Manrique eran como canciones de cuna que lo sedaban; estas voces escritas le atravesaban la piel y llegaban a las venas y a las arterias e inundaban su flujo sanguíneo, así como a las bestias salvajes en cautiverio cuando les disparan sedantes para tranquilizarlas y poder curarlas.

De todos los relatos y poemas escritos por Telma, a pesar de que, desde el punto estético no era el mejor, uno en particular le caló hondo a Manrique.

No son las raíces vacías
Sino la herencia fecunda,
No es la ausencia de savia
Sino la abundancia de fe,
No son las hojas caídas
Sino un amigo en el tiempo,
No es la falta de sombra
Sino el suelo abonado,
No son las ramas mutiladas
Sino la esperanza encontrada,
No es el tronco raído
Sino la madera perenne,
No es dejar de respirar
Sino dar aliento,
No es querer seguir creciendo
Sino haber crecido,
No es el árbol seco y olvidado
Es el alma plena e iluminada.

Aunque Manrique escuchaba las voces escritas de Telma como en otro idioma, este poema en particular le iluminó el alma. De alguna forma había entendido palabra por palabra lo que Telma le había querido decir y entonces una lágrima dulce que salió de su ojo izquierdo le subió por la frente y levitó hacia

el cielo hasta que se evaporó. Después de esa tarde la cólera y el añejo rencor de Manrique fue traduciéndose paulatinamente en una apacible tranquilidad que no dejó de levantar sospechas entre sus hermanos, sus abuelos, y sobre todo en Elodia, que se sentía como en el ojo de un huracán.

Una de esas tardes Manrique conoció a don Américo Lugo.

La empatía fue inmediata. Don Américo le recordaba a su padre a pesar de que no se parecían en nada. Don Américo no

sabía ni siquiera utilizar un machete, por el contrario, vestía inmaculadamente con saco y corbata y en vez de rugosos callos en las palmas de las manos, (como los que usaba su padre para pulir los tablones de roble), tenía dos diminutos ojos de gallo en el dedo índice y el pulgar por el uso de la pluma.

Don Américo seguía bombardeando con civismo a los interventores en una guerra moralista que se había propagado entre la mayoría de los intelectuales del país. Antes no pudo conocer a Manrique por sus repentinas fugas y andanzas con Antero, y ahora que se había enterado de la hazaña con el acorazado, las actividades políticas del momento no le habían permitido cumplir con sus visitas semanales y consumar el encuentro. Pero esta visita no se podía aplazar más.

—Entonces usted es el pescador de gringos —le dijo mientras le daba un fuerte abrazo a Manrique. —Para mí es un placer conocer a un Quimera que pasará a la historia por haber sacado

a los gringos del país sin tirar un tiro.
Manrique notaba la misma fluidez de Telma para escribir en los labios del ilustre amigo de la familia.
—Tú no te imaginas lo que has hecho muchacho. Vamos adentro que lo que voy a decir no se puede decir en voz alta.
Le tiró una mano por encima del hombro a Manrique, mientras le tendía el otro brazo a Telma para tomarla de la mano.
En la mesa, con los abuelos, los hermanos y Elodia, don Américo contó lo que había sucedido.
Luego del naufragio del acorazado norteamericano y la acción heroica de muchos ciudadanos de San Felipe, en especial la de Manrique y la del pescador Emeterio Sánchez, lejos de lo que pensaban los diferentes sectores en contra de la intervención, en el sentido de que los criollos habían despatriotizado la causa al ayudar a los invasores, este hecho desdijo mucho del poderío norteamericano y resquebrajó moralmente sus filas, provocando en todo el país una agitación espontánea que exaltó el sentimiento nacionalista, soliviantando primero a diferentes sectores del pueblo, luego a la región y finalmente a todo el país, con la rapidez contagiosa con que los rumores convierten los hechos en actos sublimes y luego en ideales incorruptibles.
El rigor mortis que se había pegado como un bostezo a la cara de todos en el país se transmutó de nuevo y los rasgos típicos de la desilusión y el pesimismo fueron cambiando sutilmente

por expresiones de voluntad, determinación y arrojo. Hasta los sectores que tradicionalmente antagonizaban se unieron a esta fiesta nacional.

Lo contrario sucedía con los invasores. Aquella actitud prepotente y de superioridad frente a los isleños cuando patrullaban las calles del país, rebajándolos incluso a situaciones tan engorrosas como la de recoger basura para sancionar cualquier acto de desobediencia, por el simple hecho de humillarlos públicamente, también fue cambiando, y entonces podía verse un típico isleño de tez oscura blandiendo sus dos puños con valentía y coraje frente a la trémula cara descolorida con ojos azules que no se atrevía siquiera a levantar su fusil para terminar de llevar a cabo la orden. Años después saldrían a la luz pública una serie de fotografías que darían la vuelta al mundo e inmortalizarían a través del sagaz lente del fotógrafo aquellos momentos de reivindicación y gallardía patriótica.

—De manera que este es un momento para celebrar —dijo don Américo con acentuado entusiasmo, mientras sus amigos se miraban entre sí recordando quizá un sueño común.

Don Américo le planteó a Manrique la necesidad de hacer recorridos en los campos y la periferia de la ciudad para darse a conocer y avivar aún más la llama patriótica y le mostró un itinerario que daba inicio en esa misma semana.

Manrique no estaba convencido de eso, nunca le gustó la propaganda, de hecho, le gustaba pasar desapercibido en todo.

Se necesitarían algunas visitas más de don Américo para convencer al tozudo Manrique para que se uniera a la causa. La última se dio cuando Manrique le confesó que desde que su padre desapareció no creía en ninguna empresa y que el asunto del acorazado no había sido ningún acto heroico ni mucho menos: "yo hice lo que tenía que hacer y más nada".

Don Américo le contestó con la misma tranquilidad con la que acostumbraba hablarle su padre:

—Entiendo lo que dices Manrique, pero lamento contradecirte. Eso no es lo que piensan los miles y miles de compatriotas que se han levantado en armas luego de escuchar las historias de un valeroso hombre armado de su sable que salvó a cientos de marines gringos. Lo único que te puedo decir es lo siguiente: a veces no te das cuenta de lo has hecho hasta que lo has terminado —estas palabras le parecían conocidas—.

Mira bien dentro de ti y escucha atentamente lo que te dicta tu conciencia. Ahora tienes que decidir tu propio camino y emprender la marcha sin mirar atrás. Solo tienes que creer.

Manrique sintió un fuerte retorcijón en el pecho cuando escuchó esta frase tan familiar, tan olvidada, mientras le parecía ver en los ojos de don Américo el mismo color esperanza de los ojos de su padre.

Don Américo, estudiando detenidamente la expresión todavía vacilante de Manrique, dijo:

—Además, necesitamos un mensajero y nadie tiene un caballo tan fuerte y veloz como el tuyo, Manrique.
Manrique quedó pensativo unos minutos que para él mismo fueron horas, y pensando en las palabras de su padre cuando estaban en el molino aquella tarde, miró a Veterano por la ventana del comedor, que por la forma en que le devolvía la mirada parecía como si entendiera la conversación, y le dijo:
—Bueno, si es a trabajar que vamos, lo voy a pensar.
***
Arca de ángeles se había convertido en una leyenda y yo como su guía supremo, el arcángel, volaba incuestionable, imperecedero, indestructible, intocable, etéreo, sutil, por encima de las cabezas de todos los mortales que me besaban los pies y se dejaban acariciar por la melodía de mis alas, de mis notas, de mis letras divinas que anunciaban los secretos de la oscuridad perfecta, el sublime satori, la verdad única, volaba a miles de metros de mis vidas pasadas, de las familias falsas y los orfanatos, de las calles sucias y del pulcro y perfumado hogar de doña Nieves, de mis recuerdos, de mis sueños, y nadie podía llegar ahora donde estaba, nadie podía alcanzarme en estas alturas porque nadie había llegado hasta aquí, nadie estaba tan alto ahora como yo, porque yo y solo yo conocía los secretos para volar tan alto y para respirar donde no existe el aire, donde el oxígeno es una pasta que te tienes que untar en la piel para poder sobrevivir, ahora estaba solo donde el sol no llegaba, solo con la luna, mi eterna

acompañante de la noche fría y oscura, la fiel sacerdotisa de mi insomnio, que ríe y llora, crece y decrece a mi lado sin objetar nada y me cuida y está alta igual que yo, inalcanzable, alta en la

altura de mis ideas, de mis canciones, de mis notas, de mi nota, de la marihuana que me hace subir y subir y quedarme alto, bien alto, sin escaleras, volando, volando, volando, viendo a todos lejos, bien lejos como puntitos dispersos que saltan tratando de alcanzarme, incluso a mis panas, Luis, René, Iván y Lisa que ya no me veían caminando porque cuando no estaba sobre dos ruedas estaba con mis alas de par en par, expandidas hacia el vacío oscuro de nuestros pensamientos, pero no eran solamente ellos que me veían desde abajo, todos en general, los ateos, los creyentes, los envidiosos, los emuladores, los adoradores, los enamorados, los fans, las mujeres, los hombres, todos ellos ya no veían a un simple mortal como ellos sino a un semidiós, un lucumón con dos grandes alas en vez de brazos y gomas en vez de piernas, por eso casi siempre andaba sin camisa, sobre todo de día, no porque me gustara mostrar mis grandes remos alados sino porque si me vestía el torso no podía expandir mis alas a todo lo largo y me sentía dentro de una jaula angosta, preso, preso de la mediocridad y el conformismo, sin poder sentir en mis plumas de la inocencia el calor de los cercanos rayos del sol que me calientan y me llenan de energía vital, por eso siempre andaba semidesnudo y no por otra cosa, algunos pensaban que lo hacía a propósito,

por exhibicionista o por radical, pero no era esa la razón, como no lo era al usar ropa negra, no lo hacía por congeniarme con mis amigos oscuros, o por expresar a través de la ausencia de color mi devoción por la cultura gótica, lo hacía precisamente por demostrarme a mí mismo la ausencia de esperanza, de vida en mi vida, de sueños, lo hacía para congeniarme con la muerte que subyacía en mi alma, qué perdidos estaban aquellos que se la pasaban criticándome, pero esos eran los menos, así lo creía yo desde mis alturas, en realidad no le daba mucha importancia porque estaba enclaustrado en mi propio mundo y nada de lo que viniera de fuera, del mundo exterior me afectaba ni positiva ni negativamente, solo fluía, y subía, subía, alto, bien alto, sin escaleras, volando, volando, volando por encima de todo.

Y en esa onda me pasaron varios años por encima y no me di cuenta, el tiempo, maldito tiempo que siempre se las arregla para irse delante de nosotros, por eso creo que todo el mundo vive en el pasado, porque el tiempo está más allá del presente, todos menos yo que no puedo volver a lo ocurrido, que no puedo mirar atrás, por eso vivo en mi limbo, un espacio privado

entre el pasado y el presente, lejos del maldito tiempo que se me va delante sin darme cuenta, ya quisiera encontrarme con él en persona para echar una carrera desde un punto neutro que bien pudiera ser mi limbo personal y ver quien gana, pero allá él, que siga con su premura, yo seguiré a mi ritmo, el de la

indiferencia, sin importarme llegar, sin importarme salir, como lo he hecho en estos últimos años, recorriendo las mismas calles de la ciudad colonial, rodando sobre los mismos adoquines, viendo las mismas fachadas, teniendo las mismas fantasías en los pasillos de cualquier catedral, sintiendo el fresco y húmedo aliento de las piedras de alguna fortaleza, peleando con piratas y terminando por defecto en Casa de Teatro, en el Drake's o en algún bar nuevo que abriera sus puertas justo cuando yo pasara por enfrente en mi bicicleta amarilla.

Por supuesto, por más alto que estuviera en mis vuelos nocturnos existía una persona que no podía ver desde arriba como puntitos sino desde abajo como una montaña inalcanzable y esa persona era la santa doña Nieves; no volví a saber de ella, a propósito, quizá, para que no se muriera de estupor al ver en lo que me había convertido, en qué espectro alado había nacido del huevo putrefacto de la desilusión, no podía ahora aparecerme de repente y darle las gracias por todo, por eso me había autoexiliado del hogar, del único hogar que tuve en todas mis vidas y me calentó más que el sol y me abrigó más que la luna y me alumbró más que la luz al final del túnel que siempre terminaba siendo un maldito tren de cien vagones. Ya no podía volver. Tenía que entregarme por completo a la oscuridad total, a las tinieblas de mi vampiresca sociedad con la noche, a la soledad, una soledad que no admitía compañía ni siquiera en las tarimas del Drake's o en el desenfrenado escenario de Casa de Teatro

donde cientos de personas me empalagaban con sus efusiones de envidia y adoración, donde me dejaba embeber por el éxtasis de mi música, de los ojos venidos de las muchachas cuando entonaba mis canciones, de sus gritos inverosímiles de placer, de las manos de todo un público excitado al verme de espaldas, el torso desnudo mostrando mis grandes alas negras a punto de desplegarse y volar hacia ellos con los brazos abiertos y caer de espaldas sobre sus manos ventosas ansiosas para sostenerme por la cintura, por los brazos, por el cuello, por los glúteos, por las piernas y pasarme de palma en palma por un mar de gente

ávida de mí, tratando de succionar mi esencia y de transmitirme al mismo tiempo el gozo de sus almas, hasta recorrer todo el ámbito para volver a depositarme sano y salvo en el escenario y seguir admirándome, ni siquiera en esos momentos me sentía acompañado.

Así permanecí anquilosado a mi quinta vida, adherido a aquel mugroso sofá en medio de aquella estancia oscura y mohosa de la calle Hostos, que nos sirvió a todos de refugio, de vivienda no así de hogar, flotando, sin ninguna razón de ser, de haber sido o de seré, hasta que me encontré aquella noche en uno de los bares de mi ciudad colonizada con Charly, Charly Mataperros, o podría decir Charly Escobar, como decía el acta de nacimiento que había comprado.

***

Esa noche, sin razón aparente, penetré en la cargada atmósfera de un bar discoteca que no conocía y que nunca me había llamado la atención por la música y la gente que lo frecuentaba, un ambiente poco inteligente para mi gusto, aunque en realidad pienso que le huía a la música criolla y al alegre contoneo de aquellos fanáticos de la felicidad. Más que por curiosidad, entré por la desidia elemental que hace que uno haga cosas estúpidas, mirar por un hoyuelo en la puerta de un baño público o en un día aburrido tirarle piedrecillas a un lagarto sin el objetivo de pegárselas, pero atinando finalmente al blanco y dejando al pobre animalito sin cola o inválido. De la misma manera, cuando iba pasando por la calle Isabel la Católica en mi vuelo de reconocimiento nocturno de las calles de la Colonia, entré a ese patíbulo de hombres y mujeres condenados a la más extraña y colorida entrega de felicidad y placer: Charly Disco.

Me senté en el bar, pedí un vodka tonic, el trago por excelencia desde mi mudanza de casa de doña Nieves, aunque solo pude tomarlo (comprarlo) con frecuencia luego de nuestros éxitos musicales, y me dispuse a contemplar a estos primitivos devotos del epicureísmo popular.

Primero me fijé en sus ropas, los hombres con camisa manga larga, pantalón de algodón y zapatos de taco bajito con suela para poder resbalar los pies en la pista, algunos llevaban sombrero, la

mayoría, sin embargo, se hacía un curling con la mayor cantidad

posible de gelatina para el cabello que les hacía ver el pelo como un nido de tórtolas. Las mujeres por su lado eran más exuberantes, una blusita algunas veces amarradas en el ombligo, otras que caían por simple gravedad una, dos y a veces tres pulgadas por encima de la pretina del pantalón, siempre cumpliendo la regla de que se vieran el conjunto de carnes que rodea la cintura; la pieza de abajo variaba desde un pantalón largo completamente ceñido a la cintura y las piernas, o un hot pant que podía tener o no un roto en una de las nalgas para hacerlo más novedoso; las que usaban falda preferían mayormente minis, anchas y con dobleces, ajustadas y lisas, de piel o algodón, de cualquier manera pero siempre minis, que también eran las preferidas de los hombres sobre todo cuando las mujeres daban las vueltas de rigor en los pasos de merengue o salsa, y entonces dejaban ver bien claro la maciza constitución de sus nalgas y sus muslos, mientras movían violentamente de un lado a otro sus potentes caderas de látigo (no en pocas ocasiones, los hombres podían llevarse la sorpresa de la noche cuando al final de una de esas vueltas se percataban felizmente de la ausencia de ropa interior debajo de alguna mini). En ambos sexos el atuendo era generalmente muy colorido, aunque en el horario nocturno (porque el bar-disco abría desde las once de la mañana) como pude observar en muchas de las ocasiones que seguí frecuentándolo, cambiaban a tonos más oscuros y sugestivos. Aproximadamente a esa hora fue que entré esa noche, ideal para mi oscuro gusto.

Después de algún tiempo sentado en el bar, de alguna manera me sentí atraído por aquel derroche de alegría y erotismo combinados. Las notas musicales del tambor y el saxo se me metían por la piel y hacía que sudara deseo sin ni siquiera mover un dedo. La danza por otro lado, las vueltas, las minis, habían alterado mi parco humor y me hacía vibrar como un diapasón en la silla de aquel bar. Me sentía intoxicado, como otras veces, pero esta vez era diferente. Una lujuriosa sensación de curiosidad recorría todo mi cuerpo en busca de respuestas. Luego de un par de tragos más me encontré en medio de la pista bailando detrás de una de aquellas mulatas del amor que se contoneaba sola al ritmo de un merengue. No tenía ni puta idea de lo que estaba haciendo, de qué hacer con mis piernas o con mis brazos o con la cadera, menos aún de cómo armonizar aquellas partes

de mi cuerpo al ritmo de la música, y mucho menos no sabía qué hacer con aquel monumento de carne viva que se estremecía en frente de mí como si estuviera encendida en llamas. La gente comenzó a rodearnos y rápidamente hicieron un círculo en torno a nosotros conformando los límites del cuadrilátero donde se suponía que se debatirían dos portentos de la materia. Al principio mantuve la serenidad haciéndole coro a mi pareja y dando uno que otro paso de "calentamiento", pero después de unos cuantos compases, con la algarabía del público, los aplausos, las frases de aliento, la empatía que había desarrollado

hacia todos, los tragos de vodka tonic y un poco de gallardía, perdí la cordura y bailé desenfadadamente. Para qué describir la atrocidad que cometí en aquel sagrado mausoleo de la danza, lo único que puedo decir es que pronto mis adeptos se percataron de la cruel realidad, o mejor aún, de mi verdadera identidad, y como si hubieran reconocido al miembro de una logia enemiga por siglos, rompieron el círculo y se aglomeraron alrededor de la mujer. Yo, en medio de mi apasionado número no me di cuenta de nada de eso y entendí que se trataba de alguna costumbre para apoyar el sexo débil y proseguí con más fuerza mi interpretación. En un momento de esplendor máximo me quité la camisa y mostré mis alas, no lo hice por exhibicionismo, aunque en ese lugar parecía completamente normal el exhibirse, sino por el estado de éxtasis en el que me encontraba. Y bailé como nadie; sí, como nadie, porque hasta ese momento nadie en ese lugar había presenciado un show de tan mal gusto, unos pasos tan disparatados, un tan poco talento para el arte de la danza criolla, pero ahí estaba yo, más inspirado que nadie, y ahora dispuesto a demostrarle a mi contrincante que podía bailar mejor que ella. Lo de mi torso al desnudo no hizo más que enardecer los ánimos de mi antipúblico, y ya en otro tono, quizá demasiado molestos, comenzaron a burlarse despiadadamente de mí y de entonar consignas que en algunos casos resultaban amenazantes. Hice caso omiso, pensando que todo aquello era parte de la trama y aprovechando un solo de los tambores me

acerqué a la voluptuosa mulata, la cogí por las caderas, la pegué a mi cintura y comencé a dar golpes de barriga detrás de su trasero. Noté que se resistía, pero de nuevo, pensé que era parte de la tradición, y entonces la apreté con más fuerza y la sobé por todos lados dando riendas sueltas a mi sobrestimada vocación para la

danza. Lo último que recuerdo de ese momento es una luz roja en el cielo raso de la discoteca e inmediatamente el piso. Después de recobrado el conocimiento me di cuenta de que volaba por encima del suelo, pero no con mis alas, sino impulsado por los hercúleos brazos de dos gorilas que me sacaron a la fuerza del local y me tiraron a la acera. No entendía nada. Para mí todo estaba bien, había despertado quizá la envidia de algún macho de esos. Me levanté lentamente, todavía un poco turulato, sobando la parte adolorida de mi cabeza y cuando me disponía a marcharme sin ánimos de mostrar resistencia (a pesar de que ya contaba con seis pies y dos pulgadas) los dos gorilas reaparecieron me tomaron por los brazos y entraron de nuevo conmigo.

—¿Y ahora qué? —les dije con la boca estropajosa por los vodkas tonic —¿quieren bailar conmigo?

—Ven, jevito, que el jefe quiere verte.

—Pues se equivocó el jefe, porque yo no bailo con hombres.

Entonces lo vi. Estaba sentado en una mesa redonda a la derecha del fondo, como un rey, con su damisela y rodeado de

los caballeros de su corte. Al principio no me di cuenta de quién era hasta que los brazos me depositaron en una de las sillas y pude verlo de cerca cuando me dijo:

—Pero miren a quién tenemos aquí, nada más y nada menos que a Gabrielín. ¿y qué tú haces aquí muchachón? ¡Coño, tú si has crecido!

Fue cuando le vi el parche en el ojo y esa inolvidable sonrisa de medio lado que se le dibujaba permanentemente en su cara. No lo podía creer, después de tantos años, había vuelto, ¡Charly "Mataperros" había vuelto! Ahora me explicaba lo del nombre del bar.

Ahí estaba él, impecablemente vestido de punta en blanco. Un sombrero de capa de medio lado, igual que su sonrisa, zapatos Sebago, un fino bigote tipo Clark Gable que hacía juego con el diente de oro que sobresalía de su boca de tiburón y su parche, un parche más negro que la noche que le cubría el inmenso vacío que una vez habitaba un ojo que una vez mi perro Bucanero le cercenó de una mordida. Ahí estaba él, sentado en su trono de maleante de grandes ligas, graduado con honores en la más difícil carrera de la Universidad de la Calle, la de Ingeniería del Crimen Organizado, y por lo que parece, con un PHD en Biología de las Nuevas Drogas Ilegales.

En esos momentos pasó de todo por mi adolorida cabeza: le doy un par de codazos a los dos gorilas a mi lado, luego salto por

encima de la mesa y lo ahorco, o mejor cojo uno de los cuchillos de la mesa y le saco el único ojo bueno y así se queda ciego, o mejor me voy y cuando se vaya lo espero afuera y le doy una paliza para que se recuerde de todas las que me dio, o mejor... mejor me voy tranquilamente y olvido que esto pasó. Pero cuando me disponía a dar la espalda me encontré con que los dos gorilas todavía estaban de pie detrás de mí. Fue entonces cuando Charly hizo un ademán con sus manos, chasqueó los dedos y le ordenó a todos lo que estaban en la mesa que lo dejaran solo.

—Siéntate Gabriel (por primera vez no usaba el diminutivo), no te preocupes por esos manganzones, ellos hacen lo que yo les diga.

Yo acepté. El debió notar lo incómodo que me sentía, de hecho, debió descifrar mis pensamientos.

—Sé lo que está pasando ahora por tu mente. Pero el tiempo ha querido volver a encontrarnos. Olvídate del pasado.

Lo miraba fijamente a su ojo pensando en mi perro Bucanero, ese gran amigo que tanto me había costado olvidar.

—Mírame, Gabriel, yo soy el dueño de este lugar y de muchos otros más, y si me hubiera dado la gana te habría matado aquí mismo. Lo de mis muchachos fue una exageración, tú sabes, esos gorilas no piensan, pero si desde el principio hubiera sabido que eras tú no te habrían puesto un dedo encima.

Seguía mirándolo directamente al ojo y ya pensaba en Bucanero, como en los muchachos de la calle, como en Naomi,

en Bucanero de nuevo y me volvían a la mente maneras de acabar con él en ese preciso momento.

—Es increíble todo lo que pasamos juntos, nunca te traté bien, lo entiendo, pero eso fue parte de la inexperiencia de los pinos nuevos, ahora no soy así, soy un hombre respetable, del medio, entiendes, tengo que mostrar altura, mi hermano.

"Hermano". Esa palabra retumbó en mi cabeza y me sacó de mis cavilaciones. "Hermano". Y cuándo se comportó este hijo de la gran puta como mi hermano o como hermano de nadie.

—Tú sabes, Gabriel, yo he pensado mucho en ti, en lo que ocurrió entre nosotros y al igual que tú, en algún momento pensé en buscarte y matarte. Pero después, se me dieron ciertas cosas y mírame aquí, un hombre rico, elegante y sencillo, como

dice aquella canción. Y todo por ti. Y digo eso porque después de lo que pasó esa noche, me llevaron al hospital a curarme el ojo y allí conocí al que me metió en todo esto. Es decir que, en gran parte, todo lo que soy te lo debo a ti... y a la fiera de tu perro, por supuesto.

Yo estaba absorto. Sus últimas palabras me habían caído como un balde de agua fría y me habían paralizado hasta las intenciones. ¿Qué hacer? ¿Me levanto y me voy? ¿Lo ahorco, le saco el ojo, le doy la paliza? ¿Me rajo a dar gritos? Pero Charly me interrumpió de nuevo y...

—Así que esto es lo que hay Gabriel: tu perro me llevó el

ojo y yo te lleve a tu perro. Lo que quiere decir que tú no me debes ni yo te debo. Estamos a mano. ¿Qué te parece? —me dijo Charly Mataperros mientras me extendía su mano.

Volvieron los pensamientos asesinos a mi mente y el tiempo se detuvo. Su mano quedó en el aire por no sé cuántos siglos hasta que lo tomé por el brazo, lo llevé hasta la salida del bar amenazando a los gorilas y todos los que se nos metían en el medio con romperle el cuello, cosa muy probable debido a mi tamaño y corpulencia, y ya en la calle, le retorcí el pescuezo como un pollo.

Lamentablemente no fue tan fácil. Luego de unos segundos que Charly me extendiera su mano, desperté de la visión que acababa de tener y me sorprendí a mí mismo extendiendo mi mano y dándole un apretón que duró hasta que él llamó a la camarera para pedirle un par de vodka tonic. Sí, hasta tomaba lo mismo.

Ese primer trago me lo bebí de un tirón. Luego llegaron otros mientras Charly me contaba de su vida, y otros mientras Charly me preguntaba de la mía, y otros mientras yo contestaba estrictamente lo necesario y al final de muchos tragos más estábamos bailando en la pista con dos mulatas, él como un maestro, yo como un gringo desabrido, en medio de un círculo de hombres y mujeres que nos vitoreaban y nos motivaban a seguir la rumba.

Si mal no recuerdo, esa noche no dormí en casa de la calle

Hostos casi esquina Salomé Ureña.

192

***

Cuando llegué a la casa a eso de las seis de la tarde los muchachos ya habían investigado en los puestos de policías, en los hospitales y clínicas privadas, habían peinado la zona colonial y escudriñado todos sus rincones, empezando con el Drake's y terminando con Casa de Teatro, visitaron el centro de rehabilitación de drogas por si acaso alguien me había pillado más alto de la cuenta, preguntaron en un sanatorio de la llegada de algún loco nuevo e incluso fueron a la morgue. Pero nada. Yo no daba rastros por ninguna parte. A ellos les resultaba extraño porque nunca había estado una noche fuera de la casa sin previo aviso y además no había llamado ni dejado alguna nota para informar sobre mi paradero. En el fondo creo que se había desarrollado una enfermiza relación de dependencia, de adoración hacia mí (aunque suene poco modesto) y simplemente no aceptaban que me pudiera suceder algo malo.

Aunque creo que eso se aplicaría también a la manera de reaccionar de cualquier buen amigo. El asunto es que llegué a nuestro departamento de la calle Hostos casi esquina Salomé Ureña como si nada hubiera pasado, resacado, sin camisa, con uno que otro chupón en el cuello, atravesé la sala donde ellos estaban sentados mientras me miraban estupefactos y diciendo un lastimoso "buenos días" seguí derecho a uno de los aposentos

donde caí redondo en la cama.
Me tuvieron que despertar un par de horas después con una ducha fría para ir a tocar al Drake's, de emergencia, porque John estaba como el mismo diablo porque no habíamos tocado la noche anterior. Los muchachos lo calmaron diciéndole que tocaríamos una semana sin costo alguno porque yo me había enfermado de la garganta y no podía cantar.
Esa noche además de cantar, bailé. Los muchachos no entendieron la variante. Yo, que la mayoría de las veces permanecía de pie en el mismo sitio, agarrando el pedestal del micrófono casi inmóvil con el pie derecho recostado del muslo de la otra pierna, como un Flamenco en reposo, o como viera después que lo hacía el cantante de Deep Purple, me había tongoneado como nunca, ejecutando unos pasos muy originales evidentemente influenciados por Jim Morrison y Cuco Valoy.
Fue un poco extraño, pero al público y sobre todo a mi grupo

le gustó. Entiendo que ese fue el inicio de la inserción de otros ritmos musicales a nuestra música, el inicio de la fusión musical, lo que llamarían luego los musicólogos Rock-Gotico-Caribeño, o Gothicaribe.
No tengo que decir que los próximos años de mi vida transcurrieron entre la música oscura de los bares oscuros y mis parrandas con Charly "Mataperros" en "Charly Disco" y un sinnúmero de bares, discotecas y sitios de malamuerte que

visitamos cientos de veces los días que no tenía que tocar. De esa manera me fui olvidando de Charly "Mataperros" y conocí al actual Charly Escobar, el mentao.

Charly me contó que la noche que nos emboscaron a mí y a Bucanero, conoció a un hombre en la emergencia del hospital (cuyo nombre prefería omitirlo), que estaba herido de bala y los médicos atendían casi a punta de pistola. Dice Charly que cuando él llegó dando gritos y mentándole la madre a todos los médicos y enfermeras que le atendían el ojo herido, tumbando todo de las mesas de trabajo y dando patadas a quien se le paraba en el medio, por alguna razón el hombre se identificó de inmediato con él y obviando por completo su propio dolor se entregó a él dándole ánimos de todo tipo:

—Los hombres guapos no lloran —le decía—, aquí es que se sabe quién es un hombre y quién no; no te preocupes que a las mujeres les gustan los hombres con cicatrices; tú vas a ver lo chulo que se te va a ver ese parche negro en la cara; ahora nadie se va a meter contigo carajito, te lo digo yo.

Mientras el hombre hablaba, Charly trataba inconsolablemente de contener los sollozos, pero no fue hasta que el hombre le prometió comprarle una pasola si dejaba de llorar que Charly contempló seriamente la idea de portarse como un hombrecito y no llorar. Para que no le cupiera duda de su sinceridad, el hombre le pidió a la enfermera que no le pusiera anestesia para sacarle la bala de la pierna izquierda. Charly vio como le metían

un escarpelo por la herida abierta y le hurgaban todo el muslo buscando el proyectil mientras el hombre lo miraba fijamente con una sonrisa pintada en la cara y le picaba un ojo. A partir de ese momento Charly no volvió a llorar y se convirtió en la mano derecha del hombre que le obsequió el motor, y en el sucesor del cartel de drogas más grande de la zona oriental de la capital. Y como decía Charly Escobar, todo gracias a mí y a mi condenado perro.

CAPÍTULO 4

El capitán Charles Hemingway

El reencuentro con Charly

Antero estaba teniendo la peor pesadilla de su vida. Sus sueños no tenían nada que ver con música celestial ni con pesca de tiburones. Antero se sentía igual que el barco encallado y su ánimo estaba más negro que nunca, más hundido en el suelo que nunca, tan derrotado como el ánimo de los norteamericanos.

Cuando Antero llegó a la funeraria el día del huracán, esperaba encontrar algunas hojas del techo de zinc desprendidas o quizá un poco mareadas las encarnadas flores del jardín, pero nunca se imaginaba encontrar lo que encontró.

Luego de terminar sus prédicas en medio del huracán, allá en la calle del mar, se marchó con un grupo de sus feligreses a "El Destino" para dar algunas instrucciones sobre las catacumbas y las nuevas encomiendas en días tan promisorios como estos.

Al llegar a la calle de la funeraria le pareció haberse equivocado de dirección porque no veía el saliente del techo a dos aguas del apartamento estudio que había construido encima de la funeraria. Siguió caminando con su habitual presentimiento oscuro sobre las cosas, y no fue para menos cuando descubrió el desastre. En esos escasos segundos transitaron decenas de pensamientos relacionados con la posibilidad de que el huracán hubiera afectado su propiedad, pero nada concordaba con lo que veía, todas las estructuras de esta calle, para mejor decir, del pueblo, estaban intactas; todas menos la de él. Sus dudas se aclararon cuando vio al vigilante blanco y frío como una estatua de yeso, en la misma posición que quedó cuando intentó detener a Manrique. Antero pudo casi leer las palabras en los ojos del pobre infeliz: "el patrón ya no será patrón porque vengo a matarlo... y quítese de mi camino si no quiere acompañarlo en su último viaje".

196

Para sentarlo tuvieron que doblarle las rodillas a la fuerza y ponerle un paño tibio sobre la cabeza para que se calentara. Cuando el vigilante abrió la boca para contar lo sucedido, Antero se había percatado de la soga que salía de las entrañas de la ruina y comprendido que no había sido producto de la ira del huracán sino de algo mucho más grande.

Antero nunca presentó cargos contra Manrique porque no quería que descubrieran los secretos ocultos que subyacían en la

funeraria.

—El día en que se acabe la raza de gente como los Quimera, ese día renacerá una nueva humanidad y podremos ver con los ojos de la razón y la verdad. Cómo odio a esos soñadores. Ellos son los culpables de las desgracias de este mundo. Y así dicen que son los gringos. Maldito sea Salvador Quimera, maldito sea Manrique Quimera, maldito sea el día en que nacieron los Quimera, maldita sea la Loma de la Bestia y todos los que me echaron. Maldita sea la luna.

Así se la pasó Antero la noche entera maldiciendo sobre los escombros de su propiedad, mientras una luna llena inmensa se estacionó por una semana en el cielo, delineando los contornos de su tragedia o simplemente iluminando la mente y los corazones de otros a pocas cuadras de distancia.

Mientras Manrique y Telma rumiaban ideas, y Luis y Ángel se sembraban en el huerto, y Américo trabajaba en las máquinas de escribir, y Mina tejía, Pancho y Elodia bajaban como siempre al puerto a vender flores. La belleza nacarada de ella había cautivado el corazón de muchos hombres; antes y ahora. Los marines norteamericanos no habían sido la excepción, incluyendo al capitán del acorazado, que días antes la había conocido en el puerto quedando prendado de ella. Años después, algunos curiosos historiadores reconocerían este amor como el hecho determinante en el naufragio del barco, y no el huracán. Muestra de esto lo confirman las cartas que escribió el capitán a Elodia y

que tradujo fielmente uno de sus oficiales, pero que, para buena suerte de ella, de la familia y de todo el pueblo, nunca llegaron a sus manos.

15 de septiembre 1916

197

Para la mujer de mis sueños, o del puerto de mi amor:

Amada floristera (ya que no conozco su nombre):

Soy marinero de profesión y no escritor. Se me hace muy difícil expresar en estas líneas lo que he sentido desde aquella tarde en el puerto en que mis ojos se cegaron ante el resplandor de su belleza. Es por la ausencia de palabras que me decido a externar mis más sinceros sentimientos hacia usted:

Un diálogo de amor es lo que puede esperar,
Porque yo no soy cantor, ni poeta, ni escritor.
Como puede su aromática imaginación
Creer que versos adornan mis oraciones,
Cuando sin poder componerlas
A causa del suicidio amoroso que he cometido,
He perdido la cabeza y funciono como celuloide humanizado
Que graba constantemente
Las imágenes sutiles y eróticas que usted proyecta.
Usted me convence de llorar lágrimas dulces que con su

Presencia, cual imán de los amores

Corren desesperadas en busca del anhelado contacto con su piel de nácar.

No he tenido que esforzarme para decirle

Que es la única flor que conozco

Que respira belleza y despide inspiración;

Como no tengo que hacerlo para esbozarle

Que su perfume es en verdad la esencia de la tierra misma,

Que reclama a todas voces los restos polvorientos de los

Mortales como yo, para hacerlos reencarnar en sus más fieles esclavos.

Sí, porque esclavo soy de sus carnosos labios

Que me mojan en el más profundo de los sueños,

Y de su espigada silueta nacarada

Que me hacen sentir como enano

Buceando en un inmenso mar hecho de dunas indias.

Tengo que ser esclavo de su sonrisa

Que se luce de alegría mientras sus cabellos, medusa,

Me atan las manos y los ojos

Con la cuerda de su timidez.

198

Usted es el mar y la montaña,

Por eso soy adicto a su perfume de flores y su salado caminar.

En espera de su amor correspondido,

Captain Charles Hemingway.

***

Mientras el capitán cerraba el sobre de su corazón y le estampaba el sello de su amor hacia Elodia, otro buque insignia surcaba el Mar Caribe con destino a la ciudad capital de la pequeña isla del caribe. Lo que los jefes de estado ni los tripulantes del nuevo acorazado se imaginaban era que otra emboscada de la naturaleza enviaría a la nave al mismo destino histórico que la primera. Esta vez sería un maremoto que truncaría sus esperanzas de atracar en el codiciado puerto isleño. El capitán del primer acorazado estaba muy lejos de esto, embaucado su ánimo por la intervención amorosa del segundo amor de su vida, porque el primero lo era el mar.

Captain Charles Hemingway encomendó la nueva tarea a uno de los oficiales de más confianza, especificando que se trataba de la misión más importante y decisiva desde el inicio de las operaciones en la isla. La segunda carta tenía que ser entregada a la única mujer que podía hablar con las flores, a la floristera en persona. Pero hasta la misión más importante de la intervención correría un riesgo similar al de las naves.

Telma se encontraba por casualidad en la hortaliza de las flores buscando a su madre para consultarla sobre una de sus recetas cuando ellos llegaron. Una correspondencia siempre activaba el botón de emergencia entre los Quimera. Era como si estuvieran esperando indefinidamente una noticia del pasado que nunca llega. Y por supuesto el blanco a proteger en circunstancias como éstas era Elodia. A todos menos a ella podía llegar ninguna

correspondencia. Las consecuencias de algo como eso podrían doblar el tiempo y traer viejos recuerdos y frustraciones al presente, y entonces tendrían que aceitar de nuevo la mecedora y dejar de cosechar las flores y dejar de vivir y dejar de soñar. Así

que cuando los marines se aparecieron por el portón de entrada y se dirigieron militarmente a la mujer que creyeron hablando con las flores, esta recibió la misiva formalmente y agradeció la entrega no sin antes regalarles un par de príncipes negros como acuse de recibo. Este fue el segundo error de los norteamericanos en el pueblo de San Felipe.

Telma desmenuzó la correspondencia con la avidez con que acostumbraba a leerse un libro de trescientas páginas en una noche y de la misma manera comprendió la trascendencia de tal acto literario. Como gran lectora al fin no pudo dejar a un lado su espíritu crítico al reconocer cierta belleza en la prosa del extranjero, pero no por eso pudo obviar la responsabilidad ante tal compromiso y fue entonces cuando decidió el plan: Tenía que responder al capitán.

Se fue a su escritorio, un rústico mueble hecho de una de las ramas del inmenso flamboyán que habitaba en el centro del pueblo de Loma de la Bestia, que habían desanclado en la mudanza para emprender el viaje a casa de los abuelos y que ella había situado en la ventana de su habitación con vista al Atlántico. En ese rincón tenía una colección de objetos de transición de toda su

vida. El más llamativo de todos era el primer machete que usara Salvador Quimera para limpiar la finca de cacao. Su filo intacto. Aquí acostumbraba Telma a sentarse a escribir, una actividad que diferenciaba de la lectura por el simple hecho de apoyar su dedo pulgar izquierdo sobre el primer premolar superior de su boca, como aguantándose la cabeza por el peso insoportable de su intelecto.

20 de septiembre 1916

Capitán Charles Hemingway:

Es para mí un bochorno el corresponder a su misiva ya que me honran

los deberes castos de la viudez y los mismos deberes que envisten a las damas

bien consabidas. No comprendo cómo pudo su señor fraccionar los sentidos

y amar a alguien al mismo tiempo que lo ataca. Sus sentimientos me son

ajenos ya que son el fruto de un estado fallido del sano juicio, producto

del fracaso militar y moral ocurrido en manos de la madre naturaleza en

días pasados a su nave y que lo han hecho desvariar y perder el sentido

del rumbo de sus acciones. Sin embargo, no puedo dejar de negarle sus

pretensiones, que además de osadas y mal intencionadas, intervienen los

límites de la ingenuidad y la decencia de una dama, con perversidad y

ambición desmedida.

Su causa no tiene justificación ninguna y por tanto es injusta.

Además, la sangre de mi corazón se la debo a un hombre que la perdió

hace mucho tiempo por mí.

Le pido que no me escriba más y abandone este empeño.

La floristera.

La carta llegó a manos del capitán Hemingway en menos de lo

que canta un gallo e inmediatamente este, como buen jefe militar,

respondió.

30 de septiembre 1916

Para la que sigue siendo la mujer de mis sueños:

Así como el ave del mar

Revolotea usted dulce en mí

Y acaricia mis deseos

Y apacigua mis anhelos

Siga tocando mi tez

Que yo mojaré sus alas

Y arroparé su plumaje

Al compás de la alborada

Vuele libre ave mía

Más cuando no esté en su nido

Lléveme siempre consigo

Y acurrúqueme en su abrigo

Lléveme siempre consigo

Al lago de los recuerdos

Para fundirnos los dos, juntos

En un vuelo a lo lejos.

Con amor,

Captain Charles Hemingway

201

Esta vez la carta no fue respondida. Telma había enterado a toda la familia del suceso y ahora estaban preparados para la ofensiva. Elodia

no podía recibir tal impacto.

Pero el capitán Hemingway no se rendía fácilmente y entonces le escribió de nuevo.

15 de octubre, 1916

A mi amada flor silvestre:

Vuelo sin fronteras

El vacío me espera

Sentir indomable

Inca el ego.

Su recuerdo es un muro

Que ahora vuela en mí,

Yo espero.

Mi vuelo sin sentir

Ahora siente,

Le siente,

La siento
Y caigo...
Mortal la caída,
Los ojos cerrados
Los del alma mirándole,
Ya ni aleteo,
Solo caigo.
Y soy un bólido que atraviesa su imagen
Y surca su espacio
Y cae hacia usted.
Me hundo en el suelo.
Por fin, he llegado a su recuerdo.
... ahogado en su ser.
Captain Charles Hemingway
Esta carta tampoco fue respondida.
Por esos días se vio al capitán Hemingway sentado en uno de los acantilados que habían detenido a su nave; no volvió a hablar con sus oficiales y tampoco recibió comunicación alguna que no fuera estrictamente de la floristera.
Escribió una carta más a Elodia.
202
10 de noviembre de 1916
Para mi sirena en flor:
En vista de su poca fe y poca confianza en mí, y a falta de más

palabras que puedan disuadir su amor, le escribo esta historia, una que se

acostumbra narrar en mi mundo salado y solitario:

Aquel día de mucho sol y mar quieto un pescador sentía renacer

de nuevo. Estaba sentado en sus cojines de arrecifes esperando por otra

presa más cuando vio aquella increíble figura. Jamás en sus años había

percibido el mortal tanta belleza reunida. Sus ojos hechos de perlas le

miraban fijamente mientras él, hipnotizado, echaba al agua toda su vida

de anzuelos y pescados. Entonces desapareció.

Noche por noche aguardaba el pescador con ansia el alba para

rendir culto a su más preciado tesoro, a ver si volvía. Día por día se

embebía del encanto que emanaba hacia él esa singular forma de vida

que había presenciado. Entre lunas y estrellas se describía constantemente

su hallazgo: dos conchas de almeja cubren sus ojos, su pelo, coral negro

derretido juguetea graciosamente sobre su rostro mientras la espuma de

las olas, atraída por su sonrisa, se sumerge desafiando la gravedad para

teñir de blanco sus dientes. Sobre su cuello penden decenas de los más

variados caracoles unidos por cuidadosas tiras de algas entrelazadas. De

vez en cuando le pide a un caballito de mar que pose para ella en una

de sus orejas que no son más que un par de lilas enrolladas. Y sus senos,

sus senos parecen esculpidos por la paciencia de un reloj de arena; en sus

cimas descansan un par de diminutas esponjas que crecen con el frío de

las aguas profundas o simplemente con el roce de un pececillo intrépido,

cuando esto ocurre, su piel se transforma en escamas. Su cuerpo, no sé qué

pensar —rememoraba— habrá sido un milagro del dios de los mares o la

resaca de las corrientes submarinas que dibujaron sus curvas. Sus brazos

y tiernas manos hechas de estrellas de mar recién nacidas, acostumbran a

danzar con el viento y sus piernas reflejan con el sol los colores de la aurora

y están unidas por una gran aleta acorazonada. Al nadar despierta con

sus movimientos la pasión de cualquier ser con vida, incluso la de los fríos

e inertes corales que corren al verla para formar coronas en torno a su

cabeza.

El pescador dormía despierto al escuchar en su mente la melódica voz

de acordes y sostenidos de aquella sirena, que le insinuó confusamente

su amor aquella tarde en el mar. Ya no pescaba más y su antigua caña

se había convertido ahora en lápiz que trataba de esbozar con líneas de

arena el amor de su vida. En vano buscaba entre mareas alguna pista que

le llevara a su última realidad.

203

Y un día como el primero, como acudiendo a un llamado, el pescador

abandonó su hogar de arrecifes para unirse a su sueño encontrado.

Nunca más volvió a saberse del pescador y sus visiones. En su lugar,

dejó la mochila con un mensaje escrito que decía: el amor de una sirena

me ha pescado.

Y dicen que, cuando el alba despliega sus primeras espigas de luz sobre

la mañana suelen verse en el mar dos siluetas de incomparable belleza

revoloteando entre las olas y emitiendo melódicas voces de acordes y

sostenidos, como si estuvieran intercambiando palabras de amor.

Con amor infinito,

Charles Hemingway

Esa fue la última vez que Telma y su familia supieron del

Capitán Hemingway. Luego de esta carta enloqueció y tuvo

que ser trasladado de emergencia a su país cuando se encontró moribundo en su habitación del pequeño hotel costero, luego de haberse comido cientos de pétalos de rosas rojas mezclados con agua salada, en su imaginación, para hacerse una transfusión de la sangre de los hombres de esta tierra a sus venas y convertirse en el hombre que ella siempre amó.

***

Una sirena
Nada contracorriente
El sol la llama

***

En algunos momentos de lucidez me preguntaba qué hacía con Charly, cómo había vuelto a mi vida, cómo salía con él, cómo reía con él, cómo me divertía con él; cómo había olvidado. Pero no encontraba una respuesta sensata. Parece que el vínculo había establecido con Charly se debía también a ese tedio insoportable que provoca hacer cosas estúpidas, cosas como pararse al borde de un acantilado con tres copas en la cabeza solo para sentir el salitre en la boca o hacer el amor sin preservativo porque se siente

mejor. Pero aquí estaba, entre la música oscura que tocaba en el Drake's y el mundo de Charly, que no por estar en el extremo opuesto de esta corriente musical, o filosófica si se quiere, era menos oscuro y sombrío.

Así me pasé años de aquella quinta, sexta o no sé cuál vida

en medio de putas, tráfico de drogas y el afán de Charly por enseñarme todo lo que había aprendido: cómo se hacían los negocios, cómo se combatía a la competencia, qué les ocurría a los que lo traicionaban (caso al que haré mención especial más adelante) y también cómo se conquistaba a una mujer, cómo se conquistaban varias mujeres a la vez, cómo se vestía, cómo se fumaba, hasta cómo se caminaba y cómo se hablaba, Charly me enseñó cómo bailar, pero también cómo reinsertarse en la sociedad para codearse con gente influyente, cómo comprar políticos y militares, cómo matar, cómo escapar: el poder.

No sé por qué Charly se había entregado a mí tan apasionadamente, por qué me había abierto las puertas de su reino, por qué su confianza, por qué su repentina y devota amistad. No sé por qué él; un hombre tan naturalmente inhumano. Quizá porque veía en mí algo más que conquistar, o quizá porque había sido el único y verdadero enemigo en su vida, el único que lo había vencido.

Por mi parte, no me resistí. Al principio me dejé llevar por ese tedio del que les he hablado, luego por curiosidad y, por último, simplemente porque lo deseaba. Así, sin darme cuenta, me vi en la necesidad de implementar ciertos cambios en mi vida, empezando por mi aspecto. Si bien mantuve el negro en mis prendas, cambié las camisetas por camisas manga larga, los jeans por pantalones de algodón y en ocasiones por lino y los tenis Converse y Vans por botas de suela; con respecto al pelo,

lo dejé del mismo largo (por debajo de los hombros) pero lo acondicioné y lo amarré en una cola que me caía por el centro de la espalda justo en el medio de mis dos alas tatuadas. Realmente no se veía nada mal. Las cadenas que salían de mis bolsillos y se unían a la correa con la calavera plateada en el centro la cambié por una simple correa de cuero negro para hacer juego con las botas también negras. Los cinco anillos de plata en la mano derecha los conservé, pero los quince cordones tejidos de la muñeca izquierda los eliminé y los sustituí por un Rolex Explorer que me había obsequiado Charly como muestra de su amistad. Ahora

me sentía más a tono y Charly lo celebraba con entusiasmo. Pero quedaba un problema, esta indumentaria no pegaba en nada con la bicicleta. Como le habíamos quedado bien a John y sus ventas habían subido considerablemente a raíz de nuestros conciertos, él nos arregló el pago y además nos recomendó a otros bares e incluso a algunas discotecas alternativas; eso, los conciertos en Casa de Teatro, las contrataciones a fiestas particulares e incluso la participación como grupo de entrada a grandes bandas del extranjero como Santana y Sting, me produjo el suficiente dinero (porque eso sí, excepto el reloj, que valía una fortuna y que había decidido aceptar por su insistencia, nunca acepté un centavo de manos de Charly) para cambiar mi leal compañera amarilla de dos gomas por otra "menos llamativa" y más rápida, una Harley Davidson Dyna Glide 1980, con un motor en V de 1,450 cc.,

67 caballos de fuerza, 5800 revoluciones por minuto y toda la máquina niquelada con un explosivo tanque envuelto en llamas que la hacía ver como el mismísimo caballo de lucifer.
En realidad, seguía siendo el mismo Arcángel Gabriel, el gótico oscuro e inadaptado que recorría las calles de la Ciudad Colonial en busca de nada, pero ahora con más brillo y más cilindraje para trasportarme. Ahora parecía un verdadero ángel caído. Y podría decirse que gracias a Charly.
Pero no solo eso aprendí de mi viejo amigo, aprendí mucho más. Como por ejemplo lo que me enseñó aquella noche. Estábamos en Charly's Disco cuando viendo a un tipo que imitaba a Michael Jackson en la pista de baile, Charly me dijo:
—Coño, esa vaina de estar imitando a estos malditos gringos me tiene harto; mira a ese, qué ridículo, privando en Michael Jackson, un rullío como ese tipo, que no tiene ni en qué caerse muerto, en vez de ponerse a practicar para ver si se gana algo en el concurso de bachata de los domingos. ¿Qué tú crees, Gabriel?
—Yo pienso que él tiene derecho a hacerlo. Total, la música no pertenece a nadie, la música es universal.
—Ahí vienes tú con tus pendejadas; por eso fue que te dije que dejaras esa vaina de la música satánica, eso es un invento de los gringos para embrutecer a sus enemigos, menos mal que hiciste algo por tu apariencia porque si no...
—Mi música no es satánica Charly, cuántas fucking veces te lo voy a repetir, es Gótica, dark, oscura, pero no del diablo ni del

infierno ni nada de eso. Además, todas mis letras son en español.
206
Otra cosa, no fue un invento de los gringos sino de los ingleses.
—"Dark", oigan esa vaina. Ahí estás tú con lo mismo de todos estos jevitos que juran ser gringos. Mi hermano (de nuevo esa palabra retumbando como un enorme Gong en mis oídos), usted y yo somos de una islita en medio del caribe que una vez los españoles descubrieron y que luego de tirarse a todas las indias y de matar a los indios y de traer a los africanos y de tirarse a las africanas y de matar a los africanos quedó una raza mezclada que habla el español más malo de Latinoamérica y que se conoce por que no le come mierda a nadie. Ese es usted. Y ese soy yo, orgullosamente. Entonces para qué venir con estas palabritas y esta gana de no ser lo que es.
—Charly, tú estás pasao viejo. Este mundo ya no es el mismo de antes, aquí todo el mundo tiene derecho a expresarse de la forma que se le venga en gana. Eso del idioma es pura mierda. Tanto el inglés como el español son idiomas del mundo, igual que la música, igual que nosotros mismos somos ciudadanos del planeta tierra y no de un pedazo de tierra.
—Déjate de sentimentalismos, que aquí estamos hablando de una realidad social, un antinacionalismo que de seguir así nos va a hundir.
—Antirracionalismo querrás decir.
—Antiqué... ¿Y qué es eso?

—Olvídalo. Pero, ¿sabes cuál es esa realidad social de la que estás hablando?
—¡Vamos a ver lo que dice el literato!
—La realidad es que este mundo se va joder si no nos unimos y si no rompemos las fronteras.
—Ahí vas tú con lo de la globalización, al carajo con eso.
—¿Y tú te crees que eso es nuevo? La gente habla de la globalización como si fuera un término o un concepto nuevo, pero eso ha existido desde que el mundo es mundo, desde que vivimos en un globo, somos nosotros que no queremos verlo. Todos estamos globalizados por esta gran esfera de vida que es el planeta Tierra, los animales lo saben, las plantas también, los únicos que no queremos verlo somos nosotros, los seres "humanos". La idiosincrasia de un país no se puede perder, en eso estoy de acuerdo contigo, pero negarnos el derecho de insertar elementos nuevos, de compartir conocimientos, de aprender de otras culturas, eso no. Si no lo hacemos nosotros, lo harán las próximas generaciones.

Mientras yo hablaba Charly observaba casi con inquina al imitador de Michael Jackson, luego hizo algunas señas y el muchacho que daba los pasos del "moonwalker" alrededor de una morena que parecía disfrutar de su baile importado, fue arrastrado por dos de los gorilas de seguridad hacia su mesa, con la advertencia de que si volvía a lucir su arte en la pista lo sacaban

de mala forma.
—Este es el momento de la humanidad para ser una sola y enfrentar el desafío más grande de toda la historia —continué yo fascinado con mis propias palabras, como si estuviera parado en el pódium de las Naciones Unidas ofreciendo un gran discurso —el de la destrucción de nuestra madre tierra. Tenemos que olvidarnos de nuestras diferencias, de si somos blancos o negros, pobres o ricos, cristianos o musulmanes y salvar el futuro de nuestro querido globo y el de nosotros mismos —proseguía yo con mi sermón mientras Charly miraba de reojo con un cigarrillo en la boca al infeliz que no se atrevía ni a hablar en su mesa —Oye lo que te digo, llegará el día en que los gays se casarán, en que caerá el muro de Berlín, el día que habrá un presidente negro en los Estados Unidos —en ese momento Charly despertó de su sueño de romperle con un bate las dos piernas al bailarín y me dijo en tono de burla:
—Yo te he dicho que dejes de beberte los tés de hongo que eso hace daño y pone loco a la gente. Si tú te oyeras. Mira, el día que haya un presidente negro en Nuevayol, ese día me lo mocho, y te lo está diciendo un macho de hombre. Tú te estás volviendo loco. Déjate de pendejadas, deja esa vaina de la tal música oscuuuura y ven a trabajar conmigo para que tú veas lo que es ser un hombre de verdad.
—¿Con principios? —le pregunté cínicamente yo.
—Bueno, por lo menos no privo en lo que no soy. Yo soy

nacionalista y me mato con cualquiera por este pedacito de tierra.
—Charly, vamos a ser claros, el que está matando a su propio pueblo con esa vaina de las drogas eres tú, pero no con la marihuana, porque eso hace menos daño que el cigarrillo, sino con la coca, el crack y esas malditas pastillas.
—Anjá, pero de algo tiene que vivir uno —me susurró con su sonrisa de medio lado.
En ese punto de la conversación me di cuenta de que realmente estaba hablando en otro idioma para Charly.

—Para que tú veas que soy más nacionalista que tú, voy a bailar una salsa con aquella morena, si dejas bailar a "Michael Jackson".
Charly que vio en mi actitud el triunfo de sus argumentos, me invitó a que lo intentara pensando que iba a hacer el ridículo. Lo que él no sabía era que tenía varias semanas, quizá meses, practicando el sabroso ritmo.
Esa noche bailé salsa como una estrella de la Fania Records con una morena que botaba chispas, a mi lado Michael Jackson se desarmaba el cuerpo bajo el entusiasmo casi frenético de todos los que estaban presentes.
Charly también aprendió algo esa noche que le serviría para mejorar sus negocios. En lo adelante, en Charly's Disco y todos los bares y discotecas de su propiedad se pondría música norteamericana y además de las chicas locales se ofrecerían otras

tanto de Estados Unidos, Rusia, Italia y Brasil. Pero su decisión más importante al respecto sería la de no solo importar las drogas, sino la de exportarla.

Por mi lado, esa noche aprendí...o mejor dicho reafirmé mi status de ciudadano del mundo.

****

Iba manejando en mi Harley Davidson por la calle George Washington sintiendo la brisa fresca de la mañana en mi rostro maltratado y entumecido por las pocas horas de sueño, esa noche como tampoco la anterior y las de la semana anterior no había dormido bien, típico de esas épocas de insomnios que me azotaban cada cierto tiempo y que coincidían con el empeoramiento de ese dolor en el pecho que desde que tengo uso de razón me mortifica la existencia, iba así mismo adolorido hasta el alma, observando desde mi fiel compañero metálico de 1450 centímetros cúbicos el triste Mar Caribe que parecía una sopa fría sin ningún tipo de condimento, desabrido e inerte, esperando que tal vez alguien como yo se arrojara a sus entrañas para ponerle algo de sabor, iba cavilando sobre mi destino, sobre el destino de hombres desesperanzados como yo, tristes como yo, vacíos como yo que iban marchando por el mundo en el patético desfile de hombres mediocres y sin vida, como yo que

no habían tenido vida sino simulacros de realidades indistintas, opuestos a la vida misma, iba pensando en eso y en doña Nieves

y los muchachos de la calle, iba pensando en Charly y todos los que como él hacen de este mundo un vertedero, en los malditos padres de mentira que me devolvieron al orfanato, iba pensando en el bien y en el mal, iba pensando en mis sueños, iba pensando en que habían desaparecido, que no soñaba ni pesadillas porque ni siquiera recordaba haber soñado, ¿había perdido la memoria de nuevo? ¿Había muerto y mi cerebro solo estaba reproduciendo imágenes confusas antes de perecer también? ¿Estaba en el limbo de mi conciencia? iba pensando que si no estaba muerto sería mejor estarlo. Entonces paré, entré a una zona destinada para jóvenes enamorados, un parqueo que en ese momento estaba vacío y que daba hacia un pequeño mirador hacia el mar, caminé hacia él, subí encima de las piedras y le pedí al océano que me dijera si quería que me uniera para siempre con él en su triste devenir de sopa aguada. Me quité la camisa, levanté los brazos y abrí mis alas hacia el cielo como para volar de nuevo e iba a hacerlo, iba, sin lugar a dudas directamente al cielo o al infierno que está más cerca, pero cuando iba a hacerlo el cielo se tiño de negro, de repente unas nubes como de carbón forraron la bóveda azulada y me miraban llenas de cólera e iban a hacerme daño pero prefirieron socorrer al mar que pedía ayuda para acabar conmigo, y el mar creció como si estuviera hirviendo y lanzó olas inmensas hacia mí, tuve miedo, iba a montarme de nuevo en mi motor y a desaparecer del mar y las nubes pero volví a pensar en el desfile de hombres sin vida y vociferé: "llévame

contigo si en tus entrañas puedo volver a soñar", iba abrir a todo lo ancho mis alas cuando el mar creció aún más, nunca había visto olas tan grandes y el viento sopló más fuerte y los cocos y las palmeras reptaban por el suelo como arañas clamando por el perdón, las olas rugían ante mí y el viento y las nubes y el mar eran ahora uno, iba a llorar pero no necesitaba hacerlo porque el agua salada me había colmado el rostro y llorar sin lágrimas es mentir, iba a caer, entonces sucedió: un golpe de brisa me levantó de mi pódium y me cargó en sus brazos unos instantes desde donde pude sentir la verdadera naturaleza dulce del bravío Mar Caribe, iba a pedirle perdón, pero en ese preciso instante la cálida brisa me empujó hacia atrás y me dejó caer sobre el cemento pulido del húmedo piso del mirador, iba a pararme de
210
nuevo pero la brisa me detuvo suavemente y no me permitió mover un solo músculo de mi maltratado y entumecido cuerpo sonámbulo, iba a gritar pero el agua del mar tapó mi boca y no me permitió emitir sonido alguno, y ahí quedé, preso, inmóvil, atado a ese mar que me recordó esa mañana que a veces era quieto como un plato vacío para dar de comer a los pescadores y para servir de inspiración a algún pintor o poeta, y que otras veces era rabioso e indomable. Iba a llorar de nuevo, pero una sutil brisa acarició mis ojos y me peinó el pelo y me susurró que no estuviera triste que todo saldría bien, que me fuera a dormir que de seguro soñaría de nuevo, entonces el cielo desfrunció el

ceño, las nubes de carbón desaparecieron y el mar volvió a la calma de antes dibujando con la tenue espuma de las olas una sonrisa, una gaviota me pasó por encima alegremente y me cagó toda la espalda e iba a lanzarle una piedra pero en vez de eso reí como un loco y mientras caminaba hacia mi motor Harley Davidson recordé el hundimiento del acorazado norteamericano en la invasión del mil novecientos dieciséis que leí en algún libro de historia, recordé también a los hombres y las mujeres que defendieron con su vida la libertad y entonces una alegría inusitada recorrió toda mi sangre hasta la pluma de mis alas e iba a marcharme pero viré mi cara ahora menos abatida, miré el mar y le devolví la sonrisa.

***

Nadie supo a ciencia cierta el intríngulis del caso amoroso del Capitán Hemingway con Elodia, pero de alguna manera esto trascendió los límites confidenciales del gobierno postizo y la familia Quimera; de alguna forma las feromonas saladas del capitán se filtraron entre las ávidas bocas rumorosas del pueblo, que ansiaban una explicación del incontenible desorden de las filas de la tripulación del acorazado a causa de la desaparición de su capitán. Así que en poco tiempo la noticia corrió con la misma efectividad con que los rumores convierten los chismes en noticias y entonces, de la misma manera que las hazañas de un hombre transitaba fervorosamente por los labios de todos los ciudadanos de San Felipe y sus inmediaciones, una mujer

de belleza nacarada, salida de una concha gigante de mar que había seducido con su canto de sirena a un invulnerable capitán,
211
volviéndolo loco, empalagaba la lengua de las mujeres y hombres del mismo pueblo, que no deparaban en agrandar los hechos y llegar incluso a decir que el pobre capitán se había lanzado al mar para quitarse la vida.

Este hecho complicó aún más la delicada situación de los marines en el país, que perdían inevitablemente su autoridad frente a una ofensiva casi invisible de la naturaleza y la acción casi esotérica y sin planificar de hombres y mujeres de un mundo de quimeras.

El acorazado que ahora surcaba el horizonte próximo a la costa sur de la isla no estaba al tanto de los hechos maravillosos que habían enfrentado sus compatriotas, y por lo tanto desconocía la trampa, que naturalmente, enfrentaría en las aguas del mar Caribe.

Los Quimera eran ahora sensación en todo San Felipe. Ellos, que desde principio habían llamado la atención por sus innatas características de tamaño, creatividad y trabajo tesonero, ahora debutaban como patriotas en la boca de todos los compueblanos y gran parte de la región norte del país. Decenas de hombres y mujeres desfilaban por la casa materna para conocer a la familia y nunca faltaba alguno que se empotrara enfrente y declamara algunos versos patrióticos, de amor o alguna que otra consigna

antiyanqui. Algunas veces eran partidarios de los coludos, otras de los bolos, que buscaban el apoyo particular de los Quimera para su campaña política. Otras veces se reunían grupos de artistas que pintaban murales en las calles o cantaban a capela canciones durante el día y la madrugada.

Elodia no entendía nada de lo que pasaba. De qué capitán hablaban y qué tenía que ver Telma con todo eso.

Poco a poco, dosificando la información, sus hijos y sus padres le contaron lo ocurrido y cómo el capitán había perdido el juicio por Telma.

A estas marchas, homenajes en vida o manifestaciones de un pueblo comenzando a ver, se sumaban cada vez más y más hombres y mujeres despiertos, sin el menor asomo del rigor mortis que antes pintaba sus caras. Estas procesiones parecían reivindicar el innombrable adiós de la gente de la loma a la familia Quimera. Ahora parecía volver todo a la normalidad, a encajar en el lugar histórico que habían tenido siempre reservado. El ojo omnipotente volvía a mirarles y ellos comenzaban a sentirse tranquilos, satisfechos con la labor encaminada hacia algo que ellos no sabían que era, pero que encontrarían.

Los niños no se quedaban atrás y correteaban alrededor de la casa de los abuelos sin cesar, cantando, jugando al escondido, al

topao, la Mangulina o al juego preferido del momento: Mambrú se fue a la guerra.

Así comenzaron las clases de Telma. Un día, ella reunió a un grupo, los sentó en la inmensa terraza frente al mar y les leyó algunos de sus cuentos. Luego volvieron al otro día, la próxima semana, el próximo mes, y así continuaron visitándola durante mucho tiempo, sin necesidad de que nadie les recordara la tarde de letras con Telma, y de esta manera, sin darse cuenta, inició con ellos el interminable viaje hacia el mundo del conocimiento.
El falso gobierno no hizo nada respecto a las manifestaciones de alegría y solidaridad en torno a la familia Quimera, de hecho no podían hacerlo, primero porque eran manifestaciones pacíficas, y segundo porque su atención estaba centrada en el otro buque que nunca llegó a atracar en el sur del país; una maniobra de la naturaleza lo había condenado a sufrir el mismo destino que el del capitán enamorado, cuando la gigantesca ola de treinta metros de altura se levantó sobre el horizonte azulado, llevando en su cresta al afamado acorazado y toda su tripulación hasta estrellarlo contra los filosos arrecifes que bordeaban la solidaria y oportuna Avenida George Washington.
El pescador Emeterio volvería a salvar decenas de pececillos dorados.
213
CAPÍTULO 5
Los topos lunares
Charly jura vengarse de Gabriel
Érase una vez un par de niños que habían jurado ser amigos

para toda la vida. Pero no solamente amigos sino los mejores amigos. De hecho, hermanos, los mejores hermanos. Y para sellar ese juramento, una apacible tarde de verano se pincharon cada uno el dedo pulgar de la mano derecha con una espina de naranjo y luego los unieron amarrados con una cinta durante toda la tarde para que la sangre se mezclara a través de la herida y fuera la misma que corriera por las venas de los hermanos de sangre.

Es difícil encontrar amigos de verdad como Francisco y Orlando. Su amistad era sagrada y estaba regida por un código de honor inquebrantable que los marcó hasta que fueron adultos. Ese código estaba basado en el respeto, la lealtad y la solidaridad. Eran como hermanos y así lo veía todo el mundo, incluso sus padres. Mientras los demás muchachos se forjaban en el oportunismo y el egoísmo típicos y naturales de esa edad, Francisco y Orlando fortalecían sus lazos de amistad convirtiendo el acto más insignificante en un despliegue de altruismo, generosidad y hasta caballerosidad. Esa relación causaba cierta envidia en los demás muchachos del barrio, que no pocas veces intentaron destruirla creando conflicto entre ellos. La única vez que dichos intentos tuvieron éxito y tambalearon los pilares de su solemne amistad, fue una tarde en el mismo patio de la iglesita en que se conocieron, luego que regresaran de la Luna en un cohete que habían construido con chatarra de una vieja fábrica de hielo. Luego de ese fantástico viaje en que vieron

la tierra desde el espacio por primera vez y compartieron los

secretos del universo con una civilización extraterrestre de topos lunares mucho más avanzada que la nuestra, la situación sería otra. Cuando aterrizaron y se disponían a dar el mantenimiento de lugar a su cohete para luego camuflarlo con pencas de palma y cartón, no advirtieron los ojos malintencionados de sus envidiosos camaradas. Los otros muchachos habían descubierto el escondite de su nave espacial.

Después que Francisco y Orlando terminaron de ocultar su valioso artefacto, se marcharon a sus casas absortos por su hallazgo, pensando en las peripecias que habían vivido en el viaje a la Luna y sobre todo en el encuentro con los topos lunares y sus enseñanzas para mantener la paz y ser libres. En la noche, ambos se imbuyeron en ese mundo de conocimientos recién adquiridos y durmieron tranquilos y realizados buceando entre los pasadizos secretos de los topos en la Luna. Mientras ellos dormían, el frente enemigo avanzó sigilosamente, cayendo de golpe y porrazo como un puñado de hormigas hambrientas sobre su invento. Después de varias horas a la luz de la Luna y de vanos intentos para hacer funcionar el artefacto, sin darse cuenta que solo necesitaban un poco de imaginación para encender el motor, se enfurecieron y comenzaron a golpearlo y a desmembrarlo, dañando todo el sistema y la única conexión que Francisco y Orlando tenían con la Luna y sus amigos los topos. Cada uno robó parte de las piezas

del fuselaje y los controles y lo que sobró lo llevaron de vuelta a la vieja fábrica para borrar todas las pistas y de la existencia de aquel maravilloso instrumento mágicocientífico.

En la tarde del día siguiente, Francisco y Orlando fueron al escondite para hacer algunos arreglos a la nave cuando se toparon con la sorpresa de que el lugar estaba vacío. El instrumento cósmico había desaparecido.

Los inseparables amigos decidieron investigar cada uno por su lado con los demás muchachos del barrio a fin de averiguar el paradero del preciado sistema de viaje. Pero "los otros" tenían todo preparado. Los que Francisco interrogó dijeron que habían visto a Orlando esa noche caminando cerca del lugar, con mucho apuro, llevando una carga extraña en una carretilla hacia la fábrica de hielo y negaron saber qué era. Los que hablaron con Orlando dijeron lo mismo, pero utilizando a Francisco como protagonista de la archimalévola acción terrorista. Así, cuando Francisco y Orlando se vieron a solas en el escondite secreto para comparar

la información obtenida, nació el primer y último conflicto que truncó su sana amistad. Primero, se miraron desconfiados sin creer lo que había ocurrido, luego, sobresaltados y ciegos por el veneno inyectado a sus mentes se acusaron implacablemente con las "verdades" que recién habían descubierto por parte de "los otros", hasta que la tensión rompió con sus hábitos de altruismo, generosidad y hasta caballerosidad, y terminaron insultándose

con las primeras malas palabras pronunciadas por sus labios en la historia de la sagrada hermandad. Luego se pelearon hasta que no les quedó fuerza ni para levantar el puño. Ellos nunca olvidarían esas tres palabrotas.

Pasaron los días y con ellos las lunas nuevas, y Francisco y Orlando no se hablaban. Cuando se topaban por las calles evitaban mirarse hasta que uno cruzaba al otro lado de la acera para evitar el encuentro. De la misma forma evitaban pensar en los topos y sus enseñanzas sobre los secretos del universo y poco a poco, sin darse cuenta, se olvidaron también. Todos sintieron la pérdida. Los amigos, los que no participaron en el atentado, trataron de persuadirlos para que reanudaran su amistad, pero todos los intentos fueron infructuosos. Ya el barrio no era el mismo, la alegría de los niños no era igual, hasta "los otros" se habían arrepentido de la acción y querían congeniarse con los demás muchachos; pero el malestar había inundado el corazón de todos. La amistad de francisco y Orlando parecía de un libro de cuentos, como si hubiera existido solo en la mente de aquellos que tuvieron la dicha de leerlo. Hasta que una noche de luna llena, ocurrió.

Francisco sintió un calentón indescriptible sobre su mollera y una paz similar a la que sintieron en el espacio invadió sus sentidos. A Orlando le pasó lo mismo. Entonces ambos vieron simultáneamente, cuando todavía dormían en sus camas al topo más viejo de todos, el topo sabio, parado en dos patas frente a

ellos con su pequeña mano reposada en cada una de sus cabezas. Luego desapareció.

Parecía que los topos lunares les habían devuelto el afecto, porque a la mañana siguiente Orlando escuchó desde su ventana un pito que reconocía a kilómetros de distancia: era Francisco para invitarlo a jugar.

A partir de ese día nunca más volvieron a pelear y fueron inseparables hasta el día de su muerte.

216

—Cuéntanos otro tía Telma, cuéntanos otro —decían insistentemente los niños a su mentora, mientras ella daba por terminada la clase en el improvisado salón estudiantil que había armado en la habitación de huéspedes, con algunas sillas y su pesado escritorio rústico de madera de flamboyán, y les pedía que se fueran a sus casas y pensaran en la moraleja del cuento, para ver si encontraban a los topos que todavía venían a visitar a los niños buenos y estudiosos en el planeta para revelarles los codiciados secretos del universo.

En esta habitación del saber se forjarían muchos de los hombres y mujeres que luego jugarían un papel único en el destino histórico de San Felipe y del país.

***

Cuando terminó de ensillar a Veterano, se despidió de sus hermanos, su hermana, su madre y se marchó. Pero no salió por la callejuela de entrada a la propiedad sino por el portón

de atrás, el que da a la loma Isabel. Veterano no parecía tener rumbo fijo y su paso, aunque decidido, era ligero y suave. A medida que fueron adentrándose en los caminos de la loma, rumbo hacia el este, Veterano fue acelerando y Manrique no hizo nada para detenerlo. En poco tiempo trotaba como cuando era lobo, cuando nadie podía montarlo, cuando Salvador tenía que alimentarlo con guayabas para poder domarlo. Manrique lo conocía y sabía que su paso significaba algo, que lo llevaba hacia un lugar del que no querría salir nunca. Las zancadas alcanzaban distancias cada vez más extensas, el polvo que dejaba detrás era cada vez mayor, al punto de que los campesinos que los veían venir corrían pensando que se trataba de algún tren descarrilado del ingenio de cañas o alguna manada de toros o hasta una ciguapa corriendo a toda velocidad con los pies al revés. La nubarrada era tal que ni siquiera cuando pasaban frente a los caminantes podía percibirse al jinete y su caballo galopando. Así fue atravesando metros, kilómetros, caminos, fincas y Manrique volvió a experimentar aquella levedad que casi lo hacía flotar. Su pecho no pesaba tanto. El dolor en el pecho estaba desapareciendo otra vez. Veterano corría como

nunca, libre como antes y nada podía detenerlo. Así también lo sentía Manrique. Era como si estuvieran conectados, como si uno necesitara del otro para poder seguir adelante, instinto y determinación unidos por una fuerza sobrenatural que los guiaba

hacia un mismo destino. El polvo comenzó a menguar y las patas de Veterano no tocaron más el suelo polvoriento del camino. Veterano estaba volando. Manrique podía ver cómo los árboles se hacían pequeños y las personas y los animales se convertían en miniaturas que correteaban por la campiña para verlos sobre las nubes. Manrique no lo creía y lo creía al mismo tiempo. Nunca antes se había sentido tan ligero, la levedad era insoportable.
La vista desde arriba era magnífica, surreal. Entonces soltó las riendas de Veterano y lo dejó que decidiera por sí solo el rumbo, como si viera con los ojos del animal, como si corriera con sus cuatro patas, como si resoplara con sus narices y oliera el rumbo. Un rumbo que por fin lo acercaba a su destino, a aquel que no sabía qué era pero que encontraría algún día. Entonces abrió sus brazos y se entregó al viento, y la crin de Veterano se fundió con las nubes y lo arropó y lo acurrucó, y vio aquel país en medio del mundo, y sus montañas y sus palmeras y sus ríos y sus conucos y su gente y la libertad, cerró sus ojos y se sintió ligero, realizado, encontrado. Así permanecieron por espacio de varias horas, él, su caballo y la libertad. Fue en ese momento que vio el gigantesco rostro severo y hermoso de aquella mujer dibujada en las nubes.
Poco después, cuando nada parecía ser un obstáculo,
Manrique notó algo de peso sobre su pierna derecha, luego sobre la izquierda, abrió los ojos y miró hacia abajo; al principio solo pudo ver una o dos personas colgadas de sus pies, pero cuando las nubes comenzaron a despejar pudo divisar la larga cola que

pendía de él y Veterano, la mayoría de ellas gritando:
—¡Por favor, llévanos contigo! ¡No nos abandones!
Mientras más aguzaba la vista más gente desesperada veía debajo de ellos, más gente aparecía de la nada y se colgaba del interminable reguero humano que ahora tocaba suelo. Entonces las nubes y el rostro comenzaron a desvanecerse, comenzaron a perder altura, quizá por el peso excesivo o por la falta de fe, hasta que Manrique perdió el equilibrio y cayó al vacío. Mientras caía cerró los ojos pero el rostro de su abuelo Desiderio apareció frente a él susurrándole "despierta", luego el de su padre Salvador

"despierta", y el de su madre "despierta", mientras casi se desintegraba a gran velocidad hacia el suelo, y luego apareció don Américo "despierta", y justo cuando iba chocar contra el suelo, lo despertó la voz de su hermana Telma que lo había encontrado sumergido en medio de una gran pila de maíz en mazorca que había amontonado para desgranarlo: "despierta, hermano".
Luego de ese sueño Manrique decidió aceptar la propuesta de trabajo de don Américo Lugo como mensajero y se preparó para partir hacia el este.
***
Para Charly la traición era el peor defecto de una persona y eso no se lo soportaba a nadie. Me lo había dicho cientos de veces: "el que me traicione lo mato como a un perro". Lo creía, después de todo era Charly "Mataperros". Generalmente hablaba de eso

cuando estaba medio pasado de tragos, cuando Charly estaba borracho le cogía con pelear y con creerse dueño del mundo.
—Mira, tú ves a Manolito (como si lo hubiera conocido) a ese le corté las dos manos antes de echárselo a los tiburones en el Malecón... ¿y tú sabes por qué? Porque me robó un kilo.
Te recuerdas de Chepe, a ese le corté la lengua y después le metí un tiro en la cabeza... ¿tú sabes por qué? Porque se puso a hablar de más ¿Y de Julián, te recuerdas? A él lo metí en el cuarto frío del bar y al tercer día lo saqué duro como un palo... ¿sabes por qué? Porque se quería ir a trabajar con la competencia después de todo lo que yo le había enseñado.
Escuché pacientemente a Charly hacer sus cuentos, pero, aunque sabía que era capaz de cualquier cosa nunca le hice mucho caso a eso de la traición. Hasta el día que encontró a Pucho cogiéndose a Mary en el apartamento que él le había regalado cuando cumplieron su primer aniversario de novios. Creo que fue la única mujer que Charly amó en su vida. Sí, amó, pasado del verbo que ya no está. Charly me llevó sin decirme nada y me obligó a presenciarlo todo. Quería mostrar la veracidad de sus historias. Quería que yo constatara con mis propios ojos el castigo a la traición. Por si acaso.
Por suerte reprimí en mi memoria los recuerdos de aquella larga noche. Los detalles, por lo menos. Pero por más que he

tratado de olvidarlo todo, todavía queda viva en mi cabeza esa

maldita imagen, esa única imagen que mantengo enmarcada en mi cerebro como si estuviera disecada, de un hombre y una mujer desnudos, amarrados por las muñecas a una viga del sótano destinado para aquellos "trabajos", sus cuerpos mutilados y el pene separado de su hombría en la boca de ella. Esa noche me di cuenta de lo que Charly era capaz.

Pero Charly sería finalmente traicionado.

Poco tiempo después Charly cayó preso y no lo volví a ver más. Eso me facilitó las cosas porque después de aquella noche había decidido borrarlo de mi vida, tal y como lo había hecho la primera vez cuando mató a mi perro Bucanero.

A Charly lo traicionó su propio ego. El poder y la gloria no le permitieron ver el odio que había despertado entre sus hombres de confianza, su "familia" como él la llamaba. En ese tiempo Charly no pensaba que alguien tan cercano le jugaría una tan mala jugada; craso error, y más cometido por un hombre tan inhumano como Charly que no creía ni en él.

A Charly lo interceptaron en un allanamiento de rutina en uno de sus negocios, y lo que él pensaba que era otro caso fácil de resolver por su bufete de abogados resultó un poco más complicado. Luego de Charly cayeron sus principales hombres de confianza, por supuesto, también yo. Todos cantaron la verdad sobre Charly a cambio de la inmunidad en algunos casos y de cargos menores en otros. Uno a uno, vaciaban su odio y su rencor contra Charly, explicando con lujo de detalles todos

los pormenores de sus negocios, futuros movimientos y sus crímenes. A mí no me pudieron sacar nada. Me hicieron de todo, por supuesto, siempre dentro del reglamento de torturas sin marcas, pero no hablé. No porque no quisiera, sino porque realmente no sabía nada importante de los negocios de Charly, él se había cuidado de mí hasta el último momento, nunca reveló más de lo necesario. Su único error fue el de llevarme aquella noche a comprobar su castigo a la traición. Qué lástima que no lo recordaba y que solo mantenía en mi mente el recuerdo de aquella carnicería en ese lúgubre sótano vacío de humanidad, y que por sí sola no decía nada a las investigaciones policiales.
A Charly le descubrieron el entramado completo del negocio, desde los burdeles donde se traficaba a puerta cerrada hasta los laboratorios, las cuentas de los bancos donde guardaba el

dinero lavado (aquellos dólares gringos que tanto criticaba), sus colaboradores de alto rango, los de Estado también, sus contactos internacionales, llegaron incluso a descubrir el sótano donde jugaba a ser Dios.
El cartel de Charly se desarticuló por completo.
A los que hablaron lo condenaron por cargos menores, como se había acordado: robo a mano armada, consumo y tráfico menor de drogas, tráfico de vehículos robados, violación y en el caso de los más cercanos a Charly, asesinato. Pero ninguno tuvo más de diez años de cárcel. A Charly lo condenaron a treinta

años y con los cargos imputados se hacía difícil que ganara una apelación.
A mí me mantuvieron casi un mes en prisión preventiva, pero al no poder comprobar mi participación en los negocios de Charly y gracias a que no tenía ningún expediente con la policía me dejaron libre. Eso fue suficiente para que Charly pensara que había sido yo el que lo había traicionado. Parece que los barrotes de su celda le removieron los recuerdos o echó de menos su ojo izquierdo cuando más lo necesitaba, pero de alguna manera su rabia y su desengaño lo pagó conmigo. De todos lo que agarraron e investigaron yo fui el único que no habló. Pero él me culpó a mí. No me importaba. Había salido vivo de esta y estaba libre. Vivo y suelto, eso era lo importante.
Nunca lo visité a la cárcel y tampoco le escribí y eso quizá agravó aún más la situación. Lo único que sé es que me acusó de traición y juró vengarse, aunque fuera lo último que hiciera en su vida. Esta vez le tomé la palabra en serio.
***
Mis panas del grupo se alegraron con la noticia de mi libertad y me recibieron como el primer día, con un tremendo tabaco de marihuana. No fumé. Con todo ese rollo de Charly había decidido dejar de fumar y volver a hacer ejercicios. Ellos lo encontraron raro y siguieron con sus notas, viéndome volar alto, alto, muy alto.
Volví a escribir. Volví a cantar como antes. Y volví a deambular

por las calles de la Ciudad Colonial, oliendo, saboreando el destino. También me acostumbré a bañarme en el mar, iba dos

veces por semana a la playa y cuando estaba lloviendo iba al mismo lugar donde nos reímos el mar y yo, solamente a hablar con él. Fue en uno de esos días que venía de la playa cuando me encontré con Naomi.

Cruzaba la parte oriental de la ciudad, cuando en un semáforo vi esa pequeña iglesia evangélica atestada de feligreses. Me quedé hipnotizado viendo cómo aquellos fieles devotos se estremecían en sus bancos de un lado a otro, levantando los brazos, dando gracias a Dios y en algunos casos cayendo en el suelo con convulsiones. El pastor vociferando las "verdades" de la santa iglesia, inmerso en un frenesí que...

Apagué el motor, entré a la iglesia sin camisa (mis dos grandes y negras alas al desnudo) por el pasillo central y en medio del asombro de todos los creyentes que me veían estupefactos avanzando hacia su Mesías, caminé hacia el altar, abrí mis brazos o mis alas, no recuerdo, y bajo la mirada trémula del pastor que me apuntaba con la Biblia en sus manos, grité al inmenso crucifijo detrás de él:

—¡MUÉSTRAME EL CAMINOOOOOO!

—¡Repréndelo Señor! —fue lo primero que escuché.

—¡Líbranos Señor!

—¡Es el demonio!

—¡Ampáranos!
—¡Es el fin de los días!
Y así, como esas, llovieron una serie de imprecaciones que me hicieron despertar y darme cuenta de que estaba en el lugar equivocado.
El pastor, que todavía mantenía la Biblia en alto escudándose de mí, se sintió apoyado por la masa de creyentes que, entre el miedo y la fe ciega, no paraba de vociferar consignas religiosas en mi contra, emprendió también con un trémulo discurso que iba cobrando fuerzas frase tras frase.
—Esta es la prueba de que el fin se acerca, aquí está presente en carne viva el testimonio vivo de que el mundo se está acabando, de que estamos en el fin de los días, en el fin de la humanidad, pero contigo a la cabeza, Señor, contigo delante, mi Señor, venceremos el mal, líbranos, Señor Todopoderoso y salva a tus fieles servidores, nosotros que creímos en tu palabra cuando dijiste...
222
Ahora la pequeña iglesia parecía un gallinero y el pastor por su parte crecía y sacaba el pecho mientras abría los brazos hacia el bajo techo, como todo un gallo de pura calidad defendiendo su harén.
—Repréndelo, Señor y líbranos de todo mal, haz que este demonio salga por la puerta de ésta, tu casa, con el poder de tu gloria, Señor, haz que vuele con sus alas negras a los campos

desolados y envueltos en llamas del infierno, de donde vino.
Te conmino a que dejes este altar y desaparezcas en tu carro de fuego, demonio de los infiernos.
Los gritos de los creyentes se oían a media cuadra, sus cuerpos se retorcían como marionetas desafiando los límites de contorsión del cuerpo y no faltaron dos o tres mujeres que cayeran desmayadas por la gracia del Espíritu Santo o por algún golpe en la cabeza con algún banco mientras sacudían violentamente sus cabezas encrespadas.
—¡QUÉMALO, ¡DIOS MISERICORDIOSO, CON EL FUEGO DE TU ESPÍRITU SANTO! ¡ALELUYA, JESÚS! ¡GLORIA A TI, SEÑOR! ¡ARREPIÉNTANSE HERMANOS!
Estas últimas palabras retumbaron como un trueno en la pequeña edificación y yo que había caído de rodillas frente al altar y miraba petrificado al pastor, me levanté cuidadosamente y caminé decepcionado por el centro del pasillo hacia la salida.
—FUERA, DEMONIO, SAL DE LA CASA DEL SEÑOR, QUE AUNQUE EL FIN ESTÁ CERCA TODAVÍA NOS FALTA. EL SEÑOR DIOS TODOPODEROSO NOS LO HA DICHO. TE REPRENDO DEMONIO. LÍBRANOS, SEÑOR DE TODO MAL. PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS...
Y en medio del padre nuestro y de otras alabanzas atravesé el pasillo y no pude evitar escapar una sonrisita cuando recordé el calvario de Jesús con la cruz a cuestas hacia su crucifixión. ¡Qué paradoja, pensé!

—MÍRALO SEÑOR, SE ESTÁ RIENDO DE TI, QUÉMALO CON LA GRACIA DE TU ESPIRITU SANTO A VER SI SE RÍE DE NUEVO — vociferó

una vieja con rolos mientras los presentes se amontonaban lejos de mí por temor a que me los llevara.

Y así, "gracias a Dios" pude llegar hasta la salida y montarme en mi Harley, pero justo cuando iba a encenderlo oí mi nombre en medio de la algarabía.

—¡Gabrieeeel!

223

Era Naomi. La morena. La reconocí al instante. A pesar de su atuendo de corte evangélico, la falda hasta los tobillos, la blusa con cuello, mangas largas y zapatillas bajitas, a pesar de no estar maquillada, de no tener la carnosa y erótica boca de almeja pintada de rojo, a pesar de tener el pelo recogido en un moño insípido y fuera de moda, a pesar de todo eso reconocí su voluptuoso y curvilíneo cuerpo de mulata. No había cambiado para nada, ni siquiera había engordado, se veía como esas mujeres genéticamente constituidas para burlar las inclemencias del tiempo, esas mujeres que al pasar de los años mejoran, asientan el cuerpo, afianzan su contextura y perfeccionan su esencia, como el buen vino, y por un microinstante me sentí orgulloso de haber catado esa cepa.

—¿Eres tú Gabriel? ¡Amigo, cuánto tiempo!

Naomi no se percató de la actitud de sus hermanos, que la miraban desconcertados ante su trato familiar con el demonio

alado.
—¡Dios oyó mis súplicas y te trajo ante mí, ante nosotros, Gabriel! —y de inmediato se acercó y me abrazó como nunca nadie me había abrazado antes. Y lloró.
No pasó mucho tiempo para que alguno de los feligreses rearmara de nuevo el rompecabezas y relacionara mi nombre, las alas y el testimonio de Naomi sobre sus súplicas y cómo Dios me había llevado allí, y aquello corriera como la pólvora entre todos para que se revirtieran las amenazas y peticiones en grandes alabanzas a mi favor.
—¡ES UN MILAGRO!
—¡DIOS ENVIÓ A UN ÁNGEL!
—¡BENDITO SEAS!
—¡ALABADO SEA EL SEÑOR Y SUS ÁNGELES!
—¡BIENAVENTURADO GABRIEL QUE HAS DESCENDIDO DEL REINO DE LOS CIELOS PARA VENIR A SALVARNOS!
Fue lo último que pude escuchar entre la confusión, de boca del pastor, cuando sentí aquellos conocidos senos piramidales apretujándose contra mi pecho imberbe. Pero cuando vi los ojos almidonados de Naomi que me miraban desde abajo y me sonreían, volví a la tierra y le respondí el abrazo tiernamente; y su pregunta.
—Claro que soy yo, Naomi, te busqué por todos lados y ahora tú me encontraste...creo que la que me has salvado hoy eres tú.

Ella sonrió con esos dientes de marfil que parecían teñidos de nubes y me dijo: "¡Demos gracias al Señor!". No entendí la respuesta, pero no era momento para discernimientos fútiles. Le pedí calladamente que nos fuéramos a otro lugar para poder conversar, ya que en medio de los gritos y la algarabía no íbamos a poder ponernos al tanto de los últimos acontecimientos de nuestras vidas, y después de muchas explicaciones y plegarias a sus hermanos de la iglesia, así lo hicimos. Naomi aceptó montarse en mis mil cuatrocientos cincuenta caballos alados, claro, sentada de lado, y así salimos de allí sin rumbo fijo hasta que paramos en el Malecón justo donde semanas antes había reído con el mar.

—¿Y qué ha sido de tu vida, Gabriel? Pensaba que habías muerto.

Yo miraba a Naomi y me sentía feliz y desgraciado al mismo tiempo, feliz porque la había encontrado y estaba bien, desgraciado porque ella era la prueba viva de mi maldito pasado, o de mi pasado maldito.

El Mar Caribe, bravo al fin, chocaba violentamente contra las costas y dejaba caer su rocío salado sobre mi rostro encallado en el pasado.

—Yo estaba muerto, Naomi, de hecho, he muerto muchas veces —le dije zambullido en sus ojos color miel.

—Yo no te veo muerto, Gabriel, te veo más vivo que nunca,

con ese tamañote tienes para darle vida a muchos, incluyéndome a mí. Tú si has crecido, cuando desapareciste eras un muchachito, un hombre en el cuerpo de un muchachito, pero ahora estás parejo. Contéstame, ¿dónde te metiste, porqué me...nos abandonaste?

—Nunca los abandoné, Naomi, por lo menos, no por mi voluntad.

Todo fue culpa de Charly.

—Eso lo sé, porque luego de investigar mucho supimos todo lo ocurrido a través de uno de los secuaces de Charly, averiguamos que estabas en la clínica, y él también, pero cuando fuimos ya no estaban, a él se lo habían llevado al correccional y tú habías desaparecido del mapa y cuando preguntamos en la clínica nadie nos supo decir tu paradero.

—Claro, eso fue obra de doña Nieves.

—¿Doña Nieves, pero cuál doña Nieves?

—Una santa que recoge niños y niñas de la ciudad y les da albergue.

—¿Pero esa es doña Nieves la del hogar de doña Chucha?

—Ella misma.

—¿Y qué tiene que ver esa señora contigo?

—Es una larga historia, Naomi. Por ahora debes saber que gracias a ella estoy aquí. Ella fue la que me salvó de las calles, por lo menos en aquella ocasión y la que me acogió en su dulce

hogar.

—Y por qué no nos dijiste nada, por qué no te comunicaste con nosotros para dejarnos saber que estabas bien, por qué nos… dejaste a esos niños solos, a la nación sin su líder.

—Porque perdí la memoria por cuatro años. Una de las piedras me provocó una conmoción cerebral que afectó parte de mi memoria y no pude recordar nada de ustedes ni de mis vidas pasadas.

—¿Y doña Chucha no te dijo?

—No y no la culpo, ella quería protegerme de las calles y por eso me ocultó la verdad. Así pude terminar el colegio, empezar la universidad y convertirme en lo que ella siempre quiso, hasta el día que recobré la memoria y recordé a Bucanero, a ti, a los muchachos de la nación y al desgraciado de Charly. Ese día dejé de ser todo lo bueno que ella me había enseñado y volví a las calles.

—Y por qué no fuiste al refugio, te esperé por mucho tiempo.

—Eso fue lo primero que hice, pero ya se habían marchado, en el lugar de ustedes encontré a unos viejos mendigos que tenían el lugar convertido en una pocilga asegurándome con palos y piedras que allí no había ningún muchacho y que ese era su territorio desde siempre. Permanecí varios días en las calles buscándolos incansablemente, pero regresé deshecho al hogar de doña Chucha.

—¿Y dónde vives ahora?

Mientras Naomi me cuestionaba yo miraba sus rizos, me sonreía con sus labios llenos de incógnitas y me dejaba llevar por sus ojos vivaces y curiosos, resignado a responder una a una sus preguntas, como confesando mis crímenes por tantos años de ausencia. De vez en cuando volvía la mirada hacia un palito de almendro que se balanceaba entre las crestas de las olas.

—Vivo con unos amigos desde hace algunos años en la Ciudad Colonial —por alguna razón preferí omitir todo lo concerniente a mi reciente encuentro con Charly.

—¿Y qué haces para vivir?

—Música. Con ellos tengo un grupo y tocamos en diferentes sitios de la capital. Pero ahora dime tú, ¿qué ha sido de tu vida? ¿Estás estudiando para ser monja después de tantos años de ser una diablita...? – le dije lanzando una sonrisa a nuestro pasado.

—¡Dios te perdone! No, Gabriel, nada de eso, para ser una hija de Dios no se tiene que estudiar, solo tienes que profesar su palabra.

—En serio, cuéntame.

—Bueno, después de que desapareciste algunos muchachos se perdieron de nuevo y abandonaron la nación y yo me quedé con unos cuantos haciendo lo que podía para mantener el orden. Con el tiempo nos separamos. Luego de terminar la escuela, conseguí una beca en la universidad y estudié educación. Ahora soy maestra de secundaria en un colegio, estoy casada con un

hombre muy bueno y tengo dos hijos, el varón se llama Gabriel.
Que suerte había tenido Naomi, pensé, había encontrado todo lo que se le había perdido: una profesión, paz con Dios y una familia. ¿Por qué yo no? ¿Por qué yo no? ¿Por qué yo no?
El palito de almendra finalmente se había hundido entre las olas. El salitre me había humedecido los ojos de nuevo y un par de lágrimas de agua de mar se asomaron indiscretas.
Naomi me abrazó tiernamente.
—Todos nos sentimos perdidos alguna vez en la vida. Yo también le he gritado a Dios que me muestre el camino.
—Sí, pero ya lo encontraste, Naomi. Yo no. No sé hacia dónde ir, y lo peor de todo, no sé ni siquiera de dónde vengo. Siento que esta vez estoy perdido para siempre.
—No digas eso, todo tiene una razón de ser. Crees que fue por pura casualidad que entraste en esa iglesia. Crees que fue una casualidad que yo estuviera ahí. No. Dios lo tiene todo bien planificado. Y tú estás dentro de los planes de Él desde que naciste.
—Naomi, Dios me abandonó hace tiempo.
—Nunca te ha abandonado, está ahora mismo con nosotros.
—Naomi, yo no sirvo para nada, ni siquiera para tu Dios.
Naomi me soltó de repente y me dio una suave bofetada en la boca.
—No vuelvas a decir eso. Por ti estoy yo aquí, en mi camino, según tus propias palabras. Y no solo yo, muchos de

los muchachos que tú guiaste son ahora hombres y mujeres de bien para la sociedad; y todo por ti. Acaso no recuerdas cómo lograste enderezar a esos muchachos y convertir ese criadero de delincuentes en una familia. Acaso no recuerdas cómo lograste salvarlos a todos de Charly. No recuerdas cómo nos guiaste, cómo nos enseñaste a estudiar, cómo nos enseñaste a amar, a creer. Acaso no recuerdas cómo creías. Acaso no recuerdas como creías en tus sueños.

Esas palabras retumbaron en mí como si las hubiera dicho el mismo Dios de Naomi, o por lo menos como si las hubiera escuchado de la boca de mi propio padre.

El mar amainó.

—¿Y en qué creía yo Naomi? ¿Cuáles eran mis sueños, si acaso soñaba?

—Soñabas con dirigir la nación de los niños como un verdadero líder, soñabas que esos muchachos dejaran las drogas y la prostitución, soñabas con que fueran grandes hombres y mujeres, soñabas con estudiar, soñabas con el amor, soñabas conmigo, soñabas con ser escritor, con ser feliz, con encontrar a tus verdaderos padres, soñabas con...

—¿Con encontrar a quién? ¿Qué padres? ¿Y qué sabes tú de mis verdaderos padres? Yo soy huérfano – le dije abriendo los ojos como la luna que acababa de asomarse por un cielo todavía claro, despertando de mis pesadillas.

—¿Lo olvidaste? – me respondió asombrada Naomi.
—¿Qué? ¿Qué Naomi? ¡Explícate! — Le dije tomándola por un brazo.
—Cálmate, Gabriel, lo de tus padres.
—¿Qué padres, Naomi? ya te dije que soy huérfano.
—No, Gabriel, no eres huérfano, o por lo menos no naciste huérfano.
El mar volvió a agitarse y vi cómo el palito de almendra resurgió entre la espuma de las olas y luchaba por mantenerse a flote. Me había parado violentamente y daba vueltas en el pequeño mirador esperando una respuesta inmediata de Naomi. Me sentí mareado.
—Siéntate, Gabriel, te lo voy a explicar todo. Vamos a ver, ¿qué recuerdas realmente? ¿Recuerdas lo que pasó con Charly y tu perro?

—Claro que lo recuerdo.
—¿Recuerdas cuando asumiste el liderazgo de la nación?
—Sí, Naomi, lo recuerdo, pero no sé a qué va todo esto —le dije impaciente
—Trata de calmarte Gabriel, ¿Recuerdas cómo conociste a Charly?
—Sí —robábamos comida en el supermercado del chino.
—¿Recuerdas el orfanato?
—Sí, lo recuerdo.

—¿Recuerdas por qué te fugaste?

—Claro, era insoportable.

—¿Recuerdas a tus padres adoptivos?

—Sí, y no quiero recordarlos.

—¿Recuerdas cuando te devolvieron al orfanato?

—Sí.

—¿Por qué?

—¿Qué por qué, qué?

—¿Qué por qué te devolvieron?

—No quiero pensar en eso Naomi. No me preguntes sobre eso.

—Tengo que saberlo Gabriel. Es la única forma de que comprendas la verdad.

—De acuerdo Naomi. Esos desgraciados me devolvieron porque después de muchos intentos habían concebido su propio hijo, uno de su sangre y parece que ya no me necesitaban más.

—¿Y qué más?

—Más nada, eso fue todo... ¿O no?

—¿Gabriel, recuerdas una mujer del orfanato que te trataba muy mal y no te quería?

—¡Claro que recuerdo a esa bruja!

—¿Recuerdas lo que te dijo un día sobre devolverte a alguien?

Mi mente comenzó a nublarse, sentí que desfallecía y Naomi tuvo que sostenerme por un brazo para no caer.

—¿Qué te sucede Gabriel? Gabriel, Gabriel...

—Fui robado. ¡FUI ROBADO! —Naomi asintió con una triste sonrisa de conmiseración.
—Lo recuerdo, esa maldita mujer me dijo ese día que si seguía molestándola me iba a devolver al hombre que me vendió para que me vendiera de nuevo a otra pareja. Eso fue lo que me dijo. Ahora lo recuerdo todo. Al fugarme del orfanato no pude

volver para preguntarle a esa bruja dónde encontrar al hombre que me había robado de mis verdaderos padres.
—Exactamente, Gabriel. Recuérdate incluso que me hiciste una promesa uno de esos días.
— Sí, también lo recuerdo. Ese día te juré que iba a encontrar a mis verdaderos padres.
—Ese eras tú Gabriel y aunque no lo creas ese mismo eres tú ahora, en este momento. Lo puedo ver en el brillo de tus ojos, el mismo brillo que tenían cuando te veía estudiando, o leyendo libros incansablemente, o cuando escribías, o cuando les enseñabas a los muchachos, o cuando hacíamos el amor.
La abracé y lloré en su hombro.
—Gracias, Naomi, gracias por devolverme la esperanza.
—Dale las gracias a Dios, Gabriel porque me puso en tu camino.
¿Te das cuenta que nunca te ha abandonado?
Naomi averiguó que la mujer del orfanato cambió su uniforme de verdugo de niños por el de velo y hábito y que ahora residía

en un convento de monjas carmelitas.
No sé si por el encuentro con Naomi o por el encuentro con Dios, o por la sorpresa de recordar que no era huérfano de nacimiento y que podía encontrar a mis verdaderos padres, o por el dato de la mujer del orfanato, pero a partir de ese día volví a ver la luz al final del túnel y esta vez estaba seguro de que no era la de un tren que venía directo hacia mí.
El encuentro con Naomi, que no fue el último, me ayudó a tomar algunas decisiones, como regresar al hogar de doña Chucha y aunque no me quedé, para ella fue suficiente el verme sano y bien encaminado. Aparte de leer y escribir como nunca, me organicé lo suficiente para cumplir con los compromisos del grupo de música y poder dedicarme a la actividad más importante de mi vida hasta ese momento, aunque lo hubiera olvidado por algunos años: encontrar a mis padres.
Una de esas noches, después de mucho tiempo sin hacerlo, soñé. Entraba por un pueblo hermoso rodeado de mar y de montañas y desde un lugar que parecía un edén, una anciana de rostro inteligente y sereno me llamaba insistentemente para entregarme un sobre blanco lacrado en cera verde con las iniciales: TQ.

CAPÍTULO 6
El Hombre
La monja del convento de las Carmelitas

Luego de ensillar a Veterano la noche anterior a su partida, tal y como se había acordado entre todos para no llamar la atención de la gente que llegaba de todas partes para manifestar su simpatía por la familia, Manrique se despidió de sus hermanos, su madre, sus abuelos y de don Américo que le recordó que hacía lo correcto.

—Lo hago porque me lo dicta el corazón, usted mismo me dijo que siguiera mis instintos, y eso es lo que estoy haciendo. Siento la necesidad de trabajar y esto de ser mensajero parece ser algo que vale la pena.

— Tienes razón, muchacho —le respondió luego de tomar un sorbo de café —pero nunca olvides que así como tu corazón nunca te ha mentido, así tampoco lo hará el corazón de este pueblo que late fervorosamente por su libertad.

Manrique no contestó.

Elodia, que había soportado estoicamente los arranques de su hijo desde que nació, le preguntó apesadumbrada:

—Mi hijo, y por qué no aceptas la compañía de don Américo y sus amigos en este primer viaje tuyo, total, tú no sabes siquiera para dónde vas.

—Mamá, no se preocupe. Ya me dirán ellos donde tengo que ir.

— No te preocupes, Elodia – le contestó rápidamente Pancho – deja a ese muchacho que se vaya solo y lo más rápido posible; a fin de cuentas eso es lo mejor antes de que el vigilante de Antero

vuelva a hablar y diga lo que vio. Si eso ocurre puedes tener por seguro que tendremos la casa llena de la guardia nueva y a Manrique preso y con la compañía de los gringos.

Ángel interrumpió al abuelo y le dijo a Manrique:

—Hermano, váyase por la sombrita, que estos tiempos no están fáciles. Mire, llévese estos chelitos que yo había ahorrado por si acaso —extendiéndole unas cuantas papeletas de la venta del pequeño almacén que había abierto en las inmediaciones de la propiedad y que contaba con una clientela fija por la calidad de los productos, en su mayoría comprados directamente a Pancho de la hortaliza que él mismo cosechaba con Luis.

Mina le había tejido en una sola noche un abrigo y aprovechó la ocasión para entregárselo.

—Póngase este abrigo cuando sienta que le falte el calor de su familia y váyase en paz, mi hijo.

Manrique se sentía sobrecogido por las muestras de afecto de sus familiares, pero no se atrevía a demostrarlo, y por eso rompió el hielo y le dijo a la abuela.

—Gracias, Mina, pero no se preocupe que yo siempre los llevo conmigo, además, no es para toda la vida que me voy.

Luis, que había estado muy callado observando la despedida, café en mano, le dijo a Manrique:

—Bueno, hermano, lo único que espero es que usted encuentre lo que está buscando y se le aliente el pecho.

—Así será, hermano —le contestó Manrique —Con tal de que esta desazón en el pecho amaine...

La única que no habló fue Telma, en cambio le puso un manojo de papeles, amarrado con un mechón de sus cabellos en las manos y lo abrazó con sus largos brazos tratando de cerrar el círculo en torno a su espalda de buey, susurrándole algo al oído que parecía más bien una caricia tibia de la suave brisa verde de la loma Isabel en aquella madrugada.

Luego de algunos consejos, algunas remembranzas, risas y lágrimas también, todos se despidieron de Manrique como si fuera la última vez. Menos Elodia que no le soltó la mano porque no quería despedir a su hijo. Manrique tuvo que abrazarla por largo rato y luego besarla repetidamente en la frente, asegurándole que todo saldría bien y que se verían pronto.

—Enderécese bien, mi hijo —atinó a decir Elodia mientras lo vio ajustar la cincha de la silla de montar. Veterano la observaba fijamente, como queriéndole decir "no se preocupe, yo se lo voy a cuidar".

Manrique no salió por la callejuela de entrada a la propiedad sino por el portón de atrás, el que da a la loma. Veterano no

parecía tener rumbo fijo y su paso, aunque decidido, era ligero. A medida que fueron adentrándose en los caminos de la loma, rumbo hacia el este, el alba fue naciendo y así mismo los pasos de Veterano en un trote alegre y fogoso, y cuando el sol dejó caer

su sonrisa radiante sobre la campiña, de la misma manera lo hizo Veterano con sus pezuñas en un galope trepidante que levantaba el polvo de los trillos como oro molido y hacía caer los aguacates y los mangos del cogollo de las matas, y así, casi enderezando los meandros de los ríos, corrió libre como cuando nadie podía montarlo, como cuando Salvador tenía que alimentarlo con guayabas para poder domarlo. Manrique lo conocía y sabía que su paso significaba algo, entonces soltó las riendas y lo dejó que decidiera por sí solo el rumbo, como si viera con los ojos del animal, como si corriera con sus cuatro patas, como si resoplara con sus narices y oliera el rumbo.

Fueron atravesando empalizadas, caminos y fincas y Manrique volvió a experimentar aquella levedad que casi lo hacía flotar. El dolor en el pecho estaba desapareciendo otra vez.

***

Parecía que el bienestar del pecho era para siempre. Nada ni nadie lo obligaría a pisar el suelo de nuevo y remediar sus penas con las lombrices rojas, esta vez alzaría el vuelo para siempre.

En el camino Manrique vio a su gente, vio a los campesinos arando la tierra, limpiando los conucos, a las mujeres con la falda recogida estregando las esperanzas en el río, otras con el pecho abierto alimentando a los críos, y pudo ver el corazón noble de su pueblo, aquel que le dijera don Américo.

Muchos de ellos lo reconocían por las historias que se tejieron en torno a su persona, mientras lo veían sobre el brioso caballo y

el sable terciado a un lado de la cintura.
—Ahí va "el hombre"
—Adiós "el hombre".
—Suerte "el hombre".
Esta forma de referirse a una persona era costumbre en la zona. Más fácil, más genérico, menos formal que decir "señor", "usted", "don" o "caballero". Pero en el caso de Manrique este llamado respondía más bien a la esperanza, la admiración o la solidaridad.
234
—Bien hecho "el hombre".
—Tire para adelante "el hombre".
Cuando bajó por el lado este de la falda de la loma Isabel, el sol le tumbó la modorra mañanera de encima y pudo observar la alfombra verde de los campos de caña de azúcar cubriendo una gran extensión de tierra casi hasta el mar; entonces sacó de su pecho el manojo de papeles que le diera Telma y de entre ellos extrajo uno más arrugado que todos, uno que correspondía a un poema que ella le leyera en una de esas tardes en la que compartían debajo de la mata de mango. En realidad, era un fragmento de poema que ella había escuchado en un sueño, recitado por un poeta que nunca había visto pero que le parecía conocido de otra vida, o de otro tiempo, por un poeta que todavía no había nacido. No pudo evitar leerlo en voz alta como tantas veces le pidió Telma que lo hiciera y él, con más vergüenza que timidez

se limitaba a oírla:

Hay
un país en el mundo
colocado
en el mismo trayecto del sol,
Oriundo de la noche.
Colocado
en un inverosímil archipiélago
de azúcar y de alcohol.
Sencillamente
liviano,
como un ala de murciélago
apoyado en la brisa.

Mientras lo leía veía la gran extensión de caña que lo comenzaba a rodear como un gran océano, sintiendo el sol en su piel y una brisa melosa que lo acariciaba dulcemente.

Sencillamente claro,
como el rastro del beso en las solteras
antiguas
o el día en los tejados.
Sencillamente
Frutal. Fluvial. Y material.

En ese momento vio a un par de bellas muchachas campesinas caminando con higüeros llenos de agua y recordó la mujer de sus sueños. Aquella mujer que había soñado dos veces. La primera, cuando la rescataba de las fauces del ogro color cobre y los ojos ceniza; y la segunda, cuando la vio dibujada en las nubes. Estas muchachas se parecían a ella. Eran de una belleza natural, como el campo.

Mientras recitaba el poema se encontró con un campesino que caminaba taciturno con una coa al hombro y su cachimbo en la boca.

—Buenos días.

—Buenos días "el hombre" – le contestó el viejo.

—Me podría indicar el camino a Joba.

El viejo apartó el cachimbo de su boca y le señaló el noreste.

—Es por allá. Sígame si usted quiere para encaminarlo

Veterano redujo su paso sin que Manrique tocara las riendas y se colocó casi al lado del campesino que volvió a fumar su cachimbo con una parsimonia casi reverencial. Luego de unos minutos cabalgando a su lado Manrique decidió ponerle conversación al reservado campesino y le preguntó con una curiosidad absoluta, como si consultara algún oráculo o algo parecido:

—¿Y cómo están las cosas por aquí?

El hombre haló una amplia bocanada de tabaco de su cachimbo y luego de escupir algunos desperdicios del tabaco le

contestó.

—Las cosas están como tienen que estar.

Manrique se quedó en el aire tratando de buscarle la vuelta a lo que el viejo le había dicho.

—¿Cómo así; a qué se refiere?

El viejo lo miró de lado y pasándole la mano por el cuello a Veterano, le dijo:

—Usted tiene un buen caballo, sus ojos parecen de gente. Cuídelo – y luego le dijo — los gringos vuelven a su país y nosotros nos quedamos resolviendo lo nuestro.

—Como tiene que ser – completa Manrique.

—Sí, señor, como tiene que ser. Aunque nos jodamos.

—¿Y por qué usted dice eso?

—¡Uh!, aquí hay demasiados jefes para tan poca tierra.

—Aunque no conozco mucho más que San Felipe y el lugar

donde nací, en el camino he visto tierra por todos lados — Manrique recordó una estrofa del poema que todavía tenía en sus manos.

y tierra bajo los árboles y tierra
bajo los ríos y en la falda del monte
y al pie de la colina y detrás del horizonte
y tierra desde el cantío de los gallos
y tierra bajo el galope de los caballos
y tierra sobre el día, bajo el mapa, alrededor

y debajo de todas las huellas y en medio el amor.

El campesino se detuvo y clavó su coa en la tierra seca por la falta de lluvia en esos días. Luego la desenterró y le mostró la tierra seca resbalándose entre sus dedos callosos y fuertes.

—Toda esa tierra que nosotros trabajamos hasta pelarnos el pellejo no da para los hombres.

Manrique evocó el próximo verso del gran poema.

Entonces

es lo que he declarado.

Hay

un país en el mundo

sencillamente agreste y despoblado.

—Pero, ¿cómo en medio de tanta riqueza? — Le preguntó al campesino.

—La ambición, muchacho, la ambición.

—¿Ambición?

Mientras caminaban, la vista de Manrique se perdía en el horizonte verde azulado y no comprendía cómo aquella inmensidad de tierra no daba para todos. De hecho, pensaba en la Loma y recordaba a su padre, y veía a todos los de su comunidad trabajando la tierra y viéndola parir.

—Lo que pasa es que en este paisito de nosotros hay muchos intereses.

—¿Intereses por la tierra?

—Por el poder, muchacho. Hay muchos hombres en busca

de poder, y cuando esos gringos se vayan, uno de ellos surgirá entre todos nosotros para terminar lo que ellos empezaron, con la única diferencia de que nos quitará lo que es nuestro

hablándonos en español y no en inglés y nosotros tendremos que llamarlo "jefe" y no "mister"... y cuando eso suceda, el diablo será el garitero.

Manrique no entendía muy bien lo que el viejo le decía, pero reconocía en sus palabras una voz de antaño, sabia y honesta.

—Pero no te asustes, muchacho. Este país ya nació una vez, y para que eso sucediera tuvieron que ocurrir muchas cosas malas y buenas. Todavía le falta nacer dos o tres veces más para ser un país de verdad. No hay parto sin dolor; bien nos lo ha enseñado la madre naturaleza... por eso es que te digo que las cosas están como tienen que estar.

Manrique y el viejo siguieron caminando juntos largo rato hasta que Manrique tomó su camino hacia Joba. Él había acordado con don Américo llevar una correspondencia a uno de los grupos establecidos en la zona noroeste; allí, uno de los principales caudillos que luchaban en contra de la intervención recibiría el telegrama y le indicaría su próxima misión.

***

Cuando llegué al convento de las monjas carmelitas, pregunté por una señora que trabajaba en un orfanato, la monjita me hizo pasar y me dijo que esperara. Al cabo de un rato, apareció la madre

superiora acompañada de un par de monjas más que parecían ser sus guardaespaldas, a juzgar por su contextura muscular y la expresión de boxeadoras de peso pesado. La monja principal me escudriñó de arriba abajo y me preguntó con tranquilidad qué quería, yo le dije que quería ver a una de las monjas que antes había trabajado en un orfanato de la ciudad. Se extrañó y dijo no recordar a ninguna hermana con esa descripción. Pero yo estaba decidido a hablar con la mujer e insistí en que ella estaba en ese convento. La superiora lo negó de nuevo, y esta vez pude notar a través de su inmaculado velo que ella me pedía una explicación más completa sobre lo que estaba tratando de decir.

—Esa señora trabajaba en un orfanato y estaba involucrada en el tráfico de niños. Yo la quiero ver porque soy uno de esos niños robados y necesito saber quién me vendió y dónde puedo encontrarlo. De esa manera podré dar con el paradero de mis padres.

La superiora se persignó cinco veces, hizo una señal a las monjas que le acompañaban y me dijo cariñosamente:

—Haberlo dicho antes criatura, esta es la casa del señor y aquí todos somos sus hijos, comprendo que quieras encontrar a tus padres carnales. Creo que sé de quién estás hablando, pero quiero que sepas que la mujer que vas a ver ahora no es la misma que conociste en esos años, esa mujer está muerta para el mundo, y en su lugar, ha renacido otra que renunciando a las

pasiones mundanas y a sí misma, ahora es novia perpetua de nuestro Señor Jesucristo, tal y como lo demuestra su hábito.
—No hay problema, hermana, lo único que quiero es la verdad —le dije a la superiora denotando cierta ansiedad.
—Si es así, estás en el lugar correcto, hijo mío —contestó ella mientras hacía una reverencia casi imperceptible. Luego le susurró algo en el oído a una de las monjas de peso pesado y se marchó.
Los guardaespaldas me llevaron a través de varios pasillos hasta un pequeño salón con una gran imagen de la Virgen María en el centro, dos sillas y una pequeña ventana en la parte superior de unos de los muros, un lúgubre habitáculo que parecía reservado desde tiempos inmemoriales para las grandes confesiones.
Pasados algunos minutos que para mí fueron años o siglos, entró cabizbaja una mujer de escasa estatura con hábito y velo. Se sentó a mi lado en una de las sillas, quizá la destinada al pecador, levantó la cabeza que la llevaba clavada al suelo y me dijo trémulamente “Dios te bendiga, en qué puedo ayudarte”.
Entonces me di cuenta de inmediato que aquella mujer, aunque más arrugada y maltratada por el remordimiento, había sido la cómplice de mis desgracias. Quise tomarla por el cuello y ahogarle el alma hasta que no quedara un solo soplo de esperanza de vida, como lo había sufrido yo, pero noté la mirada omnipresente de la imagen de la virgen María sobre mí y recordé las palabras de la madre superiora cuando me dijo que “esa mujer

está muerta para el mundo". La abordé sin miramientos.
—Yo soy Gabriel, ¿se recuerda de mí?
—Perdón – dijo ella confusa, parecía que la madre superiora no le había comentado nada sobre mis requerimientos.
—Mi nombre es Gabriel, el del orfanato.
Terminando la palabra "orfanato" la mujer se desfiguró por completo y el semblante plácido y tranquilo se transformó en una máscara de terror.
239
—¿GABRIEL? —Cayó de rodillas sobre el piso de cemento sin pulir (sin lugar a dudas algo pensado con anticipación por los ideólogos de este recinto para hacer más doloroso el proceso del perdón) se abrazó a mis pies y lloró desconsoladamente implorando perdón.
—Perdóname, Gabriel, perdóname, no era yo en esos momentos, era otra, perdóname, por favor, que el Señor derrame sobre ti su gracia para que puedas perdonar a esta pecadora. ¡Oh Dios mío, tú lo has traído para mi redención final! ¡Perdóname, Señor! ¡Perdóname, Gabriel!
No puedo negar que me sentí satisfecho, arrebatadamente feliz por el hecho de tener llorando bajo mis pies y pidiendo perdón a una de las causantes de mi infelicidad. Sentí ganas de patearla con la misma pierna que ella abrazaba, pero la presencia de su hábito me lo impedía. Hubiera querido mantenerla en esa bochornosa posición por lo menos diez o veinte años, el tiempo

que sufrí sin mis padres, pero decidí acelerar el interrogatorio y seguir con mis planes. Siguió llorando y pidiendo perdón.
—No soy quién para perdonarte, en tal caso que te perdone tu Dios, lo único que quiero saber es quién me vendió y dónde puedo encontrarlo.
Frente a estas palabras la mujer se compuso, se levantó del suelo y secándose con resignación las lágrimas se sentó en el banquillo y meditó. Luego de murmurar algunas oraciones y de sobar nerviosamente el crucifico en su pecho, le devolvió la mirada a la imagen de la Virgen María que la observaba fijamente y me explicó que ese hombre había caído preso por sus crímenes y que había resultado muerto en una pelea mientras purgaba muchos años de prisión en una de las cárceles de la capital, me dijo su nombre y su apodo, los cuales prefiero omitir por razones personales, y me juró que nunca lo había vuelto a ver. Le pregunté si sabía quiénes eran mis padres, y me dijo que no, pero recordaba que el hombre le había dicho en una ocasión que mi padre pertenecía a una familia conocida de un pueblo del norte del país, un pueblo llamado San Felipe.
—Por ti estoy aquí, Gabriel, tú, como el arcángel de Dios que le reveló a Juan el libro del Apocalipsis, me revelaste que esa vida que llevaba había llegado a su final y que debía entregarme a Jesús en cuerpo y alma. Después que te fugaste del orfanato decidí expiar mis pecados, renuncié a esa vida y renací de nuevo en la gracia del Señor. Te pido perdón por todo el daño que te he

causado, pero al mismo tiempo te doy las gracias por haberme puesto en el camino de la salvación.
Dicho esto, quedó en silencio sosteniendo su crucifijo en las manos. Estaba claro que no podría aportar nada más sobre mi caso.
Por unos instantes me pareció ver cierta luz desde la pequeña ventana derramada sutilmente sobre su hábito y velo. Cuando desapareció, miré la imagen de la Virgen y pensé "no es para tanto".
—Si Él te perdona, quizá algún día yo también – fue lo último que le dije antes de marcharme.
***
Cuando comuniqué a los muchachos que me ausentaría del grupo por un tiempo se armó un caos. Luis rompió uno de los toms de la batería, René se tomó media botella de vodka de dos tragos y no me dirigió la palabra, Iván dijo que ese era el fin de la banda, que eso era lo que les había pasado a todos los grandes, desde los Beatles hasta Bauhaus, la separación final y se tomó la otra mitad de la botella de vodka. Solo Lisa, que de alguna manera estaba siempre conectada conmigo, pareció entender mis deseos y me dijo que hiciera lo que me dictara el corazón, y mucho más si se trataba de mis padres.
Incluso me escribió un poema.
Si acaso no encuentras tu nido

Allá en la cumbre,

No te sientas solo y abatido, arcángel,

Extiende tus alas de nuevo

Y vuela hacia este último rincón del vacío

Donde estaremos esperándote siempre.

La despedida fue triste, pero no había marcha atrás. Estaba decidido. Me iba en un viaje hacia el norte del país en busca de mi padre. No era nada seguro, no sabía si era cierta la información que me había dado la mujer del convento, (porque no me atrevo todavía a llamarla monja), y si era cierta era como buscar una aguja en un campo de caña. Ni siquiera conocía la zona norte del país, de hecho, nunca había salido de la capital, así que me

había enfrascado en un viaje sin rumbo conocido, a una zona desconocida, en busca de alguien totalmente desconocido, que supuestamente pertenecía a una familia muy conocida en el pueblo. Por lo menos eso tenía a mi favor.

Duré tres días dando mantenimiento a mi motor. Cambié el aceite, las gomas, que ya parecían dos globos, afiné cierta vibración en el motor, cosa perfectamente normal en un motor de 1,450 cc, la lavé y la pulí como a un diamante en bruto, en fin, le practiqué un turn-up completo que la dejó como nueva. Luego armé mi bulto con un par de mudas de ropa, algunos libros, mis apuntes (siempre estoy escribiendo) y mi libreta de banco con algunos ahorros que había logrado hacer de los trabajos de

la banda. Fui donde doña Nieves y me despedí. Por primera vez le agradecí todo lo que había hecho por mí en mi última vida. "Siempre serás mi primera madre". Ambos lloramos. Luego me entregó una bufanda que había tejido para protegerme de la brisa cuando manejara en la autopista. Visité a John en el Drake's y le expliqué mi situación. Al principio no quería aceptar que el grupo tocaría sin mí, pero finalmente terminó entendiendo mi ausencia.

Me encontré de nuevo con Naomi y lo que yo pensaba iba a ser una rutinaria despedida entre dos buenos amigos se convirtió en una discusión filosófico-teológico-existencial. Naomi intentaba convertirme al evangelio.

— Gabriel, ahora que has visto como Dios se ha manifestado para cambiar tu vida y ponerte en el camino de encontrar a tus padres, deberías cambiar tu vida a nivel espiritual y seguir por el sendero de nuestro Señor.

—Sabes que no me gusta discutir este tipo de asuntos religiosos contigo, no hemos terminado bien otras veces.

—Te lo digo, Gabriel, porque, aunque encuentres a tus padres carnales, si no concilias el amor del padre único, del padre universal, no podrás alcanzar la felicidad completa.

—A ver, Naomi, ¿y que hay que hacer para llegar a Él?

—Seguir la palabra.

—¿Y qué más?

—Todo lo concerniente a la fe cristiana: el bautizo, la

confesión, ir a misa, practicar la fe a través de la oración, seguir los diez mandamientos, en fin, tú que eres más culto que yo, debes saber de lo que estoy hablando.

242

—¿Y si no?

—Entonces te condenas.

—No me vengas con el cuento del cielo y el infierno que ya estamos bastante creciditos para estar creyendo en eso.

—Y si es verdad que existen. Y si es verdad que el infierno existe, que si tú no haces lo que tienes que hacer aquí en la Tierra te pasan lista el día del Juicio Final y te tienes que ir para allá abajo y pasarte toda una eternidad quemándote entre las llamas infinitas del submundo. Y si es verdad que el cielo existe, que si te conviertes a la fe del Señor el día del juicio final te absuelven todos tus pecados y te toca ir hacia el cielo, con los ángeles y los arcángeles en un paraíso eterno rodeado de la gracia y el Espíritu Santo de Dios. Si es verdad, ¿no valdría la pena hacer un pequeño sacrificio en esta vida tan corta que nos ha tocado vivir aquí en la tierra según la fe de nuestra iglesia, anunciando su muerte y proclamando su resurrección, y ganarnos para siempre la gloria eterna de los cielos? ¿No crees que vale la pena si quiera pensarlo Gabriel?

—Supongamos que es cierto lo del cielo y el infierno. Ahora pregunto: y si un hombre que no cumple con las normas de tu iglesia, que no va a misa, que no recita de memoria las oraciones

que debe saber, que no se bautiza, que peca y no confiesa sus pecados, que no lee la Biblia, que no cumple los mandamientos, en fin que no cree en toda la tesis cristiana que proponen los apóstoles romanos, pero que por otro lado, es un hombre de una moral intachable, de reconocidas dotes humanas en la sociedad donde vive, no importa que sea un campesino o un gran hombre de negocios, eso del camello y el ojo de la aguja es relativo, un hombre que profesa su propio código de vida basado en la bondad, la compasión y el amor a sus coetáneos, un hombre que practique el desapego y la contemplación de la naturaleza, un hombre en comunión con su planeta, con el universo, este hombre, te pregunto, ¿irá este hombre al infierno? ¡Imposible! La Biblia lo dice claro "un vaso de agua que se da a un pobre con misericordia y amor, es un vaso de agua que se da al mismo Dios", incluso lo dice el mismo Dios "lo que haces por los otros lo estás haciendo por mí". Eso lo leí cuando vivíamos en la calle.
Naomi quedó pensando y me dijo:
—Todo eso no basta si no aceptas a Jesucristo como tu Salvador. Además, la mayoría de hombres y mujeres necesitan

una guía, control sobre sus emociones, una luz en su camino, y esto es precisamente lo que hace la palabra, transformarlos en la paz del Señor.
—Lo que estás diciendo es que "No hay que cambiar la religión de los hombres, sino su corazón". Entonces para qué

condenarlos antes de darles la oportunidad. Más que miedo al infierno y a la furia de Dios, deberíamos de tratar de enseñar no tener miedo a las verdades que están en nuestro interior.
Naomi no escatimó esfuerzos para tratar de convertirme a su fe y yo, seguro de que no iba a lograrlo, pero sobre todo concediéndole una licencia especial a mi vieja amiga para que cumpliera con su trabajo espiritual y me evangelizara, la dejé hablar por horas sin contradecirla.
Al final no llegamos a nada, Naomi se quedó con su iglesia, y yo con mis creencias.
Antes de montarme en el motor me despedí de ella con un beso en su bocota carnosa y le dije diabólicamente pícaro:
"¿Y yo, me voy al infierno?".
Ella no tuvo más remedio que sonreír.

CAPÍTULO 7

Justa Arias

Gabriel conoce a Telma Quimera

Justa Arias vivía en un paraje de Joba llamado el Espinito.
Sus padres, dos primos hermanos españoles, de Murcia, habían llegado al país a principios del mil novecientos escapando de una visión que había tenido la madre donde su país se consumía en llamas y se convertía en un desierto al rojo vivo sin nada con vida, excepto los demonios que habían salido por las grietas supurantes de lava y se alimentaban de los restos de los humanos

que quedaban esparcidos por la toda la superficie.
Cuando llegaron a la isla construyeron la primera casa al estilo victoriano de la comunidad y compraron un "Sitio". Este sitio constaba de miles y miles de tareas de tierra que ellos a su vez cedían a "vividores" para que la trabajaran. Los vividores pagaban un diez por ciento de la producción y muchas veces quedaban como dueños absolutos luego de la muerte del propietario.
Tanto el padre como la madre hacían honor al apellido paterno Arias, que habían llevado con decoro sus antepasados desde la época de la Reconquista, caballeros andantes que ayudaron a los reyes a ocupar los territorios que durante siglos habían sido dominados por los musulmanes y que combatían hasta la muerte para defender el honor y la causa de la Corona. A esos caballeros se les llamó Arias, y eran conocidos por su gallardía, donaire, pero sobre todo por su perseverancia rayando en la obcecación a la hora de hacer algo. Así se les conoció también a estos dos españoles que habían arribado a las costas de la isla.
"Los españoles del Espinito", como les decían a los padres de Justa, nunca cedieron a nada. Ni al trabajo, ni a las penas, ni a las malas lenguas, ni a su condición de extranjeros; ni a las desgracias.

Lo traían en la sangre. Así como los Quimera cargaban en la suya el peso de sus sueños. Hasta en los hijos se evidenciaba esta cualidad ineluctable del linaje de los Arias.

Los “españoles del espinito” tuvieron siete hijos: Bartolo, Veche, Cleto, Juana, Justa, Amalia y Clotilde, la que murió de un acceso de risa. La feliz muerte de esta infeliz es muestra fecunda de la determinación y constancia de los Arias.

Esa mañana estaban desayunando mangú de plátanos con revoltillo de huevos, cuando a Cleto se le salió un sonoro y fétido pedo que le provocó un incontenible ataque de risa a Clotilde. Al principio, los hermanos y la madre creían que se trataba de otro de sus aspavientos; cuando la vieron ponerse morada como una berenjena trataron de ayudarla a cualquier costo, pero no valió de nada. Le echaron agua fría, le humedecieron la frente con Bay Rum, le sobaron la cabeza con romero, le mencionaron a un enamorado de casi setenta años de edad y más feo que una musaraña que ella no soportaba, hasta la pellizcaron y le retorcieron los dedos para que el dolor le ahogara la risa. Pero los disparatados intentos de la familia no hacían más que provocarla más. Con el susto a Cleto se le salió otro pedo que no hizo más que agravar el mortal ataque de júbilo. Finalmente, Clotilde quedó privada de aire y la risa la ahogó mientras las lágrimas les brotaban a cántaros y los ojos querían salirse de sus cuencas buscando aire o quizá una mala noticia para dejar de reír. En su atormentado rostro se esculpió una sonrisa pavorosa que nunca desapareció.

El día del entierro su madre no se lo calló mientras trataba vanamente de enderezarle los labios para quitarle la sonrisa

disecada en su cara.
—Ya estoy cansada de tanto empeño. Si hubiera sido la hija del compadre, apuesto que hubiera dejado de reírse con el primer jarrón de agua fría. Pero no. Clotilde Arias tenía que seguir hasta el final, hasta que se quedó más seca que la mojama, riéndose como una estúpida de todos nosotros y de ella.
¿Joder, cuándo dejaremos de poner tanto empeño?
¡Ay, mi Clotilde, se me ha muerto de risa!
Y es que esto solo podía pasar en la familia de los Arias. Así eran. Llevaban las cosas hasta la última consecuencia. Para ellos importaba más el hecho de llevar a cabo una obra que el objetivo en sí.

Justa Arias no escapaba de esta realidad. Era pequeña y menuda, pero trabajaba más que cualquier hombre. Nunca se cansaba. O en realidad, sí se cansaba, pero la determinación y la constancia le daban más motivos que cualquier hombre. Su madre le achacaba esta necesidad enfermiza de trabajo a su físico. Así lo expresó un día que hablaba con su comadre:
—Ese afán de Justa por el trabajo y el compromiso viene de cuando estaba embarazada. Desde ese entonces oraba para que mi primera hija fuera una mujer de trabajo y de familia. Fue tanto el empeño que puse y tantas las oraciones que la muchacha trabajó antes de nacer. El día del parto ni yo ni la partera que me había atendido en los otros cuatro nacimientos tuvimos que hacer

nada, ella salió solita, como si fuera de ella la responsabilidad de nacer. Ese día estaba lavando en el río, cuando sentí un vacío en el vientre y noté la sangre en el agua. No entendía de dónde venía la sangre, no sentía ningún dolor ni contracciones. Fue cuando le vi la cabecita emerger del caldo rojizo buscando aire. Ahí estaba ella, más viva que yo, mirándome fijamente a los ojos, como diciendo "quieres que te ayude a lavar la ropa". Se la hubiera llevado la corriente de no haber sido por el cordón umbilical. Nació de cinco meses. Hasta en eso me ahorró trabajo. Cuando nació no era más grande que un aguacate. Quizá por eso se empeña tanto en el trabajo, porque sabe que es la única manera de remediar su tamaño. O quizá fueron mis oraciones, ¿quién sabe?

Caminó a los tres meses, habló a los seis y peló un plátano al año. Si no estaba trabajando con su madre, estaba trabajando con su padre. Si ellos no estaban trabajando, entonces trabajaba sola. Si no había trabajo, ella lo creaba. Como cuando deshilachaba los bordados que acababa de terminar solo para volver a empezarlos. Siempre estaba dispuesta a ayudar. Al principio la gente del Espinito pensaba que los españoles estaban abusando de ella, que estaban explotándola sin piedad.

—Pobre criatura, trabaja más que una hormiguita.

—La tienen como un burro de carga.

—Ni siquiera la comadre Úrsula se le para al lado.

—Esos españoles no tienen perdón de Dios.

Después se darían cuenta de que no había nada de injusto en lo que Justa hacía. De que sus padres no la forzaban a nada, que ella sola se imponía sus tareas y que las realizaba por gusto, sin presión alguna, sin apuro, por el simple hecho de ver las cosas bien hechas.

Así creció Justa Arias y se convirtió en lo que la madre esperaba de ella, una pequeña gran mujer con gran capacidad de trabajo y una fortaleza emocional única que bordaba, tejía, que leía y escribía mejor que nadie en el pueblo, hacía las tareas de la casa mejor que cualquier mujer y cuando tenía que hacer la de los hombres, las hacía mejor que la mayoría de ellos; además era buena hermana, buena hija y, sobre todo, cocinaba como nadie. Era la mujer perfecta. Ella era lo que cualquier hombre hubiera soñado como esposa. Así lo pensó Bubulo cuando la vio en la terraza de su casa Victoriana, barriendo el piso de madera con tal entusiasmo que parecía que iba a casarse ese mismo día, luciendo sus famosas piernas y larga cabellera que le bajaba hasta la cintura.

Bubulo era alto y bien parecido. Iba de paso por el pueblo hasta que vio a Justa. Entonces decidió que ella sería su mujer y que viviría allí toda su vida. Así fue, excepto que no vivió mucho tiempo más. Resulta que no solo él pretendía la mano de Justa. Muchos hombres del pueblo se sentían atraídos por la promesa de la mujer que representaba Justa Arias.

Al cumplir los diez años, aunque no lo recordaba, Justa vio entrar en su casa al primer pretendiente que iba a reservar su mano con sus padres. Luego de éste, siguieron decenas de pretendientes más sin ningún resultado favorable. A los quince años, edad que su padre ponía como punto de partida para recibir ofertas de amor por su hija, se abrió la casa de apuestas entre todos los hombres del pueblo. Jóvenes, viejos, blancos, negros, desfilaban diariamente por la casa de los "españoles del Espinito" para pedir su mano. Ninguno se ganó el favor de ella ni el de sus padres. Solo Bubulo.

Bubulo era un hombre joven, de rasgos tan atractivos que volvía locas a las mujeres, con los ojos verdes intensos, tan intensos como vivía la vida. Él era como un caballo salvaje, nada ni nadie le decía lo que tenía que hacer o dónde ir, solo Justa Arias. Esa característica tan especial en él fue la que le que causó la muerte.

Bubulo no era del Espinito. Nadie lo conocía, a excepción de los padres de Justa que habían hecho algunos negocios de ganado en ocasiones anteriores con él a través de uno de los vividores del Sitio. Los hombres del pueblo iban a quedarse de brazos cruzados. Las amenazas le llovieron como los aguaceros de mayo.

Dicen que la noche en que lo mataron, dos enamorados de Justa lo emborracharon en la cantina del pueblo y lo llevaron a un platanal cercano donde le dieron tantas puñaladas como pueden

dárseles a una cepa de plátano. Fueron tantas las perforaciones en su cuerpo que cuando lo encontraron al otro día en la mañana, colgado del mango en el centro del platanal donde los amantes despechados lo habían abandonado, se había secado por completo y no pesaba más de cincuenta libras.

A partir de ese momento, ningún hombre se le acercaría a Justa Arias por temor a sufrir el triste final de Bubulo. Justa Arias se había convertido de repente en una maldición para los hombres del Espinito. La mujer más codiciada y la única que no se podía tener. Cuando ella caminaba por las callejuelas del pueblo los hombres la evitaban como si se tratara de una gema maldita. Pero Justa no se dejaría afectar por esta condena, todo lo contrario. En su ser no cabían sentimientos de frustración o desengaño. Justa Arias se pertrechó y sacó fuerzas de su pequeño cuerpo de niña, como cuando tuvo que darse a luz a sí misma desde el vientre de su mamá.

Entonces trabajó más que nunca, aprendió más que nunca y creció más que nunca, aunque no pasó de sus cuatro pies y once pulgadas. "Chiquita, pero tupida", como decía su madre.

Pasaron tres años y Justa Arias se había convertido justamente en lo que los hombres no querían: un sueño imposible. La belleza de Justa era inusual. Su pelo parecía de melaza y su cara redonda hacía juego con la pequeña nariz, los ojos oscuros y la boca de molleja fresca. Su cuerpo, una melódica mezcla de músculos femeninamente esculpidos por tantos años de trabajo, mantenían

la eterna lozanía de una niña de quince años. Pero lo que más ahuyentó a los pretendientes fue el milagroso suceso que se gestó en el vientre de Justa al cuarto año de la muerte de Bubulo. Siendo virgen, Justa dio a luz cuatrillizos. Algunos le achacaron el nacimiento a la obra y gracia del espíritu santo, otros al intenso deseo de los hombres del pueblo por hacerla su mujer, pero solo ella y sus padres sabían que ese milagro se debía a una causa más fuerte que todas las demás, la causa del amor. Y ese amor fue el del único pretendiente que la quiso desenfrenadamente y con pasión. Ella sabía que no era el elegido, que estaba reservada para otro hombre, pero reconoció la naturaleza solemne de este compromiso y correspondió de la única manera que sabía
250
hacerlo, con responsabilidad y disposición al trabajo. De esa manera nacieron Juancito, Petra, Nena y Nazario. Todos con los ojos verdes como Bubulo.

Muchos hombres se fueron del pueblo, otros se quedaron y se conformaron con verla cuando iba de compras al comercio, otros se hicieron curas para disfrazar sus penas y alguno que otro se ahorcó en el mismo mango donde habían colgado al pobre Bubulo.

Pero Justa Arias no se resignaría. Ella quedaría penélopemente destejiendo en la noche los tejidos que tejía en el día, en espera del verdadero amor de su vida.

***

Estoy a un día de mi partida, de mi partida desde mi partida vida. Estoy cansado. Me siento como un viejo de cien años, estoy harto de comenzar de nuevo, de iniciar viajes sin ninguna garantía, de no encontrar lo que busco. Estoy cansado de estar perdido, de no saber quién soy, ni adónde voy. Estoy cansado de estar muerto. Estoy enojado, estoy sumamente enojado, fucking pissed off. Estoy que me cago en Dios (perdóname, Naomi). Y mientras estoy empacando algunas cosas en mi ligero bulto, me asalta a la mente el recuerdo de aquella discusión con Charly en la que él defendía con uñas y garras el ya obsoleto nacionalismo. Ahora que ya no le debo nada, ni siquiera su ojo, es cuando más radicalmente defiendo mi razonamiento, un razonamiento redondo, redondo en el sentido globalizado de nuestras ideas, pensamientos y acciones frente a este mundo descuartizado por las fronteras. Ahora más que nunca es que me siento un ciudadano del mundo y no de un solo país.

Pienso en eso que me decía Charly, eso de que debía tocar merengue en vez de esa "música de muertos", que si en vez de fuck hay que decir coño, que si el español, que si la bandera tricolor, que si la patria, que si aquello o que si lo otro, que si el mismísimo diablo, y ahora estoy más convencido de que todo eso es pura mierda, de que ese es otro argumento débil y sin sentido, una justificación más para no reconocer el verdadero sentido de la vida, de los seres humanos como tales, del derecho de la madre Tierra, y así poder perdonarnos todas las estupideces

y atrocidades que cometemos a diario contra nosotros mismos, aplastando a los más débiles, desde los más pobres hasta los más ricos, desde los más hombres hasta las mujeres más indefensas, desde una hormiga hasta la capa de ozono, toda esa sarta de barbaridades que sabemos muy bien, pero que no nos da la gana de reconocer. Es como aquello del lenguaje, de las "malas palabras", tú me excusas Naomi, aunque respeto tu Dios, tus creencias y todas esas pendejadas de la religión, no estoy de acuerdo contigo. A mí que no me vengan con eso de que Dios me va a castigar si me expreso de la forma que me da la gana, ya está bueno de represalias dogmáticas por parte de la iglesia y todos los demonios que se creen santos, los tiempos de la Inquisición terminaron hace mucho, Naomi, así que me excusas, pero yo no voy a dejar de hablar como lo sienta mi alma, además eso fue lo que aprendí en la calle, y eso es lo que me da precisamente la fuerza para no someterme a las trilladas reglas de la sociedad, sí, soy un pedante, presuntuoso y soberbio mal nacido, pero no voy a convertirme en un zombi, Naomi, eso es precisamente lo que quieren ellos, alejarte de la fuente, hacer que te olvides de tus principios y creencias, así que no, no Naomi, no voy a dejar de maldecir y decir las palabras que me vengan en gana cuando lo sienta, y mucho más en momentos como los que estoy viviendo ahora. Eso mismo les digo a los profesores, a los gurús y todos esos venerables apóstoles que pregonan el buen uso del lenguaje,

a mis obsoletos compañeros de clase, a los escritores gastados que piensan que la buena literatura está supeditada al impecable uso de una semántica perfecta, de una sintaxis inmaculada, al empleo de una gramática dictatorial que gobierne las formas en que se combinan las palabras, así como las relaciones "sintagmáticas y paradigmáticas" existentes entre ellas, ya me estoy escuchando como ellos...eso no es así, el propio Leonard Bloomfield decía que la archifamosa sintaxis era " el estudio de formas libres compuestas completamente por formas libres", esa es una de las redundancias más hermosas que he escuchado, eso lo dice todo. "Libres", Libertad, de eso se trata, de ser libres, de expresarte desde el centro de tus entrañas. Así que no me vengan con eso del lenguaje estilizado, de la escritura perfectamente articulada, semánticamente justificada, lingüísticamente apropiada, sin anglicismos y sobre todo sin "malas palabras", que no quiere dar cabida a las expresiones modernas del arte. Esa es otra justificación más para mantener enclaustrada la cultura dentro de la mente cerrada de unos pocos, los privilegiados, aquellos que tienen acceso a los secretos del conocimiento, los dioses sagrados de la verdad. Esos tiempos pasaron. ¿Quién ha dicho que escribir lo que uno siente es inmoral? ¿Acaso no es eso libre expresión? ¿Dónde está el manual de palabras que no se pueden usar para hacer buena literatura? Las "malas palabras" son también parte del sentimiento del escritor, como lo es cualquier color para el pintor. Acaso tenemos que fingir el dolor, acaso tenemos que

disfrazarlo de palabras bonitas cuando escribimos. No. Cuando nos golpeamos un dedo con un martillo tenemos que vociferar alguna palabrota que nos haga sentir mejor. Como, por ejemplo: ¡COÑAAASOOOOO! Ningún vocablo puede sustituir el efecto de catarsis que provoca esta divina palabra. Se imaginan vociferando: ¡QUÉ DESVENTURAAAAA! Después de sentir que el mundo entero cayó en tu dedo pulgar derecho. No creo. Lo mismo debe ocurrir cuando escribimos. Es cuando menos podemos fingir el dolor. Creo que Jack Kerouac también estaría de acuerdo conmigo en esto. ¿Quién puede decirme que no me siento intensamente furioso en este momento? ¿Quién puede decirme que no puedo expresar lo que siento? ¿Quién dice que en mi literatura los personajes no pueden maldecir a los hijodeputas que les dé la gana, y cagarse en el mundo entero y revolverse en su propia mierda hasta que no les quede más nada en el santo culo que Dios les ha dado? ¿Quién ha dicho que nada de eso se puede? El que lo diga que mire unas cuantas líneas atrás y encuentre el adjetivo que más le convenga, y si no quiere hacerlo porque le da miedo, pues que se vaya al carajo; ahora, claro está, todo lo que se escriba en ese sentido tiene que seguir un orden, una lógica, una explicación del porqué de su uso, si no se hace podría caerse en el típico cliché de esos escritores esnobistas que hacen uso del lenguaje de calle, incluyendo palabras como las que he mencionado, solo para llamar la atención, hacerse notar en determinado círculo literario o cultural, o simplemente generar

más ventas, y eso está mal, no por el mal uso del lenguaje, sino por la falta de respeto que se le hace hacia los lectores usando métodos tan infantiles como embarrarse la cara de mierda cuando uno es bebé para acaparar la atención de los padres. Estoy enajenadamente furioso, malogrado y hundido. Estoy harto. Así que, a la mierda Charly y su maldito nacionalismo, a la mierda Naomi, a la mierda el que no le guste como escribo, a la mierda el mundo entero y a la mierda también este maldito viaje sin sentido.

A la mierda yo.

***

Uno de eso días me topé con la puta más bella del harén de Charly. Me reconoció al instante porque yo no era igual que los demás, a diferencia de ellos me pasaba toda una noche con ella hablando de cosas que no tenían nada que ver con su trabajo, cosas como que si había vuelto a hablar con sus padres, que si el padre de sus hijos había vuelto a molestarla, que si iba a seguir los estudios porque según me había contado tenía interés en estudiar para secretaria bilingüe; así nos pasábamos la noche hablando y tomando tragos sin que mediara la palabra sexo por ningún lado, a pesar de que siempre le dejaba una muy buena propina, no obstante mis escasas entradas. Esa noche, sin embargo, casi no hablamos.

Estaba en uno de los bares de la ciudad colonial cuando ella llegó con un gringo que le doblaba la edad. Se sentaron casi a

mi lado y el de ojos azules pidió dos cervezas. Ella estaba a mis espaldas y no me reconoció para nada. Yo, que noté sus hermosas tetas y su cintura de Stradivarius al instante, permanecí de incógnito por unos momentos, disfrutando ese delicioso placer de ver sin ser visto. Pasaron unos minutos y la pareja no había pronunciado ni media palabra. Terminé de beber el trago de vodka tonic y mientras llamaba al mesero con un "psssssst" sin girar ni un grado mi cuerpo en penumbras, dije en voz alta: "la verdad que estos gringos son pariguayos". "Tú lo dices y no sabes nada" contestó ella.

El mesero llegó, pagué la cuenta y luego de tomarme mi quinto vodka tonic de la noche, me paré, caminé hacia ella, la tomé por la mano y le dije "ven, para que sepas lo que es un hombre de verdad".

Cuando Inés se dio cuenta de que era yo, me brincó y casi tumba la mesa con las dos cervezas encima del absorto gringo. Caminamos por la Isabel La Católica y atravesamos la plazoleta de la Catedral para luego bajar por la calle El Conde sin rumbo fijo. Inés no paró de hablar ni un solo instante. Que por fin se llevaba bien con su madre pero que su padre no quería saber de ella, que el hijo de la gran puta del papá de sus hijos no había vuelto aparecer en su vida, por suerte, que ya estaba en el último año de bachillerato y que pensaba estudiar mercadeo en vez

del secretariado bilingüe, y por supuesto, habló de Charly y de

si no temía que él escapara de la cárcel para hacerme daño o quizá contratara algún matón para llevar a cabo la promesa que hizo de vengarse, una promesa que todo el mundo en nuestro mundo conocía. No pronuncié ni media palabra y a ella no parecía importarle. Su animado monólogo se confundía con el mecánico zumbido industrializado de la ciudad, mientras la dejaba adelantarse un poco y me deleitaba con el acompasado tumbao que solo las latinas muestran al caminar, auscultándola como un depredador, atravesando con la mirada el vestidito rojo de látex que caía suavemente sobre sus voluptuosas nalgas y dejaba entrever ese simétrico espacio lleno de luz entre sus piernas.

Cuando vi el letrero del motelito en la calle Hostos, un lugar reservado para los vendedores de telas que visitaban las tiendas de la calle El Conde, y para las vendedoras que les vendían su cuerpo cuando ya no había clientes que visitar, la tomé repentinamente del brazo y entré con ella. Luego de pagar por adelantado la cuenta, subí aceleradamente las escaleras hacia el segundo piso, arrastrando indefectiblemente a Inés hacia el número que indicaba el llavero. Ahora ella no emitía ni el más mínimo sonido a través de sus carnosos y parlanchines labios pintados de rojo chino. El número 16 apareció al final del lúgubre pasillo. Abrí la puerta con la mano derecha mientras con la izquierda agarraba firmemente el brazo de una Inés sorprendida. Luego entré en la habitación, cerré la puerta de un puntapié, lancé la llave, la

atesté a ella contra la pared y le bajé violentamente el vestido para luego penetrarla de todas las formas que pude recordar, con todas las fuerzas que pude reunir y en todos los lugares de la cálida habitación del viejo edificio colonial.

—Estuve esperando este momento durante toda mi vida, Gabriel —me susurró al oído Inés, antes de quedar dormida sobre mí pecho.

A la mañana siguiente, una leve sonrisa brotó de los labios de Inés, ahora amalgamados con el rosado de la sábana de algodón que formaba una gran cola de sirena desde su cintura, mientras escuchaba el ruido de las olas en el mar a través de los dos caracoles que descansaban cerca de sus oídos, y que antes se encontraban arrimados en una mesita como parte de la decoración del pequeño habitáculo.

Yo no estaba.

255

***

Manrique llegó justo el día que los rebeldes lo esperaban. Debía entregar la correspondencia al jefe que encabezaba el movimiento en la zona norte contra la intervención. A Manrique no se le hizo difícil encontrarlos, Veterano lo guio justo donde estaban ellos sin el menor esfuerzo. Los olió. (Parece que el olor a sangre que emanaban los guerrilleros era así de fuerte)

Cuando Manrique llegó al campamento, enseguida lo rodearon como si lo estuvieran esperando desde siempre,

le seguían como chiquillos detrás de un circo, acariciando su caballo, algunos haciendo el intento de tocar el sable terciado a su cintura, otros simplemente anonadados.

"El hombre", "Llegó el hombre". El tumulto de los otros hombres lo fue llevando hasta una casita de campo que estaba en una esquina del campamento donde esperaba uno vestido de verde olivo. Cuando Manrique lo vio se estremeció por un momento y casi deja caer la carta que había sacado de su mochila y llevaba en las manos lista para ser entregada.

—Mucho gusto, mi nombre es Desiderio Arias —Dijo el hombre con la mano levantada en el aire, como dándole la bienvenida —Bonito animal — Veterano le sonrió al oficial rebelde.

Manrique se bajó del caballo, le estrechó la mano y le contestó: "El gusto es mío, señor, esto es para usted".

Desiderio Arias tomó la carta y dijo:

—Ah sí, la correspondencia de don Américo, muchas gracias, muchacho.

Enseguida lo abrazó, se puso de frente a todos sus hombres y les dijo:

—Este es "el hombre". Manrique Quimera, el mismo que pescó un barco lleno de gringos que el mar se quería tragar. Tamaño hombre —dijo, mientras señalaba sus increíbles proporciones.

Los guerrilleros se acercaron y lo saludaron afectuosamente

como si se tratara de un viejo hermano al que no habían visto en mucho tiempo, preguntándole cómo había hecho tal proeza. Manrique, parco como siempre, se limitó a contestarles que "solo hice lo que tenía que hacer en ese momento". Esa noche se celebró con ron y merengue hasta el amanecer.

256

Manrique no pudo pegar ojo esa noche, se sentía sobrecogido por la muestra de afecto que mostraron aquellos hombres, una inusitada bienvenida que al mismo tiempo representaba un gran compromiso de su parte. Además, se halló extrañamente confundido con la presencia de Desiderio Arias. Le recordaba al abuelo. No se parecía físicamente al de sus apariciones cuando llegó a la casa del ensanche, ahí debajo de la gran ceiba cuando pasó varias semanas sentado en las raíces tratando de encontrarse a sí mismo, pero sentía la fuerza del abuelo en él, y para rematar, se llamaba igual.

Manrique se había familiarizado bastante con Desiderio Quimera por las historias que su padre le había contado a él y a sus hermanos. Salvador acostumbraba contarles las hazañas militares de su padre después de cena o antes de acostarse, en los tiempos de abundancia de sueños en que las mazorcas de cacao explotaban y llovían las semillas por miles en los techos y las calles de la Loma de la Bestia. Aquellas historias las había escuchado Salvador cuando todavía era un niño.

Cuando su padre agonizaba de mal de amor, el mejor amigo

de Desiderio Quimera, un compadre que lo había acompañado en los interminables años de guerra y había vivido las increíbles experiencias de "el invencible, el que no sangra", le contó una por una estas historias con el rigor meticuloso de un verdadero contador de cuentos que se apasiona con lo que cuenta y que no obvia ni un detalle, ni una imagen. Por eso Salvador podía contar las historias de su padre como si las hubiera vivido; además de que era un excelente narrador, tenía una memoria de elefante y sabía cómo entretener a los niños. A veces, cuando la historia estaba en el mejor momento, interrumpía la narración con el pretexto de que ya era tarde y que se tenían que ir a dormir, para entonces continuarla al otro día frente a unos desesperados Manrique, Luis, Ángel, Telma y Américo, que casi no habían dormido pensando cómo terminaría el cuento. Pero ese era parte del encanto de Salvador a la hora de hacer esas historias. Y por esa razón Manrique sentía que había conocido al abuelo antes de morir.

A Elodia no le gustaba la idea de que él contara ese tipo de historias a los niños, pero a ellos les fascinaba; además Salvador decía que "de la sangre del abuelo venimos nosotros".

Eran muchas las historias, como aquella de que un día Desiderio Quimera luchó con un batallón de españoles herido de dieciséis impactos de municiones. Los españoles lo quintuplicaban a él y a sus veinte hombres y lo tenían rodeado.

Los disparos de la artillería iban diezmando a su grupo y entonces fue cuando "el invencible, el que no sangra" montó su caballo se abalanzó contra las filas de los uniformados y recibiendo impactos de municiones a cada diez pasos, se acercó lo suficiente frente a la mirada incrédula de los soldados y lanzó el sable contra el capitán del batallón, atravesándole el pecho medio a medio. El oficial cayó hincado frente a Desiderio y murió en esa posición, ya que el sable le sirvió de apoyó entre su pecho y el suelo. Al ver a su jefe implorando piedad a Desiderio Quimera, que los observaba impávido con su carabina, dispuesto a seguir con el resto del batallón, los soldados arrojaron sus armas y se rindieron.

Otra de las historias preferidas de Manrique y sus hermanos, sobre todo de Telma, fue la del día en que Desiderio Quimera contuvo una deserción masiva de sus hombres, aparentemente sin motivación para seguir luchando contra un ejército cada vez mayor y que parecía invencible. Ya no creían en la causa. Desiderio Quimera les pidió que permanecieran en el campamento solo por un día más para demostrarles a todos que todavía se podía creer en la causa. A la mañana siguiente, Desiderio Quimera se apareció con una veintena de soldados españoles amarrados por las manos y los pies y sin armas.

—Esto lo hice yo solo. Si estos fueran invencibles yo debería de estar muerto. Ahora les pregunto: "Quiénes están más muertos, ustedes o yo".

Pero la historia que más le gustaba contar a Salvador era la del coronel español que logró apresar al abuelo.

—Entonces éste es el famoso Desiderio "El invencible", el que no sangra". Dicen que usted es más bravo que el sol del Caribe, yo lo veo como a otro revolucionario de la mierda más que va a morir en pocos minutos – le dijo el coronel a Desiderio mientras dejaba resbalar su sable por el brazo. Pero cuando vio que la herida no botó ni un ápice de sangre, se paralizó al comprobar la ausencia de miedo, dolor y toda condición propia de un ser humano, y justo cuando iba a levantar el sable para probar en el cuello, "El invencible, el que no sangra", lo miró con ojos de fuego, se le acercó aún más a la cara y le dijo:

—El que va a morir es usted y todos los que se opongan a la libertad de este pueblo. ¡Váyase al carajo!

—¿Y qué hizo el abuelo, papá? —le preguntaban todos a Salvador, aunque sabían de memoria el desenlace de aquella aventura épica.

—"Entonces "el invencible, el que no sangra", le dio un cabezazo al coronel que lo mató al instante. Luego desplegó sus ojos de fuego sobre los casi mil soldados mientras una línea de sudor que bajaba por la frente hervía sobre su piel brasa, y mirando primero a los segundos oficiales y luego al resto del sorprendido regimiento, les dijo: "¿Quién quiere vivir?". Y este sable que ustedes ven aquí, es el sable que su abuelo heredó a la

fuerza del coronel y de esos años de gloria.

***

Manrique sabía que no era el abuelo, pero había algo en él que le recordaba aquel temible hombre de las historias de su padre. Sus ojos de fuego, tal vez.

Luego se enteraría que Desiderio Arias tenía tantas historias de guerra como su abuelo. Cuando lo conoció, Desiderio Arias tenía algunos cincuenta años, de los cuales por lo menos treinta los había dedicado a la milicia. Como su abuelo, había participado en innumerables contiendas políticas y militares. Era un hombre temido y respetado en todo el país. Desiderio Arias había luchado en todos los bandos, en los rojos, en los azules, en los bolos, en los coludos, con el pueblo, con los militares, pero siempre luchó por sus propios principios e ideales, por lo que él entendió que era su libertad y la de su pueblo.

Desiderio Arias era un rebelde como el abuelo, pero a diferencia del él, nunca fue herido, quizá porque sí sangraba o porque tuvo la inexplicable suerte de los hombres sin miedo que nunca son heridos. Los hombres que pelean toda su vida sin ser heridos. Los hombres que atraviesan campos minados y no son heridos. Los hombres que le gritan al cañón de un fusil cargado y no son heridos. Los hombres que llaman la muerte y no son heridos. Los hombres que invocan al diablo y ni siquiera éste puede herirlos. Ese tipo de hombres que no

responden al primitivo llamado límbico de los cerebros comunes que hace que los hombres corrientes reaccionen ante diferentes situaciones de emoción, de lucha, de huida o de supresión del dolor con el miedo, sino con la temeridad y la determinación; la determinación que hace que los hombres luchen sin temor a nada por un ideal. Desiderio Arias era uno de ellos. Ahora había desertado del ejército y se había unido al pueblo en contra de la intervención de los gringos.

Manrique hizo del campamento de los rebeldes su nuevo hogar. Vivió con ellos, trabajó con ellos, y peleó con ellos. Por primera vez en mucho tiempo se sentía útil de verdad. No era exactamente lo que quería hacer, lo que su corazón le pedía; de hecho, todavía no sabía qué era eso, pero por ahora se sentía útil y ocupado, y eso le sentaba bien.

A veces recordaba aquellos días en las grutas de Antero, cavando su propia tumba y la de todo su pueblo, entonces le parecía justificada la causa de Desiderio Arias y sus nuevos compañeros y hasta se sentía identificado por completo con la lucha, y con todos ellos.

Manrique se sirvió de todos los años de aprendizaje en la loma, cuando todavía siendo un muchacho de doce años pasó a formar parte del círculo de hombres productivos de la comarca, integrándose a las labores reservadas únicamente para los hombres. A parte de ser el mayor, su padre reconocía en él sus propias habilidades y entendía que Manrique debía entregarse

temprano a los trabajos de la finca y en general a todos sus proyectos. Para Manrique no fue nada difícil, como ya sabemos, a esa edad le tumbaba el pulso al hombre más fuerte del pueblo. Así que a Manrique le resultó evidentemente fácil adaptarse a la nueva vida de rebelde alzado. Mejor aún, contribuyó a mejorar la vida de sus compañeros. "El campamento", como le llamaban todos, no era tal campamento, era un grupo de treinta o cuarenta hombres armados que se encontraban enclaustrados en un sistema de cuevas montañosas que se perfilaba a lo largo de la cadena septentrional de la zona de Joba Arriba. La mayoría eran militares, el resto había sido entrenado personalmente por el mismo Desiderio Arias. Pero solo cinco de estos hombres junto con Desiderio Arias se encargaban de la labor de reclutamiento. Con la llegada de Manrique, estos serían seis. Manrique era una pieza clave en el rompecabezas que había armado en su mente

el líder militar. La sola presencia de Manrique daba un sentido real a las ideas revolucionarias de Desiderio Arias. Ya no se estaría proponiendo un temerario levantamiento en contra del mayor ejército del mundo; el escenario había cambiado: un hombre había salvado a casi toda la tripulación del buque de guerra insignia de ese mismo ejército. La realidad actual: eran débiles y podían ser vencidos. Y ahora, ese mismo hombre estaba de parte del movimiento en contra de la intervención y caminaba de la mano de Desiderio Arias en busca de apoyo.

Militar al fin, Desiderio Arias se podía considerar como un hombre esquivo y desconfiado. Aunque tenía muy buenas referencias de don Américo Lugo, esperaba confirmar por sus propios medios la verdad sobre Manrique Quimera. No tuvo que esperar mucho, en el momento en que Manrique entró al campamento y dijo sus primeras palabras contestando al grupo de guerrilleros curiosos, con aquella parquedad, con aquel desinterés, "solo hice lo que tenía que hacer en ese momento", Desiderio Arias conoció al hombre detrás de "El hombre". A partir de ese momento, Manrique Quimera se convirtió en su mano derecha.

Manrique por su parte, harto de estar harto, se entregó conscientemente al trabajo (no como con Antero), y se destacó en cada una de las actividades del grupo. Lo primero que hizo el segundo día de su llegada fue limpiar y preparar un área de tierra cercana al campamento para hacer un conuco y sembrar y producir la enorme cantidad de víveres que tenían que comprar o en su defecto recibir de los campesinos que colaboraban con la causa. Otro día, sin ninguna explicación, comenzó a cavar frenéticamente en una de las paredes de la cueva, como si la locura le hubiera retorcido no solo el segundo pelo, sino la mente también. Nadie pudo hacer nada para detenerlo. Nadie se atrevía. Desiderio Arias tampoco lo interrumpió, la curiosidad lo mataba. Manrique cavó durante el día y toda la noche. Cerca de la madrugada, cuando llevaba hecha una cueva dentro de la otra,

todos pudieron conocer el objetivo final de la obra. Parece que todo ese tiempo cavando en las cavernas de Antero había dejado un saldo positivo. Manrique tampoco sabía por qué lo hacía. Solo lo sintió. ¿Una visión? ¿Los rastros de un cautiverio oscuro y sombrío? ¿O quizá, las réplicas de un pasado que Manrique quería reivindicar? El asunto es con ese último picazo, salió un

chorro interminable de agua de la piedra arcillosa que mojó a todos. Manrique había descubierto una noria de agua pura y cristalina dentro de la cueva.

Por el momento tenían alimentos y agua fresca. Pero Manrique no se detuvo ahí. También se dedicó en cuerpo y alma al entrenamiento militar y asimiló a la perfección hasta el último de los detalles en torno a las armas, su manejo y las tácticas de la guerra de guerrillas.

Sin embargo, no todo era trabajo y sacrificio; no pocas veces se organizaron juegos para comprobar, entre otras cosas, la fuerza sobrenatural de Manrique. La lucha libre era uno de ellos. Con la diferencia de que lejos de ser un hombre contra otro, en este caso eran veinte contra uno: Manrique. Nunca podían con él. Cuando intentaban derribarlo individualmente, iban cayendo como soldaditos de plomo, exhaustos. A veces Manrique los dejaba hacer fuerza contra sus bíceps de yunque solo para ver sus rostros extenuados y entonces afloraba sobre sus labios una sonrisa. Cuando se abalanzaban sobre él en un solo grupo, el

cuerpo erguido de Manrique no se podía distinguir debajo de los otros veinte; Manrique los cargaba a todos como si fueran una gran pelota humana y luego de entretenerse un poco los lanzaba a varios metros de distancia, para luego echar una inmensa bocanada de aire que le hinchaba de nuevo el pecho. La lucha traía sus consecuencias: brazos rotos, un tobillo zafado y unos cuantos dientes rotos. Por eso Desiderio prohibió la práctica y motivó otro tipo de juegos o deportes menos extremos. A fin de cuentas, el cuerpo castrense del movimiento guerrillero se necesitaba con todas sus extremidades y órganos en pleno funcionamiento para beneficio de la causa.

Manrique Quimera se había ganado por completo el corazón de todos los hombres del campamento, desde el ventrículo izquierdo hasta el derecho, incluyendo el de Desiderio Arias, que, en su parca visión del mundo, lo veía ya como a un hijo. No como un heredero de su vida, de sus principios y de su destino, sino como a un hijo que sobrepasa las expectativas del padre. Pero como tal, Desiderio Arias sabía que el destino de Manrique obedecía a un llamado que no provenía de la misma voz que a él le había llamado; él sabía que Manrique estaba con ellos, con él, por la gravedad de los acontecimientos y no por convicción, por instinto y no por estrategia, por honor y no necesariamente por patriotismo. Y sabía que su fuerza, y en este caso no la fuerza

física, era mayor que la de cualquiera de sus mejores hombres. Así

pasaron varios meses y Manrique se convirtió en un guerrillero más.

—¿Dónde está Manrique? —preguntó Desiderio Arias al oficial de turno en la entrada de la cueva.

—Manrique salió de la cueva a buscar víveres, señor.

Desiderio bajó hasta el conuco que Manrique cultivaba y cuando lo encontró le dijo que le siguiera.

Cuando subieron hasta el pequeño despacho que Desiderio Arias había improvisado en una esquina apartada de la cueva, y que contaba con un par de tablas sobre dos grandes peñascos y una silla, le preguntó mientras sacaba de un bulto de piel un papel medio arrugado que Manrique identificó al instante:

—¿Quieres saber por qué estás aquí?

—Eso me he preguntado desde que llegué señor. —Le contestó Manrique.

Aquí está tu respuesta Manrique. —dijo Desiderio Arias, mientras le extendía el papel a sus manos.

—Pero... pero esa es la carta que yo le traje de parte de don Américo Lugo, señor.

—Así es.

—Con su permiso, señor, pero creo que el contenido de esa carta va dirigido expresamente a usted y a más nadie. El contenido de esa comunicación no me concierne —dijo Manrique en un tono militar recién aprendido.

—Tómala, hijo, y léela.

Frente a la actitud casi paternal de Desiderio Arias, Manrique hizo lo que le pedían. Tomó la carta, la abrió y nada. No había absolutamente nada en ella. El papel estaba impolutamente vacío. Ni una letra, solo un gran espacio en blanco, como estaba su mente ahora.

—Aquí no hay nada, mi general.

—Esa es tu vida, Manrique, ahora te toca a ti llenarla.

***

Mientras me resbalaba por la interminable estepa negra de asfalto sentía el latir acompasado y salvaje del motor 1450 de mi Harley, que por primera vez salía fuera de los límites de la

empalizada del aburrido establo citadino y corría libremente delante de los animales de hojalata sin rumbo fijo, desbocado. La mañana caía silenciosa y metálica dejar uno sobre el niquelado de mi caballo alado y mientras la luz de stop de los elefantes de acero delante de mí ametrallaba las niñas llorosas de mis ojos y entaponaba el tránsito de mis sentidos, la otra, la luz asceta que colgaba del cable cambiaba y abría el obturador hacia la estepa de asfalto, dejando entrever el verde límpido del bosque que acordona la ciudad, que me liberaba por fin de la culpa de rodar sin rumbo, otra vez.

Ya no me sentía solo, mi motor se había convertido en mi mejor amigo, era como si la antigua bicicleta hubiera mutado, alcanzando la madurez en una dimensión y un tiempo diferente

al mío, convirtiéndose en un amigo contemporáneo, con los mismos intereses y los mismos gustos. Un verdadero pana. Mi Harley se había convertido en el hermano que nunca tuve, un hermano de sangre cargado de octanaje que me acompañaba en los momentos en que lo necesitaba, igual que yo a él lo alimentaba del mejor combustible para su alma siamesa y cuidaba de su salud. Porque eso sí, mi hermano brillaba por todos lados, desde el cromo de su corazón Twin Cam, hasta las empuñaduras, los aros niquelados y los cables de acero y la increíble moflería niquelada; menos la pintura negro mate que ahora tapaba la calavera en llamas que a tantos maravilló (o aterrorizó, como a los hermanos de la iglesia de Naomi).

Por primera vez salíamos juntos en una aventura como ésta, a un lugar distante y desconocido, y yo me sentía feliz, como hacía mucho tiempo no lo estaba, y él también, a juzgar por el rugido de sus dos pistones. Llegó un momento en que sentí que éramos un solo ser, como si nos hubiéramos fundido, metal y carne, sangre y gasolina, y cuando miraba por encima de su horquilla niquelada tipo chopper con una inclinación de cuarenta grados, no sabía si lo hacía con mis ojos o con los suyos, y cuando sentía la vibración excesiva en mis brazos sentía como si mi corazón fuera el potente motor 1450 que nos impulsaba, cuando escuchaba el estridente desacople que salía expelido por la moflería niquelada, era como si mis propios pulmones exhalaran todo su aire y pasara a través de las cuerdas vocales y lanzaran un grito de libertad que

se escuchaba en todo el planeta. Y así nos resbalábamos por la estepa negra del asfalto hacia el norte, hacia el Atlántico azul y

perdido, mientras la brisa y algunos insectos chocaban en los lentes cerrados con diseño de la segunda guerra mundial. Y pude ver lo bello y lo hermoso de mi país. Interminables campos de arroz, simétricos sembradíos de naranja, montañas tupidas de un verde que difícilmente se encuentra en la ciudad, aire puro, ríos que serpentean a todo lo largo de la carretera, un país único sin duda, mi país, mi casa, y vuelvo a pensar en Charly y casi me siento todo un nacionalista; pero entonces pienso que como toda casa es solo una temporal residencia en la tierra mientras uno está de paso, que soy tan dueño de este pedazo como de cualquier otro en el mundo, y me siento libre, me siento un soldado defensor de la Madre Tierra, me siento un verdadero ciudadano del mundo.

Después de más de doscientos kilómetros dejándome llevar por la impaciencia de mi compañero de viajes, llegamos por fin a nuestro destino: San Felipe de Puerto Plata. Aunque llegué por tierra tuve la misma sensación que tuvo el Padre Bartolomé de las Casas quinientos años antes cuando atracó por primera vez en las costas de San Felipe y escribió algo como que parecía "un santuario de playas con arenas blancas y mar de diferentes tonos de azules que bañan la montaña más hermosa que jamás había visto y que parece estar coronada con nubes de plata"; de ahí

vendría el segundo nombre de este bello pueblo. También me llamó la atención el tipo de arquitectura victoriana, con graciosas casas de madera pintadas de vivos colores y un malecón a todo lo largo del pueblo que humedece sus talones con las tibias aguas del atlántico. Pero, así como el Mar Caribe, por su braveza, se diferencia del Atlántico, así noté también cómo se diferencian las personas de la capital a las de este pueblo tranquilo. No hay urgencia de nada, a esta gente parece no preocuparle nada, hacen lo que tienen que hacer sin esa premura que caracteriza a la gente de ciudad, sin atareos, cumpliendo con el día a día, al ritmo de las olas que lamen el sol en la arena. Para estos pueblerinos el tiempo no existe, y al mismo tiempo el tiempo les da para todo, no importa el mal tiempo, creo que por eso son tan amistosos, tan cordiales, sino es un saludo con la mano, es una pequeña reverencia, o una afable mueca con la boca, o un quitarse el sombrero, o casi siempre un caluroso saludo cantado. No tengo que decir que forasteros como yo llaman mucho la atención, y más con este tipo de montura, y que los saludos en mi caso se multiplican por lo menos por diez.

265

Desde que llegué sentí una simpatía inmediata por esta tierra norteña, una conexión, un acoplamiento, como si perteneciéramos el uno al otro desde siempre. Y es que me identifiqué hasta con el sentido de la poca urgencia que ellos manifiestan y que yo mismo he vivido cuando, por ejemplo,

recorría las calles de la ciudad colonial en mi bicicleta sin ningún rumbo, solo por rodar.

Recorrí el malecón y me detuve en una de las pequeñas playas, estacioné mi Harley debajo de un uvero inmenso, me quité la ropa y me dejé bañar como hipnotizado por las seductoras aguas cristalinas. Y floté. Floté como lo había hecho toda mi vida, pero esta vez ahogado en el vientre quieto y apacible del océano Atlántico.

Después de ese baño reparador di unas cuantas vueltas por el pueblo y luego decidí buscar alojamiento. Pregunté cerca del parque Central, una agradable estancia con una glorieta en el centro y una decena de caobas centenarias que lo abrigaban, y un señor que vendía billetes de lotería me indicó la dirección de la pensión de una viejita que todavía alquilaba tres piezas de su casa y que según él eran bastante confortables y estaban en un buen barrio. "La gente piensa que ella está un poco tocada de la cabeza, pero yo pienso que eso es cosa de la edad, de la memoria, además, esa señora es una institución en este pueblo y creo que aprenderás mucho con ella".

Al cabo de unos minutos estaba en una casita de madera de estilo victoriano tocando lo que parecía una herradura en la puerta. Una anciana de gran estatura, de algunos noventa años, salió apresurada para abrir:

—¿Y qué ruido es ese? Suena como si el cielo se estuviera cayendo encima de nuestras cabezas —refiriéndose claramente a

mi motocicleta —¿Eres tú que andas en esa cosa?
No pude hablar por unos instantes. La imagen de aquella anciana me produjo una especie de déjà vu, un error en el sistema que parecía afectar directamente la mátrix de mi pensamiento, de mis recuerdos, de mi cordura. Sentí como si fuéramos conocidos, mucho sería decir que de otra vida, pero efectivamente sentí algo profundo en mi pecho al momento de ver sus grandes ojos verdes.
—Sí, señora, vine porque me dijeron que usted alquila una habitación — Balbuceé.
266
Y escudriñándome de arriba abajo, como si sus ojos estuvieran equipados con rayos x me contestó:
—Bueeeeno, vamos a ver, ¿y de dónde tú vienes en ese aparato? ¿De la luna?
—No, señora, vengo desde la capital.
—¡Ahhh!, tú eres capitaleño.
—¿Te gusta leer?
—Claro, me fascina, de hecho, hice estudios de literatura en la universidad y ...
—Trato hecho, mi nombre es Telma —me dijo ofreciéndome una larga mano temblorosa y arrugada como una pasa —el que lee es bienvenido en mi casa.
Yo, sorprendido ante tanta confianza y tan buena fe, le tendí mi mano y sentí sus flácidos músculos y su esqueleto oxidado

dejándose envolver por mi juventud. Pero sentí algo más. Sentí como si al darle la mano la estuviera dando a un mundo perdido. Era una casa de aspecto mágico y misterioso, pero al mismo tiempo recogía entrañablemente todo el ámbito familiar del hogar que nunca había tenido, excepto el de doña Nieves.

La casa tenía tres habitaciones en la parte superior, un baño y una cocina de buen tamaño decorada con baldosas de un antiguo diseño que mostraban dibujos marinos; en la parte inferior, en una especie de sótano había dos habitaciones más, un pequeño baño y el patio tipo español con un rosal que ella cuidaba celosamente. Cada rincón de la casa olía a montaña y a madera húmeda, no había nada de más, todo cumplía una función específica, como si los elementos fueran dispuestos por un orden natural y austero, una presencia de edad y de experiencia. En cierta manera me recordaba el hogar de doña Nieves, pero en otra dimensión.

Me mostró mi habitación, justo al lado de la de ella. Mientras caminábamos por el vetusto piso de madera de roble las tablas rechinaban con mi peso, porque el de ella no se sentía.

Una cama, una mesita de noche con una lámpara de gas y un pequeño escritorio, era más de lo que necesitaba. Luego de darme una toalla y un jabón de cuaba, me mostró el baño y se fue a la cocina a calentar leche de vaca pura.

CAPÍTULO 1

Manrique conoce a Justa Arias

Las charlas de Telma y Gabriel

La doctrina revolucionaria iba muy bien. Cada semana Desiderio Arias, Manrique y los otros cinco compañeros salían de la cueva y recorrían los campos en pos de la causa, buscando adeptos. Manrique era recibido como un santo. En todos los parajes, en todos los pueblos, en todas las esquinas, "el hombre" era esperado con vítores y fanfarrias, en una manifestación que superaba con creces las expectativas de Desiderio Arias.

En uno de esos operativos, Desiderio decidió visitar a unos buenos amigos, una familia que conocía desde hacía tiempo, que tenían su mismo apellido y lo habían ayudado en otros momentos de su agitada vida política y militar. Se trataba de una familia de españoles procedentes de Murcia, que se asentaron en el pueblo del Espinito, gente de la cual se decía que además de ser trabajadores y amistosos, jamás hablaban una mentira. Él se llamaba Marcelino Arias, Mindito, y ella, Arias también, Herminia, cariñosamente Aminta. Los españoles del Espinito, como se les llamaba frecuentemente, eran los padres de Justa. A pesar de tener el mismo apellido, Desiderio Arias y ellos no eran familia, pero se trataban como tales y además eran compadres. Desiderio era el padrino de Justa.

Al llegar a la hermosa casa victoriana, única en toda la zona, Justa caminaba hacia la cocina con cinco gallinas acabadas de

matar para el sancocho de los invitados. Cuando Manrique la vio, haló las riendas de Veterano y quedó frisado por unos instantes. Era la misma mujer de sus sueños. Aquella que había soñado hecha de nubes, la que había rescatado de las garras de un ogro negro.

270

Luego del cordial recibimiento por parte de los compadres españoles, Desiderio presentó a Manrique y a sus hombres a los miembros de la familia, incluyendo a algunos invitados que ya gravitaban en los alrededores de la vivienda por los rumores de su llegada, menos a Justa que por vergüenza ante los extraños, específicamente con él, con Manrique, había mimetizado mágicamente las gallinas criollas ensangrentadas entre los ajuares de la cocina y se había retirado forzosamente a sus habitaciones para arreglarse.

Aquellas reuniones se celebraban dentro de una discreción casi muda, pero de alguna manera, el silencioso e infalible rumor de la novedad atraía a algunos curiosos y allegados del clan. Por eso, y a pesar de que desde el día anterior se habían dado las órdenes de lugar para recibir a los huéspedes, se tuvieron que improvisar algunos sacrificios de animales extras y sus respectivas compañas e incurrir en la compra de algunas cajas del imprescindible líquido ambarino que tanto ansiaban los hombres de Desiderio y hasta Manrique, el ron añejo.

Manrique hizo un esfuerzo sobrehumano por no demostrar

la sorpresa de encontrarse con la mujer hecha de nubes; eso sí, cuando Desiderio le preguntó si se sentía bien, se tomó casi el vaso completo de ron antes de asentir levemente con la cabeza.
El tiempo que Justa permaneció en las habitaciones le pareció una eternidad. Mientras las voces de Desiderio y su compadre se escuchaban como un lejano zumbido de abejas, en su cabeza se escribía una especie de guion cinematográfico, una mecánica sucesión de imágenes donde Justa y él eran los actores principales.
Justa todavía no sale. Manrique espera. Manrique cuenta con timidez algunas de sus experiencias. Los compadres españoles enmudecen ante tanta audacia. Los compañeros de Manrique beben. Desiderio comenta a solas con el compadre. La comadre se retira. Justa no sale. Todavía. Manrique espera, como siempre lo ha hecho. Los compañeros de Manrique socializan con Bartolo, Veche y Cleto, los hermanos de Justa. Juana, la hermana, ayuda en la cocina. Justa por primera vez no está presente en estos menesteres domésticos. Desiderio analiza con el compadre la posibilidad de que sus hijos entren en su ejército rebelde.
El compadre no está muy seguro de eso. Mira a Manrique. Manrique lo mira a él. Manrique ahora está callado. Espera. La esencia del locrio de gallina criolla colma todo el ambiente. Los

tragos aflojan el alma encallecida de los guerrilleros. La comadre Aminta llama a Justa. Justa no contesta. Silencio en la cocina.
Se oye un murmullo en los aposentos interiores. El compadre

Mindito entra en la casa. Sale de nuevo y se sienta junto a Desiderio. Mira a Manrique. Manrique lo mira a él. Olor a café. Se escucha la voz de Justa. Olor a Jazmín. Manrique se endereza en la silla. El corazón le late rápido. Se pasa la mano por el pecho. Manrique se pega otro trago de ron. Aspira. Los compañeros murmuran entre sí. Se oyen las tazas de café. Vuelve el rumor en la cocina. El olor a jazmín es más intenso. Desiderio le da una palmada a Manrique en el hombro mientras le dice: ¿No es así? El español se sonríe. Manrique no sabe a qué se refiere. Desiderio le dice algo relacionado con el entrenamiento militar. Manrique asiente. Ausente. Presente en otro lugar. Escenas del sueño de la mujer hecha de nubes le pasan volando por la mente a Manrique. Justa llega con el café.

—Les presento a mi hija Justa —dice Mindito orgullosamente a los hombres, pero deteniendo la mirada en Manrique.

—Cómo está usted, ahijada —le dice Desiderio. —Por lo que veo, sigue usted tan bonita y hacendosa como siempre.

Justa sonríe. Coloca la bandeja con el café en una mesa de centro. Desiderio se sirve. Manrique toma una taza. La mira. Ella no lo mira. Los compañeros toman cada uno una taza, la endulzan y se sonríen con Justa. Justa no los mira.

—Pero usted si está callada, mi hija —Justa le corta los ojos al padre.

—Con permiso —Se marcha.

Todos beben café menos Manrique. Mira a Justa hasta que

desaparece por la puerta de la cocina.
—Se le va a enfriar —le dice Desiderio a Manrique.
Manrique despierta y se toma un sorbo de café. Hace una mueca. Por mirar a Justa se le olvida endulzar el café. Ninguno de los compañeros se da cuenta, excepto Desiderio y su compadre. Ellos se sonríen. Manrique por educación se toma el café de un solo trago. Una brizna de risas nerviosas se escucha en la cocina. Silencio entre los hombres.
Después de la comida, Desiderio y sus hombres se marcharon. Bartolo, Veche y Cleto también. Don Marcelino observaba orgulloso a sus hijos que le habían pedido el permiso para marcharse. La comadre española se secaba las lágrimas al

ver partir a sus hijos y se imaginaba a su hija Clotilde muerta de la risa. Justa también lloraba, pero de felicidad. Sabía que el hombre elegido, el que había esperado por tanto tiempo, había llegado. Y también sabía que mientras sus hermanos estuvieran con él, nada les pasaría.
***
Hacía mucho tiempo que no descansaba como lo hice anoche. Es como si hubiera dormido toda una eternidad. Me siento tan cómodo, podría quedarme a vivir con esta viejita tan cool.
Todo me resulta tan familiar. Los hijos de esta señora deben estar orgullosos de tenerla como madre. Si no, mira qué desayuno tan bien puesto, todo en su lugar, con austeridad, pero como

debe ser. El mantel limpio y alisado, una cubertería sencilla pero hermosa y dispuesta como dicen las reglas, el tenedor a la izquierda con las puntas orientadas hacia el centro de la mesa y el cuchillo a la derecha con el filo hacia el plato. Mira esa cerámica del plato y la taza con su platillo, parece china y es antigua, qué belleza. Pero nada como este mangú de plátano con huevo revuelto, para no hablar del café con leche pura de vaca. Esto es un manjar. Y más en este escenario de ensueño, con la vista de esa loma en la ventana del comedor, parece un cuadro, un cuadro surreal, puedo oler la montaña desde aquí. Esta casa es mágica, tiene un no sé qué, un way, como un encanto, y al mismo tiempo está cargada de realidad, de una realidad histórica que pesa como el pueblo mismo, una realidad con la cual siento identificarme sin ni siquiera conocerla...qué es lo que estoy pensando, cuidado si la doña le puso un chin de yerba al desayuno y yo alucinando ja, ja, ja ... no, qué va, esta doñita es lo máximo, esos son de los seres excepcionales que nos encontramos una sola vez en la vida, y pensar que los muchachos no querían que yo viniera para acá, pero estarán locos, cómo me voy a perder de esto, de esta experiencia, estoy enamorado de esta señora, aunque doña Nieves se me ponga celosa, y eso que todavía no hemos entrado en materia la vieja y yo, imagínate, dizque que le gusta leer, qué será lo que lee, la Biblia, seguro, se la tiene que saber de memoria, aunque debe leer otras cosas imagino, algo así como libros de autoayuda y esos asuntos, o quizá Benedetti, como mucho Paulo

Coelho, si es medio de izquierda le debe gustar Facundo Cabral...
—Buen provecho, muchacho, se nota que tienes hambre, eso es de esperarse cabalgando una bestia como la que tienes ahí afuera parada, ¿recorriste unos buenos kilómetros montado en esa cosa, ¿eh? Espero que te guste el desayuno, lo hice con mucho cariño.
Sus ojos se humedecieron al decir estas últimas palabras.
—Claro que sí, doña...
—Telma, llámame Telma, eso de doña es para mujeres encopetadas y casadas con la sociedad.
—Sí, doña Telma...perdón, Telma, el desayuno está delicioso, increíble, hacía mucho que no me desayunaba un mangú como este, de hecho, estaba pensando que hacía mucho no me sentía tan cómodo y descansado. Dormí como un lirón anoche. Gracias por su hospitalidad.
—No me des las gracias a mí, Gabriel —se sabe mi nombre —dásela al que te dio la información de mi humilde casa, o al menos dásela a Dios, Él es el que sabe. Y dime, ¿qué haces por aquí?
¿Qué le voy a decir? ¿que vine a buscar a mis padres, que soy un huérfano perdido, que no tengo dónde vivir ni a dónde ir?
—Tomé unas vacaciones de la universidad y decidí conocer esta parte del país. Me habían hablado maravillas de la zona norte y creí oportuno darme la vuelta para constatarlo con mis ojos.

—Y bien, ¿qué te parece?
—Tengo solo una noche en este pueblo y ya me siento parte de él. Estoy enamorado de San Felipe.
Si tan solo pudiera decirle que me gustaría tener una madre como ella.
—Eso tiene este pueblo, la gente buena se queda en él. Pero perdóname por interrumpir tu desayuno, come tranquilo y siéntete como en tu casa, yo voy a trabajar en mi rosal. ¿Sabías que las flores cantan? —me dijo mientras bajó lenta y trémulamente los escalones hacia el patio interior.
Yo seguí saboreando con deleite mi manjar, la vi desaparecer en el rellano de la escalera, como si fuera una visión, como si ella no estuviera ahí en realidad y todo fuera el resultado de mi imaginación, de una nota de marihuana. Pensé incluso que estaba delirando en mi habitación con los muchachos del grupo. Pero luego regresé, me di cuenta de que estaba haciendo lo mismo de

siempre, tratando de escapar del mundo sustancial, de evadir la realidad. No era el momento. Estaba en San Felipe y eso era lo que importaba. Tenía que seguir con el plan trazado.
"De hecho, ella está más cuerda que mucha gente que conozco, para tener la edad que tiene está más lúcida que yo", me sentencié a mí mismo, como para asegurarme de que estaba en mis cabales.
Luego del desayuno, bajé al primer nivel y la encontré sentada,

cantando, mientras acariciaba un par de rosas. No me atreví a despertarla de su ensoñación y decidí salir a dar una vuelta por el pueblo. Me fui caminando para no hacer ruido con mi Harley. Había cambiado mi walkman por un recién adquirido CD player, estaba particularmente maravillado con esta preciosidad electrónica, para mí el mejor invento desde la bombilla eléctrica, y eso, nunca imaginé que en un futuro no muy lejano iba a tener toda la música del mundo en un dispositivo más pequeño que mi meñique, para no hablar de que me haría adicto al Iphone, la Mac y todo lo que me ayudara a sacarle provecho a la Web. En ese momento no me imaginaba ni en sueños que un mundo paralelo al que vivía se estaba gestando sigilosamente a nuestras espaldas, un mundo virtual que sería tan real como el existente. En esos tiempos no imaginaba que una red inmensamente grande uniría al mundo y que ya nada sería como antes, que las fronteras serían finalmente abolidas y un nuevo orden social gobernaría la nueva generación. Todos seríamos ciudadanos del mundo. ¿Nada mal, eh? Nada ni nadie podría vivir fuera de este avance ficticio, quimérico si se quiere, que pondría todo lo que conocíamos hasta ese momento en tela de juicio. Una ilusión que competiría a muerte con la realidad. Tal y como lo plantearía una de mis películas favoritas algunos años en el futuro, Mátrix, una ilusión creada por las máquinas para mantenernos esclavos de nuestro propio yo. Un concepto que más que drama y acción al estilo hollywoodense, constituía una profunda reflexión filosófica de

los hermanos Wachowski, un ejercicio zen de occidente para explicar la última realidad del "ser" espiritual.
En su momento, eso sería el internet para nosotros, una cárcel y al mismo tiempo el camino para ser libres. De haber tenido acceso al mundo cibernético en este momento quizá mi historia sería diferente. De tener internet en una Mac, como lo tengo en estos precisos momentos en que escribo, hubiera conocido cientos, miles de libros en formato digital hasta este momento desconocidos, me habría enjugado con la vida de

un millón de escritores que solo se podrían conocer a través de escasas biografías y libros de crítica o revistas literarias. Hubiera tenido cientos de seguidores en mi blog.
Con una simple búsqueda hubiera dado con el paradero del tipo que me vendió, de la mujer del orfanato, de Naomi, de los demás muchachos, hubiera encontrado de seguro a mis padres. De imaginarme que existirían redes sociales como Facebook y Twitter habría distribuido una foto mía con la historia de mi secuestro. Estoy seguro que todo hubiera sido más fácil.
Pero eso es pura historia contrafactual, lo que pudo ser y no fue, no vamos a caer en eso.
En fin, encendí mi CD player, saqué de mi mochila un CD de Led Zepelling, The song remains the same, para ser específico, me ajusté bien los audífonos y me dispuse a recorrer el pueblo. Anduve sin rumbo por las calles, subiendo, bajando, deteniéndome a

estudiar la bella arquitectura victoriana de sus edificios y de sus casas, por algún momento me daba la impresión de que había vuelto cien años atrás en el pasado. A medida que recorro sus rincones recuerdo su historia.

Despoblada y destruida por el incendio patriótico bajo el gobierno de Antonio de Osorio y la orden de Felipe III en 1601. Levantada de nuevo sobre sus cenizas, en 1746, vuelve a renacer gracias a las familias de las Islas Canarias que la pueblan. Su puerto es uno de los más importantes de la isla. Capital de la república durante el gobierno del General Gregorio Luperón, con la sede del gobierno exactamente donde está el ayuntamiento actual frente al parque, justo donde conocí al vendedor de billetes de lotería que me habló de Telma. A medida que avanzo en mi recorrido, pienso en la ciudad como un ave fénix, inmortal, y me recuerda un poco a mí mismo, siento los ánimos renovados, la energía de ese pueblo luchador, hermoso y valiente me ha contagiado. Este es mi destino, pienso. He regresado a los orígenes. Aquí encontraré las respuestas que tanto he buscado. ¿De dónde vengo? ¿Hacia dónde iré?

Llego de nuevo al parque central, entro en su glorieta y mi vista choca de frente con la iglesia de San Felipe Apóstol, ahora catedral. Recuerdo a Telma. Creo que es una santa. Regreso a la plazoleta y me encuentro con el amistoso y parlanchín vendedor de billetes de lotería. Le cuento de mi encantadora anfitriona, le doy las gracias y luego le pregunto qué lugar me recomienda

visitar. Sin pensarlo dos veces me dice que haga un viaje en el funicular hasta la cima de la loma, que no me arrepentiré del paseo en el "teleférico", como le llamaban todos en el pueblo. Así lo hice.

La ascensión fue espectacular, cuando llegábamos a la cima en el carrito volador, todo a mi alrededor se cubrió de una densa niebla que daba la sensación de estar entrando literalmente al cielo. Desde arriba pude admirar la belleza de San Felipe en toda su dimensión. Un mar vestido de azul oscuro y turquesa besaba todo el litoral del pueblo y un gran manto verde de caña de azúcar lo rodeaba por completo por sus costados. Las sábanas de nubes juguetonas acariciaban raudas mi rostro, mojándome con un rocío frío y esponjoso a medida que pasaban rasantes por la cúspide de Isabel. El arrobamiento que sentí fue tal que no pude evitar subir al borde del mirador a ochocientos metros de altura, allí abrí mis alas y volé por el inconmensurable espacio aceitunado que me separaba de las casitas victorianas y la gente —hormiga que pululaba por sus callejuelas. Cerré los ojos y canté junto a Telma y sus rosas.

Jazz y sal ahogados en un atardecer
Ensalada César con anchoas en mi tenedor
La yola de mis sueños tambaleándose sobre el bulevar carmesí
Mientras Isabel la verde se desnuda sobre el horizonte
Ya no necesito reparar mi brújula oxidada

El Cristo corcovado a mi lado abría los brazos recitando conmigo los versos recién compuestos en aquel lugar de quimeras.

***

La situación política en el país había cambiado de rumbo. Mientras Desiderio dirigía la lucha en la línea noroeste, en el este, cientos de campesinos se lanzaron a la lucha apoyados por la población, en reclamo de la devolución de las tierras que habían sido utilizadas para engrosar el emporio del latifundio azucarero. Estos gavilleros no descansarían hasta pisar en tierra libre. En el noroeste y en el centro del país se levantaron otros líderes guerrilleros de incuestionable valor, militares criollos,

comerciantes, padres, hijos e incluso sacerdotes que no vacilarían en ofrecer sus vidas en pos de la liberación, como lo demostraron muchos de ellos que vertieron su sangre en la barranca de la gloria.

Y así como el contingente epistolar de Telma Quimera había causado gravísimas bajas, sobre todo de autoestima, en las fuerzas de ocupación, otro movimiento avanzaba sigilosamente, como la neblina, entre las mentes de los ciudadanos de la isla y la opinión internacional. Los intelectuales vaciaron sus depósitos de tinta y gastaron la punta de sus plumas, sus voces roncas de tanto denunciar nunca callaron, y su recia voluntad nunca cedió para esgrimirse en críticas contundentes y reclamos de libertad que finalmente hicieron más fuerte la unión nacional y motivaron

a otros gobiernos de América a apoyar la desocupación de la isla caribeña. Américo Lugo estaba entre ellos y algún tiempo después, aunque de manera más discreta, lo estaría también Telma Quimera.

Nadie estaba ajeno a esta lucha. Incluso aquellos que parecían no tomar partido, a su manera, protestaban desde lo más profundo de su alma, en un silencio absoluto, tan profundo que hacía ensordecer los disparos de los marines estadounidenses. Otros, simplemente cerraron las puertas de sus casas y desplegaron la bandera nacional con un crespón negro en su centro, en señal de duelo. De esta manera, parecía que el universo entero estaba conspirando para la liberación de este pueblo. El desenlace parecía estar cerca.

Habían pasado casi ocho años y Manrique continuaba sus operaciones dentro del batallón de hombres de Desiderio con más fe y dedicación que nunca. Desiderio se había marchado hacia el noroeste, específicamente a Montecristi, donde se concentró la mayor oposición armada contra los norteamericanos. Manrique había quedado a cargo de las operaciones en la zona norte junto con otro grupo de hombres que no marcharon con Desiderio a Montecristi. Junto con ellos llevaba a cabo esporádicas misiones de rescate y ataques sorpresa tácticos contra las tropas norteamericanas que cruzaban la cordillera. El entusiasmo le brotaba por los poros y sus compañeros lo notaban y se dejaban contagiar por su interés y determinación. Era como si hubiera

nacido de nuevo. Como si por fin Manrique hubiera descubierto el verdadero propósito de su vida, como si se hubiera reconocido

a sí mismo y como si se supiera llamado para este momento. Y esto no solo lo pensaba él, sino todos sus compañeros, para los que el enviado estaba demostrando ser el elegido.

Pero Desiderio no se dejaría engañar tan fácilmente por esta sutil trampa del destino. Desiderio conocía bien a Manrique y aunque sabía que era un hombre de honor, decidido y tan puro como la misma causa, estaba seguro de que ese apasionado comportamiento de Manrique se debía a una sola cosa: a la intervención del amor.

La luz de la fogata alumbraba el rostro tostado y feliz de los guerrilleros mientras la noche caía suavemente sobre ellos cobijándoles sus sueños de liberación. Uno a uno se retiraron a sus hamacas hasta que Desiderio Arias, que había llegado el día anterior para supervisar los trabajos de la zona, y Manrique Quimera quedaron solos con las estrellas. Esa noche ambos se soñaron en un mismo sueño.

Desiderio soñó que caminaba de madrugada en un camino de piedras frente al mar. En un amanecer como ningún otro el sol se chorreaba entre las nubes y se dejaba caer a borbotones en un pirotécnico espectáculo de luces violetas y anaranjadas que teñía del mismo color el mar y la arena, y a los almendros y uveros y a él mismo le teñían la piel y los cabellos mientras

avanzaba lentamente por el camino de piedras, viendo lo que no se podía ver después del horizonte.

Desiderio iba a pie, descalzo y sin armas, y sentía una paz inmensa, como nunca la había experimentado. En un momento sintió que en vez de caminar flotaba sobre el camino de piedras y que el sol era él, y que el mar era él y que la libertad era él, pero entonces un monstruo colosal, un pulpo negro de inimaginables dimensiones con mil brazos, que no cabía en el mar, ni siquiera en el sueño, emergía infinito de las violetas y anaranjadas aguas del océano atlántico, del mar Caribe, de cualquiera de los dos, levantando inmensas masas de agua y tapando el sol con su extraordinaria cabeza cefalópoda. Desiderio sentía que caía de un precipicio mientras intentaba en vano sacar el revólver para dispararle al monstruo. El pulpo profería unos gemidos estentóreos que se escuchaban en el mundo entero y lanzaba sus brazos sobre la costa; uno de los miles de brazos se dirigió al mismo Desiderio atrapándolo en el aire mientras caía, en un abrazo mortal, maligno. El hombre sentía la fuerza inaudita de

aquel monstruo, que lo apretaba lo suficiente para dejarlo sin aire y comprimir sus anhelos, pero con la delicadeza necesaria para no matarlo y permitirle presenciar la destrucción de su patria. El viejo caudillo sentía como en vida real la succión infernal de sus ventosas, mientras lo miraba con su ojo ubicuo. Y mientras cerraba sus ojos cansados para no ver lo que parecía

una condena inevitable y se resignaba a morir en las fauces de aquel tirano insaciable, Manrique Quimera llegaba montado en un caballo alado y sable en mano cortaba uno por uno los tentáculos hasta llegar al que lo tenía atrapado, lo montaba en su corcel de alas color tierra, esquivando los otros cientos de brazos que lo perseguían furiosamente y se dirigía raudo hacia la boca del monstruo para penetrar en sus entrañas y clavarle el sable luminoso en el mismo centro del pequeño cerebro, para luego salir abriéndose camino entre la carne y la masa cartilaginosa que recubría el cuerpo amorfo de aquel abominable engendro, antes de que explotara en millones de pedazos. Entonces el sol volvía a teñir todo de nuevo mientras los peces se alimentaban de la carne, y él y Manrique volaban entre los rayos violetas y anaranjados, montados sobre el corcel, que ahora por intuición onírica sabía que se llamaba Libertad.

Al otro día Manrique se levantó temprano y no encontró a Desiderio en el campamento. Preguntó a los compañeros, pero ninguno supo decirle dónde estaba. Había salido solo porque todos los demás caballos del campamento estaban amarrados, menos el suyo. Algo raro, pensó Manrique, ya que Desiderio siempre salía acompañado y cuando no, informaba a los demás sus movimientos. No era para alarmarse, pero Manrique necesitaba verlo de inmediato, necesitaba decirle algo de suma importancia. Ensilló a Veterano y salió detrás de las huellas de Desiderio.

***

—¿Entonces a ti te gusta leer?

—Claro que sí, como respirar.

Así comenzó nuestro diálogo esa noche luego de regresar de mi paseo por las calles de San Felipe y su majestuosa Loma Isabel de Torres. Esa noche, saboreando una humeante taza de té de

Jengibre que Telma preparó, bajo el influjo del olor de rosas que inundaba toda la casa, conocí a la mujer que habitaba detrás de ese montón de huesecillos frágiles y piel marchita.

—Entonces estás vivo, Gabriel. Efectivamente leer es como otra función más de nuestro cuerpo. Es tan necesario como respirar o comer, o como ir al baño... cuando la lectura no es de calidad —dijo ella mientras me picaba uno de sus ojos verdes turquesa, el mismo color del Océano Atlántico cuando lo vi desde la cima de la loma. Yo asentí mientras reía y advertía su fino humor.

—Creo que descubrí la afición por la lectura en el vientre de mi madre, cuando ella leía la Biblia allá en la loma. A partir de ese momento inicié una carrera por el conocimiento que no se detuvo hasta el día de hoy. ¿Y qué te gusta leer?

—De todo un poco, pero prefiero el género de la novela. Claro está, por la universidad he tenido que leer y estudiar de todo.

—Ah, la universidad. ¿Estás estudiando literatura?

—Sí señora...
—Telma...
—Digo, Telma. Sí, estoy terminando la carrera de letras en una de las universidades privadas de la capital.
—Fíjate qué bien, yo nunca pude estudiar, lo que se dice académicamente, lo mío fue más bien empírico. Además, en mis tiempos, es decir, cuando era jovencita como tú, porque realmente el tiempo no es de nadie, de hecho, no existe, eso lo creo el hombre para saber qué tan cerca está de la muerte, o quizá para justificar sus errores; pero bueno, si seguimos hablando de eso vamos a terminar en una discusión filosófica y no quiero eso en tu primera noche con esta vieja desfasada y medio turulata. Te decía, que cuando era jovencita como tú, en San Felipe no existían universidades, la única era la estatal, allá en Santo Domingo y todavía no habían incluido la carrera de letras en el pensum. Ya hubiera yo querido estudiar eso, poder asistir a clases, con mis cuadernos y mis lápices, conocer a muchachos y muchachas interesados en la literatura, tomar cátedras con los mejores profesores y todo eso, pero, lamentablemente, aquí nací y aquí me quedé.
Con esta última frase Telma quedó pensativa, la mirada perdida en los años de su juventud, en lo que pudo ser y no fue, en...

—Pero, y entonces, cómo... quiero decir ¿cómo...?

—¿Que cómo me expreso de esta manera, siendo una mujer de pueblo y además vieja? —Telma salió de repente de su ensimismamiento, volvió a la realidad y me contestó animada:
—Bueno, cuando dije que quise ir a una universidad, no dije que dejé de leer cientos, miles de libros y que tuve un mentor, el mejor profesor de literatura del mundo y que además escribí tanto que todavía tengo el callo de los lápices en mi dedo índice, ¿lo ves?
El dedo índice de Telma se extendía como una rama seca buscando luz hacia mí, mostrando una añeja formación de células muertas, que más que un callo parecía la incipiente espuela de un joven gallo de pelea. Pero esta rancia protuberancia no se veía mal en ella, de alguna manera congeniaba con su mano, formando parte de ella, como si siempre hubiera existido, era como un trofeo adherido por siempre a su dedo. Cuando vi el callo que ella me mostraba con honra, más que un callo vi una herida de guerra, vi a una generala que a pesar del éxtasis de la victoria se mostraba humilde y sobria, aún más, cuando había convertido a su adversario en aliado, y el conocimiento y ella se habían hecho uno.
—Ya veo —le dije, ocultando la repentina admiración que comenzaba a tener por aquella mujer, al tiempo que me sobaba un incipiente callito en mi dedo índice —parece que estamos hablando el mismo idioma. ¿Y qué escribe, poesía, prosa...?
—De todo, mi hijo, he escrito de todo. Pero eso es del pasado,

ya no tengo fuerzas ni para levantar un lápiz. Por suerte la vista me da para algo y sigo leyendo lo que puedo. Creo que es lo único que me mantiene con vida.

—No diga eso, Telma, todavía le falta mucho. Y a propósito, ¿qué le gusta leer?

—Ahora tengo que leer cosas suaves, que no ameritan mucho esfuerzo de mi limitado cerebro, novelas fáciles de entender, poemas casi etéreos, nada maldito como Rimbaud o Mallarmé, Baudelaire mucho menos, quizá algún Rubén Darío o Pablo Neruda, y por supuesto mi Gabriela Mistral, que a pesar de que como dice el veredicto del Premio Nobel, "su obra lírica, inspirada en poderosas emociones...", y no me cabe duda porque todavía lloro al leer sus poemas, no puedo prescindir de ella, es como mi hermana. Ella es de los pocos escritores comprometidos que

conozco, y cuando digo comprometidos me refiero a la sociedad en que viven, con su pueblo. Ella fue así, parece que lo aprendió del magisterio, de todos esos años sirviendo al estudiantado, te lo digo yo que también fui maestra por muchos años. Para mí, el escritor que no sirve a los intereses de su pueblo está sirviendo solo a su ego. De qué sirve todo ese potencial creativo e intelectual si no puede utilizare a favor de los más necesitados. Pero bueno, eso es lo que yo pienso, de todas maneras, el arte es arte y tampoco se puede juzgar a aquellos que crean por amor al arte.

Yo estaba conmovido escuchando la cátedra de ética profesional que de manera tan natural y simple Telma estaba haciendo, de hecho, lo que menos pensaba encontrarme en este remoto pueblo era a una intelectual y humanista de esa talla. No pude ocultar mi entusiasmo y la interrumpí con un argumento que creía corroboraba su opinión.

—Claro que sí, el creador no debe estar supeditado a una conciencia social o política. Siempre pongo el ejemplo de Sartre y Onetti. El uno, genio creador de una obra filosófica y literaria monumental, activista político e intelectual estrechamente ligado a la filosofía marxista, con un alto sentido de compromiso social, al punto de que rechazó el Premio Nobel porque no quería ser "institucionalizado por el Oeste ni por el Este". El hombre está "condenado a ser libre". El otro, un Onetti consumido por y para el arte, no consideraba que la literatura debía estar "comprometida", pensaba que debía ser buena literatura y nada más. Más aún, decía que "la mía está comprometida conmigo mismo. Que no me gusta que exista la pobreza, es un problema aparte". Sin embargo, no se puede negar que ambos fuesen genios artistas comprometidos con el arte, el arte por el arte, eso es, y pienso que...

Estaba inmerso en mi razonamiento, viendo hacia el techo de la casa victoriana mientras gesticulaba, cuando descubrí a Telma observándome con una tierna, o no sé si decir, indulgente sonrisa en sus labios. Me detuve en el acto, como embriagado

por un barril de melaza.
—Sigue, sigue, lo que pasa es que me recuerdas a mí cuando tenía tu edad.
Pero frente a esa sabia mirada de conmiseración, lo único que me pudo salir fue:
283
—...bueno, eso, que estoy de acuerdo con usted en lo de comprometerse a uno mismo, digo, al arte, aunque también a la sociedad, lo que digo es que...
—Te entiendo, Gabriel, te entiendo perfectamente. Lo que pasa es que yo viví momentos tumultuosos en la historia de este país, y para mujeres como yo era imposible hacerse de la vista gorda. Mucho menos teniendo a toda una familia comprometida con la libertad de su pueblo; desde hermanos, padres, tíos, abuelos y mentores, todos estuvieron de una manera u otra involucrados en los procesos de lucha de este y de otros países. Eran, revolucionarios a carta cabal, a pesar de que mucho de ellos todavía no lo sabían.
Pero volviendo al tema de la literatura, comprometida o no, ¿cómo te iniciaste en ese maravilloso mundo de las letras?
—Me imagino que igual que todo el mundo, leyendo. Desde pequeño me gustaba leer mucho, primero lo hacía para escapar de la realidad, luego por placer, y más tarde por ese irrefrenable deseo de conocimiento que nos lleva a descubrir en cada lectura algo nuevo, aunque sea un país en la distancia, un paisaje o un

nuevo amor.
Telma había tomado de una pequeña mesita de caoba una pieza hermosa que al parecer estaba tejiendo, y mientras yo hablaba, daba unos certeros puntazos con las agujetas.
—Oh, qué bien, y cuándo dices que lo hacías para escapar de la realidad, ¿A qué te refieres?
Su mirada no abandonó ni un instante el tejido.
—Bueno, supongo que sería a mi vida —respondí sorprendido por la pregunta —a mis vidas —añadí decidido.
—¿Y acaso era tu realidad tan desdichada que querías escapar de ella?
Sus ojos no se apartaban del movimiento acompasado de sus manos apuñalando la tela.
—Soy huérfano —contesté con la mirada hacia abajo.
Paró en seco de tejer y su tierno rostro ruborizado se llenó de tristeza.
—¡Oh! cuánto lo siento hijo mío, perdona mi impertinencia.
"Hijo mío", esas palabras retumbaron en mi alma como los campanazos de la catedral de Santo Domingo, ahí donde tantas veces observé la bola de cañón incrustada en su techo.

—¿Y quién te crio, con quién vives, ¿cómo pudiste educarte de esta manera, debes haber tenido algún buen tutor o tutora?
—Bueno, mi historia es un poco larga y… sórdida, pero resumiendo, puedo decir que he tenido un par de ángeles que

me han protegido durante todo este tiempo.
—Vamos, vamos, explícate, no me gusta que uses metáforas tan bonitas con un tema tan serio.
—La verdad es que me siento muy cansado por el viaje y esta tarde hice una caminata bastante larga por el pueblo y la loma Isabel. Si no es mucha molestia, me gustaría acostarme temprano, mañana me espera una buena jornada de trabajo.
—Oh, oh, claro sí, no hay ningún problema, pero antes déjame calentarte una taza de leche pura de vaca, de seguro eso no lo hay en la ciudad. Ese es mi secreto para dormir, no hay nada mejor que una buena taza de leche tibia para relajar los sentidos y transportarnos ligeros a los brazos de Morfeo.
Y diciendo esto, puso cuidadosamente la obra tejida en su lugar y me tendió la mano para que la acompañara a la cocina. Ahí, me hizo sentar en un pequeño comedor mientras sacaba un jarrón antiguo de porcelana de la nevera y vertía una buena cantidad de leche en una pequeña olla verde revestida de cerámica por dentro. La miraba embelesado, todo era tan fluido, tan armonioso. A pesar de su vejez, sus movimientos eran precisos y estaban acompañados de cierta familiaridad con todo el ámbito de la cocina, los enseres acudían a ella serenamente cuando los necesitaba, como llamados por su nombre propio y ella sin mirarlos siquiera, atendiendo al próximo movimiento de sus manos temblorosas, los dejaba que hicieran su trabajo. De nuevo notaba esa falta de urgencia en las cosas, esa nostalgia en

la acción, ese retardo preconcebido que permite hacer, porque sí. Y ese instante me pareció una vida, otra de mis vidas, y me sentí reconfortado, cálido y reconfortado, como flotando en medio del melifluo vapor de leche que embadurnaba la estancia.
Al parecer el remedio de Telma dio resultados, porque esa noche dormí mejor que la primera, como si hubiera dormido dos eternidades, y soñé, soñé que nadaba con una sirena de incomparable belleza en las profundidades azules del Océano.
285
***
Manrique salió hacia el sur por un camino copado de robles, guayacanes y caobas. El sol había salido bien temprano y el rocío comenzaba a evaporarse impregnando el ambiente de un cálido aroma a especias y madera húmeda. A pesar de la urgencia por encontrar a Desiderio, Manrique no pudo hacerse sordo ante el canto matutino del bosque. Los ruiseñores, las tórtolas y las cigüitas, por un lado, como voces principales, el follaje de los robles y los samanes coreando con el viento por otro y el río y las piedras haciendo de orquesta lo ralentizaban a él y a su caballo, conduciéndolos hacia una especie de pereza cadenciosa que se tenían que sacudir cada diez o doce pasos. El sol se colaba entre la espesura del manto verde que cubría a los rebeldes y espantaba la neblina que se esfumaba hacia el cielo azul pálido. En algún momento todo aquello se le parecía al sueño que había tenido con Desiderio la noche anterior.

Aunque Manrique conocía las huellas del caballo pura sangre de Desiderio y sabía que podía rastrearla sin ningún problema, más bien se dejó llevar por el instinto de Veterano que ya había escuchado al oído el nombre del hombre que debían encontrar y olfateaba el suelo como un perro sabueso. Al cabo de una hora, subiendo por la ladera de una colina oyeron voces, algo que le pareció extraño porque sabía que los únicos que estaban fuera del campamento eran él y Desiderio. Además, aquellas voces no parecían amigables. Manrique continuó el ascenso por la parte más escarpada para cubrirse con los árboles que coronaban ese lado del pequeño cerro y se detuvo junto a un peñasco para observar. No tardó en comprobar sus sospechas. Un grupo de quince o veinte hombres de la guardia nueva junto con dos oficiales, uno de la marina norteamericana y otro criollo, se preparaban para conducir a un prisionero. Manrique no tuvo que esforzar la vista para darse cuenta de que se trataba de Desiderio Arias. No había tiempo que perder, los oficiales habían dado la orden de partir con el preso. Sin pensarlo dos veces, Manrique arreó a Veterano y éste, como si estuviera conectado de su crin a la médula espinal del jinete y sus pensamientos fueran uno solo, salió expelido de un salto hasta la cumbre de la loma y allí se paró

en dos patas relinchando, mientras Manrique desenvainaba su sable y lo blandía fiero por los aires apuntándolo a los soldados. Las miradas de todos ellos, incluyendo la de los dos oficiales,

confluyeron en aquella visión que no daban crédito a sus ojos. Desiderio lo reconoció también y al ver su figura montada en la cumbre del cielo, no pudo evitar recordar el sueño común de la noche anterior. Uno de los guardias gritó "es el hombre", a lo que el oficial norteamericano preguntó "¿qué hombre?". "El hombre, el hombre, el hombre" repitieron los otros. "Si es otro guerrillero, disparen", ordenó en mal español. Pero los soldados criollos de la nueva guardia no salían de su asombro viendo a la bestia echando humo por el hocico y pataleando en el suelo hasta que hacía temblar los cogollos de las matas a su alrededor. Sin embargo, no era el animal lo que más les impresionaba sino "el hombre", aquella figura mítica de la que tanto habían oído hablar en los días del naufragio del buque insignia. "Disparen, he dicho, disparen a matar". Uno de los guardias levantó trémulamente el fusil para disparar, pero de alguna manera se le encasquilló. "Que disparen, he dicho" gritaba con soberbia el oficial norteamericano de mayor rango. Manrique había comenzado a bajar la pendiente con el sable levantado hacia ellos, mientras Veterano galopaba deshaciendo el suelo. "Carajo, que disparen. Es una orden". "Carajo" —pensó Desiderio en medio del caos —del tiro aprendió a hablar español el gringo este —Otro de los guardias intentó disparar, pero su caballo se paró en dos patas tumbándolo al suelo. Al ver esto, el oficial criollo de segundo rango sacó su revólver y comenzó a disparar a Manrique. La recámara quedó completamente

vacía y ninguno de los disparos dio en el blanco, excepto uno que le rozó el ala izquierda del sombrero de guano que llevaba Manrique. "El hombre" y Veterano seguían aproximándose a ellos como dos demonios enviados del centro de los avernos. Al ver esto los guardias soltaron los fusiles y se dieron a la huida. Fue entonces cuando el oficial norteamericano desenvainó su revólver y apuntó a Manrique. Pero era tarde, Manrique estaba casi encima suyo, y antes de que se accionara el percutor dejó caer el sable sobre su brazo cortándolo de tajo, mientras el oficial veía anonadado cómo caía su extremidad superior, aquella que había usado durante tanto tiempo en calidad de superior para ordenar, sentenciar, para humillar, para disparar y matar, para demostrar

su superioridad, y ahora caía a la tierra revólver en mano como un pedazo cualquiera de carne. Manrique se dirigió entonces al segundo oficial, el criollo, y colocándole el sable sobre el cuello le pidió que liberara a Desiderio. Libre de las ataduras, éste no esperó ni un segundo para socorrer a su enemigo y aplicarle un torniquete con una tira de su propia camisa para que no se desangrara. Un par de horas más tarde estaban de vuelta en el campamento con los dos oficiales prisioneros y el brazo, que ya no era oficialmente parte del cuerpo militar.

Dadas las circunstancias, Manrique no pudo comunicarle lo que quería a Desiderio hasta bien entrada la noche. Luego de enviar al oficial herido con un médico de confianza al

pueblo más cercano, y de interrogar al oficial criollo, pudieron finalmente sentarse a la vera de la fogata a tomarse un café con pan. Manrique estaba ansioso por hablarle, pero no se atrevía. Desiderio se adelantó y con aquella mirada serena y penetrante, le dijo suavemente: —vamos a ver Manrique, diga lo que tiene que decir. Manrique abrió los ojos, cerró la garganta y el café y el pan se le anudaron en la primera fase del tracto digestivo haciéndolo toser. Desiderio le dio un par de palmadas en la espalda: —vamos, vamos, escúpalo.

—Estoy enamorado de Justa Arias y me voy a casar con ella.

***

A la mañana siguiente, cuando Desiderio salió de la cueva encontró a Manrique sin más equipaje que su sable y un ligero bulto que llevaba colgado de la espalda, terminando de ensillar su caballo. A esa hora de la madrugada, a pesar de que estaban en pleno verano, el sol todavía no había salido entre la copa de los árboles, como lo hacía todas las mañanas, levantando junto con su grandeza de astro mayor el espíritu revolucionario de estos guerrilleros; esa mañana no fue así, apenas podían divisarse algunos tímidos reflejos encaramándose por encima de las lomas más altas, como si no quisieran ver la partida de Manrique. El ambiente en el campamento estaba tan tenso que podía cortarse en dos con un machete, cayendo de un lado la incertidumbre y del otro el asombro. Sus compañeros no entendían porque él, Manrique, en un momento tan importante como éste los

abandonaba.

288

Cuando Desiderio salió de la cueva después de escribir en su diario los pormenores del día anterior, los compañeros de Manrique se movían como hormigas alrededor de un tarro de miel, intercambiando miradas de duda y desconcierto, mientras él daba sobriamente los últimos toques a su partida y Veterano lagrimeaba. Todos, sin excepción, pululaban alrededor de él, callados, nerviosos, como lo hace el hermano menor que ve a su hermano mayor partir a la guerra, como lo hizo la madre de Salvador cuando lo vio partir para siempre a una tierra desconocida, como lo hizo Elodia cuando, entre lágrimas, le dio las bendiciones a Manrique antes de marcharse; como lo hizo el capitán Hemingway cuando comprendió que el amor de su vida se había ido para siempre, o peor aún, que nunca había estado ahí para él.

Desiderio salió al encuentro del grupo de hombres y ellos al verlo le dirigieron un saludo masivo que más bien pareció un signo de interrogación.

—Compañeros, Manrique debe proseguir su viaje. Recuerden que nadie le pertenece a nadie. Creo que ya hemos hablado de eso. Por eso estamos peleando, ¿No es así? Él ha cumplido su cometido en este grupo y ahora le toca seguir cumpliendo los designios que Dios le tiene reservado. Este no es el final, ni para él, ni para nosotros. Todo lo contrario. Este es solo un comienzo

más, otro de los muchos que tendremos en nuestras vidas y en nuestra nación.

Desiderio notó la tensión del momento, donde algunos de los compañeros parecían desmoronarse como lo hacían las montañas en épocas de lluvia.

—Ahora, despídanse de "el hombre" todos los que se consideren un hombre como él.

Uno a uno, de dos en dos, a veces de tres en cinco, se despidieron creyendo que sería esta la última vez que lo verían en sus vidas. Apretones de manos, abrazos interminables, miradas trémulas, sonrisas resquebrajadas y esperanzas dolidas se sucedieron en unos minutos que parecieron todos los años de la historia del hombre. El mismo Manrique, hasta ahora inmutable, sintió estremecerse hasta sus entrañas, y fue entonces cuando aquellos gestos fraternales de despedida fueron transformándose en retozos, juegos de mano, medición de fuerzas, y en poco tiempo, como en los primeros días, una masa de hombres cubría por

completo a "el hombre" tratando de tumbarlo al suelo. Manrique se dejaba zarandear por todos como si fuese un trapo, pero no obstante el esfuerzo inaudito de aquellas hormigas, él no caía. Mientras esto sucedía, Manrique pensaba en la posibilidad de dejarse tumbar para complacer a sus compañeros en un último deseo de verlo rendido, y mientras lo hacía, sus ojos se colaron por una rendija entre los cuerpos contorsionados y tensos de sus

amigos y se toparon con los de Desiderio que lo veía complacido, con un gesto de inigualable fruición, pero al mismo tiempo firme y estoico. Manrique entendió lo que Desiderio le estaba diciendo. El ideal no podía caer. Entonces, como si todo el magma acumulado en el centro de la Tierra por millones de años fuera expulsado en una explosión de energía descomunal hacia la superficie, haciendo temblar hasta los corazones, así mismo detonó Manrique desde el interior de ese abrazo entrañable de sus compañeros, lanzándolos a todos por los aires como pajitas al viento, mientras él se erguía y se inflaba como un sapo toro y estallaba de la risa junto a todos los demás que a pesar de los golpes no podían contener el regocijo de volver a experimentar la fuerza descomunal de Manrique, pero sobre todo, su alma noble y franca. El ambiente tenso se había resquebrajado y ahora los hombres jadeaban sofocados de felicidad. Ese fue el momento que Desiderio escogió para despedirse finalmente de Manrique.

—Bueno Manrique, "el hombre" tiene siempre que trillar su propio camino. Le deseo suerte y no se olvide lo que hablamos anoche.

El abrazo de Desiderio desinfló a Manrique. Otra vez, cientos de imágenes de él y su padre en la Loma de la Bestia atravesaron fugazmente su mente y no pudo evitar que sus ojos se entreabrieran para confirmar que no era su propio padre el que lo abrazaba. Sus ojos se humedecieron de nuevo. Desiderio lo soltó. Él montó su caballo, echó una ojeada al campamento,

luego a sus compañeros, a Desiderio, y después de susurrarle algo en el oído a Veterano, salió como una exhalación entre la bruma del bosque que ya bostezaba y comenzaba a abrir sus ojos con los primeros rayos de sol.

En el camino Manrique recordó las palabras de Desiderio de la noche anterior, "ya usted comenzó a llenar la página en blanco que me trajo hace un tiempo, y no lo ha hecho mal, pero es ahora cuando realmente comienza su historia. Escriba sin

faltas y no se desvíe del argumento principal. Estoy seguro que sea lo que sea que "el hombre" haga, si lo hace con fe, pasión y esperanza, lo hará bien".

También recordó estremecido, que bajando la voz le dijo:

—Y tome en cuenta que yo soy el padrino de esa mujer que tanto ama.

CAPÍTULO 2

La boda de Justa y Manrique

La biblioteca de Telma

Todo el amor que tenía acumulado Justa Arias y que bullía en su pecho al igual que los caldos de gallina que nadie más sabía hacer como ella, no estaba cocido y lo único que pudo devolver al pobre Bubulo fueron cuatro hijos. Pero Justa estaba destinada a amar, y finalmente lo hizo.

Cuando Manrique llegó a la casa de los españoles a pedir su

mano, su padre estaba sentado en una silla de guano debajo de un Mango con un cachimbo en la boca y un machete en la otra dibujando figuras en la tierra. "Yo sabía que usted estaba por venir, vamos a ver si usted es "el hombre" que dicen por ahí.
La boda se fijó para el 12 de julio de ese mismo año, justo un mes después de que Manrique le pidiera la mano al padre de Justa.
Los moradores del Espinito sabían que este enamorado había llegado para quedarse, para quedarse con el amor de Justa. En la estrecha callejuela del pueblo se escuchaba a la gente justificar el matrimonio, como si se hubiera estado esperando desde antes de su nacimiento, "es justo que Justa se case", "justo con éste es que se tiene que casar", "el hombre es justo para Justa". Incluso sus innumerables pretendientes que se habían resignado a verla de lejos, como se ve al sol, incluso ellos se sintieron aliviados de que Manrique fuera el que la desposara. No era que se sintieran felices, más bien se sentían descargados, descargados de ese compromiso que no les permitía seguir adelante con sus vidas, de ese compromiso que los tenía atados, de ese compromiso que les impedía amar a nadie más por encima de Justa; de hecho nadie se había casado desde la muerte de Bubulo, las mujeres pululaban por el pueblo como mariposas en la primavera, posando sus

esperanzas en los hombres del pueblo, pero ninguno de ellos les hacía caso, eran como cactus petrificados sin ningún néctar en

sus entrañas capaz de endulzar la lengua deshidratada de estas lepidópteras, desesperadas por remojar sus ansias de amor en los pétalos de los nenúfares de sus sueños. Pero cuando se anunció el compromiso, los primeros en tomar carta en el asunto fueron los hombres del pueblo, todos aquellos que en algún momento habían desfilado por la casa victoriana de los españoles pidiendo la mano de Justa, ahora desfilaban de nuevo para informar que ellos serían los caballeros de honor. Fue tan decidida la intención de estos hombres que la madre de Justa no pudo hacer nada para evitar que en la boda hubiera hombres en vez de damas de honor. A ella la terminó de convencer una comadre que le dijo que al final daba lo mismo, que damas o caballeros, el asunto era espantar los malos espíritus, y como estos hombres daban la vida por Justa entendía que ellos eran los ideales para esta misión nupcial.

De esta manera ciento cincuenta hombres del Espinito
y catorce de otros parajes, incluyendo cinco de San Felipe,
fueron elegidos para ser los caballeros de honor del esperado matrimonio, de la justa unión, de la justificada libertad que todos ellos esperaban para volver a amar de nuevo.

El matrimonio de Justa había caído literalmente "como anillo al dedo" y nadie quedó fuera de los preparativos de la gran fiesta. Las mujeres comenzaron a coser desesperadamente los trajes de los ciento sesenta y cuatro hombres, para no hablar de los veinticinco pajecitos que también se sumaron a la corte de la

novia para compensar los niños que no habían nacido de ningún matrimonio nuevo en los últimos años. Aunque los españoles tenían una buena economía y podían quizá sin mayor esfuerzo cubrir el costo de toda la fiesta, la gente del pueblo se sumó a la inversión y comenzaron a llevar a la casa victoriana lo que podían, tuvo que improvisarse un cobertizo enorme techado de cana para almacenar todo lo que llegaba y cercar un área de cinco tareas de tierra para encerrar a todos los animales que traían en recuas.

Mientras se iban afinando los preparativos de la ceremonia se produjo lo que todos estaban esperando. Los hombres iniciaron las primeras escaramuzas de amor contra las ávidas mujeres del pueblo. Primero, se vio una pareja dando paseos

por las callejuelas del pueblo, luego otra más sentada a la vera del río, alguna conversando debajo de la sombra de un árbol, otra lanzándose pequeñas piedrecillas mientras correteaban por el descampado, aquella susurrándose secretos al oído, y las más osadas besuqueándose apasionadamente en algún rincón oscuro de la noche. Esas escenas comenzaron a repetirse a diario con más frecuencia, como si alguna fiebre hubiera contagiado a los hombres del mal de amor, hasta que una mañana una de las muchachas del pueblo no amaneció en su casa. Esa muchacha era una de las mejores amigas de Justa y daba la vida por casarse. Finalmente, sus ruegos fueron escuchados. Cuando los padres

despertaron y fueron como de costumbre, como la mayoría de los padres del Espinito hacían luego de la muerte de Bubulo para comprobar si algún dichoso se había llevado a alguna, a inspeccionar la habitación de su hija, vieron la cama vacía, totalmente arreglada y una nota que decía: EL AMOR ME HA LLEVADO. Los padres salieron por el pueblo gritando de felicidad que a su hija se la habían llevado. Después de ella, desaparecieron otras y otras y muchas más. El día antes de la boda de Justa y Manrique no quedaban prácticamente mujeres disponibles. Pero la alegría era infinita, todos cantaban y bailaban en el pueblo como si se tratara de una fiesta nacional, los niños correteaban inmersos en su propia felicidad, una felicidad cómplice, de anunciación, como si la misma virgen que desata los nudos les hubiera anunciado el nacimiento de decenas o cientos o miles de amiguitos nuevos. El rostro estéril de las mujeres solteras había mutado. Ahora parecían mangos o cajuiles o ciruelos a punto de explotar por el nivel de maduración extrema, de fecundidad. Y los hombres que hasta hace poco no existían, ahora parecían surcos de tierra negra o tubérculos o pistilos hinchados de deseo, puros machos alfa que no perdían la más mínima oportunidad para resarcir todo el tiempo perdido con un beso apasionado o un agarrón de nalgas a pleno día.

Pero no solo los solteros se sentían hinchados de pasión y erotismo, los adultos casados, los ancianos, los niños y hasta los animales, todos en el pueblo estaban experimentando la misma

sensación de regocijo. Aquello parecía una nueva versión rural del jardín de las delicias, un mundo mágico donde ninfas y sátiros exploraban su sexo por primera vez al ritmo del Canon en D mayor de Pachelbel. Así, desde la mañanita, bien temprano al

amanecer comenzaba a escucharse el cuchicheo de los amantes, las risitas, los juegos, las promesas, el rito del amor colándose entre los primeros rayos pendencieros del sol, como un preludio necesario a las obligaciones del acto principal de todos los días, porque desde el momento en que se anunció la boda de Justa y Manrique, ésta se había convertido en la actividad principal del pueblo, en el único trabajo pendiente, en el oficio mejor pagado, en el más necesario y justo compromiso para invertir el tiempo en el pueblo del Espinito. Y no era para menos.

Ese era el ambiente en el que se estaban dando las cosas por el Espinito. En el país las expectativas no estaban muy lejos de parecerse a esto.

Las cartas de Elodia, o de Telma para ser más justo, se habían hecho públicas. Don Américo Lugo se hizo cargo de esto junto a otros intelectuales del país que luchaban desde sus respectivos escritorios contra la intervención norteamericana.

El efecto fue mayor del que esperaban. Las cartas recorrieron barrios, callejones, pueblos y ciudades, miles de copias más se hicieron, la mayoría por impresoras clandestinas que no habían sido descubiertas y desmanteladas por las fuerzas de la guardia

constabularia que el ejército norteamericano había creado. Los bochornosos ruegos del capitán Hemingway y la dignidad con que Elodia había rechazado sus intenciones, menoscabaron aún más el ya desacreditado poderío militar norteamericano. El país entero se había dado cuenta de que los americanos no eran aquellos seres superpoderosos que todo el mundo pensaba. Si una simple mujer había puesto de rodillas a uno de los hombres con más poder del mundo, qué no podría hacer un pueblo entero. Y por si fuera poco, la historia de Manrique en el malecón de San Felipe se seguía repitiendo de boca en boca, con esa eficiencia y rapidez con que solo los rumores convierten las historias en leyendas, donde un solo hombre había pescado y salvado a una tripulación completa de esos superhombres como si fueran insignificantes pescaditos dorados.

Las cartas, lo de Manrique, toda la campaña cívica que culminaría con la consigna de desocupación "pura y simple" de don Américo Lugo resonando en toda América Latina y en el mismo seno del gobierno de los Estados Unidos, la presión que ejercían los campesinos alzados del Este y del Norte, como los de Desiderio Arias, las banderas en las puertas de las casas con el

crespón negro clavado en el mismo centro de la cruz y la actitud rebelde de miles de hombres y mujeres que no soportaban más la presencia de los gringos en su país, finalmente posibilitaron las condiciones para poner fin a la intervención. La desocupación

de las huestes estadounidenses era ya inminente. Los gringos tenían que salir.
El 12 de julio de ese mismo año, el día de la boda de Justa y Manrique, comenzaron a salir las primeras tropas norteamericanas fuera del país.
***
El sol se resbalaba por la pequeña ventana de mi habitación cuando respiré el efluvio de rosas del jardín de Telma. Ella les hablaba, preguntándoles cómo habían dormido, qué soñaron y si tenían hambre. Me asomé a la puerta de mi habitación guiado por el aroma y pude ver su huesudo cuerpo mimetizado con el rosal, como un tallo más, pero sin espinas, inmersa en un profundo diálogo con sus hermanas. Ellas le contestaban con armoniosos movimientos, mientras abrían sus pétalos al toque de sus manos y emitían un imperceptible murmullo que solo acercándome pude escuchar.
—¡Ohhhh! el bello durmiente, buenos días, Gabriel. Al parecer Morfeo y tú se han hecho muy buenos amigos.
—Buenos días, Telma, más que a Morfeo, agradezco a su gentileza y a la calidez de su hogar, ellos son los responsables de mi profundo descanso. ¿Y sus flores, soñaron con usted?
—¡Ah sí! Mis flores nunca dejan de soñar. Pero no solamente conmigo, ellas sueñan contigo también, con todos los que reconocen en ellas la verdadera naturaleza de las cosas.
Al decir esto, tomó un clavel en sus manos y lo besó.

—¿Cómo es eso?
—Mucha gente está equivocada con las flores. Ellas no son solo belleza fugaz. Para muchos incluso representan lo trivial, lo ficticio, lo banal. ¡Qué ignorantes aquellos que piensan que las flores son frívolas! Cuando es todo lo contrario. Ellas son las que encarnan la auténtica pureza de espíritu. El único capricho de las flores es nacer para deleitarnos humildemente con su aroma y su belleza, luego su efímera vida se reduce a nada, convirtiéndose

en lodo junto a las lombrices, y en esencia fugaz que lleva el viento por los caminos infinitos del universo, creando de manera insospechada el milagro de la vida. Y todo por amor. Esa es la enseñanza. La impermanencia de las cosas. La belleza es impermanente, los placeres son impermanentes, el amor es impermanente, hasta la vida lo es. Eso es lo que nos enseña la fugaz vida de las flores. Pero nosotros no lo entendemos, o no queremos, porque el apego no nos lo permite. El apego es inherente a nuestras vidas. Desde el momento en que nacemos nos apegamos a la vida; nacemos con un cuerpo humano y nos apegamos a él, luego a la leche de nuestra madre, a su arrullo, a los juguetes, más tarde será a un amor, a otro cuerpo, a un hijo, a las posesiones materiales, a la ambición, al poder, a la fama, y luego nos apegamos tanto a la vida que creemos que no vamos a morir. Pero la muerte es la prueba más fehaciente de la ley del desapego. Una vez muertos, nuestros anhelos y temores

desaparecen.
Deberíamos agradecer el increíble sacrificio que hacen las flores para que iluminemos nuestro pobre entendimiento. Ellas sí saben lo que es el desapego. Sin embargo, es tanto nuestro egoísmo, que preferimos cortarlas para que sean solo de nosotras. Pero como decía Neruda, "Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera".
Loco. Esta señora me trae loco. Qué razonamientos, qué nivel de conciencia, qué sabiduría. Esta mujer está fuera de órbita. Y yo que pensaba que era radical. Mierda es lo que soy. Si los muchachos la conocieran, si solo pudieran apreciar por un instante su grandeza, me imagino que la harían vocalista principal de la banda. ¡Ja! hablando de egos. ¿Cuánto daría por que esa mujer fuera mi madre?
—Me parece increíble la reflexión que ha hecho. Ahora entiendo su relación con las flores. Creo que a partir de esta conversación miraré con otros ojos a cada flor que me cruce en el camino.
—Realmente eso lo aprendí de mi madre. Sin saberlo, ella fue la que me enseñó la verdadera naturaleza de esta obra de Dios. ¿Tienes hambre? Tu desayuno está servido en la mesita de la cocina. Espero que te gusten los víveres, porque ayer me trajeron unas yautías preciosas. Para mí, el desayuno perfecto son las yautías con aceite de oliva y una buena taza de café con leche. En el caso tuyo, tuve que añadir un par de huevos de

gallina, eso sí, puedes estar seguro de que estos sí son criollos. Anda vete, desayuna bien, que según lo que me dijiste sobre tu jornada de trabajo de hoy, lo vas a necesitar.
No voy a hablar mucho del desayuno. Solo tengo para decir que nunca en mi vida había probado la yautía y mucho menos con aceite de oliva; sin mentir, podría comer esto tres veces al día, o cuatro, por el resto de mi vida. Gracias, Telma, usted es lo mejor que me puede haber pasado en este viaje.
Al terminar mi desayuno, le di las gracias con un abrazo (si se puede llamar así, porque apenas la rodeé con mis brazos por temor a hacerle daño) y me despedí. Ella me dio la bendición de Dios (no sé si el mismo de Naomi) y me siguió con una pregunta en la mirada. Yo le sonreí. Esta vez debía salir en el Harley porque quería avanzar en mis investigaciones. Para no hacer ruido, lo arrastré como pude por unos cincuenta metros (el que ha manejado un Harley de este cilindraje sabrá lo que me costó) y luego lo encendí. Lo calenté por unos minutos y salí rumbo al malecón.
No sabía ni por dónde empezar. El mar estaba de un azul oscuro que se confundía con el cielo en el horizonte y me daba cierta sensación de vértigo. Rodé y rodé por la calle del malecón sin saber a dónde ir, qué preguntar. Llegué a la fortaleza San Felipe, un coloso de piedra encargado por el rey Felipe II de España y terminada por don Rengifo de Angulo, originalmente

para proteger la parte norte de la isla de la incursión de los piratas y corsarios. Momentáneamente me ataca el recuerdo de Ciudad Colonial de Santo Domingo, sus iglesias, los piratas correteando a las monjas por los corredores, recuerdo a Francis Drake, la bola de cañón en la catedral, y de repente me siento como un pirata en esta tierra de plata.

Me detengo frente a ella sin apagar el motor y a pesar de que la construcción se levanta imponente frente a mí, no me dan ganas de entrar, por el contrario, siento un tipo de abatimiento que no puedo explicar. Entonces martilla en mi cabeza un pensamiento: ¿Qué diablos hago aquí? ¿Qué vine a buscar a esta tierra de plata? ¿Por quién preguntar? ¿Dónde buscar? Entonces se me ocurre preguntar la dirección de la oficialía civil. Después de algunas indagaciones doy con la dirección y llego hasta allí.

Allí estoy sin la más puta idea de qué preguntar. Hola, soy huérfano y estoy buscando a mis padres, me dijeron que aquí

en San Felipe podía encontrarlos, ¿sabe usted quiénes son? ¡Qué estupidez! me repetía constantemente. Creo que debería volver a casa de Telma y seguir con nuestros diálogos, ella ha sido el más grande descubrimiento de este viaje sin sentido, olvidarme de toda esta estúpida búsqueda y volver en dos o tres días a mi Santo Domingo, como lo que soy, un ángel caído; sería mucho más productivo. Pero gracias a mi absurda insistencia entro al recinto y pregunto a una secretaria que está en un raído y

vetusto escritorio de caoba dónde puedo hacer una búsqueda de apellidos nativos del pueblo. La mujer era una gorda, más pintada que un cuadro de Matisse, con las uñas que parecían garras de guaraguao y una ridícula minifalda que le dejaba ver la excesiva cantidad de celulitis en sus piernas. Ella me mira de arriba abajo con sus ojos entornados por encima de los espejuelos rosado fucsia, como si mirara a un simple mortal desde el Monte Olimpo y me contesta:

—¿Quién quiere saber esa información?

De inmediato comprendo lo que quiere decir.

—Mi nombre es Gabriel, soy periodista y estoy haciendo un artículo sobre niños abandonados, secuestrados o perdidos del pueblo de San Felipe.

Mentir. Eso es lo que mejor sabemos hacer los escritores.

—Haberlo dicho antes, preciosura. Si quieres puedes emburujarte con esos papeles que están ahí —señalándome un cuartucho lleno de viejos y oxidados archivos, varios de ellos con las gavetas abiertas y desconchinfladas de las bisagras —Pero, si no andas muy apurado y me das un tiempito, puedo darte dos o tres nombres de familias de aquí. ¿Por qué tienen que ser nativos del pueblo?

—Bueno, lo que pasa es que según las estadísticas los secuestradores de niños buscan a padres solventes o por lo menos influyentes en la sociedad donde viven.

—¡Ohhhh! ya veo. La verdad que ustedes los periodistas

saben mucho —ahora sus ojos habían adoptado una mirada propia de los felinos.
—Bueno... —titubeé —dicen que los periodistas tienen que vivir todas las vidas para poder escribir.
—¡Wao! ¿Entonces has vivido mucho?
Ahora sentía que en cualquier momento la tigresa se abalanzaría sobre mí clavando sus garras y destrozándome el cuello.

—Lo suficiente. ¿Entonces, puedo esperar aquí?
—Claro que sí, mi amorcito, dame un chancecito para llevarle estos papeles al odioso de mi jefe. No te me vayas a ir.
Aunque quisiera no puedo, pensé.
—Aquí estaré, Josefina —le dije observando su nombre en un papel rosado con corazoncitos alrededor.
—¡Ay, ya se sabe mi nombre! —dijo, dando pasitos de baile sobre los minúsculos taquitos, también rosados, mientras le picaba un ojo a una de las cajeras que cobraba los impuestos de las actas de nacimiento legalizadas.
Allí estaba yo parado, mi bulto de piel colgando míseramente de mi hombro, los brazos balanceándose a ambos lados de mi torso, toda mi ropa en el suelo como por arte de magia, mientras era violado por la mirada cómplice de todas las empleadas de la oficina pública. En ese estado esperé por unos minutos que parecieron años a que mi verduga regresara.

Finalmente, obtuve algunos apellidos y nombres conocidos de la ciudad. Empresarios licoreros, industriales, hoteleros, ganaderos, comerciantes, ebanistas, gobernadores, artistas y por supuesto, maestros, entre los que figuraba el apellido Quimera. Pero cuando pregunté si alguna de estas familias había perdido alguno de sus hijos, en pocas palabras, si algún niño había sido robado del seno de alguna de estas familias, la respuesta fue negativa. Me sentí ridículo con las preguntas que hacía. De esta manera no iba a dar con ninguna información que valiera la pena. Además, las indagaciones estaban fuera de lugar. Pensándolo en frío, no podía investigar la desaparición de un niño en San Felipe si los padres se habían mudado hacía tiempo a la capital y su nacimiento y consecuente rapto, fue allí. Necesitaba algo más. Algún recurso. ¿Pero qué?

Le di las gracias de la mejor manera que pude a la secretaria acosadora, no sin antes recibir una última mirada comprometida de parte de ella, y en medio de silbidos y piropos salí despavorido de la oficialía civil.

Rodé horas muertas por el pueblo, por sus barrios, por sus comercios, por donde quiera que mi turbado sentido me guio, tratando de encontrar algún rasgo, alguna mirada, alguna sonrisa que justificara mi viaje. Volví a la puntilla donde la Fortaleza San Felipe seguía inmutable, ajena a mi dolor, y viendo la estatua del General Gregorio Luperón montado a caballo, aquel que

fuera “la primera espada de la Guerra de Restauración”, pensé en el destino de nuestra patria. ¿Qué será de nosotros, general? ¿Dónde encontraremos hombres como usted, si los niños no pueden siquiera crecer al lado de sus madres?

Luego de dos o tres tragos de vodka tonic en uno de los bares frente al malecón, regresé extenuado a casa de Telma. A pesar de los tragos tuve la precaución de apagar el motor una cuadra antes y entrar sigilosamente a mi habitación. Telma siempre dejaba la puerta abierta hasta las ocho de la noche, “después de esa hora —me dijo el primer día —puedes quedarte afuera, nadie entra a mi casa después de las ocho”. Me quité la camisa y me tumbé en la cama. A las siete, un leve toqueteo en la puerta me levantó. Telma tenía la cena lista. Devoré una rica sopa de pollo acabada de hacer, como si ella hubiera intuido la necesidad de mi cuerpo golpeado por el alcohol y el desaliento. Ella permaneció junto a mí, observándome callada. Llevé los platos a la cocina y a pesar de mi insistencia, no me permitió fregarlos. “¿Qué clase de anfitriona sería si te dejara hacer mi trabajo?”.

Luego me pidió que la acompañara a un lugar.

—Muy pocas personas han entrado a este rincón de la casa, solo los elegidos han tenido la suerte de hacerlo.

Iba tomado de la mano de Telma hacia lo que parecía un pequeño sótano situado debajo de su habitación. Ambos tuvimos que encorvarnos un poco para no chocar con el bajo techo abovedado de cemento pulido. Los ocho o nueve peldaños me

parecieron una eternidad, pero fue el tiempo justo para percibir los detalles del descenso, de la superficie porosa y húmeda de las paredes de ladrillos, el olor ocre que impregnaba el ambiente, los dibujos de flores enmarcados en sencillas tablillas de madera de caoba, y unos pequeños nichos cubiertos de cerámicas españolas, empotrados en las paredes, al principio y al final de la escalera, donde había sendas lámparas de gas que Telma encendió cuidadosamente. Todos estos detalles, de alguna manera se asemejaban a su dueña.

Al llegar a un robusto portón de madera maciza, Telma sacó del bolsillo de su abrigo de algodón (imagino tejido por ella misma) un llavero con una decena de llaves. Antes de abrir la puerta me dijo:

—Esta es la parte que más me gusta de la casa, y creo que a ti también te gustará.

***

El día de la boda un sol que parecía reírse a carcajadas salió más temprano que de costumbre, impaciente y excitado por participar también del evento. Y no era para menos. Durante un mes completo los hombres y las mujeres del Espinito habían estado trabajando incansablemente en los preparativos. El pueblo parecía un sueño. Todas las casas se habían pintado de blanco, las de tablas de palma, las de pino, las de cartón y las dos construidas de bloques de cemento. Como la pintura era una

mezcla de cal y agua, las casas deslumbraban la vista y daban la sensación de que el pueblo se había desprendido del cielo. Desde la entrada del pueblecito pasando por la pequeña parroquia hasta la casa victoriana de los españoles, se tendieron largos paños de la misma tela blanca de la que se hicieron los trajes de los caballeros de honor, que se extendían a ambos lados de la callejuela entre los piñones de las empalizadas con coloridos lazos púrpura a cada veinte metros.

En San Felipe, el sol parecía ser otro. Este era oscuro y sombrío y alumbraba con indignación y enfado. Nada adornaba las calles que esperaban a los marines norteamericanos que desocupaban el país.

La casa victoriana de los padres de Justa también estaba pintada completamente de blanco; en el patio, por el contrario, los mangos, cerezas, aguacates, nísperos, cajuiles, jobos, guanábanas, la lechosa, los anones, la carambola, las naranjas, las toronjas y los limones, todos maduros ese mismo día, como si no quisieran perderse también la ceremonia, adornaban alegremente el entorno en una perfumada explosión de colores y fecundidad absoluta. Pero no eran solo esos olores los que embadurnaban el ambiente en toda la propiedad de los españoles, en todo el pueblo y los alrededores, hasta loma adentro, el suculento manjar que se había preparado también gravitaba en el ámbito. En el cobertizo que se había improvisado para almacenar los víveres, granos y alimentos en general que llegaban de todas partes, varias reses se

cocinaban a fuego lento en calderos gigantes que parecían pozos, medio centenar de gallinas se cocían en un oloroso y graneado locrio de arroz selecto y una veintena de guineas se ahogaba en

vino tinto de la casa mientras se desocupaban las sartenes que freían cientos y cientos de arepitas de yuca y los innumerables fritos de plátanos verdes; en esas mismas sartenes se guisaría la jugosa y suculenta carne de las guineas; pero fuera del cobertizo, en un área preparada para tales fines, donde el sol contribuía a la cocción natural de las carnes, una decena de cerdos se asaba en puyas y sus capas de grasas chirriaban con el calor de las brasas que provenía de la leña de guayaba, la única que le daba ese sabor inconfundible al cerdo asado del campo. Dentro de la casa, en las dos cocinas principales, se preparaban otros platos como el pastelón de plátanos maduros, el de berenjenas, la ensalada verde, y una lista de postres y sobremesas que iban desde el gran bizcocho de guineo que tenía tres niveles; el primero, donde estaban los ciento sesenta y cuatro caballeros de honor hechos de dulce de auyama caramelizada; el segundo, donde jugaban en una cascada de suspiro que caía desde el tercero los veinticinco pajecitos y el último donde posaban desposados los novios cubiertos con un delicado paño tejido de finos hilos de azúcar cristalizada, hasta los dulces de leche, de cajuil, de naranja, las galletas de jengibre, y los que solo sabía hacer doña Aminta, como el flan de limón, las torrijas, la crema catalana, el flan y las rosquillas de anís. Sin

embargo, un aroma dentro de los muchos que se filtraban por los poros de las tablas de palma de las cocinas y por los techos de zinc y por los de cana y por entre los mismos poros de la piel de todos los habitantes del Espinito, era el inconfundible y mágico efluvio de rosas que Elodia había preparado, porque ella había llegado el día anterior junto con Pancho y Mina para ayudar a sus futuros consuegros y se había dedicado a majar en pilón los pétalos de la selección de rosas que había traído para preparar su prodigioso condimento y aplicarlo sutilmente a cada uno de los platos que lo ameritaban en ese glorioso día.

En San Felipe, los dos esqueletos de acero encallados en las costas norte y sur del país todavía recordaban a los marines el fracaso de su misión. El destellante gris metálico que antes se lucía ostentoso sobre el casco de los buques de guerra ahora languidecía en un pobre y corroído ocre oscuro, casi negro, típico del óxido en las costas, que también había corroído el arrogante espíritu de los norteamericanos, desde los más altos oficiales hasta los lavaplatos, que ahora no tenían mucho para lavar porque hasta el hambre la habían perdido y en sus cocinas ya

no se cocinaba, solo se escuchaba, de vez en cuando, alguna que otra lata de sardinas, vegetales o granos abriéndose tímidamente, alguna sartén cociendo tristemente una pila interminable de panqueques desabridos y secos, o se olisqueaba la fetidez de las hamburguesas hechas de piltrafa de carne y de pura grasa; otras,

el empalagoso y pesado tufo de su imprescindible mantequilla de maní que había sido recién inventada por un físico llamado Jhon Kellog, que luego se haría rico y famoso por crear la marca más conocida de otro fiasco alimenticio más, y que era supuestamente de fácil digestión para enfermos sin dientes.

En el Espinito, los invitados a la boda estaban listos para disfrutar de todo el trabajo anticipado del último mes. Eso incluía a los hermanos de Manrique y a don Américo Lugo que habían llegado ese mismo día con sus respectivos regalos. Desiderio Arias, por su parte, había enviado uno de sus hombres para informar que llegaría un poco más tarde. Los regalos para los novios tuvieron que guardarse en un almacén de productos agrícolas que tenía el padre de Justa a poca distancia de la casa. Había de todo, desde sacos llenos de víveres y frutas, mecedoras de caoba hechas a mano, cubiertos, platos, vasos, copas, copitas, ocho o diez cafeteras, juegos de sábanas y toallas; otros regalos como caballos, vacas, cerdos, chivos, gallinas, patos, pavos, tuvieron que encerrarlos en el corral que se había construido para los animales que se iban a sacrificar para la comida de la boda, de tal forma que el corral quedó lleno de nuevo por la misma cantidad o quizá más de los mismos animales que ahora descansaban en las cacerolas embadurnados de pétalos de rosa. El perro que envió un compadre de don Marcelino se amarró fuera del corral en uno de los postes de las esquinas porque ya había matado cerca de una docena de gallinas. Pero los regalos

que más le llamaron la atención a Justa y al mismo Manrique fueron el de Américo Quimera y el de don Américo Lugo. El de Américo Quimera era una especie de bicicleta motorizada con dos asientos, uno para el piloto, y el otro un tipo de asiento en forma de barquilla como los que usaban los modelos de motos sidecar de la Segunda Guerra Mundial. Este era para Justa. Américo lo había hecho con las piezas que le iban quedando de los motores de los vehículos y los botes que había reparado. Lo sorprendente de este artefacto era que se podía convertir en abanico con solo agregarle un aspa de tablas de palma que se

insertaba en lugar del sillín y giraba a la velocidad suficiente para refrescar cualquier habitación de buen tamaño, el pequeño motor funcionaba con gasolina y aunque hacía un poco de ruido trabajaba a la perfección. El mismo Américo fue el que probó su sofisticado invento en algún momento después de terminada la ceremonia, dando vueltas con Justa entre los presentes que no daban crédito a lo que veían, levantando ligeras nubecillas de polvo cuando pasaba cerca de un Veterano que miraba con ojos de fuego la competitiva montura que parecía haber llegado para sustituirlo, al punto de lanzarle dos buenas patadas al propio Américo que casi lo tumba y que obligó a Manrique, que a diferencia de los demás que pensaban que el caballo se había asustado por el ruido del motor, sabía que el comportamiento abrupto de Veterano se debía puramente a los celos, a calmarlo

susurrándole cosas al oído y acariciándole las orejas y el cuello. Llegada la hora, cientos de invitados comenzaron a desfilar por la pequeña callejuela del pueblo, todos vestidos con sus mejores ropas y calzados, los nuevos novios con sus novias, los que se habían fugado, los que se habían arreglado, los que se habían juntado de nuevo, los que se estaban por enamorar, que eran los menos porque como había dicho ya no quedaban casi mujeres disponibles, los casados desde hace años, los de fuera, casados y no casados, los solteros de otros pueblos que al llegar al Espinito, en este último mes se habían enamorado, los niños y niñas que en poco tiempo también estarían casados, todos marchando sobre las flores esparcidas por el camino empotrado de piedras calizas, entre las ramas de los piñones teñidos de blanco por los largos paños, orondos, orgullosos, satisfechos de la obra que ellos mismos habían creado, sentándose uno a uno, o quedándose de pie, o bailando, o comentando la llegada de los novios, esperando dentro o fuera de la pequeña parroquia del pueblo, que parecía como si estuviera en el mismo cielo por la cantidad de flores blancas que la engalanaban, flores que en su totalidad habían donado Pancho y Mina. De fondo podía escucharse la música de dos violines y un contrabajo, algo completamente inusual en esta remota región del país y hasta en la capital, en donde solo un selecto grupo se deleitaba con los conciertos de música clásica del Octeto del Casino de la Juventud, que más tarde pasaría a ser la Orquesta de la Sociedad de los Conciertos

con sede en el Ateneo y que por último terminaría siendo la Orquesta Sinfónica Nacional, dirigida en sus inicios por un

español apellido Casal que llegó al país en el éxodo masivo que provocara la Guerra Civil Española. Por esos años don Américo Lugo, intelectual y amante de las bellas artes, había establecido una estrecha relación con el director de la orquesta, el maestro Enrique Mejía Arredondo y logró que le facilitara tres de sus músicos para amenizar la fiesta. Este sublime acompañamiento que le añadía un toque casi celestial al momento, fue el exquisito regalo de don Américo Lugo para los novios y que tomó por sorpresa a Justa y a Manrique cuando llegaron a la Iglesia.

A eso de las diez de la mañana, Manrique había llegado a la Iglesia también y esperaba a la novia junto a sus hermanos, hermana, su madre y sus abuelos. Manrique estaba vestido de blanco, y Elodia, que tenía un susto añejado en su pecho que no se le iba nunca porque creía que iba a perderlo como perdió a su esposo y como creyó haberlo perdido a él también aquella vez que se hundió en las catacumbas de Antero, lo vio resplandecer con el sol sonriente de ese día, más vivo que nunca y se sintió arrolladoramente feliz.

Justa, que era toda una jinete, entró serena y triunfal montada en Veterano, que finalmente se sintió más tranquilo al ser seleccionado para esta honorable función. Detrás de ella, la interminable corte de los veinticinco pajecitos que llevaban de la

mano desde el primero hasta el último la cola de su inmaculado vestido nupcial y los ciento sesenta y cuatro caballeros de honor, todos vestidos de blanco paseándose con orgullo entre cientos de invitados que no cabían ni dentro ni fuera de la iglesia y estaban parados a ambos lados de la callejuela viéndolos pasar.

Cuando Manrique la vio, la recordó hecha de nubes como en aquel sueño que tuviera mucho antes de conocerla y sintió por primera vez en mucho tiempo una ligera cosquilla en el pecho. Disimuladamente se abrió un botón de la camisa porque sentía que algo le caminaba y entonces vio que el segundo pelo se estaba enderezando hasta quedar completamente recto hacia arriba, como desafiando la gravedad. Elodia, que estaba parada a su lado se dio cuenta y calladamente le comentó "yo sabía que usted se iba a enderezar, hijo mío". Inmediatamente lo cogió de la mano y caminaron juntos hasta el humilde altar que presidía el párroco de la comunidad. Cuando Justa avanzó hasta la puerta, los músicos comenzaron a ejecutar el Canon en d mayor de Pachelbel y los ojos de los cientos de invitados se llenaron de lágrimas al ver a la novia acompañada de su padre, seguida de

la corte de los veinticinco pajecitos y los ciento sesenta y cuatro caballeros de honor que no cupieron en la iglesia y tuvieron que permanecer fuera hasta el final de la ceremonia con parte de la cola del vestido nupcial.

Cuando los marines norteamericanos comenzaron a marchar

por el malecón de la capital y por la calle del mar de San Felipe, no había nadie que los despidiera, ninguna cara alegre, ningún rostro amigable, en vez de eso había cientos, miles de hombres y mujeres con el rostro impávido viendo sus tristes uniformes verde olivo desgastados, y sus armas grises y sus botas hediondas, sus caras de avestruces escondidas en el hueco de la desvergüenza histórica; no habían regalos de despedida, ni souvenirs, ya era suficiente con los ocho años de vida que le habían robado a este pueblo, vaciando sus minas, desfalcando sus instituciones, erosionando y quemando su suelo, robando sus cosechas, saqueando sus bancos, mancillado su patria; pero hubo algo más que también se llevaron, algo con los que ellos no contaban: los recuerdos de un pueblo valiente que luchó por sacarlos de su tierra, con palos y piedras, defendiendo su deseo de ser libres, soberanos e independientes de toda dominación extranjera, eso se llevaron también ese día, ese doce de julio en que eran escrutados por un público innumerable de hombres, mujeres y niños, y no necesariamente invitados, porque estaban en su propia fiesta, sin más música que las letras del himno nacional entonadas a capela, sin colores, sin adornos, sin flores, sin nada, mientras ellos marchaban cabizbajos, con un nudo en el pecho, oscuros, ni siquiera alumbrados por el sol de aquella tarde, su pesada carga al hombro, sudados, cansados, subiendo las escalinatas de su parroquia gris y vacía, según ellos omnipotente, pero que en realidad era otro de sus tantos acorazados que presidía algún que

otro capitán que terminaría muerto por falta de amor de otra mujer casta, en otra playa extranjera, viendo su barco hundirse sin esperanza por otra ola de otra nación que quiere ser libre.
Justa y Manrique se casaron, volvieron a casa de sus padres bajo una lluvia de arroz, cantos y notas de violines. La celebración duró tres días con sus noches, durante los cuales muchas mujeres quedaron embarazadas, incluyendo a Justa y una amiga a la que Luis, el hermano de Manrique, le había propuesto matrimonio. Desiderio llegó al segundo día y le trajo a Manrique y a Justa unas monedas de oro que le había quitado a un oficial norteamericano

antes de perdonarle la vida y liberarlo, y al cuarto día, todos felices retornaron a sus labores, mientras veían a Justa y a Manrique marcharse en su caballo Veterano y en la mula Mariana, otro de los regalos que se volvería imprescindible en la familia Quimera Arias, que también estaban vestidos de punta en blanco muy en contra de la voluntad de ambos, rumbo a su luna miel a un pueblo playero llamado Sosúa, cerca de San Felipe.
La algarabía en el país fue absoluta, los gringos finalmente abandonaron el país y se vieron desfilando en sus tristes carrozas de acero rumbo a su tierra continental.
***
El olor a flores marchitas, a corteza seca, a historias no contadas, ese olor que me ha cautivado desde pequeño, que me ha convertido en otro Jean-Baptiste Grenouille, ávido de su

voluptuosidad, adicto reincidente a las emanaciones feromónicas que dispara ese olor ocre, dulce, vetusto, a tinta seca, a poemas encerrados, a palabras vandalizadas, perfume de amores y celos, de erotismo y crimen, de orgullo, de guerra, de vidas que nunca existirán, de sueños, ese mismo olor golpeó mi cara cuando Telma abrió la puerta.

El sótano era el único lugar de la casa que no tenía energía eléctrica. La oscuridad era total y estaba acompañada de una humedad pesada y añeja. Oí el chasquido de un fósforo y mis pupilas reaccionaron al instante. Segundos después de la efímera ceguera, fui recobrando poco a poco la visión y pude ver a Telma encendiendo una de las seis lámparas de gas que estaban situadas en sitios estratégicos de la pequeña estancia. El olor, cada vez más fuerte, se alojaba en mi nariz como un virus, inundando todo mi sistema, embriagándome, obligándome a aspirarlo todo a mi alrededor, al punto de que sentí desfallecer. Mi olfato de sabueso ilustrado había comenzado la involuntaria clasificación y un automático reflejo sensitivo compaginaba el catálogo de olores: diferentes tipos de papel, de cartón, de pegamento, tipos de letras, tinta, casas editoriales, incluso de títulos y de autores saturaron mi memoria olfativa. “Los olores no mienten, esto es bueno”, pensé en medio de aquel estado de arrobamiento. Efectivamente, no mentían. A medida que Telma fue encendiendo

las demás lámparas fui descubriendo la razón de mi trance.

Cientos de libros se desvelaban ante mi incrédula mirada. Todo el lugar, aproximadamente ochenta metros cuadrados, estaba atiborrado de tomos de diferentes dimensiones, texturas, formas y colores. Desde el suelo, donde los libros se amontonaban como estalagmitas, hasta las paredes, que estaban forradas con unos estantes de caoba petrificada apuntalados hasta el bajo techo, una cantidad de obras que en ese momento no pude contabilizar, se diseminaban por todos lados en el pequeño habitáculo del saber. Un verdadero santuario. Austero, como todo lo de Telma, pero impregnado con esa imperturbable gravedad que caracteriza los espacios construidos a través de muchos años.

—¿Qué te parece? —dijo ella, mientras acomodaba algunos libros sobre un modesto escritorio.

—Esto es increíble, Telma, aquí debe haber más de diez mil libros.

—La cantidad no importa.

—Por supuesto, claro que no, con solo una ojeada me doy cuenta de la calidad de obras que tiene aquí, pero no deja de sorprenderme que tenga esto, mucho menos...

—Aquí en este pueblo y en esta casa...y con esta bibliotecaria — me interrumpió con una irónica sonrisa dibujada en sus finos labios.

—No, no es eso Telma, lo que quiero decir es que esto es un tesoro, es el sueño de cualquier lector, escritor, estudioso de las letras, de quien sea. Ojalá muchos de esos pseudosintelectuales

de la capital con un rinconcito como este. ¡Mire esto! Orgullo y prejuicio de Jane Austen, no tiene la hoja de fecha de publicación, pero como se ve es antigua. ¡Y esto! Los Miserables, ¡edición de mil novecientos diez! ¡Increíble! a tan solo cuarenta y ocho años de la primera edición. La obra completa de Shakespeare, esa colección debe valer oro, fíjese en el papel, qué textura, ¡ahhhh! el olor, qué olor, cada tomo debe pesar al menos cinco libras. Melville y Hemingway, están juntos, ¡ah claro! Moby Dick y El viejo y el mar. Poesía reunida de Baudelaire, ¡wao! nada mejor que ese genio del simbolismo, aunque para mí es más decadentista. Oliver Twist, Grandes esperanzas, Casa desolada, todas ediciones antiguas. Cumbres Borrascosas de Emile Brönte, ¿sabe que Luis Buñuel hizo la segunda adaptación en el cine en el 1953? se llama Abismos de pasión. Simone de Beauvoir y sus Memorias

de una joven de buena familia; por supuesto, no se podía quedar su célebre ensayo El segundo sexo. Y justo al lado, Sartre, su fiel compañero... bueno, lo de fiel hay que verlo. Usted acaba de inmortalizar su amor colocando esos libros unos al lado de otro. Esto es increíble, no me lo puedo creer, si los muchachos estuvieran aquí estarían locos de atar.

Telma estuvo observándome todo el tiempo en un sillón forrado de piel, estratégicamente situado debajo de una de las lámparas de gas, deleitándose con mi asombro, eso lo deduzco por su expresión de regocijo cuando la miré con los ojos

desorbitados mientras le mostraba un tomo de Madame Bovary, tercera edición.

—Por eso es que tengo que perfeccionar mi francés, ya me lo decía Lisa, que había terminado sus estudios en la Alianza Francesa, que para nosotros los artistas y enamorados, el francés era más importante que el propio inglés. Pero no importa, ¡TENGO EN MIS MANOS LA TERCERA EDICIÓN DE MADAME BOVARY! Podría quedarme la noche entera acariciando su portada, oliendo sus páginas, embadurnándome de su perfume, emborrachándome con "le mot juste" que el sr. Flaubert tanto ha defendido. Para mí él es la yola que cruza el mar en un hermoso atardecer. Con Flaubert aprendí a conocer la mujer que yace dentro de la mujer. Vargas Llosa, que no es uno de mis autores favoritos, hizo uno de los mejores ensayos sobre esta monumental obra, se llama algo así como La orgía perpetua. Ese fue el problema de Charles, idealizó a su mujer, lo que él tenía que hacer era llevarla precisamente a una orgía, ahí se hubieran terminado las fantasías de la madame. De repente, escuché una risita a mis espaldas. Cuando miré, Telma se cubría los labios con sus ramitas de dedos. Pero yo seguía absorto en mis cavilaciones, mientras más buscaba, más joyas, más descubrimientos hacía, decenas de obras y autores venerados se materializaban frente a mis ojos. Y como decía Telma, no era la cantidad, era la calidad de los libros, no había uno que pudiera desechar. Por supuesto, el estante de las mujeres escritoras era de particular atención. No faltaba un solo título de

Gabriela Mistral y Sor Juana Inés de la Cruz. Alfonsina Storni, Carmen Laforet, María Luisa Bombal, Ana María Matute, copaban dos tramos enteros. Y hasta Isabel Allende tenía su lugar en aquel nicho de talentos. Estos privilegiados espacios estaban decorados con delicados detalles que colgaban del borde de los
310
cuartones de madera, sobre los libros, entre ellos, por todas partes, un surtido repertorio de objetos de transición que iban desde ganchos de pelo hasta flores disecadas y piedras raras. En un momento dado me sentí pequeño, inculto y burdo, en este diminuto rincón había tanto conocimiento que me aturdía. La serie de textos filosóficos golpeaba mi ego como un mazo sobre el cristal. Platón, Anaxímenes, Nietzsche, Heidegger, Emerson, Kierkegaard lo atestiguaban. Pero lo que lastimó mi ego fue el hecho de que en el centro de esos grandes pensadores estaban Ortega y Gasset, José Martí y José Enrique Rodó. A ninguno de ellos los había leído con la devoción con que quizá había estudiado a Herman Hesse, que también estaba por ahí. Como tampoco lo había hecho con otros tantos escritores dominicanos que brillaban por su presencia en la biblioteca de Telma. Manuel de Jesús Galván, Federico García Godoy, Tulio Manuel Cestero, Hilma Contreras, Efraím Castillo, Salomé Ureña, Domingo Moreno Jimenes, Tomás Hernández Franco, Manuel del Cabral, Pedro Mir, Juan Bosch, entre otros.
En esos metasegundos parado frente a ese estante, reflexioné

a mil revoluciones por segundo sobre el nivel de ignorancia de los escritores de mi propio país. Y ahí caemos de nuevo con el nacionalismo, pensé, pero no es cuestión de eso, es que simplemente no puedo desconocer la obra y el talento de mis propios paisanos. Recuerdo que allí mismo decidí estudiar a fondo a los escritores dominicanos. De qué otra forma podría crear mi propia voz si no los conocía a ellos. A pesar de ese dedicado estante de "nuestros" escritores, Telma no se detuvo allí para seguir engrosando el inventario de su biblioteca latinoamericana: Rulfo, Carpentier, Quiroga, Cortázar, García Márquez, Fuentes, Vargas Llosa, Neruda, Miguel Ángel Asturias, Onetti, Victoria Ocampo, estaban allí. Los españoles no se quedaban atrás; entre los que pude ver esa noche, estaban tres o cuatro de la generación del 98 y la pléyade completa de los poetas y narradores de la del 27. Jorge Luis Borges tenía una esquina para él.

Ella lo contenía todo en su pequeño rincón. Poe, Maupassant, Wilde, Kafka, Balzac, Chejov, Dostoievski, Tolstoi, decenas de ídolos que no puedo recordar y que ratificaban la idea de universalidad de las grandes obras. Para ellas no hay edad, raza, sexo, ni siquiera tiempo, todo lo contrario, el tiempo lo que hace es reafirmarlas. Ellos eran mis ídolos, pero también los de Telma, setenta y tantos años mayor que yo.

Deseé que esta lectómana tuviera por lo menos cuarenta menos. James Joyce también estaba allí. Y no solo el Ulises, sino

el texto más pesado, enredado y al mismo tiempo genial de este autor: Finnegans Wake.

Cuando me viré hacia el sillón donde estaba Telma, para preguntarle si había podido terminar ese invento de Joyce, me di cuenta de que se había marchado. Al ver el reloj comprobé, en efecto, que debía tener como dos horas en mi loca inspección y que ella, al verme tan entusiasmado, lo que imagino era su objetivo, me dejó tranquilo.

Tres horas más tarde terminé tumbado en el mismo sillón, abrazando la tercera edición de Madame Bovary, como si en ese abrazo estuviera abrazando a la misma señora de Bovary.

***

El regalo de los padres de Justa fue una pequeña casa techada de cana justo en frente de la casa victoriana. La casita era pequeña, pero se levantaba en un pequeño alto por encima del camino vecinal que daba la vuelta al pueblo. En el centro de la propiedad había un inmenso flamboyán y desde ella se podía mirar la hermosa ladera norte de la cordillera septentrional, que se levantaba como una muralla impenetrable por encima del poblado.

De inmediato Manrique se puso manos a la obra en lo que pensaba sería una buena idea, corroborada por su hermano Ángel, que era el negociante de los cinco hermanos. El plan consistía en crear un comercio de ventas al detalle y al por mayor en el pueblo del Espinito donde sus habitantes tenían que trasladarse a los

almacenes de Joba Arriba o a Gaspar Hernández para comprar mercancía de abarrote. Y no había mejor momento para este negocio, donde por obligación, tenían que comenzar a vender la cantidad exagerada de regalos que habían recibido para que no se dañaran.

La casa era pequeña, pero el terreno tenía más de tres mil metros cuadrados, cincuenta de frente y sesenta de profundidad. Ángel le dio la idea de que construyera un almacén al lado de la casa, en esa parte del terreno que daba a la calle por donde transitaba la mayoría de gente del Espinito, la avenida principal,

se podría decir. Manrique aceptó la propuesta y en menos de un mes, con ayuda de algunos hombres, casi todos caballeros de honor de la boda, terminó la estructura.

Manrique abrió las puertas del negocio un martes y ya en la tardecita se había vendido la mayoría de la mercancía, una mercancía que en muchos de los casos simplemente retornó a las manos de los que la habían regalado a los recién casados. Pero todos estaban felices en apoyar la iniciativa de la nueva pareja de esposos. Era como si estuvieran comprando en un negocio de ellos mismos, como si fueran socios mayoritarios, los socios capitalistas que capitalizaban una empresa común. Además, habían acogido la idea con mucho beneplácito porque les resolvía un problema logístico a la hora de reabastecerse de los productos de abarrote y de una manera u otra se sentían responsables de

que este negocio tuviera éxito.
Con el dinero que Manrique recaudó de las primeras ventas organizó un viaje a un pueblo llamado San Francisco para comprar mercancía nueva para el almacén. La idea se la dio Ángel que acostumbraba a hacerlo una o dos veces al mes para su propio negocio de San Felipe.
El primer viaje fue un éxito total. Lo hizo con Veterano y la mula Mariana, equipados ambos con unas árganas que él mismo había confeccionado y que sólo la fuerza inconmensurable de estos dos animales podía cargar. Trajo desde productos de condimentación hasta artículos de ferretería y herramientas de menor tamaño que no aparecían fácilmente en todo Joba Arriba. La acogida de estos productos en la comarca fue inmediata. Manrique tuvo que organizar rápidamente un segundo viaje que lo aprovechó para traer diferentes efectos de higiene personal y algunos productos medicinales. Estos se vendieron en un solo día. A este segundo viaje le sucedió un tercero, un cuarto, un quinto y al cabo de los tres meses Manrique había hecho cerca de quince viajes a San Francisco y zonas aledañas. El éxito de estos viajes era escoger solo dos o como mucho, tres líneas de productos y agotar todo el espacio disponible en los animales con la mayor variedad de estos artículos. Seis meses después, el pequeño comercio estaba abarrotado de mercancía de todo tipo, pero no de manera desorganizada como acostumbraban a hacer los comercios de la época, sino estructurada por pequeños

departamentos. En el departamento de comida se podía encontrar
313
sal, azúcar, café, vinagre, arroz, bacalao, arenque, granos de todos tipos, ramilletes de perejil, de recaíto, hojas de laurel (que las traía especialmente para Justa); en el de herramientas, destornilladores planos, destornilladores de estrellas, martillos, alicates, espuelas, esterillas, árganas, palas, rastrillos, cuchillos de corte, machetes y colines. Estos últimos se hicieron famosos entre los hombres del Espinito, según lo que ellos llamaban "la prueba del acero". La misma consistía en tomar el colín por el mango y, ejerciendo presión por la punta de la hoja con la uña del pulgar, lo hacían vibrar para comprobar la calidad del metal; la mayoría de ellos vibraban por minutos al oído de los maravillados campesinos.
En el departamento de quincallería había tijeras, dedales, joyas de escaso valor y cacharrerías; e incluso en un departamento que la misma Justa le había solicitado, el de cuidado personal, se podía encontrar peines, jabones, perfumes, desodorantes, cremas, pastas dentífricas (que eran un rareza en toda la zona), cortes de tela, calzados de bajo costo y sombreros de paja. Esa división departamental fue el éxito del negocio y por eso se dio a conocer no solo en el Espinito sino en Joba Arriba, Bejuco Blanco y Gaspar Hernández.
A estos viajes se sumaron los que Manrique hacía por encargo, donde destinaba una de las árganas para un pedido exclusivo de uno de sus clientes. Uno de ellos fue su hermano Ángel, que fue

delegando la compra de algunos productos de la zona de San francisco a Manrique.

El éxito del negocio no había sorprendido a nadie en el pueblo, excepto a Manrique, que no entendía cómo con unos simples viajes, con una simple compra y con una simple venta podía acumular tanto dinero. Su objetivo nunca fue ese. De hecho, no tenía ningún objetivo que no fuera dedicarle su vida a la mujer de sus sueños, a la mujer hecha de nubes. Por eso, uno de esos días de buena venta, luego de cerrar las puertas del negocio y cuadrar el dinero para luego guardarlo en un baúl antiguo que Justa había recibido como regalo de sus padres, recordando un poema que le recitara cientos de veces Telma, cogió un fardo de billetes y de monedas, lo puso frente a él en su escritorio y dijo: "tú eres mío... solo para que quede claro quién es el dueño de quién".

El mundo entero parecía haberse enderezado. El eje de su conciencia giraba tranquilamente en la posición original mientras el segundo pelo que antes le retorcía el alma se erguía

vertical como una brizna de hierba sobre su pecho. Así se sentía Manrique por primera vez en muchos años, como una misión cumplida, como un pecado absuelto, y así lo pudo comprobar cuando volvió del negocio esa tardecita y Justa fue corriendo hacia él y colgándosele del cuello le susurró al oído que estaba embarazada. Esta era la prueba que necesitaba Manrique para

comprobar la autenticidad de su bienestar, la llegada de un pequeño Quimera para emparejar la partida de otro, y más ahora que los cuatro hijos de Justa con Bubulo no estaban con ellos y el incipiente hogar comenzaba a reclamar que se completara el quórum familiar.

Mamá Sabel, la madre de Bubulo, en un principio no pudo recuperarse de la muerte de su hijo y culpó todo el tiempo a Justa de su asesinato. Incluso cuando Justa fue a vivir una temporada a casa de su suegra, justo después de la muerte de su segundo esposo, sufrió los embates de una madre adolorida y los zarpazos de sus doce hijas que no soportaban tenerla cerca. La boda de Justa y Manrique solo empeoró las cosas. Las relaciones se rompieron casi por completo y nunca más volvieron a hablarse. Un día, sin embargo, Mamá Sabel visitó a Justa, le pidió perdón y lloró desconsoladamente la muerte de su hijo sobre el hombro de su ex nuera. Ese día, Juancito, el primero de los cuatrillizos se fue a vivir con Mama Sabel, supuestamente para compensar la pérdida. En otra llorosa visita se fueron Nena y Petra y por último, en una última visita, con el pretexto de facilitarle las cosas a Justa para levantar su nueva familia, se fue Nazario. Con el tiempo, las hijas y un hijo de Mamá Sabel se apoderarían de las hijas e hijos de Justa. Tía Purina se quedaría con Juancito, tía Cofita con Nena, tía Carmen con Petra y tío Chilín con Nazario, cariñosamente Sasá. De esta manera, terminaron teniendo tres madres. Justa, la madre biológica, Mamá Sabel, la madre dolida

y las hijas, las madres por añadidura.

***

Nunca me sentí tan cómodo y desahogado a la hora de leer como esa noche. Luego de acariciar, oler y saborear por tiempo indefinido la tercera edición de Madame Bovary, leí no sé cuántos fragmentos de novelas, poemarios, ensayos hasta que el 315
cansancio me venció y caí en un sueño profundo hasta media mañana.

Cuando subí a la parte superior de la casa noté más silencio de lo normal y supuse que Telma había salido a hacer sus compras del día. Tomé un buen baño, cambié mis ropas, que ya tenía dos días usando y antes de salir de la casa, me asomé a la cocina, casi involuntariamente, como atraído por una familiar costumbre, sin buscar nada en específico pero sabiendo que debía entrar allí porque algo me esperaba; y efectivamente, ahí estaba un plato tapado con otro un poco más hondo y una taza cubierta a su vez con un platillo, guardando el habitual desayuno de Telma: un suculento mangú de guineítos, con nata de leche, huevos criollos hervidos y una taza de leche pura de vaca con café recién molido del campo.

Me senté a desayunar como si así lo hubiera hecho durante toda mi vida, en esa misma cocina, sentado en la misma silla, en la misma mesa, con los mismos platos de porcelana china pintados con unas exquisitas florecillas amarillas, aspirando el

mismo aroma de flores del jardín de Telma, con la misma vista de la montaña Isabel, en paz, sin nada qué temer, sin nada qué buscar, como si nunca hubiera salido de allí.
Como Telma no estaba, me ahorré la caminata con mi Harley y lo encendí allí mismo, percibiendo cómo el rugido del motor se colaba por entre las paredes de madera de las casas contiguas y hacía temblar el piso también de madera, lo calenté un par de minutos, lo aceleré tres veces, como siempre lo había hecho y salí rumbo a ningún sitio. Así como me ocurrió el día anterior y el día anterior a ese, ese día conduje sin saber a dónde ir, pensé en volver a la oficialía civil pero el recuerdo de la gorda acosadora me dio pánico. Solo contaba con una lista de apellidos de gente conocida del pueblo, sin registros de haber perdido a ningún hijo. Es decir, tenía nada. En un momento de lucidez, en contra de mi aversión a ese tipo de instituciones, fui al cuartel general de la policía para investigar las denuncias de robos o secuestros de niños, de nuevo, amparado por mi falsa identidad de periodista de uno de los diarios más conocidos y respetados de la capital. Sabía, como en el caso de la oficialía civil, que en este lugar no iba a encontrar información sobre el secuestro de un niño en la ciudad capital, pero tenía que hacer algo, además, era posible que mi padre, siendo oriundo de San Felipe, tuviera la previsión de colocar la denuncia aquí.
316
Al llegar, un guardia como de unos cincuenta años, barriga

de diabético y embutido ridículamente en el uniforme gris, con una gorra de medio lado, escribía en un mugriento cuaderno la denuncia que una muchacha le narraba. Al verme, me cortó los ojos y sin esperar que yo hablara me espetó un seco "siéntese ahí", señalándome con un gesto de la boca como si fuera a darme un beso, un banco de madera pintado de verde guardia.

—... entonces, cuando yo me estaba cambiando miré por la ventana y éste —la muchacha señalaba a un hombre sentado al lado del sargento guardia, con esposas en las muñecas; era joven, de contextura delgada, con la cara de yo no fui y la mirada como un caníbal —me estaba brechando, enfermo de la mierda, ¡lo voy a matar! —el policía tuvo que dejar de escribir para agarrar a la mujer que en un ataque de ira voló como un nosferatu hacia el hombre.

—Tranquila, tranquila mujer, circunscríbase a la declaración para que no se queden los dos presos — le dijo mientras la obligaba a sentarse de nuevo. La mujer respiraba sofocada mientras el hombrecillo le increpaba con una serie de argumentos que ni él se creía.

—¡Oh! pero esta mujer está loca, eso no es verdad, yo estaba en el colmado a esa hora y le puede preguntar a...

—¡Cállese la boca, buena mierda! Sigue, mi amor, no le hagas caso — dijo el guardia tiernamente.

—Entonces, cuando yo lo vi, ese hijo de la gran puta, ¿usted sabe lo que hizo? ¡se lo sacó!

El guardia dejó de escribir.
—¿Que se sacó qué? —preguntó el escribiente dizque asombrado.
—¿Cómo que qué? ¡El ripio, coño! ¡Qué más va a ser! y no contento con eso, comenzó a hacerse una paja y...
—Bueno, bueno, déjelo ahí que esto se está poniendo colorao. ¡Raso! tránqueme a este hombre mientras se investiga el caso. Y tú, mi amor, para la próxima, no andes en cueros con la ventana abierta —y mirándola de arriba abajo —tú sabes que hay hombres que no se contienen con linduras como tú, ¿dónde fue que me dijiste que vivías?
—Ay, pero yo se lo dije al principio.
— ¡Ah, sí! verdad son. Dame tu teléfono también, tú sabes, por si acaso tengo que llamarte para testificar, cosas de justicia...
317
La mujer se sonrió y le escribió un número en un pedacito de papel que el sargento desprendió del cuaderno. Recuerdo como ahora que el cuaderno era rosado y tenía una pintura de una niña con una flor.
—Cuídate, mi amor, espera mi llamada y ya tú sabes, cierra la ventana, que no quiero tener que matar a uno por ponerse de fresco contigo otra vez.
Al terminar la frase, el sargento guardia le guiñó un ojo y le lanzó un sonoro beso, con una mueca parecida a la que me hizo a mí cuando señaló el banco pintado de verde. La muchacha

se levantó del asiento oronda, llevaba una minifalda bien mini y unos tacos que la hacían ver mucho más alta de lo que en realidad era. Se agitó el pelo y pivotó repentinamente sobre su pie derecho, dando una vuelta de pasarela, mientras entornaba coquetamente los ojos pintarrajeados y daba visibles latigazos al viento con su voluptuosa cadera.

—¡Sopla! —exclamó el guardia mientras se secaba el sudor de la frente con un viejo y curtido pañuelo que tenía empotrado entre su cuello y la camisa —Si no fuera por estos momenticos... ¿y cómo se casa un guardia?

Luego que la mujer se fue, el hombre tomó un par de llamadas y completando en el cuaderno lo que imagino sería el informe de la mujer, como si estuviera hablando solo, dijo:

—Y a ti, ¿qué te robaron?

—¿Me está hablando a mí? —pregunté.

—El guardia levantó la mirada y mirando a todas partes menos a mí, dijo irónicamente:

—Bueno, a menos que yo esté loco y le esté hablando a las paredes.

Respiré profundo y me forré de paciencia, porque anticipaba que el intercambio con aquel cuadro militar iba a ser complicado. Además, no estaba para nada de buen humor.

—Soy periodista —le muestro un carnet falso —y estoy haciendo una investigación sobre niños secuestrados o raptados en los últimos treinta años.

—¿Anjá? ¿y qué usted quiere de mí?
—Bueno, yo quería saber si ustedes tienen algún tipo de información al respecto, algún registro, algún departamento...
—La encargada de eso es la teniente Rosario de investigaciones especiales y está de vacaciones. Pero, si usted quiere, puede dejar su número que enseguida llegue, le llamamos.
318
El cuento del número telefónico. Sabía que a la mujer de la denuncia anterior, él, personalmente, la iba a llamar sin falta, ¡pero a mí!
—¿Y cuándo llega de vacaciones, la teniente? —pregunté suspicazmente, tratando de obtener algo más de aquel hombre.
—Ese dato no se lo puedo dar, es información clasificada. Lo que sí le digo es que la teniente ha tenido unos días bien jodidos y no creo que venga por ahora.
—¿Y entonces? —contesté visiblemente contrariado.
—Entonces nada, que espere a que ella llegue o busque por otro lado.
—Pero es que yo no tengo tiempo y necesito...
—¡Ya le dije lo que le tenía que decir! dijo en un tono militar. El que no tiene tiempo ahora mismo soy yo, así que si no tiene una denuncia o alguna otra cosa que quiera declarar salga para que le dé el turno a otro, que demasiadas vainas tengo yo arriba para estar perdiendo mi tiempo dizque con secuestro de niños y vainas así. A los papás que agarren bien a sus hijos para que no

se los lleven, y no el diablo, como le dicen a uno desde chiquito, sino gente común y corriente, que esta cosa está muy dura y los delincuentes hacen lo que sea para buscársela. ¡El próximo! Frente a la negativa del hombre no tuve más remedio que marcharme. Terminó más pronto de lo que imaginaba, pensé. Pero algo de lo que dijo el guardia se me quedó grabado como si fuera con láser en mi mente: "A los papás que agarren bien a sus hijos...". Era cierto, aquel hombre que parecía no tener ni un dedo de frente tenía razón. Los padres son los responsables de que a los hijos se los roben, ¿quién más si no ellos? Quizá por un descuido ocurrió eso conmigo. Y de repente, sentí rencor y hasta desprecio por los míos, aquellos que no había conocido pero que me dejaron a expensas de un loco maniático que destruyó mi vida para siempre por un par de miles de pesos. Ellos son los verdaderos culpables de mi tragedia, de mi vida vacía, de mis vidas incompletas y de mi profunda pena. El guardia tiene razón, después de todo no es tan malo como parece, de seguro es buen padre y tiene cuatro o cinco o más hijos que viven bajo un mismo techo, con lo poco que él puede producir porque hay que ser honesto, con el sueldo que gana un guardia realmente no se puede ni casar, pero no importa, están juntos, en familia, mientras yo, que debí ser hijo de alguna familia acomodada,

ya que esos malditos delincuentes saben a quiénes les roban los muchachos, estoy aquí jodido, sin papá ni mamá, mientras

ellos deben estar disfrutando de la vida con mis tres o cuatro hermanos, hinchados de placer y de orgullo. ¡MIERDA PARA TODO EL MUNDO! Esto se acabó, no voy a buscar más, que sea lo que sea. Como dice el guardia, son ellos, son los padres los que tienen que cuidar a sus hijos, mimarlos, añoñarlos, protegerlos con su vida si es necesario y si los míos no lo hicieron, pues quizá... quizá eso es lo que nos merecemos.

Otra vez sin rumbo, conduciendo mi Harley como un autómata por las calles del pueblo de San Felipe, maldiciendo a mis padres y pensando irremediablemente en la honestidad del guardia, en su sabiduría, en su sano juicio, creo que hasta llegué a admirarlo, me hubiera gustado incluso conocer su familia. Finalmente, paro de nuevo en el mismo bar del día anterior y ahogo mi aflicción con sucesivos tragos de vodka tonic, que aunque no me hicieron feliz, borraron por lo menos por esa noche, los rostros que había visualizado a través de tantos años de búsqueda de mis malditos padres.

***

Cuando desperté esa noche después de un sueño intranquilo, me encontré sobre el suelo convertido en un monstruoso pez. Al abrir los ojos, que estaban medio pegados por un líquido pastoso, algo así como una membrana mucilaginosa que no me permitía casi separar los párpados, pude ver con mucha dificultad lo que parecía una gran cola acorazonada dando aletazos contra el suelo. "Esto es por el té de hongo pensé, voy a tener que dejar

eso y hablar claro con los muchachos, no podemos estar en esto si queremos relanzar al grupo. Marihuana como mucho y solo si es de buena calidad, no voy a estar fumándome cualquier basura por ahí". Agité mi cabeza como sacudiéndome la nota de arriba y traté de limpiarme los ojos con el dedo índice de lo que yo creía eran los restos de una noche un tanto pasadita. Pero lo que vi no me gustó. Un reguero de posters de grupos de rock, de fotografías de gente que me parecía conocida y viejos instrumentos musicales lucían como piezas de museo en una pared con la pintura desgastada. Muchas mesas y sillas a mi
320
alrededor y en una esquina lo que parecía un bar atestado de botellas con una caja registradora de la época prehistórica. Sí. Estaba en el viejo local del Drake's y lo que ahora estaba seguro de que era una cola de pez seguía dando pataletas en el piso de piedras. Sentí que el aire me faltaba. De hecho, desde que abrí los ojos tuve la sensación de que me estaba ahogando. Ahora mucho más, ya que el corazón se me quería salir por la boca. "Mierda, que maldita nota, coño y yo que pensaba que no iba a volver a caer en esa vaina. Y ahora, ¿cómo será que voy a salir de ésta? Si yo estoy así, me imagino cómo deben estar los muchachos, a propósito, ¿dónde estarán?" Me froté de nuevo los ojos, esta vez con más fuerza, pero lejos de aclararme la visión, lo que hice fue lastimármelos con algo duro que recubría la punta de mis dedos. "¡Escamas! esto no puede ser, esta alucinación es muy vívida para

ser producto de un simple té de hongos". Entonces miré con detenimiento mis dedos, manos, brazos y torso y pude notar que lo que había sido la tersa piel de un hombre joven había sido sustituida por una horrorosa capa de gruesas escamas. Y peor aún, la cola que estaba dando pataletas en el suelo era mía y era yo quien la estaba chocando contra el suelo. El aire me faltaba, sentía que me estaba ahogando y que todo el oxígeno que aspiraba a mi alrededor no era suficiente y me quemaba los pulmones. "Vamos a ver, vamos a ver, cálmate, Gabriel, solo tienes que hacer una inspiración profunda, concentrarte y todo volverá poco a poco a la normalidad. Pero no puedo, me duelen los pulmones, me falta el aire". Traté de hacer memoria de los últimos acontecimientos de mi vida como simple mortal y entonces me vino a la mente el recuerdo de esa misma noche. Recordé que estaba en el Drake´s tocando con el grupo en medio de un gran público, mucho más de los que cabían en el pequeño local de John, al punto de que toda la plazoleta del Alcázar de Colón estaba repleta de gente desesperada por ver en concierto Arca de Ángeles. John estaba sentado en su silla de siempre detrás de la caja registradora con una sonrisa de oreja a oreja y cientos de muchachas y muchachos brincaban delante de nosotros siguiendo con sus voces etilizadas las letras de nuestras canciones. "Eso es, me dije, lo que pasó fue que me desmayé por la emoción, la excitación y por supuesto, la nota del joint que nos dimos antes del concierto y ahora estoy alucinando, en poco tiempo voy a despertar y volveré al escenario

para seguir ofreciendo lo mío; total, eso le pasa a todos, si no

mira a Jim Morrison, no fue una ni dos veces que le tuvieron que echar agua en medio de un concierto, gran vaina, lo importante es que este público goce de nosotros y si tiene que volar, vuele también con Arca de Ángeles".

Cerré los ojos y esperé. La cola dejó de dar golpes en el suelo y una sensación de absoluta paz y de bienestar inundó mi ser. Pero un fuerte dolor en el pecho me hizo lanzar un grito que, aunque para mí fue humano, resultó más como el ininteligile y agudo sonido que emiten los delfines cuando se comunican. Abrí desesperado los ojos y entonces vi la cara de René que me miraba con asombro desde una distancia prudente. Luego vi a Luis, Iván y Lisa. Por último, vi a un John preocupado que se rascaba la cabeza mientras aspiraba una gran bocanada del cigarro que tenía en sus manos. Estaban en círculo a mi alrededor, como viendo a un animal de circo y detrás de ellos, cientos de personas se apiñaban para ver el espectáculo. "René, ¿qué fue lo que pasó? ¿Qué fue lo que nos fumamos? me estoy poniendo loco imaginándome un viaje de cosas, aparte de que no puedo respirar. El concierto, tenemos que seguir el concierto, hoy es el día, hoy tenemos que brillar, tenemos que hacer el mejor concierto de nuestras vidas, es la única manera de que la gente reconozca la calidad del grupo. ¡René! ¡René! ¡Respóndeme! De nuevo ese insoportable sonido marino saliendo de mi boca, será

por eso la cara de miedo de los muchachos; René reculó aún más hacia atrás y John... será eso un bate, sí es un bate, John tiene un bate en sus manos. Esto no puede seguir así, tengo que tratar de pararme, salir de esta locura, esto es solo un bad trip.
En mi intento por incorporarme sobre mis extremidades inferiores lo único que hice fue aletear con más fuerza que antes y tumbar el teclado de René que estaba a mi lado. "¡Coño, mi piano, mano, ten cuidado! Dijo René mientras daba temerosamente un paso hacia atrás como si tuviera un orco del señor de los anillos frente a él. Hasta yo mismo me espanté con el ruido y lancé otro gemido gutural que inundó todo el lugar.
El público (que ahora no sé si vinieron a vernos tocar o a ver mi repugnante metamorfosis) se movilizó y gran parte de las muchachas lanzó al unísono un sonoro grito. Una botella de ron que estaba encima del piano, iba directo a mi cabeza y yo, con una agilidad increíble, sobrehumana es la palabra, la atrapé en el aire con mi mano derecha. Pude ver entonces las membranas que

unían mis dedos, eran fuertes y las venas podían verse a través de la piel rosada. Casi por curiosidad, o por instinto, moví mis dedos y vi como las membranas abrían y cerraban y francamente admiré la perfección de aquella mano hecha para nadar debajo del agua. Ahora veía un poco mejor, un poco difuso por aquella otra membrana que cubría mis ojos, pero ya podía distinguir los detalles. Bajé la vista hacia mis extremidades inferiores y

me detuve en la gran aleta que se movía. Hice un intento por detener el movimiento y lo logré, era parte de mí, incluso pude moverla hacia adelante y hacia atrás, hacia los lados, con un poco de esfuerzo pude moverla escalonadamente como los dedos de una mano. ¡Realmente era hermosa! Debía tener un metro de ancho y se abría en forma de corazón desde los tobillos. Sus colores no eran de la tierra, parecía más bien una aurora boreal sobre escamas brillantes, más intensa en la aleta y difuminado a medida que iba subiendo por el tronco inferior, que ya no tenía dos piernas sino una poderosa extremidad que se flexionaba en cualquier punto sin necesidad de una rodilla articulada.
Las escamas llegaban hasta mi cintura y a partir de ahí un tipo de piel como la de los peces de río cubría mi cuerpo. A veces rosada, a veces medio azulada, otras veces verde, noté que esa piel acuífera cambiaba de tono según mis emociones. Inmerso en ese proceso personal de auscultación, palpé con detenimiento mis facciones y no pude reconocer un detalle de lo que había sido un rostro humano. Unos prominentes huesos salían desde mi frente y hacía que mis ojos parecieran agresivos. Mi nariz ya no estaba y mi boca tenía labios finos y duros, armada con dos afiladas hileras de dientes angulados hacia dentro. Pero lo que más me impresionó, me asqueó, fueron las dos agallas que sentí a ambos lados de mi cuello, dos húmedas heridas que se abrían y se cerraban nerviosamente emitiendo un incómodo silbido, al parecer por el trabajo forzado que hacían fuera del agua. ¡El

aire, el oxígeno! por eso estoy sofocado, por eso siento que me desmayo; es cierto entonces que soy un pez, un maldito pez fuera del agua. Si sigo aquí afuera voy a morir ahogado por el mismo aire que antes me daba vida. Siento una necesidad inminente de estar en el agua, de sumergirme en las profundidades del mar, de respirar agua a través de mis agallas adoloridas. Pero ahora que lo pienso, siempre he sido un pez fuera del agua. He sido un pez fuera del agua desde que nací. He sido un pez fuera del agua

desde que me quedé sin padres. Desde que viví en la calle. Desde que pertenecí a una pandilla. Desde que Charly mató a mi perro. He sido un pez fuera del agua siempre y ellos lo saben.
Quiero moverme, necesito llegar hasta ellos. Aleteo lo más que puedo, me arrastro con lo único humano que me queda, que es mi ego y mis brazos. Debo estar cerca de ellos, quizá así retorno a mi realidad ¿aprobación, quizá?
Al parecer me moví muy repentinamente y ellos se asustaron. John me golpeó con la punta del bate en un costado y sentí cómo algunas de mis escamas se quebraban. René levantó una silla y me amenazó con ella. Lisa, Iván y Luis retrocedieron asustados. El que era mi público, mis fans, ahora me escudriñaban, me analizaban. Ahora soy un bicho raro que patalea en la tarima del fracaso. De la ignominia. Yo, El Arcángel. El sagrado. El que vuela. El que hace volar. Ese que todos y todas admiraban. Ahora convertido en un monstruo incomprendido. Será que soy

diferente a ellos. Que mi cola de pez acorazonada brilla más que sus canillas afeitadas. Será que soy un Lucumón y ellos, no. Será que soy...

Necesito aire. Necesito oxígeno. Necesito sumergirme.

Siempre he estado sumergido. Y ahora necesito volver a las profundidades. No me importa lo que haya sido. Quizá brevemente fui humano, pero ahora necesito volver a mis inicios. A la fuente. Al agua. Soy del agua.

El público se ha convertido ahora en una turba. Me odian.

Antes amaban mi voz, mis letras. Ahora les molesta que hable.

La primera botella la sentí en la punta de mi gran cola acorazonada Después de esa una lluvia de botellas y cuantos objetos se pueda imaginar cayeron sobre mi cuerpo endeble. Pero los golpes que más me dolieron fueron los de los muchachos. Luego de ver cómo la muchedumbre se erguía contra mí, Iván le arrebató el bate de béisbol a John y me golpeó con él varias veces en el costado. Finalmente, René utilizó la silla con la que me había amenazado. Y Lisa y Luis se armaron de valor y me patearon hasta que no les quedó fuerzas.

Me siento desfallecer. Necesito respirar. Necesito oxígeno.

Siento que me desvanezco lentamente en un desierto de mediocridad, seco y vacío. Mis agallas no han vuelto a abrir sus ventanas al infinito, se han cerrado para siempre. Aleteo con mi cola por última vez como pez fuera de la pecera. Ellos siguen arremetiendo contra mí.

324

—¡Gabriel, Gabriel, Levántate! Me dijo Telma mientras yo abría los ojos desorbitados y dejaba de patalear en el suelo de madera.

—¿Eh, eh... qué pasó?

—Tuviste una pesadilla y al parecer te has caído de la cama ¿Qué espanto me has dado? Levántate y ven a tomarte un café con leche. Eso te hará sentir mejor.

Y para la próxima, trata de escoger una lectura más liviana que la de Kafka a la hora de dormir. Lee por ejemplo algo de Jane Austen o de Dostoievski, o quizá de Cortázar, ellos son profundos, pero no dan pesadillas. Anda ven que se enfría el café.

325

CAPÍTULO 3

Ultrarrealismo vs realismo mágico

Buenavista

Luego de ese disparate de investigación que hice en el destacamento de la policía y la respectiva borrachera que me di, que by the way me costó tener que arrastrar el Harley de casi setecientas libras dos o tres kilómetros hasta la casa de Telma porque dando vueltas y vueltas sin saber dónde ir me quedé sin gasolina, llegué a mi santuario, abrí cuidadosamente la puerta, empresa definitivamente difícil para un borracho y por una especie de intuición ciega bajé los escalones como pude y me

encerré en la biblioteca. Me tiré en el mullido sillón, agarré un libro e intenté leer algo, pero caí aturdido por el sueño, el cansancio, la decepción y sobre todo el mareo que me producía descifrar esos extraños símbolos dibujados en el papel.
Tres días con sus noches pasé encerrado en el obligado refugio, leyendo como un loco, sin orden y sin preferencias, deshojando decenas de libros con mi mente agitada, engullendo con gula enfermiza cualquier texto que pasara frente a mis ojos bulímicos. Telma me dejó tranquilo, apenas entraba como una palomita mensajera a dejar los modestos bocados que me preparaba tres veces al día, sin hacer ruido, sin levantar la mirada. Mimetizada con todos los ajuares del recinto, ella dejaba y recogía quedamente, sin esperar nada a cambio, ni siquiera mi agradecimiento, como si estuviera sirviéndose a ella misma, como si fuera ella la que estuviera en ese sillón, desde hace muchos años, segura de que yo estaría bien, de que no había mejor lugar para mí que no fuera ese, que nadie muere por leer; que como mucho terminaría amalgamado con aquel espacio, fusionado con los estantes de la madera gruesa de caoba o con el papel rancio de las primeras

ediciones o con las paredes húmedas o con la cuarteada y reseca piel del sillón o con la tela bellamente bordada de la alfombra suramericana o con el polvo o con el olor a ocre. “Todo está como debe ser”, murmuraba suavemente cuando me encontraba coincidencialmente dormido y una ligera sonrisa afloraba a sus

labios de papel mientras yo la escrutaba con un ojo entreabierto. La tercera noche, luego de dejar la comida en una mesita que había dispuesto para eso al lado del sillón, Telma se sentó en un pequeño banco a mi lado y comenzó a hojear con detenimiento un tomo de Cien años de soledad. Rato después, sin despegar los ojos del grueso tomo, dijo:

—Yo también extraño a mi familia. Nadie sabe qué es mejor, que a uno lo entierren o que uno entierre a todo el mundo.

Fingí que me despertaba con sus palabras y con cara de un sorprendido hipócrita soñoliento, le contesté:

—¡Hola, Telma! Perdón, no sabía que estaba aquí ¿decía usted algo?

—¡Oh! veo que te he despertado, Gabriel —dijo Telma, fingiendo también su sorpresa de verme despierto —¿Cómo te sientes?

—Bien, gracias por sus atenciones, no sé cómo agradecerle.

—No tienes que agradecerme nada. Y dime, ¿has encontrado algo interesante para leer?

—Claro, todo. Todo lo que usted tiene aquí es interesante, si fuera mi biblioteca tuviera los mismos libros que usted ha coleccionado por espacio de tantos años. Pero si me pregunta qué he leído, no sabría decirle, tengo un pegote de letras y papeles, de títulos y portadas en mi cabeza, como si fueran un solo libro. Muchas veces me ocurre eso, leo en trance, como si estuviera repitiendo las palabras de un muerto, y casi siempre ese estado

narcótico tiene que ver con mi propio estado emocional, pero, decía usted algo de su familia cuando desperté, ¿no?
—¡Ah sí! —exclamó Telma mientras seguía hojeando el libro — hablaba de mi familia y de lo mucho que la extraño. Es increíble cómo pasa el tiempo.
—Lo siento —dije mientras bajaba la mirada —conozco ese sentimiento.
—De hecho —dijo ella como si no me hubiera escuchado —ahora que releo este libro del Gabo, con los años que tengo arriba, me doy cuenta de cuánto se parece mi familia a la de los
327
Buendía. Empezando por mi papá. La gente habla de realismo mágico como un estilo literario, como una corriente de moda, pero eso no es así, deberíamos hablar de la magia del realismo de nuestros pueblos, no de ese fetiche con el que han catalogado ciertas obras, o ciertos autores, o ciertos movimientos. Eso no existe. Lo que sí existe es la magia de un viejo contando algo que parece mentira pero que es verdad, una historia que rompe totalmente los límites de la realidad y que además de eso, los hijos, los nietos y todos los que la escuchan la creen verosímil. "Verosímil", palabrita esa que está de moda y que ha hecho tan difícil que mucha gente entienda la realidad de nuestros pueblos. Y es que no hay otra verdad que la que se cuenta desde el corazón de un pueblo, esa que nace desde sus creencias y su cultura, eso es todo. Los que te digan lo contrario están equivocados,

precisamente por eso es que encuentro ese parecido tan grande entre mi familia y la de los Buendía.

—Conozco perfectamente a lo que se refiere, el realismo mágico de los escritores del Boom latinoamericano, ese libro que tiene en sus manos es el buque insignia de esa corriente. Pero eso es literatura, Telma. Me imagino que muchos de los eventos narrados en esas obras son recreaciones ficcionadas de los hechos de la vida real, fábulas populares contadas como nadie antes las había contado, pero de ahí a que sean verídicos, no creo. A mi entender es un esti..., bueno no quise decir un estilo, sino una expresión dialéctica resultante del choque entre tres culturas completamente diferentes: la europea, la africana y la indígena. Algo debió ocurrir ahí cuando se fusionaron, alguna alteración espacio-temporal que afectó nuestros genes, alguna transformación alquímica que dio lugar a esta inagotable fuente creativa que hace que se cuenten cosas como Cien Años de Soledad. A pesar de que el mismo Gabo dice que todo cuanto ha contado en ese tomo es absolutamente real. ¡Ummm!, yo tengo mis reservas. Al final, todos somos recreadores del mundo en el que vivimos, de hecho, esta realidad que estamos viviendo ahora mismo ha sido creada por nosotros. Sin entrar en filosofía, al Gabo que me excuse, pero no se lo voy a creer, no es verdad que todo lo que ha escrito ha ocurrido, de ser así solo sería un gran narrador y para mí él es mucho más que eso, es un gran creador, su talento creativo es verdaderamente genial e inagotable. Por

eso para nosotros, los simples mortales, es mucho más fácil

escribir sobre la cotidianidad, lo personal, lo urbano, lo real, lo que está ahí. Nada mejor que transcribir al papel lo que estamos viendo, personas de carne y hueso, no fantasmas; hechos reales, no imaginarios; incluso fantasía, pero siempre y cuando pertenezca al mundo de la ultra realidad. Por eso respeto tanto a los escritores del Boom, porque saben escribir sobre lo que no se ve. En mi caso, si fuera a definirme dentro de un movimiento literario, sería el del Ultrarrealismo, término que espero acuñar...
Mientras yo pronunciaba mi discurso, absorto en mis propias ideas y pronunciamientos trascendentales sobre el realismo mágico, Telma reposaba su dedo pulgar sobre su mandíbula superior, específicamente sobre su canino derecho, como siempre lo hacía cuando estaba concentrada en algo, sus piernas cruzadas, mirándome fijamente con una maternal sonrisa dibujada en sus ojos. De no ser por una casi imperceptible risita que dejó escapar de sus labios entreabiertos, hubiera seguido imperturbable con mis aireadas palabras. Fue como si chocara con un tren. Luego de escuchar esa risita, caí en la realidad de estar frente a mujer extremadamente culta; y yo hablando tanto de la última realidad.
—Me parece muy interesante tu teoría literaria —observó ella, como tratando de romper el hielo —de hecho, me gusta el término que tratas de acuñar: “Ultrarrealismo”, vaya que eres creativo también. Aunque tengo para decirte que el término ya

existe y se usa para referirse al movimiento que encabezaron los ardientes y exagerados "ultras" contrarrevolucionarios de la revolución francesa para traer de vuelta el antiguo régimen monárquico y religioso. También me recuerda un poco el Ultraísmo de la poesía española.

Gabriel, no te culpo por ser tan escéptico. Eso lo atribuyo al poco contacto que tiene la gente de ciudad con el campo. Aunque en la ciudad y sus grandes suburbios se manifiesta de igual manera la magia de nuestros pueblos, es en el campo donde se acrisola su verdadera naturaleza. Quizá por eso has perdido la capacidad para apreciarlo. Pero piensa bien, ¿dime si no has visto, oído o participado de alguna historia mágica en tu gran ciudad? Estoy segura de que sí. Lo que pasa es que estás tan inmerso en el mundo material que te pierdes de los detalles fantásticos. Te voy a decir una cosa, el solo hecho de que hayas llegado a esta casa sano y salvo, manejando ese monstruo metálico que tienes, luego de haberte bebido no sé cuántas botellas de vodka y por

si fuera poco, dejando una vela encendida sobre el mismo tomo de Cien Años de Soledad que dio origen a esta discusión, sin que se quemara más que la virgulilla de la letra ñ, cosa que me ha producido bastante gracia al leer el nuevo título, eso solamente, es una prueba irrefutable de que tu realidad es más mágica de lo que te imaginas.

¿Y cómo diablos supo que estaba bebiendo vodka? —pensé,

mientras admitía para mis adentros que por algún milagro no nos habíamos quemado con todo y la casa.

—No, lo del vodka no es magia, tengo un olfato especial con el vodka. A tu edad tuve un par de amigos rusos que bebían como alambiques, desde entonces reconozco el tufo a metros de distancia.

Pero volviendo al tema, te comprendo, no es fácil creer que una cazuela de agua pueda hervir sin fuego, o que un cura levite cuando toma una misteriosa bebida de chocolate, o que una hermosa mujer ascienda al cielo con todo y la sábana blanca que la envuelve, o que un diluvio dure cuatro años, once meses y dos días, o que una nube de mariposas aparezca siempre junto a un hombre, eso es magia. Pero también es realidad, la misma que ha estado presente en mi familia durante toda mi vida. Si no es así, quién me podría explicar la fuerza sobrenatural de mi hermano Manrique, que podía tumbar dos toros por los cuernos, uno con cada mano, o que podía luchar con una veintena de guardias, jugando con ellos como si fueran soldaditos de juguete; quién podría creer que él solo, junto con otro pescador salvó a casi una tripulación completa de gringuitos cuando uno de sus barcos encalló ahí en el malecón. Te lo aseguro, ningún hombre que hayas conocido tiene la fuerza de mi hermano. Pero no solamente él sufría de esos trastornos sobrenaturales, por decirlo así. De la misma manera puedo dar fe de las extravagantes visiones de mi sobrina Elsa, que nunca fallaban y casi siempre anticipaban

eventos que de una manera u otra marcaban el comienzo o el final de algo en nuestra familia. Recuerdo como ahora la vez que Elsa cayó en trance y comenzó a hablar como una autómata de la vez que se llevaron a mi hermano Manrique: "El sol está brillante y el cielo, azul, mamá está haciendo un locrio de gallina, el olor se siente en todo el Espinito, Aquiles está discutiendo con Apolíneo porque le quitó un caballito de madera que le hizo papá, el suelo comienza a temblar y se oye un ruido grande,
330
llegan unos hombres a caballo vestidos de verde con la cara como un machete, vienen a llevarse a papá, a papá se le ponen los ojos bravos, papá los levanta como jueguitos, papá va a partir en dos a un guardia, un oficial apunta con un arma a mamá, se llevan a papá amarrado porque el jefe lo mandó a buscar, devuelven a papá con los ojos cosidos".

Ese maldito, ojalá que esté ardiendo con todos sus pecados en el mismo infierno.

—¿Me imagino que debe referirse a trujillo?

—Perdóname por expresarme de esa manera, pero me da rabia. Sí, trujillo1, el mismo.

—¿Y qué pasó con él y su hermano?

—Lo mismo que con muchos hombres y mujeres de este país que no estuvieron de acuerdo con su régimen de terror. Pero con nosotros le fue mal. Ese engendro no se imaginaba de lo que eran capaces los Quimera. Empezando por el bigotico que con

mucha “honra” lucía.

—¿Qué pasó con el bigote de Trujillo?

—En primer lugar, veo que haces mucho énfasis en su apellido, ni eso se merece ese infeliz. Trata de pronunciarlo como lo hacemos siempre en la familia, como lo que realmente significaba para nosotros, una mierda. Simplemente, trujillo.

—¿Cómo así?

—trujillo, nada más.

—trujillo, ¿así?

—Eso está mejor. Pues para no entrar mucho en ese tema, digamos que lo de su bigotico se debió a un desafortunado encuentro con mi hermano Manrique. Y dejémoslo ahí.

—No, por favor Telma, cuénteme más sobre eso. Aunque parezca un frívolo y egoísta joven al que no le interesa la historia de su país, le puedo asegurar que no es así.

—Me imagino que no, Gabriel, si fueras un muchacho superficial no estuvieras ahora hablando con una anciana de cien años, de todas formas, ese capítulo lo dejamos para otra noche. Lo que sí te puedo asegurar es que el ajusticiamiento de trujillo y su régimen se debe en gran parte a mi familia. Pero realmente eso no tiene importancia para lo que estamos discutiendo aquí. Lo que estamos estableciendo aquí es si sueñas o no, si vives una ficción de la realidad, si crees o eres un escéptico infeliz.

1. El apellido Trujillo, en minúscula, no es una falta ortográfica en este texto, es una
licencia literaria del autor.

—Le ha dado usted la vuelta a la torta, Telma.
—No, todavía está dorándose del mismo lado. Me pareces un joven inteligente, con mucho talento, aunque no haya leído nada de lo que escribes, y creo que mereces saber lo que opina una vieja y casi finada mujer sobre la vida. Además, a pesar de que nunca tuve hijos, si lo hubiera tenido, creo que sería como tú, y eso me hace ser más efusiva.
No supe qué decir. Escuchar esas palabras de boca de una mujer como Telma, simplemente me llenaba de una esperanza que no quería volver a alimentar. Intenté contestar algo, pero solo mascullé lo que pareció un murmullo.
—Gracias...
Telma me sonrió como lo hacen los árboles centenarios o el mar, cuando me siento abatido.
—Esa magia de la que te estoy hablando es real, Gabriel. Es la fantasía de la que necesitamos todos para llegar a entender esta película. En efecto, si no llegamos al corazón de esa fantasía, nunca podremos sentarnos en la silla del director para dirigir nuestra propia historia.
—Eso si es verdad, quizá un Orson Welles, un Roberto Benigni, un Wooddy Allen ...
—Buenos ejemplos, pero me refería a la película de la vida —Ella me guiñó un ojo mientras yo me enterraba en el sillón.
—La persona que más me ayudó a percibir esa realidad fue

uno de mis sobrinos.
En ese momento bostecé, bueno, se me escapó un bostezo que me salió del fondo del alma, imagino que por los efectos de las resacas y las noches de insomnio. Quise disimular, pero el daño estaba hecho.
—De todas formas, no quiero seguir aburriéndote con esta charla literario-sentimental, te voy a dejar solo.
—No, por favor, continúe, estoy muy interesado en escuchar atento.
—No es solo por ti, por mí también. Ya hasta contar me cansa.
Pero te voy a recomendar algo. No muy lejos de aquí existe un pueblo fundado por judíos llamado Sosúa, que alberga una de las playas más hermosas de este país. Dicen de su arena que es polvo de oro y que el agua es tan cristalina que cuando estás dentro parece como si estuvieras fuera. Ve allí y lánzate de espaldas. Te aseguro que te sentirás mejor.
332
Telma recogió el platillo y el vaso donde me había traído la comida del día y se marchó sin decir más nada.
***
Cuando llegué al pequeño pueblo playero de Sosúa, lo primero que me llamó la atención fue la cantidad de letreros en diferentes idiomas. “ZU VERKAUFEN” por ejemplo estaba en todos lados. Así como ese vi muchos más, en inglés, francés, italiano y hasta en

ruso. Antes de ir a la playa quise dar una vuelta por los alrededores y conocer sus encantos. Mi Harley pasó desapercibido. Al ver a un extranjero con la barba desaliñada y un chaleco de piel negro con la inscripción "Hell Angels", entendí por qué. Por lo que veo esto también es un arca de ángeles, negros quizá, pero ángeles después de todo, pensé.

En mi recorrido pude conocer varias comunidades, pero Charamicos y El Batey fueron las que más me llamaron la atención. Charamicos porque estaba enclavado en la misma Playa Grande de Sosúa y desde sus calles podía apreciarse la gran belleza de toda la bahía, su alto muro de arrecifes, el agua cristalina y su arena como polvo de oro, tal como lo describió la amorosa Telma. Pero, además, me identifiqué con Charamicos porque allí residía la mayor parte de los dominicanos de este variopinto poblado; cosmopolita es la palabra. Además, los carajitos descalzos y desnudos de la cintura para arriba, me recordaron mi infancia, aquella que pasé junto a muchos como ellos en Las Naciones. Me recordaron a Charly.

Sin embargo, la parte de este ecléctico pueblo que más me gustó, fue el llamado Batey. Con solo recorrer tres o cuatro de sus callecitas, lo imaginé como el lugar perfecto para refugiar artistas, bohemios, yoguis, deportistas, y por supuesto, escritores... como yo. Gente en busca de algo superior, de algo que no sabían que era, pero que quizá podrían encontrar en este pequeño rincón paradisíaco de este país caribeño.

Decenas de pequeños restaurantes y bares diseminados por sus calles lo decían todo. Un festival gastrónomico multicultural que iba desde comida italiana, francesa, española, alemana, tailandesa, norteamericana, irlandesa, china, abriendo sus puertas a locales, a residentes extranjeros y a los turistas que
333
pululan por sus callejuelas con una gran sonrisa rosada en sus caras. Este lugar era el típico "Caribbean Dream" de las películas de Hollywood. La vacación perfecta. El mejor escape. Y justo ahí estaba yo.

Me pasó por la mente alquilar alguna pieza frente al mar o en cualquiera de esas solitarias playitas que luego conocí y que eran tan hermosas y cautivadoras como Playa Grande. Quedarme a vivir indefinidamente en este edén. Olvidarme de todo, quemar las naves y comenzar desde cero.

Parecía el plan perfecto; aún más cuando viví aquella experiencia esa misma tarde en la playa. Sin embargo, antes de contarles sobre eso, no quiero dejar de mencionar un hecho interesante.

Aunque no pude ver ningún judío, a pesar de que me imaginaba muchos ortodoxos caminando taciturnos con sus largas barbas y una Biblia en las manos, sí pude notar una presencia, un estamos aquí, una existencia de algo que inundaba toda la comarca. Y esa condición no provenía de lo visible, más bien levitaba por sobre todas las cosas sin dejarse ver, tímida pero magnánima.

Esta condición lo envolvía todo. Esa presencia era justamente la de los judíos. A pesar de que no probé sus quesos, de que no vi ninguna sinagoga, de que la típica arquitectura de sus casas se había amalgamado con el resto del pueblo, pude sentirlos. Ellos estaban ahí. Desde el momento en que se les permitió vivir este pedazo de isla, inhabitado, hermoso, ellos impregnaron su olor de continente, de ancestralismo, de remoto, de ciencia, de trabajo, de sufrimiento, de dolor, de esperanza, y sobre todo de historia. Y yo pude percibirlo y apreciarlo. En ese instante supe que ese pueblo pertenecía tanto a ellos como a nosotros. Que se lo habían ganado. Y nosotros, aunque ellos estaban muy lejos de la tierra que los vio nacer, así se lo dimos a entender. Eso también lo sentí.

Precisamente en un restaurante de uno de esos judíos tuve una visión de esas que acuden a mi mente cuando estoy alerta. Fue sumamente vívida.

Estaba sentado en un bar junto a tres hombres más. Uno era bien gordito y alegre. El otro elocuente y observador. Y el tercero, un español experto en artes marciales. Nuestra mesa estaba repleta de libros, vasos, copas, botellas y algunas cajas de cigarrillos. Ellos, al igual que yo, eran escritores. Formábamos

parte de una peña literaria que desde hacía algunos años se reunía todos los jueves en ese bar del pueblo. Me sentía muy a gusto con ellos; incluso nos llamábamos hermanos o compañeros. Quizá

por primera vez me sentía tan bien con gente de mi clase artística. Allí no había egos, ni complejos, ni exceso de autoridad; éramos como uno solo, viviendo para una sola cosa común: la literatura. Los cuatro éramos lectores empedernidos; los cuatro éramos muy buenos escritores. El gordito más en la poesía, el elocuente en el cuento, el español en la narrativa histórica y yo, en la novela. Los cuatro habíamos ganado casi todos los premios de literatura en el país y uno que otro premio a nivel internacional; los cuatro éramos bohemios; los cuatro éramos felices con la vida que nos había tocado vivir. Amábamos los grandes clásicos, los eventos literarios, pero sobre todo amábamos el oficio de escribir y la vida que conlleva el ser escritor.

Eso fue lo que vi al pasar por aquel bar.

Qué creativa es la mente, pensé. Cómo juegan las neuronas a ser directores de cine. ¿De dónde habré sacado aquella disparatada película? Luego recordé que ese día era precisamente jueves.

Ahora quiero contarles lo que me ocurrió esa misma tarde.

Algo que cambió mi vida para siempre.

Luego de comer algo en uno de los restaurancitos y de tomar uno que otro cocktail en uno de los bares (haciendo una excepción con mi acostumbrado vodka tonic), decidí hacerle una visita a Playa Grande de Sosúa.

No tengo palabras para describir aquel mágico lugar. Debería dejar a Rimbaud, a Neruda, o quizá a Hemingway para que lo describan poéticamente. Me limitaré a decir que Telma tenía

razón. Desde el momento que pisé la arena, comprobé que estaba caminando sobre oro molido; y cuando el agua, que parecía estar suspendida dentro de un cuadro de Monet, casi inmóvil, mojó mis pies, y luego, cuando empapó todo mi cuerpo, pude constatar lo diáfano de sus entrañas. Me sentí irremediablemente tranquilo, como si pudiera recordar cuando mi madre me mecía en sus brazos, y al ver el horizonte, sentí el vértigo de la inmensidad y no pude evitar pensar en mi padre.

Me dejé caer de espaldas en el tibio mar y floté como un pedazo de madera por tiempo indefinido, sin darme cuenta que mis lágrimas se habían convertido en afluente del Atlántico.

Me despertó del ensueño marino las pequeñas mordidas de un gracioso pececillo en mis pies. Volví a la realidad. Había quedado

solo en la playa. Los días de semana la afluencia de los visitantes era mucho menor que en los fines de semana y eso me había convenido.

El sol humeaba mientras se iba apagando en el horizonte y quedé paralizado viéndolo, con ganas de sumergirme con él.

Justo ahí apareció.

Estaba a veinte metros de donde yo estaba. Fue elevándose poco a poco por encima de la superficie. Al principio no pude interpretar su silueta, pero luego distinguí lo que parecía ser la cabeza de una mujer. No entendí cómo pudo emerger del agua de aquella manera, ya que a esa distancia de la playa la profundidad

tenía que ser de tres o cuatro metros. El reflejo del astro sol no me permitía reconocer los detalles, pero vi una larga melena peinada por el agua hacia atrás, un hermoso cuello de cisne y unos hombros perfectos. Se movía acompasadamente junto al vaivén del mar como si bailara un Vals con él. Percibí que me estaba mirando fijamente, como si quisiera bailar conmigo también. Intenté acercarme para verla mejor, pero al notar que avanzaba hacia ella, se sumergió con un movimiento rápido y desapareció. Creí ver una cola al final de su cuerpo. Busqué por unos instantes a mi alrededor, pero no vi nada. Me sumergí varias veces en el agua hasta que quedé casi sin oxígeno. Estaba un poco mareado y recordé entonces que había tomado algunas copas de más y que posiblemente todo aquello había sido la triste representación de una mente intoxicada por el alcohol. Me reí de mí mismo.
Te estás volviendo loco, pensé. Y como para sacudirme la locura de encima me sumergí de nuevo y luego nadé como un loco mar adentro hasta que no me quedaron fuerzas. Cuando paré estaba como a cincuenta metros de la orilla. Allí me mantuve como pude flotando, hiperventilando, pensando, quizá mereces terminar aquí. Fue entonces cuando la vi de nuevo.
Una hermosa mujer salía del fondo del mar caminando hacia la playa. Era la misma melena larga peinada por el agua hacia atrás, el hermoso cuello de cisne y los hombros perfectos que creí inventó mi mente. Esta vez era real. El ser más hermoso que jamás habían visto mis ojos emergía lentamente como si

fuera impulsado por una fuerza invisible hacia arriba. El sol iluminó por completo su piel de ámbar. La hermosa mujer en un bikini negro emergió lentamente del agua y fue desvelándose paso a paso, como si bailara un vals con el viento, moviendo

acompasadamente junto al vaivén del mar el cuerpo de una diosa. Su pelo, coral negro derretido, chorreaba hasta su cintura dejando ver unas nalgas firmes y redondas que terminaban en un derrière perfecto. Sus piernas de bailarinas parecían esculpidas por la resaca de las olas. Estuve a punto de hundirme, ya que, en mi embelesamiento había dejado de mover los brazos y las piernas para mantenerme flotando. Ella salió por completo del agua y todavía de espaldas, sin ninguna prisa, como si fuera dueña del mar, se recogió todo el pelo y mientras se hacía un improvisado moño encima de su hermosa nuca, se giró lentamente, me miró fijamente a los ojos, se sonrió y luego siguió caminando. Su mirada y su sonrisa me parecieron conocerla de otra vida. Esta vez sí me hundí.

Nadé como un loco, mirando cada cinco o seis brazadas hacia delante para no perderla de vista. Cada vez que miraba estaba más lejos. Hasta que bien cerca de la orilla volví a mirar y ya no estaba. Salí lo más rápido que pude del agua y observé cuidadosamente en toda la playa. Nada. Pero lo más raro fue que no vi sus huellas tampoco. No había rastro de ella ni de nadie más en la arena. Quizá las borró el mar… o quizá fue una visión,

pensé desesperado. Agucé la mirada para tratar de encontrar alguna pisada o algo que me demostrara que no me estaba volviendo loco. Nada. Era como si se hubiera evaporado. Busqué en el mar con la mirada, busqué en el bosque de almendros y uveros. Llegué incluso a la calle. Nada. La mujer de mis sueños se había perdido.

Típico de mi vida, dije en voz baja. Me dejé caer en la arena y ahí quedé convertido en una estatua de sal hasta que se hizo de noche. Cerca de las ocho, encendí el Harley y manejé de vuelta a casa de Telma.

***

Al despertar encontré mi desayuno servido en la misma mesita de siempre cuando amanecía en la biblioteca. La puerta estaba entreabierta. Al lado de la bandeja, pisado con el libro de Cien años de soledad, vi una nota escrita por mí. Recordé que la había escrito casi durmiendo la noche anterior, luego de llegar de Sosúa. Tomé un sorbo del café con leche y vi la puerta de nuevo. ¡Maldición! Telma la leyó.

Releí la nota como tratando de buscar algo que no delatara mi falta de tacto, mi estúpida soberbia, pero mientras más leía, más lamentaba haberla escrito. La había cagado.

"En el mundo real no existe la fantasía, no existen los sueños. No existen los animales que piensan, los árboles sagrados, los fantasmas, las cosas sobrenaturales, la brujería, las premoniciones,

ni tampoco el amor, todo eso es una sarta de tonterías. Pura mierda. Y no es nihilismo. Es sensatez. Claro, no voy a decírselo nunca, no me atrevería a herir los sentimientos de una viejita tan bondadosa y además, porque eso si tengo que reconocer, que es un brain, de esas con las que uno se puede pasar una noche entera sin aburrirse, claro que no le diría lo que pienso de todas esas historias mágicas, esas historias fantásticas que definitivamente no caben en mi mundo real, el realismo, lo real, lo verídico, lo concreto, lo cierto, lo material, lo corpóreo, lo evidente, como lo quieran llamar. Lo único que sé por experiencia propia es que lo mágico no cabe en lo real, ni siquiera lo maravilloso, que al final es lo mismo expresado con otra palabra sin sentido. Pero ella es feliz contándome todas esas historias y ha sido muy atenta conmigo, por qué hacerla sentir mal, hay que dejar que viva lo poco que le queda, aunque nadie sabe, en este mundo la vida no tiene garantía, bien podría yo morirme primero, así es la cosa, porque estamos prestados en este mundito de mierda, qué le vamos a hacer, así que nada, que siga ella volando con sus alas de la inocencia en su mundo mágico, que yo seguiré pisando el suelo agrietado y reseco del mío, el único que conozco, uno que desde el momento en que naces te solicita que sufras. Si no es así, explíquenme por qué nacemos llorando, tanto las madres como los bebés, por qué pegamos un grito que se oye en el cielo en vez de cagarnos de la risa. Por qué encuentro el amor de mi vida, mi alma gemela y luego, desaparece. ¿Por qué?”

Ella estaba de espalda en la cocina, la cafetera estaba hirviendo sobre la estufa centenaria y el aroma de los granos orgánicos se había esparcido por toda la estancia impregnándose con tirria entre los enseres, las paredes y el piso de baldosas españolas agrietadas por el tiempo.

Telma miraba por la ventana que se alzaba por encima del fregadero hacia la montaña Isabel. Estaba inmóvil, los brazos caídos a ambos lados de la cadera. Aunque no podía ver su rostro, sentía severidad y decepción. Me pareció incluso que se

quejaba sumisamente con las flores más viejas del jardín: Sus hermanas. Una brisa leve revoloteaba los mechones de cana que se escapaban del moño en su nuca.

—Telma, necesito hablar con usted. Dije fingiendo seguridad en mi tono.

Telma permaneció inmutable.

—Telma, quiero que sepa que todos estos días han sido muy difíciles para mí. Ayer, por ejemplo, la vida pareció haberme sonreído por fin, solo para mostrarme luego sus crueles dientes afilados. Además, bebí demasiado. No era yo. No fui yo quien escribió esas estupideces en el papel que por casualidad de la vida usted leyó.

Solo los mechones de su pelo canoso parecían escucharme.

Y el viento.

—La respeto demasiado, Telma. Usted es una mujer... es la

mujer... es... ya quisiera yo que mi madre...
Ella movió una mano.
—Nunca pensé que iba a tomarle tanto cariño a una persona en tan poco tiempo.
Inclinó ligeramente su cabeza.
—Ahora que ha ocurrido esto, y que me siento tan mal, siento que nos hemos conocido de otra vida, como que soy parte suya, como que somos lo mismo.
Telma se recogió suavemente los risueños mechones detrás de sus pálidas orejas.
—Perdóneme. No quise decir nada de eso. Estoy perdido.
—El café está listo. ¿Lo quieres con leche o solo? —dijo mientras levantó la cafetera del fuego incesante. Su voz reflejaba todo el amor de la humanidad.
Sus palabras fueron como un mandato y me senté inmediatamente en la silla que tenía más próxima.
—Sin leche, por favor —Musité.
Mientras lo servía, añadió con estoicismo.
—Gabriel, los Quimera hemos vivido una vida tan real como la de cualquier otro. Hemos reído, hemos sufrido, pero sobre todo hemos soñado.
No vivo ni he vivido en un cuento de hadas. Sin embargo, esto no significa que lo real no sea maravilloso.
¿Cuántas cucharadas de azúcar?

***

Luego del episodio de la estúpida nota que escribí y que por mala suerte Telma leyó, la relación entre ella y yo se hizo más estrecha, íntima es la palabra. Lejos de sentirse dolida por los comentarios que hice, Telma se acercó aún más a mí, como si aquello no hubiera ocurrido, tratándome como al hijo que nunca tuvo, alimentándome con sus sencillas pero exquisitas comidas, pero sobre todo alimentando mis ansias de conocimiento con interminables charlas sobre literatura, filosofía, política y lo que más agradecí, las increíbles historias sobre su familia.

En los próximos días, semanas, me olvidé de lo que fui a buscar a San Felipe. Lo único que me interesaba era levantarme temprano en la mañana, tomar el desayuno con Telma y luego, puerilmente, solicitarle que me contara algo sobre su vida o sobre su familia. Telma era como un libro abierto. En seguida sacaba sus agujas de tejer y mientras yo me acurrucaba en mi silla y me disponía a escuchar, como un niño, ella comenzaba en cualquier página de su vida a narrar.

Esa mañana en particular, fue especial.

—Telma, cuénteme un poco más de su familia.

Ella terminó de fregar la cafetera y las dos hermosas tazas de porcelana china y me invitó a la mesita de té que estaba empotrada en el mismo centro del jardín. Aquí, rodeado de rosas, mientras tejía apaciblemente algo que parecía un chaleco, empezó su relato.

—Tú me recuerdas a mis sobrinos, los hijos de Manrique.
¡Qué tiempos aquellos!
Telma dejó de tejer por un momento y sus ojos se alzaron hacia la montaña Isabel que se erguía frente a nosotros. Ahí quedó detenida en aquel tiempo por unos segundos, viendo las imágenes suceder en el espeso manto verde de la colina, como si estuviera en una sala de cine.
—El embarazo de Justa duró dieciocho meses justos. Según los cálculos de las comadronas del lugar la criatura sería varón, y en eso no se equivocaron, pero en vez de uno fueron dos. El primero, que nació como escupido cayendo suavemente en los brazos de Justa provocó gran alboroto entre los que estaban presentes en el
340
parto y los curiosos que se habían acercado a la casa de los nuevos esposos. Era el niño más hermoso que jamás habían visto. Un adonis. Apolíneo, como le bautizó de inmediato Justa al verlo en sus brazos y escuchar a su padre comentar eufórico que el niño parecía un Apolo, no gritó al nacer, en cambio se desperezó y pareció peinarse la abundante cabellera castaña que le cubría su cráneo perfecto, mientras dibujaba una sonrisa seductora en sus labios de porcelana y sus ojos risueños verde turquesa dejaban estupefactas y con la piel de gallina a las mujeres presentes. Al nacer todas las flores del pueblo se abrieron al mismo tiempo y un aroma de lirios y jazmines sofocaron el aire.
Claro, a Apolíneo no se le puede decir eso, porque se le sube

el Quimera a la cabeza. A pesar de que ahora es un viejo de setenta años, y que no se ve nada mal, él se cree que no hay ser en la tierra más hermoso. De hecho, hace poco me llamó eufórico, con el entusiasmo de un niño de doce años, porque había hecho el descubrimiento más grande de su vida. Según él, pocos días atrás había ido al cine a ver una película llamada El extraño caso de Benjamin Button, basada en el célebre relato de Scott Fitzgerald, y luego de reflexionar sobre el tema concluyó que la obra en su totalidad era una gran metáfora. Interesante, pensé. Hasta ahí todo va bien.

Sí, es la gran metáfora de mi vida. Añadió. Con ella he llegado a comprender el porqué de mi existencia.

¡Ummm!, me preocupé un poco al oír estas últimas palabras.

La belleza se hace aún más bella con el paso del tiempo. "Si no, mira las grandes obras del Renacimiento", me dijo ufano.

Telma seguía tejiendo sin mirar lo que tejía, mirando fijamente la montaña Isabel.

—Gabriel, tú me recuerdas en especial a Iluminado. Recuerdo como ahora el día en que nació. —Sus ojos se iluminaron.

Él no quería salir. Aunque Justa no había aceptado la ayuda de ninguna de las comadronas en el parto, limitándose ellas a observar desde lejos cómo la diminuta heroína se hacía cargo de todo, al momento de nacer el segundo se le complicaron las cosas. Este parto duró dos días. El doctor de la comunidad que llegó al segundo día por pedido de los padres de Justa, dijo que

el problema era que el niño tenía la cabeza demasiado grande, y que si querían que la madre sobreviviera tenía que hacerse una cesárea. Justa no lo aprobó y les gritó a todos que la dejaran dar

a luz en paz, sola con su hijo. Al segundo día Justa se colocó un espejo frente a su vagina y pudo notar la inmensa cabeza de su segundo hijo; "¡estaré pariéndome a mí misma!" oímos que gritó en medio del dolor intenso que sentía. Tomó una gran bocanada de aire y pujó lo más que pudo para terminar de dar a luz. El grito se oyó en todo el pueblo del Espinito y en parte de Joba Arriba y Gaspar Hernández, en otros lugares se escuchó como un trueno distante. Una de las comadronas que estaba fuera de la habitación salió corriendo fuera y les dio órdenes a los hombres que dispararan las armas de fuego que tuvieran para que el estrépito asustara a Justa y la ayudara a parir. Otra dijo que gracias a Dios no se le había suministrado corazón de iguana como a la comadre para que no gritara, que la única forma de parir a ese hombre de niño era gritándolo. La madre de Justa lloraba, culpándose por no haberle preparado una sopa de pescados de los resbalosos para que el muchacho saliera más fácil.

Cuando salió la cabeza, Justa sintió un gran alivio y al asomar su mirada por encima de su vientre pudo ver la cara del niño. Nació con los ojos abiertos, unos ojos de un verde azulado, como si esas dos minúsculas esferas contuvieran en su circunferencia

todos los mares y sus matices, que la miraban fijamente como diciéndole: "la vida es perfecta, el dolor y el sufrimiento existen y son universales". El resto del cuerpecito salió sin ningún problema y al tomarlo en sus brazos Justa pudo notar que la cabeza era del tamaño de un Higüero y que la tenía llena de canas. Mientras ella misma cortaba el cordón umbilical notó cómo el niño la miraba todavía, con esa mirada de sabio que parecía salir de los ojos de un hombre de cien años y no de un recién nacido. Entonces lo abrazó y le acarició su desmesurado cráneo. Y sintió paz. Sintió una paz absoluta que recorría todo su cuerpo y la libraba de todos los malestares y dolores del parto. Lo mismo les ocurrió a las comadronas, a los padres de Justa, a Manrique, a mí y a todos los curiosos que estaban en la casa y los alrededores. Primero un dolor intenso y luego una dicha inusual nos invadió repentinamente provocándonos una risa irresistible que no paró hasta que Manrique entró secándose las lágrimas a la habitación y gritó: es un hombre.

Un rayo de luz se coló por las rendijas de la tabla de palma formando un halo en torno a la gran cabeza llena de canas del

niño, que a su vez irradió la luz como si fuera un faro hacia toda la habitación, a toda la casa y a la casa de los españoles, cegando momentáneamente a todos los presentes. En medio del resplandor un ruiseñor entró alegremente por la ventana, se posó sobre la cabeza del niño y comenzó a cantar. "Iluminado" dijo

Justa, “este se llamará Iluminado Salvador”.
Iluminado es mi preferido, siempre le dije a mi hermano que él tenía algo diferente a todos nosotros, una pureza única, especial, y me doy cuenta de eso porque el verde de sus ojos es el verde de la naturaleza misma.
***
La sangre de los Quimera se había vuelto a espesar con la densidad y consistencia de la sangre de los Arias. Ninguno de los hijos de la unión Quimera Arias escaparía a ese caprichoso destino genético, a ese destino melcochoso, viscoso, tupido y apiñado, apelmazado, que correría por sus venas indefectiblemente durante toda su vida. Así lo demostraron los dos primeros frutos de esta unión.
A medida que transcurría el tiempo del Espinito, Apolíneo Quimera se ponía más bello y atractivo e Iluminado Salvador Quimera más reflexivo y sabio. En el caso de Apolíneo nadie se atrevía a forzarlo en nada para no interrumpir el proceso de curación de su belleza. De esta manera Apolíneo se pasaba los días recogiendo flores silvestres en el campo y mirándose constantemente en las aguas cristalinas del río Joba. Un día llegó llorando a la casa y cuando Justa le preguntó que por qué lloraba él le dijo que se había puesto feo mientras se miraba en el río. Justa tuvo que explicarle que eso se debió a las ondas que se forman en el agua cuando cae alguna hoja o alguna flor, provocando que se distorsionen las imágenes que se reflejan en

la superficie. Apolíneo nunca más volvió a mirarse en el río por temor a quedarse feo. Iluminado Salvador por su parte se pasaba los días despertando. No había muchacho que durmiera más que Iluminado Salvador. Sentado en la silla a la hora de la comida, de pie en el patio de la casa, en la casa victoriana cuando el abuelo español le estaba dando algún consejo, debajo del flamboyán de la casa de Justa y Manrique, un flamboyán que no dejó nunca de

florecer el día que Iluminado Salvador nació, arrodillado cuando rezaba con Justa, mientras jugaba con Apolíneo, cuando hacía los pequeños mandados que le pedían, mirando el sol, la luna, los árboles, las estrellas, el río, las piedras, a Veterano, cuando veía con sus grandes ojos verde azules los fosforescentes ojos verdes de su padre, cuando llovía y él se quedaba viendo las gotitas de lluvia caer vertical o inclinadas sobre su rostro, según la brisa que también lo hacía dormir en la tardecita, en cualquier lugar, hora o posición, Iluminado Salvador dormía, o dormitaba. "Él está meditando", aclaraba Telma cuando iba al Espinito a visitar a su hermano. Esto traía problemas porque sus padres a veces no sabían dónde estaba y él, en sus sueños, no respondía al llamado desesperado de ellos, como la vez que lo encontraron durmiendo con la mitad del cuerpo en el hoyo de la letrina de la casa. Justa se preocupaba mucho por esto y le pidió en no pocas ocasiones al médico de la familia, el doctor Tavárez, que lo analizara y le dijera de qué sufría. El médico así lo hacía y nunca encontraba

nada.
—Esas son cosas de la edad, doña Justa, ese niño no tiene nada, de hecho, esa es la manera en que los niños crecen.
—Pero como usted va a decir eso doctor, los niños deben jugar, comer, reír, hacer travesuras, incluso hartar a uno, y de esa manera ellos aprenden y por supuesto crecen, pero pasarse el día y la noche durmiendo... no, eso no, doctor, así no se puede crecer —le replicaba Justa al doctor Tavárez, que la tranquilizaba con una sonrisa.
—La entiendo doña Justa, pero si usted se fija en...
—Incluso, ahora parece que se le está poniendo la cabeza chiquita... – lo interrumpió nerviosa pasándole la mano por el inmenso cráneo.
—Bueno, como usted comprenderá, el niño nació con una cabeza más grande de lo normal, todo lo contrario, si la cabeza está volviendo a la normalidad, esto es un buen síntoma, una prueba de que el niño está completamente sano. Malo fuera que se quedara con la cabeza de higüero, ¿No lo cree?
Y el médico tenía razón, porque cada vez que Iluminado Salvador Quimera se despertaba de una de esas sesiones de abstracción total, su rostro se iluminaba de nuevo, su cabeza se achicaba algunos milímetros más y sonreía a todo el mundo, ayudaba en lo que fuera y se involucraba en todas las actividades

de la casa, del trabajo en el comercio, de los animales, de Veterano

por ejemplo, con el que comenzó a establecer una relación como nadie más pudo hacerla, con la mula Mariana, a la que nadie, excepto Justa o Manrique podía ponerle el aparejo, en fin con cualquier persona, cosa o animal que necesitara de alguna ayuda, sonrisa o compañía.

Otra aptitud que había desarrollado Iluminado Salvador a su corta edad, fue la de pintar. No era raro verlo con los lápices de colores y una libreta de hojas en blanco de las que traía su padre de los viajes, dibujando el cielo. Solo eso dibujaba. El cielo. De día o de noche, con nubes o con estrellas, pero el cielo. A veces dibujaba algún ave que en realidad parecía un ángel, o solo dos alas, de plumas tan blancas como las nubes o tan negras como la noche, atravesando el espacio infinito de los cielos. Otras veces dibujaba un gran árbol, de poco follaje, pero de grandes ramas que alcanzaban las nubes y jugaban con ellas haciendo siluetas de caballos o de mulas o de ovejas saltando una cerca, como oía que le decía su madre a Apolíneo cuando este no podía dormir preocupado por algún asunto de estética pura. Los dibujos eran hermosos, pulcros y de una calidad artística excepcional, cuando Justa se los mostró al doctor en una de sus usuales visitas a Iluminado Salvador, este le sonrió y le dijo "y así quiere usted que este muchacho no duerma, ojalá Apolíneo estar tan despierto como él".

Muchas veces Manrique se acercaba a Iluminado Salvador para verlo dibujando y se maravillaba ante el talento innato

de su hijo que mostraba a esa corta edad tal maestría, pero al mismo tiempo se preocupaba por el nivel de abstracción al que podía llegar. Un día se quedó a su lado durante cuatro horas mientras Iluminado Salvador dibujaba un espectacular atardecer. Luego de dos horas dibujando las nubes, cayó repentinamente dormido con el lápiz de color apoyado en el papel, con la boca semi abierta, la espalda recta, tomando enormes bocanadas de aire que llenaban su pecho y lo mantenían inflado por algunos segundos para después exhalarlo suavemente por la boca, tan suave que no movía una pluma que Manrique le colocaba frente a la boca para ver si todavía estaba respirando. Manrique no se atrevía a despertarlo por temor a que se repitiera lo que pasó una vez que lo despertaron repentinamente de su sueño. En esa ocasión Manrique se había quedado dormido cuando flotaba en
345
una tranquila poza del río, su hermano al verlo corrió donde su padre por temor a que se ahogara y cuando este llegó ya Iluminado Salvador estaba sumergido en medio de las aguas poco profundas pero enturbiadas por las lluvias de mayo. Manrique se lanzó al pozo y buceó en el lugar que le indicó Apolíneo pero nada, volvió a intentarlo y nada, solo algas y algún que otro palo seco, la tercera vez se zambulló con todas sus fuerzas y buscó hasta que casi no le quedaba aire, momento en que sintió la inconfundible cabeza de su hijo y pudo asirlo por los brazos y llevarlo a la superficie. Al llegar a la orilla, lo zarandeó de forma

brusca por instinto, como para que el niño respirara, pero lo que logró fue que Iluminado Salvador se despertara violentamente del plácido sueño subacuático y pegara un grito ensordecedor que le hizo brotar las venas de las sienes por tres días.
Al cabo de quince minutos Iluminado Salvador abrió los ojos, retomó el dibujo en el mismo lugar que lo había dejado y continuó decididamente con sus trazos dibujando el sol del atardecer. Así lo hizo varias veces hasta que dejó plasmado en el papel uno de los atardeceres más bellos que su padre hubiera visto, uno que parecía arrancado de un atardecer verdadero, un pequeño mundo en miniatura, solo comparado con aquel que viera en las costas de San Felipe el día en que la furia del mar hizo naufragar el acorazado yanqui y el sol filtró sus brazos de luz poco a poco entre las nubes y tiñó la oscuridad de sus entrañas con los mismos colores que había utilizado Iluminado Salvador de su pequeña cajita de lápices de colores.
Al terminar su obra, la arrancó de la libreta, la tiró y siguió dibujando otra cosa. Manrique lo levantó del suelo, le dio un gran beso en su resplandeciente astro de frente y le dijo "sigue llenando de colores las hojas en blanco, mi hijo, para que no pases los trabajos que pasé yo, que duré muchos años con ella vacía... impoluta, como diría Telma".
***
Las cosas le estaban saliendo demasiado fáciles a Manrique. Todo estaba a pedir de boca. Los negocios iban viento en popa,

Justa estaba más feliz que nunca y sus dos hijos crecían bellos (en el caso de Apolíneo), inteligentes (en el caso de Iluminado) y

saludables (en los dos casos). Habían pasado cuatro años desde su llegada al Espinito y ya manejaba a la perfección el negocio, tanto la compra, la venta, como la administración del dinero.
Era tal y como se lo decía su hermano Ángel, que el asunto de hacer dinero consistía en una simple suma, "una suma de trabajo, una suma de perseverancia, una suma de responsabilidad, una suma de arrojo, una suma de honestidad y finalmente una suma matemática. Esa es la única manera de hacer dinero, querido hermano".
Y al parecer así lo era, porque en esos cuatro años Manrique había hecho más dinero que los mismos padres de Justa, que a pesar de que contaban con una posición económica bastante sólida, se habían pasado toda una vida trabajando.
Pero a Manrique no le parecía que había hecho una gran suma, le parecía más bien una consecuencia, no un resultado de sus acciones. Realmente él había hecho lo mismo de siempre, cumplir con lo que él suponía que era su deber. En comparación con otras actividades de su vida, ésta, sin embargo, le había parecido algo sencilla. Cuando iba montado en Veterano en esos interminables viajes al otro lado de la cordillera septentrional, o cuando estaba sentado detrás del mostrador esperando pacientemente algún cliente, o cuando se ponía a organizar la

mercancía en el almacén, Manrique recordaba el gigantesco portal que su padre había hecho en la Loma de la Bestia y que ni siquiera él con la ayuda de Veterano pudo cerrar; recordaba el colosal molino que llevaba el agua a toda la comunidad de Loma de la Bestia y que regó de felicidad a todos los hombres, mujeres y niños de aquel último reducto de creyentes; recordaba las siembras de cacao, el estruendo de las mazorcas explotando encima de los techos de cana, la fecundidad de esas tierras que para muchos eran impenetrables y que su padre había labrado con sus propias manos; recordaba la hamaca de sus sueños, ese pedazo de tela flotante que colgaba apacible en medio de los encumbrados troncos que hiciera sembrar su padre, donde soñaba sus sueños, tal y como lo hacía ahora su hijo Iluminado Salvador, y donde el mismo Manrique también soñó, escondido de su padre porque no le gustaba que subiera a esas alturas cuando niño, y lloró, escondido de su madre, porque no quería entristecerla más cuando su esposo desapareció.

347

Ese día, luego de cerrar el negocio, Manrique se durmió en la hamaca de sus sueños, nuevamente, y soñó.

Soñó que viajaba con Veterano a un lugar distante, remoto, donde nunca antes ningún hombre había pisado su suelo prehistórico. Para poder penetrar en el lugar, tuvo que abrirse paso con el sable que heredara de Salvador que a su vez heredó de Desiderio que también heredó de un oficial español, lo hizo

moviéndose entre el denso follaje con la ayuda de Veterano, que era cuatro veces más grande que en la realidad y contaba con cuatro
grandes patas que parecían palas mecánicas e iban destocando los troncos más pequeños, los más grandes, Manrique los destazaba con el sable, que por supuesto era mucho más grande también y era manejado con extrema destreza con el brazo derecho, que era como una gran muela de cangrejo.
A medida que iba adentrándose en el paisaje, que veía
al mismo tiempo con vista de águila desde otra perspectiva
mucho más elevada y que le ofrecía una visión espléndida de
lo que iba descubriendo, pudo entonces llegar a un alto donde apreció con los ojos de hombre y no de pájaro la verdadera dimensión de aquel paraíso. Un edén completamente virgen, pero a diferencia del que conocemos en las escrituras, en este caso deshabitado por la raza humana. La riqueza de sus tierras hacía que los frutos se amontonaran en el suelo en pilas que formaban pequeñas cordilleras, donde los animales de granja pastaban tranquilamente, cientos, miles de ellos que engordaban naturalmente al punto de reproducirse por la piel y no por los órganos sexuales de rigor. Estos animales no eran hembras o machos sino seres hermafroditas, con las características de los dos sexos fusionado en un solo animal, de manera que una res era vaca y toro al mismo tiempo y así sucesivamente, dando como resultado unos animales increíblemente hermosos que parían expulsando a los críos como bolitas de pelo por la piel

hinchada de tanta fecundidad. El agua corría por todos lados en forma de manantiales, ríos y grandes lagos que se dividían para llegar a cada uno de los árboles en unas canaletas que no dejaban de manar un precioso líquido verde. El sol radiante parecía reírse mientras iluminaba toda la vegetación y generaba una fotosíntesis sin parámetros que hacía que los árboles de frutos y los de hortaliza, que se producían solos en surcos hechos por las mismas corrientes de agua, crecieran a una velocidad

vertiginosa, como lo pudo comprobar el mismo Manrique cuando observó el crecimiento completo de un samán hasta su adultez en menos de un minuto, y un níspero con todo y sus frutos en quince segundos, y uno de cerezas en diez y guineos y naranjas y toronjas y anones en el mismo tiempo, y hasta los tubérculos que aunque no los podía ver creciendo como a los demás, los veía embelesado como salían de la tierra negra, miles de batatas, yucas, ñames y yautías que brotaban de la superficie haciendo ver al propio suelo como otro animal más que se reproducía indefinidamente. Mientras Manrique veía todo esto debajo de él mismo y de Veterano, una ceiba comenzó a nacer y a crecer desproporcionadamente, subiéndolo a él y a su caballo en una de las inmensas ramas y elevándolos a ambos a una altura descomunal mientras el árbol se los pasaba graciosamente de rama en rama, como si jugara con ellos, y ellos perdían el miedo a la altura y se dejaban zarandear por él y se reían a carcajadas, y

por instantes cerraban los ojos y sentían extasiados el efecto del vértigo en su pecho, hasta que el gigante los fue bajando a una última rama que los depositó en una de las montañas de frutos donde ellos cayeron zambullidos de alegría. Veterano luchaba en vano por reincorporarse sobre la pila de frutos, haciendo una serie de disparatados movimientos que le causaban gracia a Manrique, que se sonreía sin verlo porque permanecía boca arriba imbuido en aquel mundo surreal, con la nariz como un periscopio husmeando los olores de los cientos de miles de frutas que yacían amontonadas debajo de sus cuerpos, los ojos clavados en un cielo que cambiaba de colores constantemente y dibujaba hileras de animales de carga guiados por Veterano y la mula Mariana, transportando toneladas de víveres y frutas a un gran mercado de productos agrícolas.

Mientras Manrique observaba boca arriba con los brazos detrás de la nuca, Justa y los muchachos eran transportados hacia él en una de las ramas de la gran ceiba. Juntos en la montaña de frutas, Manrique cogió una gran penca de palma, los montó a ellos y a Veterano y bajaron muertos de risa la pendiente en dirección a una gran poza de los ríos de agua verde clorofílica. Cuando despertó recostado sobre unos sacos de arroz en el almacén de provisiones, Manrique todavía estaba riendo.

349

***

En los próximos días mi agenda de investigación se redujo a

unas cuantas vueltas por el pueblo, la mayoría de las veces a pie, buscando algo que no sabía que era, y para ese momento creía que no encontraría nunca.

Para mi sorpresa, cada vez me sentía más a gusto dialogando con Telma. Lo que al principio me pareció aburrido y patético, ahora constituía la parte más interesante del día o la noche. A esas alturas ya no me sentía tan comprometido con el objeto de mi viaje. Quizá por el fracaso en torno a las investigaciones, quizá por el desaliento. Pero lo cierto era que en esos últimos días salía a la calle para justificarme, para tratar de cumplir con la búsqueda, y lo hacía mecánicamente y sin motivaciones de ningún tipo. Era como si en el fondo hubiera aceptado el hecho recurrente de que nunca conocería a mis verdaderos padres. Es más, de que nunca los tuve. Que era una especie de experimento in vitro y nada más.

Por el contrario, con Telma me sentía como en casa. Es decir, como en el hogar que siempre quise tener. Por eso quizá ya no salía tanto. Después de las últimas conversaciones con Telma me había hecho adicto a escucharla.

En realidad, no sabía si me identificaba con las historias o con la manera de narrar de ella, pero lo cierto era que cada día parecían más largas nuestras conversaciones y más ricas y extensas las historias que Telma me contaba sobre su familia.

Esa tarde no fue la excepción.

—Telma, cuénteme de su hermano Manrique. ¿Me imagino

que debió estar orgullosa de tener una hermana tan inteligente como usted?

—¡Qué lindo eres! ¿Me imagino que has tenido mucha suerte con las chicas... eh? Pero contestándote la pregunta, sí, tienes razón, Manrique siempre admiró mi afán desmedido por el conocimiento y la lectura.

El sol se ocultaba apacible detrás de Isabel, penetrando tímidamente con sus tibios dedos de luz en la cocina. El olor de las galletas de mantecado recién horneadas de Telma se confundía con el aroma de las flores. Un pequeño zumbador entró por la 350
ventana y se colocó al oído de Telma, parecía decirle algo de suma importancia antes de salir de nuevo a gran velocidad. Surreal, me pasó por la mente.

—El día que Manrique nació fue especial. Según nos contó nuestra madre, ese día se mataron dos vacas, cinco puercos, cincuenta pollos y se hirvieron veinte racimos de plátano, cinco de rulo, cuarenta libras de yuca, diez de ñame y un saco de arroz de un quintal. Fue una fiesta en grande. Nuestro padre Salvador estaba hinchado de felicidad.

La gente de la comunidad se unió al festejo y con ellos llegaron músicos, decimeros, cuentistas, bailarines, cocineras, rezadoras, galleros, mancos, ciegos y hasta el párroco de la ciudad. Éste había acudido con premura a bendecir al niño, pero sobre todo a confirmar los datos que le había suministrado una de las parteras

llamada Clementina, una morena rolliza que estaba en todos lados como el arroz y que lo mantenía actualizado sobre los últimos acontecimientos que se producían en la comarca.
—En los años que tengo en esto, padrecito, mire que yo no hablo embustes, no había visto un niño como éste —Respingó Clementina —Cuando lo saqué del vientre de la madre salió agarrado del cordón umbilical como para que no le quitaran nada, y como no lloró le tuve que dar cinco nalgadas, a la sexta abrió los ojos y me clavó una mirada de hombre grande que me congeló hasta las entrañas. Pero lo más extraño es ese pelo que le sale del pechito, como si se lo hubiera sembrado el mismísimo diablo. Usted me perdona padre, pero ese niño no es de Dios.
—Ah, Clementina, déjese de blasfemias, que todos los niños son de Dios —reprendió a tiempo el padre con su marcado acento español.
Cuando el padrecito entró a la habitación y vio a la criatura dormida, pidió silencio, lo observó detenidamente y al ver el pelo que nacía vertical como una rama de piñón, sintió una curiosidad inexplicable que lo obligó a acercarse más, un poco más y un poco más, hasta que estiró su mano y justo en el momento que lo iba a tocar con uno de sus largos y petisecos dedos, el niño despertó y lo agarró con tal fuerza que el padre, casi muerto del susto, tuvo que halar hacia atrás cayendo encima de una batea de agua limpia destinada para bañar al infante.
Los presentes enmudecieron y para sorpresa de todos y de la

misma Clementina, que lo miraba cerca de la puerta en posición

de huida, vieron al padre que todavía no se sobreponía del susto, estallar en una carcajada incontenible. En poco tiempo estaban todos riendo, los de adentro y los de afuera, hasta los que llegaban en ese momento a la reunión reían. Los burros rebuznaron, los caballos relincharon, los gallos cantaron y las gallinas cascarearon, y hasta los sapos croaron. Después de media hora de risotadas y alborozos, cuando ya no tenían aire ni para respirar y algunos se revolcaban en el suelo sosteniendo sus barrigas dolientes, invadidos por aquella inexplicable ola de alegría, el padre se reincorporó aún extasiado por los beneficios de aquella terapia, riéndose en tono menor y secándose las lágrimas que caían por los surcos de su rostro. La comadrona que todavía reía nerviosamente se acercó a él, le exprimió la sotana enchumbada de agua y luego le balbuceó algo al oído. El padre retomó su compostura, se alisó el pelo y tomando una bocanada de aire para luego dejarlo salir de golpe, dijo:

—Yo he venido a bendecir a este niño y el bendecido he resultado ser yo —y viendo a papá que lo miraba con lágrimas en los ojos sin saber por qué, aseveró. —Esta familia será especial. De adulto mi hermano fue capaz de tumbar dos toros por los cuernos, uno con cada mano; pero eso no es nada comparado con las hazañas que llevó a cabo en muchos momentos de su vida. Como por ejemplo lo que hizo en el 1916, cuando la

intervención de los norteamericanos, ese glorioso día en que encalló el buque de guerra frente a las costas de San Felipe. Ese día Manrique Quimera se convirtió en leyenda.

—¿Y qué fue lo que pasó, Telma? —pregunté yo sumamente intrigado. —Hace mucho tiempo leí en algún libro de historia sobre el naufragio de un barco norteamericano en la costa sur de Santo Domingo, Memphis creo que se llamaba, pero no sabía que aquí en San Felipe ocurrió algo parecido.

Telma guardó el bordado junto con las agujas y el hilo en la pequeña canasta, miró el reloj y me dijo sonriendo, casi con malicia:

—Lo que pasa es que la historia depende de los historiadores y a muchos de ellos no les conviene contarlo todo, o para decirlo con más delicadeza, se olvidan de contarlo todo. Ya lo dijo Schopenhauer: "De hecho, la historia solo nos relata el largo, pesado y confuso sueño de la humanidad". Aunque Napoleón es más contundente al respecto "¿Qué es la historia? Una sencilla fábula que todos hemos aceptado".

De lo que sí estoy segura es de que la historia no está escrita, se está escribiendo, y se seguirá escribiendo cada día, cada hora, cada instante.

Pero bueno, si nos metemos en filosofía y demás hierbas aromáticas podría cumplir cien años más y no acabamos. Mañana es otro día. Esta vieja necesita descanso.

***

Una tarde en que Manrique organizaba la mercancía en el almacén, llegó su compadre Gatón, aquel que en la fiebre de los casamientos se había llevado a la mejor amiga de Justa, con una comitiva compuesta de diez o doce hombres que recorrían la zona en labores proselitistas para la campaña presidencial que se llevaría a cabo en ese mismo año, luego que derrocaran con un golpe de estado fulminante al último presidente electo. Después del efusivo saludo, el compadre Gallito Gatón le pidió a Manrique alojamiento para sus hombres durante ese fin de semana donde pensaban realizar algunas actividades de propaganda política. Manrique aceptó inmediatamente, con la condición de que no lo involucrara en nada de eso, porque él sabía "que a mí no me gusta la política, compadre". Luego de compartir una humilde pero sabrosa cena preparada por Justa, y de abrir algunas botellas de ron añejo, los compadres se pusieron al día de los últimos acontecimientos ocurridos en los cuatro años que tenían sin verse. Manrique no tuvo que contar mucho a su compadre, ya que él mismo le había sacado cuenta de sus progresos en los negocios.

—Pero bueno compadre, quién lo diría, "el hombre" convertido en un "hombre de negocios". A usted le ha ido bien de verdad, hasta en San Felipe se ha sabido de su bonanza en estos menesteres. Eso no es para todo el mundo, los negocios son un arte.

—Que va compadre, los negocios son un asunto de necesidad y de compromiso. Yo tenía un compromiso con mi familia de mantenerla y de darle las cosas materiales necesarias para su desarrollo, y el pueblo del Espinito necesitaba un almacén de provisiones para no tener que viajar a Joba Arriba o a Gaspar Hernández a comprar, así que lo que yo hice fue cumplir con el

compromiso de levantar a mi familia resolviendo al mismo tiempo un problema de abastecimiento de artículos de primerísima necesidad en la comarca. Al final compadre, esto que usted dice que es un arte, no es más que el resultado de una necesidad y de un compromiso. En mi caso, yo he hecho simplemente lo que me correspondía hacer.

—Eso que usted dice es verdad, y sé que usted es un hombre de compromiso. A mí también me pasó parecido con esto de la política. Este pueblo tenía la necesidad de un líder que tomara las riendas del país cuando los gringos se fueron, un hombre de verdad, no como los que habían llevado al país a la intervención, sino uno con pantalones para poner el orden y devolver al pueblo la tranquilidad y el progreso. Cuando yo conocí a trujillo, me di cuenta que ese era el hombre que estábamos esperando, el hombre que pondría fin a la era de los gobiernos débiles e inestables que habían sumido al país en una de las mayores crisis en toda su historia. Esa época en donde los presidentes se sorteaban a su antojo el destino de todo un pueblo, que si un

período los coludos, que si otro los bolos, que si los rojos, que si los azules, que si los patas blancas o los patas negras, con trujillo se acabó toda esa pendejada, compadre, con el jefe llegó por fin un solo color, un solo líder, un solo partido y una sola nación. El benefactor de la patria que estábamos esperando y el progreso. No es así, compadre.

—Bueno compadre, yo lo respeto, y respeto ese compromiso que ha hecho con trujillo, pero yo no me comprometo con nadie.

—Yo sé que a usted no le gusta la política, compadre, pero tiene que reconocer que ahora las cosas pintan mejor, ya se siente otro aire en el ambiente, como si por fin hubiera llegado la época dorada que tanto esperábamos. Y eso que el jefe todavía no ha subido, que lo que ha hecho ha sido por abajito, cocinando a fuego lento lo que viene. Deje que le suba la llamarada a este cocinao para que usted vea cómo vamos a comer con gusto. Si ahora a usted le va bien, cuando el jefe suba al poder le va a ir mucho mejor.

—Gallito, lo que yo he hecho o he dejado de hacer en mi vida, no tiene que ver nada con trujillo. Yo no tengo jefe. El único era mi padre, y ya no está.

Aunque Manrique no era político, sabía lo que estaba ocurriendo en el país y no deseaba profundizar más en

la conversación con el compadre. trujillo para él era otra consecuencia del caos y el desequilibrio que había estado viviendo

el país en los últimos cuarenta años, un oportunista más que se había aprovechado de la falta de liderazgo de su pueblo y que apoyado por los gringos había subido a la fuerza al círculo del poder. Ya se había dado cuenta Manrique de esto, aquella vez que lo conoció en el naufragio del acorazado norteamericano, cuando era tan solo un simple oficial de la guardia nacional acabada de formar por el gobierno provisional, y que sus ojos color ceniza, esos ojos oscuros, inhumanos, llenos de odio y perversidad, que a su vez destellaban por su avidez de poder y riqueza, se ensañaron contra él cuando Manrique le contestó de forma resuelta al oficial norteamericano que "hice lo que tenía que hacer. Eso no quiere decir que ustedes sean bienvenidos en este país".

Manrique pudo notar la decepción, el rencor y deseo de venganza en esos dos tizones encendidos que chispeaban en la cara de trujillo y que ansiaban calcinarlo, cuando el oficial norteamericano, al ver que trujillo avanzaba fusil en mano para castigar a Manrique por su soberbia, lo amonestó, aludiendo que el Quimera era un héroe de verdad, que había salvado a sus marines, un héroe que quizá nunca sería él, trujillo.

Para los tiempos en que Manrique y su compadre Gallito se habían reencontrado, trujillo se había convertido no solo en Jefe de Estado Mayor sino en uno de los hombres más poderosos y ricos del país. Eso lo sabía Manrique. Como sabía también que todo su poder se había valido de la anarquía, la represión y el

crimen para consolidarse. Pero Manrique estuvo muy ocupado para prestarle atención a trujillo, inmerso en su mundo de familia, de negocios y de compromiso con el pueblo del Espinito, y continuó viendo de lejos, bien de lejos, minúsculo, a trujillo, como un hombre servil, lleno de resentimiento e inquina, como lo vio el día en que el oficial norteamericano lo minimizó en su propia tierra, aquel día tormentoso en que pescó a cientos de marines, desde su altura, desde sus siete pies, así mismo seguía viendo Manrique a trujillo.

Negar al Jefe en esos tiempos era peor que negar a Dios. El mismo Gallito estaba consciente de esta verdad absoluta, ese era parte de su compromiso, y solo por el afecto y la gran amistad que los unía, respetaba los comentarios que hacía el compadre

frente a sus hombres, por suerte, embobados por el alcohol y el juego de Dominó no prestaban atención a las blasfemias que disparaba Manrique.

La noche se hizo larga y los compadres tuvieron chance de hablar de muchas otras cosas, de la familia, de los ahijados, de las esposas, de los casamientos de los varones y vírgenes del Espinito, pero sobre todo de planes y de proyectos de trabajo, como aquel que fascinó a Manrique y no lo dejó dormir la noche entera, mientras sus invitados soñaban plácidamente en las camas que él había improvisado para ellos con cientos de esterillas desplegadas cuidadosamente por todo el suelo de la gran enramada donde se

recibía y se despachaba la mercancía, y que ellos habían recibido con beneplácito para descansar de los trajines de la gran campaña.
Según el compadre Gallito, trujillo había prometido hacer una carretera cerca de unos terrenos que eran propiedad del doctor Jobert, un reconocido médico español que residía en la zona y que no había podido trabajarlas precisamente por lo difícil de llegar a aquellas tierras vírgenes y fecundas.
Gallito pensaba que esta era la gran oportunidad para llevar a cabo un súper proyecto de siembra cacaotera, cafetalera y pasto para ganado vacuno, además de cultivos comestibles en general, aprovechando la supercarretera que el Jefe iba a construir para distribuirlos en toda la zona del Cibao Central y Costa Norte del país. Gallito sabía que el doctor Jobert no desaprovecharía una oportunidad como ésta, y mucho menos viniendo la propuesta de un hombre como Manrique, que además de ser uno de los hombres más respetados de la comarca, era el único capaz de llevar a cabo una empresa de esta envergadura.
—Así que, compadre, el doctor Jobert tiene las tierras y usted tiene en primicia el secreto de campaña que yo le estoy ofreciendo para poderlas trabajar. Yo porque estoy comprometido con el jefe, pero si no, hace rato que hubiera entrado en negocios con el doctor y con usted. Pero le voy a decir una cosa, esas tierras son una bendición de Dios, yo las he visto y le digo que nunca mis ojos vieron tanta riqueza y exuberancia en un mismo lugar.
Estas palabras se quedaron grabadas en la mente soñadora de

Manrique y no pudo evitar relacionarlas con el sueño que recién había tenido algunas noches atrás. Era como una premonición. Y aunque Manrique no creía en supersticiones, sí creía en los sueños. Esto era justo lo que él buscaba. Desde hacía tiempo
356
Manrique sentía que el asunto del almacén había cumplido su cometido y que ya era momento para el cambio. Desde hacía tiempo estaba buscando algo con qué resarcir el fracaso de su padre, algo con qué devolver la deuda de gratitud que sentía hacia su padre cuando solo y sin dinero había creado todo un mundo lleno de felicidad y riqueza en un lugar yermo y vacío, un lugar donde sus habitantes no creían ni en ellos mismos. Esta era la oportunidad que estaba esperando, aquella página en blanco que Américo Lugo le había hecho llevar a Desiderio, por fin sería escrita.
***
Manrique no pegó un ojo en toda la noche y esperó impacientemente a que Gallito se levantara para decirle que la idea del proyecto le parecía buena y que le propondría al doctor Jobert el negocio. En eso se pasaron la mañana entera, planificando, haciendo y deshaciendo, mientras los hombres de Gallito daban una vuelta por el pueblo para continuar la labor de captación de adeptos para la campaña.
Después del almuerzo, Gallito comenzó a alistar a los hombres para seguir su camino, cuando un alboroto de gente que se

acercó repentinamente por el camino real del pueblo sorprendió la tranquila comunidad. Todos incluyendo a Manrique salieron a ver de qué se trataba.

—¡Es el Jefe! —gritó uno de los hombres de Gallito.

—¡Cómo va a ser, pues se arregló esta vaina! Venga compadre para que lo conozca. Eso sí, ya usted sabe, pórteseme bien.

Lo que menos pensaba Gallito era que Manrique lo había conocido ya en una ocasión y que no tenía el menor interés en volverlo a ver.

—No, compadre, vaya usted que yo tengo trabajo que hacer. Antes de irse pase por el almacén para que nos despidamos.

—Compadre ¿y cómo usted me va hacer eso a mí? A su compadre. Es del jefe que estamos hablando; venga, venga que esto solo se da una vez en la vida. Fue Dios quien quiso que él viniera.

—Compadre, le dije que no, que yo no tengo vela en ese entierro. Vaya usted que yo lo espero en el almacén.

Gallito conocía a Manrique y sabía que no era hombre de hacerse rogar. Pero lo que Gallito no sabía era que la visita de su jefe no se debía a la casualidad de las cosas, ni a un encuentro fortuito, ni a un simple cambio de ruta. trujillo había llegado a ese lugar sabiendo exactamente dónde iba, y a quién encontraría. Y lo sabía por uno de sus hombres de |confianza en la zona, alguien que se había colado como una sombra en las filas del partido

y se había convertido en su talismán, en su amuleto privado, luego de que su funeraria colapsara y su mundo de catacumbas y promesas falsas sucumbiera ante la fuerza inaudita de Manrique y Veterano, y su malévola iglesia de zombis se viera aplastada por la embestida de un pueblo renovado, con la cara ya levantada del suelo y dispuesto a renacer de las cenizas. Era Antero que había llevado a trujillo allí, era Antero que había organizado ese encuentro, era Antero que ansiaba con toda su alma de cuervo vengarse de Manrique, de los malditos Quimeras, era Antero que sabía que a trujillo le interesaría conocer "el hombre" del que tanto habían hablado y que se había convertido en un héroe por sacar cientos de pescaditos rubios del buque insignia de la marina norteamericana, ese mismo hombre por el que siendo trujillo todavía un simple guardia, tuvo que sufrir el bochorno público de uno de sus superiores gringos, abochornándolo delante de sus compañeros criollos y sobre todo, delante de su propio ego, machacándole en la cabeza que nunca llegaría a ser un verdadero héroe como el tal Quimera.

Luego de agotar los saludos de lugar y de pronunciar algún vago discurso entre los moradores del pueblo, de regalar algunas papeletas de dinero y de prometer lo que nunca se cumpliría, trujillo se dirigió a Antero calladamente y le hizo señas para que lo llevara donde el tal Manrique Quimera. Antero lo reverenció como siempre lo hacía, como si se tratara del Dios de la muerte al que años antes le dedicara tantas plegarias y mandó a llamar

a Gallito para comunicarle las intenciones del jefe de conocer a su compadre.

Cuando llegaron, Manrique estaba sentado en una silla de guano en la entrada del almacén brillando su sable.

—Entonces usted es "el hombre" del que todos me han hablado —le disparó trujillo desde su corcel inmediatamente vio a Manrique.

—Por lo que veo aquí solo hay uno, si es a mí que se refiere – le respondió Manrique desenrollándose de la silla e incorporándose sobre el alto donde estaba situado el almacén, haciéndolo ver mucho más grande de lo que ya era.

—¿Usted sabe quién soy yo? —le ametralló de nuevo trujillo.

—Sí, claro que sí, señor, usted es el candidato presidencial de mi compadre Gallito. Su nombre es trujillo.

—Ah, ya veo. Pero nosotros ya nos conocíamos desde antes, ¿no se acuerda? Aquel día que los gringos naufragaron en el malecón y usted los salvó casi a todos. Después de eso fue que usted se hizo famoso.

—Sí, claro que lo recuerdo – le dijo Manrique mientras se envainaba el sable y descendía la ligera pendiente para llegar hasta él. Dos guardias de la escolta al ver que él se acercaba levantaron los fusiles y adelantaron los caballos, a lo que trujillo respondió con un ligero gesto de su mano derecha para que se detuvieran.

—Ese día pesqué unos cuantos gringuitos – le dijo Manrique

ya a su lado y acariciando el caballo de trujillo, que miraba a "el hombre" prácticamente a su misma altura, no obstante, el buen tamaño del animal.
trujillo le tendió la mano y le dijo:
—Déjeme estrechar la mano de un verdadero héroe, como lo llamó el oficial norteamericano aquel día glorioso. ¿Recuerda?
—Manrique Quimera —le contestó Manrique impertérrito, mientras le devolvía el saludo y sus ojos verde cólera chocaban con los de ceniza de trujillo, como dos galaxias que estaban próximas a colisionar.
—Sí, ya sé su nombre, su compadre Gallito me ha dicho que se ha convertido en un hombre de negocios importante en esta zona.
—No se lleve de Gallito, lo que yo he hecho aquí no es la gran cosa. Usted sí se ha dado grande —atinó a decirle Manrique todavía abarcando la mano completa de trujillo, como si fuera la de un niño, en un apretón que parecía venir de un oso y no de un humano. Los ojos de trujillo se encendieron como dos minúsculas brasas.
—No, el grande es usted. Hombres así es que necesitamos en este país, en este gobierno. Hombres con cojones. Usted debería juntarse más con su compadre Gallito, él está claro y sabe lo que hay que hacer para que este país eche para adelante —y refiriéndose a Gallito sin siquiera mirarlo le inquirió: —Gallito,

ya usted le dio su carnet del partido a Manrique, ¿verdad?
Gallito que había presenciado la frialdad de su compadre con el jefe, se disculpó y tratando de justificarse, o quizá tratando de justificar a Manrique, le dijo que todavía no se lo había dado, pero que estaba en proceso.
—No se preocupe, Jefe, que con carnet o sin carnet Manrique nos ha tratado como reyes aquí en su tierra —dijo Gallito sonriendo temblorosamente a Manrique como buscando su aprobación —si no, pregúntele a mis hombres —desviando ahora la mirada de la de Manrique que lo observaba impávido.
—A mí no me gusta la política, y el propio Gallito lo sabe, el trato que le he dado ha sido por él y por más nadie. Así que le agradezco lo del carnet, pero no lo necesito.
Mientras Manrique decía estas palabras, una sombra oscura se deslizó como una nube de tormenta detrás de la escolta de trujillo, un hombre vestido de negro, con sombrero de plumas de chinchilín y con una joroba que parecía otra cabeza más guardada en la espalda, por si acaso algún día perdía la que ahora miraba pérfidamente a Manrique detrás de las armas de los guardias de seguridad.
Cuando Manrique lo vio, se le nubló la vista y la escena que tenía en frente desapareció por completo. Todos, trujillo, Gallito, los guardias y los hombres que lo acompañaban, el ángulo de su vista se redujo a un túnel concéntrico que desembocaba en la figura fantasmagórica de Antero. Manrique se transportó de

inmediato a las catacumbas de la funeraria, a la diabólica capilla, a la mesa de preparación de los muertos donde un día vio a uno de los insurgentes con el pecho abierto, vio cómo las columnas cedían ante la fuerza de Veterano, cómo se desplomaba con toda la funeraria "El Destino", y con ella el mismo Antero, y por un momento pensó que había visto un muerto. Pero la voz de trujillo lo trajo de vuelta y el túnel concéntrico se abrió de nuevo, permitiéndole a Manrique comprobar que no se trataba de un simple fantasma, sino del mismo Antero en persona que ahora había cambiado el hábito de pastor de calamidades, por el del típico político servil que se incorporaba a las huestes de su nuevo Dios de las tinieblas.

—¿Qué pasó, Manrique, parece que vio a un muerto?

Por lo del carnet no se preocupe, que ya ha hecho demasiado con mis hombres, pero no quiero que se me pierda. Manténgase

360

donde yo lo pueda ver. Vuelvo a decirle que la patria nueva necesita de hombres como usted. Y yo personalmente quisiera contar con su apoyo. ¿Y yo no creo que usted me va dar esa espalda tan recia que tiene, verdad que no?

Las palabras de trujillo le sonaban distantes a Manrique, tan distantes como ese pasado tumultuoso que había dejado atrás y no quería traer de vuelta. Sus ojos no se apartaron nunca de Antero que se volvió a esconder sigilosamente detrás de las espaldas de los guardias, dejando solo un ojo al descubierto, uno

de sus ojos de ajíes picantes que se atrevió a mirar medroso por unos segundos a Manrique hasta que desapareció de nuevo entre la muchedumbre.

El golpecito de la pequeña mano de trujillo en el yunque de Manrique lo despertaron por completo del trance y volviendo la mirada hacia él, le contestó:

—Yo siempre voy a estar aquí.

Con esta última respuesta fría y seca de Manrique, trujillo, que no quería encandilar los ánimos antes de las elecciones, o quizá por la consideración que le debía al mismo Gallito, se tragó todo su orgullo, dio por finalizada la visita, no sin antes dejar escapar un ligero, pero bien dirigido comentario, una bala perdida si se quiere, que dejaba bien claro el verdadero sentido de su presencia aquella tarde en el almacén de Manrique y que iba dirigida directamente a él.

—Bueno, Manrique Quimera, yo espero que "el hombre" siga por buen camino para que no se me pierda, como algunos amigos míos que más nunca los he vuelto a ver. Y hablando de eso, salúdeme a Desiderio Arias, dígale que uno de estos días nos juntamos de nuevo.

Manrique se llevó al vuelo el comentario de trujillo y sin vacilar un instante, le contestó con naturalidad: "si lo veo, se lo digo".

Al tiempo que trujillo salía impelido como una exhalación con sus hombres detrás, el compadre Gallito hacía el último esfuerzo

por toparse con los ojos de un Manrique, que buscaba todavía la sombra del hombre que había resurgido de sus cenizas, aquel que había sido el causante de la mayor desgracia de los Quimera. Pero ya era tarde. Si acaso era Antero, se había marchado con su nuevo Dios, el indigno de trujillo, tan minúsculo como él, envueltos los dos en los trapos negros de la iniquidad, que

guardan luto a los verdaderos valores de los hombres nobles, los mayúsculos, aquellos que como él todavía creían en sueños donde los hombres eran libres.

***

Manrique había sucumbido ante la idea de su compadre Gallito Gatón. Se la pasaba dando vueltas por el patio de la casa, o sentado debajo del inmenso flamboyán, elucubrando en su mente recargada los detalles del sueño, repasando con cuidado las posibles vías de llevar a cabo el proyecto que le había planteado su compadre. La misma Justa no se explicaba el estado de abstracción de su marido, cuando en más de una ocasión tuvo que encargarse de las ventas en el almacén, cosa que nunca había hecho.

—Pero bueno Manrique, y qué es lo que te pasa últimamente. Después del encuentro con el tal trujillo ese tú ni duermes. No le hagas caso a ese hombre, que ese hombre lo que está es en campaña.

—trujillo no me quita el sueño Justa, lo que hablé con Gallito

es lo que me tiene despierto, más despierto que nunca.
Aunque no se había olvidado del recado para Desiderio Arias y tampoco se había olvidado de Antero, Manrique le contó la idea del proyecto a Justa y a los padres de ésta esa misma noche en la cena, y les dijo que ya había hablado con tres o cuatro familias del pueblo que estaban interesadas en comprar el almacén y la casa. Ese dinero más lo que tenía ahorrado le serviría para iniciar el proyecto.
El padre de Justa se opuso de inmediato a la idea, argumentando que ese no era un proyecto seguro y que "no se puede dejar camino real por vereda".
—Usted tiene un negocio establecido y que no le debe a nadie. Lo que usted debe hacer es agrandarlo y expandir las ventas hacia otros pueblos; pero meterse en eso que usted me está diciendo es meterse en camisa de once varas. ¿Y si trujillo no hace la carretera?
De nuevo ese nombre retumbando en la cabeza de Manrique
—Desde que Antero reapareció en mi vida, el nombre de trujillo lo tengo pegado en la frente —pensó.

—¡Al carajo con trujillo! Usted mismo hizo esto que yo voy a hacer cuando llegó al país y todo el mundo está feliz. Por qué no lo puedo hacer yo que soy de aquí. La decisión está tomada. En la madrugada salgo temprano a visitar el lugar.
Justa no dijo nada. Quizá porque sabía que Manrique era

muy tozudo y no daba marcha atrás cuando se le metía algo en la cabeza, o quizá, porque comprendía que la fuerza que movía a su esposo para llevar a cabo esta arriesgada empresa era más grande que su propio deseo, más grande que su propia vida, porque era, simplemente, una fuerza incontenible que bullía en el centro de su pecho y lo urgía a perseguir sus sueños por encima de la cabeza de cualquiera. Aunque fuera la cabeza del mismo trujillo.
Al amanecer, después de colar café, Justa les preparó una torta de comida seca a Manrique y a su hermano Cleto Arias, que consistía en arroz, carne de res sin salsa y frijoles, porque sabía que el camino era largo y que no regresarían hasta el otro día.
Montado en Veterano, con su sable terciado al costado, acompañado de Cleto que iba en la mula Mariana, Manrique le dijo con gallardía a Justa:
—No se preocupe, doña —como le decía a su mujer cuando quería significar cariño y respeto al mismo tiempo —que con Dios delante éste va a ser el principio de algo que no va a parar nunca.
Justa le sonrió y le arrojó un beso mudo con su diminuta mano, desde su diminuta grandeza y su silencioso compromiso, desde el suelo donde veía gigantesco a su grandísimo esposo.
Según las indicaciones que le había dado su compadre Gallito, el lugar quedaba como a veinticinco kilómetros hacia el este, que se convirtieron en decenas más, mientras se abrían paso pulgada a pulgada, metro a metro, justo en el medio de

la densa y casi impenetrable cordillera Septentrional. Luego que salieron del camino vecinal que unía al Espinito con Joba arriba y Blanco, otro pueblecito en la ruta, se internaron en un espeso bosque que oscurecía el camino a pesar de que el sol se había asomado desde temprano por las montañas del este y lo iluminaba todo. Mientras más avanzaban más dificultoso era el paso, más escarpado, más angosto, al punto de que los dos animales no pasaban uno al lado del otro entre las trochas que las corrientes de agua habían esculpido en el suelo de tierra arcillosa. El avance fue lento y necesitaron de todas sus fuerzas y energías

para cortar los árboles y ramas del camino y así poder abrirse paso. Manrique delante con su sable, y Cleto detrás con un colín igual de afilado, iban dejando detrás un pequeño sendero que a poco tiempo parecía cerrarse detrás de ellos, en una tierra virgen y misteriosa que ningún hombre se había atrevido labrar. A eso del mediodía, apenas algunos kilómetros recorridos, decidieron hacer una parada para hacerle gala a la torta de Justa.

Cleto era un hombre menudo y fibroso, el pelo largo por los hombros como un indio, las cejas gruesas y entornadas hacia arriba, ojos muy negros y vivarachos y una sonrisa espléndida que provocaba confianza y dejaba entrever la transparencia de su gran corazón de Arias. De espíritu tranquilo y calmado, juicios simples y con los pies bien sembrados en la tierra, era el menor de los hermanos de Justa y a Manrique, que le había tomado

un cariño especial, de alguna manera le recordaba a su hermano Américo.

—Esto no está fácil, cuñao. Aquí no hay hombre que pueda contra esta naturaleza. ¿Usted cree que valdrá la pena enderezar todas estas lomas para sembrar dos o tres conucos?

—Los hombres no se pueden huir Cleto, "el que se huyó perdió".

Esta vida es para los vivos, lo que pasa es que hay mucha gente por ahí que quiere vernos muertos, porque a ellos les conviene. ¿Qué tiene uno que perder? Si al fin todos vamos para el mismo hoyo. Uno no puede detener la marcha, mientras se pueda hay que abrirse camino y dejar la huella. La huella para que los que vienen atrás, sepan por donde es que hay que caminar.

—Eso es verdad, aunque ahora mismo nosotros no hemos encontrado ninguna delante... a la verdad que esa hermana mía cocina bueno, ya sea por el hambre o el cansancio, pero esta torta me sabe a gloria.

Manrique y Cleto siguieron su camino entre cruce de ríos y trochas prácticamente intransitables, bordeando precipicios que le erizaban la crin de candela a Veterano y alteraban el brioso carácter de la mula Mariana, hasta que a eso de las cinco de la tarde salieron repentinamente a un pequeño alto donde parecía terminar el espeso bosque. Continuaron a pie hasta la parte más alta del claro, lentamente, subiendo por unos extraños peñascos lisos que se levantaban por encima de la vista y justo cuando

Cleto iba a plantear la necesidad de tomar otro camino, entonces la vieron.

364

Un edén de miles y miles de tareas de tierra virgen se extendía hasta el horizonte entre lomas y praderas, donde árboles centenarios parecían rascar el cielo y un río caudaloso serpenteaba la falda de las lomas hasta que se perdía en la lejanía. Manrique cerró los ojos por unos instantes como invocando el sueño que había tenido noches atrás, aspiró el aroma pesado a frutas y vegetación y escuchó el profuso canto de los pájaros que brotaba como una sinfonía desde ese lugar, volvió a aspirar profundamente y sintió como el aire denso y puro, como de otro mundo, le llenaba los pulmones de un bienestar incomparable, y entonces abrió los ojos de nuevo, miró plácidamente el paisaje que tenía frente a él y observando una ceiba gigante que le devolvía la mirada como diciéndole "no eres tan grande", le dijo a Cleto: "hemos llegado a Buenavista".

Dos semanas después del descubrimiento, Manrique había llegado a un acuerdo con el doctor Jobert y regresaba con una caravana de hombres y animales cargados con un arsenal de herramientas de construcción y la primera parte de las herramientas de cultivo, para comenzar a construir la casa principal donde viviría con Justa y sus hijos, justo en aquel alto donde comprobó que la frontera que separa los sueños de la realidad, simplemente, no existe.

***

Para cuando Justa, los muchachos y el resto de las mujeres llegaron a Buenavista, la casa de los Quimera estaba casi lista, levantándose como un monumento a la terquedad encima de las piedras lisas que le servían de platea. La casa era grande, de madera aserrada sacada de una sola caoba centenaria que se taló para tales fines, el piso levantado un metro por el nivel del suelo, cinco habitaciones, un gran comedor donde Manrique colocó la mesa con sus diez sillas que hizo de uno de los troncos que sobró de la caoba. Una terraza en forma de herradura que daba la vuelta a la casa entera y gozaba de una fascinante vista panorámica que se perdía en el horizonte.

Tenía dos cocinas, una que estaba fuera de la casa en un amplio espacio techado de cana, donde se hacía la comida de todos los trabajadores, y la otra, la que estaba agregada a la casa, más pequeña, que gozaba de una hornalla de cuatro bocas

hecha con el mejor y más resistente barro de la zona, esta era la de Justa, aquella que usaría en lo adelante para preparar sus suculentos platos y llenar aún más el ambiente de esencias y aromas exquisitos.

Aparte de eso se construyó una inmensa enramada de dos pisos, también techada de cana, con el objetivo de almacenar la cosecha y herramientas de trabajo. Este era el sitio de descanso preferido por los trabajadores.

Manrique se puso a trabajar desenfrenadamente con el mismo ahínco con que su padre Salvador lo hiciera por primera vez en la Loma de la Bestia. Él y los hombres que llegaron en la caravana, se dedicaron fogosamente a la tumba y el raleo de toda la colonia que habían escogido alrededor de la casa familiar, habilitando la tierra para su posterior siembra. En menos de tres meses tenía sembrada casi quinientas tareas de víveres, vegetales y frutos. El objetivo era seguir trabajando la tierra en un sistema de colonias divididas por tipos de frutos y víveres para ser entregadas a campesinos independientes que la trabajaran. Era una idea renovada de los sitios que su suegro español había dado a los vividores para que hicieran lo mismo. En este caso, pequeñas colonias de familias campesinas tendrían las tierras para trabajarlas y él, Manrique, con una colonia también a su cuidado, la más grande, que se llamaría la Número Uno, se encargaría de comprarle las cosechas enteras y revenderlas al mercado de San Francisco y zonas aledañas.

El problema no fue la tierra, porque mejor y más fecunda que la de Buenavista no había ninguna. Su fecundidad era absoluta. Ya antes de empezar con los trabajos en los primeros días, comenzaron a apilarse los frutos y los vegetales silvestres que los campesinos recogían de los campos sin cultivar y que se daban solos, sin la intervención de la mano del hombre. Mapueyes, Buenpan, naranjas, mangos, aguacates y jaguas goteaban de los árboles por docenas, a la vez que las yucas y los ñames brotaban del

suelo como pequeños animales ciegos en busca de luz. Manrique reía a sus anchas y no dejaba pasar un día sin comentarle a Justa la similitud de los hechos con su sueño.

Pero no todo sería tan fácil y Manrique lo sabía. Así como la tierra era de fecunda, así era de impenetrable e indómita. Los campesinos, además de que se habían mantenido viviendo de lo que la madre naturaleza les proveía, y que vivían como ermitaños

en cuevas o pequeñas chozas hechas de madera de grayumbo y barro, y techadas con largas y resistentes hojas de pachulí, no comprendían el nivel de compromiso de trabajo que conllevaba un proyecto de esta naturaleza. Para ellos, el tiempo no existía. Y por lo tanto no había premura para nada. La planificación a la que Manrique estaba ya acostumbrado, y que era imprescindible para sus planes, no era de ninguna importancia para estos hombres que hasta ahora, habían vivido de la buena voluntad del Dios de la abundancia.

El choque entre estas realidades opuestas era inminente.

No fueron pocas las revueltas de los campesinos frente a las arduas tareas que les imponía Manrique. Pero el esfuerzo que se requería era titánico y la única forma de lograrlo era enseñando a estos buenos hombres el trabajo en equipo. Uno de esos episodios subversivos se dio en una de las colonias que se llamó Gran Diablo. A medida que se iban limpiando terrenos para hacerlos aptos para el cultivo, más y más se adentraban

Manrique y sus hombres en la espesura de la selva Buenavistiana. Las colonias aledañas a la Número uno, estaban listas y habían sido relativamente fáciles de preparar y de cultivar. En cambio, las más lejanas, las que no se llegaban a ver a simple vista desde la casa de los Quimera, esas eran terrenos casi impenetrables y que costaron mucho trabajo a Manrique y sus hombres. Una de esas fue la de Gran Diablo.

La mañana de ese domingo Manrique salió de madrugada con un grupo de cincuenta hombres con el objetivo de establecer un campamento donde les cogiera la noche y empezar el lunes al amanecer, la preparación de una nueva colonia. Recorrieron cinco o seis kilómetros de densos follajes hasta que llegaron al lugar elegido por Manrique, a las seis de la tarde, donde comieron y descansaron durante toda la noche para comenzar los trabajos de tumba y el raleo en la mañana. Permanecieron cerca de seis meses tumbando, picando, acondicionando el terreno para la quema y la limpieza de las tierras. El primer día del séptimo mes, comenzó a llover sin escampar un minuto. Manrique sabía que eran las lluvias de mayo y decidió posponer los trabajos. Pero la lluvia no paró y tuvieron que abandonar el campamento a la semana. La lluvia no paró en noventa y seis días, al cabo de los cuales Manrique volvió con sus hombres al lugar, encontrándose con la sorpresa de que estaba completamente tupido de nuevo, como si

nadie hubiera puesto un pie allí. La naturaleza había reclamado

de nuevo el título de propiedad de esa colonia, poblando su suelo de la misma vegetación que encontró Manrique cuando la descubrió por primera vez. Manrique intentó reorganizarlos para iniciar de nuevo los trabajos, pero todo fue en vano.

—¡Es el diablo!

—¡Esta es la tierra del gran diablo!

—¡Si nos quedamos aquí, nos va a llevar el diablo!

Los hombres de Manrique no daban crédito a lo que veían y proferían todo tipo de maldiciones y de conjeturas en torno al fenómeno. Manrique era el culpable y tenía que pagar.

Los ánimos se encandilaron y un grupo de hombres intentó emboscar a Manrique en un descuido. Pero ellos solo conocían al Manrique capataz, al Manrique jefe, no a la mole humana que de repente saltó de su caballo, los redujo de veinte a quince, de quince a diez, de diez a cinco y por último a uno, al que ya un poco cansado tuvo que cortarle tres dedos con su sable.

Antes de marcharse, dio la orden de aserrar un árbol para hacer un letrero en el que escribió con letras rojas de la sangre del hombre herido: Gran Diablo.

Nunca más volvieron a ese lugar.

***

Eran las tres de la mañana de esa noche y Telma seguía contando con detalles algunos episodios de la vida de su familia. Su entusiasmo podía evidenciarse en el brillo de los ojos, en la sonrisa de campo, en la voz de tiempos pasados.

Debo reconocer que estoy embelesado con la historia de esta familia. Me da vergüenza la estupidez que escribí aquella noche; debí tragarme esas palabras con todo y papel antes de que Telma las leyera. Pero Dios escribe derecho en líneas torcidas, porque hoy por hoy, yo, El Arcángel, he comenzado a creer en la magia de nuestros pueblos.

—Cuando Elsa Anunciada Quimera nació, una nube de ruiseñores pobló la casa y los alrededores. Su canto meció el oído de todos y todas en Buenavista, en un Opus natural de melodías que sumió a la comunidad completa en un estado de catarsis generalizada y de contemplación total. A todos menos a Justa.

El parto no fue doloroso, pero sí extenso. Las contracciones llegaban y se iban como si la criatura no deseara salir. Justa, que

no quiso utilizar parteras, aceptó al tercer día la ayuda de dos de ellas para que le masajearan el vientre. Los ruiseñores no pararon ni un segundo de cantar durante la semana completa del parto. Los hombres, las mujeres y los niños se mantuvieron apostados frente a la casa de los Quimera sin dar un golpe. El lunes al mediodía, Justa sintió un dolor intenso en el pecho. Mandó a buscar a mi hermano Manrique.

—¡Ay Manrique, esta no quiere salir! Yo creo que es mejor que se quede ahí conmigo, para que descansemos las dos.

Mi hermano se fundió en un abrazo mudo con su mujer, advirtiendo quizá que era el final. En ese mismo instante una

manita huesuda y arrugada salió tímidamente de la vagina de Justa, como un tallito de habichuela buscando luz, tanteó la carne estremecida de su madre y le agarró firmemente el dedo meñique. Al ver esto, Justa rompió en llanto y las lágrimas bajaron por su vientre hasta que llegaron a la pequeña manita que todavía la apretaba solidariamente. Justa sintió entonces cómo las lágrimas lubricaban su vagina y enjuagaban el dolor, y pujando al punto de desfallecer, hizo un último esfuerzo hasta que el resto del cuerpecito se deslizó suavemente hacia las manos de una de las parteras que la esperaba estupefacta.

Elsa Anunciada pesó una libra. Todos quedaron boquiabiertos al ver aquella muestra humana que se retorcía entre los dedos de la mujer. Ninguno de los presentes, incluyendo a Manrique, se explicaba el porqué de lo dificultoso del parto, si la muchacha parecía una habichuelita repollada.

— Y por esta cosita fue este parto tan largo. Yo nunca había visto una niña tan chiquita dar tantos problemas al nacer —dijo Clementina mientras limpiaba a la niña.

Justa respiró profundamente y reincorporándose en la cama para verla más de cerca, sin soltarle la manita a su hija, le contesto serenamente:

—El dolor es el crisol donde se templa el alma de las grandes mujeres.

Manrique vio a Justa más grande que nunca, su mujer le pareció una gigante de proporciones mitológicas, un ser supremo

frente al que él mismo, Manrique Quimera, parecía un enano indefenso y perdido. Así mismo percibió a su hija recién nacida.
369
—Y a ésta, ¿cómo la llamaremos? —le preguntó tiernamente a Justa.
—Elsa Anunciada – dijo Justa, mientras notaba que la mirada de su hija le quitaba el dolor que había acumulado durante toda la semana del parto.
Con el nacimiento de Elsa Anunciada, Buenavista se hinchó de fecundidad. Manrique había logrado plantar más de treinta colonias de campesinos y ya estaban casi listos para comenzar a recoger las cosechas de las primeras. Aquel mundo jurásico se había convertido en una comunidad de hombres organizados y dueños de su propio destino. Ya no eran borregos que comían lo que les mendigaba la madre naturaleza. Ahora dependía de ellos mismos, de la fuerza de su brazo, de su trabajo, y eso los hacía resueltos y felices.
Manrique lo había logrado. Había logrado lo que nuestro padre Salvador en la Loma de la Bestia. Les había devuelto el alma a esos hombres y mujeres de barro.
371
CAPÍTULO 4
Café, tostadas y aceite de oliva
Alguien tiene que llorar el fracaso
Los víveres brotaban de la tierra como gusanos buscando luz

y las frutas, la mayoría de ellas que no habían sido sembradas por los hombres sino por la propia madre naturaleza, goteaban por miles, celosas por la frivolidad casi erótica con la que se reproducían sus hermanos tubérculos. Manrique observaba con gozo el espectáculo. Después de su mujer y sus hijos, nada en los últimos años lo había colmado de tanta felicidad como el hecho de continuar la obra que dejó a medias su padre.

Aquellos campesinos que habían llegado desnutridos y malogrados, con los ojos en la puerta del patio de su propia alma, recelosos y escépticos ante el trabajo, parecían ahora niños sobrealimentados de comida y felicidad. Todos sin excepción habían aumentado vertiginosamente de peso. Hombres, mujeres y niños exhibían semblantes rozagantes y cuerpos rollizos, en una escena boteresca que difícilmente podía compararse con la antigua imagen grequiana que antes lucían.

Y todo esto le recordaba a Manrique el sueño que había tenido. Qué bueno es convertir la realidad en un sueño, se decía a veces cuando hacía sus recorridos matutinos por las diferentes colonias.

Iluminado fue testigo ocular de la fertilidad que saturaba a los habitantes de Buenavista, cuando un día quedó boquiabierto al ver a una rolliza mujer amamantando a dos niños al mismo tiempo, uno de cada lado, a los que la leche se les chorreaba a borbotones por la comisura de los pequeños labios ventosos. Iluminado no podía disimular su curiosidad, mientras veía

agazapado en el suelo de tierra el espectáculo lácteo. Cuando los
372
muchachos quedaron hartos con las barrigas como dos tamboras, le trajeron dos más que se pegaron como rémoras a las frondosas tetas. Iluminado seguía estupefacto mirando a la mujer con la boca abierta. Entonces la nodriza le preguntó "quieres un chin", se despegó a uno de los muchachos y se exprimió una de las tetas disparando un chorro de leche directo a la boca de Iluminado que terminó embarrándole toda la cara. La risa de la mujer retumbó en toda la loma al ver a Iluminado despertar aparatosamente de su abstracción y correr como un condenado hacia donde Justa.
Para ese tiempo Iluminado tenía cerca de cinco años y tenía el pelo muy por debajo de los hombros. Una melena de rizos níveos que con el sol del mediodía formaban una aureola alrededor de su cuerpo y lo hacían ver como un ángel. Justa había hecho una promesa a San Rafael de no cortarle el pelo si lo sanaba de una fiebre en cuarenta que no quería quitarse con nada. Al otro día de la oración, Iluminado corría sin un ápice de fiebre por los alrededores de la casa detrás de su gran amigo negro, Simonga. Iluminado y él eran los mejores amigos, aunque el primero le llevaba casi veinticinco años al segundo.
Todos en Buenavista admiraban esta atípica amistad que se inició cuando Iluminado nació. Una amistad que estaba sustentada en un inocente y pueril sentimiento de lealtad. Iluminado había encontrado su propio guardián personalizado,

y Simonga, que era uno de los miles de haitianos que habían emigrado de su país, había encontrado la felicidad junto a los Quimera en el paradisíaco refugio de Buenavista, y en especial, junto a su pequeño gran amigo, Iluminado, al que consideraba como un enviado de los espíritus benignos del más allá, como él decía con sus dientes de concha siempre al descubierto y haciendo un reguero de muecas inconcebibles que parecían importadas de sus sesiones de vudú: "ese muchacho no e' de este mundo". Pero esa lealtad no siempre fue inquebrantable, en la mayoría de ocasiones resquebrajada por las malintencionadas ocurrencias de Iluminado. En una de esas, casi se rompe el fraternal lazo de amistad para siempre. Simonga había llevado a Iluminado de la mano a la mata de flamboyán que estaba al lado de la casa, articulando una serie de musarañas con sus manos y tratando de explicarle en su machacado español a Iluminado lo que había hecho para él. Cuando estaba debajo del gran árbol prendido en candela por las flores de la estación, Simonga desenvolvió de

un trapo de tela una espadita de madera, se hincó, y la puso en las manos de Iluminado diciéndole: "un alma invencible pala el guelelo de la lú". La espadita estaba cuidadosamente tallada en madera de cola, una madera muy dura que Simonga la comparaba incluso con el acero. Iluminado abrazó a Simonga, y aunque hablaba en muy pocas ocasiones, le dijo "eres feo, pero te quiero mucho"; sus rizos de nieve se resbalaron por la piel

azabache de Simonga.
Junto con la espada, el negro le había hecho una vaina de piel de chivo para guardarla, un pertrecho que se había convertido en algo tan importante y necesario como los pantalones. Iluminado siempre tenía su espadita terciada en la cintura, y casi siempre se le podía ver blandiéndola al aire haciéndole frente a los tantos espíritus de los que Simonga le había contado. Una tarde Iluminado encontró una culebrita verde reptando en los alrededores de la casa, desenvainó su espada y la persiguió incansablemente hasta que dio con el "alma invencible pala el guelelo de la lú" una estocada mortal en el cuello del animal y lo mató al instante. Iluminado no podía contener las ganas por mostrar a Simonga el resultado de su valentía. Cuando este llegó de los campos de habichuela, Iluminado corrió hacia él con la culebrita escondida en un bolsillo del pantalón y justo cuando Simonga se agachó para abrazarlo, Iluminado se la mostró repentinamente poniéndosela justo en frente de la cara. El grito de Simonga se oyó en todas las colonias habitadas, blanqueció y salió corriendo despavorido hacia los montes donde permaneció oculto durante tres semanas hasta que Manrique lo encontró en una cueva más flaco que un mariapalito.
Lo que Iluminado no sabía era que Simonga le tenía tanto miedo a las culebras como el diablo a la cruz; para él las culebras eran demonios disfrazados.
—Iluminao asutó a Simonga, Simonga no volvé a se amigo

de Iluminao.
Esas fueron las últimas palabras que Simonga le dirigió a Iluminado en mucho tiempo, a pesar de que Justa intentó disuadirlo en incontables ocasiones. Simonga no volvió a verlo a la cara, se marchaba a las colonias desde temprano en la mañana y de regreso se encerraba en su choza de pachulí hasta el otro día. Justa tuvo que convencer a Iluminado de hacerle las tres colitas en la cabeza que le hacía cuando él se escapaba de la casa y se quedaba durmiendo con los ojos abiertos por horas, para que Simonga creyera que había sido castigado.
374
—Mírame, Simonga, me hicieron las tres colitas por el susto que te di.
Iluminado sabía que a Simonga le provocaba una risa incontenible cada vez que lo veía con aquel peinado porque "Iluminao parece una muchachita", y efectivamente, funcionó. Comenzó tímidamente a reírse entre dientes y luego dejó aflorar sus dientes de concha, revolcándose en el suelo e imitando dizque a una niñita.
—Iluminao e una niñita, Iluminao e una niñita...
Canturreaba burlonamente mientras caminaba graciosamente como un mono gibón, con un paño amarrado a la cintura.
A iluminado no le gustó para nada la mofa, pero aguantó estoicamente con sus tres colitas, una en el centro y las otras a cada lado de la cabeza, reconociendo con la sabiduría de un viejo

de cien años, que algún precio tenía que pagar para recuperar la amistad de su viejo amigo.

***

Manrique no sabía qué hacer con la cantidad de víveres, granos y frutas que se estaban produciendo, a él le parecía como si se reprodujeran solos. A falta de la carretera que el compadre Gallito le había dicho que construiría trujillo, se tuvo que almacenar la mayoría de la producción en los cobertizos, que también se habían multiplicado alrededor de todas las colonias. Para que no se dañaran los víveres y los frutos, la gente comió y comió hasta que estuvieron ahítos y el resto se la daban a los puercos y los demás animales de granja. Algunos puercos llegaron a pesar más de quinientas libras, el más grande de todos pesó casi mil libras y poco más de un metro de alto. Manrique, que había visto fotografías de hipopótamos en las revistas de Telma, llegó a pensar que estos puercos estaban mezclados con ellos, el único rasgo por el que podía diferenciarlos era por el hocico achatado y la cola retorcida. Del mismo modo los chivos, que se comían hasta la tierra, parecían puercos de tan gordos, los cachos apenas se les notaban en las inconmensurables cabezas que ostentaban, estaban tan gordos que no escalaban por las colinas y farallones de piedra, sino que se dejaban resbalar por la espesa colcha de la hierba de amapola. Lo mismo ocurrió con las vacas, que daban

tanta leche que la botaban por los caminos, nunca se tuvieron

que ordeñar, simplemente se colocaban los bidones debajo de las ubres y sin tocarlas se rebozaban en un santiamén. Sin embargo, hubo escasez de los huevos de gallina. A causa de la obesidad aviar, los gallos no tenían la agilidad necesaria para pisarlas; para lograr que se aparearan Manrique tuvo que construir un tipo de silla donde las gallinas se sentaban y donde los gallos eran amarrados encima de ellas para que no se rodaran por sus costados.

Cuando los cobertizos no dieron abasto para la excesiva producción, se tuvieron que amontonar en inmensas pilas alrededor de las casas principales de cada colonia, donde Iluminado y Apolíneo jugaban todos los días encima de ellas a que vivían en un mundo hecho de comida. Pilas de plátanos, pilas de yautía blanca, pilas de yautía amarilla, pilas de guineos, pilas de yuca, pilas de maíz, pilas de mangos, pilas de aguacates, pilas de toronjas, pilas de naranjas, pilas de manzanas de oro, y pilas y pilas de habichuelas diseminadas por todo Buenavista, formando una cordillera de picos de comida que varió notablemente la orografía del lugar.

Justa, como todos en Buenavista, también estaba rolliza, pero no solamente por la dieta sino porque había repollado nuevamente, dibujándose una gran circunferencia en su vientre que también parecía que iba a reventar.

A diferencia del embarazo de Iluminado, este solo duró tres meses. Desde el primer mes de embarazo Justa decía que el

muchacho se le quería salir por la boca.
— Nunca había sentido una cosa así, este muchacho me tiene sin sitio, parece como si tuviera un tigre o un león en el vientre.
***
Esa mañana me levanté de madrugada y decidí hacer algo diferente para Telma. Preparé la cafetera y la dejé sobre la hornilla. Luego puse a tostar cuatro rodajas de pan en una tostadora que en su tiempo debió ser un gran artefacto. Freí algunos huevos en aceite de oliva y rebané algunas rodajas de guineo, piña y melón. Fui a la habitación de ella y toqué suavemente la puerta. Luego de unos minutos en el intento, ella abrió y con cara de sueño, como si hubiera soñado todos los sueños del mundo, me dijo:
376
—Lo que me vas a decir tiene que ser muy bueno.
—El desayuno está listo, señora —le contesté con cara de chef experimentado.
No esperé su cara de asombro y antes de que cerrara la puerta de nuevo, caminé rápidamente a la cocina para prender la hornilla de la cafetera.
Telma encontró todo un desayuno continental sobre la mesa del jardín; el mantel de lino blanco que guardaba para ocasiones especiales brillaba con la luz soñolienta del sol mañanero. La cubertería de plata que una vez se usó en la gran casa victoriana del ensanche, esa que Telma me describió con lujo de detalles en una de nuestras tertulias, estaba correctamente dispuesta a cada

lado de los platos. Un clavel rojo daba el toque final a su puesto. El café todavía humeaba.

—Insisto, Gabriel, debes haber tenido mucha suerte con las chicas. Gracias por el gesto, hacía tiempo mi mesa del jardín no se veía tan engalanada. Y te voy a decir algo, a pesar de que dices ser un ultrarrealista, creo que en el fondo eres un romanticista puro.

Desayunamos a ritmo del amanecer. A medida que el sol se sobreponía a Isabel, el verde de los ojos de Telma se hacía cada vez más intenso. Y mi interés por seguir escuchando las historias que contaba también.

Ella debió adivinarlo porque luego de saborear el último sorbo de café inició con una especie de resignación fingida, de un impostergable deber obligado, otro de los capítulos de la historia de su familia. Yo me acurruqué en mi silla y traté de no pestañear para no perderme un detalle de la narración.

—Mi cuñada Justa nunca perdió la paciencia con un embarazo, pero con este andaba repartiendo cantarazos a los trabajadores, vociferando a las mujeres de la cocina, dando palos a los chivos para que dejaran de dormir tanto, y a Iluminado y Apolíneo, Manrique se los tenía que llevar con él a los campos de cultivo porque Justa había jurado que los iba a desollar vivos.

—Mira —le contaba a Manrique —a veces cuando estoy en algún lugar y alguien dice alguna estupidez, o yo me doy cuenta de que no está haciendo bien su trabajo, el muchacho como que

se da cuenta y comienza a patearme el vientre y aunque tú no lo creas, me secretea al oído las barbaridades que después les repito a todos, sin poderme controlar, como si fuera una extensión de este bendito muchacho, como si fuera él la mamá y no yo.
—¿Y cómo tú sabes que es él y no ella, Justa? —le respondía inocente mi hermano.
377
—¿Tengo que explicarte por qué me doy cuenta que es varón? ¿Quieres que te diga que es porque tengo el vientre bajo, o porque estoy tomándome tres galones de jugo de limón por día, quizá porque tú no has aumentado de peso, o quieres que te diga que es porque tengo más grande la teta derecha, o porque Clementina hizo la prueba del collar y cuando lo sostuvo en sus manos el maldito collar se movió para adelante y para atrás? ¿Qué quieres que te diga eh, que cada vez que voy a abrir la puerta de la casa cojo la llave por la parte más ancha y no por la más fina, o que va a ser varón porque tú me dices todos días que estoy cada vez más bonita? No, no te puedo decir que es por nada de eso. Simplemente lo siento. Siento que tengo un hombre adentro.
En momentos como esos Manrique tenía que desaparecer del mapa y dejar a Justa sola para que se enfriara y volviera a la relativa calma.
Al final de los tres meses Justa anunció el parto y Clementina, que también se había mudado a Buenavista, la asistió durante el nacimiento. Fue un dieciséis de abril, había tanto calor que a

la piel no le daba tiempo de sudar porque antes de salir por los poros el sudor se evaporaba.

Los gritos y maldiciones de Justa terminaron por alejar a todos los hombres, mujeres y niños que esperaban las buenas nuevas en los alrededores de la casa. Incluso los animales que deambulaban cerca de la propiedad, marcharon pesadamente con sus cuerpos rollizos lejos del amenazante vozarrón de Justa, a la que se le habían puesto los ojos como dos brasas encendidas y echaba un humo blancuzco por la nariz. Muchas de las mujeres se reunieron y rezaron cientos de avemarías, seguras de que Justa estaba poseída por algún demonio. Los hombres se habían congregado en torno a Simonga, que había trazado un círculo con cenizas y dentro de él profería con los ojos en blanco y un paño morado amarrado en la cabeza, una serie de ensalmos y sortilegios a sus divinidades para que protegiera a todos los habitantes de Buenavista. Recuerdo como ahora aquella oración.

—¡Oh! buen Legba, ecúchame: ábleme la puelta.

Papá Legba, ábleme la puelta.

Ableme la puelta pa que puea entral.

Vudú Legba, ábleme la puelta.

Doy glacia a lo loa cuando vuelva.

Ababó.

A las doce en punto del mediodía, en medio de la batea con agua en la que Justa se había arrellanado, se oyó la última

maldición y Clementina vio un puñito que salió desafiante de la vagina. Ella agarró rápidamente el huesudo bracito para halar un poco y mientras lo hacía, la otra manita emergió rápidamente y le cogió un dedo. Antes de que Clementina pudiera halar más, el niño salió expelido de la vagina y le mordió la mano derecha con unos dientecitos que parecían de serrucho.

—¿Pero Dios mío y qué es esto? ¡El muchacho salió con dientes!

Cuidadosamente le abrió la boquita de piraña para liberar su dedo y le dio una nalgada para que llorara.

—¡A mamá Clementina no se le muerde muchachito e' mierda!

Y gritó. Pero gritó con tanta ira que se quedó privado de aire y comenzó a ponerse morado.

—A la verdad que estos Quimeritas son especiales. Mírelo, mírelo, se está poniendo como una berenjena de pura rabia. ¿Y qué será lo que vamos a hacer con éste, Justa?

Cuando Justa recobró el aliento, le pidió el niño a Clementina, lo agarró por el tobillo de la piernita derecha y lo zambulló de cabeza en la batea. Al sacarlo, el muchacho, todavía jemiqueando, comenzó a recobrar el color y quedó dormido en su regazo.

Con todo el alboroto de Clementina, que salió gritando que era varón mientras mostraba oronda la diminuta dentellada de la "pirañita", Manrique entró nervioso y para su sorpresa, encontró a Justa mimando a su muchachito, tal y como ella le dijo que iba a

ser, todo un hombre. Entonces volvió a ver a Justa como siempre, como antes de los tres meses del embarazo, amorosa y fraternal, y abrazándolos a ambos, le musitó al oído: "Bienvenidos".

—Aquiles, Aquiles Quimera, se llamará este pequeño hombre de la santa ira, como se llamaba el guerrero aquel que me contaste que te contó tu hermana Telma.

Buenavista estaba fecunda y no paró de parir. Pero la fiesta que Manrique tenía preparada para celebrar el nacimiento de Aquiles ni siquiera comenzó, de hecho, nunca hubo fiesta en Buenavista, porque horas después del nacimiento, un guerrillero de los grupos rebeldes que todavía luchaban en las lomas contra trujillo y que había logrado escapar de un ataque sorpresivo a su comando, llevó la noticia de que a Desiderio Arias lo habían matado.

379

¿Me imagino que debes saber quién es este hombre, Gabriel?

Preferí no contestar.

***

Manrique se dejó caer en una hamaca debajo del flamboyán florecido y de ahí no se volvió a parar en varias semanas. Su hijo acababa de nacer sano y salvo, pero su mentor, el retrato vivo de su abuelo Desiderio Quimera, había muerto. Lo había matado trujillo, el trujillo minúsculo, el que había visto desde su altura, desde sus siete pies aquel día tormentoso en que pescó a cientos de marines en el malecón de San Felipe.

Tras el fin de la intervención, trujillo se las había arreglado para subir al poder, y Desiderio, entendiendo que era la mejor salida política en esos momentos, lo había apoyado. Pero no tardó en conocer las oscuras intenciones detrás de esos ojos de ceniza, de su mascarada, y poco después se alzó de nuevo en las lomas, librando la última de sus batallas contra el que pudo haber matado días antes.

—Pero usted sabe que el general era un hombre honorable y de buenos sentimientos y por ser bueno como era, se dejó convencer de hacer una tregua con el infame de trujillo.

Según contó el guerrillero que llevó la noticia a Buenavista, Desiderio había acordado un encuentro con trujillo en un pueblo de la línea noroeste, Mao. Sentados en dos mecedoras, las armas depuestas, aplacado el verde cólera de los ojos de Desiderio, trujillo prometió lo que nunca cumplió a él ni a nadie, y caminaron hacia el parque del pueblo liniero, donde el de los ojos de ceniza le concedió un abrazo traidor que lo condenó al instante; él, el minúsculo trujillo, ensuciando al Arias con su piel manchada de inquina, delante de todo un pueblo que se estaba tragando la más grande traición con los ojos vendados, aplaudiendo por adelantado el funeral de uno de sus más grandes héroes, y el de ellos mismos. En un momento en que trujillo dio la espalda, "el turquito", uno de los hombres más aguerridos de Desiderio, apuntó con su arma a la nuca del infame de trujillo, y justo cuando iba a descargar el tiro de gracia, el tiro que hubiera

ahorrado la sangre de miles de hombres, mujeres y niños, Desiderio le ordenó honorablemente que bajara el arma.
380
—Y entonces, el general alzó su voz de trueno y en medio del gentío y de los militares que rodeaban al infame, le dijo:
—"No voy a cargar con la sangre de este hombre a quien garanticé la vida si venía solo". Entonces "el turquito", que es cabeza dura como él solo, bueno, usted lo conoce "el hombre", usted sabe cómo es él, le dijo, "pero general, si nos tienen rodeados y aquí va a morir mucha gente inocente". "Yo soy un hombre de honor" le dijo el general con esos ojos verdecitos que usted conoce bien, "y te repito, no se manchará mi nombre con la sangre de este hombre".
El guerrillero, visiblemente afectado por la muerte de su general, contaba lloroso los últimos días de vida de Desiderio. Manrique lo escuchaba impávido.
—Yo vi cómo el infame sonrió de espaldas al "turquito" cuando bajó la pistola, luego dio la vuelta, estrechó la mano del general y dio por terminada la entrevista. En cuanto el infame llegó a Santiago ordenó que mataran a nuestro general... carajo —lloró lleno de rabia el guerrillero al lado de Manrique, que ya había mutado su rostro feliz en otro lleno de perplejidad y angustia —lo agarraron desprevenido ahí en el paraje de "el sillón de la viuda de Gurabo", no se pudo ni defender, porque el mismo infame le había vendido en tiempos atrás balas diferentes

al calibre que ellos usaban. Si usted hubiera visto como le mocharon la cabeza y la exhibieron por toda la comarca a punta de ballesta, eso partía el alma, mi pobre general... después el infame ordenó que le cocieran la cabeza para entregarlo a sus familiares y como los malditos guardias no encontraron el lugar donde habían enterrado el cuerpo acribillado, tuvieron que matar a un preso y cambiarlo por el de nuestro general.
Al entierro de Desiderio Arias fue gente de todo el país, miles y miles de hombres, mujeres y niños velando a uno de los hombres más valientes y honorables de toda su historia, al ritmo de un merengue que Ñico Lora, otro héroe de las letras de enramada, compuso para él.

Dice Desiderio Arias

Que lo dejen trabajar

Porque si el coge el machete

Nadie sabe lo que hará

381

En Capuey y las Mercedes

En Juan Carlos y Dajabón

Desiderio fue el barraco

Cuando mataron a Mon

Ay, qué general

Con tanto valor

Ay, qué general

Con tanto valor

A nadie hizo mal

A nadie mató

A nadie hizo mal

A nadie mató

Desiderio Arias

Hombre de valor

Desiderio Arias

Hombre de valor

Le gusta la paz

Pero con honor

Le gusta la paz

Pero con honor

Su funeral vistió de luto a todo el país.

Justa y Manrique no lo velaron, porque ellos mismos estaban muertos, y un muerto no vela a otro muerto. Justa no podía con la pena y mucho menos con la de Manrique, que no se había vuelto a parar de la hamaca. El golpe de Desiderio fue el que trajo a Manrique de los sueños a la intolerable realidad. Sin Desiderio no había esperanzas.

Mientras Manrique se fundía con la hamaca y se amalgamaba con el tejido de la desesperanza, entrelazando sus gruesas venas con las tristes fibras del moribundo catre, las pilas de frutos y víveres seguían creciendo. Además, los montones parecían estar

vivos por los millones de avispas que tenían encima. La plaga llegó el mismo día que el guerrillero con la noticia de la muerte de Desiderio. La gente tuvo que bañarse de lodo de tierra negra para que no le picaran, siguiendo el consejo de Simonga, que decía que ahora todos los habitantes de Buenavista eran sus hermanos negros. El único que no se pintó de negro fue Manrique, al que

las avispas le huían como si estuviera hecho de humo, creándose una burbuja alrededor de él y su hamaca donde no penetraba ni un insecto. Simonga decía que le huían a su tristeza.

Justa tuvo que ordenar a los hombres que quemaran las pilas más maduras de las frutas y los víveres, "o nosotros o las malditas avispas", le dijo a Cleto su hermano, mientras se quitaba el lodo de los ojos y prendía la tea impregnada de resina para darle fuego a las pilas que estaban detrás de la casa.

Pero nada de esto inmutó a Manrique. Solo Iluminado, que se sentaba en posición de loto al lado de su padre por horas, los ojos cerrados y emitiendo la nota de contrabajo que hacía cuando entraba en esos estados de abstracción total, logró llamar su atención cuando se subió encima del caballete de la casa, que estaba a diez metros de altura, y levantando los brazos teñidos de tierra negra, le gritó "papá, mírame, soy el hombre".

Manrique saltó de un brinco de la hamaca y le dijo patitieso:

—Yo sé que sí, mi hijo, quédate ahí mismo para que juguemos al avioncito.

Manrique sacó fuerzas de donde no tenía y en par de zancadas estuvo abrazando a Iluminado, que estaba casi cayéndose al vacío. Ahí en el techo, miró a su alrededor, a su Buenavista, pero la vista no era tan buena, cientos de pilas de víveres todavía ardían, reduciendo la superproducción a cenizas en el aire que solo servían para ahuyentar a las condenadas avispas.

***

Iluminado había logrado que Manrique se levantara de la hamaca, pero no había nada qué hacer. Justa le había dicho a Manrique que regresaran al pueblo, que lo de Buenavista era imposible. Manrique no contestaba. Una semana después, llegó un grupo de guardias fuertemente armados y un hombre de civil. Manrique lo reconoció de inmediato. Aunque estaba más viejo, su enlutado traje y su joroba lo delataron al instante.

Manrique caminó hacia él con decisión, callado, como estaba esos días, posiblemente para arreglar viejas cuentas, pero los guardias advirtieron sus intenciones y sobaron armas.

—¡Manrique! —le grito Justa.

—Alto ahí, venimos de parte del Jefe, y este señor le trae una carta de él —le dijo gravemente el que parecía el de mayor rango.

—¿Y quién es el Jefe? A parte de esa señora que me llamó por mi nombre, que yo sepa no tengo ningún jefe —contestó soberbio, Manrique.

—Usted quiere que yo le enseñe quién es el jefe —respondió

con cinismo el guardia—, yo le voy a enseñar.
Pero entonces Antero, que hasta ahora había estado detrás de los guardias, apenas dejando ver sus ojos de cuervo, intervino quirúrgicamente:
—Teniente, recuerde que venimos a una misión del Jefe, tengo que entregar esta carta, lo que usted tenga que hacer lo hace después.
El teniente guardó la pistola que había sacado de la canana y cruzó los brazos sonriéndole con descaro a Manrique.
—Se va salvar por este espantapájaros, pero no se me alarme mucho pa' que no tengamos problemas.
Manrique no le hacía caso al teniente, sus ojos estaban clavados en los de Antero.
Justa se había llevado a los muchachos dentro de la casa, y las demás mujeres fisgoneaban atentas desde la cocina. Algunos hombres de las colonias de Manrique estaban detrás de él, incluyendo a Cleto, que tenía el machete agarrado por el mango. Simonga miraba desde una esquina. Antero se acercó lentamente en su mulo, sin mirar a Manrique a los ojos, hablando quedamente con una sonrisa pérfida dibujada en su boca ponzoñosa.
—Manrique, el Jefe le envía esto, yo mismo le di la idea, al saber que estaba haciendo este proyecto en Buenavista. Creo que es la oportunidad para reivindicar el fracaso de su padre, de terminar lo que él no pudo hacer. Usted sabe que yo siempre admiré a los Quimera y el progreso que llevó Salvador a Loma

de la Bestia. Por eso estoy aquí hoy.
Al decir esto, sus ojos le brillaron como dos perlas negras y miraron de reojo a Manrique. Entonces le extendió una carta. Conociendo a Manrique, Justa salió de la casa y se colocó estratégicamente al lado de su marido. A Manrique se le consumieron los ojos con el mismo fuego con que Antero escribiera muchos años atrás en la hierba de la finca de la Loma de la Bestia, "Salvador o salvado". Miró por primera vez al teniente, a los quince guardias que los acompañaban, se hinchó

como un sapo toro y cuando iba a dar rienda suelta a toda la furia que hervía dentro de él, Justa lo agarró por una mano y le susurró al oído "tus hijos están mirando".
Manrique viró la cabeza hacia la ventana de la casa donde Iluminado y Apolíneo observaban aterrados la escena. Entonces se acercó hacia donde estaba Antero y mirándolo fijamente desde la misma altura de sus ojos, a pesar de que la mula de Antero era bastante grande, le arrancó el documento de las manos. Antero no pudo disimular su terror y dio un brinquito encima de la mula.
—Por favor, léala —llegó a decir trémulamente —Tengo que esperar su respuesta para llevársela el Jefe.
Manrique lo seguía viendo fijamente a los ojos, derritiéndose en una ira que le hacía hervir el sudor en su piel brasa. Los guardias lo apuntaban con sus fusiles.

La carta decía:

Del despacho del Excelentísimo Presidente de la República,

El Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo,

Padre y Benefactor de la Patria.

Estimado Manrique Quimera:

En poco tiempo van a comenzar los trabajos para la construcción de la carretera que unirá San francisco de Macorís con Gaspar Hernández.

Dentro de los planes está la posibilidad de acercar dicha carretera a las

tierras que está usted trabajando, entendiendo que esto facilitaría el transporte de los productos hacia los mercados aledaños en la zona.

Espero que podamos ser buenos socios en este proyecto suyo.

Como le dije en el Espinito, cuando nos vimos por segunda vez,

hombres como usted es que yo necesito en mi gobierno.

En espera de su pronta respuesta,

Se despide atentamente,

Rafael Leónidas Trujillo

Dado a los dieciséis días del mes de agosto del año 1931

Ciudad Trujillo, República Dominicana

385

Al terminar de leer la carta, Manrique levantó los ojos hacia Antero, que se asilaba detrás del teniente, y vio en los ojos de ajíes picante del nomo las imágenes de su padre, aquel día que se sentaron debajo del molino.

"Él estaba allá arriba, al lado del molino arreglando la válvula

de salida. Cuando me vio se sonrió y en un gesto de entrañable amor me invitó mudamente a que lo acompañara. Recuerdo las venas en sus manos; eran como grandes tuberías, como las que bajaban al centro del pueblo y se dividían en otras más pequeñas para llevar el agua a cada una de las casas. Sus manos se movían como las aspas del molino, grandes y acompasadas, realizaban minuciosamente la labor de mantenimiento, ajustando con una precisión milimétrica que rayaba en la obsesión, pero al mismo tiempo con una sensata dejadez que demostraba su desapego ante lo que hacía. Cada tarea que realizaba era la última y la primera de la lista. Por eso nunca lo vi desesperar ni pelear con el resultado de sus trabajos. Él, simplemente hacía lo que tenía que hacer y al final, si no estaba satisfecho con el producto, se alejaba de la situación, quizá a la hamaca, y entonces comenzaba de nuevo. Así me lo expresó ese día al terminar de ajustar la válvula que parecía un corazón latiendo y dando vida a todo el pueblo, cuando le pregunté que cómo había podido inventar tal cosa.

—Hijo, a veces no te das cuenta de lo que has hecho hasta que lo has terminado. Solo el tiempo puede decidir si está bien o no. Otras veces no sabes ni cómo empezar. Pero lo más importante de todo es creer. Cuando crees todo se puede".

El tiempo se frisó y en solo dos segundos Manrique vio en los ojos de Antero las escenas de su padre, las de las catacumbas, las de la diabólica capilla, el pecho abierto del muchacho en la mesa de preparación de la funeraria, a su madre anquilosada en

la mecedora, al buque insignia hundiéndose, a trujillo al lado del jefe norteamericano cuando lo felicitaba por haber salvado a los gringos del naufragio, a trujillo cuando le dijo al lado de su compadre Gallito en el Espinito, "yo espero que el hombre siga por buen camino para que no se me pierda, como algunos amigos míos que más nunca los he vuelto a ver. Y hablando de eso, salúdeme a Desiderio Arias, dígale que uno de estos días nos juntamos de nuevo". Vio las imágenes siamesas de su gran jefe militar y amigo Desiderio Arias y vio su cabeza rodando por el suelo.

386

Luego rompió la carta, la metió de nuevo en el sobre, y caminando hacia Antero le dijo:

—Dígale a su "jefe" trujillo, que ya tengo un socio que es el doctor Jobert, y no necesito a más nadie.

Entonces le extendió el sobre a Antero y cuando este fue a tomarlo, lo agarró por el cuello, sacándolo de la silla de la mula y atrayéndolo hacia él con las paticas suspendidas dos metros en el aire, a la altura de sus ojos verde cólera. Antero estaba comenzando a ponerse morado cuando uno de los guardias le dio un culatazo a Manrique en la cabeza. Manrique se viró impasible, como si le hubiera picado un mosquito, le arrebató el fusil al guardia con la mano que tenía libre y lo desguazó en el suelo de un solo golpe. Luego miró al teniente y le dijo:

—Si mueven un solo músculo le parto el cuello – refiriéndose

al débil Antero, que parecía una enredadera marchitada y flácida en los brazos de Manrique.
Entonces el teniente apuntó rápidamente a Justa, y le ordenó:
—Suéltelo, sino quiere que haya duelo esta noche en su casa.
Manrique se resquebrajó en mil pedazos al ver la cara de terror de Justa y soltó inmediatamente a Antero que cayó como un saco de papas podridas al suelo mientras se llenaba los pulmones secos de aire.
El teniente apuntó a Manrique y vociferó a sus guardias:
—Cójanlo preso. Vamos a ver si es tan guapo delante del jefe.
Todavía en el suelo, tosiendo y carraspeando la dolida garganta, Antero reunió todas sus fuerzas y levantó temblorosamente su huesuda mano derecha en señal de alto.
—No hagan nada.
—Mire, carajo, ¿quién es usted para dar órdenes? —le contestó el oficial.
—El Jefe dijo que no le pusieran un dedo encima a Manrique —contestó Antero tosiendo hasta la hiel.
El oficial se mantuvo apuntando a Manrique por algunos segundos, quitó el gatillo del revólver, y visiblemente contrariado por la orden que tenía que cumplir, gruñó a sus hombres.
—¡Bajen las armas! Dejen a este león tranquilo... por ahora.
Eso sí, algún día nos vemos por ahí —dijo con un gesto sádico en su rostro mientras veía a Manrique y luego a Justa.

—Cuídese y cuídela a ella, en estas lomas se pierde mucha gente. ¡Ayuden a ese engendro! —ordenó a sus hombres —y vámonos de aquí, que las avispas se van a comer a uno.
Antero se subió como pudo a su mula y mirando hacia Manrique, que parecía fusilarlo con la mirada, dio media vuelta y lo vio lacónicamente por encima de su joroba, resentido y malogrado, como aquella vez que doña Casilda le diera el rapapolvo debajo del flamboyán en el centro del pueblo de Loma de la Bestia, cuando sermoneaba a los niños del lugar.
Manrique quedó viéndolo fijamente hasta que su joroba comenzó a disiparse entre la espesa bruma de esa mañana de agosto. Justa se acercó a Manrique y le limpió con un pañuelo blanco una gota de sangre que le bajaba por la sien y le dijo amorosamente:
—Vámonos adentro, amor, ven, olvídate de ese hombre. Tú no te mereces esto. Ven, que tus hijos están llorando.
Manrique se dejó llevar de la mano por su diminuta gran mujer y se internó en la casa, abatido y desilusionado, sin saber qué hacer, sabiendo que trujillo no haría la carretera y que el proyecto de Buenavista estaba al borde del fracaso.
***
Justa trató en vano de convencer a Manrique que abandonaran Buenavista, que la empresa estaba perdida, que los víveres y las habichuelas no dejaban de reproducirse y no había forma de sacarlos de aquella fortaleza natural. Pero Manrique no podía

ni con él mismo, no salía de la habitación desde donde veía la finca sembrada de frijoles. Un mar verde que se extendía por tareas y tareas de tierra, con matas del tamaño de un hombre repolladas hasta el cogollo de frijoles. Ahí se la pasaba tomando café y la mirada perdida en el horizonte verdoso. El pecho de nuevo adolorido, en el lugar del segundo maldito pelo, ese que se hubiera arrancado de raíz, aunque le desprendiera de tajo el corazón, la misma mirada ausente de su padre Salvador Quimera cuando embarcó rumbo a esta isla, abandonando a su padre Desiderio, su madre y los sueños, los sueños ilusos de un pueblo que quería ser libre. De vez en cuando evocaba el sueño de Buenavista y se sonreía vagamente cuando recordaba

el cedro que nacía y crecía desproporcionadamente, subiéndolo a él y a su caballo en una de las inmensas ramas y elevándolos a ambos a una altura descomunal mientras el árbol se los pasaba graciosamente de rama en rama, como si jugara con ellos, y ellos perdían el miedo a la altura y se dejaban zarandear por él y se reían a carcajadas, Manrique y su caballo, su compañero de viajes, su gran amigo. En momentos como esos salía de la casa y se aproximaba a Veterano, que no se había separado de él ni un solo instante desde que llegaran a Buenavista, y lo abrazaba y le pasaba la mano tiernamente por su crin de candela, y le susurraba algunas cosas al oído.

—Amigo, fiel amigo, tú que nunca me has abandonado, tú

que siempre sabes a donde ir, dime ¿qué hacemos? Buenavista nos está tragando y parece que no hay forma de salir. Levanta tu hocico y huele, huele el camino, huele el viento y dime ¿hacia dónde tenemos que ir?, como lo hiciste cuando salimos de San Felipe, como cuando me guiaste al campamento del general, cuando oliste la sangre de los guerrilleros alzados, dime, Veterano, ¿qué hago?

Así pasaron varias semanas sin que Justa, ni Iluminado, ni Apolíneo, ni el belicoso de Aquiles, ni Cleto, ni nadie lo animara a pararse de la silla frente a la ventana de la habitación de su alma derruida.

Simonga había caído varias veces en trance, apoderado de la entidad que él más temía: Papá Liborio. La última vez que se le montó Papá Liborio a Simonga, se subió al techo de los almacenes, dando saltos como un mono, vociferando y profiriendo amenazas en creol y en su español machacado, con una voz ronca que parecía sacada del fondo del mismo averno. Luego de que los hombres le tiraran guayabas y naranjas maduras para que bajara de ahí, Simonga dio un salto, cayó rodando por una pila de pasto seco, y comenzó a convulsionar con los ojos en blanco. Mientras diez hombres trataban de contenerlo, Justa se acercó con un balde de agua mezclado con hojas de menta para arrojárselo como en otras ocasiones, pero antes de hacerlo, quedó pasmada al oír lo que dijo el haitiano con aquella voz espectral, el rostro pálido como una piedra lisa del río y su semblante

transmutado en otra persona completamente distinta y siniestra.
—Usted se va a podrir con todo y Buenavista ¡De aquí no sale nadie!
389
A partir de ese día comenzó el éxodo de los campesinos. La voz de Simonga se corrió como el viento y uno a uno comenzaron a abandonar el proyecto, sin nada más que sus cuerpos rollizos, despidiéndose con una triste y justificada mirada de los Quimera, de Justa, que los veía marchar por enfrente de la casa sin decir nada, ausente y solitaria, abandonada al destino. Manrique no estaba más en la ventana.
Una de esas mañanas, Justa se despertó de madrugada oyendo un murmullo a lo lejos, un rumor como de río seco, como si lo tuviera dentro de la cabeza, se paró en la ventana y lo escuchó aún más fuerte. Entonces miró hacia el campo de frijoles y no lo vio.
—Manrique, Manrique, ven corre que me quedé ciega.
Justa se frotaba frenéticamente los ojos y cuando volvía a mirar al campo, nada, desolación total.
Manrique se levantó con los gritos.
—¿Justa, y qué alboroto es este?
—Me estoy quedando ciega Manrique, no veo nada y este zumbido dentro de mi cabeza me tiene loca. Ni siquiera veo la siembra de frijoles.
Manrique aguzó el oído y observando el campo a lo lejos,

constató para su desgracia lo que Justa le decía.
—Justa, no te estás quedando ciega, ese murmullo que oyes no está en tu cabeza, son gusanos en el campo de frijoles, y no los puedes ver porque se comieron la cosecha entera durante la noche. Ese maldito Antero, pájaro de mal agüero, tiene que haberle echado mal de ojo.
Cuando bajaron a la plantación, Manrique y Justa pudieron ver a las insaciables orugas, unos pequeños monstruos de seis pulgadas, amarillos como el sol, que comían hasta reventarse. Se habían comido el tallo hasta el suelo, no quedó nada, las pocas plantitas que quedaban en pie no se veían por la cantidad de gusanos que tenían encima. Todo un campo lleno de lozanas matas de frijoles que no dejaban ver a los hombres cuando trabajaban, devoradas en una sola noche. Manrique, tomó un gusano en sus manos, lo exprimió y se marchó a la casa, encerrándose de nuevo en la habitación. Esa misma tarde Justa se lo dijo:
—Manrique, esta vista ya no tiene nada de bueno, hasta hoy te acompaño en tu Buenavista.
—¿Me abandona, doña? —Las palabras de Manrique apenas

se escucharon desde el rincón de la habitación donde se había exiliado.
—Dije que hasta hoy te acompaño en Buenavista; dile a Cleto que prepare la mudanza que me voy con los muchachos de madrugada.

Manrique sabía que no podía hacer nada. Él la conocía bien. Cuando Justa hablaba en ese tono nada podía disuadirla ni hacerle cambiar de parecer. Por eso era una Arias.
En ese mismo instante salió de la habitación e informó de la situación a su cuñado.
—Cleto, prepare los animales, Justa se va de madrugada con los muchachos. Lleven todo lo que se pueda, pero recuerde que el camino está bien malo con las lluvias que han caído y que no quedan muchos hombres.
—¿Y usted cuñao, qué va a pasar con usted?
—Yo me voy después. Alguien tiene que llorar el fracaso.
391
CAPÍTULO 5
¿Libre albedrío? ¡Ja!
El apresamiento de Manrique
Al diablo con los sueños Veterano, no quiero soñar más, quisiera enterrarme para siempre en esta tierra maldita, echar raíces, sí Veterano, quiero echar raíces y que no me saque nadie de aquí, fundirme con la tierra, con Buenavista, con todos sus frutos podridos, ahogarme en sus arroyos y no subir más a la superficie sucia que lo ha contaminado todo, si por mí fuera echara raíces aquí mismo en la silla a la que te he condenado, con tu permiso me fundiría en ti, en tu compañía, en tu honor, en tu guía, no sé a dónde ir Veterano, dime hacia dónde voy, siento que el cuerpo se me quema por dentro y no creo que sea la fiebre

esa que me empezó cuando Justa me dijo que se marchaba de Buenavista y que me dejaba, que me dejaba atrás como a uno de estos víveres inservibles, que tampoco se han podido sacar de aquí y se están pudriendo, pero no la culpo, la doña tiene razón, esto está perdido, todo está perdido, las esperanzas están perdidas, la gente está perdida, el país está perdido, perdido en riqueza pero podrido por dentro como Buenavista, sino mira a Desiderio Arias como se perdió, se perdió para siempre, ese portento de hombre, y así se están perdiendo decenas, cientos, miles de hombres en este país y se perderán más, oye que te lo digo Veterano, se perderán más, esto es el principio, aquí en esta tierra se perderán más hombres que cosechas y mujeres también y niños, todos se perderán y se pudrirán como los víveres de Buenavista, y por mucho tiempo nadie podrá sacarlos de su entierro, quedarán bajo tierra mezclados con la escoria, atiborrados de gusanos, pisoteados por los de arriba, por otros hombres, por animales, rollizos animales que engordarán a

costa de ellos, los muertos, sin piedad y sin remordimientos, ¡Ay Veterano cuánto dolor! Qué amargura siento, es como si me estuvieran arrancando el corazón con una coa y en su lugar sembraran una mata de sábila, ese maldito segundo pelo se está retorciendo con todas sus fuerzas y me está retorciendo hasta el alma, ya me lo he arrancado como mil veces y al poco rato está ahí de nuevo, asomando su maldita boca de chivo por entre mi piel

seca y dolida, no creo que me vuelva a enderezar después de esta Veterano, de esta no me salva nadie, sálvate tú si puedes, ¡anda, corre! corre libre por las lomas de Buenavista y sigue corriendo por todo el país, corre y anuncia a los hombres, mujeres y niños que van a sufrir sin clemencia durante treinta años, y que miles han de morir, así como ha muerto Desiderio Arias, pero diles también que no dejen de luchar, que peleen como lo hizo él, que levanten las armas, que levanten las armas de la tierra y por la tierra, que es su tierra y de nadie más, así como lo pensaba Desiderio Arias, así como lo pienso yo, o lo pensaba, porque ya no sé ni qué pensar, anda Veterano, mi Pegaso alado, vuela libre y cuando pises la tierra que retumbe con tus cascos y que los frutos caigan de sus cogollos como cuando salimos de San Felipe, levanta el polvo de los caminos y relincha, que tu crin de candela ondee por los cielos en señal de libertad, que todos te vean Veterano, que todos te sigan, que todos encuentren en ti la esperanza, porque yo ya la he perdido; me siento muy caliente, siento que me estoy quemando por dentro Veterano, parece que estoy llegando al mismo infierno. ¡Vete ya! vete... vete...

***

No quiero escribir más de esta historia ajena que me han motivado transmutar en literatura, en cambio me siento más fértil para escribir sobre mí mismo, sin puntos ni comas, sin acentos, así como Jack Kerouac ha dicho que escribas, desde el centro de tu alma, sin tapujos, sin pensar en lo que los demás

dirán, así quiero escribir, porque me da la gana, porque lo siento desde el centro de mi alma, porque soy así. Ya es tiempo de revelarme, abrir mis alas y volar... volar...
Libre albedrío ¡Ja! la mentira más grande de Dios.
393
¿Libre albedrío de qué? ¿De nacer, de morir? Según este gran artificio de Dios quizá tendremos el chance de elegir entre ser contable o arquitecto, entre casarnos o no, ser gay o heterosexual, estar fit o hartarnos de comida chatarra, fumar y beber alcohol o meter cocaína y crack, incluso podríamos decidir con suficiente autonomía, según el libre albedrío, asesinar a todo un pueblo o salvarlo, pero, y que hay de nacer, podemos elegir cuándo o cómo podemos nacer, ¿a no ser por la necesidad imperiosa de nuestros padres de coger? No. No se puede. Lo mismo que morir. Nadie es capaz de decidir cuándo morir. Excepto los suicidas. Claro, lo más fácil es pegarse un tiro en la sien o llenarse los bolsillos con piedras y tirarse por un acantilado. Pero en realidad los que llegan a eso son unos pendejos, ahí estoy de acuerdo con las escrituras en eso de que los suicidas deben irse al infierno. Pero ¿decidir cuándo y cómo morir, naturalmente, morir pacíficamente según lo queramos, siempre dentro de los cánones impuestos por nuestro Señor? No señor, eso no existe. Quién de nosotros los simples mortales podría elegir morir un fresco día de verano mientras observa una increíble puesta de sol en una playa solitaria, así nada más, sentado quedamente en la arena,

¿quién? O justo después de hacer el amor con la mujer amada. O morir escuchando las cuatro estaciones de Vivaldi después de terminar una copa del mejor vino reserva Rivera del Duero. O Luego de un concierto de Pink Floyd, o antes de salir a la guerra, o antes de ser fusilado, o... ¿Quién? No es cierto que los humanos tengamos la libertad del libre albedrío. Los que piensen así, son como la piedra de Spinoza, que luego de que alguien la tira, se cree que sigue moviéndose por sus propios medios. Que ilusos. Lo mismo que "...esperar que un trozo de madera se mueva hacia mí sin ser halado por una cuerda..." como diría Schopenhauer.
Al final creo que Spinoza y Schopenhauer tenían razón.
Si en realidad tuviéramos un libre albedrío, yo me conformara solo con elegir qué soñar. Mi cuota de libre albedrío quisiera agotarla en seleccionar cuidadosamente mis sueños. Quisiera no tener que soñar los mismos sueños recurrentes de siempre, con que me persiguen, con que no puedo correr, con la misma ola gigantesca que va a engullirme, quisiera no tener que soñarme con el ruido ensordecedor de la ciudad, con que me estoy orinando, con que me despiertan, quisiera no tener que soñar que mis padres me abandonarán y que recorro infinitamente un

callejón sin salida en busca de ellos; en cambio, quisiera poder elegir soñar en blanco y negro o a color, quisiera elegir soñar que estoy haciendo el amor ininterrumpidamente sin tener que levantarme en la mejor parte del sueño, quisiera soñar que vuelo

sin alas, que camino despreocupadamente por una pradera, sin urgencias ni premuras, sin propósito alguno, libre, quisiera poder soñar que no me matan, que soy feliz.
Personalmente, agradecería ese detalle en el capítulo de libre albedrío con el que Dios nos premió.
***
Montada en la mula Mariana, Justa llegó al Espinito cinco años después con cuatro muchachos en vez de dos, Cleto, Clementina, una vaca, un barraco, una chiva, un cajón con seis gallinas, dos sacos de víveres y las monedas de oro que Desiderio les había regalado a ella y a Manrique en ocasión de sus bodas. Todos estaban más gordos, aunque los animales los había escogido Cleto entre los menos rollizos para que pudieran hacer el viaje; pero sin nada más que esas tristes libras de grasa repartidas
entre sus abatidos cuerpos cansados y desilusionados. A medida que Justa iba avanzando en la callejuela principal del Espinito, hombres, mujeres y niños fueron sumándose a la llegada, quitándole todo el peso de arriba, desmontando delicadamente sus pertenencias, la carga de víveres, amarrando a los animales, ayudando a Clementina con los muchachos, de manera que cuando la mula Mariana dio el último de los pasos para llegar a la casa de los padres de Justa, que la esperaban ansiosos y mucho más viejos, múltiples manos que parecían enredaderas la habían cargado a ella también que estaba casi desmayada y depositado en un sillón de la terraza de la gran casa victoriana de los españoles.

—Por primera vez en mi vida estoy tan cansada —le dijo con la voz rota a su madre.
La española miró al esposo con tristeza y pasándole la mano por la frente a su hija, le dijo:
—No te preocupes mi amor, hasta tú te puedes cansar.
Manrique llegó una semana después de Justa. Durante siete días estuvo deambulando por las colonias de Buenavista, ahora vacías, dialogando con Veterano acerca de la situación, vagando
395
en su soledad con una fiebre en cuarenta grados. Para el séptimo día Manrique había perdido el conocimiento por completo y Veterano, que sabía que su amo no estaba bien, marchó lentamente de vuelta por el camino que había recorrido años atrás hasta el Espinito. Allí, a pesar de su peso y de la inmensa carga muerta de los sueños perdidos, lo bajaron entre cinco hombres del lomo del caballo y lo llevaron a la casa de los suegros, donde la madre de Justa le preparó una de sus poderosas infusiones ibéricas, para luego acostarlo junto a su hija, que todavía descansaba de su justo ataque de fatiga.
Tanto Iluminado, Apolíneo, Elsa Anunciada y hasta Aquiles se retorcían por el dolor en el pecho, nunca antes habían sentido la profética fuerza del primer pelo arrancarles toda su alma, para ellos ese dolor era inexplicable, sin sentido, siendo niños, su mundo no giraba todavía en torno a las preocupaciones de sus padres, pero aun así experimentaban la misma desazón que

cualquier Quimera hubiera sentido en una condición como esa: la del fracaso.

Aunque Iluminado no escapaba a esta condición, el dolor en su pecho le provocaba otro tipo de sensaciones; este retorcijón del segundo pelo era nuevo para él y de esa misma manera lo afrontaba, como algo diferente, inusual, hasta provocativo, de tal manera que solo a él podía vérsele jugando por horas con el pelo sempiterno, halándolo, enroscándolo más de lo que estaba y cerrando sus ojos por horas mientras lo sostenía por la punta entre el dedo índice y el pulgar de la mano derecha y con la izquierda se tocaba el centro de su cabeza.

Justa se levantó de la cama al otro día de llegar Manrique, el sol desperezándose sobre la antigua casa victoriana, y comenzó a preparar desayuno para todos en la casa, incluyendo los trabajadores. Para cuando su madre había entrado a la cocina, Justa ya había pelado un racimo de plátanos, diez libras de yuca, cinco de ñame, los había hervido junto con doscientos huevos, además de freír diez libras de queso blanco, todo eso aderezado con un suculento escabeche de cebollas blancas y rojas y una cubeta de nata que extrajo de la leche recién ordeñada de la vaca que trajo de Buenavista.

—Pero Justa, y dónde tú crees que estás, esto no es Buenavista, querida, aquí nos quedan apenas diez hombres y cinco mujeres, el resto de los vividores está trabajando en sus tierras.

Justa no le hizo caso y prosiguió con sus quehaceres, sirviendo lomas de plátanos machacados acompañados de queso y huevos que se resbalaban sin remedio por el borde de los platos de higüeros. Justa insistió en que todos debían desayunar, que todos debían comer y que no podía sobrar nada, absolutamente nada, nada podía perderse, como la inmensidad de víveres que se perdieron en Buenavista. Los muchachos quedaron ahítos, el padre de Justa alabó el magnífico desayuno diciendo que hacía años no probaba algo tan delicioso, "me hacía falta tu sazón Justa", la madre no tuvo más remedio que hartarse también, así como decenas de hombres, mujeres y niños que ella invitó al portentoso desayuno que parecía no terminarse nunca. Manrique fue el único que no comió, por más intentos que hiciera su suegra de despertarlo, Manrique continuaba tumbado en la cama arropado de pies a cabeza. Y mientras Manrique durmió, Justa no paró de hacer quehaceres, de seguir cocinando, de lavar la ropa en el río, de limpiar la casa hasta dejarla como un espejo, de barrer, pulir, brillar, limpiar, fregar, organizar, cocinar, cortar, pelar, deshollinar, mojar, sembrar, desollar, aderezar, condimentar, trapear, engavetar, doblar, hornear, amasar, adobar, ablandar, guisar, asear, blanquear, descurtir, hasta que un día fue al aljibe, llenó un jarro de agua fría de enero, caminó hasta el aposento donde todavía dormitaba Manrique, se acercó mecánicamente a la cama y regó delicadamente todo su gélido líquido sobre el cuerpo amodorrado del hombrón, como si estuviera regando

uno de los tarros de especias que la española cosechaba en la terraza de la casa. Manrique se levantó como un rayo, los ojos atolondrados, secándose el líquido intruso, mirando asombrado a Justa que procedió entonces a arreglar la cama donde él estaba como si nada hubiera pasado.

—Esta cama tiene que arreglarse —le dijo a un Manrique pasmado del susto.

***

Elsa Anunciada nunca soñaba, eso se supo el día en que Justa le preguntó si las extrañas visiones que ella tenía cuando estaba despierta las tenía también durmiendo, pero Elsa Anunciada le dijo que no, que ella no recordaba ningún sueño nunca, que al levantarse solo recordaba el haberse acostado la noche anterior.

Las visiones de Elsa Anunciada, por el contrario, no solo las recordaba ella sino todos en la familia, porque tenían siempre que ver con el futuro de uno de ellos. Ya fuera en la cocina, en el baño, en el río o montada a caballo, Elsa caía en trance, abría los ojos como dos tulipanes y los dejaba fijos hacia la nada, mientras comenzaba a narrar en presente lo que iba a ocurrir en el futuro. Era imposible no hacerle caso, primero por la manera en que lo narraba, las palabras de gente grande que usaba, los detalles, las descripciones de las personas, los lugares y hechos que ocurrían, la verosimilitud de lo que contaba; y segundo, porque casi siempre ocurría.

La primera visión que tuvo fue al primer año, como no sabía hablar todavía, nadie la entendió cuando comenzó a hablar repentinamente esa sarta de disparaticos. Pero finalmente ocurrió lo que tenía que ocurrir: un coco maduro se desprendió de un racimo y cayó justo al lado de Iluminado. Clementina dijo que ella había pronunciado varias veces la palabra coco, pero nadie le hizo caso a eso. La segunda vez ya hablaba y ocurrió una semana antes de que los gusanos se comieran la siembra de frijoles. Tampoco se pudo entender lo que decía porque lo narró metafóricamente: "Una nube de diablitos verdes llega de repente y se comen el mundo entero".

Luego de ocurrir la desgracia, Justa recordó sus palabras y prestó más atención a sus eventos.

La tercera fue antes de llegar Manrique de Buenavista: "Papá le prendió candela a los montones de víveres en Buenavista y no para de hablar con Veterano. Papá está quemándose por dentro. Papá no come. Papá no bebe agua. Papá no despierta y Veterano se lo echó al lomo. Veterano va a llegar con papá. Papá todavía está durmiendo".

Pero esta vez Justa no pudo oírla porque Elsa estaba jugando en el patio de la casa, la que lo oyó todo fue la abuela, pero no le hizo caso, ya tenía demasiado con Justa, acabada de llegar de Buenavista y el fracaso pintado en la cara. Así sucedieron algunas visiones sin mucha importancia, imágenes de puercos pariendo por la boca, o yeguas pariendo pollos, o de platos que se rompen

y vuelven a armarse, o de un sabroso dulce de leche que sabe amargo, o de una lluvia repentina al revés, o de uno de los ataques de sueño de Iluminado a plena luz del día, cosas comunes, pero que le sirvieron a Justa para confirmar sus sospechas de que las

visiones de Elsa eran realmente hechos que iban a suceder tarde o temprano. Como sucedió la vez que llegaron los guardias a llevarse a Manrique.

"El sol está brillante y el cielo, azul, mamá está haciendo un locrio de gallina, el olor se siente en todo el Espinito, Aquiles está discutiendo con Apolíneo porque le quitó un caballito de madera que le hizo papá, el suelo comienza a temblar y se oye un ruido grande, llegan unos hombres a caballo vestidos de verde con las caras como un machetes, vienen a llevarse a papá, a papá se le ponen los ojos bravos, papá los levanta como jueguitos, papá va a partir en dos a un guardia, un oficial apunta con un arma a mamá, se llevan a papá amarrado porque el jefe lo mandó a buscar, devuelven a papá con los ojos cocidos".

Justa no se atrevió a comentarle esta visión a nadie y la sufrió en soledad hasta el día que ocurrió el hecho.

***

Manrique estaba recostado de una silla de guano haciéndole un caballito de madera a Aquiles cuando llegó un grupo de guardias a caballo. De inmediato reconoció a uno de ellos, era el teniente que había ido con Antero a Buenavista a llevarle el

mensaje de trujillo.
—Así lo quería agarrar, mansito como un corderito. Párese de ahí que usted se va con nosotros a ver al Jefe —le dijo lo suficientemente alto para que lo oyera todo el vecindario.
Manrique se paró de la silla, dejó el caballito de madera a un lado, limpió el sable heredado del oficial español con el que estaba esculpiendo el pedazo de madera, luego lo envainó y se dirigió hacia el grupo. Los guardias sobaron sus armas al instante y lo apuntaron.
—Yo era el que quería verlo de nuevo, en otras circunstancias, como ahora, por ejemplo. Venga a llevarme si en verdad usted es un hombre.
—Ah! pues es verdad lo que dicen por ahí ¿Por eso es que le llaman "el hombre"?
Y mientras hacía una señal a sus hombres, el teniente sacó un tabaco de su bolsillo y procedió a encenderlo con toda su aparente calma. Cinco hombres se acercaron fusil en mano hacia Manrique. Ninguno sabía qué hacer, le daban vueltas a

su alrededor como si fuera un tigre hambriento, hasta que el teniente les gritó con la boca llena de humo:
—¡Carajo! ¡Es ahora que lo quiero!
Uno de ellos se acercó a Manrique e intentó darle con la culata del fusil, pero Manrique agarró el arma en el aire, la desflecó en el suelo y luego se abalanzó sobre el guardia infeliz levantándolo

como una hojita sobre su cabeza, sobre sus siete pies, arrojándolo entre gritos y súplicas a más de cinco metros contra el suelo. Luego se soltó la vaina del sable de la cintura y se cuadró frente a los hombres que lo miraban estupefactos.

—¡Me cago en el diablo! pero voy a tener que hacerlo yo mismo! Eso sí, ustedes son los que van a responder personalmente al Jefe.

Los otros guardias corrieron la misma suerte que los demás, en poco tiempo estaban todos regados por el piso quejándose de los golpes. Cuando Manrique marchó hacia el teniente, este solo atinó a sacar el revólver y apuntar a Justa que acababa de salir con Aquiles en los brazos.

—Otra vez con lo mismo —le dijo cínicamente a Manrique

—Pero a la verdad que usted es como el mojón, que no coge cabeza. Si me pone un dedo encima, se va a arrepentir para toda la vida.

Manrique se desinfló como una vejiga, miró a Justa que se había detenido de golpe abrazando a Aquiles, sin dejar un pedacito de su piel al descubierto, y con forzada resignación le tendió las manos para que lo apresara. Sus ojos clavados en los del teniente como los clavos en la cruz de Cristo.

Al ver esto, Justa salió impelida como un rayo con el muchacho en las manos reclamándole al teniente.

—¿Qué es lo que ustedes quieren de nosotros? Déjennos en paz, nosotros no le hemos hecho daño a nadie, si lo único que

queremos es vivir nuestra vida, ¡suéltenlo, suelten a mi esposo! Aquiles se le zafó del brazo y comenzó a tirarles piedras a los guardias. Iluminado que había llegado corriendo con el alboroto, lo agarró por el brazo no sin antes salir expelida la más grande de todas las piedras que le rozó la oreja izquierda al teniente.

—Pero bueno carajo, y esta mierdita, también quiere que me lo lleve pa' echárselo a los perros del Jefe.

—¡Atrévase a tocarlo para que vea que del que no va a quedar nada ni para los perros es de usted! —le dijo automáticamente Manrique.

400

El teniente desvió la mirada como si no fuera con él y disimuladamente arreó el caballo un par de metros lejos de Manrique.

Iluminado apenas podía sostener a Aquiles que se estremecía como un perro con rabia en sus brazos.

Los españoles llegaron con algunos trabajadores y conociendo la manera en que procedían los guardias de trujillo, se limitaron a permanecer al lado de Justa, abrazándola y diciéndole que se calmara. Los vecinos abucheaban a los guardias desde una moderada distancia. En un momento Justa intentó agarrar el sable de Manrique que había quedado en el suelo, pero Iluminado, que había dominado ya a Aquiles, la tocó con su dedo índice y le dijo tiernamente: "No". Ella soltó el sable y calló de rodillas:

—Suelten a mi hombre, suelten a mi hombre... ¡suéltenlo

malditos!
Manrique se dejó amarrar mansamente las manos, en medio de los reclamos de Justa que intentaba zafarse de los brazos de su padre.
—Justa, no te preocupes, vete adentro con los niños, que aquí no ha pasado nada todavía. Dale el caballito de madera a Aquiles para que se tranquilice.
Entre gritos y reclamos, los guardias se llevaron a Manrique, amarrado con una soga que le daba la vuelta a las manos y al cuello, ellos a caballo y él a pie.
Justa quedó hincada, empapando el suelo de tierra con sus lágrimas mientras Apolíneo salía del baño con el pelo mojado hacia atrás y un peine en las manos. Su belleza irradió el lugar.
Después de tres horas de trillos y lomas, llegaron con el sol sobre sus cabezas al destacamento de Joba arriba, los guardias y los caballos jadeando del calor y Manrique, inmutable, apenas respirando, con una sola gota de sudor hirviendo en su frente. Al otro día iban a trasladarlo a la capital.
La celda se llenó de guardias y chivatos que iban a ver en persona a "el hombre". Manrique se había convertido en un espectáculo para todos ellos, un animal de circo, una fiera salvaje que tenía que ser sacrificada. Nadie se atrevía a acercarse a las rejas del pequeño habitáculo. Algunos se atrevían a lanzarle algunas piedrecillas para intentar romper la mirada de hielo de Manrique hacia una de las esquinas de los muros de cemento pulido.

401

Ya en la ciudad capital, en el cuartel general de la policía, todos esperaban al Jefe. Todos menos Manrique, que no dejaba de pensar en Justa y sus hijos. Al final de la tarde, trujillo entró por la puertecilla de una habitación oscura y húmeda, como la cueva de una tarántula, alumbrada por la inquisidora luz de un bombillo incandescente que colgaba de un alambre de electricidad que se tambaleaba ligeramente de un lado a otro. En una esquina de la lúgubre habitación sobresalía el brillo de cuchillos de deshuese de animales y otros instrumentos del placer, o del terror y la tortura, como alicates, pinzas y prensas, a parte de otros que no brillaban tanto pero que ofrecían un excelente desempeño, como los cables de ciento diez y doscientos veinte voltios, el taladro, los fuetes y los sueros de la verdad.
trujillo entró acompañado como siempre lo hacía cuando llegaba algún huésped nuevo a la instalación, del jefe del servicio de inteligencia, un hombre que parecía un hurón y que nunca cambió su aspecto de roedor mientras trujillo estuvo en el poder, ni siquiera cuando lo sustituían por otro, cuando como por un designio de la genética del terror, el próximo agente adoptaba las características exactas del esbirro con gafas oscuras, como un modelo de clon que se activaba inmediatamente cuando algún donante apto llenaba la vacante. Y como él había miles en el país. Junto con ellos, una escolta de quince guardias más lo seguían como ratas callejeras.

Al entrar trujillo al receptáculo del dolor, un ser hecho como de cera, con una bata blanca manchada de rojo y unos lentes fondos de botella, dejó de amolar uno de los cuchillos y se levantó reverencialmente ante él, articulando con una voz que parecía sacada del centro de la tierra un "bienvenido a su casa, Jefe". trujillo le hizo un ademán con sus manos de que se quitara del camino y dirigió su vista hacia el centro del cuadrante, donde estaba Manrique encadenado a una silla de metal hecha para sus medidas.

Pero bueno hombre de Dios, ¿y qué es lo usted hace aquí? — le dijo mientras se desmontaba las gafas oscuras —yo vine para ver si era de "el hombre" que me estaban hablando, porque a mí me dicen que dizque usted no respeta a nadie y que no reconoce la autoridad, que supuestamente usted no tiene ningún jefe. Si eso es así, ¿entonces quién carajo soy yo?

Manrique no tuvo que levantar la mirada para verlo, porque, aunque estaba sentado, trujillo le quedaba a la misma altura de sus ojos. Lo observó penetrante.

—Que yo recuerde, usted era un muchacho de mandados de los gringos, ahora no sé si lo es, pero lo que yo le puedo asegurar es que jefe mío no es. Mi padre era el único y ya no está aquí en este mundo.

El hurón con los lentes oscuros se aproximó repentinamente y le soltó una bofetada a Manrique que no le movió la cara ni un

centímetro.
—Mire carajo, el jefe es el jefe, y mucho más de una mierda como usted. Vuelva a repetir eso y usted va a saber lo que le hacemos a los que no reconocen El poder del jefe.
—Tranquilo Jhonny, tranquilo, quizá Manrique está todavía medio turulato del fracaso que tuvo en el hoyo ese de Buenavista. Me dijeron que hasta se iba a morir de una calentura. Yo se lo mandé a decir a usted con su amigo Antero, pero no quiso escucharlo, no quiso asociarse conmigo. Lo hubiera hecho y a estas alturas estuviera sacando toneladas de productos por la carretera que iba a construir. Pero, ¿y cómo yo le voy a allanar el camino a uno que lo que está haciendo es poniéndomelo más difícil? Por eso fue que le pasó lo que le pasó a su amigo Desiderio.
Acabando de decir esto, como si todo lo que se decía y hacía fuera parte de un guion planificado para torturar aún más a Manrique, detrás de la espalda de trujillo, salió como una sombra, primero la joroba y luego la cara de gárgola animada de Antero, sonriéndole con su sonrisa de llanto.
Hasta ese momento Manrique había mantenido la cordura, ni siquiera había querido recordar el nombre de Desiderio, más por las amenazas del teniente en contra de su familia que por confesar la estrecha relación que lo unía con su jefe militar y gran amigo. Pero al ver a Antero y escuchar el nombre de su gran amigo salir de la boca de trujillo, su sangre comenzó a hervir.

Comenzó a estremecerse en la silla tratando de liberarse, causando que el piso y las paredes temblaran. No habló ni media palabra, sus ojos clavados en los de Antero y trujillo. Pero los del Servicio de Inteligencia habían tomado las precauciones de lugar, y la silla, en un principio, no cedió.

trujillo, al ver a Manrique contorsionándose, las venas de la sien brotadas y los brazos encadenados a los de la silla tensos y

poderosos como dos barras de acero, reculó hacia atrás mientras los guardias a su alrededor se colocaban al frente.

—¡Ah, pero "el hombre" no es fácil! Manrique, no se ponga así, usted sabe que Desiderio era mi enemigo y quería destruir la paz que tanto trabajo me ha dado construir, la nación con la que todos hemos soñado. Además, los hombres tan guapos siempre terminan mal, si no mírese a usted mismo. ¿Yo no creo que usted quiera terminar como el guardia ese?

Manrique no paraba de estremecerse a pesar de los chuchazos y culatazos que le propinaban los guardias. El verde cólera de sus ojos no era de este mundo.

—Además, Manrique, piense en su familia, usted no quiere que le pase nada malo a ellos —dijo el jefe del servicio secreto mirando al teniente que había apuntado a Justa con el revólver.

—Manrique sabe eso Jhonny, no metas a su familia en esto —dijo cínicamente trujillo, con una sonrisita de lagartija en sus labios embarrados por un bozo no muy tupido.

La silla de metal que estaba atornillada al suelo con decenas de tornillos de acero, comenzó a aflojarse y a ceder a los bruscos movimientos de Manrique.

—Dame una razón para volarte los sesos, condenado hombre del diablo —le gritó Jhonny mientras le ponía la pistola Colt 45 en la cabeza.

—Tranquilo, tranquilo coronel, que Manrique lo que está es liberándose de toda esa mierda que tiene adentro. Usted va a ver como se le olvida en un rato el tal Desiderio ese y toda esa sarta de sueños sin sentido que no lo dejan pensar claro. Manrique es un hombre bueno y lo necesitamos de nuestro lado. ¿Verdad Manrique?

Manrique mugió como un toro y la silla de hierro finalmente cedió y se desprendió del suelo. Todo ocurrió como generalmente se perciben los accidentes en la mente humana, en una especie de cámara lenta que permite observar la escena desde fuera, como un segundo observador, pero sin poder hacer nada. De hecho, nadie pudo hacer nada; la velocidad con que Manrique se había incorporado con todo y la silla encadenada a su cuerpo, no pudo procesarse en la mente de trujillo, ni de Antero, ni de ninguno de los guardias que estaban a su lado, incluyendo al mismo Jhonny que, aunque todavía sostenía la pistola en sus manos, se había retirado un par de metros. Ya parado, Manrique

mugió de nuevo y rompió la cadena que lo tenía amarrado

al brazo derecho de la silla. En este momento, ocurrió lo que ocurre siempre en los eventos inesperados, el tiempo volvió a su velocidad normal y todos cayeron en la realidad de lo que estaba ocurriendo, e intentaron actuar. Pero fue demasiado tarde. Manrique se había abalanzado sobre trujillo y su mano derecha iba como un tren sin frenos hacia su cara. Jhonny, que por algo tenía el puesto que tenía, tuvo la agilidad de agarrar a su "jefe" por un brazo y jalarlo bruscamente. Pero de nuevo, demasiado tarde. El dedo índice y el anular de Manrique habían alcanzado la cara de trujillo arrancándole de tajo la piel con todo y bigote. Para ese momento, los quince guardias se habían abalanzado sobre Manrique tumbándolo al suelo.

—¡Me cago en Dios, coñaso! agarren bien a ese maldito hombre que casi me deja sin boca —vociferó trujillo agarrándose los labios que no dejaban de sangrar.

Jhonny le dio un culatazo con el mango de la pistola en la cabeza a Manrique y apuntándole en el medio de los ojos le preguntó a trujillo:

—¿Se lo mato aquí mismo jefe, se lo mato, dígame que sí pa 'vaciarle el peine entero a ver si va a seguir jodiendo?

Temblando de la ira, mientras trataba de detener la sangre de sus labios con un pañuelo blanco, trujillo negó drásticamente con la cabeza y dijo enfáticamente:

—¡Te dije que no coño! ya quisiera yo hacerlo con mis propias manos, no lo mato aquí mismo porque va a pasar lo mismo que

con el maldito Desiderio, lo vamos a convertir en mártir – y mirando al hombre de cera y los lentes de vidrio doble le gritó:
—él no quiere ver la realidad de este mundo: ¡CÓSALE ENTONCES LOS OJOS PA' QUE NO SUEÑE MÁS DESPIERTO AL MALDITO QUIMERA
ESTE! Y vámonos de aquí para no desgraciarnos más la vida con esta mierda.
El coronel, los guardias, que todavía sostenían a Manrique y el mismo Antero, que tenía rato amparado bajo el rellano de la puerta, no pudieron disimular su estupefacción al ver la cara de trujillo cuando se descubrió la boca. Con el zarpazo, Manrique le había arrancado simétricamente un pedazo de piel con todo y pelos a cada lado del bigote, dejándole un ridículo mostachón sobre sus labios. Sus hombres, entre la culpa y el terror, tuvieron que invocar a la santísima virgen María para no reírse, incluyendo al mismo jefe del servicio secreto.
405
Manrique logró mirarlo por entre los brazos y piernas de los guardias que lo habían reducido al suelo y observándose los dedos y uñas llenas de sangre y pelos, pensó "por lo menos cada vez que se mire en el espejo, recordará a Desiderio Arias y a todos los Quimera". Y así fue, porque en el lugar de las heridas nunca más le creció un solo pelo a trujillo, tuvo que conformarse con lo que le quedó, un emblemático bigotico hitleriano que lo marcó durante toda su vida. Y su muerte.
Luego, él mismo y los historiadores serviles, se encargarían

de difundir que lo de su repentino cambio en el bigote se debía a una cuestión de moda entre los jefes de estado del mundo, hombres como Hitler, Mussolini y Franco.

***

Telma comenzó a sentir una molestia repentina en el estómago, todas sus entrañas se removían como si las tripas las tuviera llena de lombrices, pero no una, ni dos, ni tres, cientos de lombrices revolcándose dentro de ella, una fiesta de asquerosos anélidos dándose vida con sus vísceras. Se apoyó en el escritorio de tablones de flamboyán porque un vahído le nubló la vista y temió desmoronarse ahí mismo delante de sus estudiantes, pensó que el malestar se debía quizá a las habichuelas con dulce que había preparado Mina para la Semana Santa, pero luego recordó que solo había probado una cucharada porque ya se sentía con el estómago revuelto, pensando en esto experimentó una náusea terrible, como si se hubiera comido el caldero entero de habichuelas con dulce, la sensación de que algo se le movía en su estómago, de que tenía todo su sistema digestivo infestado de lombrices acrecentaba, le pidió excusas a los muchachos explicándoles que no se sentía muy bien y mientras organizaba los libros en el escritorio y unos exámenes que corregía, agarrándose el estómago porque sentía que si no lo hacía se le iban a salir por la boca los bichos inmundos, escupió un gargajo de saliva verde oscura que cayó delante de ella como un sapo ahogado. Los niños se espantaron y recularon en las sillas hacia atrás de la

habitación en la casa del ensanche, la que ella había designado para las clases, ella misma se sorprendió ante aquel fluido tan asqueroso, pero no podía evitarlo, sus glándulas salivales estaban

cargadas de algo que ella tenía necesariamente que expulsar. Tiró los exámenes al suelo frente a unos alumnos que ni siquiera se inmutaron al ver sus notas desperdigadas por el suelo, a lo único que estaban atentos era al extraño comportamiento de Telma, que continuó expulsando escupitajos por todos lados, sin poder detenerse, los ojos azorados, como pidiendo una explicación a sus estudiantes, sin saber por qué le urgía este deseo irrefrenable de escupir, de sacarse todo de adentro, y así continuó esputando hasta la vida en medio del alboroto y griterío de los muchachos que se amontonaban en las esquinas o encima de los pupitres para no dejarse hacer blanco de las repugnantes flemas que brotaban de la boca de Telma, o de sus entrañas, sin ella hacer el menor esfuerzo, haciendo arcadas de vez en cuando por el asco que a ella misma le causaba todo aquello. El perenne aroma a caoba criolla de la habitación de clases se había esfumado y un fétido y nauseabundo vaho lo impregnó todo de repente, los niños intentaron salir de la habitación pero las angostas puertas estaban cerradas por fuera, una niña se había desmayado mientras otra permanecía petrificada en una de las esquinas, los escupitajos colgaban de todas partes, se resbalaban mucilaginosamente de las paredes, de los pupitres, de las ventanas, los niños patinaban

con ellos hasta dar con el piso, embarrándose todo el uniforme verde claro, ahora de diferentes tonos de verde oscuro y ocre, mientras Telma perdía el color y desfallecía, pero a pesar de eso los gargajos seguían brotando de su boca pálida cada vez con más fuerza y mayores dimensiones, todo el cuarto se había amelcochado, el escritorio de Telma había desaparecido bajo los pegajosos salivazos, los contornos de la estancia ya no se distinguían, los pupitres parecían grandes mocos desparramados por el suelo y el techo se derretía lentamente en una especie de mezcla pegajosa y fétida. Telma intentaba taparse la boca con sus dos manos huesudas pero los gargajos le brotaban por entre los dedos chorreándosele por todo el cuerpo obligándola a descubrirse para no ahogarse; ya no escupía, ahora regurgitaba chorros de moco verde y apestoso como si tuviera una bomba de las que Américo construía conectada a su organismo, el suelo desapareció por completo y el nivel de esa masa nauseabunda fue subiendo cada vez más hasta que los muchachos y la misma Telma comenzaron a chapuzar sobre ella. En medio de la desesperación y la impotencia, Telma pudo reflexionar sobre el

desdichado fin que les esperaba a ella y a sus niños, ahogados en toda esa mierda, cuando de repente notó que la puerta se abría y un rayo de luz penetraba en la mugre, la figura de Manrique se recortó a contraluz mientras una ola de moco la arrastraba a ella y a los niños fuera de la habitación, lejos de la casa, a través de las

calles y callejones de todo el pueblo de San Felipe, inundándolo todo, llevándose todo por el medio, contaminándolo con su hediondez y asquerosidad y convirtiendo el apacible poblado en una inmensa masa pastosa y deforme, menos a Manrique, que se mantuvo erguido en el rellano de la puerta sin despegarle los ojos a Telma, que era arrastrada sin esperanza ninguna por el viscoso río de la peste mucilaginosa.

Para su sorpresa, quien la despertó de aquella horrorosa pesadilla fue Elsa Anunciada, que estaba pasando unos días de vacaciones en la casa del ensanche:

—Despierta tía, ya ese sueño yo lo soñé...

CAPÍTULO 6

La carta

Volveré como espiga o racimo, piedra, montaña, arena,
agua, desierto, sol

Mis días se limitaban a la lectura incesante de decenas de libros en la biblioteca hasta altas horas de la noche, y por supuesto, a escuchar sin cansancio las historias de esta singular familia. Cuando le propuse a Telma que saliéramos a dar una vuelta en el Harley, a ella le dio un ataque de risa. "Será para que deje la piel en el camino". Finalmente, más que por mis ruegos, por el hecho de realizar una última locura en su vida, Telma aceptó, "total, no creo que me quede mucho tiempo en este mundo de los vivos"; y luego de taponarse los oídos con cera, "tal y como

hizo Odiseo", se montó en la "máquina infernal", agarrándose de mí como una lapa. Hubiera querido que alguien nos fotografiara, parecíamos una estampa anacrónica de Bonnie and Clyde.

No pronunció ni media palabra hasta que llegamos al malecón. Allí me dijo que si después de eso no estaba muerta, nada en el mundo podría matarla. Todavía no he podido colegir si al sentarnos en los bancos de cemento temblaba por las altas revoluciones de la máquina de 1450 cc, por sus nervios desvaídos o por los cien años con los que contaba. Pero al parecer la adrenalina que segregó durante el corto paseo en el Harley la inspiró lo suficiente para contarme otra interesante historia de su familia.

El mar de aquella tarde me recordó una de las historias de Telma cuando su hermano Manrique llegó a San Felipe por primera vez. En esa ocasión, al igual que en esta tarde, el mar parecía un gigantesco pozo de azules degradados que no se movía y parecía estar disecado. A Manrique se le hacía difícil

410

comprender tanta grandeza y hasta llegó a pensar que no era agua, sino un desierto, y que podía caminar sobre él. Allí quedó varado como uno de los buques atracados en el puerto, inmerso en un mar de reflexiones sobre el origen de toda esa agua, que por un momento lo alejaron de su realidad.

Lo mismo ocurrió conmigo, hasta que Telma me despertó de mi ensimismamiento y comenzó a narrar un nuevo capítulo de

la historia de su maravillosa familia. Sí. Maravillosa.
—Como te decía, después de lo de Buenavista, la tristeza, la impotencia y la desesperanza se habían amalgamado en el hogar de los Quimera, creando un ambiente seco y frío, donde solo había cabida para el trabajo. No hubo una sonrisa en todo ese tiempo. Mucho menos con lo del apresamiento y tortura de mi hermano Manrique, pero luego del ...
—¿Y qué le pasó a su hermano?, ¿cómo que lo torturaron?
—A Telma no le gustaba que la interrumpieran, pero me sentía tan identificado con Manrique que tuve que preguntárselo.
—No quiero recordar eso Gabriel. En otro momento —
Telma frunció el ceño y luego, como tratando de sacudirse el recuerdo ineludible de esos días, se sonrió y prosiguió con la narración.
—Como te decía, el desconsuelo lo embarraba todo, pero luego del nacimiento de los nuevos Quimera, las cosas cambiaron para bien. Como siempre, la sangre fresca de los recién nacidos purificaba la sangre contaminada, una suerte de diálisis espiritual que eliminaba las sustancias nocivas de la ya espesa sangre de los Quimera. Y eso se notó aún más con el nuevo embarazo.
Los mellizos habían cumplido ya dos años. Blanca y Ulises nacieron con una semana de diferencia. Durante el embarazo completo Justa había rejuvenecido, no tuvo ningún malestar de vientre y tampoco engordó más de lo suficiente para amamantar a sus hijos al nacer.

Durante los meses del embarazo irradió una belleza inusual, una tímida coquetería llamó la atención no solo de Manrique sino de todos en la casa, incluyendo a su hermano Cleto Arias que se preguntaba "¡Pero bueno! ¿Qué será lo que la hermana se trae en esa barriga que la ha puesto tan bonita? Parece un cultivo de rosas blancas. Y no era para menos. La primera que nació fue Blanca. Ese día Apolíneo cayó en una depresión sin razón alguna, no quiso comer, tampoco levantarse de la cama y mucho

menos, mucho menos, ir a ver a su bella hermanita recién nacida. Cuando Blanca nació la partera pegó un grito al cielo: "Ay Dios mío que criatura más bella! esta es la niña más hermosa que mis ojos han visto, parece una rosa blanca". Todos los familiares y mujeres de la casa se acercaron a ver la niña. Efectivamente, su piel parecía un solo pétalo de rosa que la cubría candorosamente con un blanco inmaculado que no parecía de este mundo. Sus ojos, verdes clorofila, eran grandes y almendrados, su nariz pequeña y su boca carnosa y bien delineada. A diferencia de los demás Quimera, había nacido con una abundante melena rubia que le llegaba hasta la pequeña cinturita de guitarra. Manrique no pudo evitar el asombro.

—Justa, esta se parece a ti.

Los presentes aceptaron el elogio, pero entendieron que se trataba de la exagerada manifestación de un hombre eternamente enamorado. No cabía duda de que Justa era hermosa, pero

compararla con ese pedacito de amanecer, era...
—Blanca Remedios, —le dijo Justa a Manrique —así se llamará.
El nacimiento de la bella Blanca Remedios trajo la felicidad que necesitaba la familia Quimera.
—Ella me recuerda a Remedios La Bella de Cien años de soledad — interrumpí a Telma.
—A mí también —con la única diferencia de que ella nació mucho antes que el personaje del Gabo. Quizá llegó a escuchar la historia de mi bella sobrina y eso lo motivó a crear la mujer que ascendió con todo y sábana a los cielos.
Volviendo a la historia, a la semana de nacer Blanca Remedios, nació Ulises. Este segundo parto fue más difícil. A pesar de eso Justa no se amilanó en ningún momento. Su acostumbrada fortaleza parecía haber crecido mucho más con el alumbramiento del niño. Y no era para menos. Ulises nació fuerte como un toro. Cuando la partera trató de sacarlo por la cabeza, su manita le haló un dedo hacia dentro de la vagina sacándole el anillo con la piedra de azabache que tenía la mujer para la buena fortuna. La mujer cayó sin sentido como una guanábana en el piso de madera. Otra partera tuvo que retomar la labor del parto e intentar de nuevo sacar al muchacho. Mientras veía con desconfianza hacia el interior de la vagina de Justa, el anillo de azabache salió como escupido de esta, rebotando alrededor de la primera partera que

estaba recobrando el conocimiento, para hacerla caer desmayada nuevamente. Luego, para sorpresa de la misma Justa, que ya había pedido un espejo para asistir a la propia partera, vieron como salía una de las manitas y luego la otra, asiéndose firmemente de los pelos circundantes, mientras la cabecita emergía desafiante sin mucho esfuerzo. El niño siguió empujándose él mismo, alumbrándose él solo, a pesar de lo grande y pesado, hasta que su cabeza salió por completo, le dirigió una sonrisa a Justa, o lo que ella recuerda como una sonrisa de complicidad y siguió haciendo fuerza con sus insignificantes pero delineados bíceps, apoyándose ahora en la parte superior de los muslos de su madre. Ellas, Justa y la segunda partera miraban boquiabiertas la escena, no se movían. La primera partera había abierto los ojos y caído por tercera vez. El torso salió por completo. El niño se agarraba ahora de las rodillas para terminar de salir y haciendo un ligero, pero muy ligero esfuerzo, que ambas interpretaron como una vana demostración de fuerza, el niño se izó por completo y con el mismo impulso que hizo para finalizar su alumbramiento, dio una vuelta y cayó encima del vientre de Justa. Le sonrió de nuevo. Su madre le devolvió la sonrisa mientras veía caer a la segunda partera al suelo. Este niño le recordaba el nacimiento de ella misma, cuando ayudó a su madre a parirla en el río.
—Ulises Manrique. Este se llamará igual que tú —le susurró Justa a su esposo mientras acariciaba los minúsculos bíceps de su nuevo hijo. Ahora puedes contar con otro brazo fuerte en la

familia.
Antes de que Blanca Remedios y Ulises Manrique nacieran, Manrique padre había retomado los viajes a los pueblos aledaños, sobre todo a San Francisco de Macorís, donde años antes había establecido muy buenas relaciones con los comerciantes. "Es lo único que puedo hacer ahora Justa, el fracaso de Buenavista me ha hecho cogerle asco a la tierra", y parece que para endulzar un poco la amargura de los últimos episodios de su vida, comenzó a intercambiar víveres que producía en un par de conucos de los suegros españoles por caramelos y dulces de San Francisco de Macorís y Villa Tenares.
Desde que nacieron Blanca Remedios y Ulises, Manrique comenzó a viajar a diario, al principio iba con Veterano; luego, por un asunto de oferta y demanda, tuvo que llevarse a la mula Mariana para poder traer más mercancía. Tenía que alimentar

más bocas. Eso era cierto. Pero Manrique sabía que vendiendo dulces y caramelos no iba a aumentar los ingresos de la manera que lo requería.
Un par de años después, Manrique sintió el llamado de la tierra de nuevo. Qué mejor manera para aumentar la producción de dinero que haciendo lo único que sabía hacer bien. Qué mejor manera de reivindicar el ánimo de su familia que llevando a cabo lo que no se pudo en Buenavista. Qué mejor manera de vengarse de trujillo y sus secuaces que haciendo parir la tierra hasta que

los frutos los ahogaran a él y todo su régimen. El deber como padre lo llamaba. La tierra lo pedía.

—Justa, hoy venía de San Francisco cargado de virutas, pensando en Buenavista...

—¡Ay Manrique, deja eso ya! Lo pasado no existe.

—¡Pero déjame terminar mujer! No tiene que ver con Buenavista, bueno, tiene que ver con la tierra... con este negocio de los dulces y los caramelos no vamos a ningún lado.

—Es el único negocio que has podido levantar después del fracaso de Buenavista.

—"La necesidad tiene cara de hereje", Justa.

—Sí Manrique, pero dale gracias a Dios que nuestra necesidad todavía tiene cara. ¿Recuerdas lo que te pasó a ti?

—Sí lo recuerdo. Eso nunca lo voy a olvidar. Pero creo que podemos hacer algo diferente, algo de lo que nos enorgullezcamos.

—¿Y qué propones?

—Estaba pensando en una de las fincas de tus padres. Están baldías. Nadie está produciendo nada. Los vividores que una vez dejaron buenos beneficios son propietarios de gran parte de las tierras y con los favores de trujillo muchos de ellos ni siquiera han tenido que comprarlas. Eso lo sabes. Los pocos vividores que quedan bajo contrato con tus padres siguen sacando beneficios, pero no pagan a tiempo. Creo que sería mejor que nosotros tomemos el control de algunas de esas fincas. De todas formas, el negocio estará en familia.

—No sé Manrique...
—Ya he hablado con tu padre.
—¡Cómo! Que hablaste con...
—Sí, mañana hemos quedado en ver una finca al este de Joba arriba, es una tierra altamente productiva y creo que puede convenirnos.
414
—¿Pero acaso te has olvidado de lo que ocurrió en Buenavista? ¿Acaso te pareció poco lo que sufrimos...lo que sufriste?
—No. Pero sabes que trujillo estaba detrás de todo eso. Aquí no necesitamos carretera para sacar la cosecha a Joba Arriba.
—¿Te olvidas de Antero? —Justa casi suplicó a su marido.
Manrique se mantuvo en silencio por unos instantes.
—No creo que Antero vuelva a meterse en nuestras vidas.
Justa no dijo nada. Tampoco le contestó cuando a la mañana siguiente, un Manrique visiblemente entusiasmado, la besó en la mejilla cariñosamente y le dijo: "No se preocupe doña, que esta vez sí nos vamos a enderezar".
Cuando Manrique llegó a la cima de la carretera vio la finca. Un alegre río serpenteaba entre dos montañas, bordeando el pequeño bohío de cana que se levantaba tímidamente al lado de un bosquecillo. Más allá tareas y tareas de tierra para trabajar. Mientras observaba embelesado el paisaje, una cigüita sobrevoló su cabeza en vuelo rasante una vez, otra vez y otra vez hasta que se posó inquieta sobre una rama de piñón frente a

él. Cantó animadamente. Cada vez que Veterano daba un paso, la cigüita volaba un par de metros y se posaba en otra rama y cantaba. Por último, la cigüita se posó nerviosamente durante unos segundos en el hombro de Manrique, antes de salir expelida como una flecha para perderse entre las montañas que rodeaban el río.

—Cigüa —dijo Manrique en voz alta —te llamarás Cigüa.

—¿Qué es Buenavista, usted lo ha mencionado varias veces? ¿Cuál fue la desgracia que ocurrió allí? Y Antero, ¿quién es el tal Antero? Parece el nombre del malo de la película —Interrumpí a Telma lleno de interrogantes.

—Paso a paso Gabriel. Te prometo que conocerás toda la historia. Mientras tanto, prende la máquina infernal y vamos a dar otra vuelta por el malecón; ese aparato me recuerda tanto el caballo Veterano de mi padre.

***

—Recuerdas aquella conversación que sostuvimos sobre las flores.

—Claro que sí Telma, luego de su discurso cambió para siempre la concepción que tenía sobre las flores. En realidad, la conversación no trató sobre ellas, fue mucho más que eso. Fue una enseñanza espiritual, algo así como una lección de Budismo Zen.

—Me alegro que lo hayas percibido así, que mi “discurso”

te haya tocado; pero en realidad no fue un discurso. Digamos, que las flores hablaron a través de mí. Y es que cada vez estoy más convencida de que las flores fueron creadas por Dios para traspasarnos las verdaderas enseñanzas de la vida.
Ese día, Telma lucía una mirada más que lúcida. Era como premeditación, desafío, sabiduría extrema, picardía quizá. La mirada de Telma de ese día era como juntar todos los grandes pensadores de la historia y mezclarlos con Janis Joplin, Jimmy Hendrix y Carlos Santana. Café con Ácido, en pocas palabras.
Ella iba agarrada de mi brazo, o yo del de ella, mientras nos adentrábamos en los caminitos de tierra del pequeño jardín.
Se notaba el trabajo a través de los años, mucha dedicación, conocimiento y gusto aplicado en esos escasos cuatrocientos metros cuadrados. Las piedras lisas por el tiempo y la lluvia que ella había colocado cuidadosamente a cada lado de los caminitos. Una carretilla vieja y oxidada coronada con un gran brote de rosas blancas. En una esquina una gran rueda de carreta parapetada entre dos paredes de ladrillos. Una pequeña lomita de grama por aquí, otra por allá, en el fondo un hermoso jardincito Zen con piedras blancas y negras que formaban un mandala, y una treintena de increíbles bonsai de todas formas, colores y tamaños, tan viejos o más que la misma Telma, que parecían hobbits parloteando entre sí sobre la llegada de Gandalf a la aldea. Un gran árbol de amapola en la esquina derecha se levantaba por encima de la casa y proveía un ambiente fresco a

las especies de sombra. Según ella, ese árbol albergaba el espíritu de su hermano y por eso siempre estaba florecido. En el centro un pequeño espacio dedicado a la contemplación, con dos sillas de guano y una mesita. Y por supuesto, flores, muchas, muchas flores que crecían ya a su antojo y dominaban con magnificencia el jardín.

Pero lo que más me llamó la atención fue ese pequeño arbusto que se mimetizaba cauteloso entre unos lirios. No puede ser, pensé. Pero luego, cuando Telma llegó hasta él, mientras me

explicaba abstraída por sus propias ideas los diferentes tipos de flores y cuidados para las mismas, constaté mis presunciones. Marihuana. Telma cultivaba Marihuana en su jardín. Y los brownies que comimos esa tarde demostraron que era de muy buena calidad.

Mientras seguía hablando, Telma, como si estuviera limpiando el culito de uno de los nietos que nunca tuvo, se agachó y quito el polvo, la tela de araña y las hojas secas del hermoso y saludable exponente de cannabis sativa que se levantaba dos o tres pies por encima de mi cabeza. Yo estaba anonadado. Petrificado es la palabra. Y felizmente admirado por la mujer increíblemente especial que el destino había puesto en mi camino. Ella debió notarlo porque en un momento me miró y me preguntó si había visto algún fantasma o algo así. No pude articular las palabras como quise, pero como no podía quitar mis ojos del magnífico

ejemplar de marihuana, me dijo:
—¿Acaso estás así por este pequeño arbusto?
—Bueno... yo... no es eso... es que...
—Y ahí vamos de nuevo —dijo ella entornando los ojos hacia el cielo —¿Qué tiene de malo la marihuana?
—No nada, lo que pasa es que...
—¿Que no creías que una vieja como yo tuviera el coraje de sembrarla?
—Claro que no, es que...
—¡Ah ya sé! ¿Estás asustado porque crees que soy alguna contrabandista disfrazada de viejecita tierna y amorosa?
—¡Nunca, Telma, cómo voy a pensar eso de usted! Es que es un poco...usted sabe...lo que pasa es que a su edad...
—Eso no tiene que ver nada con mi edad, ni con el hecho de que sea mujer, mucho menos que sea una solterona pasada de moda que come libros. ¿O acaso crees que soy una pervertida adicta a la marihuana que busca muchachitos como tú para satisfacerse? Una bruja malvada en pleno siglo veinte.
—¡Telma!
—¡Jajajajajajajajajajajajaja!
Estoy
bromeando
Gabriel.
¡Jajajajajaja! En algún momento tenía que vengarme de los trasnoches que me has hecho pasar. ¡Jajajajajajaja!

Telma reía como nunca la había visto reír. Estaba plenamente feliz.
—¡Ufff! Me asustó. No he querido faltarle el respeto nunca, y mucho menos que lo que sea que ha ocurrido entre nosotros

en los últimos días se vea tronchado por una tontería como esta. Vamos a hablar claro, sé lo que es la marihuana, la he usado bastante, pero francamente no esperaba encontrármela sembrada en su jardín.
—No te preocupes hijo. ¡Jajajaja! La verdad que es que me has hecho reír tanto, hacía mucho que no reía de verdad y mucho menos en este momento de mi vida donde sé que voy a...
Telma quedó pensativa por un tiempo, como si hubiera visto toda su vida y la de su familia pasar frente a ella.
—... a extrañar momentos como este. Te entiendo —dijo luego más reposada —Lo que pasa es que la gente está equivocada con esta hermosa y beneficiosa planta. La sociedad, mejor dicho. La han estigmatizado. Esta planta es igual que las demás plantas de mi jardín. De hecho, es igual que las flores pero en sentido contrario. Si la ves con detenimiento, en comparación con un clavel o una rosa, son feas. Incluso sus flores. Pero lo que significan es grande también. Y es que la marihuana, así como otras especies, ha acompañado a la humanidad por mucho tiempo y ayudado a sanar su cuerpo y espíritu. Desde tiempos inmemoriales la marihuana ha servido para ayudar al hombre a

encontrarse a sí mismo. Lo ha ayudado a viajar a su interior. Si no, pregúntale a los taínos. Pero ya está bueno de teorizar. ¿Me dices que la conoces bien?

—Eh...eso creo —contesté trémulamente, como si fuera un gatito en una fiesta de leones.

—¡Okey! Entonces te voy a preparar... —Un tabaco, no puede ser pensé —una de mis recetas favoritas —concluyó ella. De vuelta a la casa, me hizo entrar a la cocina y ahí me mostró la caja.

—Hoy vas a conocer el verdadero arte de secar y curar la marihuana. Estoy segura que lo que has probado hasta ahora ha sido un producto comercial y adulterado.

Telma me explicó entonces lo que alguna vez escuché de boca de un pequeño traficante colombiano al que conocí una vez con Charly, que al final, más que traficante y consumidor era un defensor a muerte de la yerba, vivía para ella, la idolatraba, la marihuana era como su Dios, él era algo así como un Al Gore de la marihuana.

En aquel momento creí que toda esa palabrería del colombianito era pura gestión de ventas, muela, pero al oír a

Telma explicarme con toda aquella autoridad lo mismo, entendí que decía la verdad y que el cabrón sí sabía de lo que hablaba.

—Lo primero que hay que hacer es...

Para cuando Telma terminó su ponencia, los brownies

estaban listos. Debo confesar que fueron los mejores brownies que he probado en mi vida, en serio, y no porque estaban cargados de marihuana, no, esos fueron verdaderamente los más finos, deliciosos y tremendamente alucinantes brownies que comí en toda mi jodida vida. Telma me alertó de que no comiera demasiado, que uno solo era lo suficientemente fuerte como para hacerme llegar a la luna, pero, y ¿quién le dijo a Telma que yo quería llegar solo a la luna, por qué no Andrómeda? Mujer de edad, sabia y paciente, dejó que me sirviera a gusto y esperó con una agradable sonrisa de "yo también fui joven" en sus labios.
Primer Brownie. Eufórico.
—Increíble Telma, esto resucita muertos. Justo lo que necesitaba, esto es...
—Me alegra que te haya gustado la receta. En efecto, la marihuana es curativa; en mi caso particular me ha ayudado a soportar con dignidad los achaques de la vejez. Si no fuera por ella no creo poder haber llegado a esta edad. Ya tengo bastante con el dolor incesante de mi pecho, ese que empezó cuando mi padre desapareció. Para no hablar de mis dolencias físicas, las que los médicos dicen son terminales. Pero estoy tranquila, porque a pesar de que ellos crean que estoy terminando, apenas estoy comenzando. Es mi filosofía de la vida.
Segundo Brownie. Conmovido.
—La entiendo Telma y le creo. A mí también me ha ayudado a curar mis heridas. Sin ella hubiera muerto de la enfermedad

del abandono. Con ella he vuelto a volar. Y qué coincidencia, también ha calmado un dolor que desde que tengo uso de razón me abre el pecho en dos. Mi vida no ha sido fácil, usted no me conoce bien, pero puedo asegurarle que soy un verdadero sobreviviente de la insensatez, de la perfidia y el egoísmo de los hombres — una lágrima asomó por mi mejilla.

—Me lo imagino Gabriel, todos lo somos. Pero no te me pongas así, disfruta tus brownies y siéntete como en casa. Puedes contar conmigo para lo que sea. Aunque parezca una vieja decrépita y pervertida, creo que soy una buena amiga.

Tercer Brownie. Devastado.

—No diga eso Telma, usted es una gran mujer; desde que llegué a su casa me he sentido como si perteneciera a ella, a su calidez y a su benevolencia. A su manera Telma. Usted es lo mejor que me ha pasado en los últimos años de la que creo es mi última vida. Usted es como...como...la madre que siempre soñé. —Rompí en sollozos.

Telma se acercó a mí, y sus manos arrugadas y tibias tomaron las mías.

—Pues ya te dije que tú te pareces a ese hijo que siempre quise y soñé.

Telma sabía que algo no andaba bien en mí. Desde el momento en que me vio por primera vez intuyó que algo grande me había sucedido. Y ella debía saberlo. Entonces me dio la estocada final.

—¡Cuéntame hijo mío, dime, ¿qué te ha ocurrido?
Los brownies habían causado el efecto deseado.
—¡Oh! Telma —Me resquebrajé en llanto y caí al suelo con mi cabeza en sus rodillas. No vine aquí de vacaciones, le mentí. Vine aquí en busca de mis padres.
Y ahí, sintiendo sus manos temblorosas acariciar mi cabeza, le confesé todo. Desde los orfanatos, la fuga, la vida en la calle, el encuentro con Charly, las naciones, Naomi, mi afán desmedido por el conocimiento, mi transformación como miembro de la nación a la que pertenecía, mi posterior incidente con Charly, la muerte de mi perro Bucanero, cómo perdí la memoria, el hogar de doña Chucha, su cariño y dedicación, la universidad, cómo descubrí mi verdadera vocación, los muchachos oscuros, John, el Drake's, el grupo de música, la rabia y decepción que sentía del mundo que me rodeaba, cómo me sentía vacío y con ganas de abandonarlo todo, cómo otras veces quería vengarme, convertirme en un escritor y denunciar lo que me había pasado, escribir una gran obra, demostrar a todos de lo que era capaz; le conté como claudiqué a eso también, a pesar de que había vivido tres, cuatro, cinco vidas, sentía que no tenía pasado, y el que no tiene pasado no tiene raíces, está vacío, por lo tanto no tiene nada que contar, nada que escribir, no tiene nada. Luego le conté sobre el reencuentro con Naomi y cómo ella me recordó que no había sido siempre huérfano, que había sido robado y que la mujer del orfanato se había convertido en monja y le conté

de la visita al convento de las carmelitas y el arrepentimiento de esta mujer, de cómo quise matarla en ese mismo instante y finalmente de que el hombre responsable de mi tragedia había
420
muerto en una de las cárceles del país, pero que antes le había contado que mi padre pertenecía a una familia conocida del norte, de un pueblo llamado San Felipe.

Aquí me detuve, y me di cuenta de que Telma había dejado de acariciarme el pelo. Sus manos descansaban inertes sobre mi cabeza. Cuando levanté los ojos, la vi inmóvil, inmutable, los ojos perdidos en algún lugar de la montaña Isabel que se recortaba en el atardecer detrás de la ventana de la cocina.

—¿Puedes hacerme un favor Gabriel? —me dijo en un tono casi imperceptible.

Todavía limpiándome las lágrimas le dije que sí, que hacía lo que fuera por ella.

—¿Puedes desabotonar tu camisa?

***

Manrique seguía soñando con los ojos abiertos, como siempre lo había hecho. Justa, por su parte, no olvidaba. De noche se despertaba temblorosa recordando el día en que los guardias trajeron de vuelta a su esposo. Después de torturarlo, los esbirros del Departamento de Inteligencia le habían hecho un tremendo amarre con cadenas dobles y lo habían dejado tirado a medianoche en la entrada del Espinito. Llegó a la casa dando

brinquitos por el olor a Romero de la hortaliza de Justa. Luego que Cleto le ayudara a deshacerse de las cadenas, Manrique se arrancó el hilo de nylon con el que le habían cosido los ojos y dijo con serenidad a Justa: "Para que deje de soñar despierto me van a tener que coser el alma".

Y así lo hizo. Ni trujillo ni nadie impidió que Manrique volviera a soñar despierto. Y la finca de Cigüa finalmente se convirtió en el escenario perfecto para convertir esos sueños en realidad.

La bella Blanca Remedios se había convertido en una niña hermosa. La gente venía de otros pueblos a comprobar la extraña y única belleza de la niña de los rizos dorados. Muchos con el interés oculto de planificar un casamiento con uno de sus hijos.

Con casi ocho años cumplidos, un Ulises Manrique más inquieto que la cola de un lagarto, correteaba por los alrededores de la hermosa casona de campo que Manrique había hecho

construir en el lugar donde vio aquel pequeño bohío, en medio de la que ahora era la productiva y ejemplar finca de Cigüa.

Ulises Manrique no se estaba quieto, si no estaba metiendo puercas en los corrales estaba arreando vacas, si no llevando sacos de víveres al almacén, cargando leña, bidones de leche, piedras del río para el empedrado del camino, pero sobre todo, echando pulsos con sus hermanos mayores. Manrique padre se moría de la risa cuando veía a un Apolíneo llorar de rabia cuando Ulises

Manrique le llevaba la muñeca al piso sin ninguna dificultad. Aquiles tampoco podía mover ni un ápice la pequeña manita de Ulises Quimera, hasta que este se cansaba de jugar con él y le tumbaba el pulso comiéndose entretenidamente con la otra mano una paleta dulce. Con iluminado nunca quiso hacerlo. Iluminado tampoco lo retó. Entre ellos dos siempre hubo un respeto muy especial. Manrique gozaba con estas escenas de juego de sus hijos. Cuánto le recordaban los días en la Loma de la Bestia cuando él echaba pulsos con Derecho, el hombre de confianza de su padre, mucho antes de que lo viera por última vez, mucho antes de que viera la frase "Salvador o Salvado", escrito con fuego en las tierras de la Loma de la Bestia.

El nuevo plan de Manrique era empezar un proyecto de ganadería en la finca de Cigüa, para luego seguir cubriendo las fincas aledañas con hierba de ganado y algunos conucos. Manrique sabía que el ganado era mucho más seguro. A diferencia de los víveres, le leche no se podía perder.

Los padres de Justa habían muerto y le habían dejado en herencia esta y otras propiedades. Justa reconoció, que esta vez, Manrique tenía la razón. De no haber tomado la posesión de las tierras que no pagaban los vividores, sus padres las hubieran perdido y ella se hubiera quedado sin su merecido legado.

En poco tiempo, Manrique logró reunir el mejor ganado vacuno y de engorde de la zona. Nuevamente, el buen nombre de la familia y su fama como hombre justo y luchador le había

franqueado las relaciones comerciales con los principales ganaderos de la zona norte. Lo primero que hizo fue sembrar la cuarta parte de la finca de una mezcla de hierba de guinea con hierba de pangola y otras más que él mismo logró injertar. Los campesinos se reían de él cuando lo veían haciendo los injertos, pero al poco tiempo las monstruosas espigas les cerraron la boca. La hierba no paraba de crecer. Cuando trajeron las primeras

vacas, apenas se veían cuando pastaban. Justa le preguntaba que para qué estaba cosechando la hierba si ni siquiera tenías vacas suficientes para alimentarse de ellas. Pero Manrique lo tenía todo pensado. En principio, lo que hizo fue alquilar las interminables llanuras y lomas de pasto a los principales ganaderos de la costa norte, especialmente a los judíos de Sosúa, que pagaban bien y cuidaban los predios. Luego, con los ahorros de la venta de los conucos y algunos trueques, se haría de un par de buenos sementales y algunas vacas para comenzar.

La hierba de Cigüa crecía como ninguna. En cualquier rincón donde Manrique ponía sus manos crecía exuberante y fresca. De esta manera su propio ganado fue creciendo y multiplicándose como si fueran conejos y no vacas. Pero no solamente su ganado, sino el de los otros ganaderos que habían alquilado sus tierras. Muchos de ellos tuvieron que cederle decenas de cabezas de ganado que no podían mantener en sus propias fincas. Finalmente, Manrique tuvo que dejar de alquilarlas para

dedicarse a la cría y el engorde de sus propios animales y por supuesto, a la producción de leche.
Los campesinos de Joba Arriba no habían visto nunca unas ubres tan llenas de leche como las de Manrique, eran como barriles colgando de las vacas que llegaban casi hasta el suelo, con venas que parecían mangueras, algunas del grueso de tres dedos de la mano. Las vacas iban por sí solas chorreando leche por el suelo para que las ordeñaran, porque no aguantaban el dolor en las ubres, mientras los ordeñadores corrían a buscar bateas para que no se perdiera; de hecho, algunas no necesitaban que se las ordeñara, sus ubres se abrían automáticamente a una hora determinada como si fueran llaves de paso y se cerraban solo cuando la vaca se sentía más ligera de su carga láctea. Era tanta la leche, que Manrique tuvo que iniciar una fábrica de quesos. Para eso construyó una prensa de madera de caya amarilla, prácticamente indestructible, con la que todos los días sacaba ochenta y cinco quesos de veinte libras cada uno. Esos fueron los días de la leche. La gente que vivía allí o trabajaba con Los Quimera en la finca, se reconocían por el bozo blanco untado de leche. La bebían directamente de la ubre de la vaca o hervida en grandes ollas, con café, cacao molido, ron, con lo que fuera y de la manera que fuera, nadie podía resistirse al efecto vicioso de la leche, algunos lo atribuían a su dulce y pesado sabor, otros a las propiedades de la hierba que producía Manrique, otros, los más

sensatos, a que las vacas eran las vacas más felices del planeta. Había una, Josefa, que se creía la madre de los muchachos, además de su propia cría, que iba todos los días temprano en la mañana a los alrededores de la casa, y se la pasaba mugiendo hasta que ellos se pegaban de su ubre, entonces los amamantaba por puro placer.

La amalgama de impotencia, tristeza y desesperanza se había diluido. La familia estaba limpia, la sangre era pura otra vez y corría libremente por las venas de los Quimera. La felicidad reinaba de nuevo. Manrique trabajaba de sol a sol y los resultados se estaban percibiendo. Él también se sentía ligero, sentía menos carga, sobre todo en su pecho. El dolor de diez años atrás había desaparecido. Su tercer pelo comenzaba a enderezarse nuevamente.

Pero como siempre. No todo sería color del cacao.

El día que los gemelos cumplieron los ocho años, se vio llegar un grupo de hombres montados a caballo. Manrique no estaba en casa. Quien los recibió fue Cleto Arias. De inmediato reconoció a los hombres uniformados. Uno de ellos era el teniente que había apresado a Manrique en el Espinito.

—¿Dónde está el hombre de esta casa? —le conminó arrogante el teniente a Cleto, que cargaba una hoz en sus manos.

—"El hombre" no está aquí en estos momentos – le contestó altivamente Cleto.

—¡Pues búsquelo que le tengo un mensaje del Jefe! —

ametralló de nuevo el teniente.
Antero fisgoneaba, estaba detrás del teniente, escondido bajo de las armas largas de los guardias, oculto como siempre bajo su propia sombra. Él no le había perdido ni pie ni pisada a los Quimera. Estaba detrás de cada movimiento de Manrique, detrás de cada novedad familiar, de cada nacimiento, de cada caramelo vendido, de cada viaje a San Francisco, de cada semilla nueva sembrada, de cada gestión en los negocios.
Antero tenía en conocimiento que los padres de Justa habían muerto y que esta había heredado parte de las tierras que quedaban. Sabía que Manrique había iniciado un proyecto nuevo en una de esas fincas, incluso sabía que se llamaba Cigüa. Antero sabía que Manrique se había convertido en uno de los principales ganaderos de la zona, no lo quería creer, pero tenía que hacerlo por la veracidad de los hechos narrados por sus informantes.
424
Antero sabía que Manrique estaba creciendo de nuevo como su hierba injerta. Y no podía hacer nada, solo dejarlo crecer, dejarlo crecer para luego cortarlo de tajo, como se corta la hierba de pasto. Él sabía que trujillo había prestado particular atención a la agricultura y a la ganadería, que había invadido cientos de miles de parcelas de campesinos y hacendados para apropiárselas, todo en nombre del Estado, como los miles de tareas que expropió a cientos de campesinos en "El Pozo de Nagua", donde hizo traer un salvaje y desconocido ganado de toros africanos que acabaron

con todo, hasta con los pocos bohíos que quedaban en pie de los campesinos que osaban quedarse en sus tierras. Animales descomunales que se llevaban todo a su paso, que se identificaban a distancia por el ruido de los cántaros, jarros, ollas y enseres de la casa que se le quedaban ensartados entre sus afilados cuernos cuando asolaban uno de esos humildes bohíos. En otras ocasiones los cachivaches eran sustituidos por miembros humanos.
Antero sabía todo esto y sabía que luego de traer a los toros, después de que estos se establecieron en el lugar y domaron las tierras, trujillo llevó cientos de vacas pardas para cruzarlas con los endemoniados animales. Sabía que esta era una de las principales aficiones, y por qué no, negocios, de los tantos que tenía el jefe en el país, por no decir, de todos lo que existían en el país, porque la mayoría eran de su propiedad. Antero tenía el regalo ideal para el jefe. Las tierras fecundas de hierba afrodisíaca de los Quimera. No le costó mucho trabajo convencer a trujillo. Una pérfida simbiosis se había gestado entre estos dos pájaros de mal agüero desde que se conocieron.
—Le dije que no está, si quiere verlo venga otro día – contestó Cleto sin detenerse en una sola de las palabras.
—¡Mire carajo! cuando el jefe quiere decirle algo a alguien hasta los muertos salen de sus tumbas, así que mejor va a buscármelo ahora mismo.
—Mire señor —le dijo con autoridad Cleto —el hombre que usted está procurando es el jefe de esta propiedad, y como

jefe que es, entra y sale cuando le da su gana. De la única persona que tomo órdenes es de él, y que yo sepa, él no me ha dejado ninguna antes de irse.

—Pero ¿y qué es lo que se cree la gente de esta familia? Mira buena mierda, hoy te vamos a enseñar, igual como hicimos con el Quimera ese lo que es respeto por el jefe y su guardia. ¡Aprésenlo!

425

—grito el teniente a sus hombres, que en total debían ser unos veinte.

Cleto no dijo ni una palabra, pero tensó sus músculos y sus ojos se clavaron en los guardias que se estaban movilizando hacia él. Cleto no medía más de cinco pies y siete pulgadas, pero toda su complexión estaba constituida por un entretejido de puras fibras musculares, que dejaban al relieve las venas e incluso las arterias que se hinchaban al máximo ante el peligro inminente. Los guardias, perros al fin, olieron la determinación a distancia y se prepararon lo mejor que pudieron. Cleto había soltado la hoz que traía en sus manos y con una media sonrisa dibujada en sus labios cuarteados por el sol, se cuadró con su característica posición de combate, el puño izquierdo delante y el derecho detrás, como tantas veces lo había hecho contra la deshonra de una mujer, o simplemente cuando las cosas se agriaban en las galleras donde apostaba por sus mejores gallos, el puño izquierdo delante para lanzar como si fuera un arco tensado el poderoso derechazo, disfrutando cada segundo antes de romper el aire,

casi con fascinación, preparado para quebrar la mandíbula a uno de esos perros sabuesos. Y así lo hizo. El primero de los guardias no lo vio venir, pero antes de parpadear tenía incrustado uno de los nudillos de Cleto en su barbilla que lo dejó inmóvil en el suelo. Los demás guardias se detuvieron en el acto. Luego retomaron con más cautela la ofensiva. Cleto hizo lo propio con cinco guardias más, hasta que uno de ellos le asestó por las espaldas un culatazo con su carabina. Cleto cayó al suelo. El teniente sonreía insidioso.

Nadie lo vio venir, salió como un pequeño demonio entre la maleza con un palo en las manos. Aquiles fue directo a uno de los guardias y le asestó un golpe medio a medio de la tibia en la pierna izquierda derribándolo al instante. Luego siguió hacia los otros que, al ver a esta diminuta bestia salvaje de tan solo diez años, lo rehuían sin saber qué hacer. El caballo del teniente tampoco se vio venir. Mientras Aquiles les sacaba los dientes a los guardias y los amenazaba con el palo, el teniente le dio un espuelazo a su caballo y lo dirigió hacia el niño. Cleto todavía estaba mareado en el suelo, pero vio con claridad cómo el animal pasaba por encima de Aquiles dejándolo sin sentido.

—¡Yo se lo dije hace años a tu papá buena mierdita, que no eras más que un fresco coño! —vociferó el teniente después de

tomar una bocanada de su tabaco mirando al niño en el suelo —eso es lo que le pasa a la gente que no respeta la ley.

Mientras terminaba de decir estas palabras, dirigió lentamente la mirada a Cleto, como si las estuviera diciendo directamente a él, pero Cleto no estaba en el suelo. Lo que vio, en cambio, fue el brazo del guardia que había tumbado al Arias con la culata de la carabina, volar por el aire luego que Cleto lo destazara de un solo corte con la hoz. Pero sus ojos se abrieron aún más cuando Cleto, ciego por el atropello que había cometido contra su sobrino, después de cortarle el brazo al guardia se dirigía como un misil hacia él y su caballo. La hoz se detuvo algunas pulgadas antes del cuello del aterrorizado teniente. Un tiro certero de uno de los guardias impactó en el hombro izquierdo de Cleto Arias. Todo ocurrió tan rápido. Solo algunos segundos.

Con el disparo y el griterío del guardia herido, Justa acudió corriendo con Ulises Manrique de la mano, algunos empleados la acompañaban. Casi se desmaya al ver aquel espectáculo de sangre. Aquiles parecía una molleja de vaca cubierta de polvo, de la misma manera Cleto sangraba copiosamente de la herida de bala, para no hablar de los chorros de sangre que salían a borbotones del muñón del guardia que berreaba como un chivo. El brazo todavía se movía en el suelo tratando de disparar el fusil que antes portaba.

—¡Maldito, maldito, que le han hecho a mi hijo! —Justa le pasó a Ulises Manrique a una de las mujeres y corrió donde su hijo. Se acercó a su nariz para ver si todavía respiraba y luego lo abrazó sollozando mientras le retiraba cuidadosamente la tierra

de la carita. Los demás empleados llegaron hasta donde estaba Cleto, pero el teniente ordenó que se detuvieran.
—Dejen a ese hombre quieto, que ese hombre está preso.
Los empleados se detuvieron.
—Pero es que usted no tiene misericordia de Dios, usted no ve que está herido y hay que atenderlo pronto antes de que se desangre. ¿Y cuál es la acusación? Qué fue lo que hizo que no fuera defender a su familia de unos asesinos como ustedes, malditos, malditos...
Justa casi no podía hablar mientras cargaba a su hijo Aquiles que se le resbalaba de los brazos por la cantidad de sangre que tenía en su piel. El teniente la miraba impávido con el cigarro en la boca.

—Mujer, mida sus palabras —y entonces prosiguió ceremonioso —Yo vine aquí por las buenas para entregarles un mensaje del Jefe. Pero aquí parece que la leche de esas malditas vacas les está haciendo daño. Ustedes hablan de que nosotros somos salvajes, pero como ustedes yo no había visto nada parecido —y subiendo el tono continuó mirándola con perfidia en sus ojos —Acaso no se ha dado cuenta de que a uno de mis hombres le falta un maldito brazo ¡coño! Eso es suficiente acusación para pegarle otro tiro aquí mismo —Y sacando el revólver para apuntar a Cleto en la cabeza continuó: —Si usted quiere se lo dejo..., ¡pero muerto!

Justa cayó de rodillas sin poder hablar. Los empleados fueron a socorrerla.

—Así está mejor —dijo el teniente con voz cansina —será mejor que usted se ocupe del carajito ese pa' que no anden diciendo después que la guardia nacional abusa de los niños. Amarren al preso y que se vaya caminando al destacamento detrás de los caballos, si intenta huir, ya saben qué hacer. Y con el mojón ese vayan a ver qué hacen para que deje de berrear, amárrenle el muñón para que se detenga la hemorragia y metan el brazo en un saco para que lo guarde de recuerdo. 'Ta bueno que le pase por no estar alerta... como se le enseña a la guardia de trujillo.

Justa quiso fulminarlo con una mirada, pero sus ojos llorosos apagaron el fulgor aireado de sus intenciones.

—¡Ah! Se me olvidaba —dijo el teniente cuando disponían la marcha, volteando ligeramente las riendas hacia Justa —el mensaje del jefe... dice él que cuál es el precio de la finca con todo lo que hay adentro. Piénsenlo detenidamente que nosotros volvemos mañana.

***

Estaba completamente entregado al momento, a esa mujer que se había adueñado de mí y sin pensarlo dos veces me desabotoné la camisa. A medida que los botones iban saliendo de sus ojales, de la misma manera los párpados caídos de Telma se abrían cada vez más dejando salir aquellos ojos verdes que

cambiaban de color por sí solos, de verde montaña, a verde mar,

a verde esperanza. Se fue acercando a mi pecho desnudo hasta que estuvo a varias pulgadas de él, entonces alargó sus dedos y los deslizó suavemente por la piel ruborizada. Al contacto de sus dedos sentí un leve choque eléctrico, como cuando se unen dos polos de igual carga y me sentí de nuevo como aquella noche en que volé con mis dos alas negras, libre, observando todo desde las grandes alturas, viendo lo pequeño que se veían los demás, y llegué a un lugar cálido y muy oscuro donde residía cómodamente, como si estuviera en el vientre de la madre que nunca conocí. Sentí aquella sensación cuando conocí a Telma, de pertenencia, de familiaridad, de reencuentro. Mientras rozaba sus tibios dedos, sus ojos, ahora verde mar turquesa se iluminaron por el conocimiento pleno de la verdad sospechada. La confirmación.

Una leve sonrisa se fue dibujando paulatinamente en sus labios marchitos al mismo tiempo que su rostro entero retomaba la expresión de los años de su juventud.

—¿Aquí es donde te duele Gabriel?

Asentí mudamente.

—No por mucho tiempo más. Te lo prometo.

Entonces retiró sus dedos suavemente, con una delicadeza extrema, como si dejara a un bebé recién nacido en un lugar seguro, se levantó sin dejar de mirar mi pecho y luego,

dedicándome una mirada de profunda satisfacción y de deber cumplido, los ojos verde mar tormenta, me dijo:
—Todo va a estar bien Gabriel. Pronto te vas a enderezar.
—Me obsequió un beso en la frente, sonrió y se retiró a su habitación.
Yo quedé ahí, sentado en mi silla, con Isabel de frente, extasiado, más que por la nota de los brownies por la arrolladora experiencia que acababa de vivir en esos instantes. Telma había provocado una especie de catarsis en mí. Completo, en armonía total, así estaba.
Caminé flotando por los tablones de madera envejecida, llegué hasta mi habitación, me dejé caer ligero sobre la cama y me dormí plácidamente.
Me despertó el olor del desayuno de Telma. Estaba dispuesto como siempre, a la hora justa, como si ella despertara junto conmigo. Me llamó la atención de que la flor que siempre acompañaba mi plato, generalmente una rosa blanca, en esta

ocasión era un capullo de clavel amarillo. El vapor de la leche manaba todavía de la hermosa taza china y se disipaba a través de la ventana en dirección a Isabel.
Luego de desayunar busqué a Telma por la casa, miré hacia el jardín, pero no estaba. Bajé entonces a la biblioteca y allí la encontré. Estaba parada frente al tramo principal de libros con un tomo en las manos que no pude identificar. Ella no se percató

de mi presencia. No obstante, el lamentable crujir de la antigua bisagra cuando abrí la puerta, Telma permaneció absorta con la mirada clavada en el libro. Dejó el libro en su lugar y cogió otro, lo acarició, lo hojeó, habló con él y volvió a colocarlo en su lugar. Así hizo con muchos libros, más que leyéndolos, inmersa en un tipo de inventario afectivo, de labor de reconocimiento, de práctica maternal. Nunca la había visto así. Decidí dejarla sola. Me retiré a mi habitación y allí quedé dormido de nuevo.
Un par de horas después me levanté y la vi en el jardín. Hacía lo mismo que con sus libros en la biblioteca. Pasaba revista a cada una de sus flores, las acariciaba y hablaba con ellas como si fueran sus hijas. De vez en cuando dejaba caer una lágrima encima de sus pétalos. En esta ocasión tampoco quise interrumpirla, así que preferí bajar a la biblioteca y leer un poco.
Telma entró con la cara toda embarrada de tierra y una gran sonrisa en sus finos labios. Sus canas brillaban más que nunca y de sus cabellos colgaban pequeñas ramas. Sus ojos habían adquirido un intenso verde clorofila que la hacía ver más alerta y rejuvenecida; sus venas lucían el mismo tono vegetal y a diferencia de cómo se veían antes debajo de su delicada piel de corteza envejecida, ahora eran más gruesas y casi permitían ver el torrente de líquido, de sabia, podría decir, recorriendo a toda velocidad su cuerpo. Sin yo esperarlo me abrazó con tal fuerza que me costó creer que lo había hecho una anciana. Así permaneció por unos segundos apretándome cada vez más. Luego se apartó

rápidamente de mí y sin yo esperarlo, casi de manera infantil, me estampó un sonoro beso en la frente.

—¡Pensaba que todavía estabas durmiendo!

—No, no, si estoy despierto desde temprano, la vi cuando estaba en la biblioteca y luego cuando charlaba con sus flores en el jardín; también desayuné, gracias.

—¿Ah sí, y por qué no me dijiste? estoy esperándote desde temprano para hablarte de algo.

—Estaba tan concentrada en sus asuntos que no quise...

—Bueno eso no importa —dijo, mirándome fijamente, como si quisiera contarme con su mirada aceitunada todos los secretos que encierra el universo en el que vivimos —Lo importante es que estás aquí, que llegaste a esta casa, que nos conocimos y que hoy es el día que es.

No pude evitar una tímida sonrisa de satisfacción. O de confusión quizá.

—Sí estoy feliz Gabriel, sumamente feliz, y esa felicidad tiene que ver contigo. Al principio no quise admitirlo, pero lo supe desde el momento en que llegaste a la puerta de mi casa. Algo había en ti, algo lejano, pero al mismo tiempo familiar. No quise decírtelo para que no pensaras que eran cosas de una vieja loca, pero así lo sentía. Lo que no sabía en ese momento era que encontraría en ti algo que daría un vuelco a mi vida...bueno lo poco que queda de ella, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Telma reía como una niña.
—...y cuando digo vuelco, lo digo literalmente, la muestra de ello es la tierra que tengo en mi cara. Suerte que no me viste rodar en el jardín, hubiese sido aún más vergonzoso para mí, ja, ja, ja, ja, ja, ja.
Yo la veía perplejo con una sonrisa frisada en mi rostro mientras ella trataba de contener el ataque de risa. Por un momento vi a Telma como una adolescente.
Ya sin aliento, hizo lo que hace cualquier persona en esta situación. Llevando a cabo un esfuerzo inaudito, intentó poner cara de seria varias veces hasta que finalmente pudo doblegar la risa que le desfiguraba los labios, no obstante, alguna mueca delataba por escasos intervalos de tiempo la intención de dejar salir otra risotada. Ya recompuesta, dijo señorialmente sin mirarme a la cara:
—Cuando termines de leer sube a mi habitación. Tengo algo importante que decirte.
Luego dio media vuelta y salió despistada por la estrecha escalera, mientras otro ataque de risa la invadía. Yo quedé estupefacto, entre feliz y preocupado por lo que acababa de ver. Aunque sentía una curiosidad extrema por saber lo que Telma quería hablar conmigo, decidí esperar un tiempo prudente para verla, por lo menos el necesario para que volviera a sus cabales. Al cabo de media una hora, subí lentamente los escalones,

preguntándome todavía qué habría causado esa reacción en ella. ¿A qué se refería con eso de que había algo en mí, algo que cambiaría su vida? ¿Cómo habría llegado a esa conclusión? ¿Qué misterio encerraría yo para que esta mujer ecuánime, reflexiva y pudorosa se transformara en una especie de gurú adolescente y llegara a tan alegre desenlace?

Toqué tímidamente la puerta.

—Adelante Gabriel.

Para mi tranquilidad encontré a la Telma que conocía. Estaba sentada de espaldas en un pequeño escritorio. Su pelo estaba arreglado en un moño cuidadosamente envuelto detrás de su cabeza. Lucía un vestido de flores que contrastaba un poco con su edad y daba un toque de feliz quinceañera a su aspecto. A pesar de que no podía verla de frente, intuía que ya no había rastros de tierra en su rostro y que aquella explosión pueril que manifestó en la biblioteca era cosa de un pasado muy remoto. Un desliz.

Todo el mundo de olores que gravitaba sobre su jardín se había mudado a su habitación. Un rayo de luz penetraba por la ventana e iluminaba su cabeza blanca.

Por un momento pensé que estaba frente a un ángel.

—Ven Gabriel, siéntate a mi lado — dijo ella dando ligeros toques con su mano a una silla forrada de terciopelo rosado fucsia que había dispuesta al lado del escritorio. Accedí callado y sumiso a su petición y entonces la vi.

Sus ojos no habían cambiado de color, por el contrario, ahora eran de un verde que no pertenecía a este mundo. No sé si por la luz que se había posado en su rostro, o por el vestido, o por el intenso aroma de flores que lo inundaba todo, quizá por el efecto residual de los brownies, pero de lo que estoy seguro es de que Telma había rejuvenecido y mostraba todo el esplendor y la belleza de los años en que lo hermoso era evidente.
Igual que momentos atrás, yo permanecí boquiabierto.
Con toda la delicadeza del mundo, Telma derramó un poco de cera verde sobre un sobre y lo estampó con un sello. TQ. Luego de eso colocó cuidadosamente el sobre a un lado, giró hacia mí y con una dulzura maternal me tomó las manos.
—Según Calderón de la Barca, "la vida es sueño y los sueños sueños son". Yo pienso lo siguiente: los sueños son la vida y la vida es lo que es. Te digo esto Gabriel porque hoy más que nunca

creo en la indefectible naturaleza de la impermanencia de las cosas. Hoy acabo de convencerme que lo que es, no es. Que lo que creemos real es simplemente un mero juego de nuestra inconsciencia. Y lo más importante, que tú no eres quien crees ser.
—¿Por qué me dice todo esto Telma? Me tiene confundido.
—No tienes por qué. Pronto lo entenderás. Mientras tanto voy a pedirte algo.
—Lo que sea, pídame lo que sea.

—Necesito que lleves este sobre a alguien en la ciudad capital. Es con carácter de urgencia.
—Claro que sí, lo que usted diga, mañana mismo salgo.
—No, mañana no. Tiene que ser hoy.
—Perfecto. No hay problema. Salgo ahora mismo.
—No, ahora no. Después de comida. No quiero que hagas ese viaje tan largo sin una buena base en el estómago, sobre todo manejando esa máquina infernal.
—De acuerdo. Así será. ¿Y se puede saber quién es esa persona?
—Todo a su debido tiempo. Por lo pronto deberás saber que se trata de una persona muy importante. Y ahora, quiero que me ayudes a preparar la comida, creo que será la última que compartamos en mucho tiempo.
Telma me tomó de la mano y me condujo a un pequeño cobertizo localizado en la parte anterior del patio. El cobertizo desprendía un suave olor a canela y cáscara de limón. Cuando entramos, lo que parecía un minúsculo habitáculo se fue convirtiendo en un lugar espacioso y bien dispuesto con una mesa de roble centenario en el centro y un techo en madera muy alto que provocaba al que entraba por primera vez mirar hacia arriba; en una de las esquinas, una hermosa alacena de caoba con pequeñas puertas de cristal guardaba todo tipo de raíces, hojas y especias.
Ensimismado dentro de la magia que encerraba esta parte de

la casa, que para mi sorpresa no había conocido, Telma me dio una pequeña palmada para dirigirme a la gran mesa de madera donde estaban dispuestos unos higüeros con arroz, granos, hierbas, pescados y vegetales que se iban a utilizar para la comida. Telma sumergió una de sus manos en el arroz. Luego tomó las mías y las llevó hacia el mismo envase para que sintiera el peso y textura de los granitos largos que dejaban una capa fina

y blancuzca en la mano. Luego me invitó con la mirada a que hiciese lo mismo con los higüeros de los granos, de las hierbas, y por último el de los vegetales.

Mientras yo movía mis manos dentro de los envases en una especie de trance inducido, Telma encendió una hornalla gigante que ella misma había construido. A partir de ese momento todo fluyó con una especie de voluntad predeterminada. De alguna manera Telma y yo nos conectamos y nos fundimos en un mágico quehacer culinario que dio como resultado un humilde, pero al mismo tiempo prodigioso y suculento ágape.

Todavía recuerdo con fascinación lo que ocurrió a nuestro alrededor mientras preparábamos el manjar; sucedió de manera tan inusitada, que en ese momento ni siquiera me atreví a comentárselo a Telma. Súbitamente, cuando el aroma de los diferentes platos comenzó a desfilar hacia el cielo, los perros y los gatos del barrio comenzaron a ladrar y a aullar; una nube de mariposas rojas cubrió el jardín por unos minutos, mientras

el azafrán era agregado al pescado; el arroz trajo una llovizna ligera cuando los granos cayeron en el agua hirviendo; una curiosa brisa de cuaresma que llegó sin haber cuaresma, levantó curiosamente las faldas de un par de mujeres que regresaban del trabajo, causando que dos hombres que se trasladaban en un motor se deslizaran y cayeran justo al lado de sus piernas, ruborizándolas al instante; finalmente, la ensalada de hortaliza fresca puesta cuidadosamente en un envase de cristal trajo un impetuoso aguacero al pueblo que paró de repente, justo cuando abrimos la puerta del cobertizo.

Servimos la mesa en el centro del jardín y ahí compartimos mudamente el suculento y casi mágico banquete. Ambos quedamos extasiados.

— Telma, definitivamente la buena comida es otra muestra indefectible de la impermanencia de las cosas. Uno puede cocinar el mejor plato del mundo, digno del paladar de los Dioses, pero incluso este desaparece ante los incisivos deseos del comensal y termina siendo...nada.

—¡Mierda... quisiste decir! Ja, ja, ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja, ja, ja, bueno sí, ja, ja, ja, ja, ja.

— ¿Al parecer aprendiste la lección de cocina eh?

—Eso y mucho más Telma; gracias por sus atenciones, gracias por su cariño, por su paciencia, por sus enseñanzas, gracias por

todo Telma. Usted no sabe lo que ha sido este encuentro para

mí. Ha sido realmente mágico.
—¡Ahhh! Mágico. Me gusta eso. Entonces ya crees en la magia que se esconde detrás de todo esto.
—Je, je, je, bueno no era a eso que me refería, pero definitivamente creo que hay algo... sí, algo hay...
—En poco tiempo estarás completamente seguro de que la magia sí existe. De que detrás de esta ilusa realidad que vivimos solo hay magia. Y cuando lo descubras yo estaré muerta de la risa viendo cómo se materializa frente a tus ojos la verdadera naturaleza del ser.
Así nos pasamos un buen rato, hasta que Telma me dijo que no debía demorar más mi partida. Yo preparé rápidamente mi mochila y ella me entregó el sobre lacrado con la dirección donde debía entregarlo.
—Pero aquí no dice a quién se debe entregar.
—No te preocupes, ella estará esperándolo —nuevamente esa sonrisa universal se explayó misteriosa sobre su rostro—. Cuando lo consideres oportuno, vuelve a visitarme, tengo algo que creo puede servirte para aquella historia que quieres contar. Vete ya y por favor no te detengas en el camino. ¡Ah! otra cosa Gabriel, cuando entregues la carta, no te vayas, espera. Espera la respuesta.
Su abrazo pareció durar mil años. Luego me besó de nuevo en la frente. Yo no pude articular ni media palabra. Me miró por última vez con esos ojos verde clorofila y asintió ligeramente con

su cabeza iluminada.

—Ve con Dios.

Como si ella lo hubiera invocado, un zumbador nos rodeó y luego quedó flotando encima de su cabeza. Encendí el Harley y cuando volví la mirada, Telma y el picaflor ya no estaban.

***

Manrique llegó a Cigüa bien entrada la noche. Regresaba de San Francisco de Macorís luego de vender los quesos, con Iluminado, Apolíneo, Simonga y una pequeña recua de mulos y caballos. Ese día en particular fue muy bueno en las ventas porque el precio de los quesos había subido mucho en el mercado y las ganancias de Manrique se habían duplicado. Además,

pudo conseguir una nueva variedad de pececitos y bolas de caramelos. Para demostrar su agrado incluso regaló a Iluminado y Apolíneo un par de cajas de los suculentos confites para que los vendieran por su cuenta, claro, con la condición de que no podían comérselos.

Al llegar a la cima de la pequeña loma que antecede la entrada principal de la propiedad, Manrique acostumbraba mirar por unos segundos la exquisita casa de tablas de palma que había ido mejorando hasta convertirla en un hermoso chalet, con su cocina exterior y la enramada donde después de cenar reunía a los muchachos para contarles las historias que a su vez les había leído Telma, historias sobre gigantes y caballeros andantes, sobre

ballenas colosales que podían tragarse un barco entero, sobre hombres que naufragaban en una isla perdida en el mar donde encontraban grandes tesoros, mil cuentos que los muchachos querían que fueran narrados en una noche, principalmente Iluminado, que se embelesaba con cada palabra que salía de la boca de su padre mientras la luz de las humeadoras resplandecía en su rostro y lo hacía ver mucho más dramático.

Iluminado recuerda por encima de todas esas historias, la de un príncipe que un día sale fuera de las murallas de su palacio en búsqueda de la verdad. Fuera de la protección del reino de su padre y de las comodidades de una vida lujosa y llena de placeres, el joven recorre medio mundo, conoce todo tipo de gente, buena, mala, pobre, feliz y desdichada, y se da cuenta de que el mundo tal y como se lo habían querido pintar sus padres existía solo dentro de las murallas del reino que había abandonado. Que el mundo está lleno de dolor. A pesar de esto, el joven lucha por vencer los demonios que trataban de convencerlo de que volviera y se dedicara a la vida de lujos y placeres que había abandonado, meditó por muchos años, ayunó y se sometió a duras pruebas hasta que su cuerpo no pudo más, y un día, cerca de un río meditó tanto tiempo que pudo escuchar el rumor del agua que le descifraba los grandes enigmas de la vida y el gran secreto de la verdad absoluta. A partir de ese momento el muchacho se convirtió en un gran maestro, algo así como un santo, como el santo San Rafael al que Justa le había hecho una promesa de no

cortarle los cabellos por cinco años si él se sanaba de la terrible calentura. Iluminado nunca olvidaría esta historia.

436

Los muchachos hacían todos los berrinches del mundo cuando Iluminado le pedía una y otra vez a su padre que contara la historia de aquel santo. Manrique sonreía a Iluminado y mientras contaba de nuevo la historia, veía en los ojos de su hijo otro gran maestro. "Se parecen", llegó a pensar de Iluminado y Siddhartha cuando recordaba a su hijo que, desde muy pequeño, quizá de seis meses, se quedaba sentado mirando con los ojos abiertos a la nada, al principio en su pequeña cunita de caoba centenaria, luego debajo del flamboyán. "Nos parecemos", se repetía a él mismo cuando se topaba con una de estas escenas cotidianas.

Allí en la cima de la pequeña loma Manrique pudo ver el rancho de los puercos, el río y la gran ceiba que engalanaba el contorno. Lo que no pudo ver fue el correteo de Aquiles, a Justa en el trajín diario de los quehaceres de la casa, a Elsa peinando los rizos de oro de Blanca Remedios, como tampoco pudo ver al hacendoso Cleto trabajando en el conuco de víveres cercano a la casa. La casa parecía vacía, hasta que vio a Clementina que corría dando alaridos en dirección a ellos. La mágica visión de la propiedad desapareció al instante ante los ojos de Manrique, que ahora se clavaban como un dardo en la mujer llorosa. Veterano aceleró el paso sin Manrique tocar las riendas.

—¡Ay señor, ay señor, el diablo ha estado por esta casa!
¡Gracias a Dios que usted llegó, esto si es grande!
—¡Qué pasó mujer, habla!
—¡Ay mi señor el niño, el niño! —se le había abrazado a una pierna de Manrique mientras este trataba de calmar a Veterano que ya comenzaba a impacientarse.
—¡Clementina, habla! —le espetó Manrique.
—El teniente le pasó por arriba con todo y caballo al niño Aquiles, lo dejó... la doña casi se muere del susto y más cuando vio que a su hermano Cleto también le habían pegado un tiro, ¡Ay don, ay don, esto si es grande! El pobre muchachito parecía un pedazo de morcilla tirado en el piso. ¡Mi pobre muchachito!
Manrique se había quedado mudo ante las palabras de Clementina, la mirada perdida en la casa, sin verla, sosteniendo mecánicamente las riendas de Veterano que quería salir volando. Los muchachos y Simonga lloriqueaban nerviosos.
—¿Dónde están, Clementina? —balbuceó Manrique, casi sin abrir los labios.

—A Cleto se lo llevaron los guardias, con todo y el tiro que le pegaron... esos abusadores, se lo llevaron amarrado como a un perro a pie detrás de los caballos...
—¡EL NIÑO, EL NIÑO MUJER! — retumbó en el camino la voz, cada vez más consciente del crimen que se había perpetrado contra su familia. Manrique sabía además que después de un tiro,

las instrucciones serían llevar preso a Cleto. Lo más importante ahora era salvar la vida de su hijo.

—Al pobrecito Aquiles se lo llevaron al médico de Joba —contestó la mujer mirando por primera vez a los ojos de Manrique mientras seguía abrazada como una lapa de su pierna.

Estas últimas palabras de Clementina despertaron a Manrique de su horror.

—Simonga, quédate con los muchachos en la casa. No… mejor ve con ellos a casa del compadre Gallito.

Manrique no tuvo que dar con sus talones en las costillas de Veterano para que este se moviera. Inmediatamente terminó de hablar, Veterano salió como alma que lleva el diablo directo hacia la pequeña clínica del médico de Joba.

***

Todo fue confusión. Cuando Manrique llegó a la pequeña clínica rural de Joba, que no era más que una pequeña casa de madera con un par de catres, un estetoscopio, un médico y una partera, un alboroto de gente rodeaba el rústico centro de salud. Mujeres llorando, hombres calmando a las mujeres, niños correteando sin saber a dónde ir, otros hombres más apartados comentando a grupo cerrado los hechos, mujeres clamando a Dios, bebés recién nacidos berreando mientras las madres los mecían de un lado a otro en sus brazos enclenques. Las pezuñas de Veterano retumbando en el suelo de tierra hicieron que todos voltearan y miraran a Manrique. Silencio total. Le abrieron

paso. Manrique desmontó algunos metros de la puerta sin mirar a nadie, mientras Veterano resoplaba y un fuerte olor a azufre salía de sus narices. Todos sintieron ser auscultados por la mirada disparada desde los ojos de Veterano, esa mirada de omnipresencia teledirigida que tienen los caballos a cada lado de su cabeza. Manrique marchó entre la gente con pasos decididos,

la barbilla alineada en un paralelo perfecto con el piso, su vista clavada en la puerta de entrada que permanecía abierta, los puños cerrados. A medida que avanzaba sus pies parecían dejar una legua de distancia entre una huella y otra. De inmediato reconoció los plañidos de Justa en el interior del habitáculo.
La primera que se materializó frente a Manrique fue Elsa Anunciada que había entrado en trance y permanecía inmóvil en una esquina de la casa. Luego fueron Blanca Remedios y Ulises que lloraban desesperados en los brazos de Clementina. Inmediatamente vio a Justa bañada en sangre al lado de un bulto rojo que yacía sobre uno de los catres. Justa se dejó caer en sus brazos sollozando. Manrique fue aflojando sus puños a medida que reconocía al pequeño Aquiles. El médico, que parecía más un carnicero con la bata blanca llena de sangre, entablillaba una piernita rota, mientras la partera curaba las múltiples heridas.
—Esos malditos, casi matan a mi hijito, Manrique, casi lo matan.
Manrique no contestó. La mirada fija en el pedazo de morcilla

tirado en el catre. Por un segundo Clementina le vino a la mente.
—Al pobre Cleto le pegaron un tiro y se lo llevaron...sabrá Dios si para terminarlo de matar. ¡Ay mi hermano! Él que solo quería defendernos.
Las lágrimas de Justa empaparon la camisa de Manrique.
—Yo creía que nos iban a matar a todos, creo que al final eso es lo que quieren ellos...ellos y su maldito jefe...ellos, su maldito jefe y el desgraciado de Antero, quieren matarnos a todos, a todos, Manrique... ¿Qué vamos a hacer?
Los puños de Manrique se habían cerrado nuevamente.
Al sollozo incesante de Justa se sumaron otros lamentos que cayeron uno detrás de los otros en el triste escenario como fichas de dominó.
—Nosotros que nos estábamos enderezando, tan bien que íbamos Manrique y míralo ahora, mira a nuestro niñito como se deshace en sangre, se nos va Manrique, se nos va...
De los puños de Manrique cayeron dos espesos goterones de sangre que al contacto con el suelo se coagularon al instante.
Dentro de la clínica los plañidos crecían como el río de Joba cuando se desbordaba, dirigidos magistralmente por Clementina que sin soltar a Remedios y Ulises se desgañitaba a gritos. El médico llamó a la calma y le hizo una señal a Manrique para que

se llevara a Justa a otro lugar. Manrique, que no había dejado de mirar a Aquiles, cerró los ojos por primera vez, sintiendo los

bracitos de Justa apretándolo con todas sus fuerzas, y un par de lágrimas escaparon por la comisura de los ojos cayendo al suelo al lado de los dos cristales coagulados. Salió con Justa y pidió a las personas que estaban en la habitación contigua que abandonaran el lugar para estar con ella a solas.

Ya allí, acaparó con sus brazos de calamar el menudo e inestable cuerpo de Justa y trató de calmarla.

—No te preocupes Justa, Aquiles va a salir adelante. Es fuerte y cabeza dura. Esas heridas sanarán y pronto volverás a verlo corretear detrás de los muchachos como si nada.

Manrique no estaba tan seguro de eso. De lo que sí estaba seguro, era de que si Aquiles sobrevivía no iba a olvidar lo sucedido, ni las caras de los guardias, ni a su tío peleando con los guardias, ni a su madre llorando. Aquiles no era de esos niños que se dejaban doblegar. Él no. Él sabía que Aquiles era uno de esos niños nacidos con el machete en la mano.

—¿Pero y qué vamos a hacer ahora? —esbozó Justa con un fino hilo de voz a punto de romperse—. Esos esbirros nos quieren destruir, quieren destruir todo lo que tenemos, lo que tanto nos ha costado, nuestros sueños.

—Ellos no van a hacer nada de eso, no hagas caso a esos imbéciles — declaró Manrique con voz firme.

Justa permanecía aferrada a Manrique mientras pronunciaba como podía, entre llantos, húmedas palabras entrecortadas.

—¿Y cómo no voy a hacerles caso? después de esto, después

de lo que nos hicieron en Buenavista, después de las amenazas. ¡No, no puedo! mucho menos después que ese teniente de la mierda me dijera que el trujillo ese quiere comprarnos la finca con todo lo que hay adentro.

Manrique tensó los músculos.

—¿Qué dijo qué?

—Sí eso mismo, que el jefe de ellos quiere comprar la finca, adueñarse de lo que es nuestro, seguro para meter a toda su recua de animales a comerse lo que hemos sembrado. Eso fue lo que dijo, y además dijo que volvería mañana para saber de nuestra decisión. Qué vamos a hacer ahora Manrique, qué vamos a hacer, mi pobre Aquiles...

440

Manrique no pudo contestarle a su mujer. Sintió que se iba. Entonces recordó a su padre. Recordó Loma de la Bestia, sus callejuelas empedradas, el flamboyán en la rotonda, las siembras de cacao, el molino, recordó las carreras detrás de Luis y Ángel, los pulsos con Derecho, recordó la hamaca, cientos de imágenes de su madre acariciándolo, de Telma enseñándole a leer, de Américo construyendo una bicicleta, recordó las mujeres rezando, recordó a Antero. Recordó el letrero sobre la hierba en llamas "Salvador o salvado", recordó las mujeres en la marcha fúnebre, el hábito negro de Antero, recordó la funeraria, recordó las catacumbas, se recordó al él mismo con un pico cavando túneles, al pobre muchacho sobre la mesa de preparación con el pecho abierto

por un proyectil de los gringos, recordó el buque hundido, los pececitos rubios en el mar, recordó a Emeterio, recordó al hombre con los ojos ceniza, ¿cómo no recordarlo? Recordó a Desiderio. Recordó a su padre. Ya no estaba. Se recordó cerrando con Veterano los inmensos portones de roble para nunca más abrirlos. Recordó a Antero. Recordó... volvió con Justa. Volvió con Aquiles. Por una rendija de la puerta vio a Remedios y Ulises en brazos de Clementina. Divisó a Elsa Anunciada que todavía permanecía inmóvil en una esquina. A través de una rendija de su alma pudo imaginarse a Apolíneo e Iluminado en casa de Gallito.

—Manrique tengo que decirte otra cosa —musitó Justa con voz trémula.

Manrique estaba todavía en casa de Gallito imaginando a Iluminado soñar con los ojos cerrados, contemplando los secretos que encierra el techo del cielo, como una vez le dijera él mismo con cuatro años de edad. Un quejido imperceptible de Aquiles lo trajo de vuelta. Justa sollozaba en su regazo.

Lo había decidido. Manrique había decidido lo que tenía que hacer.

—Manrique, estoy embarazada.

***

A las tres de la mañana de esa noche, Aquiles tenía todas sus heridas cosidas y curadas, la piernita rota entablillada, el brazo derecho que también tenía dos fracturas, inmovilizado,

un gran vendaje sobre su pecho para ayudar a soldar cinco costillas rotas y otro más alrededor de su cabecita para cubrir múltiples magulladuras y contusiones. Sus ojitos verde cólera estaban tímidamente abiertos, buscando, tratando de reconocer a los culpables entre los presentes. Pero con él solo estaban sus padres, sus hermanos y hermanas. Su madre acariciaba su manita izquierda y humedecía los labios con sus lágrimas. Manrique permanecía parado en una esquina con los brazos cruzados. Esperaba a sus dos hijos y a su compadre Gallito que había mandado a buscar para comunicarles su decisión. Pero antes tenía que decírselo a Justa. Le pidió a Clementina que se quedara con los muchachos y el pobrecito Aquiles y tomó suavemente a Justa por una mano para llevarla debajo de un gran flamboyán. Justa todavía sollozaba. Se sentó con ella sobre las viejas raíces e hizo flotar sus dos diminutas manos sobre las suyas.

—Justa, Gallito viene en camino para llevarlos a la casa del ensanche con Telma. Se van antes del amanecer.

—¿Qué dices Manrique? —replicó Justa reponiéndose inmediatamente de sus pesares.

—Es lo mejor Justa. Sabes que esos esbirros van a regresar. Esto no va a terminar hoy, ni mañana, Dios sabe cuándo. Y no puedo permitir... no podría perdonarme que algo más le ocurra a mi familia. Además, estás embarazada. Es lo mejor.

—¿Y qué vas a hacer tú? Tienes que venir también. ¿Y si

te pasa algo? ¿Te olvidas de nosotros? ¿Cómo nos sentiríamos nosotros?

—Yo sé cuidarme bien. Lo sabes. Además, alguien tiene que quedarse en la finca, alguien tiene que...

—¿Qué? ¿Alguien tiene qué, Manrique?

Manrique entendía perfectamente hacia dónde iba Justa con esa pregunta.

—Pues... alguien tiene que cuidar el ganado, la siembra, pagar a los hombres. Por favor Justa, ¿tengo que decírtelo?

—¿Ah sí? Y ese alguien eres tú solo. Manrique Quimera.

—Justa, está decidido. Esto no es negociable. Sabes que con esa clase de gente no podemos negociar. Entiéndelo.

—Pero... es que temo por ti Manrique, te pueden matar, ven con nosotros, deja esa finca, déjalo todo, olvídate de eso y vamos a vendérsela al maldito trujillo si eso es lo que quiere. Si hacemos lo que nos pide a lo mejor nos deja en paz. Lo importante es que estemos juntos.

Pero Manrique sabía que eso no iba a suceder, trujillo nunca los dejaría en paz. No mientras Antero estuviera con vida. No mientras él estuviera con vida.

Manrique abrazó a Justa. Ella se dejó caer en su regazo empujada por la gravedad de los acontecimientos. Sabía que no había vuelta atrás. Sabía que Manrique estaba en lo correcto. Que Antero no descansaría hasta vengarse. Sabía que trujillo no

olvidaba y que hundiría la familia, así como estaba hundiendo el país. Sabía que Manrique no se rendiría. Que no se vendería. Que Manrique era de los hombres que nacían con el machete en las manos. Sabía. Pero sabía que no podía hacer nada.

La despedida fue triste. Justa despertó como siempre a Elsa Anunciada de su ensimismamiento y la ayudó a caminar hasta la habitación, siempre que volvía a la realidad se sentía un poco aturdida y torpe. Clementina tomó nuevamente a Ulises y a Blanca Remedios en sus brazos y se parapetó en una esquina del camastro que guardaba al pobre Aquiles. Justa se pasaba la mano por el vientre, pensando en Úrsula Elodia. Ya había pensado en el nombre de su próxima hija.

Iluminado y Apolíneo llegaron con el compadre Gallito y se reunieron con el resto de la familia en torno a Aquiles. Al entrar a la pequeña habitación, Apolíneo se tapó los ojos y lloró desconsoladamente, primero por su hermanito, y segundo porque no quería que le pasara algo así, algo que arruinara su sagrada e incomparable belleza. Iluminado se acercó callado a su hermanito, le tomó la manita buena y cerró los ojos. Al ver a Iluminado, todos se dieron la mano e hicieron lo mismo.

—Manrique está solo en la finca. Veterano está tumbando los mangos de los cogollos, está furioso. Manrique está tratando de calmarlo. Manrique lo agarra por la crin y le dice algo al oído: "Las vacas no están comiendo y la hierba se está secando". Veterano se pone loco otra vez. Manrique se monta y salen de la

finca. Se encuentran con unos guardias...
—Elsa, despierta, despierta mi hija que estos no son momentos para tus visiones —le susurró suavemente Justa al oído mientras le pasaba las manos por los cabellos.
Todos abrieron los ojos nuevamente. Iluminado miraba ahora a su padre y él a su hijo.
—Tengo que decirles algo mis hijos... —declaró Manrique.
443
—... Manrique está botando fuego por la nariz, los guardias sacaron sus pistolas y...
—¡Ay mi hija, pero por Dios! ¡Despierta! ¡Deja eso ya! ¡Usted! — ordenó Justa a uno de los empleados —vaya a buscarme una penca de sábila y pélemela para ponérsela en la lengua a Elsa Anunciada, cuando ella está así lo único que la trae de vuelta a este mundo es ese amargo.
—Pobre hija mía, que se la pasa viendo el mañana cuando todavía no sabemos lo que será del hoy. Venga hija mía a mis brazos, olvídese de eso y abra los ojos para que escuche lo que les voy a decir.
Elsa Anunciada abrió los ojos de par en par. Manrique habló sin querer hablar.
—Mis hijos, ustedes saben que los quiero demasiado, más que a mí mismo, que no podría permitir que pase algo a ninguno de ustedes, no otra vez. Saben que me he dedicado en cuerpo y alma a ustedes y que hago lo que sea por su bienestar. Pero

ustedes saben que la cosa con esos guardias no está buena, que se la han cogido con nosotros. Por eso ustedes y su mamá se van hoy en la madrugada a la casa de los abuelos en San Felipe. Telma los espera.

Apolíneo dejó de llorar y le dio un codazo a Iluminado para que hablara. Iluminado no habló.

—Pero... usted viene con nosotros ¿verdad papá?

—No Apolíneo. Yo me quedo. Alguien tiene que cuidar la finca. Alguien tiene que demostrarles a esos guardias que no le tenemos miedo.

—Pero, es que no queremos dejarte solo, ven con nosotros papá —insistía Apolíneo.

—No hijo, no puedo. O mejor dicho, no debo. Pero escuchen esto. Quiero que ustedes sepan y que nunca lo olviden, pase lo que pase, yo los amo y nada ni nadie va a cambiar ese hecho. Nada ni nadie, ni siquiera el infame de trujillo va a impedir que ustedes crezcan sanos y felices y se conviertan en hombres y mujeres de bien para este país y los suyos. Que quede claro. Nunca lo olviden.

—Pero papá, ¿y por qué tenemos que irnos hoy mismo? —anunció Elsa abriendo inesperadamente su boca dormida.

—¿Ya despertaste mi bella durmiente? yo pensaba que todavía estabas soñando tus sueños. Eso es lo mejor para todos Elsa, así que quédate bien despierta, ya es hora. No hay tiempo que perder.

Un silencio más callado que la madrugada inundó la discreta habitación. Las miradas se intercambiaban entre ellos como si no existiese otro lenguaje sobre la tierra que pudiera formular las interrogantes que pasaban por sus cabezas. Elsa Anunciada mirando a Iluminado que estaba mirando a Apolíneo que miraba a Aquiles mirando con un solo ojo a Blanca Remedios que miraba a Justa mirando a Manrique, que les devolvía la mirada con un gesto de certidumbre, de sentencia inapelable que le partía el corazón. Fue cuando Iluminado rompió la secuencia de miradas haciéndole una seña a Apolíneo.

—Papá, Apolíneo y yo queremos hablar algo contigo. A solas.

Manrique aceptó y salió abrazando a sus dos hijos mayores, formando un núcleo indivisible, como si ninguno quisiera ir delante, tampoco atrás, mucho menos decir lo que se tenía que decir. Al llegar al mismo flamboyán en el que horas antes Manrique había estado con Justa, Iluminado y Apolíneo sintieron cómo el peso de los inmensos brazos de su padre desaparecía y desearon llevar aquella abrumadora carga toda su vida, sin descanso, y por qué no, a él completo, a su padre, su querido y sacrificado padre, con todo y su soberbio cuerpo, su descomunal fuerza, su trabajo, con todo su amor, con Veterano y la finca, con las vacas, con su madre y todos su hermanos, ellos estaban dispuestos a cargar con toda la comarca si fuera necesario, con el país completo, con toda la isla y su gente, con sus esperanzas y sus penas, con

la dictadura, con todo, absolutamente con todo, con tal de que ese cálido e imprescindible peso de los brazos de su padre no desapareciera. No esa madrugada.

—A ver hijos míos, ¿qué es lo que me quieren decir?

Apolíneo miró a Iluminado y esperó a que éste hablara.

Iluminado tragó en seco.

—Papá, nosotros hemos decidido quedarnos contigo. Lo que sea que vayas a hacer lo haremos contigo, queremos ayudarte.

Manrique dejó escapar un suspiro que levantó una pequeña polvareda bajo los pies de sus dos hijos. Bajó la cabeza, cerró los ojos y se tapó la cara con las manos. Así permaneció unos segundos, mientras Apolíneo secundaba a su hermano en todo lo que decía.

—Sí papá, queremos ayudarte.

—Además —seguía Iluminado como para no darle chance a su papá para que le contestara —sabes bien que no puedes con todo lo que hay que hacer en la finca, es demasiado trabajo para ti solo.

—Si papá, muchos de los trabajadores han abandonado la propiedad porque les tienen miedo a los guardias, no vas a poder con todo el trabajo. Nosotros ya somos hombres y podemos ayudarte en lo que sea. Por ejemplo, puedo hacer los viajes a San Francisco a vender los quesos y traer mercancía nueva, ya lo he hecho otras veces y no te he quedado mal.

Manrique continuaba con la cara entre sus manos y sin embargo podía ver a sus hijos casi de su misma estatura. "Se habían convertido en hombres", pensó rápidamente mientras los oía sin escucharlos.

—Es mucho trabajo para ti papá —insistía Iluminado —Los potreros necesitan mantenimiento, se tiene que limpiar y desyerbar la siembra de pasto, sabes que el pasto que cosechamos es muy delicado, hay que arriar las vacas, ordeñarlas, transportar la leche, hacer los quesos, chapear los conucos, recoger los víveres...

—Sí, vender los quesos, comprar los caramelos, venderlos en Joba Arriba y toda la costa, desde Sabaneta hasta Río San Juan...

—¡Alto! —dijo Manrique, la voz tronante como un eco entre sus manos. Al levantar la cabeza y retirar sus dos manotas de la cara, los muchachos pudieron notar que sus verdes ojos brillaban como el río en horas de la tarde, cuando el sol refleja sus rayos tibios sobre la superficie calma y verde —No sigan. No sigan mis hijos. Nada me gustaría más que tenerlos aquí conmigo, ese sería el mejor regalo del mundo, mi mayor premio, no tengo la menor duda de que me ayudarían mucho y que su trabajo sería igual o mejor que el que hacen los hombres que tenemos... teníamos aquí. Pero no puedo aceptar su ayuda, no en este momento. Y les repito que no hay nada en este mundo que quisiera más que eso. Tenerlos a todos ustedes aquí. Pero no es posible.

Los ojos de Iluminado y Apolíneo destellaron un brillo aún

mayor que el de su padre, sus ojos parecían cuatro cristalinas pozas verdes reflejando el sol de la tarde.
—Pero papá... —musitó Apolíneo. Iluminado no volvió a hablar.
—Nada de peros. Ustedes me han demostrado que son hombres, hombres hechos y derechos y como tales pueden decidir. Ustedes podrían decidir si quedarse o irse con su madre a San Felipe. Yo nos los voy a contradecir. Pero si deciden quedarse, si deciden quedarse aquí en el campo, sería como si agarraran ustedes mismos esa mano de pilón —señalando un

sólido garrote de madera que descansaba sobre un pilón de moler granos —y entre los dos me lo pegaran en la cabeza y me mataran. Así lo sentiría yo.
Las cuatro pozas verdes no tardaron en desbordarse. Iluminado y Apolíneo se lanzaron sobre su padre y lo abrazaron y lloraron, lo lloraron anticipadamente por lo que iba a suceder. El inconmensurable peso de los brazos de su padre los arropó otra vez. Se sentían seguros de nuevo.
—Lloren todo lo que quieran, eso es bueno. Las lágrimas son el crisol donde se forja el alma de los hombres buenos —él también lloraba —Quiero decirles que los amo, los amo más que a mí mismo y por eso he decidido quedarme y enviarlos a casa de los abuelos en San Felipe, para que puedan continuar con sus estudios, porque el trabajo del campo es para hombres de acero,

como yo. No se preocupen por mí, ya me las arreglaré, siempre lo he hecho... así me dijo mi padre que lo hiciera aquella tarde debajo del molino de viento en Loma de la Bestia. "Este mundo tal como lo vemos, el mundo que vivimos todos los días, aunque lo veamos lleno de realismo, también está lleno de fantasía y sobre todo de magia. Cuando crees en esa magia trabajas incansablemente y cuando trabajas incansablemente, las ideas te vienen a la mente, las cosas se materializan sin uno darse cuenta, y cuando esto sucede, vuelves a creer. Sin embargo, solo cuando beneficias a otros, cuando el resultado de tu obra cotidiana toca el corazón, el estómago o la mente de los demás, solo ahí, en ese preciso momento es cuando has terminado y puedes sentirte satisfecho de lo creado. Entonces sientes una cosquillita que recorre todo tu cuerpo y en especial en el centro de tu pecho, que te hace sentir feliz y realizado: se ha cerrado el círculo de la vida y tú estás dentro de él".

Iluminado y Apolíneo habían dejado de llorar y ahora lo miraban fijamente, atentos a cada palabra que salió de la boca de su abuelo y que ahora salía de la boca de su padre. —Y cuando le pregunté a mi padre "¿Pero, en qué tengo que creer?" El me miró con su sonrisa de piano, me tocó en el hombro y me dijo: "En tus sueños. Recuerda esto: nunca, pero nunca... dejes de soñar". Y así como ustedes están insistiendo hoy en quedarse aquí en el campo, yo le volví a preguntar "¿Y si no tengo sueños?" Entonces me dijo lo que nunca olvidaré:

“Claro que los tienes, todos los tenemos; el problema es que la gente los olvida, o peor, no cree en ellos”. Y Mientras me

daba unos golpecitos en el pecho —que Manrique lo repetía en los imberbes pechos de sus hijos Iluminado y Apolíneo — en el mismo lugar del segundo pelo, ese mismo que les está comenzando a nacer y que les pica, sus ojos me iluminaron con su verde esperanza y me dijo “Además, esa semilla es de calidad y algún día habrá de germinar”.

Seis cristalinas lagunas verdes se desbordaron en llanto profuso. Cuando volvieron a la casa, encontraron a Gallito terminando de cargar los animales. Incluso había fabricado con la ayuda de Simonga, que no les había perdido ni pie ni pisada, una sillita especial encima del aparejo del mulo de Justa, para que Aquiles fuera más cómodo.

—Compadre, no sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho por nosotros.

—No me dé las gracias a mí, compadre, désela a Dios, que es el que sabe de todo esto.

Justa estaba lista, con Aquiles en las piernas que tenía los ojos más abiertos que nunca, buscando todavía al teniente y los guardias. Manrique los abrazó y desde ese abrazo llamó a Elsa Anunciada y Blanca remedios, solicitó a Ulises de los brazos de Clementina, y le hizo señas a Iluminado y a Apolíneo para que se agregaran también. De nuevo la gravedad de sus brazos los

rodeaba a todos y una corriente cálida recorrió cada centímetro de piel de esa masa compacta.
Gallito los observaba con lágrimas en los ojos. Simonga deseaba con toda su alma unirse al abrazo, pero en el fondo de su corazón negro y noble sabía también que no era su momento ni su espacio.
Un fuerte empujón los separó a todos de golpe.
Ulises permanecía con los brazos en el aire mientras miraba fijamente a Manrique. Una ligera sonrisa se asomó por la comisura de los labios del padre, recordando quizá su propia niñez.
—Es hora. —se interrumpió el mismo Manrique —Justa, Gallito y Simonga sacaron lo que se pudo de la casa, se llevan solo a la mula Mariana y seis animales más, para no llamar mucho la atención.
Justa le dio un abrazo interminable a Manrique, lo miró a los ojos, como si mirara una montaña o una nube, y le dijo:
—quiero volver a ver esos ojos del mismo color que los vi la

primera vez. —Esta vez Manrique no tuvo que doblarse, de alguna manera los labios de Justa alcanzaron la altura de los de Manrique, fundiéndose en un beso que pareció detener el tiempo. Justa se lo había dicho todo.
—Adiós amor, yo también te amo —balbuceó Manrique. Y despertando del sueño, dio media vuelta, fue donde su compadre,

le estrechó la mano y se despidió.
—Gallito, gracias por todo, siempre le estaré agradecido. Cuídeme bien a mi gente en el camino, pero váyanse ya, que casi amanece. Y por favor, entregue esta carta a mi hermana Telma. Dígale... nada, solo entréguesela.
—Cuente conmigo compadre. Lo que yo quiero es que usted se me cuide hasta que regrese de San Felipe.
Manrique ayudó a Justa y a Aquiles, que parecía una flor de andullo en los brazos de la madre a montarse en la mula Mariana y luego acomodó a Elsa Anunciada y Blanca Remedios en otra. Por primera vez en el tiempo que tenía conociendo a Los Quimera, Clementina no pronunció ni media palabra y a pesar de la ayuda de Simonga, se subió con no poca dificultad en otra mula. Ulises Manrique, que a su corta edad era un gran jinete, iba solo en otro animal. Apolíneo no había acabado de montarse en su caballo blanco cuando Manrique dio una palmada en las ancas de Mariana, iniciando así la marcha de la triste caravana. Todos viraron hacia Manrique, que quedó varado como el buque insignia de los americanos, viendo a su familia partir. Le dolía el pecho, como nunca le había dolido, ni siquiera cuando desapareció su padre y él tuvo que abandonar la Loma. De hecho, hacía mucho que no le dolía. Pero esa madrugada lo sintió como nunca, como si le arrancaran el tercer pelo con todo y corazón, como si estuviera muerto. Le dolía, pero sabía que ese dolor era nada comparado con el hecho de perder uno de los suyos, que

tenía que aguantarlo porque era la única manera de poner su familia a salvo, de alejarla de esos malditos guardias, del maldito Antero. Él sabía que era la única manera de hacer lo que tenía que hacer, y para hacer lo que tenía que hacer, tenía que hacerlo solo.

Manrique se quedó clavado como una estaca madre en el suelo, viendo cómo se alejaba la mitad de su cuerpo. Al último que vio desaparecer detrás de la loma fue a Iluminado, que todavía lo miraba como preguntándole: y ahora, ¿qué voy a soñar?

449

Veterano se acercó a Manrique y lo empujó con el hocico. Hombre y animal desaparecieron en sentido contrario levantando una nube con olor a azufre, mientras los mangos y los cajuiles caían de los cogollos de los árboles.

***

Amada hermana Telma:

Nunca temí al caminante.

Muchos se acogieron a mi sombra

Y aquellos que me lastimaron

Fueron perdonados

Nunca ambicioné las riquezas de los poderosos

Que por aquí pasaron

Más bien, les compadecí en su real pobreza

Y cuando un pobre, recostado de mi tronco

Durmió su fatiga
Mis venas se alimentaron
De la riqueza de su espíritu
Aquí he estado, clavado a la tierra
Que me dio vida y sustento
Ahora soy un tronco seco y roto y seguiré muriendo aún
más
Hasta que mi existencia sea solo un recuerdo
Y luego el olvido
Cuando esa muerte se haya consumado
Y el tiempo se detenga o se termine
Entonces volveré
Volveré como yo mismo
O como otro árbol cualquiera
Volveré como espiga o racimo
Piedra, montaña, arena, agua, desierto, sol
Fuego, latido, impulso,
Viento, lluvia o calor
450
Volveré como cualquier cosa
Resina, leche, miel
Color, sonido, canto
Pena, ausencia, voz

Silencio o llanto.

Gracias hermana por ser, por estar, por amar tanto.

Despídeme de los hermanos y dale un beso a nuestra madre. Dile que

la quiero con toda mi alma.

Cuide a mi familia.

Manrique

***

No tomé la carretera que une San Felipe con la ciudad de Santiago. Preferí seguir por el norte hacia las montañas y salir directo a la ciudad de La Vega. Al pasar por la playa de Sosúa, sentí un deseo incontenible de darme un buen chapuzón. Además, quizá ella estaba ahí, pero recordé las especificaciones de Telma de que no me detuviera en el camino y aceleré el motor para no dejarme seducir por aquellas aguas de ensueño.

En las montañas de Jamao me topé con un increíble espectáculo de la naturaleza. Cientos de amapolas en flor cubrían el paisaje incendiándolo de un rojo perenne que parecía no apagarse nunca. Mágico, pensé.

Luego de una hora rodando en mi Harley sobre la carretera que serpenteaba en la cumbre de la cordillera septentrional, la fría brisa de las alturas chocando en mi rostro, admirado por la belleza singular de aquel paisaje unas veces inhóspito e impenetrable, otras íntimo y acogedor, me vino a la cabeza la idea de construir una pequeña cabaña de madera en algún paraje del paradisíaco lugar. La idea de abandonarlo todo, salir de la

capital para siempre y empezar con una nueva vida se materializó en mi mente. San Felipe sería otra opción. Sosúa, quizá. Cruzando la ciudad de La Vega pude disfrutar de otro singular espectáculo. A pesar de que no era la época de floración, cientos de flamboyanes prendidos en fuego hacían competencia a las amapolas. Qué caprichosa es la naturaleza, pensé.

Dos horas después entraba en la gran ciudad. Luego de cruzar la capital de norte a sur a través de un enmarañado entaponamiento de vehículos, me dirigí presuroso a la dirección que Telma me había indicado. La casa estaba ubicada en la zona llamada Gazcue, el hermoso residencial de casas coloniales rodeado de almendros y laureles donde fui albergado por doña Chucha. Fue aquí donde como por arte de magia me topé nada más y nada menos que con René. Iba caminando con su guitarra al hombro en dirección hacia la calle Independencia cuando pasé lentamente a su lado en el Harley. Esos segundos sucedieron como en cámara lenta. En el primer segundo en que nuestras miradas se toparon no nos reconocimos. En el próximo segundo nuestros rostros procedieron a desencajarse y a convertirse en una sola expresión de sorpresa. En el tercero las bocas abiertas con una sonrisa de oreja a oreja. En el cuarto el nombre de Iván y el mío resonaron en medio de la calle. Y en el quinto segundo, Iván me señalaba con cara de terror el vehículo que estaba frente a mí y al que yo me dirigía como un kamikaze; por suerte pude

frenar a tiempo y no terminé como una postal en el inmenso parachoques del todoterreno.

Iván y yo nos dimos un fuerte abrazo y mencionamos insistentemente la coincidencia de habernos encontrado. Nos pusimos rápidamente al tanto de los últimos acontecimientos de nuestras vidas, mi viaje, los muchachos, el grupo, el drake´s y a pesar de que le dije que tenía que cumplir con un encargo muy importante, René me rogó que lo llevara al apartamento de la zona colonial, que los muchachos estaban ensayando y que sería una gran sorpresa para ellos el verme. Al principio me negué, alegando mi compromiso y prometiéndole que regresaría a pasar la noche con ellos. Pero ante su insistencia finalmente accedí con la condición de que solo sería un saludo y que me marcharía en seguida. No fue así.

No quiero abundar mucho sobre lo que ocurrió después, solo decir que Lisa, Iván, Luis y René me retuvieron a la fuerza en el apartamento, me cantaron, me bailaron y me hicieron tomar casi media botella de vodka con agua tónica y limón. Finalmente interpretaron unplugged la última composición del grupo: Ángel caído. Me sorprendió la calidad de las letras y la música. Se trataba de un muy bien estructurado símil entre la clásica historia de Lucifer y un solitario muchacho gótico que no encaja en su sociedad.

Por supuesto, los muchachos insistieron en que me quedara la

noche y así compartiera parte de su última producción "verde", refiriéndose a la pequeña hortaliza urbana que habían hecho crecer en una esquina de la azotea, una parte con cajones de madera reciclada y botellas plásticas de Coca Cola y otra bajo el esquema de cultivo aguapónico, donde plantas y peces convivían sin necesidad de suelo en una simbiosis perfecta, como si crecieran en el aire. Esta última variedad del sistema de siembra estaba dedicada única y exclusivamente a las "hojas verdes", entiéndase hierbas aromáticas, hierbas para té, y por supuesto, hierbas para el esparcimiento de las neuronas o en su defecto marihuana. Llegaron incluso a prender un gigante tabaco que según me dijeron tenían guardado para mi regreso. Denegué la invitación. De alguna manera el influjo de Telma todavía gravitaba sobre mí, y por lo menos aquella noche, de vuelta en la azotea de una de mis vidas, desde donde podía divisar de nuevo la imponente catedral y la bola de cañón herrumbrada sobre su techo, pude admirar las otras bondades del cannabis sativa y no quise fumar. Por fin pude zafarme de ellos, no sin antes jurar por la amistad que nos unía que volvería a mudarme con ellos al día siguiente.
Las palabras de Telma retumbaban en mi cabeza:
"Vete ya y por favor, no te detengas en el camino".
Un pesado manto oscuro había caído sobre toda la ciudad, y la luna, dueña de la noche, se levantaba como una bola de cristal por encima de las tristes luces de los faroles en las calles empedradas. La eterna amante de la cúpula celestial parecía

vaticinar algo. Quedé viéndola un momento, pero no pude escucharla. Por un breve instante evoqué los versos del poema que dedicara Borges a su María Kodama:

Hay tanta soledad en ese oro.

La Luna de las noches

No es la Luna que vio el primer Adán.

Los largos siglos de la vigilia humana

La han colmado de antiguo llanto

Mírala. Es tu espejo.

Caminé hacia el Harley, la carta en mis manos, y sentí el rocío de la noche sobre mi rostro, la fricción de mis botas con los adoquines de la calle, el olor a madera húmeda y piedras centenarias de los edificios coloniales; escuché la música distante

de los bares y me vi en el Drake´s interpretando "Ángel caído". Pude incluso distinguir el olor a incienso de la capilla principal de la catedral. El aroma de los lirios en los jardines españoles. Y sentí miedo.

Me apresuré en llegar a la motocicleta, que apenas podía distinguirse en medio de la penumbra, cuando un fatídico nudo en mi garganta me sugirió que algo nefasto estaba por suceder. Fue cuando sentí un frío y punzante dolor en el costado derecho.

CAPÍTULO 7

Las amapolas florecidas

Isabel

El teniente y sus guardias llegaron a la finca como le habían prometido a Justa, listos para lo que sea, ya fuera a negociar o a pelear. Fueron descendiendo sigilosamente por la pequeña loma que da entrada a la finca, fusiles en mano, mientras notaban temerosos que algo raro flotaba en el ambiente, o quizá que algo faltaba. Gente. Faltaba la gente del lugar. Ni un alma se veía pulular como de costumbre en sus labores cotidianas. El dinámico pedazo de tierra se había convertido en un bodegón detenido en el tiempo. El teniente comenzaba a notar cierta vacilación entre sus hombres y trató de calmar los ánimos haciendo notar que aquella aparente tranquilidad se debía al miedo de los Quimera. Craso error. No bien terminó de hablar, se cernió sobre ellos una gigantesca nube negra que lo dejó todo en sombras y un grito espantoso detrás de ellos rompió el silencio de nuevo. Al mirar todos atrás, uno de los caballos de la tropa corría despavorido en dirección contraria hacia ellos, sin su jinete. Los casquillos penetraron en las recámaras de los trémulos fusiles y un intenso barullo se apoderó del grupo.

El teniente observó con recelo alejarse el caballo. Luego vociferó:

—¡Qué es lo que pasa aquí carajo! ¿Acaso vieron un muerto? Porque yo lo que veo es a un desertor. El cabo Ramírez se ha cagado en los pantalones y ha decidido salir corriendo, como si él no supiera lo que les pasa a los desertores. ¡Organícense

coño que parecen becerros en un corral! Usted, vaya y agarre ese caballo para que no se vaya a perder en esta maldita finca, que ya con un guardia menos, tenemos.

456

El teniente siguió bajando la cuesta hasta llegar a la entrada de la casa. Sus ojos barrieron horizontalmente todos los alrededores tratando de encontrar alguna justificación para aquella calma absoluta. La inmensa pocilga dividida por un extenso corredor central estaba desolada. La cocina que estaba fuera de la casa, que según Justa nunca dejó de humear, ni siquiera cuando se dormía, lucía fría y apagada. La gran enramada techada por cientos de pencas de cana, allí donde se reunía toda la familia los domingos y gran parte de la comunidad a celebrar cualquier cosa, o donde simplemente Manrique y Justa tomaban su café a las dos de la tarde, estaba tan solitaria como la luna de medianoche. La ribera del río, plagada de muchachos y perros, seca y silenciosa. Hasta el río parecía haberse detenido porque no emitía ese dulce murmullo con el que Iluminado meditaba profundamente. La casa, parecía un cementerio, a pesar de que su puerta estaba por primera vez cerrada. Una guinea que pasó rasando la cabeza de los guardias rompió súbitamente el silencio, haciendo que estos dispararan sus fusiles en todas direcciones sin saber a qué.

—¡Alto! ¡Alto el fuego! ¡Alto el fueego coooño! —aulló el teniente—. Me cago en el diablo, pero van a acabar con las municiones partida de pendejos, no ven que es una maldita

guinea.
Los hombres se detuvieron todavía resoplando y mirando hacia todos lados. El teniente volvió su mirada a la casa, sacó su revólver de la canana y gritó a la puerta:
—Manrique Quimera, salga ahora mismo de ahí, la guardia nacional lo busca!
Nadie atendió a su llamado.
—¡Manrique Quimera, si no quiere que entremos por la fuerza, salga ahora mismo carajo! que a la guardia de trujillo no se le hace esperar.
Nada. EL oficial clavó sus ojos en la puerta y de inmediato ordenó a uno de sus hombres que la derribara. El subalterno lo miró azorado, como preguntándole que por qué a él, si era igual o más pendejo que los otros. Pero abandonó resignado la montura y se dirigió aterrado a la puerta. Al llegar a ella la tocó tímidamente un par de veces y al no obtener respuesta alguna miró al teniente encogiendo los hombros. Este le hizo señas de que derribara la puerta inmediatamente o que le cortaría el pescuezo, esto último acompañado con una clara mímica de

su dedo índice recorriendo el suyo. El guardia se asustó tanto que comenzó a darle patadas y culatazos a la inmensa puerta de roble sin hacerle el menor daño. El teniente ordenó entonces a dos más de sus hombres a que lo ayudaran y así lo hicieron. Al cabo de un buen rato, luego de dispararle varias veces y de

golpearla incesantemente la puerta cedió y abrió lentamente. Los guardias recularon, el teniente sacó su eterno cigarro de la boca dejándola entreabierta como un pichón de cigüa, y los demás apuntaron llenos de terror. El interior se veía oscuro como la boca de un lobo. Entonces el teniente ordenó a los tres que entraran y sacaran al que estuviera dentro. Ellos entraron como tres corderitos a la cueva del lobo desapareciendo en el amplio piso de caoba. Pasaron treinta segundos, luego se escucharon dos gritos y una cabeza salió rodando por la puerta, dando brincos en los escalones hasta chocar con una de las patas del caballo del teniente. Él la miró estupefacto, los ojos ensangrentados del primer guardia todavía preguntándole, "¿por qué me envió a mí, si soy tan pendejo como los otros?", la boca del teniente más abierta, pensando en medio de su estupor, "por eso no escuché el tercer grito". Unos sonoros y agigantados pasos dentro de la casa despertaron al oficial de su estado contemplativo y lo obligó a desplegar a sus hombres a todo el alrededor de lo que ahora se había convertido en un fuerte asediado.

La tenebrosa nube que se había estacionado encima de ellos había opacado el sol de la mañana, cubriéndolo todo de un manto lúgubre y sombrío, como si la finca entera estuviera de luto.

Se dividieron en tres grupos de cuatro, uno que rodeó el flanco derecho, otro el izquierdo y el último permaneció con el teniente al frente. La puerta delantera volvió a cerrarse

estrepitosamente. Los pasos dentro de la casa inundaron todo el lugar. Luego se escuchó un alboroto en el lado derecho y algunos disparos. Silencio. Tres caballos sin sus jinetes atravesaron la empalizada trasera hasta salir de la propiedad. El teniente alertó a sus hombres a que dispararan a cualquier cosa que se moviera. Se escucharon varios disparos más en la parte izquierda de la casa y dos gritos se ahogaron en el aire denso y frío. Dos caballos más siguieron el camino de los primeros.

458

—¡Me cago en el diablo! Pero será que no se saben defender esos imbéciles, como si se tratara de un ejército. ¡Es un solo hombre, un solo maldito hombre al que hay que matar!

No bien terminó de vociferar el teniente cuando dos caballos más aparecieron solitarios trotando confusos a su alrededor. Luego un disparo, un grito ensordecedor y un tercer caballo apareció con un jinete degollado. El teniente y sus hombres observaron la escena boquiabiertos, como esperando que el guardia decapitado les rindiera el informe de lo ocurrido.

Volvieron a resonar los pasos dentro de la casa y la puerta volvió a abrirse. Los guardias comenzaron a disparar alocadamente hacia el interior hasta que el percutor de sus carabinas lanzó un hueco chasquido a falta de balas. El teniente ordenó definitivamente tarde el alto al fuego.

—¡Alto, alto, alto el fuego! ¿A qué carajos le están disparando?

—Usted dijo que disparáramos a lo que se moviera

comandante, — atinó a decir uno de los que podía hablar.
—¡Al hombre, no a la maldita puerta! ¡Carguen de nuevo!
Pero no hubo tiempo. Un temblor repentino hizo estremecer aún más a los asustados guardias y de una nube de polvo que se levantó por el lado derecho de la casa, salió como una exhalación Manrique montado sobre un Veterano que olía a puro azufre, cortando el aire con el sable, como si fuera el mismísimo Desiderio Quimera. Todo ocurrió muy rápido. Antes de que el propio teniente pudiera acertar algún disparo, sus hombres y sus extremidades y sus vísceras y sus cabezas cayeron al suelo, tiñéndolo todo de rojo y dejando profusos charcos carmesí, como si un aguacero de sangre hubiera caído del cielo. Esta vez no hubo gritos ni más órdenes. El teniente quedó apretando el gatillo de su revólver maquinalmente hacia Manrique, las recámaras vacías, el tabaco de medio lado apagándose entre sus labios blancos del miedo. Una masa roja y compacta lo miraba a dos metros de distancia.
—Ya le dijimos que esta finca, ni nada de lo que está adentro se vende. Esto es por lo que le hizo a mi hijo Aquiles.
Antes de que la garganta del teniente pudiera llevar a cabo un urgido trago en seco, Manrique dividió de un tajo la cabeza del resto del cuerpo horrorizado, que quedó encima del caballo, todavía agarrando las riendas.

La cabeza cayó en medio de un charco de sangre, los ojos

entornados hacia Manrique, el tabaco apagado en la exangüe boca con una tiesa mueca como diciéndole, "no me dio tiempo ni para hacerle una oferta".

Manrique escuchó las pisadas de un par de caballos acercándose lentamente a la estancia. El guardia que había ido a buscar el primer caballo fugitivo cuando el teniente y sus hombres todavía eran hombres enteros, avanzaba empujado por una mórbida curiosidad sin poder creer lo que sus ojos veían. Manrique le salió al paso y le dijo:

—Dios ha querido que ese caballo se extravíe para que usted pueda llevar un recado a su jefe —el hombre se había detenido en seco desde el momento en que divisó a Manrique y su caballo ensangrentados hasta el alma —, Dígale que los Quimera no se venden. Y dígale que si me siguen enviando compradores, los voy a devolver en pedazos con el mismo mensaje. Ahora, ¡lárguese de aquí!, que esta tierra está maldita para todo aquel que no sea un Quimera.

El hombre salió despavorido, mirando hacia atrás como si hubiera visto el mismísimo demonio. Manrique quedó impertérrito mientras observaba al infeliz huir, en medio del tétrico espectáculo carmesí, amalgamado con los miembros, vísceras y charcos de sangre desparramados por el suelo, como si la gran amapola de la vera del río hubiese mudado todas sus hojas.

***

Hacía tres meses que Charly había escapado de la cárcel. Fue una fuga perfecta. Las autoridades de la cárcel de la Victoria no se dieron cuenta hasta al otro día, pero ya era demasiado tarde, Charly se había puesto en contacto con sus antiguos socios del crimen y organizaba su venganza.

De repente Charly era un hombre libre. Pero también se había convertido en uno de los hombres más buscados del país. Por eso, sabía que tenía que actuar con rapidez, tenía que idear un plan simple pero efectivo. Letal.

Charly nunca perdió mi rastro. Desde el día en que cayó preso hasta el día en que se fugó obtuvo información de sus secuaces sobre mi paradero. La promesa que me había hecho

460

no quedaría en el aire. Pensó en enviarme algún "mensajero" para hacer cumplir su palabra, pero como decía él, "si quieres que algo salga bien, hazlo tú mismo, porque el que manda no va". Además, él y solo él podía ver en mis ojos el último aliento de vida. Nadie más. Así que, sin mayores problemas, incluso antecediendo esta misión a la urgente labor de reingeniería de sus negocios, como si fuera lo único o lo último que debiera hacer en su vida, Charly siguió mis huellas a todos los rincones de la vieja ciudad colonial, hasta llegar a la casa de doña Chucha, y por supuesto, al apartamento de mis amigos.

Sabía todo de mí. En qué universidad había estudiado, el tiempo que permanecí en el hogar de doña Chucha, el período

en que recobré la memoria, el grupo de rock, los conciertos en la zona colonial, los amigos góticos y el apartamento, todo, pero de alguna forma sus contactos habían perdido mi rastro en los últimos meses, justo cuando decidí hacer el viaje a San Felipe. Fue por eso que decidió apresurar su huida de la cárcel y dar con mi paradero.

Una mañana cualquiera esperó en el edificio a que llegara uno de los muchachos. Sabía que los amigos de Gabriel vestían de negro y eran algo extraños, así que sería fácil reconocerlos. Iván fue el elegido. Le preguntó si conocía a un hombre joven que se llamaba Gabriel, alguien le había dicho que vivía cerca de allí pero no sabía exactamente dónde. Iván asintió con recelo. Charly se mostró entonces como un hombre cándido y educado, dijo ser amigo íntimo de Gabriel, que habían sobrevivido juntos en la calle cuando apenas eran unos muchachos. Dijo que tenía una deuda impagable con Gabriel, porque gracias a sus enseñanzas y su ejemplo pudo salir de la miseria y convertirse en un hombre de familia y temeroso a los designios del Señor.

Era la coartada perfecta para un ateo como Iván.

—¿De qué señor me habla usted? — le contestó con Ironía Iván.

—¡El Señor, El Todopoderoso, Dios! — respondió visiblemente afectado Charly, como si con la pregunta de Iván se hubiera sentido ofendido.

—¡Ah! ¡Ese! Perdone amigo, lo que pasa es que tengo mucho

tiempo que no hablo con él.
—Pues debería hacerlo cuanto antes. Solo el que confía en los misterios de la santísima trinidad puede entrar al reino de

los cielos. La Biblia lo dice en Pedro 2:21, "Porque para este propósito habéis sido llamados, pues también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas". O en Lucas 9:24, "Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará".
Charly hablaba como todo un misionero. Ni siquiera los lentes oscuros para esconder el parche negro en el ojo y la macabra sonrisa de medio lado que se le dibujaba permanentemente en la cara disminuían el efecto dramático de su falaz interpretación.
—Bueno, bueno, lo que usted diga, pero no caigamos en prédicas tan temprano en la mañana que me vuelve el sueño. ¿Finalmente usted lo que quiere es ver a Gabriel?
Iván había caído en la trampa.
—Si es posible. ¿Sabe dónde puedo verlo?
La perfidia se le brotaba por el único ojo que le quedaba.
—Creo que llegó al lugar indicado. Gabriel vivía con nosotros en este mismo edificio, pero hace un tiempo que salió de viaje y no ha regresado.
El rostro de Charly se ensombreció.
—¡De viaje ha dicho! ¿Pero fuera del país? Es de suma importancia que yo lo vea. ¡Es imposible! —bramó Charly.

De alguna manera su cambio de humor provocó cierto recelo en Iván. Charly se dio cuenta.

—Quiero decir, je, je, je... que es imposible que después de todo el esfuerzo que he hecho para dar con él, ahora mi entrañable amigo se me haya perdido de nuevo. No sé si me entiende. Nuestra amistad vale mucho para mí —Una lágrima de tristeza se asomó por su ojo.

—Si me dejara terminar podríamos ahorrarnos tiempo. Gabriel no ha salido del país.

—¡Aleluya y Gloria a Dios! ¡Oh Señor, perdóname por no tener fe! ¿Y se puede saber a dónde fue?

—Según tengo entendido fue a San Felipe de Puerto Plata.

—San Felipe de Puerto Plata... hermoso pueblo. ¿Y por casualidad dijo cuándo regresaba?

—No. Pero no creo que tarde mucho tiempo en regresar. Su vida está con nosotros. De hecho, es raro que no haya vuelto. Ya han pasado casi tres meses.

—Pobrecitos ustedes, me imagino la falta que debe hacerle Gabriel. Pues así mismo me siento yo, lo único que en mi caso las ganas que le tengo son mayores —su ojo brilló de odio—.

—¿Me imagino que tampoco sabrás —ahora tuteándolo — dónde se puede estar quedando en ese pueblo tan grande y tan lleno de turistas?

—No. Para nada. Gabriel solo nos dijo que se marchaba por

un tiempo, empacó sus cosas en una mochila y se largó.
Charly reflexionó un poco. No había más nada que hacer.
Tendría que montar guardia hasta que Gabriel decidiera regresar a su guarida.
— Bueno, pues adiós, no te quito más tu tiempo —dijo Charly en su real tono de voz. Ya no tenía por qué alargar más ese patético teatro. Después de todo no podría sacarle ninguna otra información valiosa a ese espantapájaros vestido de luto.
Dio media vuelta y se perdió entre la penumbra.
—¡Todavía no me ha dicho su nombre! —atinó a decir Iván.
—El diablo —musitó Charly. Pero Iván no pudo escucharlo.
Charlie no tuvo que esperar demasiado. El momento que tanto deseó llegó una semana después. La noche en que yo regresé de San Felipe y abandonaba el apartamento de los muchachos para llevar el sobre que me había encargado Telma. Ese frío y punzante dolor en el costado derecho que sentí cuando caminaba hacia el Harley en aquella noche oscura, fue precisamente su puñal.
***
—Antero, me dicen que el tal Quimera ese hizo una carnicería con una veintena de mis hombres, una cosa que yo los mandé para que fueran gentilmente a negociar su finca. Parece que "el hombre" ha abierto los ojos más de la cuenta, no le valió habérselos cosido. Pero él va a saber quién soy yo, mañana le voy a enviar otro grupito a negociar el pedacito de tierra ese y quiero

que vayas con ellos, a fin de cuentas, tú eres el compinche de él. trujillo habló con su acostumbrado tono mecánico mientras probaba con el dedo pulgar izquierdo el filo de un precioso cuchillo con el mango de oro macizo. Antero empalideció con todo y sombrero cuando escuchó esta orden.

—Pero excelentísimo, mi General, y ¿qué voy a hacer yo para allá? Eso es un asunto de la guardia nacional, además...

—¡Cállese la boca carajo! quién es usted para decirme a mí lo que se va a hacer. Usted va a ir y me va a traer a ese desgraciado vivo o muerto, o se te olvida que fuiste tú que me diste la idea de que hiciera negocios con él, primero en la tierra de nadie de Buenavista y ahora en esta maldita finca que según dices hace que las vacas den más leche que la madre patria.

Antero se engurruñó como una hoja podrida. Sabía que no podía llevarle la contraria a trujillo y mucho menos cuando "el Jefe" había sido ridiculizado por segunda vez por el hombre que le había arreglado el bigote de forma tan original. Antero cayó de rodillas ante trujillo, se agarró de su pantalón e hizo lo único que podía: implorar.

—Claro que sí mi general, yo voy donde usted quiera, aquí se hace lo que usted diga, pero, yo pensando, por qué no van los guardias primero, que lo traigan aquí y después yo hablo con él, estoy seguro que me va a escuchar, por favor mi general, mire que ese hombre intentó matarme una vez, se lo suplico, vamos a

ser más diplomáticos...
—Qué diplomáticos ni ocho cuartos —ripostó trujillo mientras se sacudía a Antero de la pierna, tú vas a ir con ellos, quiera hablar contigo, o no, quizá le dé la gana de hacer algún intercambio por tu cabeza, qué se yo, ni me importa. Tú vas a ir y punto. Yo no quería que se armara otro lío como el de Desiderio Arias, ya está bueno de mártires en este país, pero qué se le va a hacer, "el hombre" se pasó de la raya esta vez.
Antero temblaba de arriba abajo. Se pasaba las manitas de pollo por la frente secándose el sudor frío que se le resbalaba por las cejas.
—Sí señor, sí señor, lo que usted diga señor...
—Pero te voy a decir una cosa, si no vienes con buenas noticias, y cuando digo buenas noticias, sabes a lo que me refiero, es mejor que te quedes por allá con él, quizá lo puedas ayudar a limpiar el conuquito ese, estoy seguro que "el hombre" se va a alegrar mucho.
Al día siguiente partieron ciento cincuenta y un hombres en medio de un fuerte temporal. Pero estos sí que eran hombres de verdad, los que se habían reclutado para esta operación eran hombres comandados por un famoso capitán de la guardia, conocido por no perder un solo pleito. Antero iba en medio de todos ellos empapado de sudor como un chinchilín acabado de

nacer. Esta vez no bajaron todos por la pendiente que da a la

casa, si no que entraron a la propiedad por diferentes direcciones. Solo el capitán, Antero y cincuenta hombres descendieron por la cuesta. Ríos de sangre corrían bajo las botas de los guardias. Las órdenes eran claras, reducir a Manrique Quimera, y si era posible, llevarlo con vida.

Esta vez Manrique esperó fuera de la casa, justo cuando termina la pendiente que da entrada a la propiedad. El capitán pudo verlo desde el momento en que llegó al punto más alto de la pendiente. Estaba teñido de rojo con todo y caballo, el sable ensangrentado en la mano, mirándolo fijamente al centro de los ojos. El oficial le hizo señas a Antero a que se aproximara.

—Háblele, usted es el enviado "especial".

Cuando Antero se desveló ante "el hombre", Veterano resopló varias veces levantando una pequeña nube de polvo azufrado a su alrededor. Manrique lo fulminó con su mirada y quiso lanzarse sobre él y ahorcarlo ahí mismo, pero contuvo sus ganas y permaneció inmóvil.

Antero no pudo articular ni media palabra.

—Carajo, no me diga que vino hasta aquí para quedarse callado, diga lo que va a decir para terminar esta vaina de una vez por todas.

Pero Antero se había muerto y no lo sabía. La fría lluvia y el terror añadido hacían que Antero temblara de pies a cabeza. Manrique no le quitaba los ojos de encima.

—Por fin, ¿va a decir algo o no? Mire que yo no tengo el

día entero para esto, mi mujer me está haciendo un sancocho y quiero comérmelo caliente.
Antero continuaba casi en estado catatónico, los dientes chirriando del miedo, mientras devolvía una mirada de súplica a Manrique, que lo estaba cocinando con los ojos.
—Mire que yo no he visto nunca a un hombre comerse a otro. Vamos, tírele por lo menos un piropo.
Nada. Antero estaba mudo.
—Yo no sé para qué mandan a estos maricones conmigo, ahorita le dice al Jefe que yo no lo dejé hablar. Quítese de ahí buena mierda si no va a decir nada.
Entonces lo apartó bruscamente y se colocó delante para hablar.

—Manrique Quimera, el generalísimo nos ha enviado a buscarlo, él tiene unos asuntos de negocios pendientes con usted y quiere tratarlo personalmente.
Manrique le contestó con el mismo tono sarcástico que el capitán usó.
—Que yo sepa, no he hecho negocios con nadie últimamente; ahora, si usted quiere, venga aquí y dígame de qué se trata.
El oficial no perdió tiempo y con una rápida señal de su mano derecha avisó a un grupo de hombres que había descendido por el lado del río y permanecía oculto detrás de unos matorrales, que saliera al encuentro de Manrique.

—Usted está preso —dijo trémulamente uno de los guardias mientras apuntaba a Manrique con un revólver.
Manrique soltó las riendas de Veterano y le tendió las dos manos como símbolo de sumisión.
El guardia se acercó junto a otros veinte hasta Manrique y su caballo. Los rodearon. Veterano se inquietó, pero Manrique lo contuvo con sus piernas. Sus brazos continuaban expuestos con las palmas de las manos hacia arriba, esperando que el gendarme lo arrestara. Unas manitas temblorosas colocaron suavemente las esposas sobre las muñecas de "el hombre", cerrándolas casi por obra y gracia del espíritu santo, ya que la gruesa muñeca del preso no permitía el trabajo.
Entonces Manrique sonrió, levantó los brazos hacia el capitán y le dijo:
—¿Entonces así es que su jefe quiere hacer negocios conmigo? Pues qué le parece esta idea: qué tal si yo los mato a todos ustedes y después hablamos — y diciendo esto separó los brazos sin ningún esfuerzo, rompiendo fácilmente las esposas como si fueran un hilito de cabuya.
De inmediato dio a Veterano un par de golpes secos en la barriga y este arremetió contra el guardia que permanecía parado en el fango azafranado. Lo pisoteó mortalmente y enfiló hacia los otros guardias. No hubo tiempo para nada. Manrique saltó del caballo y cayó en medio de los guardias que ya tenían sus armas listas para disparar. El capitán vociferó: "No lo maten". Los guardias,

sin saber qué hacer, cayeron entonces como hormiguitas sobre el expresidiario. Una pila humana se amontonó sobre Manrique. Durante unos segundos "el hombre" recordó los días en que jugaba con los revolucionarios en el monte, aquellos hombres

leales de Desiderio, hombres buenos, verdaderos patriotas, no gusanos como estos que tenía ahora sobre sus espaldas. Entonces recordó a Desiderio, sus charlas, sus consejos, recordó su vil muerte, y como si hubiera autoencendido una mecha, explotó con una fuerza descomunal lanzando al grupo de hombres por todos lados.

—Defiéndanse a como dé lugar, ordenó desde lo alto el capitán.

Pero ya era demasiado tarde. Nadie pudo moverse. No quedó un solo hombre con vida. Todos sucumbieron bajo las pezuñas de Veterano y el sable de Manrique. El capitán no pudo hacer nada desde la distancia en la que se encontraba. Manrique y Veterano quedaron resollando, mientras constataban algún movimiento que delatara vida. Un tiro surcó el aire e impactó a Manrique en un hombro. Lo había hecho uno de los guardias de otro grupo que se acercaba velozmente por el lado contrario al río. Manrique se viró hacia ellos y comenzó una lucha encarnizada. El saldo: veinte hombres más degollados, desmembrados, partidos por mitad, exprimidos, macerados, un tiro en una pierna de Manrique y otro en el costado. Esta vez Manrique

montó rápidamente en Veterano y desapareció en la espesura del bosque. No tardaron en escucharse disparos y gritos de dolor. El capitán estaba confundido y ordenó a sus hombres a mantener la posición. Un silencio tétrico inundó la campiña. Antero se había meado en los pantalones. Por suerte, eso no lo sabía el capitán. Así pasaron unos cuantos minutos hasta que el capitán dio la orden de que bajaran la cuesta hasta la casa. Ellos llevaban un letrero que decía "Propiedad de trujillo" y tenían la orden de dejarlo puesto sea cual fuere el resultado de la "negociación". Antero prefirió no bajar con ellos y se quedó como una gárgola encima del caballo, mirando a todos lados. Cuando llegaron a la entrada se dispusieron a clavar el aviso en uno de los cuartones de roble del portón que daba acceso a la casa. Se oyeron cinco disparos y cinco hombres cayeron de sus caballos mortalmente heridos. El capitán ordenó a sus hombres que se cubrieran. Él y otros más entraron a la casa que todavía permanecía con la puerta abierta. Un disparo interceptó a uno de ellos matándolo al instante. El capitán ordenó fuego a discreción. Luego se escucharon gritos ahogados de terror y tres cabezas rodaron por el suelo de tierra bermellón. Un grupo de ocho guardias salió despavorido de

entre los matorrales y montaron apresuradamente sus caballos para darse a la huida. El capitán vociferó:

—¡No huyan cobardes! ya se las verán conmigo cuando regrese.

Los guardias pasaron a toda velocidad por el lado de Antero, que casi se une a la estampida. Pero sabía que la deserción para trujillo era peor que la muerte y permaneció estoicamente en su lugar.

Fue entonces cuando la tierra comenzó a temblar, los mangos y cajuiles cayeron de sus cogollos y un celaje encarnado cruzó el portón y penetró en la vivienda. El teniente y los guardias llegaron a hacer algunos disparos, pero ninguno impactó a Manrique.

—¡Esta finca no se vende maldición!

Se escuchó tronante la voz de Manrique en el interior de la casa, antes de que sonaran varios disparos, gritos ahogados en un pánico ciego y el capitán saliera tambaleándose con el letrero en la única mano que le quedaba y una herida lado a lado del cuello que manaba sangre a borbotones. Manrique, siguiéndolo un par de metros atrás, con el sable de su abuelo chorreando tanta sangre como el cuello del oficial. El capitán intentó con un innecesario y ridículo empeño colgar el letrero del portón, a lo que Manrique respondió cortándole el brazo de tajo y luego la cabeza. Luego clavó el letrero con el sable y lo levantó en el aire gritando con todas sus fuerzas "¡QUIÉN QUIERE VIVIR!". Una docena de aterrorizados guardias cruzaron a caballo y se dirigieron hacia la cuesta donde permanecía Antero petrificado. El más viejo de ellos le soltó una bofetada y le gritó "espántese si no quiere que le vuelen la cabeza". Antero pegó un grito de

horror como si se hubiera levantado de una pesadilla, y antes de darse a la fuga, viró hacia Manrique para verlo por última vez. Manrique Quimera estaba de pie con el letrero clavado a su sable, el cual sostenía firmemente en su mano, que manaba un líquido pastoso de la herida de bala en el hombro. En esa milésima de segundo, Antero casi sintió orgullo al ver a Manrique teñido de honor y recordó, percibió, el halo de muerte que saturaba el aire de la casa de sus padres cuando los encontró inertes como dos momias, agarrados de la mano en su cama, con los ojos abiertos de par en par mirando hacia arriba como si esperaran algo del cielo, recordó el día que Salvador llegó a Loma de la

Bestia, recordó el molino, el agua transitando cada meandro del camino empedrado del pueblo, el cacao, los niños correteando, la felicidad henchida de un pueblo levantado de las cenizas, recordó los meses de Manrique en la funeraria, su fuerza bruta picando en las catacumbas, el muchacho revolucionario tendido en la mesa de preparación con un hueco en el pecho, recordó la funeraria "El destino" demolida por completo, recordó la intervención, las caras hundidas en el suelo de los ciudadanos, recordó esa familia, a los Quimera, cada uno de ellos, recordó a trujillo y su amenaza y mirando ya sin miedo a Manrique, que ahora caminaba hacia él como un autómata, entendió que la lucha estaba perdida y que ni él ni nadie podría despertar a los Quimera de sus sueños. Entonces dio media vuelta y se marchó detrás de los guardias

que iban como la onda del diablo pidiendo perdón a la virgen de la Altagracia y a todos sus santos y prometiendo que jamás volverían a pisar esa tierra si por casualidad de la vida los salvaba de esta.

—¡Anterooooo malditooooo! ¡Mejor te entierras a ti mismo en la funeraria porque te voy a matar! ¡Eres hombre muertooooo! ¡Anteroooo!

Antero escuchaba los gritos de Manrique perdidos en la distancia, mientras desandaba toda su vida en aquella última cabalgata de regreso a la nada, dejando atrás el negro sombrero desplumado y riendo con serenidad hacia su oscura alma, al comprender que su verdadero destino tenía que ver mucho con esta última sentencia, que su verdadero destino había sido siempre estar dos metros enterrado bajo hombres como Manrique Quimera.

***

Charly esperó durante toda esa semana, día y noche, afilando mecánicamente la hoja de acero de su puñal. Cuando me vio llegar con René al edificio tuvo que controlarse para no volarme arriba. Pero no podía echar a perder ese momento tan anhelado. Decidió entonces esperar a que saliera solo, esa noche, al otro día, en mil años, no importaba, él estaría esperando para verme la cara de dolor cuando hundiera el frío metal en mi cuerpo. La luna tenía razón.

Cuando sentí la hoja del puñal abrirse camino entre mi carne me agarré instintivamente el costado. No grité. Apenas pude emitir un ronco y casi ininteligible sonido gutural que se perdió en la oscuridad de la noche. Aquella noche tan oscura y sombría. Entonces escuché esa tétrica voz que me susurró al oído.

—Te juré que me vengaría.

Giré mi cuerpo adolorido y ahí lo vi. Charly Mataperros.

Fue saliendo poco a poco de la penumbra en la que se refugiaba, como otra sombra, y su sonrisa retorcida dejó entrever el diente de oro que brilló con el resplandor de la luna. El parche negro que cubría el profundo vacío que una vez habitaba un ojo se materializó de la nada. No obstante eso, Charly ya no lucía imponente. Aquella figura elegante y varonil, de punta en blanco, sombrero de medio lado igual que su sonrisa y finos zapatos de vestir, se había esfumado. Ese hombre mítico que causaba pavor entre sus enemigos y aprensión entre sus amigos ya no existía. En cambio, tenía delante de mí un hombre común, más desgarbado que imponente. Derrotado. Pero lleno de odio y venganza.

—¿Qué pasa Gabrielín, te sorprende verme? —me preguntó mordazmente. El puñal en su mano goteaba espesas gotas de mi sangre al suelo —¿Pensabas que te ibas a salir con la tuya? ¿Que seguirías con tu patética vida de mierda, tocando tu música gringa y viviendo a expensas de estos idiotas que creen que eres el Mesías? ¿Pensabas que después que me delataste ibas a salirte con la tuya, mientras yo me pudría en la cárcel como una basura?

Pues te equivocaste.
—Charly... nunca te delaté —le dije haciendo un esfuerzo por no caerme.
—¡Ooooh! ahora vas a tratar de engañarme de nuevo. Una vez Gabrielín, una sola vez pudiste joderme, ahora el que se va a joder eres tú. ¡Prepárate para reunirte de nuevo con tu maldito perro!
Y en seguida se abalanzó como un demonio sobre mí. Lanzó varios golpes con el puñal que pude evadir. La descarga de adrenalina hizo que me olvidara de la herida y el dolor. Pero Charly no se amilanó. Era un experto peleador y sabía qué hacer. La segunda puñalada la sentí en el hombro izquierdo. En ese momento atiné a darle un derechazo que lo hizo retroceder un poco. A partir de ahí recibí una lluvia de cortes que me bañaron de sangre por completo. Me hirió en el pecho, los brazos, el
470
muslo derecho, estaba literalmente convertido en una masa de carne ensangrentada. Luego se detuvo jadeante, mi sangre sobre su cara, el diente de oro centelleando entre su sonrisa retorcida. Estaba gozando el momento, era con lo que había soñado los últimos años de su vida en la celda dos por dos a la que estuvo confinado. La venganza era suya, estaba seguro de ello. Entonces me lanzó sagazmente una última estocada directo a mi cuello. Pero esta no llegó a su destino. De alguna manera saqué fuerzas para agarrar la mano con el puñal mientras que con la otra me

aferré de tal forma a su propio cuello que lo hice toser.
Charly hacía fuerza para hacer entrar el puñal. Ambos brazos temblaban por la tensión de los músculos.
—¿Entonces crees que te vas a librar tan fácilmente de mí?
Mi mano apretaba cada vez más su consumido pescuezo.
Apenas se entendía lo que Charly hablaba. La hoja del puñal tocó la vena aorta en mi cuello.
—¡Soy tu peor pesadilla, así que despierta de ese sueño maldito que no hay magia en este mundo que te salve de esta!
¡Sueño, magia! Sentí de nuevo un intenso olor a flores de jazmín y recordé a Telma. Recordé la primera vez que la vi en la puerta de su casa, recordé su jardín, recordé sus flores, sus enseñanzas, su amor. Recordé también su familia, sus sueños, su magia, recordé a Manrique y a Aquiles, a Iluminado. Recordé la sirena, recordé a Isabel.
La mano en la garganta de Charly apretó con más y más fuerza. La sangre fue acumulándose en su cara y la confusión apareció en sus ojos. Luego el miedo. El puñal se alejó de mi cuerpo ensangrentado. Levanté a Charly un pie por encima del suelo hasta colocarlo frente a frente a mi cara. Desde esa altura le dije las últimas palabras que escuchó Charly Mataperros en su fucking vida:
—¡La vida también es impermanente, pero de los dos, el que se va a joder hoy eres tú infeliz!
Y le quebré el cuello como si se tratara de una ramita seca.

Media hora después, cuando Lisa salió del apartamento a reunirse con unos amigos en uno de los bares cercanos, se encontró conmigo sentado en el rellano de la puerta de entrada en medio de un charco de sangre, la mirada perdida en la oscuridad de la noche. El cuerpo sin vida de Charly yacía a unos escasos metros de mí en medio de la calle empedrada.

471

***

Un gran hormiguero. Cientos de hormigas pululando alrededor de un cono rojizo de tierra. Una cepa de plátano. Unas botas viejas parapetadas en una esquina del piso de madera de la terraza. Una escalera. Una niña de rizos dorados. Un caballo melao tratando de coger una guayaba de una rama. Unas flores de cayena. Un flamboyán florecido.

Desde que Iluminado llegó con mamá Justa a casa de los abuelos en el ensanche, sintió un irrefrenable deseo de pintar. Pintaba o dibujaba lo que fuere, casi siempre precedido de una sesión profunda de sueño despierto. Y aquel ambiente de la casa de los abuelos era perfecto para sus inclinaciones artísticas. Nadie podía explicarse la forma tan repentina con que Iluminado vertió su energía en estos lienzos. Cuando pintaba lo hacía en un estado de catarsis completa, algunas veces con los ojos cerrados, silueteando contornos y figuras como si las imágenes afloraran directamente desde sus manos. Pintaba con una seguridad increíble, como un maestro. La manera vertiginosa

con que desarrollaba complejas formas y colores era asombrosa. A pesar de la preocupación que reinaba en el ambiente con lo de Manrique y la finca, por momentos todos se reunían a su alrededor para verlo ejecutar aquellas certeras pinceladas. La primera que advirtió las excepcionales creaciones fue Telma, ella fue quien avisó a todos. De todos los hijos de Manrique, Iluminado era su preferido, "él tiene algo diferente a todos nosotros", le decía ella a su hermano, "él tiene una pureza única, y me doy cuenta de eso porque el verde de sus ojos es el verde de la naturaleza misma".

Telma se sentaba horas muertas a observarlo. Algunos de sus cuadros, incluso, fueron inspiración para la creación literaria. Américo, hombre práctico al fin, imbuido en sus inventos y la mecánica de sus máquinas de escribir, no entendía para nada el arte de su sobrino. En carta a sus hermanos Luis y Ángel, el primero dedicado a la vida asceta en el campo, y el segundo, muy ocupado en convertirse uno de los hombres más prósperos de la zona, les diría: "El Iluminadito es bien raro, ahora le ha cogido con pintar una cantidad de cosas que no entiendo para

nada, claro, Telma dice que lo que él hace es puro arte, que el niño es un ser especial; quizá es verdad. Pero también creo que el sobrino está un poco afectado por la situación que está viviendo Manrique. Digo, no es para menos."

El caso de Elodia fue diferente, desde que supo que Manrique

se quedó en la finca, se sentó en su mecedora al lado de Iluminado, callada y pensativa, a veces viendo las imágenes materializarse sobre el lienzo, otras como dejándose simplemente acompañar en sus pesares por el nietecito, y las más, inmersa en los colores del mar que cambiaban según las horas del día y su esperanza descreída.

Los bisabuelos Pancho y Mina, se tomaban el café todos los días después de la comida junto a Iluminado, como dos pasas arrugadas, sin poder preocuparse más de lo que sus últimos años de vida le permitían.

Como parte del selecto público que se había congregado en torno a Iluminado, estaban por supuesto los fans número uno: sus hermanos. Ulises cargaba a Aquiles todos los días, con todo y camastro, para que viera lo que su hermano mayor pintaba. Ambos se deleitaban con sus trazos y trataban de imitarlo pintando rudimentarias figuras, que al final llenaban de cólera a Aquiles porque no se parecían en nada a las creaciones de Iluminado. Tanto Apolíneo como Blanca Remedios insistían en que hiciera un retrato con ellos, el más bello que jamás se hubiera hecho.

A todo esto, Justa no paraba de trabajar. Desde que el sol abría sus brazos para abrazar la casa del ensanche hasta que la luna se levantaba celosa detrás de Isabel. Se encargó absolutamente de todos los pormenores, desde el riego del cultivo de las flores hasta la limpieza de la casa y por supuesto la cocina. Justa no

podía tener un momento libre, ni siquiera de noche, era la única manera de no pensar en lo que podría ocurrirle a Manrique. Cuando barría en la inmensa terraza, observaba a Iluminado pintar y lloraba discretamente. Ella no entendía muy bien las imágenes que su hijo pintaba, pero sí intuía que no eran producto de su imaginación sino de la propia realidad que los circundaba. Justa se dio cuenta de eso por el cuadro donde aparecía un hombre muy grande lanzando muchachitos al aire y cientos de mariposas y pajaritos alrededor. En el fondo de la pintura, una mujer pintaba a su vez un arco iris por donde descendían un caballo, una mula

y dos vacas. Pero el día que Justa se preocupó, fue aquel en que Iluminado pintó a través de los ojos de Elsa Anunciada. Ese día Elsa fue hacia donde estaba Iluminado pintando, le agarró una de sus manos y cayó en trance. La representación era diferente a las demás. Estaba cargada de un ambiente hostil y oscuro. Los colores que predominaban eran el rojo y el negro. Donde hay luz debe haber color, pero en el caso de esta pintura, todo parecía estar envuelto en un tono de oscuridad y lobreguez que daba miedo. Iluminado lo pintó completo con los ojos cerrados, y esta vez Elsa Anunciada no habló.

La figura de un hombre inmenso, blandiendo su sable al aire sobre un caballo parado en dos patas se recortaba en lo alto de una colina. Un rayo inmenso descendía del cielo ardiente y caía a su lado incendiándolo todo a su alrededor. Parecía como si

toda la pintura estuviera prendida en fuego, como si se quemara, nadie se atrevió a tocarla. Todo estaba teñido de rojo, incluyendo el hombre y el animal. El rojo era tan vivo que se desbordaba por los contornos del lienzo y se chorreaba por el piso hasta los escalones de la terraza. Pero lo que más le llamó la atención a Justa, fue que hombre y animal parecían flotar en el espacio escarlata y a pesar de lo pavoroso de la escena, una imperceptible sonrisa asomaba por la comisura de los labios del gigante. Al terminarlo, ambos muchachos cayeron desmayados al suelo y permanecieron así por horas. Justa tuvo que untarles Bay Rum y sobarle la frente con pétalos de rosa y jengibre durante una noche. El cuadro no se movió de lugar y nadie se atrevió a volver a mirarlo, hasta que al tercer día apareció completamente calcinado por sus propias llamas.

Manrique había pasado dos días en el monte, quizá curando sus múltiples heridas, quizá dando tiempo a trujillo a que enviara un contingente apto para él. Al caer la tarde, apareció por la cuesta que da entrada a la propiedad.

Un batallón de doscientos hombres había establecido su campamento en las inmediaciones de la casa. En ella, varios oficiales jugaban a las cartas en la terraza. Un letrero mucho más grande que el anterior colgaba del portón de la entrada. "PROPIEDAD DEL GENERALÍSIMO RAFAEL LEONIDAS trujillo". Los militares, que ahora estaban compuestos de un contingente mixto del ejército y la guardia nacional, dejaron de hacer lo que

estaban haciendo, callaron y observaron al hombre y animal

embadurnados de sangre coagulada. De inmediato el oficial superior, un coronel al mando, salió al frente y gritó a Manrique.
—Por órdenes del generalísimo, usted está preso. Deponga sus armas.
Manrique lo observó impertérrito. Un nubarrón escarlata cubrió por completo la propiedad y una fuerte tormenta eléctrica inició sus descargas. Los guardias abrían la boca todo lo más que podían para que los truenos entraran por los oídos y salieran por la bocota. Una brisa infernal levantó el polvo sobre el campamento y todo se tiñó de rojo. Los guardias comenzaron a prepararse para capturar a Manrique. Los oficiales daban órdenes a diestra y siniestra. Veterano pisoteaba con rabia el suelo, mientras Manrique observaba impasible el alboroto entre los hombres.
Un grupo de cincuenta hombres se adelantó a caballo hacia Manrique.
—¡Lo quiero vivo! —vociferó el comandante.
—¡Vivo estoy, y vivo seguiré en esta tierra de Quimera hasta que los envíe uno por uno al infierno!
Diciendo esto, levantó su sable hacia el firmamento encandilado y Veterano lo siguió alzándose sobre sus dos patas traseras, relinchando como un condenado. Un rayo infernal cortó el cielo hasta chocar con el rutilante acero del arma blanca.

El ruido ensordecedor inundó todo el lugar. Manrique y su caballo se iluminaron por completo y cientos de brazos de fuego salieron expelidos del sable atravesando primero a los cincuenta hombres que estaban más cerca, para luego seguir reptando por la superficie en busca de más intrusos. La descarga alcanzó a cada uno de los militares, los caballos y toda cosa con vida, incluyendo a su comandante, que a pesar de estar cocinándose vivo, veía con los ojos llenos de sangre cómo los tentáculos de aquel monstruo fosforescente alcanzaba a cada uno de sus hombres, devolviéndose en todas direcciones para rematarlos, haciendo que la carne estremecida se abriera para dejar salir la energía asesina, explosionando órganos internos, ojos, boca y nariz, en un espectáculo iridiscente sin igual, culebreando nerviosamente entre aquellos infelices que gritaban de dolor para terminar finalmente achicharrados.

El comandante aguantó por orgullo hasta que Manrique, todavía iluminado por la centella, lo miró con ojos de fuego

475

y dirigió su sable hacia él, haciendo que toda la energía se concentrara en el cuerpo regordete del oficial, que terminó explotando en mil pedazos mientras el rayo atravesaba el letrero de vuelta y se escapaba a través de Manrique hacia el cielo llameante.

Un guardia que estaba en la letrina y no se había atrevido a salir porque pensaba que el mundo se estaba acabando, salió con

los pantalones por las rodillas temblando de arriba abajo. "Ya me imaginaba yo que esas nubes no traerían nada bueno", dijo en voz baja, mientras observaba aterrorizado el espectáculo de sangre a su alrededor.

Luego que la descarga abandonó el cuerpo sofocado de Manrique, este cayo de bruces sobre el lomo de Veterano, que humeaba por toda su piel lacerada. El guardia se abrochó los pantalones y persignándose una y otra vez, mientras rezaba un padre nuestro, subió por la pendiente dando pequeños pasos y creyéndolo muerto, se acercó temerosamente a Manrique. Al llegar a él, lo topó con el fusil. Manrique levantó violentamente el sable todavía al rojo vivo, y se lo acercó a la garganta. El guardita tragó en seco y le dijo:

—No me mate Sr. Quimera, que yo tengo familia, y yo solo cumplo órdenes. Esta es su finca y nadie se la va a quitar, la divina providencia así lo quiere. Esta es una prueba del Señor y yo me doblego a sus designios —el guardita se había hincado en el suelo y seguía implorando—. Yo me voy a encargar de hacerle saber a la gente que esta tierra está bendita y que nadie, excepto usted y su familia, tiene derecho a ocuparla. So pena de que lo parta un rayo.

Manrique lo veía con los ojos sanguinolentos, mientras un par de lágrimas rojas se le escurrían por sus mejillas chamuscadas y se evaporaban sobre su piel brasa antes de caer al suelo. Haciendo un gran esfuerzo, dejó escapar algunas palabras envueltas en

humo.
—¿Conoces a Antero?
—¿A Antero? ¿El jorobado del sombrero de plumas de chinchilín? Sí señor, sé quién es ese engendro.
— ¿Dónde está?
—Dicen que lo encontraron muerto en las ruinas de una funeraria de San Felipe.
Manrique dejó caer el sable, miró a su alrededor, la casa, el portón, la enramada, escuchó el susurro del río, vio el eterno

humo salir de la cocina de Justa, la vio a ella, vio a sus muchachos jugando en la terraza, vio a Iluminado devolviéndole la mirada, y entonces le dijo al hombrecito:
—Vaya y cuéntele al mundo que en esta tierra los hombres y las mujeres todavía sueñan. Dígale a trujillo que podrá matar a todos los hombres que quiera, pero nunca podrá matar sus sueños. Y dígale, que no se le olvide, que Los Quimera no tienen precio.
El hombrecillo no pudo contener las lágrimas, se persignó varias veces y musitó un "Dios lo bendiga" antes de marcharse.
Manrique lo escuchó mientras se bajaba lentamente de Veterano y pensó, "Ya lo ha hecho".
Así, caminaron hombre y animal hacia la casa, lentamente, volviéndose uno solo, arrastrando pies y pezuñas en el suelo sagrado, una sola huella detrás, y allí, debajo de la gran amapola,

el arrullo del río refrescando sus oídos, descansaron para siempre. Ese día, a pesar de que no era la época de floración, todas las amapolas de Joba Arriba florecieron y tiñeron los campos de rojo vivo. Muchos dijeron que ese día, además de florecer, las amapolas lloraron sangre.

***

Nadie habló durante la primera semana, hasta que por fin se supo lo que había pasado con Manrique y los guardias en la finca. La pobre mamá murió de pena. Tuvieron que enterrarla con todo y mecedora porque se fundió de tal forma con ella que ni el embalsamador pudo separarla de la madera petrificada.
La barriga de Justa creció de forma insospechada. Justa creía que Manrique volvería y quería tener a su hija lo más pronto posible. A los tres meses y medio llegó Úrsula Elodia. Nació mientras su madre barría. Sus ojos eran de un verde intenso, como ninguno de sus hermanos, parecían dos pedacitos de bosque encantado. Un mechón de cabellos blancos caía con madurez a un lado de su cabellera negra. Clementina le dio un par de nalgadas para que llorara, pero la niña no lo hizo. A la tercera nalgada, Úrsula miró fijamente a la partera con el verde penetrante de sus ojos, el ceño fruncido, como si le dijera "¿no te parece que se ha llorado mucho en esta familia?"
Pero la premura de Justa para parir a su último amor fue en vano. Manrique nunca volvió. Ella, que había sido una

trabajadora incansable desde que nació, “tanto o más que Úrsula Iguarán”, como yo le decía muchas veces, lloró la pena por su amado esposo trabajando como nunca, haciendo los oficios de las mujeres, de los hombres y hasta de los animales, hasta que las manos se le desollaron vivas. Trabajó a todas horas. No volvió a pegar un ojo. Por la noche se escuchaba el ruido de los trastes, como si una legión de fantasmas se hubiera hecho dueña de la casa en el Ensanche. Tejió una pequeña mochila para cargar a Úrsula y no paró de seguir cocinando, de lavar la ropa, de limpiar la casa hasta dejarla como un espejo, de barrer, pulir, brillar, limpiar, fregar, organizar, cocinar, cortar, pelar, deshollinar, mojar, sembrar, desollar, aderezar, condimentar, trapear, engavetar, doblar, hornear, amasar, adobar, ablandar, guisar, asear, blanquear, descurtir. De la misma manera sembraba y cosechaba el conuco, sin importar si era de día o de noche. Sin comer nada, sin hablar con nadie. Hacía tanta comida que pronto tuvimos que convidar a los vecinos y la gente pobre de los alrededores. Eso sí, nunca más se comió habichuela roja en la casa, solo negra. El luto que Justa le guardó a mi hermano fue absoluto, y cuando digo absoluto es que no solo ella se vistió de negro, si no todo en la casa, desde los manteles hasta la ropa interior de sus hijos, que ella misma se ocupó de confeccionar para asegurarse de que nadie dejara de usarlas. Hasta las rosas del jardín fueron sustituidas por príncipes negros.

Nadie pudo hacerla descansar. Ni si quiera Iluminado. Justa

apenas tomó tisanas de té verde para mantenerse en pie, el mismo que tomaba Manrique todas las mañanas. Y así se fue consumiendo hasta quedar seca y arrugada como una flor de andullo.

Simonga fue el primero que la vio. Estaba parada, el codo derecho apoyado sobre el palo de la escoba de guano. Su cabeza, que se había poblado repentinamente de canas descansaba delicadamente sobre su antebrazo. Parecía que dormitaba. Pero no lo hacía. Esa madrugada Justa murió de cansancio encima de la escoba, con Úrsula colgando de su espalda en la mochila. La niña le acariciaba cariñosamente el pelo mientras se chupaba un dedo.

Fue una doble pérdida, tan repentina que los muchachos no tuvieron tiempo de llorar hasta tres días después del entierro de Justa. Entonces lloraron desconsoladamente durante una semana por la muerte del abuelo, de la abuela, del padre, de la madre, del país entero. Y de ellos mismos.

478

Apolíneo lloró más que nunca cuando se miraba en el río. Blanca Iluminada no paraba de peinar su larga melena de rizos rubios. Aquiles, siendo todavía un niño, salió por las calles vociferando consignas en contra del régimen. Ulises se la pasó levantando y tirando una enorme piedra que servía de tapa para el aljibe. Y Elsa Anunciada e Iluminado se la pasaron en trance. Iluminado pintando y Elsa Anunciada repitiendo en voz alta,

aunque con los ojos cerrados, todo lo que su hermano mayor plasmaba en el lienzo.
Iluminado se había estacionado debajo del flamboyán y pintaba sin cesar cuantas imágenes se le venían a la cabeza.
Elsa Anunciada, encerrada en su habitación a varios metros de distancia, narraba en estado de trance:
"Abuelo, abuela, padre y madre se encuentran en el cielo". En el canvas de Iluminado cuatro palomas blancas vuelan en medio de un atardecer.
"Tío Luis se hace cura y ayuda a toda la gente que lo necesita". Un viejo con una larga barba blanca medita en posición de loto encima de un gran peñasco en el pico de una montaña.
"Tío Ángel se hace dueño de San Felipe".
En el cuadro que pinta Iluminado, un hombre duerme encima de interminables pilas de monedas de oro.
"A tío Américo le crece la cabeza sin parar y hace un gran descubrimiento".
Al mismo tiempo, Iluminado pinta un niño con la cabeza llena de canas que a su vez está dibujando lo que parece ser el plano de una complicada máquina de escribir para comunicarse con entes del espacio exterior.
"Tía Telma se convierte en una gran flor".
Un gran girasol brilla en el centro del cuadro que Iluminado está pintando. La flor parece tan real que huele.
En esos días me mantuve junto a Elsa e Iluminado y escribí

en un papel las frases visionarias que salían por la boca de mi sobrina en trance. La visión que tuvieron sobre mí me pareció hermosa; creo que a partir de ese momento comenzó mi afición por las flores.

"Apolíneo tiene una pesadilla donde un hombre muy feo baila con una mujer muy hermosa. El hombre feo es él y Blanca Remedios es la mujer hermosa. Luego despierta y va corriendo al espejo para comprobar si todavía sigue siendo un muñeco de porcelana. Blanca Remedios vuelve a la finca de Cigua y trabaja

como un hombre. La finca está más hermosa que nunca. Las vacas vuelven a llenar las ubres. Todos la llaman 'la generala'".

Iluminado pinta algo parecido al cuento de la Bella y la Bestia, pero trasmutado hacia la Metamorfosis de Apuleyo en su obra El asno de oro, que narra el idilio amoroso de Eros y Psique.

"Aquiles es uno de los hombres más buscados del país. Sus compañeros de partido le dicen 'el flaco'. Aunque es verdad que es flaco, también es alto como una ceiba y muy violento. Todos sus amigos lo respetan. Sus enemigos todavía más.

Dicen que la mirada la sacó del bisabuelo Desiderio porque transforma en piedra a los hombres. Dicen que su voz parece de trueno, que cuando habla los hombres se mean en sus pantalones. Dicen que no le tiene miedo a nada, que es más bravo que el sol caribe, por eso también se parece al bisabuelo. Dicen que trujillo lo mandó a matar. Dicen que nadie agarra al 'flaco'. Dicen que él

dice que lo más grande que tiene un hombre es su libertad y que los hombres de verdad tienen que defenderla hasta con su vida. Dicen que mamá Justa habló con papa Dios para que le asignara un ángel de la guarda. Dicen que él dice que no es un ángel, que es un batallón. Dicen que su mujer María era tan brava como él y que tuvo dos hijos con ella. Dicen que uno era rubio y el otro pelo negro, pero que tenían el mismo temperamento irascible de sus padres. Dicen que él dice que su mujer es una mujer invencible, solidaria y luchadora, que hay pocas mujeres como ella. Dicen que ella y él eran como el agua y el aceite. Dicen que él la dejó para no involucrarlos a ella y sus hijos en sus asuntos políticos. Dicen que él tuvo otra hija que amaba. Dicen que él no cree en Dios, que una vez cuando era chiquito lo buscó y Él le salió huyendo. Dicen que ahora que a trujillo lo mataron lo anda buscando otro 'jefe', para matarlo también. Dicen que nadie puede agarrarlo, que él es como una sombra. Dicen que hace unos días se encontró en un camino vecinal con unos guardias y que como no lo reconocieron, le dieron un aventón en la patrulla, que en el camino hablaron de todo, él les dijo que era agricultor y tenía problemas con un arroz que había comprado, uno de los guardias le dijo que él también, cuando llegaron cerca del destacamento lo invitaron a tomar café, él aceptó y en un momento en que los guardias se descuidaron, desapareció en medio del sol candente del mediodía. Cuando el comandante del destacamento se percató de que ya no estaba,

tiró tres tiros al aire y vociferó ‘ese era el hombre carajo’; se le había escurrido de las manos. Dicen que en otra ocasión estaba en una de las casas refugios de los diferentes parajes donde los amigos lo mantenían oculto, y que en un momento dado, la casa fue rodeada por guardias. Él preguntó por la muda de ropa caquis que siempre tenía guardada en ese tipo de refugios, se cambió rápidamente, se puso un quepis, la pistola cuarenta y cinco en la cintura, abrió la puerta y salió caminando entre todos los guardias diciendo ‘y tú qué haces aquí, dale la vuelta a la casa por atrás’, ‘tú, colócate en cuclillas para que apuntes mejor’, ‘cabo, usted tiene que estar 30 grados oeste’, ‘me cago en el diablo si ustedes no son ineptos, ya yo hablé con el hombre que buscamos, él va a salir pacíficamente, espérenlo... y no se les vaya a zafar un maldito tiro’, y mientras decía estas palabras siguió caminando con paso firme y decidido, perdiéndose nuevamente entre los caminos. Dicen que en otra ocasión duró tres meses en una tumba viva, un hoyo vertical en la tierra que cavan los revolucionarios para esconderse. Dicen que él caminaba entre sus enemigos como un fantasma. Dicen que aunque su foto estaba por todas partes del país, en un cartel que anunciaba una recompensa como el hombre más buscado, nadie lo veía. Dicen que le perdonó la vida al otro dictador que era ciego. Dicen que un día él entró caminando con las manos amarradas por la puerta principal del palacio de la policía y se entregó voluntariamente.

Dicen que lo hizo para demostrarle al dictador que era ciego y su gabinete, y sus guardias y todos sus seguidores que ellos eran una mierda y que ellos jamás podrían doblegar los intereses del pueblo embravecido. Dicen que lo torturaron y que lo llevaron a una prisión de alta seguridad donde había otros como él. Dicen que permaneció muchos años en el encierro. Dicen que cuando salió de la cárcel se fue al campo y encontró a una muchacha campesina y se casó con ella. Dicen que la muchacha era una santa, que era la única que podía soportar su temple de acero. Dicen que tuvo dos hijos más con ella, una hembra y un varón. Dicen que son buenos muchachos. Dicen que ahora se dedica a criar puercos y que sigue haciendo política desde su casa. Dicen que sigue siendo el mismo flaco irascible. Dicen que le dicen 'el hombre de la santa ira'".

Con estas últimas palabras de Elsa Anunciada Iluminado acababa de pintar el rostro de un hombre de piedra. Se parecía a

Aquiles, pero convertido en un hombre de treinta años.

"Ulises Manrique es el hombre más fuerte del mundo.

Pelea con un grupo de quince guardias de trujillo y los deja casi muertos. La mitad de las carabinas que ellos cargaban las rompió como palitos de piñón. Al llegar más guardias él decide rendirse para no matarlos a todos. Cuando lo llevan al destacamento más próximo el teniente pregunta que dónde estaban los demás hombres que habían acabado con sus guardias. Ellos le contestan

que el responsable de tanto daño había sido ese solo hombre. El teniente se enfurece y los tranca a todos junto con Ulises. Telma avisa a Américo Lugo y él logra que lo suelten, pero le dice que tiene que salir del país porque no puede garantizar su vida. Tiene una hija llamada Tina. Se parece mucho a Ulises Manrique, pero en lugar de tener su fuerza descomunal, heredó su belleza serena, su característico humor negro y su alma noble. A Ulises se lo tragó la ciudad de Nueva York y no se le volvió a ver nunca más. Telma cree que el espíritu de Antero tuvo que ver algo con eso".
Iluminado, sin escuchar ni media palabra de lo que Elsa decía, pintó a su hermano menor como a un Atlas, levantando el mundo sobre sus hombros. A sus pies, su hija Tina lo miraba con orgullo.
"Úrsula Elodia aprendió a trabajar metida dentro de la mochila que llevaba Justa en su espalda. Desde ahí aprendió a hacer todos los oficios que mamá hizo hasta que se murió. Después supo que de no ser por los gringos, trujillo no hubiese sido quien fue y nada de lo que pasó hubiese pasado. Su papá estaría vivo, su madre también y ellos vivirían felices en aquel paraíso viviente llamado Cigüa que Telma le contó. Por eso decidió irse a los Estados Unidos para enseñarles a los gringos cómo se trabajaba y cómo se vivía una vida digna en comunión con Dios y la humanidad. Escribió un libro sobre eso que la hizo famosa y que cambió la mente de muchas personas. Incluyendo la de los senadores que modificaron algunas leyes de la política exterior. Esa que tenía

que ver específicamente con la intervención armada en países del tercer mundo".
Iluminado pintó un buque de guerra varado en una playa extranjera y en su proa, una niña con un mechón blanco levantando un libro hacia el cielo.
"Dos mujeres hermosas y buenas se casan con Aquiles e Iluminado. Un príncipe azul, hermano de las dos mujeres llega en

su carroza azul y me pide la mano. Nos casamos y somos felices. Muchos hijos en la familia. Todos se tratan como hermanos.
Yo soy la mamá tía y soy la preferida de todos ellos. Soy como tía Telma. Un día un ángel se me aparece y me dice que tengo una misión, la de ayudar a la gente a través de mis visiones.
Mi hermano Iluminado me dice que soy como un oráculo.
Mucha gente me consulta y yo hago lo que puedo por ayudarla.
Descartó cualquier posibilidad de enriquecerme. Veo que soy austera. Conozco a una monjita muy buena y especial llamada Teresa. Con ella viajo a Calcuta y allá trabajo por muchos años con la gente necesitada. Me veo de nuevo en mi tierra con mis hijos y mis nietos. Veo que un día un hombre con las alas negras va a llegar a mi casa. Veo que es un hombre bueno. Veo que se parece a Iluminado".
Iluminado pinta a Elsa Anunciada como un ángel. Cientos de niños desnutridos se calientan debajo de sus grandes alas blancas. Ella está con los ojos cerrados y sonriendo.

“Iluminado no sabe si ser cura o ingeniero. Conoce a una mujer tan hermosa o más que Blanca Remedios. Iluminado pinta mucho, se hace un pintor famoso en todo el mundo.
A iluminado no le gusta la fama y el dinero, aborrece las posesiones. Iluminado tiene cuatro hijos. Uno de sus hijos tiene un gran problema. Cuando esto ocurre Iluminado deja de pintar. Iluminado conoce a un hombre con la cabeza blanca igual que él. Este hombre va a cambiar el destino del país. Iluminado y él se hacen grandes amigos. Iluminado medita como nunca. Se dedica a la contemplación de su espíritu. Iluminado encuentra su verdadero centro. Iluminado descubre los secretos de la inmortalidad. Iluminado se ilumina. Iluminado duerme, duerme tanto que parece que no va a despertar. Vuelve a pintar. En una de sus pinturas pinta un niño con alas negras acurrucado en un nido. En otra pinta al mismo niño ahora como un adolescente provocando un gran ventarrón con sus dos alas negras sobre una gran ciudad. En otra pintura el mismo muchacho ya convertido en un hombre, parado en el borde de un altísimo desfiladero, con sus dos grandes alas negras cerradas en su espalda. En un último cuadro veo al mismo hombre volando a gran altura sobre un hermoso valle”.
Los poemas de las páginas 429, 471, 472 son autoría de Anselmo Muñiz, padre del autor.
483
***

—El sobre, el sobre blanco que tenía... debo entregarlo a...
—Ssshhhh, tranquilo, descansa Gabriel, no te preocupes por eso ahora, descansa.
El rostro lleno de lágrimas de Lisa se fue desvaneciendo poco a poco hasta quedar todo en blanco.
—¿Dónde estoy, ¿qué me pasó...?
—Hola hermano, estás aquí con nosotros, descansa, descansa.
Iván sonreía mientas me sostenía la mano. Luego, todo volvió a ser blanco.
—¡No, nooooo! ¡Charly nooooo!
—Ssshhhh, arcángel estese quieto, todo está bien.
—Tengo que salvar a Bucanero, tengo que salvarlo...
—Mano cójalo suave, Bucanero está bien. ¡Enfermera!
—René el sobre blanco, tengo que cumplir con el encargo de Telma, busca el sobre...
—El sobre está en buenas manos, yo mismo me encargué de eso. Duerme, duerme.
Una enfermera inyectó algo al suero que tenía puesto y una paz inmensa recorrió todo mi cuerpo. Me siento liviano, estoy flotando, ¿me habré comido uno de los Brownies de Telma...?
—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? ¿Acaso estoy en el cielo?
Cuando abrí los ojos, el rostro de una mujer se fue materializando poco a poco. Parecía un ángel. Era una mujer madura pero hermosa, de facciones finas, con una larga melena negra y ojos ambarinos que miraban con dulzura. En verdad,

todo su rostro reflejaba una paz inusual y una bondad absoluta. Por un momento me sentí como si me tuviera en sus brazos.
—No estás en el cielo Gabriel, pero el decirlo me indica que te sientes mejor. Sería bueno que durmieras un poco, ya tendremos tiempo de hablar.
Su delicada mano acarició con ternura mi frente y peinó mi pelo. No dijo más nada, pero su sonrisa llenó toda la habitación de un afecto, de un querer que me hizo sentir seguro. Me besó en la frente y me susurró al oído "descansa", entonces me invadió una sensación de bienestar y de paz indescriptible que me hizo amar a esta mujer. Cerré los ojos y su cara de ángel se quedó grabada en mis sueños.
484
—¡Eres tú otra vez! ¡Entonces no fue un sueño, ni me he muerto!
Ella sonrió y mientras me peinaba suavemente con sus delicados dedos, me contestó serenamente:
—No Gabriel, no es un sueño y no, no estás muerto, de hecho, creo que ahora es que vas a comenzar a vivir.
—A juzgar por este suero en mi brazo y todos esos aparatos no estoy muy saludable que digamos. ¿Quién es usted y cómo llegué aquí?
—Estás en un centro médico de la capital, tienes casi una semana hospitalizado aquí. Tus amigos te trajeron.
—Pero ¿quién es usted? ¿Acaso es doctora?

En ese momento no pude descodificar la expresión de su semblante. Como si todo el amor y devoción del mundo se hubieran mudado al rostro de esta mujer desconocida. Ella inspiró profundamente, sus ojos se rebosaron de lágrimas y de valor, y mientras una tímida sonrisa se escapó de sus labios sinceros, agarró mi mano con fuerza y me dijo las palabras más hermosas que he escuchado en toda mi vida:

—Soy un poco más que eso Gabriel. Mi nombre es Ángela y soy tu madre.

Todo volvió a ser blanco. No por la potente droga que la enfermera inyectó a mi suero, tampoco por el cansancio debido a mi delicado estado de salud; en esta ocasión me desmayé por el intenso efecto del amor.

Cuando desperté de nuevo ella todavía estaba conmigo. En la habitación también estaba la solidaria y cándida doña Chucha, cuánto agradecí su visita; Lisa, René, Iván estaban pegados a la pared observándome como si fuera un bebé recién nacido; el negro de sus vestimentas contrastaba tan bien con el fondo blanco que me pareció ideal para la foto del primer cd del grupo. John, sí el mismo John, a pesar de que no lo dejaron encender su tabaco él también estaba, después de todo le caía muy bien. Todos sonreían y se mostraban satisfechos y maravillados porque el milagro se había consumado, porque finalmente la magia había actuado. Ella, mi madre, la que tanto busqué y añoré, estaba a mi lado, celosa y protectora como una leona con su cría.

—¿Cómo? Le pregunté desconcertado.
Ella se sonrió, sacó de su cartera un sobre blanco salpicado con gotas de sangre, estaba lacrado con las iniciales TQ, lo abrió y me entregó un papel con un mensaje escrito en una impecable caligrafía tipo cursiva.
485
Querida Ángela, aquél que buscamos por tanto tiempo ha aparecido.
Gabriel, el ángel mensajero que porta esta misiva, es tu hijo.
P.D.: La prueba está en su pecho.
Telma Quimera
Luego me explicaron lo que realmente pasó.
Cuando Lisa me encontró llamó a los muchachos y entre todos me llevaron al centro médico más cercano. Antes de partir en el Volkswagen de Iván, Lisa encontró el sobre blanco manchado de sangre en la calle y suponiendo que tenía que ver algo conmigo lo recogió. Posteriormente el caos y la confusión. Pelea con la administración de la clínica para que me admitieran sin seguro médico, discusiones con las enfermeras para que me atendieran y no me dejaran solo en emergencias, llamadas telefónicas, ruegos, maldiciones e impotencia. Tuvieron incluso que buscar varias pintas de sangre ya que había perdido mucha con la hemorragia de la primera herida en el costado, y hasta Iván, que resultó ser O negativa, igual que yo, tuvo que donarme una pinta del vital fluido. Ya en la sala de espera mientras aguardaban a que los médicos salieran del quirófano con las buenas o con

las malas, comenzaron a especular sobre las posibles razones del incidente y fue cuando Lisa comentó a René e Iván en medio de lágrimas que se mezclaban con el delineador de sus ojos y corrían como perlas negras sobre sus pómulos pronunciados, que había encontrado un sobre manchado de sangre tirado en la calle. René recordó que yo le mostré el sobre diciéndole que era un encargo muy importante y se imaginó que quizá tenía que ver con lo ocurrido. Dos días después, luego de deliberar hasta el cansancio, que si abrirlo para ver qué decía, que si lo quemaban, que si lo entregaban a la policía, decidieron por unanimidad llevar el sobre a la dirección que estaba escrita en una esquina del papel ensangrentado. Así, como si ese mensaje estuviera llamado a seguir indefectiblemente hacia su destino, antes de ser escrito, incluso antes de yo conocer a Telma, de esta manera, mágicamente, llegó a manos de mi madre.

***

—Nunca me había sentido tan... tan completo, pero, y mi padre, ¿dónde está mi padre? —le pregunté a mi madre luego de ese interminable abrazo, tan esperado y tan cargado de lágrimas.

—Esperándote. Tiene toda la vida esperándote. Los médicos dicen que su salud es muy crítica, pero yo estoy segura que lo único que necesita es que estés a su lado.

No necesitaba más nada para terminar de recuperarme. A pesar de eso el consejo de administración no estuvo de acuerdo

con mi salida. Tuve que firmar un documento que liberaba al centro de salud de toda responsabilidad si me pasaba algo. De esta manera, un par de días después del encuentro con mi madre, salí de allí acompañado de ella, de los muchachos, de John, de doña Chucha y de una caravana de enfermeras, médicos y empleados del lugar que se habían enterado de todo y se habían convertido repentinamente en admiradores míos, de mi madre y de todo el rollo del reencuentro del huérfano Gabriel con sus padres, después de casi veintiséis años, mi edad exacta, según supe cuando mi madre me mostró el certificado de nacimiento fechado en el año 1969. Por supuesto, en la comitiva también debo incluir a dos o tres periodistas y sus respectivos camarógrafos que habían llegado al otro día de mi ingreso en la clínica y seguían el desarrollo de la historia como si se tratara de un reality show.

Por fin llegamos a la casa de Gazcue. El denso olor de los laureles me recordó el día que llegué de San Felipe y no pude evitar un estremecimiento de mi cuerpo adolorido. Pero mi determinación era más fuerte que el miedo. Ahora, lo único que deseaba era entrar por esa puerta y conocer a mi padre.

La casa, sin ser pretenciosa era amplia y muy bonita. Tenía un jardín japonés en el frente con un pequeño puentecillo antes de la puerta de entrada. Ya dentro, la modestia y el buen gusto predominaban en cada una de las estancias. No había nada de más, pero tampoco faltaba un solo detalle. Un gran arreglo de

flores engalanaba la mesa del recibidor y en él pude leer el mensaje "Bienvenido a casa hijo". Mi madre me observaba orgullosa.
Sentí una inmensa admiración por ella y no pude evitar abrazarla y besarla en la mejilla.
487
—¡Cuánto te extrañé madre querida, cuánta falta me hiciste!
—¡Yo también te extrañé mi hijo! Yo también...
Lloramos inconsolablemente. Luego me llevó a mi habitación para dejar el escaso equipaje.
—La fuimos decorando de acuerdo a las etapas que estabas viviendo, desde el día que naciste, luego cuando cumpliste doce años y finalmente cuando fuiste mayor de edad; últimamente cambié solo el color y ayer añadí esas fotos.
En una de ellas estábamos en la clínica, yo estaba en los brazos de ella y mi padre...
Ella me leyó los ojos.
—Ven Gabriel, ven para que conozcas a tu padre.
Me sostuvo de la mano y me guio a la habitación principal de la casa. En un momento del trayecto me detuve. Ella me miró con la dulzura con que solo una madre puede mirar y me acercó a ella.
—No tengas miedo, es tu padre. Todo va a salir bien.
Entramos a la habitación y luego pasamos a un espacio contiguo que parecía un estudio o algo así. Ahí pude ver una increíble cantidad de pinturas en sus respectivas canvas, estaban

por todos lados, en las paredes, en el piso, amontonadas unas encima de otras; también había varios caballetes, cientos de tubos de óleo, pinceles, un escritorio, y libros, muchos libros.
En una esquina, en la parte más oscura de la habitación, vi la silueta de un hombre sentado en un sillón.
—Este es tu padre Gabriel. Su nombre es Iluminado Quimera.
—¡Gabriel, Gabriel! ¿Me oyes? ¡Hijo!
—¿Eh? Sí, sí...
Quedé en blanco de nuevo. Y esta vez fue más que justificado. Iluminado Quimera era mi padre.
—Tiene un mes en ese sillón. Un día llegó del trabajo, se sentó y no volvió a abrir los ojos. Los médicos no saben a qué se debe; creen que se trata de un tipo de accidente cerebro vascular que le ha causado un coma atípico. Pero los estudios que se le han hecho no lo confirman. A pesar de eso, yo sé que él no está enfermo, lo que tiene tu padre se sale de los parámetros de la ciencia convencional, es algo intrínseco a él mismo, de hecho, no es la primera vez que cae en ese estado de narcosis.

De nuevo esa dulzura, esa caricia, esa mirada, ese tono de voz que solo una madre puede emplear con su hijo.
—Anda hijo, háblale a tu padre, no tengas miedo.
Caminé tímidamente hasta él, observando su hermosa cabeza llena de canas que resplandecía bajo un rayo de luz que se colaba por una rendija de la ventana y lo hacía ver como un santo.

Mientras me acercaba, el nacimiento de mi padre contado por Telma se reproducía en mi mente, tan vívido como si hubiera estado presente en ese preciso instante.

"Me recuerdas en especial a Iluminado. Recuerdo como ahora el día en que nació.

Él no quería salir. Aunque Justa no había aceptado la ayuda de ninguna de las matronas en el parto, limitándose ellas solo a observar desde lejos cómo la diminuta heroína se hacía cargo de todo, al momento de nacer el segundo a Justa se le complicaron las cosas. Este parto duró dos días. El doctor de la comunidad que llegó al segundo día por pedido de los padres de Justa, dijo que el problema era que el niño tenía la cabeza demasiado grande, y que si querían que la madre sobreviviera tenía que hacerse una cesárea. Justa no lo aprobó y les gritó a todos que le dejaran dar a luz en paz, sola con su hijo. Al segundo día Justa se colocó un espejo frente a su vagina y pudo notar la inmensa cabeza de su segundo hijo; "estaré pariéndome a mí misma", pensó en medio del dolor intenso que sentía. Tomó una gran bocanada de aire y pujó lo más que pudo para terminar de dar a luz. El grito se oyó en todo el pueblo del Espinito y en parte de Joba Arriba y Gaspar Hernández, en otros lugares se escuchó como un trueno distante. Una de las matronas que estaba fuera de la habitación salió corriendo y les dio órdenes a los hombres que dispararan las armas de fuego que tuvieran para que el estrépito asustara a Justa y la ayudara a parir. Otra dijo que gracias a Dios no se le

había dado corazón de iguana como a la comadre de Justa para que no gritara, que la única forma de parir a ese hombre de niño era gritándolo. Y la madre de Justa lloraba, culpándose por no haberle preparado una sopa de pescados de los resbalosos para que el muchacho saliera más fácil.
Cuando salió la cabeza, Justa sintió un gran alivio y al asomar su mirada por encima de su vientre pudo ver la cara del niño. Nació con los ojos abiertos, unos ojos de un verde azulado, como si esas dos minúsculas esferas contuvieran en su circunferencia

todos los mares y sus matices, que la miraban fijamente como diciéndole: "la vida es imperfecta, el dolor y el sufrimiento existen y son universales". El resto del cuerpecito salió sin ningún problema y al tomarlo en sus brazos Justa pudo notar que la cabeza era del tamaño de un Higüero y que la tenía llena de canas. Mientras ella misma cortaba el cordón umbilical notó cómo el niño la miraba todavía, con esa mirada de sabio que parecía salir de los ojos de un hombre de cien años y no de un recién nacido. Entonces lo abrazó y le acarició su desmesurado cráneo. Y sintió paz. Sintió una paz absoluta que recorría todo su cuerpo y la libraba de todos los malestares y dolores del parto. Lo mismo les ocurrió a las matronas, a los padres de Justa, a Manrique y todos los curiosos que estaban en la casa y los alrededores. Primero un dolor intenso y luego una dicha inusual los invadió repentinamente provocándoles una risa irresistible

que no paró hasta que Manrique entró secándose las lágrimas a la habitación y gritó: es un hombre.
Un rayo de luz se coló por las rendijas de la tabla de palma formando un halo en torno a su gran cabeza llena de canas, que a su vez irradió la luz como si fuera un faro a toda la habitación, a toda la casa y a la casa de los españoles, enceguecciendo momentáneamente a todos los presentes. En medio del resplandor un ruiseñor entró alegremente por la ventana, se posó sobre la cabeza del niño y comenzó a cantar. "Iluminado" dijo Justa, "este se llamará Iluminado Salvador".
No podía ser. Él, Iluminado Quimera, el preferido de Telma, el preferido mío de toda la mágica historia de nacimientos que ella me narrara, con el que sentí una afinidad inexplicable desde el momento en que Telma lo mencionó, era mi padre.
Y ahí estaba, frente a mí, majestuosamente sentado en su sillón de piel, pero tan ajenamente lejano de mí. Ahora que sabía que él era mi padre, que podía hablar con él, que podía verlo reír, llorar, pintar como me había dicho Telma, ahora que podía estar con él todo el tiempo del mundo, él se había marchado.
Miré a mi madre, ella asintió con un leve gesto de su cabeza y entonces me arrodillé frente a él. Su cabeza fulgurante brillaba aún más y pude ver su rostro adusto y compasivo a la vez, su nariz aguileña, sus labios finos y rosados, su mentón cuadrado; a pesar de que estaba sentado pude comprobar su gran estatura, algo que había heredado sin dudas. Noté incluso que sus manos

estaban manchadas de pintura verde. Luego, como impelido por un mandato genético, tomé sus manos entre las mías y le dije
490
con todo el querer añejado que tenía en mi pecho y que había guardado por casi veintiséis años para ese momento "Papá, ya estoy aquí. Soy tu hijo Gabriel".
Fue cuando pude ver sus grandes ojos verde bosque abrirse repentinamente y su mirada oceánica clavarse en los míos, que ahora por primera vez en mi vida lucían un vivo verde esperanza. Sus grandes manos tomaron las mías e irradiando una paz absoluta que recorrió todo mi cuerpo, me dijo, "Tengo muchos años soñándote hijo mío, sabía que volverías a nosotros. Bienvenido a casa".
Nos fundimos los tres en un abrazo interminable que me devolvió a la vida. A mi sexta y última vida.
Ya fuera por las heridas en mi cuerpo, por el cansancio acumulado, por la alegría y el gozo, por la sorpresa o por el estado de sosiego y placidez en el que me encontraba, por lo que fuera, esa noche no pudimos hablar mucho porque me invadió un sueño insoportable que provocó que en uno de esos abrazos me durmiera entre los brazos de mis padres. Dormí una semana entera con sus días y sus noches como nunca lo había hecho en mis vidas. Y soñé. Soñé que dormía en los brazos de mi madre y ella me amamantaba. Pero yo no era un bebé, tenía el mismo tamaño y edad con que contaba en la vida real. Mi padre, vestido

con una armadura plateada y un gran sable español estaba detrás de ella observándonos con ternura. Estábamos en la cumbre de una montaña y una intensa luz fosforescente nos rodeaba. Soñé con esa imagen durante esa semana completa, nada más, solo eso; una idílica escena que se repetía indefinidamente en el tiempo onírico y que me colmaba de un placer infinito.

Me levantó el intenso aroma de una sopa de nervios que inundaba toda la casa. Mi madre la había cocinado especialmente para la ocasión y debo admitir que fue la más sabrosa, reconfortante y purificadora comida en mucho tiempo. Y tenía que ser así, porque nadie más que mi madre podía cocinar de esa manera. "Mi madre", qué hermosas palabras.

No sabía por dónde empezar. Tenía tantas interrogantes en mi cabeza, tanto que conocer. Supe que mis padres no se amilanaron en la incesante búsqueda de su hijo secuestrado. Supe que nunca perdieron la fe. Supe que tenía tres hermanos mayores y que ellos también se unieron a mis padres en las investigaciones. Supe que uno de mis hermanos era un gran filósofo, que otro era un

científico en el área de la medicina farmacéutica, además de ser poeta, y que el tercero era arquitecto, astrónomo y comerciante. Supe que dos de ellos junto a mi padre y mi tío Aquiles habían participado en la lucha contra otro déspota que gobernó implacablemente durante doce años, y que encabezaban un movimiento político de oposición contra el gobierno de turno.

Supe que hubo un gran líder, con la cabeza blanca igual que mi padre, destacado por ser un hombre noble y sensato, que formó los dos partidos mayoritarios que ahora desfalcaban al país, que era uno de los más grandes intelectuales y escritores de Latinoamérica (ahora soy un fiel admirador de sus cuentos) y que para su suerte murió de Alzheimer, una enfermedad que le ahorró la desdicha de ver a su patria resquebrajarse en medio del egoísmo y la insensatez de sus seguidores corruptos. Supe que él y mi padre fueron grandes amigos.

Días después conocí a mis hermanos y al resto de mi familia. A mi tío Apolíneo, mi tía Blanca Remedios, mi tío Aquiles con el que tuve una empatía inmediata, mi tía Elodia y por supuesto, mi tía Elsa Anunciada, que antes de verme anunció que un hombre con dos alas negras entraría por su puerta. Conocí a mis numerosos primos y primas. ¡Cuánto nos parecíamos!

Supe que mi padre dejó de pintar el día que yo desaparecí y que volvió a hacerlo dos meses antes de mi regreso. Las últimas pinturas de mi padre tenían que ver conmigo también. En una de ellas vi un niño con alas negras acurrucado en un nido. En otra vi al mismo niño ahora como un adolescente provocando un gran ventarrón con sus dos alas negras sobre una gran ciudad. Otra pintura destacaba al mismo personaje ya convertido en un hombre, parado en el borde de un altísimo desfiladero, con sus dos grandes alas negras cerradas en su espalda. La última de esa serie era el mismo hombre volando a gran altura sobre un

hermoso valle.
Supe que mi padre era hombre sabio y pude constatarlo por las charlas interminables que sostuvimos hasta el amanecer. En ellas Iluminado me habló sobre el alma superior, el polvo de las estrellas, las leyes universales, el amor, la compasión y los sueños.
"La vida es Dios revelándose permanentemente en una diversidad infinita que apenas podemos percibir en el espacio limitado de nuestra existencia en el planeta Tierra.
492
Esta manifestación de la divinidad nos invita a incorporarnos al proceso de la evolución que es la ley que sustenta el ascenso de la obra infinita y eterna de la creación.
Crecer en ese proceso, asumiendo nuestra participación con alegría y entusiasmo en cada momento de la cotidianidad y en cada intención de nuestra voluntad y nuestro espíritu, es consumar el propósito divino y vivir en él eternamente."
Supe que Iluminado también era escritor y que mi afición por las letras lo había bien heredado de él, como puede notarse en este poema existencial que me leyó en una de nuestras tertulias.
"¡Oh... alegría!
Que cual profusa lluvia
Inunda mi ser
Un gozo frenético rompe el espacio-tiempo
Y como un niño

Floto en un universo mágico

Lleno de luz y color

Música y canto

Y mis lágrimas

Corren por los surcos de mi piel

Envejecida y sedienta

¿Habrán pasado mil años?... no lo sé

¿Fue solo un momento?... tal vez

Solo queda dentro, muy dentro

La matriz de un regocijo perpetuo

Donde puedo, como hoy

Plantar mis sueños cada día

Y cosechar, como hoy

El gozo de la alegría”

Pero el poema que más me tocó, fue el que Iluminado compuso a mi abuela Justa. Esa noche lloramos todos los años de ausencia.

¡Oh, discreta amante!

Cuántas veces tus oraciones,

En el día claro y la densa noche

Acompañaron a tus seres queridos.

Cuántas veces, con la mirada perdida en la distancia

Tus lágrimas calladas alimentaron tus venas.
¿Rememoras acaso?
¿Buena Vista, Joba, Cigüa...?
¿O algún pasaje de moza
¿Galopando a campo traviesa en brioso corcel?
¡Oh, diminuta heroína!
Cuántas veces se detuvo tu vida
Cautivada por el hechizo multicolor de una mariposa
Que acompasadamente, sobre una flor cualquiera
Abre y cierra sus alas, como contando el tiempo
Cuántas veces reanudaste la dura marcha
Al impulso de la profecía
De una margarita deshojada
Sí... no… sí... no... sí... no... sí...
Y cuántas veces, amor,
Ante los rudos golpes de la vida,
Sin vacilación, sin estridencia,
Tu esfuerzo inaudito
Oxigenó la sangre fatigada de tu gente.
Escucha:
Ahora, que está tan callado y solo tu altar
Ahora, que emprendes el camino en tu caballo alado,
Cuando has cerrado tus ojos

Cuando no vamos a verte nunca más

Ahora, que aquella mariposa cerró sus alas para siempre,

Ahora que la margarita cayó definitivamente deshojada

Sí... no... sí... no... sí... ¡no!

Cuando yaces fría y pálida

Cuanto te has ido

Cuando no vuelves

Ahora, mamá, siento que podemos quererte mucho más.
El tiempo no nos daba. El amanecer muchas veces nos sorprendía hablando, otras veces nos dormíamos en los sillones de la sala y mi madre nos arropaba amorosamente con una manta para no despertarnos. En esos días comenzaron también las sesiones de meditación y no pocas veces nos pasábamos horas

y horas en silencio absoluto, mi padre en su sillón, yo sentado en el suelo en posición de loto. Recuerdo una vez que mientras meditaba sentí la presencia de mi madre, al abrir los ojos ella estaba a mi lado sonriendo con toda la ternura del mundo.
Pero no siempre nos quedábamos en la casa, muchas veces, a petición mía, salíamos a visitar a nuestros familiares; esas veladas eran mis favoritas. Como cuando nos juntábamos en las ricas comilonas en casa de mi tía Blanca Remedios, y ahí, extasiado y feliz, gozaba del humor negro de mi tío Aquiles cuando contradecía a mi tío Apolíneo, diciéndole que la belleza no era necesaria en este mundo: "eso es subjetivo, hermano, la

verdadera belleza de los hombres radica en su valentía y arrojo, en su lucha incesante por la libertad de los pueblos". Cuando Aquiles le hablaba en ese tono, Apolíneo se callaba y se peinaba el pelo, como si no estuviera escuchándolo, luego le contestaba pausadamente que "la belleza no es frivolidad e intrascendencia hermano, sin ella no podríamos apreciar lo grotesco, lo feo o lo inmoral; además, la belleza está presente en todo, si no es así, dime ¿por qué admiraste con tanta fruición la belleza de este atardecer?

Sin embargo, nunca pude acostumbrarme a los extraños estados proféticos de mi tía Elsa Anunciada. Aquellas escenas eran como salidas de una película de Stephen King. Recuerdo en particular la vez que estábamos comiendo en la gran mesa de caoba y ella cerró los ojos repentinamente, comenzó a convulsionar y luego, con los ojos en blanco, vaticinó el triunfo del equipo de pelota de las Águilas Cibaeñas. Todos siguieron comiendo como si nada hubiera pasado. Menos yo. Dos días después el país celebraba en las calles el triunfo del equipo favorito.

Cuánto disfruté con mis hermanos en esas reuniones; tanto ellos como yo esperábamos ansiosos esos momentos para ponernos al tanto de todo; ellos para hablarme de sus familias, de sus hijos, de lo mucho que me extrañaron, a pesar de que nunca me conocieron. Yo, para contarles mis peripecias, mi viaje y mi regreso a Ítaca. Otras veces solo nos hacíamos compañía en silencio. Ellos y yo. ¡Qué sensación de afinidad! ¡Cuánto nos

parecíamos! El más viejo con los ojos verde cólera, el segundo con los ojos verde mar, el tercero ojos verde esperanza y yo, a pesar de que no lo creía, con los ojos verde bosque como mi padre. Ahora que los conozco me conozco más a mí. Y es que tengo un poco de cada uno. Así me lo dijo mi madre Ángela, "la sangre es la sangre porque te pareces a todos".

495

Pero no me parecía solamente a mis hermanos.

Como en la familia se habían casado una hermana y un hermano de mi madre, con un hermano y una hermana de mi padre, la familia constituía una amalgama de pareceres, un revoltijo de los mismos apellidos, donde muchachas y muchachos solo se diferenciaban por la edad. "Esto parece la casa de los espejos", dijo en una ocasión el tío Aquiles cuando nos hacíamos una fotografía familiar.

Ellos, mis primos, son también mis hermanos. De hecho, corre la misma sangre por nuestras venas.

Cuando mis padres y yo no estábamos con la familia, con los hermanos, simplemente íbamos al cine o a pasear por la ciudad. El asunto era compensar los años perdidos.

Una de esas noches convencí a mi padre para que saliéramos a dar una vuelta en el Harley. Pensé que no le gustaría tanto como a mi tía Telma, pero lo cierto es que esa no fue la primera ni la última vez que montó conmigo. Disfruté mucho estos paseos en el motor, porque de alguna manera estaba haciendo a mi padre

partícipe de mi pasado y eso nos acercaba aún más. En una de esas salidas lo llevé al lugar donde vivía cuando era un niño de las calles y trataba de sobrevivir en el oscuro y severo mundo de las naciones. Otro día lo llevé al hogar de doña Chucha y allí pudo conocer a la que en un momento fue mi primera madre. Pero el paseo que recuerdo con más cariño fue la noche que lo llevé al Drake´s y pudo verme tocar en vivo con los muchachos del grupo. Esa noche fue totalmente surreal para mí.

Esos primeros días seguidos al reencuentro con mis padres fui verdaderamente feliz. Y a pesar de que ya ha pasado un buen tiempo de ese memorable día, todavía me siento el hombre más afortunado del mundo. Siento que la vida me está sonriendo y que en esta ocasión va a ser para siempre. Y eso lo puedo afirmar con toda seguridad porque en este instante, justo cuando estoy escribiendo estas líneas, el dolor que tenía en mi pecho desde que nací ha desaparecido por completo. Ese pelo que tenía retorcido en el centro de mi alma, y que ya sé es una marca de nacimiento en esta familia, se ha enderezado para siempre.

La búsqueda ha terminado, y ya que encontré a mis padres, ahora estoy tratando de encontrarme a mí mismo. En eso Iluminado me está dando la mano. Por lo pronto me enseñó a meditar, claro, no como él lo hace, porque esa capacidad de abstracción es una condición inherente a él mismo, pero sí lo suficiente para desconectarme y callar el ruido en mi mente.

Por primera vez en mis vidas me siento tranquilo, sosegado, sin nadie que me persiga y sin nadie a quien perseguir. No creo poder llegar al grado de conocimiento sobre la verdadera naturaleza de la existencia que ha alcanzado mi padre, él es un Iluminado (el mejor nombre con el que mi abuela Justa pudo bautizarlo) y yo estoy muy lejos de esa especial condición de los seres superiores, pero estoy en el camino.

De algo si estoy seguro, y es que hoy por hoy sé quién soy y de dónde vengo. Ahora sé que tengo una historia. Sé que tengo a mis padres, a mis hermanos, a mis tíos y tías, a mis primos. Ahora sé que pertenezco a una familia maravillosa, una familia llena de magia, una familia como la que siempre soñé y de la cual no voy a separarme jamás. Sé que la magia existe, tal como me decía Telma, y que estamos predestinados a formar parte de ella. Así como antes de yo nacer, mucho antes incluso de que mis padres se conocieran, estuve predestinado a ser robado, y a vivir en las calles y a encontrar a mi perro Bucanero y a conocer a Charly y a matar a Charly y a encontrarme con doña Chucha y a formar un grupo de música con unos buenos amigos y a manejar mi Harley y a llorar y a sufrir y a enemistarme con el mar y a encontrarme de nuevo con Naomi para que ella me recordara todo esto, y a emprender un viaje sin rumbo a San Felipe y a encontrarme allí con mi tía Telma, para que, finalmente, ella me llevara hasta mis padres. Así, mágicamente, yo estuve predestinado a todo esto. Como también lo estoy para contar esta historia.

***

—Tu abuelo me lo decía, que a su vez se lo dijo tu bisabuelo: "Este mundo tal como lo vemos, el mundo que vivimos todos los días, aunque lo veamos lleno de realismo, también está lleno de fantasía y sobre todo de magia. Cuando crees en esa magia trabajas incansablemente y cuando trabajas incansablemente, las ideas te vienen a la mente, las cosas se materializan sin darse cuenta, y cuando esto sucede, vuelves a creer. Sin embargo, solo cuando beneficias a otros, cuando el resultado de tu obra toca el corazón, el estómago o la mente de los demás, solo ahí, en ese preciso momento, es cuando has terminado y puedes sentirte satisfecho de lo creado. Entonces sientes una cosquillita que

recorre todo tu cuerpo y en especial en el centro de tu pecho, que te hace sentir feliz y realizado: se ha cerrado el círculo de la vida y tú estás dentro de él."

Mientras decía estas palabras, la cabeza de mi padre se iluminó por completo, no sé si debido a un rayo de luz de luna que entró por la ventana, o si esta súbita fosforescencia provenía de una fuente interna dentro de su cabeza, pero lo cierto es que esa noche, al invocar este consejo heredado, Iluminado se iluminó más que nunca.

—¿Pero, en qué debemos creer? —le dije con expectación.

—Lo mismo le pregunté a mi padre. Y él me contestó: "en tus sueños. Recuerda esto: nunca, pero nunca... dejes de soñar".

Esto me lo dijo Iluminado Quimera la noche antes de salir hacia San Felipe para visitar a Telma. Y nunca lo olvidaré.
Desde hacía días sentía una necesidad acuciante de visitar a Telma y de darle las gracias, así que preparé de nuevo mi vieja mochila, y con no pocas recomendaciones y ensalmos de mi querida madre, enfilé hacia la costa norte.
En el camino reflexionaba las palabras que le dijo mi bisabuelo a mi abuelo y que este a su vez le dijo a mi padre: "...Nunca dejes de soñar". Tendría que buscar algo nuevo que soñar, porque hasta donde yo sabía, el único sueño de mi vida era encontrar a mis padres y ese sueño ya se había hecho realidad.
Todavía estaba inmerso en estas cavilaciones cuando divisé la hermosa cumbre verde de la montaña Isabel. Seguí directo hacia la casa de Telma, ansioso por abrazarla y contarle los últimos acontecimientos de mi vida. Apagué el motor una esquina antes porque quería darle una sorpresa y abrí cuidadosamente la puerta con la llave que ella me había confiado al salir la última vez de su casa.
Entré sigilosamente y en la sala, la llamé. Nadie contestó.
Caminé hasta la cocina, pero no estaba ahí; eché una ojeada al jardín y tampoco. Supuse que estaba en su habitación y fui, toqué la puerta. Nada. Imaginé entonces que debía estar en la biblioteca, pero cuando iba bajando la angosta escalera pude notar que las lámparas de gas que usualmente estaban encendidas en la entrada, ahora estaban apagadas. De todas formas, llegué

hasta la puerta y la abrí para asegurarme, pero Telma tampoco estaba allí. Debía estar haciendo alguna compra y como de costumbre llegaría en poco tiempo. Decidí entonces esperarla leyendo algún libro y para eso encendí una de las lámparas de

interior, fue entonces cuando la tenue luz descubrió aquel sobre blanco lacrado con cera verde y las iniciales: TQ. Reconocí de inmediato la escritura de Telma: "Para Gabriel".

Querido sobrino Gabriel:

Para este momento deberás estar muy feliz, me imagino que tus padres,

tus hermanos y toda tu familia también. Yo también me siento muy feliz.

Estoy segura que ahora has de creer un poquito más en la naturaleza

mágica de nuestras vidas, de nuestras realidades.

Gabriel, eres un ser especial, lo supe desde el momento en que llegaste

a esta casa, y por eso eres hijo de esta familia. No tienes que preocuparte

de lo que te depare el futuro, como tampoco debe quitarte el sueño tu

escabroso pasado. Despliega tus alas y vuela, vive y sueña.

A propósito, tuve que hacer un último viaje y por eso no podré verte en mucho tiempo; la casa con todo lo que hay dentro es tuya, adjunto te

dejo los datos de mi abogado para que te entregue los títulos en herencia.

Espero que pases buenos momentos en nuestra biblioteca y que esos libros

te inspiren para que puedas escribir tu obra. Sé que tienes talento, después

de todo eres un Quimera.

Y hablando de ellos, aquí te dejo lo que considero mi tesoro más

grande. En este manuscrito encontrarás la historia de nuestra familia. Si

en verdad crees en la magia de este relato, creo que sería una buena razón

para escribir y contarlo al mundo.

Por favor, cuida de mis flores. Cuando quieras verme, sal al jardín y

habla con cualquiera de ellas, yo te contestaré.

Dale un fuerte abrazo a Iluminado de mi parte, dile que nos vemos

allá (él sabe dónde).

Tu tía que te quiere y te admira,

Telma Quimera

P.D.: Lleva este caracol a la playa de Sosúa y lánzalo al mar; imagina

que es tu vida pasada. ¡Ah! ¡Y maneja con cuidado la máquina infernal!

¿Qué significaba todo esto? ¿De qué viaje estaba hablando

Telma? ¿Cómo era eso de que había heredado la casa?

Estaba sumamente confundido, el tono de sus palabras

anunciaba una separación, una despedida, sería que...

Lo primero que hice fue telefonear a mi padre y contarle

todo.

—No te preocupes Gabriel, donde quiera que ella esté va a estar bien, te lo aseguro. Las desapariciones de este tipo son muy comunes en nuestra familia. Por lo pronto, felicidades por la herencia.

Mi padre me había contestado con toda la serenidad del mundo y eso me tranquilizó. Después de todo él la debía conocer mejor que yo.

El manuscrito era un inmenso manojo de papeles cuidadosamente amarrado con un cordón de piel y guardado dentro de un bolso tejido que lucía una flor de girasol en el centro. Lo tomé, lo abracé contra mi pecho, subí las escaleras y caminé como un fantasma por toda la casa. Entonces salí al jardín y allí vi el girasol más hermoso de mi vida. Esa flor no estaba ahí. Estaba seguro de eso. Vi el bulto bordado con el girasol en el centro y recordé las palabras de Telma.

Bajé rápidamente y caminé por el empedrado hasta el girasol, allí le hablé:

—Donde quiera que estés, gracias tía Telma. Siempre estarás conmigo.

Y ella me habló. Así como se mueven los girasoles en busca del sol, así mismo lo hizo este, pero no hacia el sol, que estaba frente a nosotros, sino hacia mí, moviendo delicadamente su cuello verde y deteniéndose justo en frente de mi cara llena de asombro, como si me hubiera escuchado. Me pareció verla sonreír.

Pasé varios días sin salir de la casa esperando a que ella regresara. A cada instante me parecía oír la puerta y me imaginaba verla entrar con una pequeña maleta en las manos. Telma nunca regresó.

Una semana después estaba en la playa de Sosúa lanzando el pequeño caracol al mar. Entonces, la increíble maquinaria de la magia volvió a accionar su delicado mecanismo. Todavía quedaba un sueño por hacer realidad.

Justo donde cayó el caracol, emergió aquella mítica figura marina de incomparable belleza. Esta vez no era una visión. Era ella. El astro sol no me permitió reconocer los detalles, pero vi una larga melena peinada por el agua hacia atrás, un hermoso cuello de cisne y unos hombros perfectos. Se movía acompasadamente junto al vaivén del mar como si bailara un vals con él. Percibí que me estaba mirando fijamente, como si quisiera bailar conmigo

también. Una hermosa mujer salía del fondo del mar caminando hacia la playa. Era la misma larga melena peinada por el agua hacia atrás, el hermoso cuello de cisne y los hombros perfectos que creí inventó mi mente. El ser más hermoso que jamás habían visto mis ojos emergía lentamente como si fuera impulsado por una fuerza invisible. El astro sol iluminó su piel de ámbar. Una hermosa mujer en un bikini negro emergió lentamente del agua y fue mostrando paso a paso, como si bailara un vals con el viento, moviéndose acompasadamente junto al vaivén del mar,

el cuerpo de una diosa. Su pelo, coral negro derretido, chorreaba hasta su cintura mientras sus piernas de bailarina, que parecían esculpidas por la resaca de las olas, parecían hacerla flotar. Caminó directo hacia mí, se detuvo a escasas pulgadas de mi cara y me dijo con una sonrisa que me sonrió en todos mis sueños:

—Tu cara me resulta muy familiar. ¿Nos conocemos? Me llamo Isabel. ¿Y tú, cómo te llamas?

No pude evitar que mi mirada se desviara hacia el hermoso tatuaje de sirena que ascendía por encima de la línea del bikini en su vientre liso. Tuve que sonreír.

—Nos conocemos desde antes de nacer. Mi nombre es Gabriel Quimera.

501

Epílogo

Veo a Los Quimera viajando por el mundo. Todos quieren conocer a Los Quimera. Todos conocen a Los Quimera. Todos creen en su historia, en su magia, en su realidad fantástica. Ellos son Quimera también.

Veo al hombre de alas negras escribiendo. Veo al hombre sentado en una pequeña cabaña en Buenavista contando la historia de Los Quimera. Veo un libro. Veo que ese hombre ve la auténtica realidad de las cosas. Veo que ha comenzado a vivir su sexta vida. Veo que Iluminado y él vuelan juntos. Ambos tienen grandes alas. Él las tiene negras. Su nombre es Gabriel Quimera.

Veo que, finalmente, él también cree en la inexorable magia de los sueños y el amor. Veo a Isabel.

índice

Parte I

Capítulo 1

Gabriel encuentra el manuscrito / Salvador Quimera abandona su patria.....13

Capítulo 2

Gabriel escapa del orfanato y encuentra a Bucanero / Salvador Quimera llega a Loma de la Bestia.....25

Capítulo 3

Antero / Charly Mataperros.....37

Capítulo 4

Salvador Quimera construye el pozo / Gabriel se corona jefe supremo del clan.....55

Capítulo 5

El nacimiento de Manrique Quimera / Gabriel conoce a Naomi.....69

Capítulo 6

Charly Mataperros regresa / La mudanza de los Quimera a San Felipe.....87

Capítulo 7

Gabriel llega al hogar de doña Nieves / La casa del ensanche..... 103

Capítulo 8

La funeraria de Antero / Gabriel recobra la memoria..... 121
Parte II
Capítulo 1
Gabriel vive comienza a vivir su quinta vida, la del sexo, las drogas y el rock and roll / La llegada de los norteamericanos y la heroica hazaña de Salvador Quimera.....141
Capítulo 2
Alas negras, Cannabis Sativa y Gothicaribe..... 157
Capítulo 3
Elodia hace que todos se sueñen en un mismo sueño / Arca de Ángeles.....173
Capítulo 4
El capitán Charles Hemingway / El reencuentro con Charly..... .195
Capítulo 5
Los topos lunares / Charly jura vengarse de Gabriel.....213
Capítulo 6
El Hombre / La monja del convento de las Carmelitas..... 231
Capítulo 7
Justa Arias / Gabriel conoce a Telma Quimera.....245
Parte III
Capítulo 1
Manrique conoce a Justa Arias / Las charlas de Telma y Gabriel..... 269
Capítulo 2

La boda de Justa y Manrique / La biblioteca de Telma..... 291
Capítulo 3
Ultrarrealismo vs realismo mágico / Buenavista.....325
Capítulo 4
Café, tostadas y aceite de oliva / Alguien tiene que llorar el fracaso.....371
Capítulo 5
¿Libre albedrío? ¡Ja! / El apresamiento de Manrique.....391
Capítulo 6
La carta / Volveré como espiga o racimo, piedra, montaña, arena, agua, desierto, sol.....409
Capítulo 7
Las amapolas florecidas / Isabel..... 455
Epílogo.....501

Esta edición de Los Quimera, de Moisés Muñiz, consta de 200 ejemplares y se termi
nó de imprimir en el mes de marzo de 2018, en los talleres gráficos de Editora Búho,
Santo Domingo, Distrito Nacional, República Dominicana.